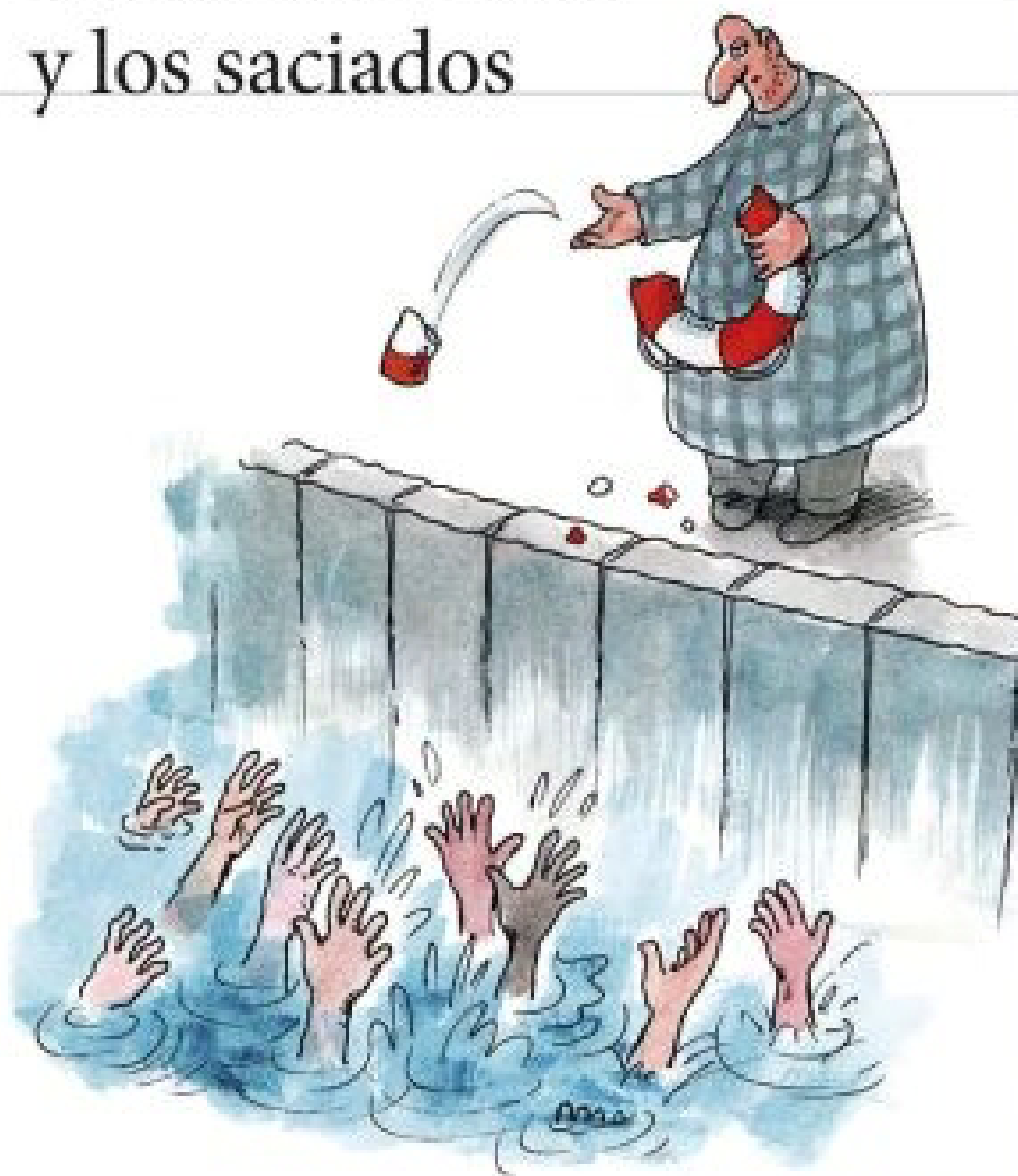


# Timur Vermes

## Los hambrientos y los saciados



**D.J.57**

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Sinopsis

I

1

2

3

4

5

6

7

Esperanza para África

8

9

Nadeche Hackenbusch: su peor pesadilla

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

10.000 kilómetros por amor

22

23

24

25

Una mujer con grandeza moral

26

27

28

29

30

31

32

33

Una pareja ideal que busca seguridad y protección

34

¡Seguimos en antena!

35

36

II

37

38

39

40

41

42

43

44

Gran preocupación por Nadeche Hackenbusch

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

Especulaciones sobre la catástrofe del Tauern

Nadeche Hackenbusch: en la muerte sigue velando por su hijo

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

Alemania ha restringido el número de solicitantes de asilo y Europa ha bloqueado su acceso a través del norte de África. Más allá del Sahara, se están construyendo enormes campamentos donde millones de refugiados esperan, esperan y esperan.

Cuando la presentadora estrella Nadeche Hackbusch visita el campamento más grande, el joven Lionel reconoce que tienen ante sí una oportunidad única: con 150.000 refugiados, la atención de la audiencia televisiva está garantizada cuando empiezan a marchar en dirección a Europa. Pero si el público está hipnotizado enfrente de sus pantallas y los anunciantes encantados, no pasa lo mismo con la política alemana que reacciona de manera tibia, intentando ignorar lo que se avecina. Cuanto más avanzan, más se requiere una reacción del ministro del Interior, y se hace aún más urgente que tanto él como el resto de alemanes se enfrenten a dos preguntas: ¿Qué se puede hacer? Y sobre todo ¿en qué tipo de países queremos vivir?

# LOS HAMBRIENTOS Y LOS SACIADOS

Timur Vermes

Traducción del alemán por Carmen Gauger



Esta novela es una ficción. Según la Agencia de la ONU para los Refugiados, en 2016 había, a nivel mundial, unos setenta millones de personas huyendo en busca de refugio. Pero eso no significa en absoluto que alguno de ellos deba tener una idea luminosa.

Y aunque la tuviera, no es de ningún modo seguro que alguna cadena de televisión informara sobre esa idea. Y si, a pesar de todo, así ocurriera, tampoco es seguro que Campino opinase al respecto.

En cualquier caso, nadie puede garantizar que los grupos de personas que aquí se presentan se comportasen como supone el libro. Es posible que todo se desarrollase de modo muy distinto.

Pero no es probable.



Odio la realidad. Lamentablemente, es el único lugar en el que uno puede tomar un bistec decente.

WOODY ALLEN

I

# 1

El refugiado intenta andar con absoluta normalidad, cosa nada fácil porque ni a él le resulta normal. No sabe decir aún si su modo de andar parece así más natural. Sólo sabe que eso de andar con normalidad tampoco le sale bien, porque las miradas de los otros le ponen nervioso. Por eso agacha un poco la cabeza, pero la táctica es equivocada, lo nota enseguida en las reacciones: probablemente ahora parece una cigüeña jorobada. Más vale sacar pecho, alzar la cabeza y sonreír.

Mejor.

Sólo debe procurar no empezar a sonreír con benevolencia, como la anciana reina de los ingleses.

¿Debería haberlo hecho antes? En el fondo no ha sido posible. A decir verdad, no ha reflexionado tanto sobre ello. Ni siquiera ahora está seguro de haberlo hecho bien. Sea como sea, ya no puede cambiar nada.

Poco a poco se va relajando; la sonrisa ya no es forzada. Lentamente va adaptándose a su nuevo papel. Claro, es lógico que todos lo miren. Cómo podría ser de otra manera: cuando cada día es exactamente igual que el anterior, los cambios más insignificantes son algo sensacional. Lo interesante es que esa actitud suya, más segura, produce reacciones distintas. Hay menos risitas y a menudo le hacen gestos de ánimo o de aprobación. Dos niños corren detrás de él, del mismo modo que a veces corren detrás de los coches. Podrían ser más, pero entonces llega de verdad un coche y su nube de polvo arrastra a los niños consigo.

El refugiado empieza a jugar con la nueva situación. Una niña lo mira y él responde a su mirada con un paso de baile. Ella se echa a reír. Es una buena sensación. Ha estado bien. Ha valido la pena. Seguramente tendría que haberlo hecho antes. El refugiado dobla la esquina y ve a Mahmoud.

Mahmoud está sentado en el suelo y observa a un grupo de chicas. El refugiado mete las manos en los bolsillos del pantalón y se para al lado de Mahmoud. Mahmoud ni se inmuta.

—Eso no sirve de nada —le dice el refugiado.

—Eso no se sabe —afirma Mahmoud sin alzar la vista.

—Se sabe. Miras mal.

—Miro como miran todos.

—Eso es, justamente —replica él—. Todos miran a Nayla, todos miran como tú. ¿Cómo va a notar ella que eres especial?

—Porque no se trata de Nayla.

—¿Sino... de Elani?

—Tal vez sí. Tal vez no.

—En ese caso, la cosa sería aún más idiota.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque también a Elani le parece que miras a Nayla. Así que Elani también piensa que eres como todos.

Mahmoud echa la cabeza hacia atrás y levanta la vista hasta que puede ver al refugiado:

—¿Tienes un plan mejor?

—¿Por qué no te vas simplemente hacia allá, con total tranquilidad, de forma que Nayla se ponga a pensar ya cómo decirte que no? Y cuando estés junto a ella, cuando Nayla empiece a abrir la boca, entonces te vuelves de pronto hacia Elani.

Mahmoud reflexiona sobre la propuesta y dice finalmente:

—Ése es tu estilo. A ti te gusta hablar. A mí, mirar. Mi fuerza reside en la mirada. ¿De dónde has sacado esos zapatos?

Mahmoud ni siquiera ha mirado hacia abajo. Quizá su fuerza resida, efectivamente, en su mirada.

—Se ahorra un poco cuando no se fuma —dice el refugiado, y ofrece unos cigarrillos a Mahmoud.

Mahmoud coge uno y dice:

—Pero se ahorra más cuando se gorronea. —Se pone el cigarrillo detrás de la

oreja y, aún en cuclillas, se vuelve hacia el refugiado, como un mecánico de coches que examina una avería.

—Tienen buena pinta —dice con tono elogioso—. Incluso parecen auténticos. Si no supiera que aquí es imposible conseguir unos auténticos diría que...

—Claro que se pueden conseguir aquí.

El refugiado se mete de nuevo la cajetilla por la manga izquierda de la camiseta y la deja sujeta sobre el hombro. Eso no hace más atractivos ni la cajetilla ni los cigarrillos, pero se ve enseguida que tiene cigarrillos. Y los cigarrillos son imprescindibles en todos los campos, incluso para el no fumador. Con ellos uno puede hacer contactos, o algo bueno por alguien sin darle gran importancia. Todo el mundo necesita cigarrillos, si no para uno mismo, para sus padres y hermanos o para un amigo como Mahmoud.

Mahmoud, impaciente, da unos golpes en la pierna del refugiado. La sacude sin cesar hasta que el refugiado la levanta por fin para que el experto en zapatos pueda dar su opinión también sobre la suela.

—Cosa fina, el color. ¿Quién te los ha dado? —pregunta desde abajo—. ¿Mbeke? Entonces no son auténticos.

—En efecto.

—Ah, ¿lo ves?

—¿Cómo que lo ves?

—Que no son auténticos.

—No. No son de Mbeke.

—¿Pues de quién, si no? Ndugu no vuelve a meter la nariz en negocios de zapatos, eso seguro.

—Es que tampoco son de Ndugu.

—Entonces sí que no son auténticos.

—Serán entonces zapatos *fake*. —El refugiado se ríe.

Mahmoud se incorpora.

—¡Bueno, dilo de una vez!

—¿Y si son de Zalando?

—¡Zalando no vende zapatos!

—A lo mejor hace una excepción conmigo.

Mahmoud lo observa fijamente. Nadie sabe cómo se llama realmente Zalando. Lo único que saben todos es que trabaja para la organización y que es alemán. Y que siempre da la misma respuesta cuando le piden un favor. «¿Por qué me preguntas?, ¿acaso soy Zalando?» Una respuesta estúpida, si nadie sabe cómo se llama de verdad. Quizá sea en efecto el famoso Zalando.

—Bueno, entonces no me lo digas —suelta Mahmoud. Se quita el cigarrillo de detrás de la oreja y se lo ofrece al refugiado con mirada interrogante.

El refugiado saca el mechero del bolsillo. Quien quiere hacer feliz a alguien con un cigarrillo también ha de poder encenderlo. De lo contrario, la gente busca a alguien que tenga fuego y entonces resulta imposible iniciar una conversación aceptable. Ya no escuchan, olvidan la mitad o ni siquiera se enteran. Mahmoud y él caminan en silencio por la calle polvorienta. Mahmoud mira su smartphone.

—En Berlín están comiendo ahora patatas cocidas y manitas de cerdo.

—¿Y quién quiere ir a Berlín?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—¡Aquí se está bien! —exclama Mahmoud.

—Se está de maravilla —responde el refugiado abriendo los brazos—. Las piedras más bonitas del mundo. Sol gratis. ¿Qué hay en Berlín que no haya aquí?

—Mujeres rubias —dice Mahmoud, y da una calada al cigarrillo.

—¿Y qué? ¿Quién quiere mujeres rubias?

—Yo. Para probar.

—Pero ¡Mahmoud! —El refugiado se pone frente a Mahmoud, lo agarra suavemente por los hombros y lo mira a la cara con seriedad—. Las mujeres rubias las hace el diablo. Quien deja entrar a rubias en su casa cosecha desdichas. Caes enfermo. Tus campos se secan. Hazle caso a tu anciano padre: una mujer rubia te maldecirá y todas tus cabras morirán de hambre.

—¡Qué buena suerte la mía! Mis cabras ya han muerto todas de hambre. Ahora tengo derecho a una mujer rubia.

—Tú nunca has tenido cabras.

—Tanto mayor es la injusticia. Entonces me tocan dos mujeres rubias.

El refugiado se ríe. Mahmoud también.

—Pero bueno, ahora dime: ¿de dónde has sacado los zapatos?

—Los he comprado.

—¿Nuevos?

—Nuevos.

—¿Y de dónde has sacado la pasta?

—Tú también tienes pasta.

—Sí. Pero no la gasto. En cualquier caso, no en majaderías como unos zapatos.

—Entonces, ¿en qué? ¿En un traficante?

—Puedes apostarte el cuello. Pero en un traficante de primera.

—¡Mira, mira! —se burla el refugiado—. Conque en un traficante de primera.

—Fíjate. Otro que hace planes de viaje.

Eso va por Miki. Miki está detrás de la barra de su bar, en la autopista del campamento. Lo ha construido clavando tablonos de madera y tablas de aglomerado; trozos de chapas onduladas y el capó de un viejo Mercedes se encargan de dar sombra. Al principio quería pintarlo todo del mismo color. Pero cómo son las cosas: cuando no viene alguien de visita, se pone a llover, y cuando no llueve, tu mejor amigo no te ayuda porque tienes algo con su mujer: así han pasado cinco años y uno sólo espera ya a que el bar se derrumbe para construir otro nuevo. Pero, por desgracia, es demasiado sólido.

El bar no es tan pequeño como para que Miki pueda regentarlo sin que alguien le moleste. Pero es lo bastante pequeño para que las mafias no se fijen demasiado en él. Sin protección de las mafias, por otra parte, no consigue siempre electricidad para el frigorífico.

—¿Y si me voy de viaje?! —Mahmoud se detiene—. Este asqueroso agujero no es la meta soñada para todos.

—No estés tan seguro —dice Miki—. ¿Qué te parece esto? —Mete la mano debajo de la barra y les arroja a los dos, al otro lado de la calle, un cubito de hielo—. ¿Una bebida fría antes del gran viaje?

El refugiado quiere coger al vuelo el trozo de hielo, pero Mahmoud se le adelanta y se lo mete en la boca.

—No, gracias, ya tengo una.

—Ven —dice el refugiado—. Te invito. —Empuja a Mahmoud hacia la barra de Miki—. Dos. De importación. Y ábrete una también.

—Gracias, caballero —dice Miki con elegancia, y pone sobre la barra tres botellas, una para él. Mahmoud está bastante sorprendido.

—Primero zapatos nuevos, ahora cerveza de importación. ¿Se me ha escapado algo?

—Aún no lo sé —responde el refugiado—. Bébetela y ya está. A lo mejor también ha sido un error.

—Seguro que no —asegura Mahmoud.

—La cerveza nunca es un error —afirma Miki tomándose un trago largo. Hace mucho calor.

—¿Habrán caído los precios de los traficantes? —insiste Mahmoud.

—Los de tu traficante seguro que no —bromea el refugiado inclinándose hacia Miki—. Es que Mahmoud ahorra para un traficante de primera.

Miki pone cara de asombro.

—Exactamente —dice Mahmoud—. Oíd bien: este que veis aquí no viaja en un camión estrecho y oscuro.

—¿Cómo, entonces? —Miki se apoya en el frigorífico. Coge de la balda un vaso de cerveza y empieza a sacarle brillo como si de un momento a otro fuese a llegar alguien que bebe la cerveza en vaso.

—Este hombre se tumba tranquilamente a la sombra hasta que llega el traficante. Con un gran Mercedes. De asientos color crema. Luego el traficante sale de un salto por la portezuela. Viste un uniforme como el de los hombres que esperan delante de los hoteles caros y lleva una sombrilla. Se apresura a rodear el automóvil y me abre la puerta diciendo: «Entre, por favor, Bwana Mahmoud».

—¿Se apresura a rodear el coche para abrirte la puerta? —Miki sostiene el vaso a contraluz y lo examina.

—Como os digo, incrédulos. Y yo me monto y luego cruzamos la frontera. Y él conduce apaciblemente y me pregunta si me gusta la región. «Puedo ir también por una zona diferente, como prefiera, Bwana Mahmoud.» Y yo digo: «No, no, está bien así. Lo importante es que no lleguemos demasiado pronto».

—Eso va a ocurrir, desde luego —se burla Miki.



—Bueno, tú te lo tomas todo a broma porque no tienes ni idea. Porque no sabes nada de Alemania. Pero yo estoy enterado y sé que a los alemanes no les gusta que uno llegue pronto.

—Que uno llegue tarde —lo corrige el refugiado.

—Y pronto tampoco.

—¡Memeces!

—Eso dice también el traficante, pero te aseguro que no son memeces. Porque es desagradable para el nuevo Merkel que yo llegue y él no haya preparado aún mi habitación. Así que le digo: «Crucemos otra vez la frontera», y él me responde: «Podemos cruzar la frontera cuantas veces desee, Bwana Mahmoud. Pero el nuevo Merkel ha llamado antes por teléfono y ha vaciado dos hoteles para usted; debería elegir uno». Y luego —prosigue Mahmoud, satisfecho, tomando un gran trago de cerveza antes de posar la botella, con gran indolencia y precisión, sobre el círculo húmedo que ha dejado en el tablero de madera—, luego digo: «Me quedo en el hotel que tenga el retrete y la habitación en la misma planta».

—Un buen plan —dice el refugiado.

Coge su cerveza, la hace chocar con las botellas de Mahmoud y de Miki y bebe.

—Bueno —dice Miki—, pero mal hecho. Si aquí hay alguien que no se mete en un camión estrecho y oscuro, es este menda. —Y al decirlo se señala a sí mismo con el pulgar—. Porque este menda se queda aquí. Aquí, en este agujero asqueroso. Pero a ti, amiguito, a ti van a desplumarte y luego arrastrarán tu cadáver hasta el desierto. En una carretilla color crema.

—Aguafiestas —dice Mahmoud.

—Pero lo mejor es esto: yo ya estoy donde tú quieres ir. Porque aquí el retrete está en todas partes en la misma planta. Una habitación así no la encuentras en toda Europa: cincuenta kilómetros cuadrados. ¡La mayor suite del mundo!

—¡Jaaa, jaaa! —ríe Mahmoud.

No mira ni a Miki ni al refugiado, sino más allá de las tiendas de campaña, al infinito cielo azul. El refugiado nota que Mahmoud ya no quiere mirarlos a la cara. La fantasía era quizá exagerada, pero bonita, y en sus semblantes

Mahmoud podría reconocer cuánta razón tiene Miki. Ha pasado demasiado tiempo desde el momento en que Alemania abrió sus puertas. En aquel entonces, cuando tenían a una mujer como Merkel. A quien entonces estaba en el radio de acción le tocó el gordo de la lotería. Pero eso no se repetirá. Ellos llevan ya año y medio allí metidos y así continuarán tiempo y más tiempo.

El refugiado da media vuelta y se pone junto a Mahmoud, de espaldas a la barra. Mira la calle. Es por la tarde y los niños más fuertes y rápidos vuelven de recoger leña. La primera vez que, estando en el campamento, el refugiado se fijó en ellos, ya habían terminado la recogida a mediodía. Pero los caminos se vuelven más largos si millones de personas necesitan leña para hacer fuego, ramas, maderas, estiércol, lo que sea. Millones, y cada día son más. Es así de sencillo: llega más gente, pero no se marcha nadie. Antes la afluencia de personas se repartía desde allí: a Marruecos, a Libia, a Egipto, o también de vuelta a los países de origen. Pero eso era antes. Antes de que Europa cerrase progresivamente las fronteras.

Se les acerca un perro color arena. Ya no queda mucho perro, en realidad, lo que hay allí es una especie de cesto revestido de piel, jadeante y con patas. Examina el suelo, la mirada observa atentamente los bordes de la calle. No va a ninguna parte a husmear, ve que allí no hay nada que husmear. Luego se detiene y vuelve la cabeza hacia los tres hombres de la barra. Tiene sólo un ojo, pero en el campamento eso basta. Nadie llama al perro, pero tampoco nadie le tira piedras. El perro decide que vale la pena menear el rabo.

Miki hace un gesto cansino con la mano. El perro deja de menear el rabo y sigue su camino. De un modo parecido se ha imaginado Europa lo de los refugiados.

Cuando la gente se metía en las pateras, Europa trató de cerrar el Mediterráneo. Y una vez que Europa se percató de que no era posible cerrar un mar entero, de que ni siquiera podía mantenerse vigilada una costa sinuosa de decenas de miles de kilómetros, trasladaron otra vez la frontera a tierra firme, pero esta vez a África. Pagaron a Argelia, a Túnez, a Egipto y a Marruecos, y un poco también a los libios, pero menos, claro. Porque en Libia siguen sin saber a quién tienen que ponerle el dinero en la mano. Sin embargo, eso no les ha

bastado a los europeos. También porque los norteafricanos se volvieron más avisados: a veces reflexionaban en voz alta sobre lo que pasaría si alguna vez no vigilaban tan cuidadosamente esas fronteras. Lo aprendieron de los turcos; observándolos, vieron cuánto respeto y cuánta consideración puede obtenerse si se maneja con habilidad la palanca de los refugiados. Así que los europeos recurrieron otra vez a su dinero y trazaron la siguiente línea al sur del Sáhara. Por eso, cuando Mahmoud sueña con el traficante de primera, a él no le hace gracia. Porque, en realidad, ya sólo hay traficantes de primera.

—Os voy a revelar el secreto —dice el refugiado sin dirigir la vista a los otros dos.

Su mirada vaga por el campamento, por el interminable campamento. Ya ha llegado varias veces hasta la linde de ese campo de refugiados. Es posible, si se tiene mucho tiempo. Se ve entonces a un lado la nada, y en la nada hay polvo y arena y piedras y nada más entre la nada. Y al otro lado, tiendas y cabañas que parecen tiendas, y tiendas que parecen cabañas, y tiendas remendadas y tiendas agujereadas y tiendas abandonadas y tiendas abarrotadas y, si no se tiene nada que hacer, entonces uno puede reflexionar sobre qué espectáculo es más deprimente. Si uno no acaba de decidirlo, entonces se va a dormir y regresa sin más unos días después. Se podría volver también al día siguiente, pero quien está medianamente en sus cabales no se inflige semejante castigo.

—Os voy a revelar el secreto —repite el refugiado.

—¿Hummm? —Miki hace chirriar el vaso.

—Detrás de los zapatos.

—¿Hay un secreto en los zapatos?

Mahmoud señala en silencio hacia abajo. Miki parece que está inclinándose sobre la desvencijada barra; el refugiado lo nota porque el tablón de cantos vivos le está perforando con un crujido los omóplatos. Luego cesa la perforación y Miki dice:

—¡Oooh! ¡Zapatos nuevos!

Lo de los traficantes fue el mayor embuste de todos: que querían combatir a los traficantes, dijeron. Y, sin embargo, los gobiernos no pueden combatir a los traficantes. Es lo mismo que ocurre con las drogas, las putas y el alcohol. En lo

único que pueden influir los gobiernos es en el precio: cada policía, cada barco de guerra que envían, al final lo único que hacen es subir los precios, y eso fue justamente lo que ocurrió: los precios subieron y siguen subiendo. Las tarifas ya sólo pueden pagarlas unos pocos, lo que viene a significar, al fin y al cabo, que ahora los traficantes ganan más trabajando menos. Y no sólo eso: también tienen que entregar menos de ese dinero porque nadie más participa en el negocio.

Antes, cuando aún funcionaba lo de los botes hinchables, eso era un mercado de masas organizado por toda África. Siempre había algunos que tenían que transmitir información, que daban puntos de encuentro, que reunían clientes para los transportes, que agenciaban chalecos salvavidas. Un bote así lleno de gente necesita un montón de recaderos que van y vienen, necesita un piloto. Y hasta quien no tenía dinero podía ganarse la travesía declarándose dispuesto a hacer de timonel. Aquello era al menos una perspectiva bastante razonable para todos los implicados, porque hasta el último idiota sabe manejar el timón de un bote hinchable. Pero ¿ahora?

Ahora ya no se envía a ochenta personas en un bote hinchable, sino a ocho personas en un avión pequeño. O en un helicóptero viejo. El piloto es una persona cualificada. El avión o el helicóptero hay que mantenerlo y revisarlo, pero eso también pueden hacerlo sólo los expertos. Ahora, para los traficantes sólo trabajan expertos. Y los ayudantes, que ya están de más, van abarrotando los campos de acogida.

—He llegado a la conclusión de que ahorrar es inútil —dice el refugiado.

—¿Así que te das por vencido? —dice Mahmoud.

—No estoy diciendo eso. Digo que ahorrar es inútil.

—Buena actitud. —Miki le da desde atrás golpecitos en la espalda—. ¿Otra cerveza?

—Digo que ahorrar es inútil. Pero eso no quiere decir que empinar el codo sea útil.

—¿Y cómo pretendes reunir la pasta entonces?

—Ni idea. Pero explícame tú cómo puede funcionar esto todavía.

Mahmoud guarda silencio. Qué va a decir: por mucha cerveza que Mahmoud se eche al coleteo, sabe que el refugiado tiene razón. A la vez que suben los

precios de los traficantes, bajan las perspectivas de poder ganar en el campamento el dinero necesario. Aunque el campo tiene ahora más de dos millones de habitantes. Suficientes para formar una ciudad. Pero el campo nunca se convertirá en una ciudad.

Porque el ruinoso país en el que está el campo tiene ya suficientes ciudades que no funcionan. Tiene un gobierno que hace tres años aún no estaba en el poder y que dentro de cinco probablemente ya no seguirá en él. Entre medias se verá atacado repetidas veces por otras dos agrupaciones que podrían gobernar igual y que lo harán sin duda próximamente. Si el campo sigue existiendo y creciendo, se debe sólo a que en él hay algo que no se encuentra en ningún otro sitio: seguridad, aunque lo cierto es que no mucha.

La seguridad proviene del dinero de Naciones Unidas y de los europeos. En contrapartida, el gobierno en funciones ayuda a proteger el campo, ya sea por interés propio, para que siga habiendo dinero y ayuda al desarrollo y el suministro de armas defensivas. En el fondo, alquilan uno de los territorios más estériles del mundo a una tarifa rentable, por lo que los dos grupos rebeldes se esfuerzan más si cabe por formar gobierno y así embolsarse su parte de la cosecha con los refugiados.

Como resultado, hace ya quince años que el campo sigue intacto. Hay suficiente seguridad para sobrevivir, pero no para un futuro. Uno puede amoldarse a la situación en el campo, como Miki. Puede incluso comprar un día otro frigorífico de segunda mano para las cervezas, si quiere creer en tanto futuro. Pero nadie montará ahí una fábrica. Nadie invertirá dinero en ese montón de tiendas que dentro de dos semanas pueden haber desaparecido. Y por eso nadie ofrecerá ahí trabajo, porque ahí, durante décadas, no habrá más que polvo y arena y sequía.

Ahí un hombre no puede ganar nada, y una mujer sólo de la única manera en que lo han hecho las mujeres desde hace milenios. Pero tal como están ahora las cosas, ni la mujer más hermosa del mundo puede follar ahí lo suficiente para alcanzar con sus ahorros los precios que los europeos, con su cierre de fronteras, han impuesto a los traficantes. Eso vale para todos los habitantes del campo, incluido Mahmoud. Para él más aún, ya que a él nadie quiere follarle.

—Ahorrar es inútil —dice el refugiado con toda la calma—. Porque, pese a todo, cada día me alejo más de la suma que quiere el traficante.

—No debe de ser un traficante de primera —apunta Mahmoud.

—¿Eso cambia algo?

—¿Y qué cambio aportan entonces tus zapatos nuevos? —Miki coloca otra vez en el estante el vaso de cerveza—. De todos modos, no vas a ninguna parte.

—Pero se camina mejor.

Eso es cierto, sin ninguna duda. La mayoría llevan chanclas de playa o, cuando ya no son niños, pantuflas. Porque los niños van descalzos.

—Como si aquí hubiera que caminar tanto.

—Pero caminar, al menos, no cuesta nada.

El refugiado se interrumpe un momento. En el fondo ha dicho eso sólo por obstinación, aunque tiene la impresión de haber encontrado algo. Una relación causal cuyo nombre aún no puede concretar.

—¿Y qué más? —Mahmoud observa expectante al refugiado.

—No, mira. Yo no puedo permitirme un traficante porque no tengo suficiente dinero. Pero tengo tiempo. A carretadas. Llevo aquí un año y medio. Si hubiera caminado cada día sólo diez kilómetros, habría avanzado cinco mil kilómetros.

A eso Mahmoud, de entrada, no sabe qué decir. Miki tampoco responde nada.

—Cinco mil kilómetros no está nada mal. —El refugiado piensa mientras habla, o al revés. Tampoco sabe adónde quiere ir a parar, pero tiene la sensación de que por alguna parte hay dispersos más pensamientos aprovechables—. Cinco mil kilómetros. Gratis. Y seguiría teniendo el dinero que, de otra forma, se lleva el traficante.

—Claro, y quizá algún extra también —rezonga Mahmoud—. ¿Y de qué vives durante la marcha?

—Cierto: algo tengo que comer y beber. Pero ¿habéis calculado alguna vez cuánto puedo comer y beber con mis ahorros?

—En Berlín, los precios deben de ser para salir corriendo —augura Miki, pero no suena como quien gruñe malhumorado, sino como quien tiene curiosidad. Él también quiere saber adónde llevan esas ideas. Sin que se lo pida, le pone delante al refugiado otra cerveza.

—¡Eh! —protesta Mahmoud—, ¿y yo?

—Imagínate algo bonito y también tendrás la tuya —lo corta Miki.

—Así que tengo algo menos de dinero y he avanzado cinco mil kilómetros...

Mahmoud le echa una mano:

—¿Las fronteras?

—Podría buscar guías. No son tan caros.

—Claro. Están esperándote y te hacen un precio especial. O sea, si yo ofreciera precios especiales, sería a mi traficante de primera. Precios especiales para clientes fijos.

—Sííí —dice el refugiado—, el plan todavía no está muy elaborado.

—Y luego el señor Precio Especial está delante de las instalaciones fronterizas de los europeos. Ellos te dicen que vienes de un país absolutamente maravilloso y que no sabes lo bien que estás allí. Punto final.

—Bueno, está bien...

—Como ahora —dice Miki—. ¿Y para eso te he puesto delante una cerveza?

—¡Yo no he prometido milagros! —El refugiado intenta quitárselos de encima, pero ya es tarde. A veces uno tiene una idea y se ve interrumpido en el momento inoportuno. Y la idea se ha ido. Intenta recuperar el hilo, cierra los ojos y espera atrapar otra vez el flujo del pensamiento, como los sueños de los que uno despierta y a los que puede volver si se esfuerza.

—No tengo dinero, pero tengo mucho tiempo —repite el refugiado—, y tengo dos pies...

—Sí, hasta ahí hemos llegado.

Y entonces siente que el pensamiento se ha marchado definitivamente. Furioso, el refugiado agarra la botella de cerveza y bebe un largo trago antes de que a Miki se le ocurra quitársela. Lo hace a veces, por eso no hay que presentarse ante Miki a horas tardías y borracho, ya que en ese caso uno puede encontrarse con una botella casi vacía.

—Pero una cosa es cierta —resume—: ahorre o no, nunca podré permitirme los precios del transporte.

—Venga, hombre —lo consuela Mahmoud—, eso te lo parece ahora. A lo mejor caen los precios y en un abrir y cerrar de ojos estamos en marcha.

—No caen —dice el refugiado en tono resuelto—. Europa no nos quiere. Nadie nos quiere. Y cuanto menos te quieren, más caro se vuelve el viaje.

A nadie se le ocurre una réplica a eso. Pero para subrayar su determinación, para insistir una vez más en lo correcto de su idea inicial, invita a otras tres cervezas. Y mientras beben y cavilan, no se quita de la cabeza la idea de que acaba de dejar escapar una oportunidad única.



## 2

El secretario de Estado no se decide. El granito, le han dicho, es el material más duro que hay. ¿O era la piedra artificial? No es que le interese especialmente, un secretario de Estado tiene otras cosas en que pensar, pero Tommy ha manifestado con suficiente claridad que no tiene ningunas ganas de tomar todas las decisiones en solitario. Por eso el secretario de Estado, con una taza de café en la mano y un montón de catálogos ante él, está comparando materiales en ese momento. ¿Piedra natural? ¿Laminado?

—¿Laminado para una encimera? —ha preguntado el secretario de Estado—, ¿no es más bien para los suelos?

—Los suelos vienen después.

—¿Y cuál es la ventaja? ¿No podemos escoger simplemente madera?

—¡Simplemente madera!

Tommy se ha reído como si el secretario de Estado quisiera subir al Everest en chanclas. Estaba en el pasillo en pantalones cortos y llevaba a la espalda, naturalmente, la mochila de Hello Kitty, pero ni siquiera la horrible cabeza de gato ha podido deformar el culo impecable que tiene. Entonces, el culo impecable se ha dado la vuelta, y un short de un blanco luminoso, que vestía dos piernas esbeltas y bronceadas, con un espectacular vello rubio, se ha acercado a él. Al pasar ha cogido de la mesita del tresillo algo que parecía una revista extremadamente gruesa y extremadamente aburrida y lo ha dejado caer con un ruido sordo, como si fuera un enorme solomillo de papel.

—Léetelo despacito y así ves también con qué ha de ocuparse la gente normal. Yo no puedo explicártelo todo. Ahora tengo que marcharme, la tela del tapizado no se elige sola.

—Pero...

—Ya puedes estar contento de que yo haga una selección previa. El sábado a

las diez y media de la mañana en el tapicero, entonces lo apalabramos todo; te lo he dejado apuntado.

—¿Outlook o agenda?

—Los dos. Ahora tengo que irme. ¡Que gobiernes bien! Y saluda de mi parte a Volker.

El secretario de Estado no saludará a Volker, eso es seguro. Y maldice una vez más el momento en que prometió a Tommy que se irían a vivir juntos. Porque hasta entonces había sido maravillosamente práctico: él en Berlín, Tommy en Hamburgo, y cada dos semanas felizmente juntos. Por las tardes podía ver a quien quisiera, podía mantener conversaciones de trastienda política hasta las tantas de la madrugada, salir con alguien de vez en cuando (no muy a menudo, la verdad), llevar gente a casa y acordar hasta las tres y media varias estrategias. Eso también será posible en el futuro, afirma Tommy, y es probable que tenga razón: uno puede llevar un día a casa a cinco políticos tranquilamente sin que su pareja se caiga de la cama si se tiene bastante sitio para situar bien lejos el dormitorio. Y pronto tendrán nada menos que doscientos cincuenta y un metros cuadrados, con azotea. Y habrá una piscina con hidromasaje, y entonces Tommy hará con más frecuencia lo que realmente sabe hacer mejor.

Y eso, desde luego, no es cocinar.

El granito es estupendo, lee el secretario de Estado en el solomillo de papel, pero a la piedra natural suelen salirle manchas. Y absorbe los líquidos. Además el granito es duro y si se deja encima sin cuidado un vaso, éste se rompe al momento. El secretario de Estado considera si en otros sitios la gente deja los vasos de manera distinta a como se dejan en su casa, o sea, bueno, cómo decirlo: de una manera normal. Excepto cuando alguien los lanza con fuerza.

En sus apuros con el catálogo, el secretario de Estado echa una ojeada a su teléfono con la esperanza de que algún mensaje lo libere. Pero no hay ninguno. Abre la agenda: dos reuniones, dos entrevistas. Ninguna emergencia. Piensa en el trasero de Tommy dentro del short blanco y luego piensa de pronto en la expresión «descanso estival». Realmente es que no ocurre nada. Y debería estar contento por eso. Porque no siempre ha sido así.

Aquel verano, aquel otoño en el que aquella idiota se trajo a los refugiados al

país. El incidente de Año Viejo en Colonia. Los palos por el pacto con Turquía.<sup>1</sup> Y luego, después del golpe de Estado, más palos. Una sesión de emergencia tras otra, aquello no acababa nunca. No sabe si fue en septiembre o en octubre cuando llegó a casa y Tommy dijo: «Me pregunto quién negocia nada contigo con lo mal que hueles». Durante cuatro o cinco días seguidos no había podido escapar de aquellos líos, y ahora que se ha calmado bastante la agitación, ahora que el número de refugiados ha disminuido, que se atiende o se reduce o se instruye, o todo junto, a ese nuevo contingente, ahora que puede reducir las horas extraordinarias, ahora tiene por fin tiempo de leer algo bueno.

Pero en lugar de eso, lee catálogos de cocinas.

«La madera es un material vivo», pone ahí. Justo. La madera de toda la vida. Desventajas: poco resistente a la humedad, a los zumos de frutas y de hortalizas, a la sangre. Entonces hay que tener cuidado de no cortarse, piensa primero, pero luego cae en la cuenta de que seguramente no se refieren a la sangre del cocinero.

Al final hasta le ha tocado moderar un asunto de tráfico, tan poco era lo que había que hacer. La pausa veraniega está al llegar, ya se nota la campaña electoral. Prácticamente no pasa nada. Si los gobiernos hacen algo, es justo nada más entrar en funciones. Porque tienen que demostrar a sus votantes que las elecciones han servido para algo. Pero al cabo de dos, de tres años, ya está todo hecho. Lo que queda por hacer es arriesgado y dificultoso.

Plástico. Inadecuado para sartenes calientes. Qué astucia, una superficie de trabajo que no aguanta los pucheros calientes... ¿Quién idea esas cosas? ¿Y qué escoger en su lugar? ¿Qué es bueno contra el calor? ¿El acero? ¿El vidrio?

Un reino por una crisis de Estado.

Lo más fácil sería que Tommy tomara las decisiones. Pero no discuten sólo el foco de crisis que es la configuración de la cocina, sino también otro foco de crisis privado, muy limitado y que por suerte no afecta a los otros sectores, pero que a pesar de todo debe ser tenido en cuenta para que no pase a mayores. Ese particular foco de conflictos es: «El señor secretario de Estado sabe delegar maravillosamente», y eso significa que en los próximos tiempos él tendrá que meterse un poco más en los asuntos domésticos porque Tommy le ha

comunicado recientemente que él, Tommy, pensaba que era para él, el secretario de Estado, el bienamado compañero sentimental y no una de sus fulanitas del ministerio. Y luego Tommy quería saber si ambos estaban de acuerdo en eso, o sea, en que él, Tommy, no tenía nada de fulanita del ministerio, pues de lo contrario, dijo Tommy, y eso se lo comunicaba así amistosamente, porque de lo contrario podían dar todo ese asunto por terminado.

Y eso quiere decir que ahora, por lo pronto, todo será un poco más complicado. Él había pensado en realidad que en la cocina pondrían alguno de esos tableros de aglomerado que hay en las tiendas de bricolaje. A él hasta le gusta ir a veces a esos grandes almacenes. El discreto olor a madera y a disolventes, la uniformidad de los estantes. Los numerosos botes de pintura, tornillos y escuadras. Juegos de destornilladores, juegos de llaves inglesas. No es que sea un manitas, pero cuando se tiene un juego de destornilladores así, en todos los tamaños, un juego así de llaves inglesas, en todos los tamaños, ¿no le da a uno la agradable sensación de estar preparado para todos los tornillos que se le presenten en la vida?

Dekton. La sustancia milagrosa por excelencia. Sobre ella se puede sacrificar a un cerdo y encender una bomba atómica y más tarde, cuando dentro de cincuenta mil años la tierra esté habitada otra vez por mutantes, entonces los mutantes quitarán los escombros y dirán: «¡Oh! Una encimera de Dekton. Y prácticamente nueva». Es exagerado, por supuesto, Chernóbil ha probado que en las zonas atómicas se puede volver a vivir bastante pronto y que no se produce una mutación tan deprisa. Para él esa salida aún no se ha realizado por completo; ha hablado con algunas personas de Vattenfall que tienen opiniones muy sensatas. Por otra parte, no quiere saber el equilibrio ecológico. El del tal Dekton. El equilibrio ecológico también es importante para Tommy: «¡Al fin y al cabo dejamos todo esto a nuestros hijos!».

—Nosotros somos gais.

—Tienes que salir de vez en cuando de tus cuatro paredes. Tu partido te ha atornillado la cabeza. ¡Qué cosas dices!

Suena el teléfono móvil. ¡Por fin! El chófer.

—Bajo enseguida.

Deprisa, deprisa. Ha notado muchas veces que le resulta más fácil pensar cuando está bajo presión. De cocinas no sabe nada. Tommy tiene ideas concretas y quiere una cocina que sea representativa por si un día viene el ministro. O incluso por si el secretario de Estado llega a ministro y entonces, de todos modos, vaya usted a saber quién puede ir a hacer una visita. ¿Esa ricura de primer ministro sueco?

¡Mmmmm!

El secretario de Estado piensa un momento en Svensson en bóxers. Luego se domina y recupera una actitud profesional. Toma su smartphone, compara los precios, y elige lo más caro. Entonces Tommy dirá «típico» y le increpará: que es un fanfarrón (diez minutos), que se puede adquirir algo mejor y más barato (dos minutos), luego dirá lo que él propone y de qué color (de treinta a cuarenta y cinco minutos) y el secretario de Estado sólo tiene que resistirse un rato (cinco minutos, mejor quince) y luego ceder.

Como si no se pudiera llegar a lo mismo más deprisa. Pero a veces hay que dar esos rodeos, en eso el trato con Tommy no se distingue en nada del trato con las fulanitas del ministerio.

Pero eso, por supuesto, no puede decírselo a Tommy.

### 3

Nadeche Hackenbusch se recuesta satisfecha en el asiento del coche. Sabe que se perciben ya las primeras ondas mucho tiempo antes de que ella entre en la cadena. Como ondas expansivas, como el viento antes de la tormenta, ese murmullo en las copas de los árboles que suena distinto a la brisa normal. Como el vibrar de los raíles que precede al tren.

Y es lógico, ya que Sensenbrink conmina de nuevo a su secretaria a que no deje pasar ninguna llamada telefónica espontánea, y que llame otra vez a todos los que participan en la reunión para que no falte absolutamente nadie. Así que su nombre, en efecto, ya revolotea por los pasillos como un rumor. Al parecer, los empleados lo presienten del mismo modo que los animales un terremoto.

—¡Hoy vais a tener un día infernal de trabajo!

—¿Viene sola?

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Otra vez asamblea plenaria?

Ella lo da por descontado. Porque han pasado los tiempos en que iba de reunión en reunión por todos los departamentos. Al principio se consideraba importante por eso, hasta que se dio cuenta de que una es mucho más importante si se reúne con las mismas personas en menos ocasiones. El año pasado, cuando ya se veía venir que la primera temporada alcanzaría cuotas de récord, lo consiguió por primera vez: para la segunda temporada sólo hubo una reunión a la que tenían que asistir todos. Y la fecha no se la propusieron: la escogió ella. Eligió, naturalmente, el mes de julio.

—¿Por qué naturalmente? —pregunta la nueva que va sentada a su lado en la limusina.

—Porque entonces siempre hay algunos que tienen que interrumpir sus vacaciones —dice ella mientras abre un espejito de bolsillo y se revisa el maquillaje. Un movimiento fluido, deslizante, mano que se mete en el bolso,

mano que sale con espejo, ya mientras sale se abre, una mirada en él durante la breve pausa entre sacar y meter, mano que se mete con el espejo en el bolso: en total ni dos segundos.

—¿Y eso no les fastidia?

—Claro que sí. Pero sólo así te respetan. A la gente importante, a la gente de dinero, a la gente que toma las decisiones, hay que tratarla mal. No a la gente modesta. Escriba eso, por favor.

La nueva lo anota en su bloc. Nadeche Hackenbusch no sabe aún con seguridad si eso va a ser una guía práctica o sus memorias, pero ésa es una de sus frases preferidas y tiene que constar en el libro. Mete la mano en el bolso y saca un billete de cincuenta euros. Da la impresión de que tiene un compartimento especial para los billetes de cincuenta euros, tanta es la rapidez. Se inclina hacia delante y le pone el billete en la mano al conductor. «Es para usted. No vaya a olvidarlo después.» Luego se deja caer de nuevo hacia atrás.

—A la gente modesta tienes que tratarla bien —dice—. Eso lo aprendí de mi madre. Yo soy de familia humilde. Mi madre era una mujer muy sencilla.

—Ah, un momento, por favor. —La nueva pasa hacia atrás las hojas. Luego dice—: Su madre se casó con un empresario: ¿quiere usted llamarlo de verdad familia humilde...?

—Mi madre era una mujer *muy* sencilla —aclara—. Y yo nunca olvidaré mi origen. Una ha de saber quién es. Sólo quien tiene raíces es un ser humano.

Hace una breve pausa. Como no ocurre nada, abre mucho los ojos y la cabeza se mueve en dirección al bloc.

—Perdón —dice la nueva—. Sólo... quien tiene... raíces... es... un ser... humano.

Toma nota, satisfecha, de la documentación de sus palabras.

—Al principio daba siempre sólo diez euros —explica—. Pero luego pensé que eso quizá fuera mezquino. Entonces di veinte euros. Pero a veces seguía pensando: puede que siga siendo mezquino. Y es una necesidad dar propina si después una piensa continuamente que ha sido poco o algo así. Para eso más vale no dar nada. Así que ahora doy cincuenta.

—¿Y cincuenta ya no es mezquino? —pregunta la nueva.

El tonillo de la pregunta no le gusta. ¿Qué deja traslucir? ¿Ironía? ¿Crítica? ¿Suficiencia?

—Quien no tiene bastante con cincuenta quiere seguramente cien. Y cien es avaricia.

—Pero ¿cincuenta no?

Nadeche Hackenbusch hace un chasquido desaprobatorio con la lengua.

—¿Cuánto suele dar usted? —pregunta a su vez.

—No sé —contesta la nueva—. ¿Unos cinco? Porque también depende de a cuánto asciende la cuenta.

—Pues nada. —Sacude su hermosa cabeza—. Ya me doy cuenta, a usted no se le puede explicar esto. Escríbalo a su manera y luego ya veremos. Puede que también lo suprimamos.

—¿Lo de la propina o lo de la gente importante?

La nueva no llegará a vieja aquí. A Dios gracias tiene una letra muy clara; quienquiera que venga después podrá utilizar sus notas sin ningún problema.

—No lo sé aún —dice Nadeche Hackenbusch mirando con aire ausente por la ventanilla del coche—. Quizá lo uno y lo otro.

—Una lástima que a mí no se me pague por horas —se lamenta la nueva.

—La responsable de sus contratos es usted.

Nadeche Hackenbusch mira la hora, luego echa mano de su móvil.

—¿Madeleine? Soy yo, estaremos ahí dentro de diez minutos. ¿Podrías llamarlos tú y explicárselo? ¿Para que en mi sitio...? Exacto. O no: hoy prefiero un capuchino... Perfecto... Sacarina. ¡Eres un cielo!

Fuera, pasa de largo la ciudad. A ella le gusta. Algunas de sus amigas de antes no salían de su asombro cuando se enteraban de cómo había cambiado su vida. Las entrevistas, la vida de cara a la opinión pública, la constante disposición a que la fotografiaran o le dirigieran la palabra, y el hecho de que no fuera un auge momentáneo, sino que desde entonces siguiera siendo así. Pero a ella le gustó desde el primer momento y aún sigue disfrutándolo. Es el mundo en el que ella se siente a gusto, como otros en su tasca habitual. Y eso debido también en gran parte a que precisamente por esas circunstancias ella puede tener siempre la seguridad de estar haciendo lo correcto. Del hecho de que siempre alguien esté



dando vueltas a su alrededor se deduce que lleva una vida interesante y envidiable. Los periodistas son para ella como el canario en la mina. Mientras alguno vaya de un lado a otro, todo está bien.

Mira de pasada a la nueva.

—Doble usted por aquí otra vez —le dice al chófer—, quiero ver lo que han construido ahí.

—Pero entonces no llegaremos en diez minutos.

—No tenemos prisa —responde ella con cordialidad.

Por eso, media hora después acepta satisfecha las disculpas de Sensenbrink porque el capuchino está frío:

—¿Puede ponernos uno recién hecho, por favor?

—¡Pero sólo si no le causa molestias! —añade Nadeche Hackenbusch.

—¡No es problema ninguno, por favor! ¡Señorita, por favor!

De nuevo han elegido la gran sala de conferencias del último piso. Con vistas sobre Hamburgo. Se reúnen en el hotel, en el alojamiento más elegante de la ciudad, no en uno de esos estudios raídos de las emisoras de Colonia o de Múnich-Unterföhring, donde juntan esas mesas cuadradas debajo de anticuadas lámparas de diseño. A ella le gusta eso. Que haya pequeños servicios de mesa y esas torres de tres pisos de platos para canapés o bollería. Por mucho que presuman las cadenas con sus secciones de catering, al fin y al cabo todo queda en café de cantina y galletas del supermercado. No, ella quiere servilletas de tela, quiere camareros diligentes, todos vestidos igual, quiere ver que otras personas gastan dinero por ella. Piensa un momento en que más tarde debería dictar eso a la nueva. O a su sucesora.

Llega el capuchino poco después de que Sensenbrink haya procedido a la presentación; tendrá que empezar de nuevo, y eso no está mal, opina ella, la primera vez aún no todos guardaban silencio. Además, le gusta mucho mirar el logo de su programa: *Refugiados – Nadeche Hackenbusch es un ángel en la miseria*. Y habían dibujado una graciosa y simpática liebre, con pantalón de peto y pechos un poco exagerados. La liebre se parece a ella, aunque ella nunca llevaría un pantalón de peto.

—Las cuotas son buenas —dice Sensenbrink insertando algunos gráficos—, y

siguen subiendo. Nos ve la gente mayor y también los jóvenes. Y todavía cubrimos el tema en exclusiva. Nos ha sido muy favorable, evidentemente, que al principio nadie creyera en este formato.

—Menos yo —subraya ella. Es posible que en aquel momento no tuviera otra oferta, pero en la televisión cualquier programa es mejor con ella y por ella.

—Es casi increíble que no haya un poco de teatro en lo que usted hace —dice una rubia.

Ella ya ha visto a la rubia varias veces, pero no recuerda su apellido. La rubia es joven, treinta años como máximo, pero la última vez ya dijo en varias ocasiones algo que llamó la atención de los demás. ¿Kalkberger? ¿Kalkbrenner? Sonaba en cierto modo a almacén de bricolaje. Se propone anotar el apellido la próxima vez. Y, sin embargo, no sabe muy bien cómo calificar esa observación. ¿Sarcástica? ¿Escéptica?

—Compruébelo usted misma —responde Nadeche con dureza.

—No, no; si estoy convencida de ello —dice la rubia—. La autenticidad es lo que caracteriza el programa. Hay escenas en las que el mal olor realmente sale por la pantalla. También por eso la admiramos a usted, y al decir esto hablo sin duda alguna en nombre de todos los aquí presentes.

Los presentes asienten golpeando con los nudillos en las mesas. Ella sonríe y pone gesto de desconcierto.

—Les puedo asegurar que también en el futuro pondré todo de mi parte para que siga habiendo autenticidad. Se trata, ante todo, de que esas personas necesitan nuestra ayuda.

—Sí, pero yo no podría hacerlo. —Eso viene de una mujer callada, tímida y poquita cosa, sentada al extremo de la mesa—. Eso hace que me enfade conmigo misma, pero es que sería incapaz. A veces pienso también que esos niños de los refugiados son un cielo de niños, pero sólo de pensar en el programa de hace dos o tres semanas...

—Oh, sí, el de la dentadura...

—Pufff, con aquellos dientes...

Nadeche Hackenbusch ve cómo Kärner sonríe. Kärner casi nunca dice nada, aunque dirige las reuniones con el rostro.

—Bueno, es así... —dice ella.

—Sí, ¡pero los dientes de esos niños eran prácticamente negros!

—Ése fue el único momento en el que pensé por un instante que quizá había truco —dice la rubia—. Que quizá usted elige a algunos que están en pésimo estado. Pensé, en serio, que era imposible que eso fuera así.

—Pero es así. No tiene más que mirar la dentadura de los padres. Son gente... Ahí tiene usted que empezar por abajo del todo.

—¡Y cómo daban a puñados terrones de azúcar a sus hijos! —La mujercita insignificante está fuera de sí—. Habría podido emprenderla a gritos con el televisor...

—Lo sé —dice Nadeche Hackenbusch, comprensiva—. La higiene dental es un horror. Tampoco es que todos hayan perdido el cepillo de dientes en la huida; es que jamás han tenido uno. Creen que la pasta de dientes es una masilla para sellar y pegar. Por eso también hay que ayudar en esas cosas.

—Completamente de acuerdo —apunta Sensenbrink—. Lo mejor es que hemos tocado una fibra sensible. Lo vemos no sólo en las cuotas, sino también en las reacciones en Facebook. Claro, a veces da asco, pero también lo deja a uno acojonado. Consternado. No es casualidad que el programa de la dentadura sea lo primero que recuerdan los compañeros...

—La visita del dentista al albergue... —Eso proviene de un alto directivo de algo que hasta entonces ha guardado silencio. Negando con la cabeza, perplejo, resopla hinchando sus gruesos mofletes—. Cómo examina el interior de las bocas, una tras otra, y la mueca que hace después... Eso no puede ser teatro.

—No es necesario hacer teatro —dice Nadeche Hackenbusch con sencillez—. Es horrible lo que se encuentra una allí. Pasan cosas que nunca habría creído posibles. Hay niños que no tienen ni cuatro años y ya les huele la boca como si fuera una fosa séptica.

En el grupo, los responsables del programa se miran. Se muerden el labio y enarcan las cejas al reconocer lo difícil de la situación. Ella está valorando si colocar ya la hermosa frase, justo en ese silencio; la frase tiene siempre un gran éxito cuando la dice a un periódico o ante una cámara; casi siempre la imprimen o la emiten, y todos se muestran después muy sorprendidos ante su capacidad de

reflexión, por mucha que sea su belleza, y ante su saber sobre los entramados económicos. Pero entonces se le adelanta la rubia tal vez crítica y dice:

—Y eso en uno de los países más ricos de este mundo.

«De este mundo», lo que resulta aún más conminatorio que «del mundo». Vaya tía asquerosa.

—La señora Karstleiter ha dado en el clavo —retoma el hilo Sensenbrink—. Pero eso es lo que hace avanzar nuestra causa común. Son escenas a veces difíciles de soportar, pero que provocan una consternación casi imposible de alcanzar de otra manera. Eso muestra con exactitud adónde tenemos que llegar. Donde duele.

—Ahí hemos llegado ya —replica ella con energía—. Si quieren, les enseño mis pies después de un día de rodaje.

El grupo ríe expresivamente y con complicidad, incluido Sensenbrink.

—Creo que todos tenemos muy claro con cuánta entrega hace usted esto. *Ángel en la miseria* es también y sobre todo su criatura: sólo a usted debe su existencia. Vive gracias a su entrega, a su credibilidad, a su disposición a ensuciarse los dedos y a desollarse los pies. Sin embargo, y le ruego que me perdone el pequeño juego de palabras, a pesar de sus extenuados pies, querríamos proponerle hoy que diera un paso más.

—Es la primera noticia que tengo.

Intenta fruncir un poco el entrecejo, con rabia. Si algo detesta es a la gente que trata de manejarla. Sabe lo difícil que es ser independiente y mantener esa independencia. Sabe sobre todo lo que es bueno para ella, y sabe que agentes publicitarios, asesores de empresa, gentes del mundo mediático, prefieren hacerlo todo como ya lo han hecho alguna vez para otros. Pero Nadeche Hackenbusch sólo seguirá siendo Nadeche Hackenbusch, la única, si sigue su propio camino. No es que el peligro sea grande; su posición, por el momento, es demasiado buena para que alguien quiera imponerle condiciones. No obstante, el ceño un poco fruncido debería dar a entender a Sensenbrink que está metiéndose en terreno fangoso. Sin embargo, ve enseguida que tendrá que prescindir de eso si no quiere resultar ridícula. No puede tenerlo uno todo: arrugas y bótox.

—Sí, claro, de eso no puede usted saber nada, la idea es completamente

nueva —se apresura a decir Sensenbrink—. Pero no tiene que preocuparse, usted sabe que aquí no decidimos nada sin usted...

—Yo tengo la última palabra —insiste ella con una terquedad algo excesiva.

—... Sí, claro que tiene usted la última palabra, por supuesto, ¿qué sería *Ángel en la miseria* sin Nadeche Hackenbusch?, pero le pido que escuche la propuesta, nosotros vemos en ella una oportunidad única...

El tono de Sensenbrink, sus esfuerzos, logran tranquilizarla. Sonríe con esa sonrisa impagable que hasta el *Frankfurter Allgemeine* calificó una vez de «avasalladora» y dice:

—Bueno, vale.

Ve cómo esa Karstleiter se levanta, avanza y deja sus notas sobre el atril. Da ligeras muestras de nerviosismo; al parecer no sólo porque habla delante de Nadeche Hackenbusch, sino porque el proyecto tiene una extensión considerable. No es mala señal.

—La segunda temporada de *Ángel en la miseria* no sólo es un éxito fabuloso —arranca Karstleiter—, sino que presenta también un enorme potencial de crecimiento. Encuestas entre espectadores dan como resultado que Nadeche Hackenbusch es el ejemplo de compromiso sincero. El público aprecia sobre todo que se prescindiera de casos aislados: precisamente porque estamos siempre en el mismo campo de refugiados, el público puede comprobar cómo va mejorando la situación general. Deberíamos seguir con ese ímpetu y ese entusiasmo. Ahora todavía nos queda por emitir una tercera parte de la temporada, aproximadamente. Por eso, admirada señora Hackenbusch, desearíamos terminar con un final especial. Quizá incluso compuesto de varias partes.

Nadeche Hackenbusch frunce la frente tanto como puede. Eso sólo suena a más. Y más no siempre es bueno, ella lo sabe. Ya estuvo viviendo, para la televisión, en un piso compartido con modelos, que también fue anunciado a bombo y platillo, pero que luego resultó ser una siniestra baratija. Alguien quiso rellenar el hueco de una época carente de supermodelos con algo que tenía que ver con las modelos. Ella se marchó después de la segunda temporada, pero todavía recuerda el horrendo homenaje a las ganadoras. No fue en el estadio de

Colonia, no fue en el estadio Allianz, en Múnich, no fue en Nueva York ni en París, fue alrededor de la piscina de un apeadero de cuatro estrellas en Mallorca, sin ningún público, algo tan pobretón que habría sido lo mismo entregar el feo premio a la modelo que ganó en una parada de autobús. Por eso responde con escepticismo:

—Eso, de entrada, suena a barato.

—No se trata del presupuesto —asegura al momento Karstleiter—. Invertiremos más que para los capítulos y las entregas normales. Para nosotros es algo muy serio.

La palabra *presupuesto* hace efecto. Más presupuesto significa que también llegará más dinero a su bolsillo.

—Queremos fortalecer el producto propiamente dicho, no debilitarlo. Queremos que Nadeche Hackenbusch vaya al fondo de las cosas. Queremos que vaya allí donde la ausencia de cepillos de dientes es el menor de los problemas. Al campo de refugiados más grande del mundo.

Eso la descoloca un poco.

—¿Está usted en sus cabales?

—¿Por qué?

—¿Sabe usted lo que ocurre allí? ¡Allí se pegan tiros!

—Allí nadie dispara a nadie —dice Karstleiter.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Allí no puede haber disparos. De lo contrario sería imposible tener allí a los refugiados.

—Si allí no disparasen, no habría refugiados. No tiene usted más que ver los informativos.

—Señora Hackenbusch, señora Hackenbusch, no vemos ningún motivo de preocupación —se interpone Sensenbrink—. Aquello está lleno de soldados y de cascos azules y de oenegés.

—No lo creo. ¿Cómo lo sabe usted?

—Bueno, ahora, así de improviso, no puedo enumerarle las emisiones en televisión, pero ¿por qué, si no, iban a congregarse allí los refugiados? Creo que si usted se informa sobre el tema...

—Tampoco dispongo de tanto tiempo como para ver constantemente ciertos informativos. Usted me prepara primero un dossier y yo mando que lo examinen...

—Señora Hackenbusch —dice la tal Karstleiter, ahora con mucha suavidad, como un enfermero de anchas espaldas que ya tiene preparada la camisa de fuerza—, ¿cree usted que la enviamos a la catástrofe? Nosotros arriesgamos en ello tanto como usted.

—Yo lo veo un poco distinto.

Sensenbrink mira a Kärner, que pone un gesto malhumorado. Carraspea un poco y dice después en tono extremadamente amable:

—Quizá deberíamos verlo todo desde una perspectiva distinta. Nadie quiere discutir aquí que la cosa entraña más riesgos que cualquier rodaje en un estudio de Ossendorf. Y por eso la cuestión decisiva es si vale la pena.

—Yo puedo darle enseguida la respuesta: de ninguna manera.

—Eso ya lo ha dejado claro, por supuesto —dice ahora Sensenbrink con sorprendente seriedad—. Pero vea usted en nosotros por un momento también al socio: a *su* socio.

Y por mucho que ella se resiste, por mucho que no quiere ceder un ápice, no puede impedir que Sensenbrink meta la punta del pie en la puerta y consiga abrirla.

—Evidentemente, nosotros pensamos sobre todo en nuestros intereses, pero es innegable que nuestros intereses y los intereses de usted son a veces los mismos. Y puede usted creernos respecto a una cosa: si hablamos con usted de esos riesgos, es sólo porque también vemos en ellos oportunidades. Para nosotros, eso tampoco voy a ocultárselo, pero también para usted. Piense en lo que usted y nosotros podemos conseguir con ese especial. Con él usted deja atrás de golpe todos esos formatos de amueblamiento y de reformas. Esas búsquedas de pareja y de personas desaparecidas...

—No creo que nadie me vea en esa liga —replica obstinadamente Nadeche Hackenbusch.

—Con algo así no tiene que compararse, eso es cierto —acude en su ayuda Sensenbrink—. Pero considere usted lo siguiente: eso demuestra también su

seriedad en proporciones desconocidas hasta ahora. Nadeche Hackenbusch va adonde no van los demás. Como Antonia Rados.

—¿Antonella qué?

—Antonia Rados. La de RTL. Esa que va por los territorios en guerra.

—No la conozco.

—No es tan importante. Digamos que usted estaría entonces en la categoría de una estrella como Günther Jauch<sup>1</sup> —dice pacientemente Sensenbrink—. Sólo ha habido uno hasta la fecha en Alemania: ¿recuerda aún a aquella presentadora, Margarethe Schreinemakers?

Claro.

Todo el que hoy utiliza bótox se acuerda de Schreinemakers. Franja de máxima audiencia, tres horas, cuatro horas, bloques de publicidad larguísimos; no importaba rebasar la hora. El apogeo del *infotainment*. Y todos habrían querido llevarse a casa lo que Schreinemakers se llevaba a la suya.

Aunque también tendría que haber pagado los correspondientes impuestos, o algo así. Algo pasó. Pero a ella no puede ocurrirle eso: ella paga sus impuestos, de buen grado, siempre. Y la última vez simplemente dijo: «Bueno, después de los impuestos y de todo lo demás, quiero que me queden dos millones y medio limpios. Seguro que tienen ustedes a alguien en Contabilidad que pueda hacer el cálculo».

Lo tenían.

—Usted sería la nueva Margarethe Schreinemakers. Pero con el atractivo de Angelina Jolie —añade ahora esa dichosa Karstleiter.

¿Le habrá visto en la cara que lo de Schreinemakers ha dado en el blanco? Siempre procura que no se le note nada, ella no es una amateur. Pero el golpe de Sensenbrink ha sido certero y ahora esa Margarethe Jolie ya no se le va de la cabeza. Eso y la perspectiva de tener, como Angelina Schreinemakers, presencia y campo de acción en la pequeña pantalla, si algún día tiene por fin necesidad de bótox. Hasta ahora es sólo en plan preventivo. Piroláctico. Pero las reinas de las tertulias televisivas tienen ya prácticamente setenta años y, pese a ello, nadie les tose. Aunque no hay nada que ellas hagan que no pueda hacer igual de bien una Nadeche Hackenbusch.



Naturalmente, no da una respuesta afirmativa. Lleva a cabo la visita a la cadena de televisión con la seguridad en sí misma que todos conocen. Pero cuando está otra vez en la limusina, dictando a esa nueva otro capítulo de su filosofía de vida, sigue poco concentrada, algo insólito en ella. Eso le causa cierto de fastidio, pero no obstante contempla mentalmente el anuncio una y otra vez, como si el rodaje ya hubiera concluido. Esa sólida voz que dice:

«Esta tarde visita a Nadeche Hackenbusch: Su Santidad».

Falta todavía el director de la sesión, por eso el ambiente recuerda al de una clase de colegio cuando el profesor llega tarde. Lo que en el fondo resulta extraño, porque la clase se llama gobierno federal. Pero en su defensa hay que decir que es la pausa estival. Hay pausa en el Parlamento, hay pausa prácticamente en todas partes, el gobierno federal se reúne cada quince días en lugar de cada semana. El canciller federal está de vacaciones, el vicescanciller también y, evidentemente, la mayoría de los ministros, por lo que éstos envían a sus sustitutos, que en realidad no tienen nada de que tratar. Por eso hay allí gente que toma parte profesionalmente por primera vez en una sesión del consejo de ministros. Todos han probado alguna vez, a escondidas, los sillones negros, el del medio también, por supuesto, con selfi, con el dedo pulsando el timbre del canciller y con toda la parafernalia, pero para algunos es la primera vez que se sientan de verdad en uno de los sillones y se les pide que hagan algo útil.

Aunque la palabra *útil* no resulta del todo adecuada; en lo esencial, hoy sólo se cumple con el reglamento de las sesiones. Y mientras falte la ministra de Medio Ambiente, la ministra más antigua y directora de la sesión, ni siquiera eso.

El secretario de Estado mira alrededor buscando caras conocidas. Lohm tendría que estar también. Es, con él, uno de los más jóvenes; sólo Amsel, de los Verdes, es más joven. No obstante, él ha estado allí más veces que la mayoría de los presentes, más veces aún que Lohm. El ministro del Interior, Leubl, le envía por principio a él, y no sólo en verano.

—Porque sé que usted no deja de pensar cuando se sale del orden del día —le había dicho Leubl la primera vez.

—Muy amable, pero eso también lo hacen los demás...

—Hágame un favor y prescinda de lealtades. Al menos cuando estemos a

solas. Usted es el único que yo he elegido realmente. Rogler está conmigo porque el primer ministro aún está en deuda con él. Schwannstatt es una pazguata que aparece en los programas de la Asociación de Mujeres del Campo y de los Trabajadores Cristianos. Si la envío, puedo estar seguro de que se perderá en el viaje de regreso, y créame que yo estaría encantado. Y sólo he cargado con esos dos porque a cambio me pusieron a usted.

—No lo sabía...

—¿Así que usted pensó que el viejo estaba senil? ¿Que sacó tres papeletas y le tocaron dos inútiles?

Leubl le había mirado con tal severidad que prefirió cerrar la boca. Luego Leubl se sentó ante su escritorio, abrió una carpeta y empezó a leer. Y, sin levantar la cabeza, dijo:

—Así pues, ahora sabe que no es así. Cuando me sea imposible asistir, usted es mi hombre. Cuando no tenga ganas, también. Espero que se acomode a ello.

Así que el secretario de Estado está preparado, aunque hoy no hay mucho más en el programa que un informe sobre investigación energética. Ni siquiera sobre cambio energético, no, sobre investigación energética, lo que tiene más o menos la importancia de la película que el profesor pone a los alumnos en la penúltima clase antes de las vacaciones.

Un alegre tuiteo llena la sala con su silencio. Teóricamente, porque una mujer llamada Karsdorff-Gundelingen y un tal Stohn, del Ministerio de Transporte, no han comprendido hasta el día de hoy cómo se quita el sonido de las teclas del móvil. Hay un cliqueo constante, letra tras letra, y lo único que se puede inferir de ello es que ni Stohn ni Karsdorff-Gundelingen forman parte de quienes, por debajo de la mesa, pasan furtivamente información a la prensa. Pero él tampoco se explicaría que alguien quisiera intercambiar información con ellos. KG es en efecto tan tonta como parece y Stohn es hasta tal punto un acólito de la industria automovilística que resulta penoso.

Saluda a Grevensen, que está más lejos. A él le tiene respeto. A lo largo de cuarenta y cinco años ha difundido en Renania del Norte-Westfalia cordialidad socialdemócrata; empezó con los Jusos,<sup>1</sup> en el ala izquierda, pero es moderado. Y lo que significa en la práctica ese trabajo de base puede uno calibrarlo de

verdad cuando charla con él en privado, cuando bebe un vaso de vino en su apartamento de diputado y ve su colección de jazz. Y cuando se da uno cuenta de que devora en idioma original todos los escritores norteamericanos y una gran cantidad de franceses, y cuando le revela a uno lo difícil que le resulta escuchar los horrendos y vacuos discursos de los compañeros de la base, sus afirmaciones repetidas hasta el infinito, su insoportable insensibilidad, y qué increíble esfuerzo le cuesta no salir gritando cuando está junto a una banda de mineros.

—Los cantos son ferozmente aburridos. ¡Y ese ritmo tan lento! ¡Como si fueran asmáticos tocando la trompeta! La música de viento como elemento socialmente integrador está bien, de acuerdo, pero ¿también hay que ejecutarla? He visto durante seis años cómo mis hijos recitaban monótonamente sus textos en el teatro del colegio; si se trata de fomentar la cultura, sólo puedo decir que yo ya he hecho mi contribución.

Luego le plantaron delante de las narices a ese joven candidato. Para que cerrara la boca y elogiara como era debido a su sucesor le dieron durante tres años, para terminar, el puesto de secretario de Estado en el Ministerio de Justicia. Y eso es precisamente lo que tanto le gusta de Grevensen: hay cantidad de gente que vería eso como el inicio de la jubilación, como unas vacaciones anticipadas, gente que ya empieza a empinar el codo a las once para que pase más deprisa ese tiempo tan bien pagado. Pero Grevensen juega el partido hasta el final como un profesional. Seguro que él también ha leído hoy la propuesta. Habrá comprobado si hay frases subordinadas con las que se intenta conseguir, sin intención, que se abandonen posiciones, se admitan cosas, se recorten nimiedades; habrá indagado con toda seguridad entre los compañeros si hay acuerdos u observaciones procedentes de la propia cámara que hay que volver a encontrar ahí, y habrá comprobado que el documento es, en efecto, tan aburrido como parece. Eso es más de lo que hace aquí el ochenta por ciento de la gente, incluidos los dos ministros que han aparecido en persona.

El móvil del secretario de Estado parpadea. WhatsApp.

¿Lo sabes? Nadeche Hackenbusch hace publicidad ahora de productos de limpieza para baños.

De Lohm, como es natural. A eso sólo hay una respuesta.

¿Y a mí qué?

Apenas ha pulsado «enviar», y ya llega el siguiente:

Se alegra el marica, sonrío el rapaz: hay aire fresco en el cuarto de atrás.

Criptomariquita, ¿dónde estás?

Aparece entonces Lohm por la puerta de la sala, le dirige una amplia y descarada sonrisa y le lanza un guiño. Él, benevolente y aburrido, responde con una mirada de connivencia. Se conocen de cuando estudiaban Derecho. Lohm tenía muy buena presencia entonces, incluso después de haberse marchado a los Verdes, y éstos fueron siempre, en cuanto a vestimenta, tan cuestionables como hoy. Y él fue siempre un tipo avisado. Con Lohm siempre había algo de que reírse. Pero, lamentablemente, era hetero.

Por otra parte, Lohm fue quien, ya en la universidad, le aconsejó que jugara ofensivamente la carta de la homosexualidad. Fue uno de los primeros a quienes se confió. Y tenía razón. En el Partido Democrático Libre de Guido Westerwelle<sup>2</sup> no habría sido problema alguno; allí la homosexualidad fue siempre un poco de folclore, la pequeña extravagancia de un pequeño partido de cinco por ciento, de un grupo marginal. Pero en la Unión Social Cristiana de Baviera<sup>3</sup> ya es una afirmación muy distinta. Para eso hay que tener cojones.

—Sí, pero tú los tienes.

—Y tú no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—¿Que no? Tengo un Porsche 911 del año 1978. Para repostar, elijo gasolina con plomo, y no porque le haga falta, sino porque le viene bien. Me estoy construyendo una casa unifamiliar, bien lejos, con garaje triple y otro garaje abierto para que mi Jeep Gladiator del 65 permanezca seco cuando mi novia llegue con el Alfa Spider. ¿Te haces una idea de lo que tengo que oír sobre estas cuestiones entre los Verdes?

Lohm tenía razón: el secretario de Estado tiene cojones. Se lo podía haber puesto fácil, pero quería que lo tomaran en serio y escogió el duro camino de

Grevensen, con la diferencia de que no acariciaba precisamente la sensibilidad del partido. Pasó por todas las asociaciones locales, habló con todos y cada uno y le dijo a todo el mundo que era gay antes de hacerlos beber hasta que caían bajo la mesa o de desplumarlos en la mesa de juego. Sigue siendo legendaria la velada en la que, con veintitantos años, ganó hasta el último céntimo en el torneo de Schafkopf<sup>4</sup> del Parlamento bávaro; a un jefe del grupo parlamentario, al vicesecretario general y a una ponente del Parlamento regional. Y luego exigió el pago: «Señores: acepto cheques pero nada de *blowjobs*. Y esto vale para todos».

Por otra parte, Lohm le toma el pelo con novedades de Nadeche Hackenbusch. Porque Nadeche Hackenbusch, por razones que él no acaba de comprender, pasa por ser un icono de los gais. Eso ocurre con cierta frecuencia: Marianne Rosenberg,<sup>5</sup> leyó otra vez hace poco, sigue tratando de entender cómo y por qué le ha cabido a ella ese honor. Pero en el caso de Hackenbusch realmente no hay vínculos, sean del género que sean, que la relacionen con la comunidad gay. Cuando uno se fija en ella, en cómo se mueve, cómo habla, cómo se comporta en general, se ve que es imposible ser más hetero, y lo único que tiene de insólito es su casi fascinante falsedad. A veces, cuando va a casa de Tommy, coincide con que ponen su programa en la televisión; es una mujer horrible. Por lo visto, en estos momentos está haciendo algo relativamente útil, pero quien tenga la más mínima idea de televisión ve que es sólo una medida publicitaria para negocios artesanales ruinosos que, cuando no tienen encargos, ponen delante de unos niños algunos tinglados para que trepen por ellos y, a cambio, el logo de la empresa sale después cien veces en la pantalla. Y no hay que engañarse, todo ello es también y sobre todo un vehículo para Hackenbusch, que así quiere ascender como presentadora a mejores horas y con contratos publicitarios más atractivos. Él conoce a féminas como ésa, y ella, definitivamente, no debe darse por satisfecha con un programa nicho cualquiera. Oh, no, Hackenbusch quiere llegar muy muy lejos.

Ahora entra la ministra de Medio Ambiente. Lo normal sería que en este momento se empiece a pedir a los periodistas que vayan abandonando la sala, pero hoy no hay periodistas, también en eso se evidencia la jornada tan aburrida que tienen por delante. Un campo de juegos para el Ministerio de Medio

Ambiente y para el Ministerio de Investigación y tal vez también para el Ministerio de Economía. Aunque parece que el ministro de Economía tampoco ha acudido; por lo visto han acordado que sean los otros dos quienes vayan a lucirse. Dos secretarías de Estado se ríen bajito, la ministra de Medio Ambiente levanta amenazadora la mirada. Mientras no se exagere, eso funciona por ambas partes. Él recuerda cómo una vez, estando ausente el canciller y el vicescanciller, el ministro de Defensa intentó mostrarse especialmente activo: como si de pronto el delegado de curso se encargara de dar la clase para poder decirle después al profesor cuántas páginas habían avanzado en el libro.

El secretario de Estado pone el rostro ensimismado de quien está escuchando para, sin llamar la atención, poder observar lo que más le interesa: el comportamiento no habitual. Él sabe que en algún momento llegará una protesta del Ministerio de Economía, en el texto falta el párrafo sobre las medidas de fomento, y le extrañaría que Klein no tratara de reclamar un poco la atención sobre su persona poniendo una nueva objeción. A Klein le gusta escucharse a sí mismo.

En cualquier momento la ministra de Medio Ambiente hará un chiste en el que saldrá su marido. Todo eso él lo sabe y lo espera, pero su atención va dirigida a las cosas que no son como siempre. Aquellas en las que se nota que alguien abandona una posición, lo cual evidencia a su vez que ese alguien ha negociado algo con alguien. Que incluso da a entender un completo cambio de curso, como cuando aquella vez el ministro de Asuntos Exteriores criticó a la OTAN, ofreciéndose así a La Izquierda.<sup>6</sup> Leubl era capaz de profetizar el cambio con unas cuatro semanas de antelación porque había notado que, en la comisión de Interior, alguien había elegido una manera de formular poco usual cuando trataron el tema de la «inmigración». Pero hoy no hay nada que descubrir. Lo cual se debe al sistema del secretario de Estado parlamentario. Ese cargo estaba pensado como una suerte de campo de entrenamiento para talentos jóvenes en la política, algo semejante a la selección sub-21 para ministros. Por lo que esos puestos sólo pueden ocuparlos diputados del Bundestag. Pero quien contempla a los secretarías de Estado parlamentarios encuentra cualquier cosa menos una reserva de talentos. Apenas hay menores de cincuenta años, y los

menores de cuarenta son cosa rara. Visto con benevolencia, se diría que refleja el hecho de que, en realidad, entre los seiscientos o setecientos diputados no hay mucha gente joven. Visto con menos benevolencia, se observa que los partidos han encontrado en el secretario de Estado parlamentario un aparcamiento ideal para personas que necesitan un cargo pero para las que no se dispone de ninguno. Por ejemplo, KG como secretaria de Estado parlamentaria da a entender a las empresarias, a la Unión del Land Renania del Norte-Westfalia y a la industria cinematográfica al mismo tiempo que son tan importantes que esa mujer ostenta un cargo próximo al gobierno. Pero para el cargo y para los ciudadanos es, naturalmente, una putada, porque KG es un cero a la izquierda y, si se da un repaso a todos los cargos parlamentarios, no es, ni mucho menos, la única. Por eso la Asociación de Contribuyentes no para de lanzar venablos contra los parlamentarios. Claro: si hay cargos en los que encaja cualquier idiota, entonces más vale suprimir ya de entrada esos cargos.

Echa una mirada al reloj. Con un poco de suerte la reunión habrá terminado dentro de una hora. Dentro de hora y media, si Klein suelta un discurso y todos son lo bastante listos como para no replicar, lo que hoy, al menos en cuanto a dos candidatos, desgraciadamente hay que poner en duda. Pero es imposible que se alargue más allá de la una, de modo que teclea a Lohm:

¿Qué comemos?

Y Lohm contesta:

¿Algo etíope? ¿Congolés? ¿Nigeriano? ¡Hoy África es un deber!

¿Cómo?

¿No has puesto una alarma de Google para tu amorcito? Nadeche se va a África.



Astrid von Roëll está en África y tiene frío. Con treinta y nueve grados de temperatura exterior, la reportera de la revista *EVANGELINE*, sin llamar la atención, trata de alargar las mangas tres cuartos de su chaqueta de punto a mangas cuatro quintos, porque en el todoterreno el aire acondicionado está puesto a unos quince grados. Es una lucha con la temperatura y con la tacañería: la chaqueta ha sido un poco cara, incluso un poco demasiado cara, y no quiere que se den de sí las delicadas mangas. Aunque eso de momento seguramente no le importaría si no tuviera sentada enfrente a Nadeche Hackenbusch, cuyo rostro permanece impassible. Y Astrid von Roëll no quiere dar la impresión de ser una mujer que no sabe que en los todoterrenos africanos también hay aire acondicionado. Trata, pues, de seguir sentada con toda la tranquilidad, como alguien que nada aprecia tanto en los viajes al extranjero como esas estupendas diferencias de temperatura.

Está observando cómo Nadeche Hackenbusch teclea algo en su smartphone. Intenta descubrir disimuladamente su secreto. Al fin y al cabo, Nadeche Hackenbusch sólo lleva una falda vaquera bastante corta, un top elegante y sencillo, una chaqueta vaquera encima y zapatillas deportivas de tela. Todo muy clásico. Excepto esas piedras que brillan, pero eso ya es de mal gusto. Ha visto una etiqueta y por eso sabe muy bien que los trapos que tiene enfrente han costado un mínimo de cuatro mil euros, sin contar los zapatos ni los abalorios. Y, sin embargo, en todo ello tampoco hay una calefacción oculta. ¿Cómo lo hace? ¿Cómo lo aguanta? ¿Lleva ropa térmica invisible?

Una mujer asombrosa.

Astrid von Roëll ha sido testigo de la carrera de Nadeche Hackenbusch desde sus comienzos. El arranque en el concurso de talentos, los penosos percances, que al principio, en las reuniones de contenidos, sólo cosecharon burlas. Esa

ingenuidad. Recuerda que en aquel entonces, en la clase de su ahijada, a las niñas inocentonas les soltaban un «¡Eres una Nadeche!», o más resumido aún: «¡So Nadeche!». Como es natural, quedó eliminada en la cuarta vuelta, la tercera sólo la superó porque debido a ella las cuotas de pantalla eran altísimas, los vídeos de YouTube, de culto, y porque los directivos también tienen que vender publicidad. Y para eso eran perfectas su apariencia exterior y su sugestiva naturalidad. Piernas hasta las orejas, casi demasiado largas y por eso siempre algo torpes, no del todo desmañadas, pero casi siempre como a punto de doblarse, como en un ternero muy joven. Una pechera muy polifacética que, según la situación, podía hincharse de modo excitante o desaparecer discretamente bajo la ropa, como ahora. Ese rostro sensacional, que ya entonces era de una belleza espectacular y, sin embargo, tan normal como el de la aprendiz de la panadería vecina. Una sonrisa como un sol saliente; una boca que nunca se cerraba y por la que salían unas simplezas increíbles, pero también una absoluta honradez. Se habría podido pensar enseguida que para ella un programa propio no era lo adecuado.

Como ocurrió con Franzi van Almsick. Una nadadora que debía conducir entrevistas. Como si todo el mundo pudiera ser periodista de la noche a la mañana. Y con esa idea habían dejado que la pobre triunfadora del casting, Nadeche Hackenbusch, se metiera en la boca del lobo. Debería haberse visto venir que ya entonces, ante la cámara, no sabía recitar un texto. Tampoco sabe ahora, simplemente porque ni se imagina cómo tiene que sonar. Ya pueden hacerle escuchar cien veces a los presentadores que sean: ella no percibe la diferencia. Por eso, con cada desesperado intento, resultaba cada vez más artificial. Y más insegura y cada vez menos ella misma. No resultó, los espectadores reaccionaron, las cuotas fueron primero mediocres y después, calamitosas.

El negocio mediático puede ser de lo más cruel. Sobre todo con las mujeres. Nadie lo sabe mejor que Astrid von Roëll. Lleva dieciséis años en *EVANGELINE* y aún sigue asombrándose. ¿Qué ha sido de Esther Schweins de *Sábado noche en RTL*? O, mejor ejemplo aún: ¿de Tanja Schumann? Eran divertidísimas; ¿y ahora? Los tíos de aquel programa encontraron todos un

acomodo, pero ¿y las mujeres? Como ocurrió con Ingrid Steeger. Después de un par de programas se quedó sin resuello, aunque al menos pudo mantenerse a flote con su mala suerte con los hombres. Schumann, en cambio, tuvo que ir incluso a aquel *reality* en el que unos famosos pasan una temporada en un campamento en la jungla porque en su vida normal no había amontonado suficientes calamidades. Nadeche Hackenbusch, eso está claro, ha tenido mucha más perspicacia.

Astrid von Roëll no recuerda que Hackenbusch haya desaparecido jamás por completo del mapa. Gracias a su vida increíblemente rica en sucesos. La boda con el jugador de hockey, el primer retoño (un niño llamado Keel), el divorcio, su desafortunada carrera de cantante que coincidió con una aventura con el bloguero de YouTube LeBrezel («acento en la última sílaba, por favor»), la separación después de aquella violación y como resultado, casi como un efecto perfectamente planeado, el embarazo del segundo hijo, la discusión sobre el aborto, paralela al proceso, que acabó en un dudoso acuerdo. Luego el feliz nacimiento del segundo hijo, Mynce (por el lugar donde lo engendraron, como los Beckham) y el libro sobre maternidad, en el que colaboró como asesora Astrid von Roëll, aunque lamentablemente su nombre no apareció. Sólo cuando el libro resultó ser un fracaso estrepitoso Nadeche Hackenbusch estuvo a punto de tener que marcharse al campamento de la jungla. Pero en ese momento llegó *Ángel en la miseria*.

El coche tiene asientos de piel y casi resulta increíble cuánto tiempo hay que estar sentado en ellos hasta que se calientan. Es bueno para el tejido conjuntivo, se dice Astrid von Roëll para consolarse. Con un movimiento ágil, Nadeche Hackenbusch hunde el teléfono móvil en su bolso Louis Vuitton. Antes había mujeres que sabían manejar con perfecta elegancia la boquilla del cigarrillo; el smartphone es la boquilla del cigarrillo de Nadeche Hackenbusch.

—¿Qué habéis traído para el *shooting*? —pregunta inclinándose hacia Astrid von Roëll.

—Mucho H&M, que hacen de momento un montón de publicidad. Un poco de Hallhuber, sí, bueno, y luego otra vez dos maletas de Doris zu Wagenbach.

—¡Cielo santo!

—Sabes muy bien cómo son las cosas.

—¡Doris zu Wagenbach! —Sabe subrayar magníficamente su desprecio—. Se echa una colcha guateada y un *clown* en una trituradora de chatarra y el resultado es un traje de noche. De verdad, no puedo entender qué habéis visto en ella.

—Dirección la considera la gran promesa de la moda...

—¿De la moda? ¿Wagenbach? Me gusta vuestro equipo directivo, pero tú sabes qué pinta tienen. ¿Vuestro vice ya es capaz de abrocharse la camisa? Cada vez que me reúno con él lleva un botón abierto. Y se puede decir que es una suerte si se trata sólo de la camisa. ¡Por Dios, ese hombre trabaja en *EVANGELINE*! ¿Es que nadie se lo dice?

Astrid von Roëll procura que no le castañeteen los dientes.

—Debemos escoger sólo dos o tres artículos, el resto puede marcharse tal como ha venido. Y tenemos también mucho Hallhuber.

—Hallhuber. Por favor. Bueno, mejor que nada. —Nadeche Hackenbusch se recuesta en su asiento y suspira de manera audible. Fuera, tras los cristales tintados, desaparece un nativo en el polvo gris-amarillo-azul claro. Su coche es el tercero de la caravana, y se ve muy poco cuando se mira por la ventanilla, porque los dos de delante levantan mucho polvo que lo oscurece todo—. Pero me fío de ti. No sea que en el texto parezca que yo también me pongo semejante chatarra.

—Por supuesto —se apresura a asegurar Astrid von Roëll—. Es sólo para el *shooting*.

—Sí, pero ¿no te parece terrible? Quiero decir: es gente muy pobre, realmente pobre. No tienen un techo, no tienen nada que comer. Y llegamos nosotros, de uno de los países más ricos del globo, ¿y qué traemos con nosotros? ¡H&M y Doris zu Wagenbach! Esa gente tiene que verse como lo más ínfimo.

—Ellos tampoco llevan Dior precisamente —trata de calmarla Astrid von Roëll.

—Exacto. Ellos sólo se ponen porquerías, así que ahora también pueden ponerse basura.

—Bueno, H&M tampoco es...

—Por eso justamente el mundo no encuentra la paz. ¡Es que falta *sensibilty*

para los más pobres de entre los pobres!

—También tenemos Hallhuber... —repite suplicante Astrid von Roëll.

Nota una ligera náusea en la garganta. Hace un frío del demonio en ese maldito coche, está despierta desde hace veintisiete horas y, realmente, se ha esforzado muchísimo. Sabía que Nadeche Hackenbusch odiaba a Doris zu Wagenbach por aquel asunto con shop@Home. Porque le dieron a Wagenbach el espacio de Hackenbusch cuando disminuyó la venta de los sujetadores HackenPush-ups. Nadie tuvo la culpa, se debió sólo a que ya no estaban tan de moda las pecheras abultadas, pero para Nadeche Hackenbusch, detrás de todo eso había un enredo de Wagenbach. Y precisamente porque ella, Astrid von Roëll, sabía eso, luchó por llevar también, deprisa y corriendo, algo bonito de Hallhuber. Y no fue fácil, en verdad. Incluso tuvo que llamar por teléfono tres o cuatro veces a esa becaria pavitonta de la sección de moda hasta que por fin lo entendió, y ahora ese ataque de cólera. No es su estilo, en general, pero por un momento tiene miedo de echarse a llorar. Aunque entonces dice Nadeche Hackenbusch:

—Es lo mismo, exactamente, que con esta mierda de coche.

Ah, vale.

Así que la culpa de ese humor de perros no la tiene ella. Sino el coche.

En esos momentos, Astrid von Roëll se da cuenta de que ha valido la pena haber estado siempre presente en la carrera de Nadeche Hackenbusch, haber estado muy muy cerca, casi diría que Hackenbusch es un descubrimiento suyo. Desde que Nadeche Hackenbusch consiguió su primer programa, *Reflexiones de Nadeche*, que resultó un fracaso. Hoy Astrid von Roëll sabe todo lo que hay que saber sobre Nadeche Hackenbusch. Ha escrito ya tantas veces en entrevistas, en semblanzas, en reportajes la maravillosa historia de Cenicienta, ese incomparable ascenso al estrellato, que tiene la sensación de haber pasado por el barro junto a ella, de haber recorrido todo ese camino pedregoso, los duros años después del bachillerato, el diminuto piso compartido en Hamburgo, el miedo a no poder pagar el alquiler, porque no hay que olvidarlo: Nadeche Hackenbusch, estrella y ejemplo para cientos de miles de jovencitas y de jóvenes es —cosa que muchos ignoran— de modestísimo origen. Y durante todo ese tiempo, ella,

Astrid von Roëll, ha estado presente. Incluso en lo de la violación, un asunto horrendo y difícilísimo de probar. Pudo verse allí muy bien otra vez con qué rapidez la víctima se convierte en culpable. La desfavorable situación que tiene la mujer ante el juez y la opinión pública. Sólo porque en medio de todo aquello se descubre que en el momento de los hechos ella tenía una sesión de rodaje. Entonces muchos medios dudaron de ella.

Como si en una violación se tuviera que mirar siempre la agenda.

«Los jueces alemanes viven aún en los años cincuenta», escribió entonces en un comentario Astrid von Roëll, y también: «En un año, que tiene trescientos sesenta y cinco días, la justicia no puede depender de la coincidencia de una fecha correcta». Hubo muchas cartas de lectores y muchas reacciones en la página web, y muchas muchas mujeres le dieron las gracias.

—¿Qué ocurre con el coche?

Astrid von Roëll le da vueltas a la idea de bajar los cristales de las ventanillas para que entre calor africano y nivele la temperatura, pero la polvareda es demasiado densa. Y no le gusta ponerse en evidencia, aunque teme que sus labios ya estén azules. ¿Cómo lo consigue Hackenbusch?

—Creo que el coche es nuevo. De los otros no estoy segura, pero éste..., éste incluso huele a nuevo.

—Ellos tienen un espray especial para eso. Si es que siempre intentan engañarme. Pero yo ya contaba con eso.

—¿Y qué es lo que no está bien?

—Qué va a ser. El color.

—¿El color?

—Me dijeron que yo iba a ser la nueva Schreinemakers. Y dije: «Quiero un coche con dibujo de cebra. Como Daktari».

—Y así es. Es una idea fantástica, y me pareció estupendo cuando me monté en él.

—Sí, en blanco y negro. Pero ¿en negro y rosa?

—Pensé que había de ser así porque es tu programa y el rosa es...

—¿Schreinemakers habría ido por ahí en un coche cebra de color rosa?

—Yo...

—Tal vez yo sea una muñequita, pero tengo ojos en la cara. Y veo cómo van por ahí en coche quienes no son muñequitas. Daktari salva animales. Se pasa el día pensando en los animales y en la gente, y por eso va en un coche cebra blanco y negro como cualquier otra persona de África. Yo voy en un cochecito rosa, como si el color fuera importantísimo para mí.

Ésos son los momentos que realmente entusiasman a Astrid von Roëll. En esos momentos es una auténtica fan de Nadeche Hackenbusch. Que Nadeche se fije en esos detalles en los que ella nunca se fijaría. En esos momentos se da cuenta de que una estrella no lo es por casualidad, sino porque nota cosas que a otros nunca les llamarían la atención.

—¿Y qué quieres hacer ahora?

—Lo harán los otros, pero a toda pastilla. El jefe de producción traerá otro coche, pero zumbando.

—¿Se puede?

—«No se puede» no es una opción. Y me miraré bien otra vez el montaje final. Lo juro: si este carruaje aparece un solo segundo en la pantalla dejaré plantado todo este puto asunto. De todos modos, ProSieben se ha puesto en contacto con mi mánager. Estarían encantados si me fuera a su canal con ellos. Pero esto no lo escribas.

Astrid von Roëll asiente con profesionalidad. Es el tipo de material que gusta a las lectoras de *EVANGELINE*. Mujeres que impresionan por su apariencia pero que no tienen nada de tontas, sino capacidad de imponerse. Duras como el pedernal y llenas de sentimiento, como los hombres deberían ser muchas veces, pero como en la vida real sólo son las mujeres. Unas pocas. Y por eso también es la adecuada para *Ángel en la miseria*. Porque no se le pone nada por delante, porque también ha conocido la vida desde muy abajo, porque es un ejemplo para los más débiles, porque lucha por ellos, y por las mujeres, y por los niños, y al final de la primera temporada, también por ese perrito. Porque ve lo que ocurre en el albergue y dice al momento: «“No se puede” no es una opción».

Eso habría que decirlo también alguna vez en la redacción.

Eso lo dirá ella misma cuando pueda en la redacción. Es decir, pronto; se comenta que pronto ascenderá y pasará a formar parte de la Dirección. «*Editor*

*at Large*», pone todavía en su tarjeta de visita, como en los grandes medios de Estados Unidos, pero pronto, muy pronto, podrá poner «Dirección». O, mejor aún: «Dirección *at Large*». Y ya iba siendo hora, ella sabe dirigir a la gente, sabe tomar buenas decisiones. Ella misma se ha amueblado el despacho, y a todos les gusta.

Y tampoco es casualidad que Astrid von Roëll sea quien tiene a su cargo a Nadeche Hackenbusch: porque ella y Nadeche Hackenbusch son en cierto modo almas afines. Astrid von Roëll también puede ser dura como el pedernal; además, un periodista está capacitado para casi todo porque ve mucho y oye mucho, y con esa experiencia puede ser también, en el fondo, político *at Large* o *mánager at Large*. Quizá no tenga tan buena presencia como Nadeche Hackenbusch, pero sabe expresarse más que bien, y por eso Nadeche Hackenbusch siente tanto respeto por ella. No se lo dice siempre, claro, pero lo nota. Por eso viaja con Nadeche en su coche, algo totalmente exclusivo. Al fin y al cabo, Nadeche Hackenbusch lee lo que se escribe sobre ella y retiene quién informa de una forma justa y quién lo hace con malicia, como la gente del *Gloria*, por ejemplo, o esos tipos odiosos de *G-Style*, que tiran a dar sin ningún disimulo. Si una se distingue positivamente de ellos, surge por sí sola una buena relación con Nadeche Hackenbusch. Y pese a todo hay que tener cuidado.

Porque los compañeros también quieren arrimarse a alguien como Nadeche Hackenbusch. Cada pocas semanas viene uno y propone en la reunión de contenidos alguna historia con Hackenbusch; casi siempre, claro, es una estupidez. Y así lo expresa enseguida Astrid von Roëll: «Eso no puede ser, Nadeche me lo habría contado». «Nadeche», como quien no quiere la cosa, para que todos sepan lo íntimas que son y cuán imposible es que circule una historia sobre Hackenbusch sin que ella lo sepa. Evidentemente, el director le encarga que compruebe la historia; casi siempre es, en efecto, una majadería. O algo muy distinto. Como la historia del segundo embarazo que el compañero Grant había querido birlarle. «Nadeche Hackenbusch en la novena semana.» *Bullshit*.

Era la décima.

«Lou» Grant se pone a «investigar». Y luego sin dejar de refunfuñar, «pero embarazada sí está, embarazada sí está», porque quería, claro, aparecer también



como autor. «¡No puedes eliminarme sin más! ¡No puedes!»

«“No puedes” no es una opción», eso diría ella, ni más ni menos. Y luego que lo discuta con algún miembro de la Dirección *at Large*. «Lou» Grant con sus cero informaciones.

Informaciones por debajo de cero.

Astrid von Roëll casi ha entrado en calor con el enfado, pero la realidad es que ya casi no siente los dedos de los pies. Le gustaría quitarse los zapatos y subir los pies al asiento, pero ya lleva veintiocho horas metida en esos zapatos y quién sabe si...

—¡Fíjate! —dice Nadeche Hackenbusch con excitación—. ¡Invernaderos!

Por eso está muy bien que no hagan emisiones en directo con ella. Lo que a primera vista parecen invernaderos son tiendas blancas que parecen toneles cortados por la mitad. Sobre ellas pone muy claramente UNHCR, o sea, ACNUR, en grandes letras azules que no pueden pasar inadvertidas.

—¡Caray! —dice—. UNICEF. Entonces pronto llegaremos.

Pero tan pronto no llegan. Son hileras infinitas de tiendas en medio de la nada. Simplemente no se acaban, aunque la hilera de coches no va precisamente lenta. En una zona residencial alemana no se podría avanzar tan deprisa y ni así se llega al final de las tiendas. Tampoco se vuelven más grandes ni más altas. Uno espera en cada lugar una especie de centro, una iglesia, un castillo, un puente sobre un río. Pero allí no hay nada. Tampoco había nada antes y por eso todo es igual, por todas partes sólo una gruesa capa de tiendas sobre el suelo polvoriento, quemado, reseco. La mirada se extiende, sobre los techos de las tiendas, por la lejanía sin límite, un mar rizado de blancas lonas, entre cuyas ondas se mueven hombres oscuros, cientos y cientos, de los que se desprenden constantemente grupos de niños que corren, que acompañan a la columna de coches como las manadas de delfines a los barcos.

Astrid von Roëll mira a Nadeche Hackenbusch, que, pegada al cristal oscuro, se asombra ante las dimensiones inmensas, impresionantes, del campo, cuya ilimitada extensión deja en evidencia de golpe que eso no es un hogar de refugiados un poco más grande, sino algo completamente distinto, una ciudad de tiendas que podrían ocupar los habitantes de Berlín o de París. Lo más

espantoso, piensa Astrid von Roëll, es que aun así será difícil encontrar siete u ocho lugares adecuados para la sesión fotográfica de moda con mujeres refugiadas. O ni siquiera uno.

El coche se detiene por fin. Se abre la puerta corredera. Astrid von Roëll cierra los ojos. Abre la boca, aliviada, y se entrega a ese aire maravilloso que penetra en el coche, quiere lanzarse a él, aterida como está, quiere dejarse caer en él, en ese calor divino, soleado, y agarra al momento su bolso preparada para bajar tan pronto como Nadeche Hackenbusch haya abandonado ese palacio de hielo rodante. Una mano penetra en el coche, una mano blanca; por el reloj, Astrid von Roëll reconoce a la jefa de producción sobre el terreno, que quiere ayudar a Nadeche Hackenbusch a bajarse del coche, y Nadeche agarra la mano con total naturalidad, la misma con la que observaría a alguien arrojar al polvo su abrigo delante de ella. Se incorpora con agilidad, tiene que ser inmune al frío, como un oso polar. Eso se da a veces, personas con un metabolismo especial o algo así; es raro, pero existe, como ese pescador islandés de la película, que sobrevivió durante horas en el mar. Y una de esas raras personas con tal capacidad de adaptación, piensa Astrid von Roëll, es sin duda Nadeche Hackenbusch, que en ese momento protesta:

—¿Por qué no me advirtió que el viaje era tan largo? ¡Casi se me derrite el trasero con esa estúpida calefacción del asiento!

## 6

Fue pura suerte. O un golpe del destino. Pero ¿quién puede distinguirlo más allá de Alá? Porque ese trabajo habría podido conseguirlo cualquiera que hubiera estado el tiempo suficiente en el campo. Y prácticamente todo el mundo lo ha intentado.

Dos horas, como mucho, tardó en saber hasta el último del campo que iba a llegar un ángel de Alemania: *Malaika*, como se dice en suajili. Un ángel de la televisión. Todos intercambiaban enlaces a vídeos de Malaika en YouTube y decían que Malaika ayudaba a los pobres, aunque en los vídeos sólo se veía cómo Malaika y un hombre elegante hablaban ante el micrófono y cómo Malaika se disfrazaba de furcia del pueblo para echarse sobre la cabeza un cubo de agua helada, seguramente como advertencia a todas las furcias del pueblo. Pero el escaso surtido de vídeos se debía también a que el ángel llegaba de Alemania. En países en los que se habla inglés o francés el ángel era desconocido, habrían tenido que saber las palabras alemanas para encontrar más vídeos.

—Malaika es guapa —dice Mahmoud con aire de entendido—. Es la mujer más guapa del mundo.

—No es tan guapa como Scarlett Johansson.

—Eso es porque sólo has visto a Scarlett Johansson en fotos en las que está embellecida. Scarlett Johansson en África parece un ñu.

Están bebiendo cerveza en el bar de Miki y paga el refugiado. Porque es a él a quien han dado el trabajo que a todos les habría gustado conseguir. Todos sabían que los alemanes de la tele traían trabajo y dinero. Se rumoreaba que incluso habría trabajo para las mujeres. También estaba claro que los buenos alemanes pagarían más dinero a sus ayudantes que cualquier traficante o cualquier

pequeño gánster. El refugiado se presentó sobre todo porque esperaba poder pagarse así un traficante que lo llevara a Europa.

Por lo demás, es cierto mucho de lo que se cuenta de los alemanes. Por ejemplo, que están muy bien organizados. Él, como todos los demás, no logró ver al principio al ángel, porque el ángel tenía ángeles auxiliares que le ayudaban a encontrar ayudantes expertos que ya estaban en el campo una semana antes de que llegara el ángel. Ali y sus hombres estaban con los alemanes, por supuesto, y hacían como si no se conocieran entre ellos, para tener mejores perspectivas. Mojo el Azul había embutido a Salif en algo que él tomaba por un traje, como si el ángel estuviera buscando un presidente de Estado. Shaquan el Embustero, Pakka el Perturbado, el viejo Gbil, que quiere que lo tomen por un sabio; allí estaban todos los que tenían piernas e incluso algunos sin ellas. El ángel tenía tres ayudantes, que tomaron nota de sus nombres y que los fotografiaron de una manera pasada de moda: no con smartphones, sino con cámaras de revelado instantáneo, aunque eso se ve en todas partes, que los alemanes prefieren ir por ahí en una vieja furgoneta Volkswagen, en una moto vieja o en una bicicleta vieja.

Mojo, al parecer, estaba convencido de que los alemanes estarían interesados en su hombre. «Salif sabe francés —decía—, Salif les gustará.» Pero a los alemanes no les encantó el maravilloso francés de Salif. Les gustó más el refugiado cuando les dijo que sabía inglés. Él ya se había imaginado algo así, los alemanes han ganado siempre sus guerras contra los franceses, pero han perdido las que lucharon contra ingleses y norteamericanos. Se aprecia el idioma de los ganadores, no el de los perdedores.

Luego se hicieron tomas con la cámara. Muchos estaban inseguros, pero él tenía demasiada curiosidad para sentirse inseguro. Reía mucho, también porque le gustaba la joven ayudante de pelo negro y porque ella también reía. Pero él pronto dejó de reírse, porque algo le había llamado la atención.

Había allí también una mujer en la que casi nadie se fijaba, porque era insignificante y tenía ya muchas arrugas. A él le llamó la atención porque no decía nada y, sin embargo, lo observaba todo. Los alemanes son ricos, pero

siempre persiguen algo concreto en todo lo que hacen y si gastan dinero en una mujer con arrugas, esa mujer tiene que ser importante.

Y esa mujer lo miró con simpatía cuando él hablaba de su tierra precisamente a la chica de pelo negro. Él había visto cómo, antes que él, un negro gigantesco se hacía el protector, y eso no les había gustado a las dos mujeres. La del pelo negro pareció más bien intimidada y trató de terminar con él lo antes posible, y la mayor ya ni siquiera lo miraba, sino que se concentraba en su teléfono móvil. Así que él probó lo contrario. Si todos hablan en voz alta, tú en voz baja. Y entonces la del pelo negro le preguntó por su país. Él sólo la había mirado un momento a los ojos, para no resultar tan intimidador como el negro alto. Así que bajó la voz y dijo:

—Mi tierra está muy lejos de aquí. Y siempre muy cerca.

No miró en esa dirección, pero notó que la mujer mayor se desentendió del móvil. Había cogido de prisa un lápiz y anotado algo en la hoja que tenía su foto. Y no volvió a coger el móvil, sino que siguió observándolo a él. Así pues, había oído algo que le había gustado. Él hizo como si no se hubiera dado cuenta. Dijo su nombre ante la cámara, su edad, lo que sabía. Que conocía a todo el mundo en el campo, que también sabía francés (cosa que los alemanes apenas podrían comprobar), que dominaba trece dialectos africanos (tampoco podían comprobarlo) y, contrariamente a los demás, no pretendió saber alemán. Había observado a ese mentecato de Lamine, quien, para probarlo, decía de corrido «Angemerkel». Había visto cómo la foto de Lamine fue a parar a la papelería. Fue, de todos modos, sorprendente que fotografiasen a un idiota como Lamine, pero, claro, los alemanes no podían saber que Lamine era lo único que los niños del campo desean apedrear aún más que a los perros. Porque es un blanco más fácil y además no muerde.

Habló poco, no quería parecer un bocazas, sino un hombre al que se le puede confiar un ángel. Se decidió por el modelo Boateng, no Kevin-Prince, sino su hermano, que siempre pareció más tranquilo y más controlado, uno por el que los alemanes no tenían que preocuparse, aunque era negro, uno que incluso llegó con ellos a campeón del mundo de fútbol. Al parecer también habían tenido dificultades con los hombres jóvenes, así que él se echó varios años encima:

siete, no más; para la televisión tenía ahora treinta y uno. Primero lo hicieron pasar a la segunda votación. Luego los llevaron a todos, uno tras otro, a una sala con una cámara. Él no sabía si al otro lado de la cámara estaba el ángel, sólo le dijeron que se presentara. Dijo cómo se llamaba. Y luego, como por un impulso espontáneo —él mismo no sabía si era una buena idea—, se acercó a la cámara, sereno, muy tranquilo y mesurado a lo Boateng, y dijo con suavidad:

—El nombre de un hombre no significa nada para el león.

Luego se dio media vuelta y salió del cuarto.

—«El nombre de un hombre no significa nada para el león.» ¿Y eso qué se supone que significa?

Sensenbrink mira a su alrededor. En la sala, algunos ayudantes ponen apresuradamente la frase en los móviles. Sensenbrink suspira.

—¿Es que no puede cerrar la boca sin más? Damos por fin con uno con una apariencia medianamente aprovechable y empieza a soltar gilipolleces.

—«... El nombre propio ideal para los nacidos bajo el signo de Leo» —lee una auxiliar a media voz.

—«... El nombre de LOEWE, león, es desde hace más de noventa años signo de calidad en la electrónica de consumo...» —lee una voz masculina.

—Será algún proverbio africano. Seguro que existe una web de proverbios africanos —conjetura Sensenbrink.

—Ya lo he intentado. Pero no hay nada.

—Da igual. La cuestión sigue siendo la misma: ¿qué quiere decir esa parida? —observa Beate Karstleiter.

Sensenbrink toma nota de ello con simpatía. Karstleiter es muy pelota, pero una pelota que al menos adivina correctamente sus pensamientos. Hay gente de sobra en este negocio que viene con la obediencia preparada, pero con una obediencia que nadie necesita.

—Nos dice que hacemos preguntas sin importancia.

—O que no somos leones.

—Claro que no somos leones. Pero ¿eso es bueno o malo?

—Malo. Todos quieren ser un león. Los leones son orgullosos y fuertes.

—En África quizá no sea así. Allí el león podría ser también peligroso y malvado.

—Entonces seríamos buenos y no peligrosos. Porque no somos leones.

—A lo mejor somos leonas.

—¿Qué? —Sensenbrink mira a su alrededor. En realidad habría que cortar enseguida cualquier discusión: el resultado es siempre una pura gilipollez.

—Bueno, el león en el fondo no hace nada. La leona hace todo el trabajo. Ella es quien caza.

Justamente. Ya viene el tema del género. Pero ¿qué se puede hacer? A la gente le gusta hablar, hablar, hablar, para hacerse valer. No se les puede prohibir que hablen, si no ya no colaboran.

—Ha dicho león.

—Ha dicho *lion*.

—¿No es lo mismo en inglés?

—No. En inglés se dice *lion* y *lioness*.

—Yo pensé que Lionelle...

—¿Como la mujer de Messi?

Empiezan a decir bobadas. Sensenbrink echa el freno:

—Traedme al siguiente.

La ayudante habla por un móvil. El hombre-león sale de la sala y entra otro hombre. Lleva shorts y chanclas de playa y tiene gafas de sol reflectantes. Se le nota cierta inseguridad, entra como si temiera caer en una emboscada. Por la puerta aún abierta una voz parece decirle que una cámara transmite su imagen. Al momento se endereza. La voz le dice algo más. Acto seguido se sube las gafas hasta el nacimiento del pelo.

—¡Santo cielo! ¿De dónde han desenterrado a ese macarra?

—¡Fijaos en el pantalón!

—¡Vaya espanto!

—¿Es que nos toman el pelo? —reniega furiosa Karstleiter—, pregúnteles qué significa eso.

La ayudante murmura algo en su auricular. Luego dice:

—Ellos tampoco lo saben. En las conversaciones previas parece que fue muy distinto.

—Muy distinto, muy distinto. ¿Están ciegos? ¿Qué lleva el tío en la muñeca?

—No puede ser verdad, ¿no?



—¿Es un Rolex?

—Sí, pero falso.

Sensenbrink se inclina sobre su micrófono.

—Decidme: ¿les dais otra vez un repaso completo a los colegas ahí abajo antes de ponerlos ante la cámara? Ya es inconcebible que ése aparezca con semejante facha ante vosotros, pero ¿qué creéis que pensamos aquí cuando lo vemos con esa pinta? ¿Por qué no le dice alguien de vosotros que se quite ese puto despertador antes de que lo hagamos nosotros? ¿Sabéis lo que nos cuesta toda esta organización? Línea fija, equipamiento, la mitad de la dirección del programa anda por aquí sin hacer nada... Sí, *sorry*. Vosotros también *sorry* a mí. ¡*Sorry* a tomar por culo! ¡Haced vuestro trabajo! ¡El siguiente!

Se ve cómo el macarra se da media vuelta en dirección a la puerta y luego empieza a quitarse apresuradamente el reloj.

—¿Qué significa eso? ¿Qué hace? ¡Que le den al reloj! Habría tenido que pensárselo antes...

Ahora aparece en la pantalla una señora mayor, que se acerca a la boca el micrófono de los auriculares y que trata de apaciguar los ánimos:

—Dice que el reloj no es suyo —explica—. Dice que lo ha pedido prestado para que aquí, con nosotros...

—¡Pues mala suerte! ¡No le ha podido salir peor! Somos la televisión privada, no el Ejército de Salvación. ¡Nada de pobres, nada de galletas...!

El macarra cae de pronto de rodillas y empieza a llorar. Dice algunas palabras ante la cámara, «*Angel*» y «*I can aider*», es cada vez menos inteligible. Un roble, un atleta, un Tarzán se transforma en la pequeña sala en un montón de escombros; de pronto se abre la camisa y enseña el pecho lleno de irritantes cicatrices.

—¡Tu madre! ¡Lo que faltaba!

—Ahora es además una víctima, ¿no?

—Pero ¡no podemos escogerlo sólo porque sea una víctima!

—¡Vaya follón!

—¡Uuuf! ¡Qué fuerte!

—Yo no puedo verlo.

El macarra cruza las manos delante de la cámara, dice «*famille*», mira suplicante a la mujer mayor y a lo que junto a él parece un pequeño estuche con una cámara.

—¡Oh, no!

—Un llorica no es lo que buscábamos.

Sensenbrink ve que el ambiente está cambiando. Ahora se necesita gente que tome decisiones.

—Señores, es fuerte, pero nosotros seguimos haciendo aquí televisión de entretenimiento. Lo he dicho claramente: queremos un tipo enérgico. No de esas oenegés, sino un auténtico refugiado. Sensible, que haya visto mucho sufrimiento pero que éste no lo haya quebrantado.

—Y que tampoco lo haya deshumanizado —completa Karstleiter.

—Exacto. Duro, pero con corazón. Y «duro» no lo veo yo ahí, por desgracia.

—Y el inglés tampoco.

—¿Ehhh?

—Habíamos exigido inglés —le recuerda Beate Karstleiter—. Pero creo haber oído francés.

—¡Ah, sí, exacto! ¿Por qué habla francés el llorica?

La señora mayor trata de animar al gigante lloroso. Le pregunta algo, a lo que él contesta a gritos varias veces «*english*», por desgracia también con mayor frecuencia «*anglais*».

—¡Coño, fuera ese tío! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡No perdamos el tiempo que tenemos! ¡Por Dios, el inglés de Hackenbusch ya es malo de sobra, francés sólo sabe si... —Sensenbrink se interrumpe un momento y trata de encontrar un final mejor para la frase, luego la deja simplemente sin terminar—. ¿Vais a sacar pronto de ahí a ese tío?

Dos empleados de la producción se llevan al gigante postrado. Por un instante parece que va a ponerse violento, pero al mismo tiempo trata de dar una impresión positiva ante la cámara. Se oye un alarido bajito, que en África sea quizá alto, un grito triste, como si alguien o algo maravilloso hubiera muerto. La habitación se queda en silencio. También en la oficina de la cadena reina un

silencio desagradable. Sensenbrink pone el brazo sobre el respaldo, se da la vuelta en su silla y se dirige a su equipo.

—Esto ha sido un poco duro, pero las cosas son como son. Los refugiados son algo muy distinto del divertido campamento de Joko y Klaas. Así pues, cosas como ésta ocurrirán más veces. Así que si alguien cree que éste no es del todo su lugar de trabajo, lo entenderé. Pero tiene que levantarse ahora y decir que no puede con ello. De momento aún buscan a alguien para ese nuevo programa sobre intercambio de mascotas o qué sé yo. Pero también os digo que esto es algo único, nunca se ha hecho nada semejante. ¡Es algo que contaréis a vuestros nietos!

Nadie se levanta, las miradas recorren el círculo. «Yo no me voy», dice uno en silencio al otro. «¿Te vas tú?» Nadie se marcha. Sensenbrink se da la vuelta satisfecho.

—Bueno, a ver a quién nos traen ahora...

Entra un hombre con un casquete. Parece un poco mayor que los otros. La camisa le cuelga por fuera del pantalón, no es un caftán, pero tiene ese aire. Sensenbrink pega un brinco.

—¡Coño! ¿Qué es eso? —Empuña de nuevo el micrófono y habla directamente con África.

—QUÉ. ES. ESO. ¿Qué tiene en la cara?

En la sala se miran los unos a los otros.

—Exactamente —vocifera Sensenbrink fuera de sí—. ¿Y *por qué* hay ahí una barba? No puedo poner en el programa a nadie con barba. ¿Qué efecto provoca eso? Puedo calcularlo ahora mismo: Fulanita de Tal zapea en la tele y a los dos segundos de dar con el programa, pregunta: «Mira, mira, es Hackenbusch. ¿Ahora lleva terroristas a su programa?».

En la sala reina un silencio lúgubre. Algunos se miran y niegan con la cabeza, pero esta vez con desengaño, con asco, con incomprensión. «Esos idiotas de producción sobre el terreno», dicen sus miradas ahora, y también: «Si no se encarga uno mismo de las cosas...». Todos los presentes están convencidos de que han enviado allí a los mayores inútiles de la casa.

—Y *también* dije esto: dije que *ningún* terrorista... ¿Cómo tengo que

especificarlo? Lo de la barba cae por su propio peso. ¡Ningún terrorista significa ningún terrorista y también nadie que parezca un terrorista! ¡No quiero ninguna puta gorra ni ninguna puta barba! ¿Cómo? ¿Otro más? —Sensenbrink exhala un hondo suspiro. Luego añade haciendo un esfuerzo por dominarse—: Sí, lo ha entendido usted muy bien. Todos los que tengan barba quedan eliminados. Ahora mismo. ¡También los hípsters con cinturón de explosivos! Y ahora mándeme al siguiente, a uno que al menos tenga una apariencia de persona medianamente normal.

Sensenbrink, agotado, se arranca los auriculares y los lanza contra la mesa.

—¿Café? —pregunta una ayudante.

—Sí, por favor. —Se pone la mano en la frente y empieza a masajearse las sienes—. ¿Cuánto tiempo le queda a Susanne de permiso de maternidad?

—Nueve meses aún.

Aunque no le pica, Sensenbrink se rasca fatigado detrás de la oreja.

—Le pago el canguro y la madre de día y todo lo que sea con tal de que vaya ahí abajo y se ocupe de esa cuadrilla de inútiles.

—Ese tema ya lo tocamos. Ella quiere ser una buena madre para su niño.

—El niño acabará siendo una calamidad. Con todos esos móviles e internet, los niños son todos una calamidad. Los últimos niños aprovechables se criaron en los años ochenta. Llámela y dígame que puede elegir su sueldo.

—¿Ahora?, ¿de verdad?

—No, qué tontería. Llame ahí abajo y pregunte si están engendrando a los candidatos o qué coño pasa.

Entra un tipo negro, delgado. Parece tener algo más de veinte años y sonrío con jovialidad.

—*Hello?* —pregunta en dirección a la cámara saludando con la mano. Luego dice su nombre y empieza a contar cosas. Sobre su familia, su país de origen, sobre la vida en el campamento, sus amigos, y Sensenbrink mira alrededor para comprobar si él es el único que ha dejado de escuchar. Frunce el ceño y hace una señal a una ayudante para que termine con esa presentación y haga entrar al siguiente candidato. Ella murmura algo en su móvil, tras lo cual el negro interrumpe la perorata, saluda otra vez jovialmente a la cámara y sale de la

habitación. Le toma el relevo otro joven negro. Lleva una camiseta tan estrecha que parece haberla tomado prestada de su hermano pequeño. Está de buen humor, es jovial. Él también saluda a la cámara antes de empezar a contar su historia con aire relajado. Sensenbrink quita el sonido. Se ve al negro charlar sin voz ante la cámara.

—Ahí hay algo que no cuadra.

—La camiseta le va muy pequeña —opina Beate Karstleiter—, pero eso tiene arreglo.

—Antes no he querido interrumpir —explica la ayudante con apresuramiento—; el equipo me ha dicho que lo siente, pero que ha llegado sin camiseta. Le han dicho que consiguiera una lo antes posible, y entonces ha aparecido con ésta. Lo sienten de verdad, están desolados, pero...

—No, no es la camiseta —afirma Sensenbrink—. Está demasiado alegre. Igual que el chico de antes. Están demasiado alegres. ¿Qué es lo que pasa ahí abajo? ¿Reparten drogas? Pregunte usted.

Sensenbrink se vuelve otra vez a la pantalla, donde el joven negro, en su apretada camiseta, sigue hablando sin parar.

—Dicen que todos son así —explica la ayudante—. Que están contentos sin más porque tienen una perspectiva. Trabajo, o simplemente porque pasa algo.

—¡Que piensen todos un poco, joder! No puedo vender eso a los espectadores. El programa lleva por título *Ángel en la miseria* y no *Ángel en el Club de la Comedia*. Si aquí alguien trae luz a las tinieblas es Nadeche Hackenbusch. Y eso significa que debe haber tinieblas. Bueno, bueno, bueno. Y junto a Nadeche tiene que ir uno que también vea que hay tinieblas. No un viva la Pepa como éste. ¿Qué ha sido del primero?

—¿El del león?

—Buscadle otra vez.

—¿El que no sabíamos lo que quería decir?

—Qué más da lo que quería decir. Al menos decía algo. A mí al menos me sonaba a algo profundo. ¿Cómo era?

—El león no sabe cómo se llama.

—El hombre no sabe cómo se llama el león.

—No, era más sombrío. Como un poco amenazador: El hombre no tiene que saber cómo se llama el león. Pasádmelo otra vez.

En la pantalla aparece otra vez el joven.

—¿Ahora es en directo? ¿Está otra vez ahí?

—No, es la grabación. Aquí lo tenemos otra vez.

—*The name of the man means nothing to the lion* —repite el joven.

—Justo, eso era. —Sensenbrink aprieta el puño—. Es sombrío.

—Tiene algo.

—Es una especie de tumba anónima. Además, da escalofríos.

—Sí, pero no da miedo. Lo dice de un modo muy objetivo.

Cambia la imagen. Por lo visto, el hombre ha vuelto a la sala donde está la cámara.

—Éste lleva al menos unos pantalones presentables —dice Sensenbrink, satisfecho—. Habría que proporcionarle otros vaqueros, pero que no sean demasiado nuevos. Y tampoco demasiado buenos. Que la señora Grande se encargue de eso. —Se vuelve hacia la ayudante que lleva el contacto telefónico—: Que le digan que nos ha gustado bastante. Pero que haga el favor de explicar lo del león.

Se ve cómo le indican algo al joven. Éste se mueve tranquilo, con indolencia; por un momento, a Sensenbrink le parece un gesto familiar, que ya conoce de algo.

—A mí me parece bien —oye detrás de él una voz femenina, ligero acento suabo: Engerle—. Me recuerda muchísimo a Boateng cuando todavía jugaba. Bueno, con la piel mucho más clara. Y sin la obsesión por las gafas.

A Sensenbrink le gusta la comparación. Son, sin duda, asociaciones positivas.

El Boateng de piel clara mira a la cámara y dice:

—*What lion?*

—Bueno, *with the name of the man and so!*

Durante un momento el Boateng de piel clara da la impresión de que no tiene ni idea de a qué se refiere Sensenbrink. Luego sonrío y dice:

—*It's good. It's good you want to understand Africa. Let me help you understanding Africa. Is a very big job.* —Se interrumpe un momento y luego

dice jovialmente—: *Africa is like a woman...*

Sensenbrink enarca las cejas. África es como una mujer. Eso le suena sospechosamente trivial. ¿Es posible que el Boateng le esté tomando el pelo?

—... *and like a zebra.*

En la sala algunos se ríen con indulgencia. Las mujeres también. Sensenbrink ríe con ellos:

—¡Caramba! Conoce a mi mujer. *You know my wife?*

Boateng mira perplejo a la cámara:

—*I don't know you wife, Sir* —se apresura a asegurar.

—Un encanto —suspira Engerle, y alguien lo eleva a «¡Superencanto!».

—Vale, es suficiente, gracias —dice Sensenbrink—. Nos quedamos con éste. Con que tengamos una de esas frases profundas en cada emisión será suficiente.

—Entonces se convertirá en algo de culto —explica Beate Karstleiter—. Tendríamos que contratarlo enseguida.

—Incluidos los derechos del libro —advierte Sensenbrink—. ¿Le dais una vuelta también a eso?

La ayudante pasa el aviso, se colocan detrás las sillas de la primera fila, se agrupan las carteras. El Boateng de piel clara está saliendo por la puerta cuando Sensenbrink dice:

—¡Un momento! ¡Un momento! ¿No podemos dirigir la cámara un poco hacia abajo?

Se transmite la indicación. El Boateng de piel clara, que ya casi había salido del cuarto, retrocede. La cámara se mueve un poco hacia abajo.

—¡Ahí está! —dice Sensenbrink, satisfecho—. Por fin hay uno que lleva zapatos presentables.

# Esperanza para África

**No la ha habido hasta ahora: Nadeche Hackenbusch y *EVANGELINE* dan un futuro a las mujeres refugiadas. Y nunca fue el *Ángel en la miseria* más hermoso que hoy.**

***Por Astrid von Roëll***

Es como un cuento de las mil y una noches: la jovencita pequeña y despreciada, obligada a vender fósforos todo el día, que recibe un trato injusto en su casa, que, escondida por su madrastra, nunca podrá conocer al príncipe. Pero esa jovencita está viviendo un sueño. Será la mejor vendedora de fósforos de todos los tiempos para ayudar a otras jóvenes. Y eso sucede en África, el continente negro, entre pobreza y esperanza, entre guerras y parques naturales. Nadeche Hackenbusch ha convertido en realidad un sueño propio. El sueño de una mujer fuerte que se puso manos a la obra para encaminar quizá un poquito hacia el bien este mundo nuestro. El sueño de una mujer a la que nadie creía capaz de nada.

«Me he criado en una familia muy modesta —dice en una conversación exclusiva con *EVANGELINE*—, y conozco el sufrimiento de esta gente.» Lleva una sencilla blusa blanca con sus raídos vaqueros de Hallhuber. «Nada especial —sonríe con modestia—, lo importante es que sea práctico. Aquí llevo también calzado grueso por los escorpiones y las serpientes. Pero estos días no es cuestión de modas, sino de seres humanos.» Nadeche Hackenbusch está en África desde hace veinticuatro horas y cualquiera puede ver cómo la ha impresionado lo que ha vivido durante ese tiempo. Sus sentimientos están aprisionados, removidos, como en una gran batidora. Agitados. Mira por la



ventana de la pequeña cabaña en la que nos hemos recluso y dice: «También soy una mujer».

Pero qué mujer tan admirable. Que mira hacia el horizonte como un capitán que, allá delante, conduce la gran locomotora de la vida. Pero, evidentemente, su vida también gira en torno a la moda.

### **«Aquí no es cuestión de modas, sino de seres humanos»**

Junto con *EVANGELINE*, Nadeche Hackenbusch devolverá a las jóvenes refugiadas la conciencia de su dignidad. Son más de medio millón de mujeres, muchas de ellas jóvenes madres. Están solas en un entorno hostil. «Es un mundo que en nuestro país nadie conoce —advierte Nadeche Hackenbusch—, es un mundo lleno de guerra civil y Boko Haram. Pero en ese mundo también viven seres humanos. Es lo que quiero recordar a esas mujeres: que siguen siendo seres cautivadores que también pueden ser hermosos.»

Por eso elegirá a treinta de esas jóvenes para presentar con ellas moda que se venderá en Alemania. A fin de hacer patente su firme posición contra la violencia, la desgracia y la pobreza. Moda joven para un mundo nuevo, que da ánimos ante un futuro nuevo, que tiende un puente hasta nosotros, hasta la lejana Alemania. Moda valiente, para mujeres valientes, de Hallhuber y de la diseñadora estrella Doris zu Wagenbach, que le dijo en Múnich a *EVANGELINE*: «El sufrimiento de esas mujeres me conmueve profundamente».

Buscando a sus «modelos», Nadeche Hackenbusch recorre todo el campamento, inmenso, inacabable. Y ve así escenas para las que nunca bastarán las palabras. Cuando hay moscas posadas en un niño hambriento, ella espanta a los molestos parásitos con su propia mano. Me mira con lágrimas en los ojos y dice: «Sí, estos niños necesitan alimento. Necesitan un hogar. Pero cuando lo tengan, ¿qué pasará entonces? Un ser humano necesita algo más que comida y un techo sobre la cabeza. Necesita también dignidad. Este mundo ha privado a estas personas de su dignidad, y yo, de algún modo, les devuelvo una parte. Es lo menos que podemos hacer».

Sin embargo, a pesar de su gran corazón, el ángel en la miseria sabe que la elección de sus modelos es al mismo tiempo dura y exigente: «Me gustaría

elegirlas a todas —dice en medio del bosque de manos que se levantan hacia ella—. Pero por desgracia, por desgracia, eso no es posible. Ellas tampoco quieren simplemente que las escojan; son orgullosas y rechazan la compasión. También quieren demostrar que lo hacen bien, que saben cumplir una tarea». Esto lo confirma también su último descubrimiento: la bella Ashanti, de diecisiete años: «Quiero hacerlo bien para poder vivir en Europa», dice.

«Eso es de una enorme valentía —comenta, impresionada, Nadeche Hackenbusch—. Esas mujeres son un ejemplo extraordinario y no se rinden, aunque en Europa, por desgracia, en estos momentos no podemos acoger a nadie.» Y, sin embargo, Nadeche Hackenbusch tampoco puede pasar de largo sin ayudar a las candidatas que no superan la dura selección. A muchas mujeres, ha asegurado, les falta ahí lo más necesario.

«No es sólo maquillaje, jabón, champú, cosas que para nosotros, en uno de los países más ricos del globo, son tan elementales. Muchas mujeres no tienen siquiera un sujetador, y aunque yo no puedo ayudar siempre, en este caso, sí.» Ha traído más de dos mil unidades exclusivas de su sujetador HackenPush-up y los regala sin proclamarlo a bombo y platillo. «No es mucho —Nadeche se atiene a los hechos—. Un sujetador tampoco puede solucionar todos los problemas de este mundo. Pero es un pequeño paso, como el gato de la suerte que saluda con energía solar. Un pequeño paso, pero tiene que darlo alguien. Yo nunca querría un gato de la suerte que funcionara con gasolina.»

### **Y, sin embargo, en este mundo viven también seres humanos**

Es otra Nadeche Hackenbusch la que encontramos aquí en estos días. La maternidad ha hecho de ella una mujer más reflexiva y con los pies en el suelo de la realidad de la vida. Ríe como antes, pero sus ojos están atentos y perciben el mundo en toda su belleza. Y lo que ahora está viviendo aquí la ha hecho madurar más aún, ha añadido a su capacidad sensitiva un elemento contemplativo que antes no tenía. ¿Habría un nuevo amor detrás de todo eso?

### **Un ser humano necesita algo más que comida y un techo**

No nos sorprendería. Porque Nadeche Hackenbusch no sería la primera mujer

que se rinde ante el encanto de este misterioso continente. África: ya sólo el nombre tiene mil significados que nunca podrán aclarar nuestros sabios y eruditos más sagaces. Leyendas remotas, emocionantes destinos humanos, relatos de vida y de muerte y de los más irresistibles sentimientos provenientes de las más hondas tinieblas de la historia de la humanidad. Por eso llaman también a esta tierra ¡el continente negro! En África encontró Meryl Streep a su Robert Redford; la bellísima Juliette Binoche sucumbió aquí al enigmático encanto del conde húngaro Almásy; Sigourney Weaver dio su vida, en los bosques tropicales envueltos en niebla, por los monos más pobres y más perseguidos del mundo. Y ahora... ¿Nadeche Hackenbusch?

Quién sabe lo que traerá el futuro. A veces es como si aquí, a pesar de la extrema pobreza, a pesar de las espantosas historias, a pesar del gran número de serpientes y escorpiones, ella riera de otra manera que en su país. No más alto, no más a menudo, pero más feliz. ¿Es posible? ¿Y quién lo habría merecido más que esta mujer admirable?

El crepúsculo desciende poco a poco sobre el campamento, que reluce a la luz de sus fuegos en la sencilla hermosura de la pobreza. Los sonidos de África se apoderan de la noche; a lo lejos se oye el rugido de una fiera. ¿Es un tigre? ¿Que quizá esté cazando a un joven elefante? África es despiadada, pero la esperanza brilla, y el amor calienta aquí también por igual los corazones de ricos y pobres.

Se puede aprender mucho de Nadeche Hackenbusch. Sobre todo siendo mujer. Eso es sin duda lo que deja asombrada una y otra vez a Astrid von Roëll. Esa confianza en sí misma, ese absoluto *commitment*. No hay que olvidar que Nadeche Hackenbusch es diez años más joven que ella. Oficialmente, al menos, de hecho —pero esto no lo escribiré, evidentemente— serían doce si ella no hubiera adaptado también un poco a la realidad su propia edad. Lo que sigue significando que, si fuera puntillosa y mirase con atención esas partidas de nacimiento —que por otra parte no han de significar nada, ya que no son sino papel impreso—, saldrían de todos modos seis u ocho años de diferencia. Y, sin embargo, cuando ve con qué seguridad y superioridad Nadeche Hackenbusch lleva a cabo sus planes, tiene la sensación de que ella es la más joven.

Simplemente la despreocupación con que Nadeche se queda de entrada dos días en su tienda. Sin hacer nada. Para eso hay que tener valor. Una cadena de televisión acarrea a lo largo de miles de kilómetros toneladas de equipo de todo tipo, operadores, personal, y también a ella, redactora al fin y al cabo del *Top-People-Magazin* de Alemania: todo ese despliegue, en rigor, gira sólo en torno a Nadeche Hackenbusch. Y, por supuesto, en su condición de reportera de *EVANGELINE*, sabe muy bien que cierto trato de preferencia para las estrellas, la gerencia y la prensa no sólo es normal, sino conveniente, justificado, oportuno. Pero paralizar durante dos días —dicho a lo bruto— todo el negocio..., a eso ella no se habría atrevido.

Y, como es natural, eso también irritó a Astrid von Roëll. No sólo porque se vio obligada a inventar en su totalidad la primera historia, incluida la de la refugiada Ashanti, diecisiete años, modelo, sino también porque el primer día finalmente tuvo que buscar modelos por su propia cuenta. Sin consultarlo con Nadeche, porque la redacción ya había planificado en Alemania la parte de las

modelos. Y cuando al final está sentada con setenta, ochenta fotos en la noble tienda de Nadeche, lo que ya es más que difícil porque Nadeche no para de hablar por teléfono y prácticamente no deja entrar a nadie, entonces Nadeche va y coge con indiferencia las fotos y, sin dejar de hablar por teléfono, las suelta, aburrida, como si fuera correo basura.

—Cariño, no, eso no es posible. A eso, por favor, dices *inmediatamente* que no. No *puedo* decidir eso ahora. Y no lo *decidiré* ahora. Pero eso no importa, que envíen fotos de todo... ¡*No!*... Son sólo para tener una primera impresión, aun así no voy a decidirlo..., yo no decido algo así basándome en fotos... Que hagan de nuevo otros esbozos, y quiero tener antes una foto de *cada* esbozo. Y también después... Sí, claro, sobre un esbozo se puede tener una opinión, que la inserten ellos después y luego se puede mirar otra vez. Ellos no son distintos de los demás: siempre dan dos de sus ideas favoritas y después hay que quedarse con una de las dos... Pero ¡*conmigo no!* ¡Yo quiero ver *todas* las ideas!... Sí, *también* las incompletas y las que desecharon primero. No dejes que te tomen el pelo, tiene que haber algunas arrugadas. Tú te fijas bien, tiene que haber varias arrugadas. O rasgadas y pegadas después con cinta adhesiva. Sólo así se sabe de verdad que estuvieron en la papelera. Y me llamas en cuanto les hayas dicho esto a ellos y a mí me dices *tú* lo que ellos te han dicho a ti. Y luego ya veremos. Te quiero muchomuchomucho.

Nadeche Hackenbusch presiona ostensiblemente la pantallita. Conversación terminada. Lanza el móvil sobre la mesa.

—Hombres —dice riendo—, son como niños. Lamentablemente, para ellos no hay plaza en la guardería.

Se deja caer pesadamente en el amplio sofá. Astrid von Roëll capta su mirada, que indica con claridad que el día a día de Hackenbusch es mortalmente agotador..., pero también cuánto se alegra de que por fin estén a solas, sin nadie que las moleste, como hermanas que no se han visto desde hace meses. La rabia de Astrid von Roëll se ha evaporado. Se da cuenta de que Nadeche está hecha polvo. Recoge el montón de fotos y se sienta en el otro extremo del sofá. Un Rolf Benz, como se ve en los títulos de crédito del programa. «Ángel en la miseria *is powered by Rolf Benz.*» Con el tapizado de piel anilina, Astrid von

Roëll lo nota cuando Nadeche Hackenbusch se sirve agua de una gran jarra que tiene piedras dentro.

—No, no estoy embarazada.

—¿Embarazada?

—Claro; has visto la jarra y has pensado: hay un heliotropo en el agua, ¿Nadeche estará embarazada otra vez? Pero el heliotropo no es sólo para las embarazadas, sino que da fuerza de una manera general. Habría que poner heliotropos en el agua a toda la gente de aquí. Te lo digo: será una de las primeras cosas que haga. Voy a mirar qué clase de piedras tienen en el agua.

Astrid von Roëll se distrae un momento. Lo de las piedras preciosas en el agua es nuevo para ella, en cualquier caso en relación con Nadeche Hackenbusch. Pero conoce ese principio y ha pensado ya varias veces en probarlo. En la redacción también lo hacen algunos. Sobre todo desde que en los últimos tiempos tantos famosos han muerto de cáncer. Eso la hace reflexionar.

Nadeche aspira mucho aire como si tuviera que bucear hondo. Luego dice:

—Okey, vamos a ver lo que tenemos aquí. —Echa mano del montón de fotos y las examina sosegadamente—. No, no, no. —Con cada «no», una polaroid aterriza sobre la mesa. Luego dice—: Oh, no, esto es imposible. —Repasa las fotos hasta la mitad, luego añade—: Ya veo que tenemos que empezar otra vez desde cero.

La furia que acababa de evaporarse resurge en Astrid von Roëll, ahora le sube por el pecho hasta la garganta y allí se queda. Si estuviera en la redacción, armaría tal escena que en los despachos vecinos se asomarían todos como hurones, pero allí no es posible. Allí, donde Nadeche la trata a ella, a su amiga, como a la última becaria, y donde a ella no le queda, en definitiva, otro recurso que servirse de esa amistad.

—Bueno, bueno, Nadeche —dice señalando la pila de fotos restantes—, eso no se puede decir todavía. Ninguno de nosotros tiene dotes adivinatorias. —Y al decirlo se obliga a hacer un gesto festivo—. Tú tampoco —añade. Suelta esta última parte apretando los labios.

—Oye, para eso no necesito adivinar nada. Eso lo haces tú mejor. —Toma un trago de agua y pregunta con mucha amabilidad—: Bueno, ¿cuándo te trasladan

a la planta de Dirección? No pueden hacerte esperar tantísimo tiempo.

Es estupendo, claro, que Nadeche Hackenbusch esté de su parte. Pero una, en cierto modo, no lo percibe así.

—Bueno, ya sabes —dice distraída—, o bien tienen que esperar a que se marche una mujer o deben elegir a un hombre más para que la proporción sea correcta. Y no tienen ninguno.

—¿Y qué pasa con Lou Grant? —dice, y la mira tan seria y tan divertida a la vez que Astrid von Roëll se ríe bajito porque las dos saben muy bien que Lou Grant es un perfecto imbécil.

Sin embargo, la mirada de Astrid von Roëll vuelve una y otra vez hacia la pila de fotos aún sin tocar, para la que ella, al fin y al cabo, ha trabajado un día entero sin ningún tipo de ayuda. Ella misma ha tenido que ir a ver a la gente, gente totalmente extraña, que no hablaba su idioma; ha tenido que preguntar por gestos a cada uno de ellos si estaban de acuerdo; ha tenido que explicar a cada uno de ellos de qué se trataba; ha tenido que dibujar un plano complicadísimo porque si se quiere encontrar después a esa gente y sus tiendas, como mínimo hay que dibujar dónde está más o menos la tienda. Si se piensa bien, ha sido un trabajo brutal, todo a pie; en todos sus años en *EVANGELINE*, ni una sola vez ha hecho tanto ella sola. Aunque Nadeche no sea consciente de ello, no puede tirar sin más esa pila a la papelera. Y aunque sabe que no debería hacerlo, se lanza.

—Bueno, mira al menos las otras.

Es un ruego, si uno quiere expresarlo de un modo amable. En realidad, es más bien como si un león vencido le presentara el vientre al otro o le trajera la pata de un antílope o algo semejante. Nadeche Hackenbusch mira con dulzura a Astrid von Roëll y dice:

—Oye, en serio: no necesito mirarlas. Puedo decir aquí y ahora cómo son. Eso no es lo que queremos.

Es como una patada en la espinilla, duele más de lo que correspondería a una patada suave, y hacen falta unos segundos hasta que Astrid von Roëll sabe por qué. Porque no lo esperaba, no de una mujer. De un hombre, quizá, pero no de una mujer; ella habría contado con que al menos le hiciera el favor y mirase las fotos, aunque sólo fuera por educación. Por solidaridad.

—Sí, pero... ¡tú nunca has dicho lo que quieres!

Y ahora va ella y encima se disculpa. Eso no es en absoluto trabajo en equipo ni compañerismo ni nada.

—Bueno, vale, no compliquemos tanto las cosas. No pasa nada, las cosas buenas necesitan su tiempo.

—¡Nadeche, eso no es posible! ¡En la redacción están esperando las fotos! ¿Van a dar a la imprenta páginas vacías? ¡No podemos hacer eso!

—«No se puede» no es una opción. Yo nunca he visto un ejemplar de *EVANGELINE* con las páginas vacías, siempre se le ocurre algo a alguien. ¿Sabes qué? Hacemos simplemente una historia distinta: la receta del éxito de Nadeche Hackenbusch. Yo te la cuento ahora, tú lo escribes después a toda velocidad y las páginas están llenas en un santiamén.

Astrid von Roëll podría vomitar. Sabe muy bien lo que dirán en la redacción. Se quejarán de ella. Luego se preguntarán si no tienen algo mejor. Al final llegarán a la conclusión de que, de todos modos, así siguen teniendo en la revista a Nadeche Hackenbusch, incluso una entrevista en exclusiva, y lo entregarán a la imprenta. Y todo eso no sería tan grave si la lectora sacara algún provecho de ello, si ella, por ejemplo, escribiera alguna vez cuál es la verdadera receta del éxito de Nadeche Hackenbusch: a saber, que con su apatía los lleva a todos a la desesperación, hasta que al final graban o imprimen lo que la señora Hackenbusch está amablemente dispuesta a arrojarles de limosna. Que se tragan todos los sapos, incluso los tickets de avión de primera clase con los que el ángel vuela a la miseria, que Nadeche Hackenbusch es una persona miserable y rastrera, una egoísta, que el comportamiento de esa necia no es ni un ápice mejor que el de un hombre.

Y cómo la admira por ello Astrid von Roëll.

Porque Nadeche Hackenbusch da justamente ese paso para el que ella no está preparada.

Pero eso no lo escribe, evidentemente. Sino que Nadeche Hackenbusch debe su bella apariencia a sus genes. Y al hecho de que en su agua haya un heliotropo. Con un cuarzo rosa, un cristal de roca y una amatista.



Marion observa a Nadeche Hackenbusch mientras ésta se examina críticamente en el espejo. Marion la examina a su vez con la misma mirada crítica. Aún puede lucir el rostro. Se puede decir lo que se quiera de Nadeche Hackenbusch, pero se trata a sí misma con mucho cuidado. Duerme mucho, no fuma, no bebe, no esconde ningún pecado. Y apenas recurre a otros métodos. Al contrario que Putin, quien con el tiempo parece ser su propia máscara de látex. Ya le gustaría a ella saber quién lo asesora.

Nadeche parece muy satisfecha. Antes Marion creía que era satisfacción por el trabajo, pero ya no está tan segura. Es más bien como si Nadeche estuviera satisfecha de sí misma. Es Marion, por supuesto, quien desde hace once años lleva fielmente a cabo un buen trabajo. Sin embargo, seguro que Nadeche lo ve más bien como si ella fuera desde hace años la responsable, ya que siempre insiste en que sea Marion la que se encargue del maquillaje. Algunos no ven en eso un gran mérito, pero véase Putin: aun siendo una estrella se puede tener un rostro como una pechuga de pavo envuelta en plástico.

Se conocen desde que compartieron piso, y a través de su éxito, también Marion ha hecho una especie de carrera, pero una carrera entre bastidores. Así todos reciben su parte. Y Marion lo sabe: ella, simplemente, no tiene la figura necesaria para hacer carrera. Hombros muy anchos, trasero muy delgado, un cuerpo que parece creado para hacer estriptis en una *boîte* para gais.

Y luego su cara.

Sí, bella en cierto modo o, más bien, especial. Pero es que son casi dos narices. A ella no le gusta su nariz, pero al mismo tiempo le está un poco agradecida. Es publicidad para su propia empresa, pues en su modo de reducir con el maquillaje esa narizota se ve que ella es la elección perfecta. A veces Marion observa cómo la gente a la que ve por primera vez va descubriendo poco

a poco cuánta nariz se esconde bajo los sombreados en color. Y quien descubre eso sabe que ella puede tratar un plátano podrido hasta que parezca un rábano fresco.

No es que Nadeche Hackenbusch tenga necesidad de esa magia. Pero el arte de Marion le saca a su excelente materia prima otro cinco por ciento, quizá hasta un diez. Y cada año que pasa, más. Porque para maquillar no sólo hace falta poseer conocimientos, sino experiencia. Marion conoce el rostro de Nadeche. Esa irregularidad allí donde la mejilla izquierda pasa a ser la aleta de la nariz. O ese sitio de la frente que brilla un poco más bajo los focos. Marion sabe muy bien con qué matiz de polvos las cuencas de los ojos de Nadeche producen el efecto ideal y a partir de qué sombreado resultan artificiales.

—Los dos días han valido la pena —dice Marion mientras oscurece un poco las mejillas con exquisita discreción.

Quien no sabe que acentúa esas zonas no lo nota. Y otra ventaja: los distintos maquilladores trabajan las zonas problemáticas siempre de modo un poco diferente. Marion lo hace siempre igual. Por eso apenas puede verse dónde hay arteificio, aunque se comparen fotos de prensa de los últimos años. Marion ha hecho de ello una filosofía y dice: «Hay que mantenerse en la historia. Si has contado todo el tiempo novelas del oeste, no puedes aparecer de pronto con un casco de astronauta». No es invento suyo, claro, en Hollywood lo hacen así desde hace años, pero en Alemania, donde cada actor tiene que mirar por su dinero, no es tan habitual. Ahora Marion dice con toda modestia:

—Tienes un cutis fantástico. En el fondo, no te hago falta.

—Claro que te necesito —dice Nadeche Hackenbusch—. ¿Qué iba a hacer yo con mi cara de delincuente?

—Te buscarías otra estilista.

Marion se da media vuelta y se inclina sobre el pequeño maletín de maquillaje. Eso también es algo que Nadeche Hackenbusch aprecia en Marion. Que no viene cargada con toneladas de cachivaches, sino que se las arregla con un puñado de cosas metidas en un espacio limitadísimo. Ya la ha maquillado en el asiento trasero de un taxi, en un armario empotrado en el que apenas era

posible moverse, y una vez en un retrete de caseta móvil, a la luz de una temblorosa linterna de bolsillo.

Nadeche mira en el espejo y su mirada encuentra la de Marion.

—Jamás —dice solemnemente mientras su imagen del espejo sonríe con afecto—. No me atrevería a ponerme ante una cámara.

Marion devuelve emocionada la sonrisa y por un instante tiene la sensación de que esa frase podría ser cierta. Pero dos días bastaban, realmente. Se nota no sólo en el hermoso cutis de Nadeche, sino también en el nerviosismo general. O en la voz con la que Grande llama a su puerta y con la que intenta arrancarle a Nadeche algo semejante a una programación del tiempo. Grande es normalmente una jefa de producción bastante tranquila y paciente, pero con el paso de las horas y los días, su voz se ha vuelto cada vez más tensa. Y más alta. Por ejemplo cuando al final del primer día preguntó:

—¿No cree usted que deberíamos ir planeando poco a poco el transcurso de las primeras jornadas?

Y Marion, que acababa de llegar, recuerda cómo replicó entonces Nadeche Hackenbusch:

—¿Se ha dado usted cuenta realmente de lo bonito que es esto? Es el único mundo que tenemos y pasamos por él sin prestarle atención. Deberíamos rodar en primer lugar una especie de reportaje; para eso no me necesita usted.

—Pero en cualquier caso deberíamos...

—¡Y esos marlborós!

—¿Marlborós?

—¿No los ha visto usted aún? ¡Esos pájaros tan grandes! Es increíble. El filme tiene que recoger cómo aterrizan en un árbol. No puede ser que no los haya visto aún ¡En Google están por todas partes! No debe usted someterse a ese estrés, tiene que salir también alguna vez al exterior. Todos nosotros somos sólo seres humanos...

—Bueno, pero...

—No somos máquinas. Sólo seres humanos.

—Sí, seguro, pero...

—Y el árbol tiene que balancearse...

—¿Qué?

—¡El árbol! Al aterrizar. Cuando esos bichos aterrizan, tiene que oscilar. Para que se vea qué grande es un marlboró.

—¡Ah! Se refiere usted al marabú.

—Es lo que estoy diciendo.

—Pero entretanto...

—*Sorry*, tengo que ir con urgencia al teléfono. Pero no lo olvide. De vez en cuando, salir al exterior. Y leopardos también tiene que filmar. ¡Y tigres!

Después de elegir los colores, Marion no tenía mucho que hacer. Era una dama de compañía de Nadeche. En el hecho de que la señora Grande se presentaba a intervalos cada vez más cortos notó que el desasosiego del equipo alcanzaba lentamente el grado adecuado para Nadeche. Y de eso se trata: hay que causar un máximo de inquietud, pues sólo así se puede aparecer como salvador. Lo ideal sería en el punto álgido del caos, del pánico, de la falta de recursos. Y si entonces se hace bien, si uno trata con cortesía a los miembros del equipo, a los operadores, a los asistentes, a los técnicos de iluminación y los encargados del decorado, si se les habla con amabilidad, si entonces se irradia una cordialidad y una generosidad apabullantes, uno observa un brillo especial en el semblante de la gente. Entonces se sabe que se ha escogido el momento adecuado porque lo miran a uno con la gratitud de un perro muy joven cuando uno deja de apalearlo.

Marion abre el peinador y lo coloca con cuidado para que no salten a la ropa maquillaje ni polvos. Nadeche Hackenbusch se levanta. Comprueba una vez más cómo queda el peinado. Por desgracia no ha podido conseguir un estilista, pero cuando ella sea la nueva Schreinemakers, le ha prometido a Marion, eso pasará a ser la norma. Con asistente. Y otra asistente para Marion. Nadeche Hackenbusch se vuelve hacia Marion.

—¿Qué opinas? —pregunta mientras se da la vuelta y abre los brazos como un animador—. ¿Está bien así?

Marion asiente, luego guiña un poco los ojos.

—Esa pedrería brillante quizá no sea muy...

—¿Por qué? ¡Si las piedras son preciosas!

—Los vaqueros color arena, muy bien. Son caros, pero sólo se ve cuando estás sentada, mientras sigas llevando por encima con tanta negligencia la camisa de Hasi. La camiseta, opaca, para que a ninguno de esos tipos inhibidos le dé por pensar estupideces; no se ven los pezones. Todo es holgado. Nada de pendientes, nada de pulseras, muy bien. El viejo Swatch es genial, nada ostentoso. Las deportivas van también, pero esa pedrería reluciente..., no sé, no conozco el modelo...

—Las he pegado yo encima. Bonito, ¿no?

—Sí, pero ¿aquí y ahora? Esta gente es verdaderamente pobre.

—Otra vez. Tampoco ha molestado a nadie en los albergues de refugiados de Alemania.

—Es posible, pero... Quiero decir que me parece sensato que tú también descanses alguna vez y todo eso, pero yo he dado una vuelta por ahí y... no hay comparación. Nunca he visto nada así. Una pobreza *así*.

—La televisión vive de los contrastes. —Nadeche Hackenbusch va otra vez al espejo y se contempla satisfecha. Ese contraste es lo que le faltaba, por lo visto, ahora sabe que lo está haciendo bien—. Esa gente no quiere que vaya a verla una zarrapastrosa tan pobre como ellos. El programa no se llama *Cenicienta en la miseria*. ¿Vienes?

Marion llena su maletín con movimientos sobrios. Echa una mirada de control al tocador y al pequeño bloque rectangular plateado que siempre le recuerda un poco la caja de herramientas de una princesa. Luego cierra el maletín y sigue a Nadeche Hackenbusch al todoterreno. El calor es tan absurdo como el aire helado que, procedente del interior del vehículo, les da en la cara cuando abren la portezuela. Dentro van sentadas Grande y Astrid von Roëll, que dice:

—Ya os he puesto la calefacción de los asientos.

—Eres un cielo —dice Nadeche Hackenbusch—; ¿qué haría yo sin ti?

Grande tensa los músculos del rostro e informa:

—No está lejos. También podríamos ir andando.

—Es posible. Pero un ángel necesita alas. ¿Cuándo lo repintarán, por cierto?

El coche arranca con suavidad. Sólo ahora nota Marion que, desde que han

subido al coche, un joven de piel oscura y de buena presencia intenta saludar a Nadeche Hackenbusch desde el asiento del copiloto. Nadeche no le hace caso. Marion barrunta el porqué. Probablemente Nadeche está furiosa porque la gente de la televisión ha elegido a un hombre. Nadeche prefiere trabajar con mujeres. Lanza una mirada a Grande, que en realidad tendría que mediar entre ambos. Grande se escaquea de la tarea mirando también su smartphone. Quizá, piensa Marion, en el fondo sea ésa la razón de la carrera triunfal del smartphone: mientras que los niños pueden taparse los ojos cuando no quieren ver algo, los adultos siempre han tenido que enfrentarse a las cosas... hasta ahora.

Visto así es casi asombroso que Nadeche aparte ahora el móvil y se ponga a mirar por la ventana, casi como una niña. Grande lo nota y frunce el ceño. Tal vez no considere posible que durante dos días enteros su estrella no haya dado ni un solo paso fuera de su tienda.

Las calles del campo son todas iguales. Es difícil decir en qué bloque se encuentran, en qué barrio, o si llevan diez minutos dando vueltas en círculos. El coche frena delante de un edificio hecho de varias tiendas. Hay allí mucha gente haciendo cola, muchas mujeres con niños, o niños mayores con críos. Al parecer, en el pasado se intentó construir un techo en esa explanada donde espera la gente, pero sin duda cada vez esperaba más gente, y en algún momento dejaron de añadir remiendos a los muchos que ya había. Marion ve a la gente formando largas colas, en cuclillas en el suelo, en esa curiosa posición de quien está en la letrina. Lo vio ya en el albergue para refugiados en el que rodaba Nadeche; la gente acucillada en los pasillos o dondequiera que tuvieran cobertura aceptable de wifi, y todavía no comprende cómo se puede aguantar esa postura un solo minuto sin que las piernas se queden entumecidas y acaben perdiendo la sensibilidad.

El coche se detiene un momento, el joven se apea. Luego el coche da la vuelta para que Nadeche Hackenbusch pueda bajar directamente delante de la entrada y de la cámara. Marion ve al equipo de operadores y junto al equipo está ahora el copiloto ignorado, con sus deportivas de tela blanca. Está ahí de pie, indolente, lleva la camisa que le ha buscado Marion junto con Nadeche Hackenbusch: no esas cosas multicolores que les gusta ponerse a los africanos; le ha dado una azul

oscuro, no demasiado entallada, aunque él no tendría el menor problema si se pusiera una de colores: tiene un tipo que a una le gustaría equipar de pies a cabeza. A Marion le encantaría bajar también, porque tiene curiosidad por saber cómo se las entiende Nadeche con él. Pero no quiere cortarles la escena a los operadores. Astrid von Roëll ha bajado por el otro lado del coche, y también la señora Grande. Marion se queda en el vehículo.

Ya ha hecho una visita previa al edificio, no hay posibilidad de instalar una zona provisional de maquillaje. Recoge del automóvil todos los utensilios de maquillaje, abre la caja y prepara el lugar de trabajo. Algodón, paños, el peinador. La experiencia le dice que Nadeche pedirá retoques dentro de una hora, como mucho. Con ese calor, Marion cuenta con que sea incluso antes.

Por la puerta abierta ve cómo Nadeche se acerca al copiloto. Él le da la mano, indolente pero también atento, como si le hubiera dado clase Barack Obama. Desde atrás, no puede ver las reacciones de Nadeche, pero sí se fija en cómo se mueve él, tiene dotes naturales. Una se lo quedaría mirando incluso cuando abre una botella de agua. Marion se recuesta en su asiento y empieza a pasar revista a sus e-mails. Hoy han llegado a su pequeño blog de cosmética más preguntas de lo usual, y cuando termina de responderlas todas, se da cuenta de que Nadeche Hackenbusch aún no ha vuelto.

Marion mira el reloj. Bastante más de una hora. Eso no es normal. Mira por los cristales, se da la vuelta en todas las direcciones. Sólo se ven refugiados, polvo, sol. Piensa si preguntar al conductor, pero éste también está ocupado con su móvil. Delante del edificio de la enfermería hay wifi, por eso todos los refugiados que no hacen cola están allí. Marion baja del coche. Se estira, mete las manos en los bolsillos de los vaqueros y con las piernas entumecidas da vueltas alrededor del coche.

En la enfermería también hay electricidad. Allí se amontonan los móviles junto a los cargadores, cables enredados salen del suelo como plantas de alambre, hay gente que llega y recoge su móvil, y otros que de un salto ocupan el ansiado lugar con toma de corriente. Los enchufes son los nuevos pozos de agua, piensa Marion. Se acercan a ella dos niñas que, riendo, le tiran a Marion del pantalón, pero Marion ha aprendido en dos días que sólo se puede ayudar a horas

precisas en sitios concretos, porque si no, los necesitados de ayuda piden en todo momento y en todas partes. No ha sido tan difícil de aprender. Marion tiene un perro.

Regresa al coche, abre la puerta y coge crema solar. No había pensado que hoy tendría que ponerse crema otra vez. Pero no puede seguir sentada en ese coche frío como el hielo.

Las niñas no la dejan en paz. Se aburren. Marion se pone en cuclillas y les enseña un juego de hacer palmas y contar. «*Aramsamsam*», les canta y, como tiene tanto éxito, también una canción popular alemana. Y cuando las niñas ya saben cantar asombrosamente bien «*hatzgebanbanban*», Nadeche Hackenbusch aún no ha vuelto. Marion se pone de pie. Las niñas ya están creando diversas versiones propias, en las que berrean entre medias «*ulliulliulli*», a dos voces muy respetables y medianamente desafortunadas. Marion se acerca a la sección de enfermería y trata de ver lo que pasa dentro. No hay señales de alarma, los enfermos esperan con paciencia inagotable.

¿Tendría que preocuparse?

A un equipo de operadores y a una presentadora estrella alemana ¿se los puede atacar sin causar el menor ruido?

¿O secuestrarlos?

Podría llamar por teléfono a Nadeche, pero sin duda habrá desconectado su móvil durante el rodaje. Decide dar una vuelta en torno a la enfermería, que resulta ser más grande de lo que esperaba. Hay muy pocas ventanas por las que se pueda mirar al interior. Pero tampoco hay signos de violencia. Nadie está irritado; en ese campo, la vida funciona como de costumbre: gente que va y viene, gente que transporta siempre las mismas cosas: sacos de harina o de cereales, garrafas de agua, largos haces de leña seca. Sacos, garrafas, leña. Una cabra. Sacos, garrafas, leña. Cuando regresa junto al coche, lleva dos horas y media sin saber nada de Nadeche.

Llama a la señora Grande. El buzón. ¿A quién más podría llamar? Tampoco puede marcharse. Si hay que retocar el maquillaje de Nadeche y ella no está, se arma la de Dios es Cristo. Indecisa, se mete otra vez en el coche y cierra la puerta para beber algo. Los niños no deben ver cómo bebe el agua limpia y



embotellada. Reordena varios utensilios de maquillaje, luego vuelve a ponerlos en el orden original. El aire acondicionado funciona perfectamente, y la calefacción del asiento también. El coche debe de tener unas baterías grandes como frigoríficos. En realidad, es muy agradable.

Se despierta de golpe. ¿Cuánto tiempo ha dormido? ¿Qué ha ocurrido? Oye chillidos. Abre de un empujón la portezuela del coche, sale vacilante y aturdida a la clara luz del día. De la enfermería salen muchos niños, una ayudante del operador camina deprisa, lleva detrás al cámara que camina de espaldas, ella le dice en voz baja cuándo ha de tener cuidado con algún obstáculo, lo va dirigiendo para que evite los palos del almacén de las tiendas. Luego aparece Nadeche Hackenbusch, y con ella el copiloto. Nadeche se ha arremangado la camisa, que lleva desabrochada, en la camiseta de debajo hay manchas. Sudor, suciedad, también puede ser sangre, pero no mucha. No parece contrariada, pero tampoco entusiasmada. Si Marion tuviera que describirla, diría que está distinta de otras veces. Sería. Como alguien que ha de llevar algo a cabo. Como un político con una agenda repleta, pero no un político con problemas de partido, sino uno que ayuda al desarrollo. De su peinado no queda casi nada. Al fondo ve a Grande, que llega jadeando; Nadeche Hackenbusch se vuelve hacia ella y le dice algo, haciendo al mismo tiempo movimientos muy precisos con los brazos. Marion capta su mirada y trata de saber, con un gesto inquisitivo, si necesita sus habilidades cosméticas, pero Nadeche Hackenbusch dice que no. Luego se sienta en el suelo y el copiloto la imita.

Ahora Marion no la ve; Nadeche ha desaparecido casi por completo entre un enjambre de niños, pero por el operador se nota que la situación no es peligrosa; él se esfuerza por que permanezca en el encuadre, la ayudante le mantiene libre un ángulo visual. Marion se acerca para averiguar qué ha pasado. Astrid von Roëll está ahora a su lado, pero hace fotos con su smartphone y va garabateando algo en un pequeño bloc.

Nadeche Hackenbusch está sentada en el polvo con sus vaqueros de diseño. Ha puesto el pie izquierdo sobre los muslos del copiloto, ahora se ríe y los niños se ríen también. El copiloto tiene una navaja en la mano y con ella va arrancando

las piedrecillas brillantes de su zapato, una tras otra. Se las entrega a Nadeche, que las reparte lo más equitativamente que puede.

Sólo una a cada uno.

Él trabaja con cuidado, pero no puede evitar que al cabo de poco haya agujeros en las zapatillas de Nadeche. Parece que a ella no le importa; él le pregunta con la mirada, ella le hace un gesto para que continúe mientras agarra con la otra mano a un niño y le saca de la boca una piedrecilla. Marion reconoce a la niña. Está riendo y cantando. Luego, entre risas, se mete otra vez la piedra en la boca, pero sólo hasta que Nadeche protesta.

La operación de las piedras termina cuando Nadeche se quita sus zapatillas destrozadas y las tira. Entonces los niños empiezan a correr gritando en persecución de los zapatos. El copiloto se levanta, tiende una mano a Nadeche Hackenbusch y la ayuda a ponerse en pie. Ella se sacude el polvo del trasero y luego se quita también los calcetines. Por un momento parece que vaya a abrazar al copiloto, pero sólo le da la mano antes de dirigirse descalza hacia el coche. Marion ve que una mujer se acerca a ella. Nadeche se vuelve y la mujer le pone en la mano un par de esas chanclas de baño baratas. Nadeche hace gesto de pagar, mejor dicho, de no pagar, se sacude el polvo de la ropa, no lleva dinero, sólo los calcetines. La mujer rechaza los calcetines, las chanclas son un regalo. Abrazos.

Luego Nadeche Hackenbusch llega al coche. Después, Astrid von Roëll y la señora Grande; se reúnen de nuevo en el vehículo. Grande parece muy fatigada. Astrid von Roëll escribe como una desesperada. Nadeche se deja caer en el asiento como si no quisiera volver a levantarse nunca y cierra los ojos.

Marion pregunta:

—Pero ¿qué ha pasado?

Nadie responde.

Grande respira hondo, pero no llega a hablar. Nadeche Hackenbusch dice con los ojos cerrados:

—Diez minutos de descanso cuando lleguemos. Y luego quiero una reunión. Y entonces planeamos el transcurso de varias jornadas.

Grande contesta:

—Yo ya tengo algunas...

Nadeche Hackenbusch se incorpora. Sus ojos se abren y dice con una profusa claridad que Marion nunca ha visto en ella:

—Entonces planeamos *nosotros* el transcurso de varias jornadas. Y lo incluí a él también. Quiero que esté presente.

Grande quiere añadir algo, respira hondo, pero se interrumpe antes del primer sonido y asiente. Luego sólo se oye el motor del coche y el rasgueo de Astrid von Roëll, interrumpido de vez en cuando por el presuroso crujido con el que pasa las hojas de su pequeño bloc, como si cada segundo perdiera valiosas letras.

Nadeche se hunde de nuevo en su asiento y cierra los ojos.

—Marion —dice—, ¿me quitas el maquillaje, por favor?

# Nadeche Hackenbusch: su peor pesadilla

**Miseria, pobreza y violencia. En su abnegado trabajo en el corazón del continente negro, la superestrella alemana se ve confrontada con su trágico pasado.**

*Por Astrid von Roëll*

Se dice a menudo que las mujeres son el sexo fuerte. Que las mujeres soportan el dolor con más entereza. Que los hombres, por ejemplo. Pero ¿cuánto dolor puede soportar una mujer? Porque nadie soporta ilimitadamente el sufrimiento, y esto vale incluso para Nadeche Hackenbusch. Estos días, esta mujer valerosa, joven todavía, está atravesando —no se puede expresar de otro modo— ni más ni menos que un verdadero calvario.

Desde hace unas semanas, Nadeche Hackenbusch está en África. Pasa el día entero dedicada a preparar cada detalle de su programa *Ángel en la miseria*. Es la Nadeche Hackenbusch que permanece oculta al público, la Nadeche Hackenbusch a la que sólo se conoce entre bastidores, a espaldas del mundo rutilante de los ricos y famosos: una trabajadora disciplinada, una mujer que está al pie del cañón veinticuatro horas al día, que nunca se queja. «Si eres mujer, has de ser siempre un poco mejor que los hombres», así lo expresó una vez para *EVANGELINE*, pero, como siempre, no lo decía con amargura, sino animada por el alegre placer del desafío. Es típico de Nadeche Hackenbusch: una persona ejemplar y, al mismo tiempo, mujer. Estos días, sin embargo, incluso ella tiene

que aceptar los límites de lo que puede soportar un ser humano. En el corazón de África se ve de pronto confrontada con su mayor y más negra pesadilla.

### **Es una persona ejemplar y, al mismo tiempo, mujer.**

Retrospectiva: al empezar el día nada apunta a lo que va a ocurrir. Es una de esas mañanas en las que el sol de África luce igual para todos. Lionel, su joven y apuesto guía, la acompaña al hospital local. En todo el campo reina la alegría por la visita del ángel, que ayuda incansablemente donde puede. La gente que vive aquí no vive «en las nubes»: a través de sus smartphones y de internet lo saben casi todo sobre Nadeche Hackenbusch y el magnífico trabajo que ya ha realizado en Alemania. Se asombran de su modesta apariencia, del sencillo pantalón color arena, de la sencilla camiseta bajo la camisa arremangada. «Esto se lo he birlado a Nicolai —me dice en su estilo maravillosamente natural—. Se va a quedar de piedra cuando de pronto lo vea en televisión.»

Un médico saluda al ángel que viene de la lejana Alemania para prestar ayuda, y le da la mano. La cercanía entre los hombres puede ser sencillísima. «Si los políticos fueran como los hombres...», bromea agradecido, y Nadeche Hackenbusch ríe afectuosamente. Le enseña las habitaciones del servicio de enfermería, todo pobre pero limpio, como es a menudo entre las gentes sencillas. Sin embargo, la escasez se nota por todas partes. «Muy poco», dice, «muy poco», y señala por la ventana las largas colas que forman quienes buscan ayuda. Es muy típico de la manera resuelta y enérgica del ángel alemán que diga al momento: «Vamos a intentar rodar a toda velocidad para que usted regrese superrápido con sus pacientes».

También en África se gana los corazones con esa deliciosa manera que tiene de hablar con gente completamente normal. Este servicio de enfermería no puede compararse con un hospital alemán. Aquí todo está abarrotado, hay dos pacientes en cada una de las viejas camas; en las de los niños, a veces, tres. En vano se buscan sábanas blancas, cuadros en las paredes o lámparas para leer; la corriente se va de vez en cuando, y, sin embargo, para Nadeche Hackenbusch esto no es un hospital de segunda clase. «Esta gente también se esfuerza mucho —reconoce sin envidia—. A su manera hacen una labor extraordinaria. Trabajan

a un nivel modestísimo, pero la mortalidad de los bebés ha descendido a uno de cada cinco.» A toda velocidad toma la iniciativa, desarrolla planes, organiza proyectos. Pintar la planta infantil con varios colores para combatir la monotonía diaria. Ofrecer clases de bricolaje: «En Alemania lo hemos hecho con la cadena de tiendas de bricolaje Fanta-Si, que sin duda ayudaría otra vez». Y siempre asombra la mirada animosa y maravillosamente práctica que dirige a las cosas.

### **«A menudo no sabemos lo bien que estamos en Alemania»**

«A menudo no sabemos lo bien que estamos en Alemania —dice riendo—, pero esto lo devuelve a uno pronto a la realidad.» Y muchas veces a la dura realidad. Poco después de la sala infantil, Nadeche Hackenbusch descubre otra con chicas jóvenes. ¿Es obra del destino?

Es un grupo de niñas que, sólo hace pocos días, escaparon de las garras de Boko Haram. Muchas guardan silencio, algunas no dicen nada, dos de ellas, sin embargo, están muy animadas, de un extrañísimo buen humor; puede parecer extraño, pero su expresión radiante y sus risas parecen provenir más bien de la desesperación. Es uno de los raros momentos en que Nadeche Hackenbusch se sienta junto a una de las jóvenes silenciosas, pide que apaguen la cámara y, como la niña no habla, ella tampoco habla, sino que se limita a sentarse a su lado. Lionel también quiere marcharse con el equipo de operadores, pero Nadeche le pide que se quede para hacer de traductor. Él se acuclilla en el suelo, no muy cerca, sólo lo justo para poder oír lo que hablen. Si hablan.

Nadeche no toca a la muchacha, está sentada a su lado como una hermana mayor. Durante varios minutos. Y luego le da un empujoncito en el pie, con sus rutilantes zapatillas deportivas. Una vez, dos veces, tres veces. A la cuarta vez, el pie de la muchacha da también un empujoncito. Dice algo, en voz tan baja que Lionel se acerca porque apenas lo entiende; él pregunta algo a su vez, con su voz suave. Ella sonrío, señalándole a él y a Nadeche, luego traduce:

—Zapatos bonitos. Los dos llevamos zapatos bonitos.

—¿Cómo estás? —pregunta Nadeche.

—Bien —dice ella.

A veces uno se tropieza con personas fuera de lo común, y Lionel es una de

ellas. Porque lo que la niña cuenta a continuación es algo que una chica, en realidad, sólo le confía a su hermana mayor, y Lionel logra traducirlo como si él no existiera. El secuestro. El miedo. El cautiverio. Los hombres. A veces sólo uno. A veces dos. Cómo empieza ella a considerar a algunos como menos malos porque después la dejan en paz. Mejor que quienes después quieren que pase la noche con ellos porque, al parecer, Alá los ha unido. Los hombres que a la mañana siguiente se avergüenzan de su debilidad y la golpean porque los ha embrujado. Y quien tiene corazón sólo hace en ese momento una pregunta:

¿Cómo lo soporta Nadeche Hackenbusch?

### **«Si los políticos fueran como los hombres...»**

Porque aquí en África, la tierra de los tigres y los marabúes, no hay apenas una mujer que sienta ese amargo infortunio con tanta intensidad y tan desde el fondo del alma.

Permanece con valentía al lado de la joven y le pasa el brazo por los hombros pensando, sin duda, en su propio angustioso verano. La dicha aparente con LeBrezel. Luego aquella espantosa noche. Las inacabables jornadas ante el juez. La divergencia de opiniones en los medios. Lo que ella sintió como una segunda violación cuando la justicia pasó por alto su desgracia, alegando despiadadamente que «no» sólo significa «no» cuando también se pronuncia esa palabra. Y que, por muy justificados que sean sus reproches, ya no puede repetirlos en voz alta bajo la amenaza de una multa de quinientos mil euros. Es la amarga y casi insoportable confrontación con su propio pasado lo que impulsa a Nadeche Hackenbusch, esa hermosa mujer, orgullosa y fuerte, a agarrar la mano que le ofrece apoyo por un momento. La mano de Lionel, un hombre fuera de lo común. Y en el corazón del continente negro, eso se percibe con toda claridad; la desgraciada historia de una joven une por un breve momento dos corazones que, habiendo sufrido mucho, están dispuestos a emprender grandes cosas.

El refugiado tarda alrededor de una semana en darse cuenta de que no le bastará el dinero.

Se ha alejado, con su cerveza, del chiringuito pobremente iluminado de Miki; cansado, se apoya en un cobertizo y mira el gigantesco y luminoso cielo estrellado. Se lleva la botella bastante fría a la frente. Realmente esto no puede ser, piensa. Gana bien, muy bien incluso, y trabaja mucho. Y, sin embargo, su meta se va alejando cada vez más. Se frota los ojos. Los nota pegajosos, como si no se abrieran y cerraran bien. Esos alemanes empiezan pronto y luego trabajan todo el día. Hoy ha estado con ellos recogiendo leña. Porque Malaika no es sólo guapísima.

Eso es lo que pensó desde el principio, que era una belleza, y se preguntaba qué querría una persona tan hermosa en un campo tan feo. Por eso la llevó primero a la enfermería. De todos modos, el ángel habría dado con ella enseguida, pero, al fin y al cabo, era el único lugar, a su parecer, lo bastante limpio para dejar entrar en él a un ángel tan bellísimo. Un ángel, al fin y al cabo, al que su propio coche no le resulta lo bastante limpio: se ha enterado de que el ángel desea coches blancos.

Cuando lo recuerda, tiene la sensación de haber conocido aquel día a dos ángeles en uno. Recuerda cómo se fue con el ángel en el coche angélico a la enfermería. Por su teléfono blanco y dorado de piedrecitas brillantes, el ángel se comunicaba, hablando o tecleando sin interrupción, con el mundo angélico. Sólo en el último momento, ya delante de la enfermería, el ángel dijo algo que sonaba como a final de la conversación. Luego se bajó del coche. El ángel comentó que había que hacerlo todo otra vez porque le parecía que quedaba mejor si bajaba por otra puerta. Al decirlo, el ángel puso de pronto un gesto de enorme



preocupación, como si tuviera que anunciarle a alguien que el fuego había destruido la enfermería entera.

Y luego también estaba allí el otro ángel. El que se sentó muy tranquilo junto a la niña refugiada. El que escuchó los relatos que nunca debería oír un ángel. El ángel que llegó de la enfermería.

Que no dijo nada más, excepto una frase, que al principio él siempre repetía en alemán. Que se volvió hacia él, le puso la mano en el brazo y dijo con una voz que ya no parecía ser la de un ángel:

—*This must others go. Total. I swear.*

Eso fue hace una semana. Desde entonces, no visita más edificios. Quiere acompañar a la gente. Va con ellos a buscar agua. Trata de guisar con los medios de que disponen aquí y ha ido con Munira a buscar leña. Ese modo de trabajar debe de ser completamente inusitado para los alemanes. Porque se podía ver cómo sus colaboradores iban perdiendo la paciencia. Si hubiera dependido de ellos, después de diez minutos de marchar a pie, se habrían metido todos en el coche limpio de las rayas de cebra. Porque en una región en la que no crece prácticamente nada y en la que cada día buscan leña dos millones de personas, no se encuentra esa leña a diez minutos de la valla del campo. Pero el ángel no quería volver al coche. Quería acompañar a Munira, y si Munira tenía que caminar dos o tres horas para encontrar algo combustible, el ángel también caminaría dos o tres horas.

—*She go three hours?* —había preguntado otra vez—. *Real?*

—*It's true, Malaika.*

Los ayudantes del ángel le llevaron la contraria.

Entonces el ángel soltó por la boca toda la furia de los cielos.

Nunca había visto a nadie aniquilando a cinco hombres sólo con su voz. Y menos aún, a una mujer. Pero así fue. El ángel ordenó que le sacaran del coche otros zapatos, seguramente más cómodos, y desde ese momento quedó claro que recorrería todo el camino. Y eso nadie lo lamentó más que Munira, a quien tanto le habría gustado ir en el coche del ángel.

Pero así exactamente se había imaginado el refugiado a un ángel alemán. No sólo bueno, sino radicalmente bueno. Con él no se lleva un poco de leña para la

cámara: el ángel transportó exactamente la misma cantidad de leña que la propia Munira. Él habría apostado lo que fuera a que el ángel se rendía antes de dar cien pasos, pero el ángel cargó con la leña como el Jesús de los cristianos con su cruz. Dos veces vomitó en el polvo de agotamiento, pero no se rindió.

Y lo del dinero lo hacen los alemanes con el mismo detenimiento.

Toma un trago de cerveza. La pequeña Saba se le acerca.

—¿Mtu? —pregunta.

Es el nombre que le han dado los niños. En los últimos tiempos, cada cual le da un nombre. Los alemanes le llaman Lionel, prefiere no preguntar por qué, no quiere ser complicado. Mtu, dicen los niños, de *Mtu kwa malaika*, «el hombre del ángel». Saba pone su carita más linda, pero si él cede ahora le caerá encima toda la chiquillería del campamento. Agotado, le dice que se vaya, con buenas palabras, pero de manera contundente. Le explica que ya ha ayudado un poco a la madre de Saba. Ahora necesita descanso, tiene que reflexionar. A solas. Hay cosas que no pueden comentarse con nadie. Ni siquiera con Mahmoud.

Esos alemanes tan concienzudos.

Es cierto, ponen sobre la mesa una suma sorprendentemente elevada, pero no se dejan desplumar. La mujer de mediana edad, a la que llaman Grande, le paga cada día. Nunca le hacen esperar, nunca le dan largas: al final del día le ponen en la mano, contante y sonante, la suma acordada. Pero tampoco hay adelantos. Y ahí está la dificultad. Para un traficante podría bastar su dinero sólo si le pagaran a la vez toda la suma. Pero ahorrar todo ese dinero es prácticamente imposible.

El dinero no presenta problema alguno cuando en el campo se tiene tan poco como los demás. Tampoco es un problema tener más dinero que todos los demás si se puede mantener en secreto. Pero si no se puede mantener en secreto, como él, *Mtu kwa malaika*, «el hombre del ángel», entonces hay que compartirlo con los otros. Porque está haciendo dinero con el campo y con las vidas de los otros. Y si no lo compartes con ellos, no lo permitirán.

Así que paga las cervezas en el bar de Miki. Así que da pequeños trabajos a Mahmoud y a algunos otros. Tiene que encontrar historias. Da un poco de dinero a los niños. Y da su parte a Mojo el Azul. Teóricamente. Se lo ofreció a Mojo y

Mojo se quedó sorprendido. Pero luego renunció y dijo que se quedara con el dinero, que ya encontrarían otra solución. Pero eso no quedará así.

Claro, él también podría sacar dinero a otros refugiados. Por acercarlos al ángel. Pero si los alemanes se enteraran lo echarían. Y si no, si así pudiese ganar en efecto más dinero, Mojo se entrometería y él tendría que formar una banda propia para defenderse de Mojo. Eso cuesta dinero y tiempo, y él no tiene ganas de ser el jefe de ninguna banda. Y de qué iba a servir: Mojo el Azul lleva haciendo eso desde su más tierna infancia, con lo que como máximo duraría dos días, y después, una mañana, alguien lo encontraría con la cabeza en la letrina.

De todos modos, su tiempo de ganar dinero está limitado porque, más pronto o más tarde, Mojo el Azul acabará entrometiéndose. De momento está a la espera, viendo hasta qué punto los alemanes controlan lo que ocurre, y cuando esté enterado de todo, Mojo se lo llevará aparte amablemente y le dirá que en adelante sólo proporcionará encuentros con el ángel a cambio de dinero. Y previa consulta a Mojo, por supuesto. Mojo le dirá lo que costarán esos encuentros. O, mejor dicho: cuánto debe entregar a Mojo.

Y si todo eso sale a la luz, los alemanes lo despedirán.

O él puede negarse, y Mojo lo matará.

Fenomenal.

Mete la yema del dedo índice en el cuello de la botella y la va sacando despacio. Hace flop. Las cosas son como son. Aunque tiene el trabajo mejor pagado de todo el campo, en lo económico está en las mismas que antes.

Flop.

Y un día Malaika se marchará. Y él envejecerá y morirá allí. A no ser que se lo lleve con ella. Pero eso, Grande, la guardiana del dinero, lo ha descartado ya desde el principio.

—Esto *no* es un ticket para Alemania ¿está claro?

Por tanto, ¿por qué iba ella a hacerlo?

Quizá por amistad.

Pero es poco probable. La red no está precisamente abarrotada de historias de equipos televisivos alemanes que se llevan con ellos a los objetos africanos sobre los que informan. Como mucho, eso ocurre cuando hay problemas de salud.

Alguien tiene una enfermedad, mejor es si se trata de una niña pobre, y sólo puede operarse en Alemania.

Pero él, por desgracia, goza de una salud perfecta.

Tendría que ser una razón por lo menos igual de buena. Que..., que su vida... corre peligro. Debido a..., claro: debido a Mojo el Azul.

Eso podría salir bien. La historia es realmente buena, incluso. ¿Por qué se encuentra él en esa situación? Porque han llegado los alemanes y el ángel. Porque lo han convencido. Porque lo han colocado en esa posición delicada, entre el dinero y la violencia y Mojo. Por tanto, ellos también tienen que ayudarlo a salir. A él y quizá también a Mahmoud.

El riesgo que entraña esa historia es, por otra parte, que con ella podrían surgir otros problemas. Si Malaika se entera de que allí, en el campo, están en marcha tales negocios, se preguntará sin duda si él no habrá estado trabajando todo el tiempo para Mojo. Pero merece la pena correr el riesgo. Lo único es que debería esperar un poco para hablar con ella.

—¡Mtu! —dice Saba, y se sienta a su lado en el suelo.

Es sorprendente lo bien que sabe la niña cómo mirar con más gracia aún. Mira con gracia desde el principio, pero no gasta toda la pólvora. Siempre puede añadir más; no hay en el campo niño más espabilado.

—Te doy mi cerveza.

—¿De verdad?

—O sea: la botella. Cuando haya terminado.

Saba rechaza la oferta:

—¿Qué voy a hacer con esa birria de botella?

Él bebe el último trago y se la pone delante.

—Llévasela a los alemanes.

—¿Y luego?

—A lo mejor te dan dinero. Me han dicho que los alemanes siempre dan dinero por las botellas.

—¿Dan dinero por una botella vacía?

—Eso me han dicho.

Ella tiene sus dudas sobre esa absurda historia.

—¿Cuánto?

—Ni idea.

—¡Dilo!

—No lo sé. Un poco de dinero. O sea, menos que una cerveza, claro. Si no, todos les pondrían delante las botellas llenas.

Saba alza la botella.

—Yo les llevo la botella vacía y ¿ellos me dan dinero? Te falta un tornillo.

—Inténtalo —dice él amablemente—. En cualquier caso, es una oportunidad.

—¿Y para qué la botella? —insiste Saba—. ¿Qué hacen con ella?

—No sé. Cosas alemanas, lo que sea. A lo mejor vuelven a meter en ella más cerveza. Puede ser. Los alemanes tienen tanta cerveza que les faltan botellas.

Saba lo mira escéptica.

—Luego las botellas van a un barco grande, y el barco navega a Alemania, y los alemanes están tan contentos... —sigue hilando el relato—. Entonces bailan su baile alemán.

—¿Y cómo es el baile alemán?

Él se levanta y da algunos saltos de un lado a otro palmeándose los muslos. Parece un poco como si un elefante tratara de andar como una garza.

—Así es. Como en la Oktoberfest.

—Pues es una birria de baile.

—Bueno —dice él dejándose caer junto a Saba—. Uno no elige sus bailes. Cada cual ha de bailar como han bailado sus padres. En todo el mundo. El baile de tus padres determina el camino de tus pies. Tú bailas también como tus padres.

Eso convence a Saba.

—Pero ¿por qué nadie ha llevado hasta ahora botellas a los alemanes? Todos las tiran. ¡Es una tontería, entonces!

—Porque aquí nadie conoce bien a los alemanes. Es una oportunidad que tienes. Nada más. Yo no puedo garantizarte nada. Debes intentarlo tú misma.

Saba se levanta, con la botella en la mano.

—Okeyyy... —dice vacilante, metiendo el pulgar en el cuello de la botella, que hace flop—. ¿Puedo bailar mi propio baile?

Se imagina a Saba presentándose ante los alemanes con la botella y bailando. Luego dice:

—Haz el baile alemán. Y di algo en alemán. ¿Sabes alguna palabra alemana?

—*Hatzgebanbanban?*

—¿Y eso qué es?

—Una canción alemana. Ahora la cantan todos.

—*Okey*, si la cantan todos, tú cantas otra canción.

—No sé...

—Tú quieres que se fijen en ti, ¿no? Pues dices: ¡Oktoberfest!

—¿Ottobafés?

—¡Exacto! ¡Prueba a hacerlo!

Saba da pesados saltitos, un pequeño elefante con piernas de garza que, bastante a lo loco, se da palmadas en los muslos. Luego presenta su botella y dice «Ottobafés», como si fuera un toque de trompeta. Él asiente con la cabeza. Ya no le parece tan absurdo que pueda tener éxito.

A los alemanes podría hacerles gracia.

Una mesa escritorio limpia. Una casa limpia. Joseph Leubl es amante del orden. Puede parecer aburrido, pero así vive él desde hace cincuenta y siete años, desde que tiene una habitación propia. Se crio con cuatro hermanos, sabe cómo es una pocilga y sabe que él no quiere tenerla. No se va de su despacho hasta que la mesa está despejada. Y cuando después llega a casa, no debe pensar al entrar en ella que allí tiene que empezar a trabajar otra vez.

Se baja de la limusina y se despide de su chófer, que lo recogerá otra vez a la mañana siguiente. Luego, caminando sobre las losas rojo vino que atraviesan el césped, se dirige a su casa.

Le gustan las losas de piedra, le gusta que estén ligeramente cubiertas de musgo y que en verano hormiguen por ellas, a manera de piojos, esos diminutos bichitos rojos. Las losas le recuerdan la casa de sus padres; se las trajo expresamente a Berlín, después de haber vendido la casa, junto con sus hermanos. Cuando las ve, piensa en el aspersor del césped a pleno sol, en el olor a hierba húmeda, en la sensación de la piedra caliente y húmeda bajo los pies. Mandó hundirlas bien en el césped, tal como estaban antes. Los penachos de hierba deben acolchar los bordes, para que nadie tenga miedo de chocar con los dedos de los pies. Si no, no se podría correr por el césped. Si no, los niños no pueden correr por el césped. Sus dos hijas han corrido muchísimo. Le gusta pensarlo. Él sabe de niños que no salen nunca si no se les pone como cebo un Pokémon en la ciudad.

Entra en la casa, disfruta ese olor que echa de menos en otros sitios, aunque en casa no se perciba.

—¡Estoy en casa! —grita en dirección al pasillo.

Eso es necesario desde que las limusinas son cada vez más silenciosas y las ventanas aíslan cada vez mejor. Ha dado a su mujer sustos de muerte por

docenas, hasta que tomó la costumbre de gritar al llegar a casa. Cuelga el abrigo en la percha y también, sólo mentalmente, el sombrero. Hace treinta años que ya no lleva, pero para él sigue unido a la idea de llegar a casa. Se quita los zapatos impecables y les mete un tensor, por el que los levanta y los coloca en el estante de los zapatos. Mete los pies en las zapatillas de fieltro y se dirige por las baldosas a la zona de estar y a la cocina. Oye el tintineo de la nevera, que trastea su mujer.

La besa en la mejilla.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Normal. El surtidor se ha roto. Ya he llamado al fontanero, pero no puede venir hasta la próxima semana.

—No pasa nada.

La cocina es independiente. No le gusta esa moda de que los espacios de la zona de estar se sucedan sin solución de continuidad. No quiere que la cocina se meta en el salón ni el salón en el jardín a través de un saledizo acristalado. El cuarto de los niños no ha de estar en el salón ni el cobertizo para herramientas en el garaje, aunque en el garaje ya no haya ningún vehículo desde que tiene el coche oficial.

Va a la nevera para coger una cerveza. Ni Pils, ni cerveza blanca, ni cerveza ligera. Ni cerveza para gente fina. Ni tampoco de ninguna fábrica rural de cerveza, que traen de cualquier pueblecito. Y menos aún, desde luego, una cerveza artesanal. Detesta esos brebajes modernos que primero son tan amargos como si los hubieran quemado y luego, de pronto, saben a mango. O a mandarina. Cerveza abonada con compost. Quiere una cerveza como la que bebía su padre cuando volvía del campo.

Él bebe cerveza rubia.

Abre la botella y vierte la cerveza en la jarra de Willi. Cuando quiere llevarla al salón para el telediario, le dice su mujer:

—Por cierto, está Bine aquí.

No contesta. Pero no le viene bien.

Le gusta que todo funcione por su orden. Se dirige con prudencia al salón. Está vacío. Pone la cerveza sobre la mesa alicatada del tresillo y se deja caer en



el sofá. Se siente aliviado porque el salón le pertenece sólo a él durante varios preciosos minutos. No hay muchas tardes como ésa, en la calma del verano, aunque él se permita más libertades que cualquier otro ministro. No ha entrado por las vías convencionales, no tiene base en el partido, nunca la tuvo, él llega por la lista, porque lo necesitan, y si las bases del partido no están con él, tampoco tiene que cultivarlas. De todos modos, hace ya tiempo que abandonó sus intentos de cultivarlas: muchas cosas son necesarias, pero no vale la pena explicarlas. Alguien tiene que bajar la basura. Y si algunas personas quieren saber si eso es cierto, porque algún embustero les ha contado que existe un método con el que nadie tiene que bajar la basura, entonces que se pasen las tardes charlando, pero sin él. A los setenta y cinco años ya no tiene mucho tiempo que regalar.

Ve dos delgadas piernecillas que bajan por la escalera. Las siguen un delgado trasero en shorts y dos pechos que no estaban así ocho semanas atrás.

—¡Hola, abuelito!

—¡La pequeña Binchen!

—¿Eh?

El ministro golpea la mesa con los nudillos y la mira enojado.

—*Sorry*.

Ella se saca los tapones de los oídos. Luego enrolla los cables en torno al smartphone, lo levanta ostensiblemente y lo coloca en la estantería. Él, aplacado, hace un gesto de aprobación.

—¿Y bien?

—Y bien, tú también.

Se deja caer en una butaca, exactamente igual que él ha hecho antes. Curioso: el mismo movimiento, pero por la diferencia de edad se ve en él que está agotado y en ella sólo que está de morros.

—¿Te hace ilusión marcharte de vacaciones?

—Qué va.

—¿Problemas con tu madre?

—¿Dos semanas en el culo del mundo? ¿Sin cobertura? ¿Qué voy a hacer en Villarrebuzno de Abajo?

—¿Sabes tú que yo nací en ese Villarrebuzno de Abajo? Y la abuela a dos pasos de allí, en otro pueblecito.

—Yo sólo sé que ya no vivís allí.

—Yo seguiría viviendo allí si no tuviera que estar en Berlín.

—Puafff.

Saca los pies desnudos de las chanclas y agarra con los dedos de los pies el borde de la mesita. Luego ve la mirada de su abuelo y los dedos de los pies se sueltan al momento. Los pies caen con un ruido sordo sobre las baldosas del suelo.

—Es que al ministro del Interior le ponen internet en todas partes, si él quiere.

—No seas así. Tu madre quiere pasar contigo todo el tiempo posible.

—Pues eso es lo malo.

—No como tú piensas. Sino porque sabe que ya no va a pasar contigo muchas vacaciones.

—¡Ah! ¿Y por qué? Enferma no está, en cualquier caso.

Él le dirige la misma mirada.

—*Sorry*.

—Con eso no se bromea.

—Lo sé.

—Lo que quiero decir es que tu madre también tuvo una vez tu edad.

—¿Y qué?

—Sabe que a los dieciséis años se negó por primera vez con éxito a ir de vacaciones con nosotros. A los quince nos acompañó por última vez de viaje.

—¡A Dios gracias!

Es su mujer, que llega con la bandeja.

—Sí, ahora a la abuela le da igual. Pero entonces lloró a moco tendido.

Se levantan y van a la mesa de comedor. Él se lleva su botella de cerveza y se sienta a la cabecera, Bine enfrente, la abuela entre ambos. Ésta reparte los platos, la mantequilla, la cesta del pan, tomates, embutido, la mantequilla vegana y los vasos. Bine coge uno de ellos con mirada crítica.

—Esto no se lo cree nadie si lo cuento: el ministro federal del Interior bebe en tarros viejos de mostaza.

—¿Y por qué no? —pregunta la abuela ministra mientras parte los tomates y los espolvorea con pimienta.

—Y hasta hay en ellos antiguas figuras de Micky Mouse. Menos *cool* es imposible.

—Entonces son perfectos —dice Leubl, preparándose con la pericia que da la práctica una rebanada de pan con mantequilla y salami—. De todos los ministros, el del Interior es siempre el menos *cool*.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Porque tiene a su cargo a la policía. —Muerde la rebanada de mantequilla y salami—. El ministro del Interior es como el portero de Alemania.

Contempla a su nieta, que escarba en el interior de la latita vegana para sacar una especie de argamasa entre parda y gris con la que reviste la superficie de una rebanada de pan. Casi se puede decir: con pericia profesional. Él le alarga con el tenedor una hoja de lechuga.

—Ten. Para tapizarlo.

—¡Joseph!

—Yo no digo nada sobre tu salchichón asesino, abuelo.

El abuelo pone la hoja de lechuga sobre su propia rebanada con salami.

—El asesino del salchichón pide formalmente disculpas.

—Vale, pero a cambio le dices al idiota de tu ministro de Comunicaciones que lleve en un pispás un internet decente a Villarrebuzno.

Él se ríe. No le dice cuánto le alegra que su madre no tome parte en la locura de internet ni en la estupidez de los móviles. Tampoco le dice qué malísima es en realidad la conexión con internet en la zona. Y que él tiene al ministro de Comunicaciones por el único ministro que de verdad, de modo incontestable, es perfectamente incapaz.

—Es estupendo que vayas. Yo me alegro también.

—Estupendo para todos vosotros.

—Ya verás que no está tan mal. A mí me gustó vivir allí, de niño.

—Claro. Tuvisteis una infancia muy dura. Eso no se le ha olvidado a mamá.

—Hay muchos animales —la consuela la abuela.

El resto de la cena transcurre en gran medida sin enfados.

Al fin y al cabo, el abuelo y la abuela no han buscado el lugar de veraneo. Luego se levanta la abuela y empieza a despejar la mesa. Él se lleva el resto de la cerveza al sofá. Pronto serán las ocho. El telediario es su último bastión.

—¿No podemos ver otra cosa?

—¿Y a ti las noticias no te interesan nada?

—Las conozco todas: tengo la app.

—Pero yo no y la abuela tampoco. —Conato de mirada furiosa.

Aparece en la pantalla el presentador Jens Riewa. Hoy lo han vestido de un azul poco favorecedor de manera que a veces casi desaparece ante las bandas explicativas del fondo.

—Sííí —anuncia Bine—, ahora viene el atentado.

Él le lanza una mirada de advertencia, pero también se asombra de todo lo que ya sabe. De hecho, puede predecir correctamente casi todas las noticias de la jornada, incluso las que para ella seguramente son aburridas.

—Proponen un nuevo derecho de voto —se adelanta Sabine—. A partir de los dieciséis años. En ese caso, yo podría votar ya el año que viene.

—¿Y a quién votarías? —pregunta la abuela Leubl.

—A Alternativa para Alemania.<sup>1</sup>

Un momento de silencio. Él no se inmuta y dice sin mirarla:

—Por tu mamá.

—Exacto. Se la llevan todos los demonios. Grita como una histérica. Biiiiineeee, ¿cómo es posible?

—¿Y mi partido?

—Ni en sueños. No sois lo bastante gilipollas.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Nooo. Gilipollas sois también.

Él piensa que, a la edad de su nieta, él no podía decir aún tanto «gilipollas». Y que, sin embargo, ya ni le incomoda. ¿Qué dice eso sobre el momento actual?

Que su plazo de gracia ha concluido. Nada más empezar la información meteorológica, Bine echa mano del mando a distancia. Él ya ni se queja, sabe que la abuela está del lado de Bine. Y sabe también que es una extraordinaria

distinción que Bine vea la televisión con ellos. Normalmente lo ve todo en el ordenador, *on demand*.

—¿Y qué vamos a ver?

—A Nadeche Hackenbusch. Eso es algo que incluso os puede interesar a vosotros.

—¿La de los...? —E insinúa una pechera con las manos.

—¡La de los refugiados!

Y lo que ve entonces es en efecto sorprendente. Conoce, por supuesto, a esa modelo barata que apenas se distingue de una putilla barata. Pero esta vez han enviado a la modelo-putilla a uno de los lugares de la tierra que están bajo el foco. El mayor campo de refugiados del mundo. Eso ya no es la pobreza habitual que se ve en televisión, con una familia apática que habita en una mohosa casa en ruinas. Eso es miseria auténtica. Y mientras contempla asombrado cómo la modelo-putilla, en compañía de un refugiado de muy buena presencia, dice muchos despropósitos y a veces también algo casi normal, Bine y su mujer pasan silenciosamente a un segundo plano. Según se entera, el programa de la modelito empezó ya ayer y estará también mañana y todos los días durante las dos semanas siguientes, siempre en esa zona de miseria, y lo que ve allí lo intranquiliza más cada minuto que pasa. Se levanta, coge el teléfono y marca de memoria el número de su secretario de Estado.

Es día de cobro.

—¿Sensenbrink? Aquí Kasewalk, *Süddeutsche Zeitung*. Estupendo que encuentre tiempo para nosotros.

—Pero no indefinido. —Sensenbrink pone límites y por debajo de la mesa aprieta el puño a lo Boris Becker.

Kasewalk es Top Five. Probablemente incluso Top Tres. Cuando uno quiere que le hagan un reportaje en los medios, ya sea en el *Süddeutsche*, en el *Frankfurter Allgemeine*, en el *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, en *Die Welt* y, qué sé yo, ¿tal vez en *Der Spiegel*? Pero propiamente, al fin y al cabo, sólo cuentan el *Süddeutsche* y el *FAZ*, y si llama Kasewalk, se puede estar seguro de que le dedicarán al menos media página, aunque muy probablemente algo más, dos tercios. Y eso por un documental diario con Nadeche Hackenbusch al que sólo hace ocho semanas el *Süddeutsche* no habría echado ni una mala ojeada.

—Tengo de un momento a otro una reunión. ¿En qué puedo ayudarle?

—Se trata, evidentemente, de *Ángel en la miseria*. O AM, como parece que lo llaman ustedes. ¿Es cierto?

—¿Quién se ha ido de la lengua?

—La marca de diez millones de espectadores está superada; tendencia al alza. Cuotas como el *Tatort*<sup>1</sup> de Münster, y eso a diario. ¿Le sorprende el éxito?

—Bueno, AM ya tenía éxito antes.

—Pero no en esa medida.

—En efecto. Ésa es la sutil diferencia: hay series a las que, debido a su éxito, en algún momento se las infla de manera desproporcionada; surge un proyecto adicional y otro y otro, pero si somos sinceros, lo único que hacen es aguar la misma sopa. En AM-Special, es otra cosa.

—Al principio hubo espíritus críticos que no lo veían así. También en este periódico.

—¿Y quién tiene ahora razón? Quiero decir: yo llevo bastante tiempo en este negocio y sé mejor que nadie cuándo aguó y cuándo no...

—¿Qué ha aguado?

Sensenbrink se echa a reír, Kasewalk ríe con él. El viejo truco de la pregunta impertinente y, sin embargo, Sensenbrink siente de pronto un agradable escalofrío. ¡El *Süddeutsche* está jugando con él al juego de la pregunta impertinente! Kasewalk del *Süddeutsche*, media página, Sensenbrink tiene que tragar saliva; se siente apreciado. Sacude la cabeza, extrañado de sí mismo, pero no puede decirlo de otro modo: lo disfruta. ¿Cuándo fue la última vez que un periódico lo llamó por teléfono? Y ahora todo está empezando: la entrevista, la atención, todo. Quiere disfrutarlo y se recuesta en el asiento.

—AM no, desde luego. Para seguir con la metáfora: ahí no sólo hemos añadido más agua, sino también más ingredientes.

—¿Y en qué consisten?

Ésas son las preguntas correctas. Por fin. Ahí no está buscando alguien saber unas cifras de ventas ni quiere oír una afirmación de una cadena televisiva. Ahí alguien quiere saber su opinión, porque él, Sensenbrink, ahora es alguien: el artífice de *Ángel en la miseria*. No de *Ángel en la miseria*, el programa basura, sino de *Ángel en la miseria*, el programa de sorprendente buena calidad. Y esa entrevista dice que no es casualidad. Tampoco se debe a Nadeche Hackenbusch. Se debe a Sensenbrink. Es la entrevista de Sensenbrink.

Es el día de cobro de Sensenbrink.

—Más verduras, más grasa, más carne —empieza a contar Sensenbrink—. No conforme al principio: «Ahora un quince por ciento más de trocitos de patata». En primer lugar, el espectador está sensiblemente más cerca. Originariamente AM se producía con antelación y se pasaba una vez por semana. Tras treinta años de televisión privada el espectador ha aprendido que tales formatos se optimizan antes de la emisión. Forzosamente.

—Se engordan los conflictos, se agrandan los problemas, más drama...

—No lo confirmo, pero sí digo que, debido a la producción diaria, en AM-

Special eso no es factible a tal escala: el espectador recibe, por así decirlo, material más en bruto, pero también más auténtico. Y lo nota.

—¿No está ya habituado? En el campamento de la jungla se produce también cada día...

—Sí, pero en la jungla el espectador sabe muy bien que la situación es completamente artificial. Famosos de tercera se meten en cualquier sitio por dinero y, para que el conjunto tenga más alicientes, han de someterse a pruebas artificiales. Y en caso de necesidad esas figuras pueden marcharse en todo momento; de algunos se sabe ya antes que, pasado el periodo mínimo, se quitan de en medio. En AM eso no puede hacerlo nadie.

—Salvo Nadeche Hackenbusch.

—Pero eso puede decirlo usted también en cuanto a las noticias. Un reportero puede volver a su casa en todo momento. Eso no hace más inocentes las guerras sobre las que informa. No, las personas sobre las que informa Nadeche Hackenbusch no tienen alternativa. Estaban ayer en el campo, están hoy y estarán mañana.

—Los reporteros no tienen ligues sobre el terreno.

Justo. Eso tenía que llegar, ésa es la pregunta crítica por excelencia. Kasewalk ha de hacer esa pregunta para poder decir a su jefe que están sacando a la luz información de fondo y no sólo ofreciendo una grandiosa plataforma a Sensenbrink. Y Sensenbrink sabe también lo que conviene porque es un puto profesional de primera. Ahora hay que armar un poco de jaleo, así Kasewalk también estará contento. Inclina silenciosamente hacia atrás la butaca y pone los pies sobre la mesa. Una vez vio en HBO cómo hacía eso alguien durante una entrevista.

—Bueno, permítame la pregunta: ¿de qué están culpando a la señora Hackenbusch?

—No culpamos de nada.

—Entonces debería preguntar de otro modo.

—Vale: algunas escenas de AM-Special podrían interpretarse de manera que la relación entre la señora Hackenbusch y su colaborador no se limita a lo estrictamente profesional.



—¿En qué escenas está pensando?

—El episodio «Fin de mes». Esa familia que no tiene absolutamente nada...

—... y que tampoco recibe nada. Es lo normal en ese campo, ésa es la realidad cuando la vida está racionada. El ciclo funciona de manera que los primeros cinco días todos tienen comida. Los cinco días siguientes se hacen visitas a amigos, para ahorrar una comida. Y luego vienen los cinco días en los que todos pasan hambre. La señora Hackenbusch no sabía nada de eso, como tampoco nadie de su equipo y ni siquiera yo. Y eso, cuando se ve y se vive en la realidad, lo deja a uno bastante tocado. Que hasta una fuerte personalidad como la señora Hackenbusch tenga que buscar apoyo en un ser que la comprenda me parece normal.

—También podría haber buscado apoyo en el equipo de operadores. Pero a quien elige es a Lionel.

—¿Hemos de discutir ahora realmente cuándo y en quién se apoya la señora Hackenbusch? Si eso pone algo de manifiesto es profesionalidad: el operador de cámara no puede permitir que las imágenes le salgan movidas.

—O la secuencia con el agua sucia... O cómo el niño muere de fiebre.

—Ya sé a qué se refiere. Esas pequeñas escenas en las que la señora Hackenbusch busca la mano de Lionel, o su hombro. Desde la perspectiva de la cadena, se lo digo con toda sinceridad, para nosotros, esas escenas no se pagan con oro. No sólo para nosotros, sino para cualquier otra cadena. Y, sin embargo, ni las pedimos ni las preparamos. Pero también está claro, por supuesto que, si me las dan, no soy tan idiota como para eliminarlas.

—Porque es más carne en la sopa.

—Pues claro. El espectador está aún más cerca. Y ya que usted lo menciona: eso vale también para la relación entre ambos. Lo que hay entre la señora Hackenbusch y Lionel, yo no puedo decírselo; eso tiene que preguntárselo usted a ellos dos. Pero lo que quiera que suceda es auténtico. Nosotros no escribimos nada, ni siquiera sabemos lo que allí ocurre en lo emocional.

—¿No sabe usted lo que ocurre en su propio programa?

—Justamente. Y la responsabilidad de que funcione esa tensa relación la tomo yo de mil amores. Pues una cosa así puede usted hacerla *sólo* con Nadeche

Hackenbusch. Eso se ve también en sus preguntas.

—¿De dónde saca usted eso?

—Porque si fuera otra persona, usted no preguntaría. Periodistas como Geissen, Wollny, Katzenberger: a usted no le interesaría saber si lo que ocurre en la emisión es real o no. Con Nadeche es distinto: porque ha hecho mucho en televisión, en efecto, pero nunca ha llegado al punto de comercializar su vida privada. ¿O cree usted que la señora Hackenbusch está haciendo teatro para la nación? ¿Una mujer casada con dos hijos?

—Es difícil de imaginar...

—Pues ya lo ve.

—¿Hasta qué punto es Lionel importante para el éxito?

Sensenbrink nota cómo se relaja, cómo la espalda se deja caer contra el respaldo de la butaca. Si en esa entrevista había un asunto espinoso que superar, ya está superado. Sin embargo, no se siente mejor.

—Su pregunta muestra también que es esencial.

—¿Es cierto que lo eligió usted mismo?

—Es cierto.

Tarda un momento en notar a qué se debe. Ahora vienen preguntas sin importancia.

—¿Y que tampoco a él le preparan un guion?

—Nada de guion.

—¿Tampoco frases como «Por la noche el sol brilla en otra parte»? ¿O «Nadie sabe por qué se rasca el mono»?

—Fantástico ¿no? Eso le sale al chico así, sin más. Los clips con sus frases son los más cliquados de nuestra página web. Los niños hacen memes con ellas. Ayer mismo vi a una pareja jovencita; él llevaba puesta una camiseta con «Si bosteza el león, el ñu se va a la cama». Y ella: «El corazón late a escondidas».

—«El corazón late a escondidas», «Por la noche el sol brilla en otra parte»: ¿sabe lo que todo eso quiere decir?

—No siempre. Pero es esa mezcla singular de energía y reflexión la que desde luego le va de maravilla a alguien como Nadeche Hackenbusch, que hasta ahora (y no digo evidentemente nada nuevo) no era tan conocida por su capacidad

reflexiva. Usted puede tratar de encontrar mediante un casting *ad hoc* a una persona así, pero en noventa y nueve casos de cien fracasará. Lionel es un fabuloso golpe de suerte para cualquier productor.

Las frases amables. Preguntas planteadas de manera que Sensenbrink pueda colocar todo lo que quiere colocar. Muestran que el momento culminante de la entrevista ha pasado. Sensenbrink siente algo semejante al dolor de la despedida. La gran importancia, la gran atención disminuye ahora. Sí, claro, mañana lo publican, lo verá más gente, para prácticamente todo el mundo, salvo para Kasewalk y para él, la totalidad de la conversación tendrá lugar mañana. Llamarán por teléfono a Sensenbrink o le enviarán un correo: «¡Superentrevista en el *Süddeutsche!*!». Aun así. Es como las vacaciones de verano, cuando se acerca el final y ya se divisa el primer día de clase.

—¿Cómo terminará la temporada? —pregunta Kasewalk. Como si supiera leer el pensamiento—. El final no lo puede improvisar, ahí tiene usted que haber planificado algo.

Sensenbrink siente que surge en él un rencor completamente ilógico. Contra Kasewalk, cosa curiosa. Tarda un poco en dar con la causa, sin duda por ser tan absurda: tiene envidia de Kasewalk. Le indigna que Kasewalk mañana siga teniendo vacaciones. Entrevistará a cualquier otra persona y al día siguiente a otra y así sucesivamente. Kasewalk siempre tendrá su lugar en el *Süddeutsche*.

—Eso no puedo revelárselo —dice Sensenbrink—. Como es natural, tratamos de redondear el formato, pero también vemos que habrá que hacer concesiones. Un campo de refugiados no es una residencia de vacaciones, ahí no se puede dejar todo limpio y en orden antes de volver a casa. Así es cuando se filma la vida auténtica. Me temo que habrá que dejar al espectador un poco insatisfecho. Insatisfecho o, tal vez sería más apropiado decir, curioso por saber cómo será la próxima temporada de *Ángel en la miseria*. La nueva entrega arranca en noviembre.

—Hermosas palabras finales —dice Kasewalk.

—¿Verdad?

Se despiden y, luego, ha pasado. De momento, se consuela Sensenbrink, de momento. Si todo sigue un poco en la dirección correcta, ¿quién sabe dónde

puede terminar?

El secretario de Estado aparca su coche en el garaje subterráneo. Sabe que Tommy le espera arriba. Tendría que alegrarse, está muy bien que alarguen el fin de semana con el viernes. Todo ha salido bien, aunque hoy tenían una reunión extraordinaria en el ministerio. Y, sin embargo, no se ha quedado más tiempo del habitual. Debería alegrarse y saltar del coche feliz y ansioso, debería arrancarse la corbata ya por el camino y quitarse el macizo reloj para ahorrar valiosos segundos. Pero en lugar de eso, sigue sentado en su vehículo, ha apagado el motor y, ensimismado, deja puesto el intermitente: izquierda, derecha, izquierda.

Derecha.

Ni siquiera puede quejarse de la reunión. Dirigida con energía y con método. Ha estado en suficientes reuniones para saber que no es siempre así. Lohm le habla de sesiones interminables, miserablemente preparadas, sin resultados, sesiones en las que unos tienen miedo de dar informaciones, y otros tienen miedo de tomar decisiones, y en medio están quienes no tienen idea de nada y por eso ningún miedo de abrir la boca y de escucharse interminablemente a sí mismos, sin soltar otra cosa que palabras de una necedad infinita. Algo así no se da en el ministerio de Leubl.

Izquierda.

Ha convocado a los departamentos de Seguridad Pública, Migración, Gestión de Crisis y a la Policía Federal, más o menos todo lo que tiene que ver con refugiados y seguridad nacional. Ha transmitido la impaciencia del ministro, también puede decirse: ha dado una reprimenda a la asamblea y dejado muy claro que él y sólo él es la mano derecha de Leubl.

No hay motivo alguno para permanecer sentado y estrangular con el puño el volante.

Derecha.

—No hay que perder de vista el asunto —ha dicho él—. Es decir, cuando aquí hayan comprendido todos por fin que hay un asunto que no debe perderse de vista.

—Es posible, pero no deberíamos exagerar. Áreas de actividad tenemos más que de sobra.

Eso ha venido de Gödeke, claro. Los papeles se reparten por sí solos, y aunque en la sala el aire está tan cargado que puede cortarse, es sobre todo la Policía Federal, en aras de la protección de sus limitadas fuerzas, la que se atreve a salir a terreno descubierto.

—Si estamos alerta, quizá no llegue a convertirse en otro ámbito de actividad. Tampoco digo que vaya a pasar algo. Pero hay varios escenarios posibles y puede convertirse en la mayor fuente de preocupaciones que tengamos aquí. Insisto: si estamos alerta. Y ahora, de modo consciente, no he planteado aquí la cuestión de por qué hasta ahora nadie ha puesto el tema sobre la mesa.

—Porque es una porquería de programa televisivo. Un programa basura en una cadena basura.

Siempre hay uno que agarra el cebo. En este caso, el doctor Berthold, jefe del Departamento de Seguridad Pública. Sesenta y cuatro años, normalmente persona discreta y digna de confianza, pero visiblemente sin muchas ganas de que ahora, cuando está a punto de jubilarse, le dé lecciones un hombre en la treintena.

—Vale. Es un programa basura en una cadena basura. ¿Y por eso es inofensivo?

—Dios mío, yo qué sé. Pero ¿es por eso inmediatamente peligroso? Yo no puedo hablar aquí en nombre de los compañeros, pero con toda seguridad no soy el único que dice que un poco de serenidad no nos vendría mal. ¿Qué va a pasar?

—Bueno, el caso más banal sería que ellos empezaran a querer traerse a Alemania a sus maravillosos refugiados con cuerpos de modelo.

El comentario no le hizo perder la tranquilidad a Berthold:

—Eso no puede ocurrir.

Y el doctor Kalb, del Departamento de Migración, asintió como persona competente en la materia:

—El derecho de asilo vale también para la televisión.

A veces es sencillísimo, piensa el secretario de Estado; sólo hace falta apuntarles con la navaja abierta.

Derecha. Izquierda.

—Bueno, muy bien —ha dicho él—, entonces estamos legalmente fuera de peligro. ¿Y qué hacemos si un millón de televidentes sufren con ese refugiado-modelo? ¿Durante semanas? ¿Ha de plantarse entonces el ministro y decir que legalmente no hay ninguna diferencia?

Berthold ha murmurado algo en voz muy baja pero que sonaba a «y, sin embargo, así es». Pero sin duda alguna todos los de la mesa han visto de golpe y con claridad la dimensión del asunto.

—Señores, no es un equipo informativo el que ha viajado hasta allá abajo —ha empezado a decir el secretario de Estado—. No son periodistas, que saben cómo se informa con relativa neutralidad y que por lo demás no se meten en nada. Es un equipo de idiotas que suelen hacer programas del tipo *Se busca suegra*.

En ese momento ha visto los primeros semblantes preocupados y ha echado más leña al fuego.

—Tampoco están en ninguna selva virgen previamente preparada por la televisión, con enchufes para el campamento de la jungla. Ahora están en el mundo real.

Ha sido bueno observar cómo la jauría iba poco a poco husmeando la presa, el primero de todos Gödeke:

—¿Tiene usted miedo de que alguien la tome como rehén?

—Vaya, no suena ya tan inofensivo, ¿no? Pero ésa es sólo una posibilidad. El principal problema es que nadie sabe lo que va a salir de ahí, ni siquiera la gente de la televisión. Piensan que es como en la jungla de la televisión, piensan que lo tienen todo bajo control. Sin embargo, hace mucho tiempo que no tienen nada bajo control: porque en la vida real también les puede ocurrir algo bien distinto. Y en cuanto el público lo premie con una cuota de pantalla...

—... se traen a treinta modelos con sus familias y sus amigos —ha intervenido Kaspers, de Gestión de Crisis, levantándose de un salto.

—... y dos o tres millones de espectadores presionan detrás...

—Es cierto. Conozco a dos o tres tipos de la televisión. En efecto, todos piensan: «Pero si no va a pasar nada».

Desde ese momento, la reunión ha marchado por sí sola. Él sólo ha tenido que reagruparlos.

—Bienvenidos al presente. Si ahora todos tienen clara la situación, podemos pasar también a las cosas positivas. La buena noticia: no tiene que ser un problema —ha vuelto al asunto el secretario de Estado calmando los ánimos—, aunque puede convertirse en uno rápidamente.

Izquierda.

Realmente no puede quejarse. Ni siquiera ha tenido que recurrir al ministro, no ha tenido que decir una frase del género «el ministro Leubl desea...». Él, simplemente, se ha limitado a dar órdenes.

—Lo más importante ahora es conseguir información. Tenemos que saber todo lo posible sobre el equipo. Para que al menos estemos un poco preparados.

Derecha.

—Luego decidimos a quién nos dirigimos. Hablaremos con sus jefes. Con cada uno hablará uno de nosotros y uno del Ministerio de Exteriores. Con amabilidad, con mucha precaución.

—Los sensibilizamos para que no provoquen ninguna situación tonta.

—Les recordamos su conciencia de ciudadanos para que no se lamenten por la censura.

—Correcto. Porque también es en su propio interés.

—Que presten atención sobre todo a Hackenbusch. Porque ella sola ya es tan tonta que suelta gruñidos —ha comentado Berthold con malignidad—. Dice tranquilamente: «Ha de hacernos usted una visita, tenemos un hotelito precioso a orillas del lago de Starnberg». —Al citarla, ha imitado los movimientos de cabeza de Hackenbusch. Y bastante bien. Nunca habría creído a Bertxhold capaz de eso.

—La línea general: que continúen haciendo sus cosas, nosotros no estamos preocupados en absoluto. Pero en su propio interés, que procuren marcharse pronto.



Luego ha puesto fin a la reunión y se ha ido al despacho de Leubl.

Izquierda.

Derecha.

Izquierda.

Ha informado brevemente a Leubl, quien lo ha escuchado mirándolo por encima de sus gafas de leer.

—Bien —ha dicho Leubl—, bien. Quizá volvamos a tenerlo bajo control.

Leubl se ha acomodado en el sillón.

—Lo cual nos lleva al último punto: ¿cómo ha podido escapársele eso?

Derecha.

—Yo... yo no lo tenía en el radar.

Leubl se ha quitado las gafas de leer.

—Usted lo tenía en el radar. No se enteró por mí de esa emisión. Sólo que usted no sabía en qué podía convertirse eso. Pero ¿por qué?

—¿Que por qué? La verdad, no entiendo la pregunta. Simplemente se me escapó.

Izquierda.

—Refugiados. Televisión. Gente famosa. Están todos los ingredientes para una catástrofe. ¿Cómo no vio el peligro?

Derechaizquierdaderecha.

Leubl tiene razón. ¿Por qué no lo vio?

Izquierdaderechaizquierda.

—Probablemente estaba distraído.

—Exacto. Estaba distraído porque usted es gay.

—¿Cómo?

Su dedo tira ahora de la palanca de las luces. La pared del garaje subterráneo se ilumina vivamente.

—Voy a decirle cómo ha ocurrido. Alguien le habló de ese programa, y usted pensó que se lo contaba sólo porque Hackenbusch es una tipa que gusta a los gais. Y con ello el asunto estaba concluido para usted.

Sus dedos tiran de la palanca de las luces como si pudiera perforar la pared con los faros del coche.

—Pero...

—Usted sabe que yo no le echo en cara que sea gay. Y para que lo entienda bien: no hay que ser gay para que le ocurra eso a uno. Puede pasarle porque bebe o porque juega o porque toma cocaína o porque engaña a su mujer. Puede pasarle siempre que determinadas cosas le afecten más de lo habitual. Siempre que esas cosas le hagan apartar la vista de lo que realmente está ocurriendo.

—Pensaré en ello.

—Pensar en ello no significa nada. Es una señal de que usted tiene que decidirse.

El secretario de Estado ha dirigido a Leubl una mirada interrogativa. Si fuera cualquier otro, habría supuesto que estaba conminándole a ser heterosexual. O a renunciar al cargo. Pero en Leubl eso era impensable.

—Usted hace siempre como si le diera igual que alguien sea gay o no, y sobre todo que usted mismo sea gay. Pero no le da igual.

—¡No puede darme igual!

Leubl ha asentido:

—No tiene que darle igual. En el partido, algo así hasta le sirve de ayuda. Se ve cómo maneja usted eso, algo que puede provocar reacciones de enfado o celebración. Eso le convierte en un político más humano. Pero al mismo tiempo le convierte en un peor ministro. Hay ministros que siempre piensan en su partido, en su distrito electoral, sus temores, sus puntos flacos y el modo como los esconden o los exponen públicamente. Tienen en cuenta tantas cosas que se convierten en malos ministros. Un buen ministro es ministro y nada más.

Leubl echa mano de la carpeta siguiente. Su discurso está terminando.

—Es usted quien ha de decidir qué clase de ministro quiere ser.

El secretario de Estado suelta la palanca de las luces y abre con el codo la puerta. Se apea, cierra de golpe la puerta del coche y va al ascensor, que le lleva a su piso. Abre la puerta. El piso está oscuro, a excepción de una vela de té que centellea en el suelo.

Cuelga la llave en el gancho de la pared y da un paso hacia el interior de la vivienda. Ve otra velita de té. Y una tercera, que lleva a muchas otras en dirección al dormitorio.

No tiene ganas. Se siente como si hubiera perdido un partido, una final. No ha hecho nada peor que los demás, pero su misión tendría que haber sido marchar delante del equipo. No ha obrado como un líder, sino como uno del montón. Y Leubl tiene razón: no le da igual. Algunas personas han de ser mejores que otras. Si eres negro, o mujer, o minusválido o gay. Y si no eres mejor que otros, ¿puedes seguir permitiéndote ser gay?

En el despacho de Leubl, el secretario de Estado se ha dirigido hacia la puerta. Ya tenía la mano en el picaporte cuando se ha dado la vuelta.

—¿Señor Leubl?

Leubl lo ha mirado enarcando las cejas con gesto interrogativo.

—¿Sí?

—¿Le ha pasado a usted ya alguna vez?

Relajado otra vez, Leubl ha mirado sus papeles.

—No. Yo no soy gay.

Se ha tomado un momento hasta que ha vuelto a mirar por encima de las gafas de leer. Ha puesto una mirada inocente.

—Digámoslo así: he decidido que mi prioridad es ser un buen ministro.

—Ya le ha pasado alguna vez.

—Sí. Le pasa a todo el mundo. Pero para cuando di con la respuesta, mi matrimonio estaba a un pelo de irse a hacer gárgaras. Así que no se demore.

El secretario de Estado mira las lucecitas de té que llevan al dormitorio.

Descuelga las llaves del gancho y se marcha.

Ahí ocurre algo. O pronto va a ocurrir algo, una de dos. Ella lo sabía, desde el primer momento, tiene un olfato para eso, cómo mira Nadeche, cómo mira él, que nadie pretenda engañarla. Por lo menos, un consuelo por todo lo que ha tenido que aguantar en los últimos tiempos. Realmente, Astrid von Roëll a veces no sabe si va a poder con todo. Hoy, por ejemplo, debe escribir otra vez algo. Y una se pregunta en qué piensan verdaderamente los de la redacción, allá en Alemania.

—Dime, ¿te gustaría también tomar un té verde? —pregunta a la becaria, que, con un tapón en el oído, ante el monitor, a su lado, repasa el material no editado de los últimos días.

—¿Cómo?

La becaria está sentada a la misma mesa, en una tienda. Tres débiles tubitos luminosos y uno tembloroso dan a la habitación la comfortable atmósfera de un paso subterráneo poco utilizado. Dos ventiladores oscilantes se encargan de repartir equitativamente el calor y el aire viciado. Y en cuanto se acerca su golpe de aire, uno se siente como si le tosiera en la cara una mujer muy vieja. Trabajan tres en una mesa y cuando uno sale del cuarto, al momento se sienta otro en el sitio libre.

—¡Qué daría yo ahora por un té verde! —dice Astrid von Roëll poniéndose de pie. Va al pequeño hervidor de agua, coge la jarra metálica de paredes recubiertas de cal y vierte en ella agua de un recipiente que todavía no puede contemplar sino con escepticismo.

Agua que no sale de una cañería.

Que está días y días en el mismo depósito.

Limpia, naturalmente, claro, eso está garantizado. Tan limpia, por lo menos, como la de los lugares oficiales donde se aprovisionan de agua todos los

refugiados. Y desde luego mucho más limpia que la de los surtidores no oficiales; no se puede ni comparar. Lo que ha visto en éstos, de todos modos, nadie lo creería. Un día sale turbia, al siguiente de color cobrizo, a veces pálida como agua arenosa: eso es *completamente* inadmisibile. ¿Qué van a hacer con ella? Beberla, imposible; todo lo que se lava en esa agua acaba más sucio aún, la ropa y una misma. Y a pesar de todo la gente hace cola delante, horas y horas.

El agua está tibia otra vez. La deja correr. No tiene un aspecto tan malo. Lo único que hay que hacer es no imaginarse que está el día entero en ese gigantesco recipiente metálico, con todas esas partículas flotantes y demás.

No debe una quejarse, pero poco a poco va dando asco esa agua siempre tibia. Cuando se quiere algo frío, hay que sacar una coca-cola de la nevera, pero ni siquiera es *light*, rebosa azúcar y además todos te miran cuando coges una. Que si hay que meter otra, que si se la bebe una demasiado deprisa, que por qué una quiere bebidas frías. O por qué coge ahora el agua buena...

—¡Ehhh! ¡Así no sale más fría! —Grande de nuevo.

Miss Guardiania del agua: ¡cómo le ataca los nervios esa...! Astrid von Roëll vuelve la cabeza hacia otro lado, la mirada hacia arriba, y, resignada a la voluntad divina, cierra el grifo.

—¡Oye, por favor, vigila un poco lo que haces! —dice Grande, furiosa, a la becaria.

—*Sorry*, estaba con la cabeza en otro sitio.

—¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo? Tienen que suministrarnos el agua por cuenta de la cadena. No puedo rebasar constantemente el presupuesto sólo porque para la señora Von Roëll el agua no está lo bastante fría.

Y ésa es otra. Hace dos semanas, Grande no se habría atrevido a eso. Entonces estaban todos encantados de haber conseguido a *EVANGELINE* como socio colaborador. Entonces le habrían llevado las bebidas a la temperatura deseada. Nadie rechistaba cuando ella usaba el agua potable de las botellas de plástico entonces, cuando aún había té verde. Pero desde que la emisión impactó como una bomba, hay reportajes continuos, en todos los magacines, periódicos, en los medios sociales. Quien se lo puede permitir —y son una cantidad asombrosa de medios— está también ahí, en la tienda. Ahora Astrid von Roëll

ha de luchar con uñas y dientes contra la impresión de que ella es una entre muchos. El *STERN* ha enviado un corresponsal, el *BILD*, por supuesto, y ahora también el *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, ese producto dominical del que se echa mano, cuando el *Frankfurter Allgemeine* se digna informar sobre cosas que también interesan a la gente normal. Y enseguida algún imbécil ha dado en la idea absurda, allí, en la patria, de que, al ser la emisión diaria, Astrid von Roëll también podría escribir más. Para la edición online. Probablemente Lou Grant, ese intrigante cubo de fermentación. Ella se imagina muy bien cómo él, en plena reunión, se reclina en el asiento y con su voz nasal dice: «Me gustaría leer sobre eso más a menudo». Y, sin embargo, está completamente segura de que él mira la página web de *EVANGELINE* tan raramente como cualquier otro.

El vice le transmitió la alegre nueva por el teléfono móvil.

Y ella, al principio, todavía muy dispuesta a ayudar:

—Yo no sé si aquí tienen sitio aún.

Y el vicepapanatas:

—¿Cómo?

—Porque no tenemos mucho sitio y eso. Y estamos hablando de Sibylle o de Sonja. Tendrían que dormir en algún sitio.

—¿Cómo es que estamos hablando de la señora Bessemer o de la señora Laienfeldt?

—¿Quién si no va a escribir eso?

En ese momento no se le ocurre una respuesta. Y luego dice, completamente a lo tonto:

—Hummm. Difícil. Ya veremos: ¿Y si fuera... usted?

—¿Cómo? No quiero decir nada, pero yo aquí, entre las sesiones de fotos y la investigación, tengo realmente mucho que hacer, y...

—Mire, en un campo de más de dos millones de personas, cada día pasa algo nuevo, ya de por sí, y usted, sin duda alguna, podrá escribir algo al respecto, unas cien líneas o así.

—Ah, bueno, *okay*, eso sí es posible. Pensaba que se refería a diario.

Entonces, probablemente, comprendió él qué clase de locura le estaba

pidiendo. Pero, algo típicamente masculino: son incapaces de admitir un error. Testarudos como son, siguen por el camino equivocado hasta el amargo final. De verdad, tardó más de un minuto en hallar una respuesta, y ésa era igual de tonta que la primera. En el fondo, más tonta aún.

—¡Sí, a diario, *evidentemente!*

—Pero yo no soy una máquina de escribir.

—¡Usted es periodista! ¿Ha echado alguna vez una ojeada a un periódico diario? ¡Allí también hay algo cada día!

Y eso, entonces, sí que la dejó sin habla. Y él, claro, volvió al momento a la carga; en eso, los hombres son mejores que en ninguna otra cosa, presienten debilidad a ocho mil kilómetros de distancia y por teléfono:

—¿En serio me va a hacer ir por la casa diciendo que una de las mejores autoras de *EVANGELINE* no logra llevar a cabo lo que consigue un redactor de cualquier gacetilla de tres al cuarto?

¡Qué impertinencia! ¡Qué desvergüenza la de ese majadero!

Y luego: «Una de las mejores autoras». Claro que es una de las mejores, eso ni se discute. Pero el problema de *EVANGELINE* es que, aparte de ella, sólo trabajan ineptos. Sonja y Sibylle sólo son buena gente y bastante útiles para el día a día. Pero, al fin y al cabo, el equipo al completo no es sino un montón de disléxicos remunerados por encima de lo que merecen.

Y aunque Astrid von Roëll no es de las que se quejan todo el tiempo, aunque Astrid von Roëll no mira continuamente el reloj cuando trabaja y a menudo se queda más tiempo que los demás, aunque los artículos de Astrid von Roëll son de los más leídos de toda la revista y, sin embargo, no se toma tan a pecho que siempre le entreguen el nuevo móvil de trabajo más tarde que a varios de sus compañeros que hacen mucho menos por la revista, pese a todo ello, en este caso especial preguntó de nuevo al director. Porque para ella se trataba del asunto en sí.

—¡Y de la calidad!

—*Sorry* —dice la becaria—. Estaba distraída. ¿Qué pasa con la calidad?

—Decía que se trataba de la calidad —repite Astrid von Roëll con énfasis.

—¿Pasa algo con el café?

—¡No! ¡Estoy hablando de periodismo! ¡Periodismo de calidad!

El agua hierve y la vierte sobre el horrendo café soluble. En Alemania, en la redacción, cuentan con café expreso de cápsula y una puede hacerse con él lo que quiera: capuchino, *latte macchiato*, todo. Una pena que no lo tengan aquí. Aunque todo debería estar allí y directamente delante de la puerta: el café crece en África y alguien le ha dicho que el aluminio para las cápsulas también proviene de ahí. Se podrían ahorrar todo el follón del transporte. Pero son regiones en crisis, tienen de todo en abundancia y, sin embargo, no pueden sacar el menor provecho de ello; es como aquel viejo griego, que está debajo del árbol frutal y no recoge nada. Syphonos.

—¡Es imposible que la misma persona escriba cada día cien líneas. ¡Cien! ¡Cada día! ¿Cómo va a ser posible eso?

—No sé —dice la becaria—. Me he suscrito a dos blogs en el móvil y éstos lo consiguen de alguna manera.

—Claro. Blogs. Autoexplotación.

—Y en el *Spiegel Online* se lo están pensando también, me han dicho. Si no, sólo queda el campamento de la jungla.

Astrid von Roëll se instala con su taza en el duro asiento. Justo. *Spiegel Online*. Se ven con toda comodidad lo que emite la tele y luego lo critican a más y mejor. Probablemente, pues ella no puede leer todo lo que se publica.

—Tú no has escrito aún nada por tu cuenta, ¿no? —pregunta con frialdad.

—Un *paper* de vez en cuando o algo por el estilo.

—Eso es algo muy distinto —explica Astrid von Roëll, y añade en tono claramente más amable—: Pero eres joven aún. El buen periodismo necesita tiempo, eso es así. Los de Condé Nast sólo se ríen cuando ven de lo que disponemos. Saben que el buen periodismo tiene su precio. Ésos llegarían con dos fotógrafos, con cuatro o cinco personas para la investigación y con otras dos para el texto. ¿Y qué hacemos nosotros?

El director se rindió al momento, claro. Pero no ante ella, sino ante su segundo de a bordo. Ese tío sin cojones. Con Nadeche nunca se habrían atrevido, piensa. «“No se puede” no es una opción», diría Nadeche. Formarían por cierto



un buen equipo: Nadeche Hackenbusch y Astrid von Roëll, la primera doble dirección femenina en prensa del corazón con grado de excelencia.

—Menuda suerte que tienen con que yo sepa hacer ambas cosas: investigar y escribir.

La becaria asiente; en sus ojos brilla amable gratitud por ese saber de entre bastidores sobre la realidad mediática. Por otra parte, vuelve la mirada a su monitor un poco con demasiada rapidez, en cualquier caso para el gusto de Astrid von Roëll. ¿Y puede ser que ahora tenga incluso dos tapones en los oídos?

En efecto. *Bitch*.

Todo por ese tío. Pero ella lo notó enseguida, que tenía algo especial. Es desde luego asombroso cómo lo encontraron. Ni siquiera tiene tan buena presencia, al menos a primera vista. Pero tiene una manera tan sorprendente de decir las cosas. Y su trato con las mujeres, eso ya es..., o sea, incluso ella misma tiene una sensación extraña. Tiene un estilo respetuoso, pero no servil, no como esos tipos estándar que comprenden a las mujeres.

Una vez lo retuvo para ella sola durante media hora, lo que ya fue difícilísimo; muy al principio, cuando los de la televisión aún no lo habían blindado del todo. Y la impresión que le provocó fue asombrosa una vez que ella se acostumbró a su inglés, lo que le llevó un poco, claro, porque su propio inglés también estaba un tanto oxidado; para los idiomas ella nunca fue muy allá, pero a pesar de eso lo entendió todo muy bien.

Porque sólo con el corazón se escucha bien.

Él es de una ciudad, no es importante ahora saber de cuál, eso se puede preguntar en otra ocasión, y sus padres eran allí profesores de inglés, lo que, evidentemente, fue una suerte para él. Entonces estalló la guerra civil, o puede que fuera una contienda entre tribus, eso que lo compruebe la redacción final, y sus padres murieron después; no los mataron, es probable en cualquier caso que no los mataran, pero entonces, seguramente durante la huida o después de la huida, agotamiento, nostalgia, esas cosas lo rompen a uno también en lo emocional. Luego él hizo algo relacionado con coches, y quiso estudiar en la universidad o hasta llegó a empezar una carrera (¡allí por lo visto hay incluso una universidad!), también algo relacionado con coches o máquinas, pero

continuamente había esos disturbios, y luego tuvo que ir al servicio militar; bueno, en resumen, uno de tantos dramas de refugiados, tampoco hay que presentarlo con demasiada prolijidad. Eso que lo hagan esos aficionados con sus blogs, pero ella es una profesional y su trabajo consiste en concentrarse en lo esencial: ¿cómo ha sido, cómo es el trabajo con Nadeche Hackenbusch?

—¡Oh! —Él sonrió enseguida—. ¡Malaika!

Astrid von Roëll respira hondo. Ahora se pondrá a ello y lo llevará a término. Cien líneas. Pero ya notarán que eso influye en la calidad. Escribirá sobre cualquier bobada. Sobre el tiempo, lo que sea. No debe ser demasiado bueno, si no, en adelante lo querrán siempre así. Y hay que ver enseguida la diferencia con la siguiente edición impresa: en la edición impresa les presentará esa historia de tal manera que forzosamente tendrán miedo de que Condé Nast se la birle.

—El material es realmente bueno —dice Sensenbrink—, no lo habría pensado. ¿Lo habría pensado usted?

Está sentado en la sala de montaje y mira las grabaciones del último día. Es decir: las grabaciones seleccionadas del último día, porque de África llegan inmensas cantidades de material de emisión.

—No, yo también estoy agradablemente sorprendida —dice Beate Karstleiter.

Se ve a Nadeche Hackenbusch y al hombre león preparando la cena con una familia. Es banal, en el fondo, y sin embargo fascinante, porque prácticamente no hay nada que ver. No hay cocina, hay un hogar delante de la casa. No hay hortalizas, no hay fruta, no hay nada, tampoco se guisa propiamente, porque no hay nada que pueda guisarse. Tienen los ingredientes que recibe un refugiado: alubias, aceite, azúcar, sal, agua. No hay condimentos en un campo en el que dos millones de personas hace años que renunciaron a buscar variación en la cocina. Las escenas son deprimentes y familiares al mismo tiempo, ni siquiera el *Weltspiegel*, de la primera cadena, volvería a emitir las otra vez, pero Nadeche Hackenbusch y el hombre león hacen que surtan ese efecto.

Ahora, traduce el hombre león al inglés, la refugiada de edad indefinible les revelará su fórmula secreta para la preparación. Eso ya es por lo pronto un buen punto de partida, porque Nadeche Hackenbusch, y con ella el espectador, ni con la mejor voluntad podrían hacer con esos ingredientes otra cosa que un puré insípido. Se ve el escepticismo en los ojos de Nadeche Hackenbusch, el mismo escepticismo que se ve en esos culebrones documentales en que la madre burguesa del intercambio de mujeres quiere que coman pescado los niños de clase baja. Pero a diferencia de los niños de clase baja, dirigidos por el guion, Nadeche Hackenbusch quiere ser amable, lo único es que si lo es demasiado no puede dar crédito a esa promesa. Y así se ve en su cara la sincera esperanza,

porque ella, como cualquier otro, cree en la dramaturgia televisiva. En el remedio mágico, en el ingrediente milagroso que da un final feliz a una inminente tragedia, como en las entregas normales de *Ángel en la miseria*, donde en el último segundo el dueño de la papelería les procura a los niños los lápices de colores. La refugiada dice algo. Cierra los ojos, hace unos movimientos rítmicos con la mano, abre los ojos y, con una mirada trascendente, echa un poco de azúcar en la olla. Nadeche Hackenbusch observa con interés. Se ve directamente cómo busca lo singular en la operación y no lo encuentra. Sus ojos se dirigen al hombre león.

—¿Qué hace?

Si uno se fija en sus labios, ve lo que dice: «*What do she?*». Pero en la producción previa ya han puesto encima, a Dios gracias, la voz del traductor. Al principio quisieron trabajar con subtítulos, pero aún no tenían claro cuán absurdo era el inglés de Nadeche Hackenbusch. Así pues, hacen como si sincronizaran la conversación para que el relato sea más rápido, y al mismo tiempo regulan el galimatías original de Nadeche hasta tornarlo casi inaudible y lo envían a un segundo plano.

—Está cantando.

—¿Una canción mágica?

La risa del hombre león. Tan amable, tan amistosa, tan solícita y, sin embargo, tan peculiar que Sensenbrink oye cómo, a su lado, Karstleiter contiene la respiración. Eso no se debe sólo a su voz sincronizada, se oye el tono original. Primero querían regularlo igual que al de Nadeche, pero entonces intervino el propio Sensenbrink.

—No, no una canción mágica, una canción infantil. Dice que hay que cantar la primera estrofa casi hasta el final.

—¿Y luego?

—Luego es el momento adecuado para echar el azúcar.

—¿Y la receta?

—Eso es la receta.

Nadeche Hackenbusch mira sin entender.

—Pero... Eso no es una receta. Cuando hierve el agua, se echa dentro la pasta,

y eso tampoco es una receta. Pregúntale otra vez, por favor.

«*Question her please again*», cree oír Sensenbrink.

El hombre león va a responder, pero cede. «Ya lo hago», da a entender su mano, luego pregunta algo a la mujer. Ella le responde con cierto orgullo, y el rostro de él muestra que la ha entendido correctamente desde el principio.

—Malaika, mira. —Coge de la mano a Nadeche Hackenbusch y Sensenbrink apenas puede creer que Hackenbusch, esa friki rebelde al control y convertida en estrella, lo permita; que se confíe a él; él la acerca algo más a los ingredientes, le enseña la botella de plástico con el aceite indefinible, la caja de alubias cuidadosamente cerrada.

—¡Malaika! Esto es todo lo que hay.

—Lo sé. ¿Y la receta?

—Pero ¿qué te pasa con la receta?

Él se acerca despacio a la refugiada, le quita de la mano, disculpándose, la cuchara de madera, remueve el interior de la olla y luego se detiene.

—¿Quieres una nueva receta? Te enseño una nueva receta.

Y entonces remueve en dirección contraria.

—El tipo es impagable —murmura Sensenbrink, luego se vuelve a Beate Karstleiter, que se está poniendo de nuevo las gafas—. ¡Os lo dije enseguida! ¿Ha visto usted cómo trata a Hackenbusch? Es cera en sus manos.

Karstleiter tose ligeramente y asiente.

—¿Siguen enviando tanto material? —pregunta Sensenbrink.

—Sí, pero no importa. Han llamado antes otra vez del despacho del jefe. Quieren dar quince minutos más a la emisión.

—¡Pero bueno, pero bueno! ¿Es que tienen ahora semanas de instrucción pública?

—No, es que si no, no consiguen meter la publicidad. No quieren que al final esto parezca una emisión de publicidad continua con algunos anuncios de refugiados. Yo misma estoy completamente asombrada. No siempre son tan sensibles.

Sensenbrink junta las manos en el regazo y, pensativo, se golpea las yemas de los pulgares una contra otra:

—Es bastante extraño. Porque, en el fondo, no ocurre nada en el programa. Salvo en la entrega del pánico de masas.

—Por eso tampoco les diría que se moderen en el rodaje. Algo así sólo se consigue si la cámara funciona sin interrupción.

—Y nuestro hombre león saca además a la niña de debajo de la valla. —Sensenbrink sacude asombrado la cabeza—. Si escribes eso en un guion, no se lo cree nadie.

—Ya nos han llegado las primeras cartas de amor.

—¿Qué?

—Bueno, no a carretadas, pero una o dos cada día.

—¿Auténticas cartas?

Beate Karstleiter abre mucho los ojos y asiente. Sensenbrink echa una ojeada de agradecimiento al monitor.

—No sabía que hoy se siguiera haciendo eso.

—También nos asombra a nosotros. Algunas son de jovencitas de las que nunca habría pensado que han visto un sello en su vida. Todas son para Lionel.

—¿Lionel?

—Así se llama, por lo visto.

—No —corrige Sensenbrink—. Es el nombre que le hemos dado últimamente. Pero no se llama así.

—¿Seguro? Nadeche le llama también así, y él nunca ha protestado.

—Casualidad, quizá —se extraña Sensenbrink.

—Pero no son solamente cartas de amor. Algunas personas quieren simplemente hacer un donativo.

Sensenbrink despierta de su satisfacción.

—Un momento: no nos metamos en camisas de once varas. No somos Médicos sin Fronteras ni nada semejante. Así que una cuenta para donativos y todo eso, *okey*, les damos el nombre de alguna organización que quiera colaborar. Da muy buena impresión si al final aparece su logo, o algo así. Pero ahora no vamos a poner a Nadeche Hackenbusch repartiendo el dinero allá abajo.

—Ése es el problema. —Beate Karstleiter se vuelve en su silla giratoria tan

directamente hacia Sensenbrink que éste se ve obligado a volverse también hacia ella—. Si esto continúa así, aumentarán esas dificultades.

—¿Dónde están las dificultades? Lo enviamos todo a algunas organizaciones benéficas y se acabó. Mejor aún: nos limitamos a insertar sus direcciones, así no nos consultan a nosotros.

—No se trata sólo de la gente —apunta Karstleiter.

—¿Sino...?

—¿Ha prestado atención a nuestro ángel? No estoy segura de que ésa siga limitándose a hacer un programa televisivo.

—No, está claro que hace más. ¡Eso es lo asombroso! Hace cosas que yo no habría sospechado que llevase dentro.

—Sí, bueno...

—¿Qué significa «sí, bueno»? Me está mirando como si eso fuera estiércol... Pero ¡es oro para la emisión! ¡Una presentadora que por una vez cree en lo que hace!

—Mientras no se convierta en fanatismo, sí.

—Dígame: ¿se trata de algún asunto de mujeres?

A Beate Karstleiter puede decirle eso; ella también puede decirle a veces que «son sus huevos los que mandan en él». Lo que no es verdad, claro.

—Qué estupidez —corta ella en seco—, sólo quiero decir que una sana distancia profesional no es lo peor. Si de pronto está en su especialísima misión, nos puede pasar que se vuelva más una superestrella como Schreinemakers de lo que nos conviene a nosotros.

Sensenbrink guiña los ojos.

—Es raro lo que me está diciendo. Schreinemakers es buena. Schreinemakers es el gordo de la Primitiva. ¿O usted no lo ve así?

—No, no...

—¿O sabe usted algo que yo no sé?

—Sólo quiero que tenga presente algunas reflexiones...

—Pero esas reflexiones no son las tuyas, ¿no?

Karstleiter desvía un momento la mirada, pero sabe que eso es ya una confirmación.

—No, no son las mías. No, en un principio. Pero merecen que se las tenga en cuenta.

—Vale. ¿De dónde provienen nuestras dudas? ¿Sección jurídica? ¿Recursos humanos?

—Ministerio del Interior.

—¿Cómo dice?

—Me ha llamado un funcionario del Ministerio del Interior.

—¿Ha sido una broma telefónica?

—No, en serio, el número coincide.

—¿Y tienen algo en contra de nuestra emisión? ¿Están chalados?

—No, no, ha sido muy educado, que por Dios, que no pensáramos que se trata de una injerencia...

—¡Claro que lo tomo por una injerencia!

—No, creo que se preocupan en serio.

—¿Y por qué?

—Por lo que he entendido, tienen miedo de que Hackenbusch o todo el equipo de allá abajo pierda la cabeza y ante las cámaras se traiga a Alemania a un centenar de refugiados para los que el Ministerio del Interior no puede encontrar acomodo. Y que entonces empiece de nuevo todo el jaleo de los refugiados que sólo ahora, y con mucho esfuerzo, han logrado poner bajo control.

—Pero eso no tiene por qué preocuparnos. No es asunto nuestro que ellos no hagan o no hayan hecho sus deberes. Lo nuestro es la televisión.

—Pero ellos sólo apelan a nuestra responsabilidad como ciudadanos...

Sensenbrink toma impulso y retrocede con la silla dos metros hasta que choca con la nuca contra un estante. No siente en absoluto el dolor.

—Eso es censura por la puerta de atrás. Pero van a enterarse de quién soy yo. ¡No estamos en Radio Baviera!

—Yo, sin embargo, no lo rechazaría todo por completo... —trata de aplacar Karstleiter.

—¿Estoy oyendo bien? No conozco a esos tíos y no tengo la menor idea de lo que pretenden en realidad o de lo que los intranquiliza en realidad. Lo llaman



responsabilidad y, subrepticamente, hacen política de partido, porque la gente del pueblecito de Leubl no quiere extranjeros. Pero por casualidad hay algunas otras cosas que yo sé, en cambio, muy bien: en primer lugar, yo soy responsable de esta sección, de estos empleados, de estos empleos y de esta empresa. Y en segundo lugar: aquí tenemos licencia para imprimir dinero. Y es una licencia políticamente correcta, una licencia impecable, que, de forma excepcional, es útil a todos. Y justamente también a los refugiados. Tenemos también un formato completamente nuevo, único. *Infotainment*, que de verdad aporta información. ¿Qué ocurre? ¿Por qué ocurre? Y estoy plenamente convencido de que asumo mi responsabilidad como ciudadano en considerablemente mayor medida si hago que diez millones de personas vean esos vínculos, esas interacciones en lugar de mirar a un catador profesional como Jumbo Schreiner devorando los escalopes de mayor tamaño.

—Yo sólo quería decirlo...

—Sí, y entonces ¿por qué no me lo dijo? ¿Por qué tengo que enterarme dando rodeos y que mi mano derecha me suelte de pronto lo que le ha sugerido el Ministerio del Interior? ¡Si es que ha sido el Ministerio del Interior!

—Porque a mí me parece que los argumentos no son equivocados. Y porque quiero que usted los escuche y los valore. Porque me imagino muy bien que una llamada así le viene muy a contrapelo.

Sensenbrink se levanta furioso. No le apetece que lo traten como a un mono aullador amaestrado al que sólo hay que decírsele todo con el tono de voz adecuado en el momento adecuado para que al final tome la medida deseada, como el mono agarra el plátano.

—Sí, y supongo que ellos se lo imaginan también así —dice con la mano en el picaporte—. Por eso no me llaman a mí, sino que se sirven de mis colaboradores. Cuando no se indican las fuentes no se llama información, eso se llama manipulación. Si son gente del Ministerio del Interior. También puede ser el Servicio de Inteligencia, la Protección de la Constitución, los norteamericanos. Pero me da igual. Si llaman otra vez, salúdeles de mi parte; no permitiremos que nos arrebaten el control.

Sensenbrink sale al pasillo pegando un portazo.

Beate Karstleiter exhala un hondo suspiro y se levanta. Apaga la luz y sale a su vez. Y poco antes de cerrar suavemente la puerta, dice en la oscuridad, a nadie, pero como si fuera importante para ella haberlo dicho:

—En el caso de que todavía lo tengamos.

—¡Señora Hackenbusch! ¡Señora Hackenbusch! Se está superando a sí misma. Es maravilloso lo que nos envía —entona Sensenbrink al teléfono—. Usted lo sabe también: los *specials* son algo problemáticos. Pero aquí hemos dado exactamente en el clavo. En la cuota estamos incluso algo por encima de lo esperado.

Nadeche Hackenbusch está tumbada en su compartimento de la tienda. Ha soltado los zapatos y se ha echado sobre la cubierta de plástico. Después del día en la enfermería, lo primero ha sido sacar de allí las piezas Rolf Benz que le habían colocado en la tienda. Cinco millones y medio de espectadores han visto en la pantalla cómo ha arrastrado el sofá hasta la enfermería porque aquella gente lo necesita más. Con resolución, se ha echado a dormir en el suelo, con una simple colcha, igual que los refugiados en sus tiendas. Pero por desgracia había demasiados bichos pululando por el suelo. Ahora tiene junto a la cubierta de plástico media caja de cartón con espray contra los insectos. Hace calor, pero ha desconectado el aire acondicionado. Porque en las tiendas la gente tampoco tiene aire acondicionado.

Le duele la espalda. Hoy ha entregado, en la rampa, sacos de alubias descargados del camión. Ha visto durante todo el día cómo la gente hace cola esperando que llegue algo tan aburrido como las alubias. La escena le ha recordado por un momento a las jovencitas que hacen cola en H&M para la colección limitada de Lagerfeld. Incluso el miedo en los ojos es comparable, el miedo a que las existencias puedan tener un límite. Pero como allí hay muchos más hombres, el miedo está entreverado de agresión. Por eso, las organizaciones tratan de dejar que sólo acuda al reparto tanta gente como dan de sí las alubias. Dicen que si controlan el acceso, tienen al menos una posibilidad de influir en la gente. Pero en el momento en que tienen ante la vista las alubias ya no hacen

caso de nadie. Por eso, ella ha intentado al principio recoger alubias para otros, pero ni siquiera Lionel ha podido convencer a ninguna familia de que se fiara de Malaika para ello. Por eso ha tenido que contentarse con el reparto. Un saco pesa veinticinco kilos. Al principio no podía creer lo que pesan veinticinco kilos. Luego un cooperador alemán ha dicho que es tanto como dos cajones de cerveza completamente llenos.

Está destrozada hasta no poder más.

—Sólo puedo decir: ¡Señora Hackenbusch, me quito el sombrero ante usted!  
—Oye la voz llena de entusiasmo de Sensenbrink—. Y puedo decirle, no, tengo que decirle: la cadena está contenta y orgullosa de poder decirle: ¡Vuelva a casa!  
¡Misión cumplida!

—¿Emisión qué?

—Misión cum... ¡Ha cumplido usted su tarea! Si por mí fuera, habría que recibirla en el Römer.

—¿Römer? ¿Qué Römer?

—El Römer. En Frankfurt. Ya sabe: donde reciben al equipo nacional. O al equipo de las Olimpiadas.

—Ah, vale —contesta con aire ausente—. Bueno, de eso podemos hablar cuando regresemos. Ahora no sé todavía cuándo será.

—Quizá sea un poco tarde, pero piénselo tranquilamente, será sin mucha antelación. En cualquier caso, rodaremos también en el aeropuerto. Fans y todo lo que haga falta, va a ser un fantástico broche final dentro de una semana. No puedo decirle lo entusiasmados que están todos aquí...

—¿Cómo que broche final?

Se incorpora, derecha como una vela.

—¿Es que pensaba que la dejábamos volver a casa furtivamente, en silencio y sin ruido? Ese *special* tendrá, evidentemente, el broche final que merece...

—Sí. Cuando haya terminado.

—Señora Hackenbusch, claro, ahí abajo no tienen un calendario de pared, pero nosotros..., perdón, usted naturalmente, *usted* ha estado sobre el terreno tres semanas. El *special* ha terminado.

Sensenbrink oye un murmullo al teléfono.

No es un murmullo agradable.

Es un murmullo intranquilizador. Como también toda la emisión ha adquirido cierto aire intranquilizador. Es un éxito, no cabe duda. Es única, supera todos los récords. Pero al mismo tiempo se ha vuelto tan extraña. Tan..., ¿cómo decirlo?

Tan seria.

—¿Señora Hackenbusch?

Más silencio.

Ése es justamente el problema con esas emisiones que se vuelven tan serias. No se las puede tratar como si fueran *Alemania busca lo que sea*. Ahí la situación es paradisiaca, se echa a un miembro del jurado y se pone al siguiente, se cambia el modo, se cambian los créditos de apertura, lo que ayer era verde mañana es azul, y nadie se altera porque todo es entretenimiento. Y el entretenimiento se puede cortar en todo momento cuando ya no entretiene. Pero lo que Nadeche Hackenbusch ha puesto en marcha ya no es entretenido. Es serio. Y eso no puede eliminarse del programa tan fácilmente cuando a uno ya no le cuadra, porque sigue siendo serio.

«Cómo voy a respirar... —piensa Sensenbrink—, cómo voy a respirar cuando todo haya terminado.»

—¿Señora Hackenbusch? ¿Me oye?

—Esto de aquí —llega una voz glacial de África—, esto de aquí sólo terminará cuando hayamos terminado.

Ahora ella está de pie junto a su delgada manta de lana. Le podrían haber dado una más gruesa, había algunas, pero Nadeche Hackenbusch aún no está muy convencida de que el refugiado normal disponga también de esas mantas. Ya le plantea sus dudas el estampado a cuadros. En su opinión, las auténticas mantas para refugiados tienen una apariencia muy distinta. Son de un gris oscuro. Más como en las películas de prisiones.

—Y con que diera usted un paso fuera de sus cuatro paredes, vería que aquí nada está terminado.

—Sí, claro..., eso nadie podía esperarlo —la aplaca Sensenbrink—. Los grandes problemas del mundo, eso es..., eso es... Nosotros somos sólo una

pequeña cadena, y si se tiene eso en cuenta, todos podemos estar más que orgullosos...

—¿¿¿Podemos qué???

—Usted, naturalmente, dónde tengo la cabeza, *usted* puede, y con razón, estar orgullosa... ¿Ha leído *Der Spiegel* últimamente? Espere, se lo leo ahora mismo, señora Schreinemakers, si puedo llamarla así, a lo bruto...

—¡Me importa un pimiento *Der Spiegel*! Tenemos que trabajar aquí. ¡Aquí!

—Bueno..., verá..., yo, evidentemente, no quiero entrometerme, pero tiene que pensar, quizá también debería pensar que nosotros no podemos enviar el material.

—¡Pues sería la primera vez! —Nadeche Hackenbusch saca hábilmente del cajón una lata de espray contra insectos y la agita. Su dedo pulgar levanta la tapa, su dedo índice se sitúa rápida y certeramente sobre el pulsador, y en una nube de insecticida se revuelve un ciempiés de un palmo.

—Señora Hackenbusch, crea usted a un profesional con mucha experiencia a sus espaldas: el plan de la emisión está elaborado, la publicidad está vendida. La semana que viene arranca Ludmilla...

—¿Ese *show* de fulanas? ¿En el espacio de mi programa?

—Mire, es un documental televisivo muy serio, que ataca de una manera entretenida y emotiva la situación de los burdeles en Europa del Este.

—Es basura y nada más. Usted enseña tetas ucranianas mal operadas: ¡eso es lo que enseña!

—Admito que el formato no alcanza del todo el nivel de *Ángel en la miseria*, pero nadie podía imaginar que el *special* iba hasta tal punto...

—¡La gente de aquí nos necesita! ¡La gente!

—Señora Hackenbusch...

—¡Son vidas humanas lo que está en juego!

—¡Señora Hackenbusch!

—Son destinos humanos. Es algo muy distinto. No están en un guion, ¿entiende? ¡Eso ocurre aquí en directo! ¡Aquí hay hambre y ningún porvenir para los ciempiés!

—¿Ciempiés?

—¡Los cientos de personas! ¡Los miles! ¡Los cientos de miles!

—Lo sé y le aseguro que a nadie le duele más que a mí, pero tenemos una empresa que dirigir. Comparto la responsabilidad de un consorcio. De puestos de trabajo. De mis colaboradores. Nadie está más convencido de su trabajo que yo, señora Hackenbusch, pero ha de comprenderlo: tengo las manos atadas.

—¿Y por qué?

Sensenbrink no está seguro de si no entiende sus argumentos o si no conoce la locución. Le ha pasado otras veces, no sólo con Nadeche Hackenbusch. Él les explica entonces la locución, y ellos se ponen aún más furiosos porque piensan que los toma por tontos. Sensenbrink ya sabe a qué atenerse.

—No puedo hacer nada, señora Hackenbusch. No puedo emitir programas para los que no he vendido ni un minuto de publicidad, y a cambio de eso tirar por la ventana la publicidad ya pagada y contabilizada de Ludmilla.

—«No se puede» no es una opción.

—En este caso, sí —miente Sensenbrink con valentía—. Por mucho que me gustaría hacerlo.

—¿Y entonces eso qué quiere decir?

La primera estaca está clavada. Sensenbrink tiene cuidado de no respirar con demasiado alivio. Ahora ha de impedir que ella se lo achaque negativamente a él o a la cadena televisiva. Ha de tener la impresión de que cualquier otro canal trabajaría de un modo parecido.

—Para usted, esto no quiere decir nada, naturalmente, yo no quiero impedirle que prolongue su estancia ahí abajo...

—Ahí abajo..., sólo de oír eso... —Coge una de las chanclas de baño y lanza el cadáver delante de la puerta.

—Ohhh, sí, ha sido un poco bruto, perdón, pero en cualquier caso dentro de una semana han de volver los colaboradores. Los billetes de avión están ya reservados, realmente ahí no puedo hacer nada.

—¿Y qué le digo yo aquí a la gente? ¿Muchas gracias, esto se ha acabado, saludos afectuosos, y MyTV os desea todo lo mejor para el futuro?

Sensenbrink se aclara la garganta.

—Perdone que lo diga con esta franqueza, señora Hackenbusch, pero con

todo el respeto debido a su increíble labor: el resto compete a la política. Nosotros sólo podemos llamar la atención sobre las situaciones penosas y precarias, pero no podemos resolver los problemas. Eso lo teníamos todos bien claro desde el principio.

—¿Sabe usted? Lo dejamos aquí y que me llame Kärner.

—En fin, créame, hemos hablado de esto en todas las comisiones, el señor Kärner está totalmente de acuerdo conmigo en este asunto.

—Que me llame Kärner.

Y cuelga. Y Kärner la llama, en efecto, cuando no han pasado ni treinta minutos.

Pero Kärner no cede.

Ella le cuenta algo sobre la colaboración de tantos años, y Kärner no cede. Ella pasa a la «amistad de tantos años», y Kärner no cede. Ella dice que hace poco se encontró con el tipo ese de la cadena ProSieben, y entonces le pasa lo que a ella no le ha pasado nunca: Kärner, que realmente no es sino un bendito, simpático y bonachón, no cede. Y después de haberse despedido los dos cordialísimamente, después de haberse dicho qué urgente es que se vean de nuevo donde Sergio, que ya es casi como su «chiringuito», cuando ya han colgado los dos y Nadeche Hackenbusch se ha quedado mirando consternada el móvil con la pantalla que se apaga lentamente, toma impulso y, con un alarido de furia, da tal patada al cajón que lo lanza por el cuarto y las latas de espray vuelan por el aire como confeti.



—Malaika —quiere decir Lionel, el refugiado—, tenemos que hablar...

Pero apenas ha medio empezado la frase cuando cae en la cuenta de que el momento seguramente no es tan apropiado. Malaika está de pie en su tienda, él entra cuando ella está en pleno movimiento, parece que ya lleva mucho tiempo paseando por el cuarto como una jirafa enferma. Se dirige a la entrada, se precipita sobre él y lo arrastra literalmente al interior.

—*Good that you come! Goodgoodgood. You believe not what for a shit they make.*

Se siente siempre tan inseguro cuando está a solas con ella. Ese inglés es tan distinto del inglés del resto de los alemanes. Distinto del inglés de Marion y de Grande y de Astrid, la que escribe. En conjunto, distinto de cualquier otro inglés. Él ha preguntado a la señora mayor, a Grande, y ésta le ha explicado que es incluso un inglés buenísimo, mejor que el inglés de muchos ingleses. Pero que Malaika tenía un dialecto especial, de una región alemana de la que, por lo general, no procede mucha gente. Lo que es, por supuesto, absurdo: todo el mundo sabe que en Alemania no hay regiones vacías, sino que todas están densamente pobladas. Pero en cualquier caso no sonaba como si la señora Grande envidiara ese inglés, sino más bien como si Malaika tuviera un duro destino. Como si fuera una especie de huérfana lingüística.

—*Sit you down* —despotrica Malaika—, *that must you hear!*

Él toma asiento y trata de cogerle las manos y tranquilizarla; a ella muchas cosas del campamento le parecen horribles, eso él lo sabe, y es lo que a la gente de allí le gusta tanto de ella. Porque como llevan ya tanto tiempo viviendo en esa situación empiezan a creer que ésa es exactamente la vida que les corresponde. Y en la reacción de Malaika ven que ellos también deberían vivir de otro modo e incluso mejor. Y cada vez que algo de lo que ve la deja impresionada, ella le

coge la mano. Con fuerza, y si él la oprime suavemente a su vez, ella lo mira con gratitud, y se pone más furiosa aún y dice a los operadores lo que deben filmar exactamente y, si ellos no entienden enseguida lo que quiere, entonces agarra al operador y lo empuja allí donde puede ver mejor eso tan terrible y, al hacerlo, casi siempre olvida soltar su mano y tira de él hasta que se da cuenta y lo suelta y, disculpándose, le acaricia el brazo. Esta vez, sin embargo, no quiere su mano, se aparta de él, está muy alterada.

—*Sensenbrink, this idiot!* —vocifera—. *And the Kärerner is the same asshole! As if all here shitegal is! All the Humans! All the poor Humans!*

Él la mira inquisitivamente, levanta perplejo y silencioso las palmas de las manos, porque salta a la vista que no tiene sentido alguno querer interrumpirla. Ella se detiene de pronto y respira hondo. Se pasa el brazo por las comisuras de los ojos.

—*Yesyes* —dice—, *you can it ja not know.*

Se hace un ovillo a su lado y lo mira fijamente:

—*They want to end the sending. ¡Sí, no me mires así!* —Y luego, al momento, suavizando—: *Sorry, siempre olvido que tu inglés no es tan bueno. Finish, understand you? The German TV want make finish. A week have we only more. A week. I say to they: in three days can we not help all people, unpossible. And they so: there can we nothing make!* —De pronto se levanta de un salto—: *I am so up one hundred eighty* —grita—, *we cannot simply homego!*

No es tan fácil seguirla, pero el sentido sí le resulta claro: por lo visto quieren poner fin a la emisión. Aunque todos han dicho siempre que tiene un éxito enorme. Él no lo deja ver, pero se maldice en silencio. Se ha fiado demasiado tiempo de esa emisión tan exitosa. Así que dispone de siete días de trabajo y de siete días de tiempo para convencer a Malaika de que se lo lleve con ella. Tendrá que calmarla, para que le escuche. Tal como está ahora, no le entra nada en la cabeza. Tiene que recobrar la tranquilidad y, cuando se haya relajado, él tiene que explicarle cuál es su problema. Caso de que le interese. Se pone de pie. A cualquier otra mujer, él la tomaría ahora en los brazos, pero con un ángel alemán quizá no sea tan adecuado. Nadeche Hackenbusch lo nota, sin embargo.

—*You understand me* —dice con tristeza—. *This is nice. But one thing is*

*safe, I swear you: Not with us! Think only of all our work. It can not for nothing be! We can not come to all this humans here and make a tv-sending and then go we simply again home. And here is all how it before was! Not now! Where the first time all germans really look at all the shit of the world! This is stupid. This is so unhuman!*

No la ha tomado en sus brazos. Y, sin embargo, está de pronto en ellos.

De algún modo, mientras hablaba, tiene que haberse enroscado dentro. Él no puede creerlo, pero el bellissimo ángel está en sus brazos, apoya la cabeza en su pecho, en el pecho de la única persona que ha recorrido con ella la miseria, y él, naturalmente, la va separando, con prudencia, con mucho cuidado. Aunque al tacto es agradable, pero hay que mantenerse firme. Piensa en ello, se repite constantemente, piensa en ello, piensa siempre en ello: un gesto equivocado y jamás te llevará con ella a Alemania. Deja las manos en sus hombros, deja las manos en sus hombros, y cuando piensa por segunda o tercera vez en «hombros», siente las manos ya bastante más abajo, entre los omóplatos.

Pero no sus manos. Sino las de ella.

Esto no es bueno. Esto no es bueno.

Esto.

No.

Es.

Bueno, y mira hacia abajo y trata de aflojar la mano en los hombros de ella, trata de decirle que todo se arreglará con Kärnebrink, pero no puede hablar con los labios de ella en su boca, los labios de un ángel, los labios de la mujer más bella del mundo, es como si te besara el cielo, nunca le ha besado nadie así hasta ese momento, de un modo tan..., tan...

Tan alemán.

No besa preguntando, besa como seguramente besa una mujer alemana, a fondo; la sensación es inusitada, distinta, en cualquier caso buena, hay que devolver el beso si el cielo lo besa a uno, otra cosa sería pecado, y él se aprieta contra ella, por un momento se pregunta si a ella le parece bien sentirlo así, pero... ahora sí lo siente y se aprieta a su vez contra él, no es un sueño, no es un extraño malentendido entre la mujer del país lejano y él, no, es el gran

entendimiento, el mayor entendimiento que puede haber entre dos seres humanos en todo el mundo.

Esas manos pequeñas y delicadas, que siempre indican tan enérgicamente a todo el mundo lo que hay que hacer, están por todas partes; él ya está pensando en arrancarse la camisa del cuerpo, pero los dedos de ella, cual hormigas migradoras, ya han desabrochado todos los botones, hasta los de las hombreras; a esa velocidad él no puede desabrochar los botones de ella, que ya lo ha desenfundado de los pantalones; y los zapatos están fuera de los pies a tal velocidad que él piensa: «como en un pillaje», y al mismo tiempo va cayendo al suelo la ropa de ella como las hojas de un árbol, él se recuesta hacia atrás, los dedos hormigueantes de ella ya están sobre él, le acarician la cara, lo meten con destreza entre sus piernas hasta que ella, con un suspiro, se deja caer sobre él, muy adentro, muy hondo, y no espera: a su manera alemana empieza a subir y a bajar, con precisión, con ritmo, hasta que a sorprendente velocidad lanza un suspiro y entre gemidos se derrumba sobre él, aliviada, el rostro apretado contra el suyo, de manera que él puede atacar la cosa ya con un poco más de calma. Está bien, sí, pero él lo prefiere *así* y un poco más *así* y un poco menos *así*, parece que ella también lo quiere así, vuelve a la vida con pequeños sonidos, y mientras él está pensando aún que habría que empezar otra vez, con un goce lento, consciente, como un momento pensado para el amor de los ángeles, ella se incorpora y lo mira radiante, asume la dirección escénica y retorna a su ritmo inexorable. No es a lo que está acostumbrado, pero también es bueno en cierto modo, sólo hay que tener cuidado de no pensar en nada, le recuerda algo, pero no acaba de saber qué, lo tiene en la punta de la lengua, pero entonces le distraen esos pechos realmente hermosos, muy hermosos, y por primera vez está con una mujer como un auténtico alemán.

—*That was so good* —le dice ella al oído—. *So good, so good, so good. You are so wonderful. You be my angel.*

—Malaika —contesta él—, *this is...*

—*This is love* —dice Malaika, convencida—. *But: this is more. This must destiny be.* —Se apoya sobre los codos y lo mira con gravedad a los ojos—. *The same goals, the same love. I have never so what feeled. And I knowed that in the*

*first moment where I you seen have. This is what come only one mall in hundred years.*

Él la mira sudoroso, confuso, halagado. Sus pensamientos se agolpan, no puede creer lo que está pasando. Porque si es cierto, si Malaika, si esa persona maravillosa, la mejor del mundo, con los mejores pechos del mundo, le quiere de verdad, entonces siete días bastan y sobran para convencerla de que se lo lleve con ella. ¿Puede ser? Con todo, suena a bufonada de Mahmoud, como si Mahmoud le hubiera gastado un bromazo, pero, para burlarse de él, el ángel jamás habría hecho lo que acaba de hacer.

En el campamento hay algunas chicas que lo harían por dinero, y hay algunas que lo harían para tomarle a continuación el pelo junto con Mahmoud: «¿Has pensado que eso era amor, tontainas?». Pero ¡Malaika!

Además ahora, poco a poco, habría que poner la broma al descubierto. Mahmoud tendría que entrar de golpe riéndose, y el ángel tendría que incorporarse y echarse a reír. Pero el ángel no se ríe. El ángel está echado a su lado, la cabeza apoyada en su pecho, y recorre con los dedos hormigueantes el vello de su torso, pero esta vez los dedos son lentos y suaves, y su respiración, tranquila y honda. Él la besa en la frente, ella alza la vista con ojos cansados y lo besa antes de apretarse contra él.

—*I have found ever a man like you* —dice en voz baja en el vello de su pecho —. *A man and a human. I think all the time over that. This ist the first mall I do what real senseful. And it is the first mall I love a real good man. I feel it. A better love for a better world.*

A lo mejor tiene razón, piensa él. Entretanto ya no cree que sea broma. Está tan seria, tan convencida... ¿De qué se trata en la vida? ¿Sólo de vivir mejor y de caer con tus posaderas en Europa? ¿Para ganar dinero allí? ¿Es ése el plan de Alá? ¿Es ése el plan del Dios de los cristianos? No, es el amor. Hay que amar sinceramente a una persona buena, a una mujer buena, y si es un ángel, más claro aún. Él nunca se ha tenido por nadie fuera de lo corriente, pero, por otra parte, cuando ahora piensa en ello, nunca ha sido realmente una mala persona. Nunca ha sido como Mojo el Azul, tampoco se ha dejado ir, día tras día, como Mahmoud, y si Alá o quienquiera que sea está buscando el hombre adecuado que

encaje con Malaika, un hombre para un ángel, y no encuentra en todo el mundo a nadie mejor que él, ¿quién es él para discutir con Dios? Dios está buscando al hombre que haga feliz a Malaika y entonces nadie debe impedir ese amor, él quiere precipitarse en ese amor con un corazón puro, quiere poner en ello todo su empeño. Y como Dios premia a los que aman y a los justos, sólo por eso, no por avaricia ni egoísmo, sólo por eso le lleva la voluntad divina al corazón de una hermosa mujer.

Y, además, a Alemania.

—*You are right* —dice acariciando sus cabellos, que le resbalan por los hombros—. *I love you. I love you so much. I love you so much that I'll come with you. You must finish your tv-show, yes, but don't worry. I will come with you.*

Será maravilloso. El ángel lo llevará a su casa celestial. Él se ocupará de la casa y del jardín y de las cabras. De coches entiende más, pero coches ya tienen los alemanes, cabras no. Se harán ricos, o sea, más ricos aún, porque el ángel seguro que ya es rico, pero, a través de él y de lo que él sabe, el ángel será más rico aún. Y como él nunca olvidará sus orígenes y el ángel ya es, de todos modos, un ángel, seguirán ayudando los dos juntos a los pobres, para la televisión y en la televisión. Para que también los otros pobres de corazón puro y llenos de amor puedan ir a Alemania. Mahmoud será el primero al que vuelva a buscar, será el vicegerente de las cabras. Los alemanes se quedarán asombrados de lo bien que eso funcionará, porque Mahmoud es fiel y digno de confianza y ellos dos, junto con los famosos ingenieros alemanes, harán de Alemania la mayor nación de cabras del mundo. Tendrán un gran automóvil y muchos hijos, y en sus aldeas los campesinos dirán que el ángel y el ángel del ángel son grandes y justos y...

—*What?*

De repente se ha sentado, derecha como un gnomo.

—*What have you said?*

¿Ha hecho algo mal? ¿Ha entendido algo mal? ¿Cómo se puede entender mal lo que acaba de unirlos? ¿Lo que han hecho? ¿Lo que ella ha dicho?

—*I... I only said...*

—No! —dice ella, apretada contra él—. *Lionel! No!*

Ella ve la perplejidad de sus ojos y le pone la mano en el pecho, su mano pequeña, cálida y suave.

—*You are so sweet. But you know self: we cannot go. You can not go. The humans here need you. You have ever helped the humans here. You know all the humans here. All the humans love you. They trust you. And they need you. I can you not awaytaken. This is your life. This is your work. And it is also my work. And that means that I tampoco not go away. For you. Forever.*

Se le lanza al cuello, sus brazos se enroscan en torno a su nuca y tiran de él hacia abajo como una piedra de molino. Los ojos de él vagan por la habitación. Eso no puede ser verdad. Lo que está ocurriendo, simplemente, no puede ocurrir. Busca esperanza y encuentra por todas partes botes de insecticida. Sólo hace unos segundos que era el ángel, su ángel, cuyas alas lo transportarían a una vida mejor. Ahora lo encadena a esa tierra maldita. Era la única opción de escapar, y la ha perdido. La televisión se marchará, ya no habrá dinero, no cambiará nada. Nada, nada, nada. Ese ángel no le ayudará, al contrario: él, además, tendrá que ocuparse del ángel. Él no se trasladará a una tierra mejor, sino que ella se trasladará a una tierra peor, a la tierra más absurda a la que pueda trasladarse nadie. Su vida pasará de largo junto a él, pero no cuando se muera, sino aquí, en este campo o en algún otro.

Porque si quisiera marcharse ahora, tendría que llevarse al ángel.

Y para poder llevarse al ángel, a esa persona buena, a esa persona insoportablemente buena, tendría que llevarse a todo el campamento.

Se levanta de un salto.

—Te falta un tornillo —dice Mojo el Azul echándose a reír.

Se recuesta de golpe en su enorme sillón de oficina, de manera que el respaldo se reclina hacia atrás. No es una risa natural, pero tampoco es una mesa escritorio natural. La mesa es gigantesca. Es tan ancha como largo un Mercedes y tiene tanto de fondo que los dos habrían de tumbarse sobre ella boca abajo para poder darse la mano. La mesa está impecablemente barnizada en blanco brillante, todo alrededor, salvo las cuadrículas del revestimiento, que son doradas, lo cual podría parecer exagerado, pero al fin y al cabo eso cuadra muy bien con los cuatro pies de león dorados sobre los que descansa la mesa. Encima del tablero hay un abrecartas dorado, que también puede usarse como machete. O como puente sobre un pequeño riachuelo.

A la derecha de Mojo hay un iPad en su caja original sobre otro iPad en su caja original y bajo otros tres iPads en su caja original. A la izquierda de Mojo está el mando a distancia dorado con el que dirige la gran pantalla que forma la pared posterior de la barraca. Y en medio está sentado Mojo en un sillón de escritorio de piel blanca con regias orejeras.

A decir verdad, el conjunto habría merecido estar en una habitación que al menos tuviera un asomo de revoque y pintura. Pero cuando se está algún tiempo delante de ese escritorio gigantesco, cae uno en la cuenta de que no puede haber entrado en modo alguno por la ventana y tampoco por la puerta, lo que significa que Mojo seguramente tuvo primero el escritorio y luego mandó construir alrededor la barraca que hace las veces de despacho. Y que tenía tantas ganas de estar sentado ante su mesa, con sus numerosos iPads y entre las orejeras de su sillón, que no quiso esperar más tiempo, en cualquier caso no a menudencias como pintura en la pared.

—Ja, ja, ja, ja —ríe Mojo—. Jaaaaa, jaaaaa.



No es una risa jocosa. No suena a que algo le parezca divertido, suena muy fuerte, casi fatigoso, como si esa risa ruidosa fuera un trabajo durísimo. Eso se debe a que Mojo ha visto en la pared de su barraca-oficina muchas series de televisión. Series en las que grandes gánsteres ríen como él intenta reír ahora. Lo que disminuye considerablemente la deseada impresión de extravagancia es que Mojo no tiene en absoluto un gusto poco común para las películas. Ha visto más o menos las mismas series televisivas que ve todo el mundo: *The Wire*, por ejemplo, o *Breaking Bad*. Por eso habla a veces con un acento que puede sonar a colombiano o mexicano. También ensaya a veces nuevos gestos inventados por él. Durante algún tiempo tuvo siempre en algún rincón un compresor de aire. Y el año anterior tenía hámsteres en su cuarto de reuniones. Cuentan que en las reuniones a veces sacaba a alguno de la jaula, lo lanzaba para arriba y para abajo como una pelota de tenis y luego lo estrangulaba. Pero nadie ha sabido lo que eso significa, porque nadie sabe lo que significa el hámster. Y tampoco sirve mucho para intimidar, porque un hámster no es difícil de estrangular. Además, aquel cuarto siempre apestaba a hámster, así que también lo dejó. Todo eso suena muy divertido cuando uno lo cuenta en la barra, con Miki y Mahmoud. Pero cuando se está sentado frente a él en su sala de reuniones, uno recuerda enseguida que hay algunas otras cosas desagradables que todavía no ha hecho ningún gánster en las series televisivas. Pero sí Mojo el Azul.

—¿Cómo se le ocurre a alguien como tú una idea tan absurda?

—No tenía mucho tiempo. Sigo sin tener mucho tiempo.

—¿A pie?

—A pie.

—Estás completamente loco. Ja, ja, ja.

Él espera hasta que Mojo el Azul deja de reír. Pero Mojo el Azul, obstinado, vuelve a la carga:

—Bandle, mira a éste, a nuestro caminante. Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Cumpliendo con su deber, Bandle ríe también. Su risa suena más natural; como todo fiel empleado tiene más práctica. Ríe tan fuerte y expresivamente que Mojo el Azul, hace un gesto con la mano para calmarlo. Bandle enmudece como a toque de corneta.

—¿Sabes lo lejos que está? —pregunta Mojo el Azul.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo ya aquí? Si hubiera caminado cada día sólo diez kilómetros...

—Sí, sí, sí. Si te tiras un pedo cada día durante un millón de años, el viento te empuja hacia Europa. Pero a mí me da igual. Porque no te irás.

—¿No?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque eres el ángel del ángel. Que aún me debe algunos favores. ¿Y cómo vas a saldarlos si ya no estás aquí?

—Primero: no te debo ningún favor. Y segundo: el tiempo de los favores ha pasado ya, de todos modos, porque la gente de la televisión se larga.

—¿Cómo que se largan?

—Concluido el trabajo. Ponen punto final al programa del ángel.

—Pero ¿qué barbaridad es ésa? La serie marcha de maravilla, dicen todos. Bandle, ¿no marcha de maravilla?

—Por encima de todas las previsiones.

—Puede ser. —Lionel se encoge de hombros—. Pero la suspenden.

—¿Cuándo?

—Dentro de cinco días. Lo dicho: no me queda mucho tiempo.

—¿Y los favores que me debes?

—No te debo ningún favor. Pero te propongo un negocio.

—¿Para tu mierda de marcha?

Él asiente.

—Yo no vendo alubias. —Mojo se ríe. Bandle lo secunda complaciente.

—No tengas miedo, te compraré otra cosa.

—¿Y qué es?

—Necesito a alguien que conozca el camino. Necesito a alguien que soborne a los policías de fronteras. Necesito a alguien que soborne a los soldados.

—Lo que tú buscas es un puto traficante. Y yo no lo soy.

—Necesito más que un traficante. Necesito a alguien que provea de comida. Que suministre agua.

—Pero ¿andar sí sabes hacerlo solo?

—Andar sé hacerlo solo.

—A mí me sigue sonando a puto traficante. Como un puto traficante con camiones de comida. ¿Por qué no pagas a alguno de ellos?

—Porque no tengo suficiente dinero.

—¿Y por eso acudes a mí?

Lionel hace un suave gesto de asentimiento. Ahora la cosa podría tomar un sesgo delicado.

—Mírame. ¿Has visto delante de la casa un letrero que diga «Descuento para negros tontorrones»?

—No.

—¿Y sabes por qué no has visto ese letrero?

—¿Por qué? —pregunta, aunque sabe lo que viene ahora. Conoce el filme también.

—¡Porque ese letrero no existe!

—Pero aquí no se trata de si tengo bastante dinero para un traficante. Se trata de que puedo procurarte un negocio. Mayor que cualquier otro. Con el que ganarás más y mejor.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo estoy en la televisión.

—¿Por qué no te pagan sin más el traficante?

—Eso no funciona así. No me llevan con ellos ni me pagan el traficante. Tampoco se trata de que tú transportes unas botellas de agua y algo de harina. Estoy hablando de planificación. Un traficante te amontona con otros negritos en una patera o en un camión. Eso es un disparate. Yo quiero tu organización y tus contactos. Quiero tu protección.

—¿Y yo qué gano?

—Más dinero del que has visto en tu vida.

—He visto mucho dinero —dice Mojo, regocijado.

—Lo sé —responde con gravedad. Mira a Mojo a los ojos—. Eso lo sé. Y como lo sé, puedo decirte: te ofrezco más.

Mojo se inclina hacia delante y lo examina. Guarda silencio. Está pensando.

Luego se vuelve a Bandele y le hace un gesto. Bandele se levanta sin vacilar y sale del cuarto.

—Okey. El camino a Europa cuesta actualmente quince mil dólares. O doce mil si lo negocias con habilidad. Pero tú no los tienes.

Lionel asiente.

—Y doce mil dólares ya los he visto alguna vez. No me impresionan.

Lionel hace otro gesto de asentimiento.

—Pero a través de tu asunto de la tele puedes sacar más.

Lionel asiente por tercera vez.

—¿De cuánto estamos hablando aquí? ¿De cincuenta mil? ¿De cien mil?

—Más.

Lionel se recuesta en el asiento y apoya el pie derecho, enfundado en la zapatilla deportiva de tela, en un ornamento de la mesa. Valora la posibilidad de retroceder de un empujón y balancear la silla sobre las patas traseras, pero lo descarta. El efecto es más preciso si no oscila.

—¿Quinientos mil?

—Cien millones de dólares.

Mojo vuelve a acomodarse entre las orejeras.

—Estás chiflado.

Lionel aparta el pie de la mesa y se inclina hacia Mojo:

—Más la gratificación.

—¡Estás chiflado!

—Puedes verificar el cálculo.

Lionel le da a Mojo los detalles.

Mojo hace cuentas.

Luego acepta. Porque no encuentra ningún error.

Y porque Lionel le dice que eso es sólo el principio.

*Esto* es de verdad fruto de una mente enferma.

Coge por la correa el AK-47 y se lo pasa al otro hombro. Cuatro kilos son cuatro kilos. Hay días en que no los nota, y hay días en que uno piensa que lleva una carabina de plomo.

Lo más fácil sería, evidentemente, suprimirlo.

De todos modos, por allí no pasa nadie y, en cualquier caso, no por sorpresa. La tierra es llana, la mirada alcanza muy lejos, y no se ve nada. Y qué va a haber; a decir verdad, ese puesto fronterizo sólo existe por una única razón: porque a quinientos metros, al otro lado, hay un puesto fronterizo igual de superfluo. Pero si ya está allí de pie, entonces también puede llevar el arma, y eso, al menos, ya parece algo, y se tiene la sensación de ser algo. Y de pie ha de estar, porque sentado no puede agarrarla. Porque esto es *realmente* enfermizo.

Y se dice eso aunque, desde que está en la mili, ha visto lo suficiente para saber que hay tantos gustos que más vale preguntar antes de descargarse en el smartphone algo que no aporta nada de nada. Además cuesta tiempo y dinero y electricidad grabarlo todo y borrarlo después, ¿y para qué, si se sabe que al otro no le van ni las tetas pequeñas ni grandes, sino caídas? Es simplemente una pérdida de tiempo. Pero no es una enfermedad.

¿Animales? Una solución extrema, lo mismo que hombres unos con otros. Eso cantidad de gente lo tiene por una enfermedad, pero él no lo cree. Pues lo cierto es que ningún hombre lo haría realmente con otro hombre si pudiera tener en su lugar una mujer. Pero a veces no se tiene ninguna, y entonces, por detrás, si se tiene un poco de cuidado, no se ve una gran diferencia; ¿a quién pretende uno reprocharle nada? No, una enfermedad no es eso tampoco.

Pero *eso*...

Niega con la cabeza para apartar el extraño pensamiento, y al hacerlo ve la

nube. Una nube de polvo. En sí, no es algo tan raro, pero hoy, en realidad, no sopla suficiente viento para provocar tales nubes. Guiña los ojos, y trata de ver al otro guardia fronterizo. No está seguro de si percibe agitación, pero el compañero del otro lado, al parecer, también permanece de pie.

La idea le vuelve a la mente. Malhumorado, se va a la barraca de la frontera para buscar los prismáticos. ¡Ese vídeo! Y, sin embargo, él conoce a Demba. Nunca le ha dado nada que no fuera bueno. También le ha enseñado a prestar atención, a que el ángulo visual sea correcto. Cómo se ve, por ejemplo, una buena pechera si no se la graba por delante, sin más, sino por detrás, lateralmente, pasando junto a la espalda y por debajo del brazo. Demba se fija en eso, y tiene razón. Él no sabe explicarlo, pero el efecto es distinto, mejor.

Prometedor.

Y luego llega Demba todo nervioso y dice que tiene algo nuevo. Algo que no ha visto nunca. Demba se lo descarga y sonrío como si fuera lo mejor de lo mejor. Y él busca expresamente un rincón donde nadie lo moleste y se pone a mirar aquel prodigio.

Se ve un coche. En una calle asfaltada, y se ve también enseguida que la calle es muy grande, lo que significa, evidentemente, que el coche es muy pequeño. Es un coche de juguete, de plástico, nada complicado, como la palma de la mano de grande, barato. Y luego aparece un pie.

Un pie de mujer, en un zapato de tacón alto. Y el pie se coloca sobre el coche. El coche se hace astillas, el peso del pie parte el coche por la mitad, el plástico cruje y se parte por un lado. El pie trata de aumentar el daño como se pisotea un cigarrillo, pero el coche ya está destrozado, por lo que el pie va aplastando las distintas partes. Las ruedas han rodado hacia los lados, dos por cada eje.

Abstraído, coge los prismáticos y sale al exterior. El siguiente coche de juguete. Ese pie femenino es más hábil, parece que no lo hace por primera vez. Sabe cómo tiene que posarse sobre el coche para que no se rompa al momento, pero tampoco vaya chirriando por el suelo sin control. Con la base de los dedos lo retiene por el capó y luego va metiendo despacio el tacón en el maletero, pero se interrumpe para volver a empezar y meter esta vez el tacón, como un punzón, por el techo del coche. Se oye el ruido cuando se raja, al parecer eso es

importante, aunque no se diferencia en modo alguno del sonido de otros plásticos al romperse. La carrocería salta de la lámina del suelo. El pie se separa y vuelve a pisotear, esta vez más adelante, en el capó que ha quedado entero, pero el efecto ya no es tan grande porque el capó ya está resquebrajado. Y luego se ve todo otra vez a cámara lenta.

Bueno, francamente: ¿eso es enfermizo, o es enfermizo?

De la nube grande se ha desprendido una nube pequeña. Reflexiona sobre si no podría ser una nube de humo, pero es polvo, no cabe duda. La nube pequeña se acerca más deprisa, parece ser un vehículo, pero no puede verlo porque la estación fronteriza lo tapa. Ahora el que monta guardia se lleva la mano a la cabeza, está hablando por teléfono. Seguramente tampoco conoce el vehículo, quiere recibir instrucciones; está clarísimo, quiere preguntar a su jefe lo que hay que hacer. En realidad es un poco tarde, la nube pequeña se acerca bastante deprisa, y aunque llegue a ponerse en contacto con su jefe, no recibirá a tiempo instrucciones en cuanto a la nube pequeña. ¿O estará llamando quizá por la nube grande?

¿Qué podría ser, si no? En último término, a su vecino de la otra frontera no tiene que importarle. Lo que quiera que venga por allí abandonará su país: ¿y dónde está entonces el problema?

¿Será algún personaje destacado?

¿Alguien famoso?

¿Allí precisamente?

Imposible. Si llegara algo especial, estaría allí también el jefe, mirando. Porque digno de verse es, desde luego, lo que se acerca por detrás de la barraca: un todoterreno pintado como una cebra.

De color rosa.

El coche avanza sin ser molestado por la pista en dirección a él. Unos cien metros antes de la frontera se detiene. Baja un grupo pequeño de personas, todos blancos. Señalan diversos puntos en el polvo, que examinan, mientras señalan a la otra barraca fronteriza y luego a la suya. Uno de ellos levanta las manos, como si iluminara con rayos mágicos la otra barraca, luego gira las caderas despacio

hasta que los rayos mágicos se dirigen a su barraca. Hacia allí. Hacia aquí. Hacia allí. Hacia aquí.

Luego el conjurador de las barracas retorna a su coche, abre la puerta trasera, y de pronto las manos mágicas tienen su razón de ser. Saca una cámara y un trípode y ahora es él quien coge su móvil y llama al coronel.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Aquí está pasando algo, y he pensado que usted debería verlo. Resulta que...

—Eso no es asunto tuyo.

Es una respuesta inusitada.

—¿Sabe usted algo de eso?

—No sé nada.

—Por eso se lo estoy diciendo: es la televisión. Gente de la televisión. Gente blanca de la tele. Y una nube.

—Tengo otras cosas que hacer. Simplemente, no hagas caso de eso.

—¿Sabe usted lo que es?

—Nada que nos importe.

—Así que, por su parte, ¿todo está *okey*?

—Por mi parte nada está *okey*. Yo no sé de nada, porque no hay nada.

—No sé si hablamos de lo mismo. ¡Lo que viene hacia mí tiene el aspecto de muchísimo nada!

—Escucha bien, cabeza de chorlito. No estamos en guerra. Por tanto: mientras no veas acercarse un ejército extranjero, no vuelvas a molestarme. Tengo mucho trabajo.

—¡Yo no sé qué es lo que está acercándose!

—Pues ¿qué va a ser? Si llega algún enemigo, no llega antes la televisión. Y todo lo demás no me interesa.

—Yo...

—Yo espero de ti que me quites problemas de encima. No quiero lamentos, ni trastornos ni muertos, ¿está claro? ¡Y la próxima vez que te tenga al otro extremo de la línea quiero que haya por lo menos un blindado delante de ti!

Después la línea se muere. En efecto, no llega nadie para ver lo que hay que



ver. Perplejo, se baja el fusil del hombro. Con el arma en la mano, observa a los de la televisión. Éstos giran despacio la cámara hacia él, de pronto se ve como un completo estúpido con el fusil en la mano, vigilando la gran nada; así que lo pone en posición de descanso y se lo cuelga otra vez al hombro, con la mayor calma posible, como si sólo le hubiera resultado muy pesado.

La nube crece y se acerca. Los de la televisión dirigen su cámara hacia él, y él intenta aparentar que lo tiene todo bajo control. Echa una mirada al otro lado. ¿Qué hace el compañero de allí? Su vecino también se ha echado al hombro el fusil, ahora lo toma en la mano, con el dedo cerca del gatillo, pero a pesar de mirar constantemente a lo lejos no sale a la pista, no se interpone en el camino de nadie, permanece en la sombra como si estuviera igual de perplejo.

De momento, los blancos parecen tener suficientes imágenes. No están ya junto a la cámara, pero tampoco la desmontan. Se han sentado a la sombra de su coche y hablan entre ellos. Él no entiende de qué, pero de tanto en tanto niegan todos con la cabeza a la vez. Si no estuvieran allí, pasaría al otro lado y preguntaría al compañero si sabe de qué se trata. Pero no quiere ponerse tan en evidencia. Tampoco puede cambiar de sitio, porque los de la televisión verían la curiosidad que siente y seguramente empezarían a filmar su curiosidad. Eso podría resultar molesto.

La nube crece. Pero una mirada a su compañero lo tranquiliza. Está a la sombra, fumando. Cabe la posibilidad de que todo tenga lugar en su zona, y que los de la televisión estén donde están sólo porque desde allí tienen la mejor perspectiva. Y el compañero asuma un pequeño papel secundario.

Entonces ¿por qué lo han filmado también a él?

Porque él también está mirando, justo. Lo hacen muchas veces, enseñan algo y luego, en el montaje, meten una lagartija o un perro que lo contempla todo con aburrimiento y...

«Eso no es asunto tuyo.» Extraña respuesta.

Ahora hay movimiento entre los de la televisión. Uno coge su teléfono. Luego se levanta y, por encima del coche cebrado de color rosa, mira al compañero de la frontera. Se inclina, con el dorso de la mano da unos golpecitos en el hombro de un compañero. Éste empuja al siguiente hasta que todos se levantan.

El compañero se pone en movimiento. Va a la barrera y la levanta. Los de la televisión miran a lo lejos y niegan con la cabeza. Luego lo miran a él como si también tuviera que sacudir extrañado la cabeza. ¿Y por qué, maldita sea? Casi desearía ver venir un blindado, entonces podría llamar por teléfono pidiendo nuevas instrucciones. ¿Por qué ha de ser precisamente él quien esté hoy de servicio? Ni siquiera le tocaba, sólo ha reemplazado a otro. En cuanto uno se ablanda, empiezan los líos.

El compañero se pone la mano en la frente para protegerse los ojos del sol. El viento lleva el polvo hacia él, el polvo es más rápido que lo que lo hace arremolinarse. Su cabeza, con la mano medio haciendo el saludo militar, está casi paralizada, aunque se mueve despacio como si estuviera calibrando una enorme distancia.

¿Qué viene por ahí?

«Eso no es asunto tuyo.»

Pero ¿qué respuesta es ésa?

El coronel tampoco está, y aunque él no sepa por qué, tiene de pronto la ligera sospecha de que el coronel lo sabe muy bien. Y si es bueno para el coronel no estar presente ahora, ¿puede ser bueno para él estar donde el coronel no quiere estar?

¿Qué viene por ahí que él pueda detener?

Y, si lo detiene, ¿se lo agradecerá alguien?

¿O dirán que debería haberlo dejado pasar?

Él no puede probarlo, pero de pronto tiene la firme sospecha de que, aparte de él, nadie está presente porque nadie quiere estar presente. Y entonces lo ve. Sale de la nube.

Son seres humanos.

Una caravana humana. No están armados. Son simplemente muchas personas, detrás de las que, parece evidente, vienen muchas más. Algunos llevan niños, algunos están solos. Tienen mantas enrolladas, como si fueran a pasar la noche fuera. No corren, caminan tranquilos como si supieran que nadie les prohíbe que sigan caminando. A pesar de la frontera. No discuten con el compañero del otro lado, pasan simplemente por la barrera abierta. Son gente como la de los campos

de refugiados. Son refugiados, y ahora sabe muy bien lo que el compañero ha oído de boca de su jefe:

—Si quieren pasar, déjalos pasar.

Por eso su vecino está con esa negligencia observando cómo todos pasan de largo. Él ve por los prismáticos cómo se da la vuelta el compañero, cómo se lleva los prismáticos a los ojos y mira en dirección a él. Sus miradas se encuentran. Su compañero dibuja una amplia sonrisa y le saluda con la mano sin bajar los prismáticos. La imagen del compañero se difumina ligeramente en la nube de polvo de la gigantesca caravana, que ahora avanza hacia él y hacia la gente de la televisión. No se divisa un final de la caravana.

Todavía con los prismáticos ante los ojos, el compañero señala a la gente. Hace clarísimos gestos de contar: con las manos muestra muy claramente un dedo, dos dedos, tres dedos; luego hace un gesto de perplejidad: ¿cuántos son los que llegan? El vecino se echa a reír, mira alrededor y abre los dos brazos, luego los abre más y a continuación más aún. La expresión de su rostro podría calificarse de consternada, pero esa consternación desaparece detrás del alivio, que todo lo recubre, de que esa gente no le concierne.

Ve con claridad que se necesitaría muchísima gente para detener a esos cientos, si no miles de personas; muchísima gente con porras y armas de fuego. Y comprende perfectamente que no es casualidad que esté él solo allí. Que no tiene bastantes amigos en las posiciones adecuadas que quieran mantenerlo apartado de semejante barahúnda. Él es el pobre necio al que nadie dice nada.

Ahora ve el coche rosa y ya no ve la cámara. Demasiada gente. Nadie entre toda esa muchedumbre le dirige una sola mirada cuando se acercan a él. Por lo general, las personas muestran respeto ante un hombre en ropa de camuflaje y con un fusil, pero esos centenares de personas no consideran factible que él pueda hacer nada.

Oye maldiciones que no comprende. A través del polvo y de la gente ve la otra parte, y allí está el coche cebra de color rosa, y un hombre maldice y vocifera porque, al parecer, en medio de la gente quería grabar la reacción de él, pero la cámara no distingue nada a causa del polvo: incluso él mismo divisa a duras penas el coche rosa.

¿Qué ocurrirá mañana? ¿Adónde irá toda esa gente? Su llegada no va a entusiasmar a nadie. Luego se harán preguntas. Y él no ve, no ve en absoluto, un desarrollo de las cosas en el que alguien no quiera saber en algún momento quién estaba entonces de servicio en la frontera.

Pero no se hablará de «quién», sino de «qué idiota».

Mira perplejo hacia el lugar de donde vienen todas esas personas, que ya han pasado de largo hace tiempo. No se alcanza a ver dónde acaba la caravana. Apenas hay viejos entre ellos, eso le llama ahora la atención, y parecen llevar poca carga, como si no hubieran tenido tiempo de hacer el equipaje.

O como si allí adonde se dirigen no se necesitara mucho.

Deja el fusil colgado al hombro, paseando con indolencia se acerca a la carretera y pregunta jovialmente en dirección al gentío:

—Bueno, ¿adónde vais?

Es una mujer con dos niños de la mano la que responde:

—A Alemania.

—¿A pie?

—Yo no soy el guía del viaje. Si tienes preguntas, dirígete a aquel tipo alto que está allí detrás.

Se esfuerza por distinguir en medio del barullo a alguien alto allí detrás. La mujer sigue su camino. La niña que lleva de la mano se ríe y le hace gestos de despedida.

—¡Ottobafés!

Entre diez y veinte minutos, calcula, tardará el coche cebra de color rosa en abrirse paso entre la muchedumbre, hacia el otro lado, hacia su puesto de guardia. Le quedan entre diez y veinte minutos para que lleguen las cámaras. Respira hondo, y entonces sabe lo que ocurrirá.

Los blancos llegarán a su barraca. Se bajarán del coche soltando tacos y echando chispas contra el conductor por haber tardado tanto. Luego los de la televisión buscarán algo o a alguien.

No encontrarán a nadie. Uno hará gestos al operador de que se acerque, y entonces éste tendrá que filmar lo que aún puede verse: su uniforme sobre una silla. Su fusil huérfano, apoyado en la barraca.

Y su gorra de servicio, que cuelga del cañón.

Sensenbrink no se siente bien. Ayer durmió fatal y anteayer también. Ha gritado varias veces a su mujer porque le atacaba los nervios. Ella, evidentemente, ha notado que ya no bebe, y sabe que eso apunta a que hay dificultades, porque cuando las hay él deja en el acto el alcohol. Al hacerlo siente que puede controlar las cosas. Sabe que es absurdo. De todos modos, no bebe mucho.

Y luego ella con su estúpida comprensión: «¿Tienes problemas?». Ya sólo oír su tono de voz... Normalmente no tiene nada contra su mujer, pero ese tono de íntima comprensión...

Tan maternal.

A eso se debe seguramente. Es ese tono maternal, y entonces uno reacciona como reacciona con su madre. Se mete en su cuarto y cierra de golpe la puerta y pone delante el armario ropero. Pero no hay que perder la ecuanimidad: en su conjunto, por supuesto, no es culpa de su mujer.

Sino de la otra cretina.

Nota que ya no pisa terreno firme. Es la sensación de riesgo, y Sensenbrink detesta el riesgo. Él es director, maldita sea. Si ansiara el riesgo, sería empresario. Pero ahora esa imbécil, con sus artimañas, lo ha transportado prácticamente al empresariado.

¡Esa tarada!

Era una emisión impecable, en auge continuo. Salida de la nada, nadie daba un céntimo por ella, pero precisamente ése es su fuerte, aunque en los últimos tiempos eso haya caído un poco en el olvido. Que él tiene un séptimo sentido para lo que es un poco peculiar. Un Sensenbrink no corre todo el tiempo detrás del *mainstream*, porque él ya ha visto algunas cosas que funcionan. Pero para eso también hay que ser algo mayor que todas esas criaturitas de la planta.

Gretchen Pavitonta & Co.: cuando les preguntas en qué canal presentaba sus cosas Lorient, <sup>1</sup> van y te dicen que en YouTube.

¡En Radio Bremen era!

¡Eso sí que era televisión!

Sí, ¿y es casualidad que haya sido él quien hizo de AM una mina de oro? Sólo el último programa supuso ciento cincuenta millones, en números redondos, y eso son sólo los ingresos por publicidad, ahí aún no está incluido el *merchandising*. O la subida en bolsa; gracias a sus decisiones, Kärner ha ganado una buena suma. Y eso habría podido seguir así, limpiamente. El año que viene, a más tardar, le habrían tenido que ofrecer a él un puesto en la gerencia del negocio. Una cosa sencillísima y a prueba de bombas. ¿Y en qué lo convierte esa imbécil? En un comando suicida.

Nadie sabe en qué acabará eso.

O, al revés, se sabe incluso con toda precisión: en un completo fracaso. Eso sólo *puede* abocar en un fracaso. Cuando en el juego de la ruleta tu número ha salido no sólo una vez, sino dos veces, no lo pones todo otra vez. Entonces te levantas y dices: «Damas y caballeros, muchas gracias: yo me marchó». Pero no pudimos mirar tan deprisa para ver cómo esa loca ponía otra vez sobre la mesa toda la pasta.

Y ¡zas!, ya está cruzando la frontera con otros ciento cincuenta mil pirados. ¿Qué remedio le quedaba a él sino vendérselo a Kärner como la *story* del siglo? ¿Qué habría tenido que decir él si no? «Hackenbusch es superior a mis fuerzas. Se me escapa de las manos. ¡Hemos de cortar inmediatamente AM!»

Por supuesto que también se habrían podido retirar las cámaras, así, sin más. No se dice que a uno se le ha vuelto loca la estrella, se dice simplemente que ya está bien de miserias y de hostias. Pero entonces, Kärner: «Nadeche Hackenbusch camina con ciento cincuenta mil refugiados en dirección a Europa. ¿Y nosotros no estamos allí? Peor aún: nosotros ya estábamos allí, teníamos acceso exclusivo, ¿y usted da marcha atrás? ¿Qué clase de chalado es usted, oiga? Mañana va a ver a la señora Schaabe, que ya tiene su finiquito».

Y a partir de entonces uno es Sensenbrink, ese tío que quería dejar escapar la mayor *story* de todos los tiempos.

Por tanto, se dejan las cámaras sobre el terreno. Pero entonces no debe calar al exterior que uno, en el fondo, no tiene ni idea de lo que está pasando. Que, en realidad, una imbécil camina por ahí con ciento cincuenta mil refugiados y que uno se limita a ir detrás filmando. Claro, una cadena televisiva puede ser también como un sobre sorpresa. Pero sólo para el espectador. La gente que abastece el sobre sorpresa tiene que saber, evidentemente, lo que allí mete. Y raya en el milagro que él, en lo esencial sólo con las palabras mágicas *Hackenbusch* y *ciento cincuenta mil*, haya logrado disuadir a Kärner de plantear la pregunta que planteará, sin duda alguna, en la próxima reunión. Para entonces ha de haber una respuesta. Razón por la cual el propio Sensenbrink plantea ahora la pregunta:

—Bueno, señoras y señores: ¿cuál es nuestra *story*?

Una sala entera llena de perplejidad. Unos garabatean en sus blocs. Asombroso cuánto pueden dibujar en ese tiempo. Y, sin embargo, no se tiene la impresión de que piensen tan deprisa. La mayoría evita su mirada. A los nuevos redactores se los reconoce en que, al menos a ellos, eso les resulta todavía desagradable.

—¡Despiértense! *Hallo! Input!* ¿Cuál es nuestra *story*?

—Nadeche Hackenbusch —dice Olav con voz cansina.

—Ciento cincuenta mil refugiados —añade Anke. Ella, en el fondo, es digna de confianza.

—¿Y luego qué? ¿Una *gangbang*? ¿Es esto una enumeración de palabras polémicas? Hackenbusch y los refugiados son la premisa, pero ¿cómo continúa la historia?

—¿Cómo vamos a saberlo? —pregunta Olav cogiendo de la bandeja de la mesa un chocoavellana—. La historia está desarrollándose ahora.

—Ajá. ¿Y qué hacemos nosotros? ¿Mirar y escribir?

—Bueno, pues eso es periodismo. ¿No queríamos acercarnos más al periodismo?

—Yo no he dicho «periodismo». Yo dije «Schreinemakers».

—¿Hay alguna diferencia?

Eso proviene de una especie de Viejo de los Alpes con traje. Sensenbrink



trata de retener su rostro, pero se parece demasiado a otros diez Viejos de los Alpes. Sensenbrink reza cada día para que las barbas se pasen por fin de moda y a la gente se le vea otra vez la edad que tiene.

—Schreinemakers sabía perfectamente lo que transmitía —acude en su ayuda Beate Karstleiter.

—Quiero decirnos claramente de qué va esto —dice Sensenbrink con rostro serio—. Probablemente vosotros no sabéis lo que he tenido que insistir a los de allá arriba para que participen en esto. Han cambiado todo el programa para seguir transmitiendo esto. Ahora, en realidad, estarían ya emitiendo cualquier basura en conserva, pero no lo hacen porque la premisa es superatractiva. Os siguen pagando a vosotros, siguen pagando a todo el departamento, aunque las conservas serían más baratas. ¿Cuánto tiempo pensáis que va a continuar esto?

—El tiempo que las cuotas sean como deben ser —dice con descaro un hermano del Viejo de los Alpes.

—Bien, entonces vamos a preguntar si las cuotas son como deben ser. ¿Silvie?

—Las cuotas son desde luego satisfactorias. Pienso que incluso podríamos arriesgarnos a poner la emisión a la hora del telediario.

—Pero tú me dijiste que eso no tenía por qué ser positivo —corrige Sensenbrink a Silvie.

—Sí, claro: la cuota dice sólo cuánta gente está viendo la emisión. Pero no dice por qué, ni si están contentos con lo que ven, o hasta qué punto, ni qué los motiva. Del departamento de audiencias nos llegan reacciones muy diversas. Hayat, ¿querrías decir tú algo?

Sensenbrink no sabe aún si le parece bien o no que esté en la mesa la fémina del pañuelo en la cabeza. Cuanto más la ve en reuniones, tanto más piensa que, ópticamente, se complementa de un modo perfecto con todos esos Viejos de los Alpes. Resulta muy raro cómo los unos tratan de ser supermodernos, y los otros, superconservadores, y luego todos ellos juntos no presentan una apariencia distinta a la de la gente de una aldea de vacas de hace doscientos años. Por otra parte, esa tal Hayat siempre ha analizado sus números con enorme sensatez.

—Las reacciones siempre vienen a decir que a la gente la emisión le parece

estupenda —dice Hayat—. Hoy como ayer. Pero es una situación extremadamente volátil.

Sensenbrink pone un gesto como si en el postre hubiera mordido el hueso de una cereza:

—¿Quién sabe lo que significa volátil?

Nadie toma la palabra.

—Volátil significa: mierda —traduce Sensenbrink perdiendo los nervios—, significa que mañana mismo puede haber un cambio súbito. Eso es precisamente lo que no queremos. Y ahora continuamos con el texto, pero, por favor, en alemán.

—Los espectadores empezaron como fans de AM, pero ahora ya no están tan seguros. Porque AM, también el *special*, siempre ha tenido un toque claramente positivo. Nadeche Hackenbusch acude a la zona. Nadeche Hackenbusch ayuda, alivia, consuela. Eso les parecía bien a los espectadores y les gustaba verlo.

—Y ahora es exactamente igual —dice Olav.

—¡Y además con una *lovestory*! —opina Anke, digna de confianza en el fondo.

—No, hay una diferencia. En *Ángel en la miseria* se podía esperar que después todo estuviera bien. Hubo algunos problemas, y los problemas se resolvieron. Pero ahora la gente no ve solución. No están seguros de cómo acabará el asunto.

—Pero ¿así no tiene la cosa justamente mayor atractivo?

—Sí, por una parte. Pero también es menos gratificante.

—¿Es que tenemos que resolver nosotros ahora el problema de los refugiados o qué?

—Yo sólo sé que la gente discute excitadísima —constata Hayat—. Tenemos un tráfico continuo. Claro, también están las preguntas estándar, muchos quieren hacer donativos y no saben dónde o para qué. Pero también se trata de que la gente está desconcertada. No saben qué historia les estamos contando.

—Eso es igual mientras la historia sea buena —comenta Olav con su amplia sonrisa.

—De momento puede que sea así. A largo plazo es un riesgo para la emisora.

Si AM ha de seguir en antena, yo aconsejaría que, como cadena, se adoptara una posición inequívoca, inatacable. De lo contrario, nos meterán en un casillero del que ya no saldremos.

Sensenbrink se asombra de todo lo que sale del pañuelo de cabeza. De un pañuelo de cabeza que está yendo un poco demasiado lejos, pero que describe de modo preciso la situación.

—Sería también un casillero en el que no quiere meterse el cliente publicitario —dice, para prestar a la representación algo de su peso como jefe.

—Eso depende sólo del producto —dice Olav con indolencia—. Sólo tenemos que hacer ver a la gente que nosotros contamos una modalidad completamente nueva de historia. Un culebrón documental sin guion.

—Algo semejante a los chefs profesionales pero con un tema —dice un Viejo de los Alpes.

—«Hackenbusch huye.»

—¡Y se tira a un negro!

—¡Huuuuuu!

Sensenbrink da varios golpes en la mesa con la palma de la mano. Ve cómo el pañuelo de cabeza respira hondo. No se atreve a hablar sin que le pregunten, así que él la ayuda con un gesto de apoyo. Eso es mejor que inmiscuirse. Ella parece tener una opinión, y Sensenbrink daría mucho por tener también una.

—Documental es cuando se filma lo que ocurre de todas maneras. Pero si se quiere formular con espíritu crítico, somos nosotros quienes lo hemos desencadenado todo. Hasta podría decirse que toda esta operación sólo funciona porque estamos presentes con las cámaras —dice Hayat con impaciencia. Y como no se produce ninguna reacción, añade visiblemente irritada—: El espectador barrunta que aquí podría haber muertos. ¡Muertos! *Porque*. Nosotros. Estamos. Presentes. Con. La. Cámara.

—Bueno, bueno, yo no lo diría así —la frena Sensenbrink—, pero la compañera Hayat tiene toda la razón: con mala intención podrían darle la vuelta en ese sentido. Dejo claro otra vez para todos: a causa de una serie de circunstancias completamente inusitadas hemos ido a ponernos en una posición difícil, y lo impresionante es que asumimos plenamente nuestra responsabilidad.

Eso no lo hace casi ninguna cadena. Pero también tenemos una responsabilidad frente a la emisora.

Sensenbrink reflexiona intensamente. Ahora necesitaría un puente, una transición irrefutable a sus medidas o algo así. Con que él tuviera una idea...

—¿Y eso significa? —pregunta Anke, digna de confianza en el fondo.

—Eso significa —titubea Sensenbrink— que..., quiero decir que todos sabíamos que esto era un gran experimento. Por eso le pedimos a Nadeche que se quedara allí. ¡Santo Dios, lo que me costó persuadir a esa mujer! Pero, como ha dicho Olav con toda la razón, no sabemos en qué terminará todo el asunto. Es posible, digamos, que no acabe muy bien. Quizá mueran, en efecto, algunas personas. O incluso, si la cosa se pone fea, muchas. Y entonces lo que no debe ocurrir es que... —Sensenbrink se interrumpe: siente vahídos ante la idea de que Kärner lo llame a su despacho porque de pronto aparecen en la pantalla los primeros cadáveres infantiles.

—Y entonces lo que no debe ocurrir es que nosotros quedemos como la cadena que, por una cuota de pantalla, lleva al agotamiento a los refugiados —termina la frase Karstleiter—. Ya ven ustedes: necesitamos una posición que permita a la cadena describir el asunto sin identificarse con él.

—Bueno, eso ha sonado un poco demasiado correcto —dice Sensenbrink—; mejor es resumirlo así: de ningún modo debe parecer que esto es la gran ayuda de MyTV a los refugiados.

—Entonces Nadeche es el problema —dice Olav sosegadamente.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, si no estuviera en la zona, tampoco estaríamos nosotros. De todos modos, es lo que estaba planeado, que lo dejásemos. Si nos hubiéramos limitado a emitir el final y ella hubiera vuelto a casa, ahora no habría problemas.

—Entonces tendremos que ir a buscarla —suspira Karstleiter—, no puede ser difícil. Tan entusiasmada no estaba al principio.

Esto marcha ahora en una dirección completamente equivocada, piensa Sensenbrink.

—Ésa..., ésa no debería ser nuestra primera opción —la interrumpe—. También tenemos que pensar en los números de la empresa, en los clientes

publicitarios. Y en la gente.

—Los clientes publicitarios también son gente —pincha Olav.

—Ya sé que ha peleado por ello —dice Anke, digna de confianza en el fondo—, pero usted mismo ha dicho: el riesgo es simplemente demasiado elevado.

—A pesar de ello ya no podemos dejarlo —replica Sensenbrink. Ahora parece más resuelto porque acaba de ocurrírsele un buen argumento—. Si es posible verlo como ha dicho Hayat, si todo esto ocurre *porque* nuestras cámaras están presentes, entonces los espectadores, al revés, nos lo echarían en cara si quitásemos las cámaras a esa gente. Las cámaras y con ellas también —Sensenbrink hace una pequeña pausa— la esperanza. Sería como si nosotros los dejásemos en la estacada. Nosotros y, hummm, todos los espectadores.

—Bueno, los espectadores podrían de alguna manera seguir haciendo donativos o algo así —dice un Viejo de los Alpes.

—Eso no podemos hacerlo. —Beate Karstleiter niega con la cabeza.

—Otros lo hacen.

—Sí, para refugiados metidos en sus campos. Eso siempre es posible. Pero no podemos recaudar donativos para gente que se encamina hacia nosotros. Eso nos convierte prácticamente en traficantes de personas.

—No, un momento —objeta Anke, digna de confianza en el fondo. Los traficantes *cobran* dinero, nosotros no.

—Sin embargo, no es posible —dice Sensenbrink con brusquedad—, pensad un poco. MyTV trae ciento cincuenta mil refugiados a Alemania. ¡Eso es una acción completamente ilegal! Venga, venga, venga. Necesitamos propuestas realistas.

—Menschen für Menschen! <sup>2</sup> —dice de golpe el pañuelo de cabeza.

—¿Cómo?

—Menschen für Menschen —repite el pañuelo de cabeza—, ¿no se acuerdan?

—¿El fulanita aquel?

—¿El de las películas de Sissi?

—Ése también ayudó a gente de África. Empezó con una apuesta en un programa televisivo, en *¿Apostamos?* Allí reunió cierto dinero y, con él, viajó a África y ayudó a la gente.

—¡Karlheinz Böhm! —se le escapa a Olav—. Así se llamaba.

—Bien. ¿Y eso qué nos aporta?

—Podríamos replicar el modelo —dice el pañuelo de cabeza—. Entonces no tendríamos que traer a casa a la señora Hackenbusch.

En los otros semblantes, Sensenbrink ve que tratan de adivinar, lo mismo que él, dónde está la diferencia.

—Y además —dice el pañuelo de cabeza que ahora ha perdido un poco la seguridad— no sería una acción nuestra. Nosotros podríamos informar otra vez con total normalidad...

—¿Cuando Nadeche Hackenbusch recolecte el dinero? —insiste Karstleiter despacio.

—¡Buah! —exclama Olav—. Justamente. La historia empieza con que nosotros hemos hecho un documental completamente normal. Y en su transcurso a Nadeche se le ha ocurrido la idea...

—Ella se pone en marcha con los refugiados y si alguien quiere hacer un donativo, que se lo entregue a ella —comprende ahora Anke, digna de confianza en el fondo.

—Eso, evidentemente, habría que organizarlo de manera que nada de ello pase por la cadena —toma nota Karstleiter—. Nosotros, entonces, sólo somos el equipo de televisión que informa sobre ese asunto, como cualquier otra cadena podría...

—Con la diferencia de que nosotros tenemos en todo momento acceso a los protagonistas —subraya Sensenbrink.

—Pero estamos presentes con alma, vida y corazón. Sufrimos con ellos, esperamos con ellos...

—... no con la cosa en sí...

—... no con la cosa en sí, eso ya lo dijo Hape Friedrichs...

—... Hajo, se llama, nunca hay que tener nada que ver con ningún asunto...

—... no, pero ¡con los seres humanos...!

—¡Eso es, con los seres humanos!

—Nosotros estamos con ellos cada día, acompañamos la acción de Nadeche Hackenbusch...

—Que todavía necesita un nombre llamativo...

—¡Hackenflucht! <sup>3</sup>

—¡De puta madre!

Sensenbrink se reclina relajado en el asiento. Contempla con simpatía al pañuelo de cabeza, le dirige una sonrisa. Y ya sabe cómo se lo presentará a Kärner en la próxima reunión. «Señor Kärner: tenemos a Karlheinz Böhm con tetas.»

Carlo está bien. Carlo no es uno de esos italianos que dan coba cantando y tuteándote y con grappa a cuenta de la casa. En la pared no hay ningún puente de Rialto que parece pintado por un niño de cuatro años, con paseo marítimo delante y de poliestireno comprado en los almacenes de bricolaje.

Tampoco hay pantallas para el fútbol ni fuego de chimenea.

Ni pizza de horno de leña.

Carlo tiene estilo. Y Carlo tiene un rallador de trufas que maneja sólo él. Cuando conoce bien a un cliente, corta sobre la comida trufas especialmente largas. Eso se puede añadir a cualquier manjar, va con todo, es, en el fondo, lo que antes era el queso parmesano, pero para personas con gusto. No es que al secretario de Estado le gusten de manera particular las trufas, al aroma hay que acostumbrarse, tira un poco a ajo y a ese tufo suave, como de cebolla, que sólo se soporta en la boca de la pareja de uno. Pero otras cosas se tarda un poco más en saber apreciarlas. Las aceitunas y la cerveza blanca no le gustaban al principio. Ni el Red Bull. Carlo, en cualquier caso, no tiene la culpa de que el secretario de Estado revuelva sin ganas su ensalada.

—¿Viste ayer en la tele a tu amiga? —pregunta Lohm.

Lohm está sentado enfrente de él y ya casi se ha terminado la pasta.

—¡No me hables! —Quizá debería haber pedido sólo una sopa en lugar de ensalada, pero las sopas de Carlo suelen ser bastante sosas—. Esa mujer ha perdido definitivamente los papeles.

—No sé. A mí me gusta bromear al respecto, pero si te digo la verdad: esto empieza a parecerse a Karlheinz Böhm.

—¡Karlheinz Böhm! —El secretario de Estado pronuncia el apellido como si fuera demasiado para él—. ¿Será posible? Karlheinz Böhm en chiflado, quizá.

—Puede ser, pero con todo: que precisamente sea una como Hackenbusch



quien haga algo así.

—Así ves por una vez lo absurdo que es todo ese asunto.

—Pero también superinteresante. Eso no lo hace nadie normal; si quieres sacar adelante algo así, necesitas idiotas.

—¡Así que tú también!

—¿Quién más?

—¡Adivina adivinanza! El viejo. Es absurdo.

—Sin embargo, Leubl hasta ahora no ha estado equivocado del todo, ¿no?

El secretario de Estado aparta completamente la ensalada. Lohm lo mira con gesto interrogativo y, al no percibir ninguna reacción, tira tranquilamente de la fuente hacia sí.

—Tu jefe vio con bastante claridad que la situación sería difícil de controlar.

El secretario de Estado mira a Lohm, que empieza a apartar con el tenedor rodajitas de zanahoria.

—Sí, sí, sí. La locura siempre es difícil de controlar. Pero no deja de ser locura.

—Es lo que yo digo —gruñe Lohm, evitando las zanahorias.

—Esto desemboca en una catástrofe humanitaria.

—¿Es que ha empeorado? —Lohm sólo pincha tomates cherry.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —empieza Lohm, y al decirlo se le escapa un tomatito del tenedor. Lo coge entre los dedos y se lo mete satisfecho en la boca—. Empezó ya como catástrofe humanitaria.

El secretario de Estado reflexiona un momento.

—Las cosas siempre pueden empeorar, y entonces tampoco a ellos les parecerá bien. Imagínatelo: cien mil personas que se meten en el desierto. ¡Sin ningún plan!

—Quizá sí lo tengan.

—¿Me estás tocando los cojones o qué?

—No, pero ¿por qué se lanzan de pronto cien mil personas al desierto?

—¿Soy yo Jesús? En el caso de las ballenas tampoco sabe nadie por qué de pronto se quedan varadas en tierra.

—Pero éstos no son ballenas.

—Entonces es una histeria colectiva o vaya usted a saber.

—¿Lo es? Esa gente pone en peligro su vida. Claro, siempre hay personas que asumen un riesgo mayor. Pero no cien mil.

El secretario de Estado inspira y expulsa el aire con irritación.

—Vale, de acuerdo. Supongamos que tienes razón y que no es una histeria colectiva. ¿Qué clase de plan es el que tienen?

—Ni idea. Qué preguntas me haces. Yo sólo sé que las personas no son ballenas.

El secretario de Estado, molesto, guarda silencio. Pesca al vuelo la mirada de una camarera y pide dos cafés, mientras Lohm, con asombrosa habilidad, pliega en la boca las enormes hojas de lechuga. Llega el café. El secretario de Estado no toma azúcar. Sin embargo, lo remueve.

—Bueno, vale. Vamos a hacer como si hubiera un plan. ¿Cómo funciona eso? Lohm mastica pensativo.

—Ciento cincuenta mil personas. Quizá suena a mucho y no es tanto.

—Probablemente exageran, de todos modos —reflexiona el secretario de Estado—. Pero quedémonos con los ciento cincuenta mil. Ahora tú vas a Protección Civil y preguntas lo que se necesita para abastecer mínimamente a ciento cincuenta mil personas. Mírate los gastos que ya ocasionan los festejos de cualquier barrio de una ciudad.

—Esa gente quizá se las arregle con menos. Por lo que sabemos, ellos no tienen allá abajo tantos festejos populares, así que se puede prescindir de los puestos de policía móviles.

—Y sin embargo —le corta la palabra con impaciencia el secretario de Estado—, ¿qué es lo mínimo? ¿Qué necesita cada persona?

—¿Agua?

—Exacto. Y además ni siquiera para ducharse, sino sólo para beber. Digamos que cada persona necesita diez litros diarios, son un millón y medio de litros.

—¿Eso es mucho? ¿Cuánto cabe en uno de esos camiones cisterna?

—¿Medio millón?

—Una bañera son ciento veinte litros, creo.

—¿Cuántas bañeras son un camión cisterna?

Lohm suelta el tenedor y saca su iPhone. Teclea un momento y luego lee:

—Un camión cisterna tiene entre veinte y cuarenta mil litros.

—Okey. Digamos que treinta mil. Un millón y medio de litros divididos por treinta mil son cincuenta camiones.

—Eso es posible, en el fondo.

—Sí, pero no una vez. Sino cada día. Para ello necesitas no sólo los camiones, necesitas también los conductores, y eso no sólo durante quince días. Si quieren hacer la travesía entera, habrá que abastecerlos durante años.

—¡Vaya! En esa empresa demencial ahora hay incluso trabajos fijos.

El secretario de Estado mira furioso a Lohm.

—No me mires así. No estoy diciendo que todo vaya a salir bien. Sólo hemos dicho que no hay ningún plan, y apenas cinco minutos después ya tenemos un buen motivo de por qué alguien podría tener interés en que no se mueran todos de sed. Y no hablamos sólo de los que transportan el agua. Porque también tienen que comer.

—Sí, pero guisar no pueden. En algún momento eso se termina. No tienen en reserva cocinas de campaña. Ni leña ni bombonas de gas para ciento cincuenta mil personas. No puede funcionar.

—¿Funciona lo del agua, pero no lo de la comida?

—¡Esto no es el ejército alemán! Éstos son una panda de gilipollas en chanclas de playa. ¡Perdona, pero así es!

—Entonces punto final.

—Exacto.

—Morirán como chinches.

—Exacto. Pero es horrible.

—Claro. Horrible.

—Entonces estamos de acuerdo.

El secretario de Estado apoya su afirmación tomándose de un trago el expreso. Lohm se lo bebe a sorbitos. El secretario de Estado leyó una vez que un café expreso no se ingiere de golpe como un aguardiente. Pero por otra parte ha visto a italianos trincándose un expreso. ¿A quién se ha de creer?

—Lo de la comida es sólo *un* problema. La diferencia hasta ahora es ésta: con un traficante, el viaje era más rápido, y se atravesaban en el camión todas esas regiones en las que no hay sino arena y carretera. Y sin decir que los negros sean cortos de luces: tienen que recorrerlo todo a pie —trata de convencer a Lohm—. Son zonas sin la menor infraestructura. Ni una aldea, nada de nada. Y además han de cargar con todos los arreos. Por poner en duda que sean capaces de todo eso no se es un racista. Tampoco lo lograrían los estadounidenses.

—Sí, vale, vale.

—¡Piénsalo bien! Ciento cincuenta mil: ¡imposible! Eso es la totalidad del ejército invasor de Estados Unidos en Iraq.

—Sí, sí. Me rindo. Has ganado.

El secretario de Estado se deja caer en su silla.

—Gracias a Dios. Ya casi me habías puesto nervioso.

—Bueno —dice Lohm—. Entonces sólo quedan las imágenes.

—¿Cómo?

—¡Las imágenes! Recuérдалo: no es sólo una cuestión de logística.

El secretario de Estado se sobresalta. Es cierto.

—No es un montón de refugiados que la palman en alguna parte —dice Lohm—. Es un montón de refugiados que tienen un espacio televisivo propio. Conducido por Nadeche Hackenbusch. Eso barre del mercado cualquier serie televisiva.

—Eso se desinflará...

—Justamente. Gente que muere, gente que muere de sed, la mujer imponente por excelencia, amartelada con un refugiado guapo y compasivo y llorando lágrimas amargas: y todo eso en auténtico, en tiempo real. Puedes apostar a que se irá anquilosando hasta acabarse; yo apuesto lo contrario, de todas todas. Cinco contra uno.

El secretario de Estado no se inmuta.

—Te digo que si lo hacen bien, no sólo tendrán cantidad de espectadores. Los tendrán a todos: a los ávidos de sensaciones. A los filántropos. A los nazis, porque los exalta. Porque es algo tan distinto: no un reportero estrella al que tras el rodaje se le ofrece agua...

—Si lo hacen bien...

—Pensándolo bien, es como un campamento de la jungla con muertos auténticos y con Nadeche Hackenbusch en peligro de muerte. ¿Cómo puede haber ahí algo equivocado?

—A ti te divierte mucho, ¿no?

—¿Qué quieres? Yo sigo estando con los Verdes. Y por mucho que hagamos mal, nunca hemos creído que aislarse a piedra y lodo sea la solución.

—Ciento cincuenta mil personas caminan hacia la muerte y todo lo que tú piensas es: nosotros lo hemos dicho siempre. Incluso los buenistas eran mejores antes.

Lohm no dice nada. El secretario de Estado tampoco. Mira a través de Lohm. Sabe muy bien, por supuesto, que ningún espectáculo se mantiene durante años, pero un sólido interés, sí. Ve lo que Nadeche Hackenbusch ya consiguió en las primeras emisiones del albergue de refugiados.

—Les da un rostro a los refugiados.

—¿Eh?

—Les dará un rostro —dice con tono sombrío el secretario de Estado—. Y entonces se acabó. Entonces ya no podrá considerarse objetivamente el problema de los refugiados.

—¿Se ha podido alguna vez?

—Entonces nos machacarán. Entre los fans de los refugiados y los nazis auténticos. —El secretario de Estado sacude la cabeza—. No, todo lleva a esa necia. Tenemos que quitarla de ahí.

—Muy buen plan. Si alguien da la impresión de ser una persona que se deja apartar sin más de donde sea, esa persona es sin duda Hackenbusch.

—¿Tienes una propuesta mejor?

—Claro. Haz que parezca un accidente.

—¡Eso ya no es broma! —Mira desesperado a Lohm.

Lohm deja de burlarse:

—¿Quieres que te diga algo agradable?

—¿Y qué sería?

—No eres tú quien tiene que tomar la decisión. Al fin y al cabo, esto es por lo

pronto asunto del Ministerio de Exteriores. O asunto de tu jefe, pero en cualquier caso, no tuyo.

A veces envidia a Lohm. Esa capacidad de reprimir o de aplazar las cosas. Retirarse a su trabajo y hacer como si no hubiera otra cosa. Incluso entonces, cuando los norteamericanos votaron a Trump. La OTAN puesta en entredicho, el orden del mundo en su totalidad, y Lohm se metía en su mundillo del medio ambiente como si fuera exactamente igual de importante que antes. Como si en un mundo en el que Estados Unidos no toma parte en la protección del medio ambiente importase un camino que se salve o que se aplaste con el coche a un sapo. Pero Lohm, en caso de necesidad, puede reducir sin más su horizonte al del Ministerio de Medio Ambiente o al de la parrillada que van a organizar el fin de semana. Tampoco intenta ocultarlo. La filosofía de Lohm es ésta: «El mundo produce cada día más basura. Y alguna vez tiene que salir a la superficie. Mi tarea no es hacer que la basura desaparezca. Mi tarea es que no salga a la superficie aquí, sino en algún otro sitio. Que no salga a la superficie hoy, sino en algún otro momento. Y eso es lo que hago. Yo no planto manzanitos.<sup>1</sup> Yo desplazo basura de aquí para allá y de hoy a mañana.

—¿Y si llega un momento en que no puedes impedir que mañana la basura salga aquí a la superficie? —le preguntó una vez el secretario de Estado.

—Entonces mañana estaré en otro sitio.

De eso es incapaz el secretario de Estado. Comparte sin duda el pesimismo básico de Lohm, pero detesta poner parches y considera una derrota tener que recurrir a tales medidas. Eso es también lo que admira en Leubl, su preferencia por las soluciones grandes, radicales, categóricas, para las que también vale la pena organizar mayorías. Pero ahí no logra ver solución alguna.

No confía en los compañeros del Ministerio de Exteriores. ¿Por qué van a resolver el problema? ¿Para que al día siguiente más payasos de la televisión se lancen sobre cualquier región en crisis con la seguridad de que, si hay problemas, el Ministerio de Exteriores los protegerá? La única esperanza es la distancia. La dificultad de proveer y coordinar a ciento cincuenta mil personas, y eso durante meses. Durante años. Si la cosa se desinfla por sí sola, entonces todo estará bien. Eso es lo que él detesta. No poder planificar. No decidir. Sólo

mantenerse a la espera. Eso es lo que le resulta más difícil. Eso y saber que quien encuentre ahora una solución adecuada tiene asegurado un cargo de ministro.

# 10.000 kilómetros por amor

**Nadeche Hackenbusch y Lionel: la megaestrella ha tomado una decisión con el corazón. Ahora el destino de 150.000 personas depende de que prospere la dicha de dos jóvenes.**

*Por Astrid von Roëll*

Todos conocemos el cuento del patito feo que después se convierte en un cisne que muere. Pero esta vez todo es distinto: el cisne no muere, y el patito no es feo. Sino que es la historia de una mujer joven y fuerte, que por su amor lo pone todo en el platillo de la balanza y con ello conquista los corazones del mundo entero. Es la historia de una mujer que se reinventa radicalmente a sí misma, que por fin, por fin, vive el sueño que nunca antes ha soñado mujer alguna. Nadeche Hackenbusch ha hecho ahora realidad ese sueño: ha abandonado a su marido para acompañar en su camino a Europa al gran amor que sólo se encuentra una vez en la vida. A pie y sola. Con 150.000 refugiados.

Diez mil kilómetros. Ha de ser una marcha por el derecho a vivir, una marcha por el derecho a una chispa de esperanza y una marcha por el derecho a una pequeña felicidad. Una marcha llena de peligros, cuyo final nadie puede predecir. Esa preocupación, esa inseguridad, qué difíciles son de soportar.

Ya no es la Nadeche Hackenbusch de hace pocas semanas. Cuando voy a verla, su larga y suave melena está recogida en un práctico moño. Sus largas piernas están cubiertas por un sencillo pantalón beige de trekking (Black Diamond), lleva la chaqueta Softshell de Mammüt abierta, una sencilla camiseta azul en lana merino subraya su modesta apariencia. Ella nota que miro con sorpresa sus delgadas manos y se ríe: «Sí, ya lo sé, las uñas no están pintadas,



hace ocho semanas eso habría sido inimaginable para mí. Pero en la vida todo puede cambiar con mucha rapidez. Bueno: ¿lo puedes creer? Yo misma casi no me lo puedo creer».

Ante su mirada interior desfilan, como una película a la que se pasa revista, los tan recientes recuerdos de los últimos días: no hace ni 48 horas que Nadeche Hackenbusch da a conocer en su espacio televisivo la separación de su marido, Nicolai von Kraken, con quien llevaba casada muchos años. Corren rumores, se piensa en voz alta, se dice que el programa se prolongaría quizá unos días a causa de la crisis del matrimonio Hackenbusch. Pero el día para el que la cadena había anunciado el gran final, Nadeche Hackenbusch sorprende con otra noticia: ahora, eso revela a la expectante opinión pública mundial, regresará a Alemania: pero ¡no sola!

### **«Ha sido una decisión espontánea»**

«Ha sido una decisión espontánea —cuenta la presentadora estrella—, había en mí una voz que decía que así no podía continuar.» ¿Esa voz puede ser otra que la del corazón? Porque el motivo de la separación —las lectoras de *EVANGELINE* seguramente lo adivinarán antes que los demás— es su asombroso nuevo compañero, Lionel. El hombre a quien llamaban «el alma del campo de refugiados», el resuelto filántropo, el joven Gandhi de África, que con su amorosa sinceridad y sus sugestivas verdades ha conquistado por asalto toda Alemania. Y lo que para los observadores que no conocen a Nadeche Hackenbusch podría parecer un súbito ligue de verano es en verdad también el encuentro con una persona singular que despide luces mágicas. Con una persona singular que tiene un destino singular que no puede ser más amargo: él, el incansable valedor de los desvalidos, es de un mundo ajeno y le está vedado el camino a nuestro país.

Se le nota a Nadeche Hackenbusch que ese destino cruel la mantiene inquieta, preocupada, influye en ella. Entre sus ojos ha aparecido una pequeña arruga, una arruga que presta a su rostro joven una inesperada madurez, una madurez hecha de reflexión y de ira. Muestra la rabia de una mujer que no es un gobernante. Una mujer que siempre ve lo que necesita la gente, y no sólo lo que debe hacer

la gente. «Yo no puedo cambiar las leyes de los hombres —dice con valentía apartándose detrás de la oreja un mechón suelto—, pero puedo luchar contra sus consecuencias inhumanas. Y eso lo hago al lado de Lionel. Él es el hombre que esa gente necesita ahora más que ninguna otra cosa.»

### **Lionel ha mirado al hambre a los ojos**

No lo dice de forma expresa, pero sí con claridad: ahí se está cociendo un amor grande grande. Porque no es sólo esa gente del campo de refugiados la que tiene puesta sus esperanzas en ese joven apuesto y esbelto, de mirada tierna y misteriosa. Es también la mujer que hay en Nadeche Hackenbusch la que necesita como una tierna flor el optimismo de ese hombre. Y es conmovedor que Nadeche Hackenbusch, siendo en toda Europa una superestrella, posponga aquí abnegadamente sus propias necesidades, renuncie a la mujer que hay detrás del ángel: mientras que los ojos del mundo se concentran en la impresionante masa humana que rodea a la joven y recién enamorada pareja en esa travesía llena de peligros, ella no tiene en cuenta sus propios deseos. «Tenemos tanto que hacer, nos vemos tan poco», dice, y sólo quien la conoce desde hace tiempo puede oír en su firme voz el ligero temblor que muestra cuánto esfuerzo cuesta ser en estos días y en estas horas Nadeche Hackenbusch. Porque aunque sea en Lionel en quien confía la gente, nada funciona sin la energía de ella.

Pero a pesar de que ahora lo importante es la ayuda a los demás, la preocupación por esa carga continua obliga a aventurar una mirada en el alma de Nadeche Hackenbusch. Es peligroso hacer caso omiso a las emociones intensas y sentimientos profundos cuando se está inmerso en un gran estrés, por eso ahora, en medio del calor y el polvo de África, es el momento de plantear la pregunta que conmueve a millones de alemanes:

¿Qué pasa con Nicolai von Kraken?

«Lo siento por Nicolai —dice Nadeche Hackenbusch bajando la voz mientras con el antebrazo se enjuga el sudor de la frente—, pero él sabía que no estábamos destinados el uno al otro por toda la eternidad. Nicolai necesita otra persona, él es todavía un niño. Sí, claro, la adopción, la aceptación de mis hijos le ha hecho madurar. Pero lo que yo he vivido en los últimos meses me ha

catapultado aún más hacia delante en mi desarrollo personal y eso me ha alejado más aún de él. No hay más que comparar, simplemente: Lionel es un hombre que ha mirado al hambre a los ojos, un hombre que ha vivido la vida de este continente. África es extraordinariamente bella y cruel, con tigres y serpientes venenosas.»

### **Un encuentro que despide luces mágicas**

¿Y qué será de sus hijos? ¿De Keel, cuyos robos en tiendas pertenecen por fin al pasado? ¿De Mynce, que está a punto de dar el paso al colegio privado de St. Zwerenz? ¿No la necesitan también sus dos hijos? Nadeche Hackenbusch traga saliva como sólo puede hacerlo una madre. Le resulta difícil responder. Es uno de los raros momentos en la vida en los que también han de quedar relegados los deberes y el afecto de una madre. Porque Nadeche Hackenbusch sabe que ningún ángel puede ayudar sin la fuerza del amor. Y 150.000 personas no podrán encontrar el camino correcto si Lionel y ella no logran permanecer juntos para siempre.

Esta vez no es sólo amor. Es sin duda el amor más importante del mundo.

Hay que ocuparse de todo. Mahmoud no tiene absolutamente nada bajo control. En realidad pensaba que podía fiarse de él, y le encomendó que se encargara del agua y de la comida. Mahmoud sólo debía controlar que todos pagasen y que el agua y la comida se hallaran en un estado aceptable. Y debía coordinar a la gente que lo ayuda. Sí, es cierto que todo fue muy deprisa. Claro que él debería haber sospechado cuando Mahmoud le preguntó: «¿Me nombras almirante del agua y de la comida?». Pero es que estaba encantado de haber liquidado tan rápidamente el asunto. Y, a decir verdad ¿a quién podría haber elegido, si no? Ha incorporado a todos sus contactos, a todos, sólo ha dejado fuera a los idiotas consumados. Y de Mahmoud se pueden decir muchas cosas, pero tonto no es. En el caso de un hombre no se sabe nunca qué es lo que de pronto le hace perder el juicio: puede ser una mujer, o el dinero o, como en el caso de Mahmoud, un cargo. Por eso, en último término, él no se ha quitado nada de encima, porque desde entonces Mahmoud está cada día más ocupado reflexionando sobre qué distintivos deberían confeccionarse. Se ha agenciado una vieja gorra de capitán de barco, a saber de dónde la ha sacado, pero eso mismo podría uno preguntarse sobre las hombreras que se ha cosido en la camiseta.

¿Y qué estúpido título es ése de «almirante del agua y de la comida»? ¿Por qué «almirante»? Mahmoud no ha estado nunca en la Marina. Ése se pone a nadar todo lo más si se le embute en un cocodrilo.

O sea que otra vez recae todo en él. Puede estar contento de que al menos la jerarquía funcione medianamente. Quien ha trabajado alguna vez como traficante sabe la manera de controlar con rapidez y de tratar a la gente que no ha pagado. Pero más allá de eso no se puede exigir mucho. Él, entretanto, ha logrado a duras penas que en cada camión haya una o dos personas conocidas

suyas y relativamente de su confianza. Si algo no funciona, le informan a él. Malaika le presta entonces uno de sus coches angélicos color rosa para que él llegue deprisa al sector requerido del convoy. Los treinta minutos que necesita a veces para trasladarse hasta allí, treinta minutos en los que su teléfono móvil a menudo no tiene cobertura, son los momentos en los que le resulta más fácil dormir.

—¡Hemos llegado!

—¿Ehhh?

—¡Camión veintinueve!

Lionel se pasa la mano húmeda por los ojos. Después se siente algo más fresco, como si un perro le hubiera lamido el rostro. Obliga a los párpados hinchados a abrirse del todo y se apea. Mira a su alrededor. Han rodeado el coche, lo miran radiantes, los niños ríen y dan gritos de júbilo, como si desde ese momento él fuera a llevarlos en brazos. A veces no comprende de dónde saca Malaika su energía, esa inagotable, esa espantosa energía. Es increíble lo incansable que es en el trabajo. Pero hay una diferencia entre ir por ahí todo el tiempo como un hada buena regalando agua o medicamentos o esas prendas extrañas que las mujeres de Europa se ponen delante de los pechos como bueyes delante del arado, y ser responsable de toda la puta mierda restante.

Mete un pie por debajo del guardabarros y lo pone sobre los neumáticos delanteros. Quejándose como un viejo se levanta a pulso para tener una visión de conjunto. Detrás de todos los niños ve a Orma, que saluda con la mano, y se abre camino hacia él entre la muchedumbre.

—Quieren hablar contigo.

—Pero ¡joder! He dicho que te los quites de encima. Es siempre lo mismo, de todos modos.

—No. Esta vez dicen que es otra cosa.

—¿Y tú te lo has creído? ¡Orma, por favor! ¡Ése es el cuento más antiguo de todos!

Se acercan a él tres figuras. Un hombre como una montaña, podría estar cerca de los cuarenta años; otro con gafas, y una mujer a la que ya se le ve que tiene

una voz insoportable. La montaña trata de decir algo, pero la mujer lo empuja a un lado.

—¿Para qué pagamos cinco dólares?

Claro. Siempre lo mismo. Sólo el tono de voz es distinto. La mujer habla más deprisa que otras mujeres. Y con voz más aguda. Mucho más. A veces los niños, jugando, intentan gritar con voz muy aguda, pero esa mujer los supera a todos. Él no tenía conciencia de que se puede hablar en un tono tan alto.

—¡El agua no basta!

—El agua tiene que bastar —suspira Lionel—. ¡Y basta también!

—La sed no es todo. También tenemos que lavarnos.

¡Esa voz! Como si uno se metiera con fuerza en el oído un largo clavo oxidado. Y le diera vueltas después. Por eso se pone tan contento cuando suena su móvil.

—Hola, hola, ¿qué hace mi caminante preferido? ¿Qué tal va todo?

En el fondo es sorprendente que Mojo no haya llamado hasta ahora.

—No bien.

—Así debe ser. Antes de la cima, las piernas pesan más que nunca.

—Hemos de hablar.

—En realidad, no. Las historias de caminantes son las más aburridas del mundo. O bien es muy pronunciada la cuesta arriba, o bien la cuesta abajo, o alguien se ha perdido. Las historias sólo son verdaderamente interesantes cuando muere el caminante, pero tú aún puedes hablar por teléfono. Y yo tengo aquí las diez temporadas completas de *Los vigilantes de la playa*. ¿Conoces *Los vigilantes de la playa*? Un clásico. O sea, sin mucha cháchara. ¿Dónde está mi pasta?

—Yo no la tengo.

La mujer chillona lo mira esperanzada. Él mira más allá de ella, al polvo, a la arena y a la inmensa, inmensa nada.

—Sorry, hay algo en la línea. Me ha sonado como si dijeras que no la tienes.

—Y no la tengo.

Mojo se ríe.

—Eres un gracioso. Pero has estado conmigo en mi despacho. Has visto qué

televisor tengo. Tú pensaste quizá: este Mojo es uno de esos que se compran grandes televisores para causar impresión en algunos negros imbéciles. Pero eso es un error. No soy así.

—Yo...

—Perdona, no he terminado aún. Yo compro televisores grandes porque me gusta ver la televisión. Tampoco quiero ninguna imagen grande, inflada, sino HD. No quiero ver cómo los pezones de Pamela Anderson se descomponen en pequeños cuadraditos. Los pezones han de ser tan nítidos que, cuando toco el televisor, quiero que Pamela Anderson chillé. Así que las series aquí están en Blu-Ray.

—Pero...

—Pero no están todavía en Blu-Ray, ¿no quieres decir eso? Espera, ¿podemos estar seguros de eso?

—No sé...

—Yo tampoco. ¿Le pregunto a Bandele?

—Eso...

—¡Bandele! ¿Ha salido ya *Los vigilantes de la playa* en Blu-Ray? —Mojo chasquea la lengua—. Ahora sí que me interesa.

Luego se ríe otra vez.

—Tendrías que ver cómo ese negrito se rompe la cabeza. Bandele, tú eres correcto. Eres un idiota, pero eres *okey*. Pero el tío que tengo aquí, nuestro putero de la tele, éste no es un idiota. Éste es un tío listo. ¿Me oyes?

—¿Qué? —Lionel trata de no aparentar que está a punto de perder los nervios, aunque en realidad está increíblemente cansado.

—¡Que si oyes lo que digo!

—Sí, claro.

—Estoy diciendo que eres un tío listo. Tú estás pensando: Mojo me toma el pelo, sé muy bien que toda la edición de *Los vigilantes de la playa* sólo ha aparecido en DVD. Y por eso te digo: tienes razón. Y a pesar de ello te equivocas. Delante de mí tengo toda la edición de *Los vigilantes de la playa* en Blu-Ray. Una edición especial. Conozco a un tío que me lo hace. Y no es una

cosa de ordenador que no cuesta nada, eso lo hace él para mí en un auténtico estudio norteamericano. Porque soy un aficionado. ¿Sabes lo que eso significa?

—Me lo imagino.

Mojo hace una pausa.

—¿De verdad?

—Bueno, seguramente no te facturan sólo las escenas de las tetas, sino todo, incluidos los créditos del final. Eso es más caro aún y quieres que yo tenga miedo porque puedes gastar una fortuna para *Los vigilantes de la playa*. Pero a ti no te servirá de nada que yo tenga miedo. Tengo miedo continuamente. El problema no es tampoco que tenga poco miedo. El problema es que tenemos un problema.

—¡Oh, oh! El cliente no está contento. ¿Puedo hacerme cargo de una reclamación? ¿Tenía usted otra idea de nuestro producto?

Tiene que admitirlo: al principio no tenía ninguna idea precisa. Y él mismo está asombrado de que haya funcionado hasta ahora. Él sólo vio cómo su gran oportunidad para ir a Europa, a Alemania, se rompía ante sus propios ojos y entonces tomó el único plan de emergencia de que podía disponer a toda prisa. Y aunque las probabilidades de éxito hubieran sido el doble de malas, lo habría hecho de todos modos, porque todo era mejor que la absoluta seguridad de terminar su vida en ese continente totalmente ruinoso. Sin embargo, evidentemente tenía miedo desde el principio. Sobre todo del desengaño.

El primer día no temía nada tanto como la llegada. El momento en el que llegase y no encontrase nada de las promesas de Mojo. Ya se imaginaba caminando, diciéndose a sí mismo que no debía perder la paciencia, que todo era muy difícil de poner en marcha, que llegaría todo a tiempo, y cómo después caía la noche y comprendía claramente que el agua de Mojo no llegaría, que nunca llegaría, que Mojo lo había dejado en la estacada o lo había engañado, o ambas cosas.

Y luego, en efecto, apareció el camión.

Un Zil lleno de abolladuras, de Rusia, de los años cincuenta o sesenta, pero en buen estado de motor. Y no sólo ése. Mojo los agenció todos. Tal como había



anunciado. Un kilómetro más allá estaba el siguiente. Y otro kilómetro más allá, el siguiente.

—¿No han llegado los camiones?

—Sí.

—¿No te gustan los camiones? —pregunta ahora Mojo con sarcasmo—. ¿Prefieres Scania? ¿O MAN?

Es cierto, Mojo trabaja con vehículos desechados: rusos, indios, chinos. Pero nadie esperaba otra cosa. Mojo ha de tomar todo lo que tiene ruedas, incluso camiones articulados o camiones plataforma, con tal de que sean bastante grandes. Lo que no es un camión cisterna se llena de barriles de plástico, y la dificultad para conseguir la cantidad de barriles se nota a menudo en que el agua a veces sabe a pintura o a carburante. Bastante más complicado que el aprovisionamiento de agua es la organización de los alimentos.

¿De qué se provee a ciento cincuenta mil personas? ¿Que todo lo más disponen de recipientes? El suministro habitual del campamento —harina, azúcar, aceite— no sirve de nada porque esa gente no tiene ni el tiempo ni los útiles necesarios para hacer pan o para prepararse su puré de cereales. Algunos de esos chiflados deportistas blancos tienen concentrados de alimentos, son muy prácticos, pero Mojo habría tenido que organizar su suministro y, si no los robaba, habrían sido prohibitivos. Lo que quedaba, al menos para empezar, eran hidratos de carbono y grasas en forma de pan (de fácil división en porciones), de tortas y frutos secos. Durante los primeros días, Mojo tuvo que saquear diversas panificadoras. Es decir: casi saquear, porque él dependía de ellas, así que les daba el dinero, pero se encargaba eficazmente de que en la práctica ningún otro cliente tuviera acceso al pan. Y, sin embargo, era difícil organizar un abastecimiento ininterrumpido. Pero ése no era el problema principal.

—Me da igual qué camiones utilizas, el problema eres tú.

Al otro extremo de la línea hay silencio.

—¿Mojo?

No se oye nada.

—¿Mojo? *Hallo?*

Entonces Mojo dice muy despacio:

—¿Cómo has dicho?

—No tengo el dinero. Y la razón de ello eres tú.

—¿Y qué va a ser de esto? ¿Tengo yo cara de una *service-hotline*?

—Tú impides que te paguemos. No podemos darte nada de la caja del dinero si antes la cierras a cal y canto. Necesitamos electricidad.

—¡Tenéis electricidad!

—Pero no basta. No sirve de nada que sólo funcione mi smartphone. Cada cual ha de pagar su contribución, y para eso cada cual necesita un teléfono.

—Sois ciento cincuenta mil personas. ¿Crees que en pleno desierto puede tener cada uno su enchufe particular?

—No puedo decirte otra cosa, pero si quieres tu dinero tienes que arreglarlo. No ha de estar conectado cada teléfono cada día, pero sí cada dos días. Es posible que las familias se las arreglen con un solo teléfono, quizá una o dos personas puedan repartirse eso, pero en conjunto necesitamos opciones de recarga para treinta mil teléfonos, por lo menos. Y generadores que no se estropeen. Y red telefónica.

La línea permanece en silencio.

—*Hallo?* ¿Entiendes lo que digo? Si no aseguras el suministro eléctrico, nadie va a darte dinero para *Los vigilantes de la playa*. Sencillamente porque es imposible. Y da completamente igual cuánto miedo pueda tener yo.

La línea continúa muda.

—Oye, no quiero enfadarte. Sé que no tengo nada en mi poder. Sé que puedes decir en cualquier momento: como no me dan el dinero, suspendo los suministros. Entonces nos vamos al carajo y asunto concluido. Pero tú sabes mejor que nadie cuál puede ser tu negocio diario, diez mil dólares, cincuenta mil dólares. A mí no me llega nada de esa pasta, pero a ti sí: ésa es justamente la suma que se te escapa cada día si no arreglas lo de la electricidad. Día tras día.

Continúa el silencio, pero un rumor indica que Mojo sigue en la línea.

—Y lo mismo vale para el agua y la comida. Quien hoy no bebe nada no puede pagar nada mañana. Cuantos más salgan adelante, tanto más dinero llega a tu poder.

—Si vosotros salís adelante —dice Mojo con insolencia.

—Si nosotros no lo conseguimos, no se pondrán otros en camino. Y por cada convoy que no arranque perderás la misma suma. Cada día. Puedes nadar en dinero, tío, pero necesitamos electricidad.

—¡Eh, caminante preferido, ten cuidado con el tono que empleas!

—Creo que no soy tu caminante preferido —dice Lionel. Habla con tanta calma y firmeza como puede—. Soy tu socio. Soy el tipo que te hace rico. ¡Si nos suministras corriente!

El otro extremo de la línea permanece en silencio. Luego se corta la conexión.

Lionel se mete el móvil en el bolsillo. En el mismo instante nota que ha cometido una falta imperdonable. La mujer se planta delante de él. Y mientras le chilla con todo el aire que ha absorbido durante veinte minutos, Lionel espera, como un joven enamorado, que Mojo le devuelva la llamada.

Qué frescos.

Aunque Astrid von Roëll tiene que admitirlo: el resultado es sensacional. Pero por eso no dejan de ser unos frescos.

¡Y encima vídeo!

Como si ella fuera una máquina automática de crear noticias. A Astrid von Roëll, de todas maneras, ya le sangran los dedos de escribir para ese estúpido blog. O, en cualquier caso, los siente como si sangraran, y eso en cierto modo es lo mismo. Cien líneas diarias, le dijeron, y ya era una brutalidad. Hace diez semanas, para cien líneas disponía de una semana, y eran cien líneas de verdad, sí, señor, muy próximas a la literatura. Se lo decía siempre el antiguo jefe de redacción: «Astrid, cariño, en lo que escribes no tengo que cambiar nada. Si todos fueran como tú, podría jubilarme hoy mismo».

Hoy redacta textos como trabajaban las mujeres en las fábricas en la Segunda Guerra Mundial o algo semejante. No es de extrañar que hayan conquistado después el derecho al voto y el Día de la Madre. Y nada de cien líneas: como es natural no quedó en cien, se añadieron también los pies de foto para sesiones fotográficas, que son un par de líneas por cada uno. Ya van ciento veinte. A veces Astrid von Roëll está al borde del *burnout*. Entonces hay que economizar fuerzas: es decir, la chatarra destinada a internet, desde luego, no la lee otra vez. Eso se mete dentro y ahí va la basura. Esa gente pegada a sus móviles en el metro o en el tren o en la autopista, éstos no leen como es debido, entonces ¿por qué va a escribir una como es debido? Sólo para los textos de la edición impresa se toma el trabajo, ahí hay que hacerlo como siempre: calidad de novela, estándar literario, y por muy duro que le resulte con todo el estrés, ella tiene su orgullo. Pero empieza a no saber cómo va a poder con todo. Y desde hace dos semanas quieren también vídeos.

—¿Y cuántas cosas más?

Y el vicepapanatas ese:

—Esto es por ahora sólo un experimento.

—¿Cómo?, ¿experimento?

—Nosotros llevamos ventaja en esto, una ventaja inapreciable, sobre todo gracias a usted. El *Gala*, el *Bunte*, están intentando alcanzarnos por todos los medios...

—¡Pues que lo intenten!

—Sí, claro, no tienen la calidad, pero lo intentan a toda costa. Más fotos, más texto...

—¿Y el contrapeso tengo que soportarlo yo sola?

—Bueno, un breve vídeo, eso no es demasiado...

—No puedo hacerlo.

Se le escapó sin darse cuenta, en el fondo eso no debe hacerlo una mujer, quedar como una tontita para lo técnico, porque no hay nada que las mujeres no sepan hacer tan bien como los hombres. Aunque en último término era verdad. Y entonces le enviaron al punto a Kay.

Y Kay es también buena en cierto modo. Es decir, en lo que hace, a su manera. Aun así, periodismo no es, por supuesto. Kay se ha atado al techo del camión, ya es tener valor. Está sentada en el techo con pantalones cargo, una blusa militar color arena bajo un chaleco sin mangas, como sólo llevan los tíos, con muchos bolsillos pequeños para útiles y accesorios. Sostiene la cámara y, en plena marcha, enfoca con el zoom la camioneta color rosa que, junto al camión, avanza zumbando por el desierto polvoriento. Astrid von Roëll puede seguir el resultado en una pantalla de control; al menos le ha podido sacar eso al vicepapanatas.

Kay tiene completamente enfocada a Nadeche Hackenbusch. Nadeche está de pie detrás, sobre la superficie de carga de la camioneta y se sujeta en la cabina del conductor. Su larga cabellera flota al viento, lleva puesta una camisa a cuadros anudada por encima de las caderas. Detrás de Nadeche avanza la caravana interminable de refugiados, muchos la saludan con la mano, y ella responde radiante.

—Go —exclama con un puño cerrado asombrosamente fuerte—, *go!*

Sus ojos están ocultos detrás de unas gafas para el desierto increíblemente alucinantes; el rostro, el cuello, los antebrazos desnudos están morenÍsimos, y Nadeche parece tan optimista, tan contagiosamente entusiasta, como si ya estuviera viendo la frontera alemana. Para quien la observa así, la idea de que esa marcha pueda terminar mal es completamente absurda. Astrid von Roëll oye cómo Kay golpea con suavidad el techo, el camión acelera y adelanta, ahora aparece Nadeche de frente en la pantalla. Se ve a Nadeche azotada por el viento, y detrás de ella sube la nube de polvo; una imagen de libertad, de valor, Juana de Arco no puede haber tenido una apariencia más arrebatadora. Impagable, piensa Astrid von Roëll, simplemente impagable. Una pena que millones de personas sólo puedan ver esto en sus diminutos smartphones. Esto habría que contemplarlo en la gran pantalla.

Ahora Nadeche ha visto algo. Con uno de sus pequeños y firmes puños martillea en la cabina del conductor. Qué locura. Eso no es nada femenino. Nadeche se inclina hacia delante en plena marcha, se sujeta en el espejo exterior, Kay lo capta todo en la imagen, Nadeche le grita algo al conductor, eso provoca una magnífica impresión, es como un capitán en plena borrasca: el agua le salta al rostro, ruge el viento, pero le da completamente igual, y le grita a su timonel... bueno, lo que ellos gritan siempre en medio de la tempestad porque son unos tipos formidables. Y ésa es exactamente la impresión que produce Nadeche Hackenbusch. E-xac-ta-men-te. Luego se incorpora otra vez. La pickup aminora la marcha, tuerce en dirección a la caravana de refugiados, y Kay abarca todo el movimiento: Nadeche Hackenbusch en misión de salvamento, la pickup avanza a toda velocidad hacia la masa de refugiados como un tiburón que va en su ayuda.

Se detienen junto a una familia: un hombre, una mujer, tres niños. Su gran botella de plástico tiene una grieta. De un salto, Nadeche baja de la zona de carga, una mezcla de obrero de la construcción, bombero y supermodelo. Con indolencia, se levanta las gafas protectoras; en el rostro lleno de polvo brillan radiantes los dulces ojos. Coge de la superficie de carga dos botellas de plástico

con agua y se las pone en la mano a la familia. Ahí se nota la diferencia; un tío seguramente les habría echado el agua al vuelo, al pasar a su lado.

—*That reaches for today* —dice—. *Go, go!*

Quiere trepar de vuelta a la superficie de carga cuando suena su teléfono. Mira la pantalla y entonces, con la palma de la mano, hace una señal a Kay para que haga una pausa. Luego se vuelve un poco hacia un lado y dice:

—¿Sí?... Te oigo bien... Pero también estoy bastante cerca del vehículo de la cadena, puedo perder la señal si me voy de aquí. ¿A qué distancia estáis?

Astrid von Roëll se apea. El calor cae sobre ella como un martillo, pero cualquier cosa es mejor que seguir sentada más tiempo. Rodea el coche para ponerse a la sombra.

—Sí —dice Nadeche Hackenbusch—, sí. Ajá. Sí, sí, sí, eso sí lo hacéis. Pero la verdadera cuestión es saber cómo se llama eso.

Kay gatea desde el techo del coche y se sienta junto a Astrid en el suelo, a la sombra del vehículo. Luego se levanta de un salto porque la arena está ardiendo. Va al coche a buscar una pequeña estera y se la pone debajo del trasero. Le da unos golpecitos en la pierna a Astrid von Roëll, pero ésta no tiene ahora ganas de sentarse.

—Oye, no os lo toméis a mal, pero ¿qué estúpido nombre es ése?

Astrid von Roëll mira a Nadeche por encima del techo del coche, Nadeche le dirige una mirada con cara de indignación. Astrid von Roëll pone un gesto de «qué se le va a hacer». Ella no sabe de qué se trata, pero está claro que ahora Nadeche necesita su apoyo.

—Eso podéis utilizarlo para cualquier historia sobre el cáncer, pero oídllo bien: Fundación Hackenbusch. Suena a sufrimiento, sólo a sufrimiento.

Nadeche mira a Astrid y se lleva las manos a la cabeza.

—Sí, claro que esto va de sufrimiento y eso, pero no debe sonar a enfermedad y miseria. Esta gente es pobre, pero no está enferma. En cualquier caso, no tan enferma como para que haya contagio. A éstos se les puede tocar y agarrar perfectamente. Esto no es en absoluto como el cáncer.

Ahora Nadeche pone un gesto serio de «Es así, ¿verdad?», y Astrid responde con la mirada que es exactamente así, pero decide consultarlo más tarde en

Google.

—¡Que nooo! También puede sonar a serio sin que resulte tan estúpido. Discusión terminada. ¿Qué más tenéis? Children for the Future. Hummm. Espera. ¿Children for the Future?

Astrid von Roëll no sabe qué hacer. ¿Dice ahora algo al respecto o no? En realidad, Children for the Future no suena mal, pero quién sabe si ella lo ve...

—Ah, vale, ésa. Interesante. Pero se ve enseguida el error: siempre hay que añadir quién está detrás. Yo tampoco sabría lo de Steffi Graf si tú no me lo hubieras dicho... Ya lo ves.

Qué locura, todo lo que hay que tener en cuenta, piensa Astrid von Roëll. Ella seguramente se ha dado por satisfecha con demasiada celeridad en el asunto del vídeo. Sí, la nombran en la dirección artística. Pero habría podido sacar más.

—Sí, sí, Menschen für Menschen, pero eso es lógico. Ese Böhm, a mí, en su lugar, me habría dado igual, a ése ya no lo conoce ni Dios. ¿Cuándo fue la última vez que ése rodó algo?

Astrid von Roëll se pasa a toda prisa el canto de la mano por el cuello, ella lo de Sissi lo conoce bien, pero Nadeche cubre el teléfono con la mano y susurra:

—¿Estás loca, Assi? Esto es importante. ¡Ya habrá tiempo!

Astrid von Roëll le hace más signos de que se calme, pero Nadeche ya no la ve, porque se ha dado la vuelta, furiosa. Es difícil decir contra quién se dirige ahora su rabia.

Kay coge dos botellas de agua y pasa una de ellas a Astrid von Roëll. Luego abre la suya, se echa la mitad al coleteo y se vierte el resto sobre la cabeza. Astrid va a tomar un trago cuando oye que alguien chasquea los dedos, cada vez más fuerte.

—Ah, eso ya suena muy distinto. ¿Sabes cómo suena? Suena como lo de Bill Gates.

Nadeche le tiende la mano libre y mueve los dedos nerviosa en el vacío. Astrid le pasa enseguida la botella de agua.

—Nooo, gracias. ¿Por qué Hackenbusch Foundation? Eso podría ser otra vez cualquiera... Cualquiera que se apellide Hackenbusch... *Nadeche* Hackenbusch Foundation. ¡Escríbelo! ¿Lo tienes? Bien. ¿Y qué viene después?... Sí, ¿habías



pensado que eso era todo? ¡Hay que añadir algo más! —Vuelve a poner la mano sobre el teléfono—. Ahora viene toda la monserga del menos-es-más —dice sonriendo.

A Astrid le hace gracia y devuelve la sonrisa.

—¡Sí, claro que falta algo! El día que vuelva a Nueva York no quiero estar allí y que todos digan: Ah, sí, *interesting*, Nadeche Hackenbusch Foundation; y que sin embargo todos piensen: *A Foundation*, pero *for what is'n?* De verdad, si una no pensara en todo.

Nadeche Hackenbusch toma un sorbito de agua y la deja correr un poco sobre las muñecas y sobre los pliegues del codo.

—Y no me vengas otra vez con Menschen..., o como sea, de verdad que eso sabe a chucrut de los años sesenta, buahhh. Ahí tiene que ponerse algo así como..., ¿cómo lo llaman?... Astrid, ¿cómo se llama eso donde todos dan dinero?

—*Crowdfunding?* —conjetura Astrid von Roëll.

—Eso, justo, *krautfunding*, pero tiene que quedar claro que no es ningún *kraut*, ningún hierbajo, sino que soy yo... *People?* No sé. Nadeche Hackenbusch Foundation for People... suena bien, pero en cierto modo, tampoco. ¿No debe llamarse «for the people»?... ¿Cómo que Corea del Norte?

Esta vez Astrid von Roëll cierra la boca. Nadeche Hackenbusch toma un gran trago de agua, luego le pasa con indolencia la botella a Astrid von Roëll para que la cierre.

—*Humanity?* No, eso de ninguna manera; en serio, siempre tenéis que ponerle algo encima y luego algo más, y algo más hasta que suena que no hay por donde cogerlo. Humanidad también es demasiado. Porque ¿quién soy yo? Sí, soy Nadeche Hackenbusch, pero la humanidad entera... Yo sólo puedo hacer algo por un ser humano concreto. Bueno, sí, a veces son algunos más, pero la humanidad son cinco mil millones. No, nos quedamos con Nadeche Hackenbusch Foundation for the Humans. Se queda así. Se acabó el debate. Esta misma tarde que vaya Madeleine, y que los de Strahlemann & Bullwinkel diseñen un bonito logo, para mañana, y que la cosa se ponga en marcha. Porque no tenemos tiempo hasta el día del juicio final. Y quiero que tengamos presencia

en Berlín, en Hamburgo, en Düsseldorf. No escatiméis, sólo de donde sale dinero entra también dinero. *Over and out!*

Deja resbalar el móvil en el bolsillo del trasero y sonrío ampliamente. Astrid von Roëll le dirige una mirada interrogante.

—He decidido crear una fundación. Para donativos. Y para que vea la gente que esto es algo serio y eso. ¡Y van y empiezan a lamentarse! Lo has oído tú misma. Ahora por lo menos tenemos ya el nombre; bien, ¿no? ¿Y vosotras? ¿Tenéis vuestras imágenes? ¡Porque ahora todavía tengo que salvar a algunas personas!

Con asombrosa elasticidad se encarama otra vez sobre la plataforma del coche. Se pone de nuevo las gafas para protegerse del polvo delante de los ojos. Se inclina con indolencia hacia el conductor, da dos golpes sobre la chapa y dice:

—*Let's roll!*

Mojo el Azul se pasa la punta del dedo índice derecho por la nariz, por el borde inferior de la aleta, desde detrás hasta la punta. Luego otra vez, pero en esta ocasión con menos presión. La nariz no debe aplastarse. Y hay que ir más despacio. No tan deprisa, como si se fuera a encender una cerilla. ¿No?

Mojo echa mano del mando a distancia. Rebobina el vídeo, lo pone en marcha otra vez. Se ha equivocado, se hace más rápido, en realidad incluso tan rápido como cuando se enciende una cerilla, pero en cambio todo se ha de hacer sin presión. No se pasa rozando, es una mezcla entre rozar y tocar ligeramente: para un toque, demasiado tiempo; para un roce, muy poco tiempo. El índice no está tieso, está ligeramente doblado, y, claro, no se debe mirar al dedo propio: siempre a los ojos del vecino de enfrente. Mojo pulsa la tecla de cese. Coge su móvil, conecta la función fotográfica y el modo selfi. Ensaya diversas variantes con el índice, luego las controla.

—¡Bande!e!

Bande!e vuelve la cabeza desde el sitio del copiloto.

—Necesito aquí una pantalla más grande. ¡Ocúpate de ello! —Toca ligeramente con el índice la aleta nasal, la punta del dedo se le dispara al final hacia delante como desde un trampolín de esquí y, para terminar, por una fracción de segundo, señala a Bande!e. Bande!e asiente y se vuelve otra vez hacia delante. Satisfecho, Mojo se deja caer en el asiento. Buen gesto. Mejor que el resto del filme. El capo de quien procede ese gesto luce un extraño peinado y baila demasiado, pero el gesto es bueno. Seguramente ha de bailar tanto porque es blanco y tiene a sus órdenes cantidad de negros y de latinoamericanos. Tiene que mostrarles que es lo bastante negro como para ser su jefe, que sabe moverse y, para ser blanco, se mueve bien. Pero Mojo no tiene que bailar. Un jefe tiene que distinguirse de sus empleados. Ellos tienen que admirarlo. Tienen que querer

ser como él. ¿Y cómo va a ser posible si opinan que no es distinto de ellos? Quien quiere acaudillar hombres ha de darles una meta, no decirles simplemente que ya han llegado.

Aparte de eso, no hay que dejarse matar a tiros.

Mojo abre con un chasquido una botella de agua y toma un trago. Él no reventará entre tomates, como el Padrino. Él no. A él tampoco lo matarán a tiros. Él se limitará a ver lo que viene. Sólo porque todos cometen faltas en algún momento no tiene por qué hacerlas él también. Y que todos lleguen a viejos: eso tampoco está claro aún.

Nota que el coche modera la marcha. Pasan junto a una larga fila de camiones, luego el coche se detiene. Bandele se apea y le abre la puerta. Mojo se pone las gafas de sol y sale del coche. Los chicos ya han salido de su camión. Dos vigilan el entorno, pero como no hay nada especial se echan tranquilamente al hombro el AK-47. Detrás del coche de Mojo se ha detenido un camión pequeño, cuya puerta se abre. Baján cinco hombres jóvenes.

—Vamos —dice Mojo.

Bandele hace una señal a los cinco hombres. Dos llevan en la mano gorras de béisbol y se las ponen. Mojo inicia la marcha. Bandele se une a él, y los cinco les siguen. Mojo pasa junto a los camiones cisterna. Al principio no estaba del todo seguro, pero sólo esa flota de camiones ya justifica todo el esfuerzo y todo el gasto. Su flota en formación. Saber que sería posible es una cosa, pero ver que ocurre de verdad es otro número muy distinto. Pasa delante como si pasara revista a las tropas. Pero no da señales de orgullo, eso sería estúpido. Muestra naturalidad.

Sus camiones. Su formación militar.

Se dirigen al camión número 34, delante del que se ha reunido un gran grupo de hombres. Éstos retroceden un poco, primero ante los chicos y luego, otra vez, ante Mojo. Mojo contempla en silencio el grupo. En algún momento dice Bandele:

—Okey, ahora hay que escuchar bien: aquí hay cinco nuevos conductores. Alguien ha de explicarles cómo funciona todo este negocio. ¿Hay voluntarios? Es igual, ¿de quién es este camión? ¿De quién es el treinta y cuatro?

Se alza una mano. Un tipo largo y delgado con una camiseta de fútbol brasileña.

—Okey, Pelé —dice Bandele—, se lo cuentas tú.

—No sé... —Pelé está apurado—. ¿Dónde..., por dónde tengo que empezar?

—Qué coño importa. Empieza sin más.

—Bueno, vale. En realidad no es gran cosa...

—¿Lo oís? —vocifera Bandele a los cinco—. No es gran cosa. ¡Así que abrid bien los oídos!

—Vosotros..., lo principal es que llenéis el camión de agua. Os dicen dónde está el agua, porque no es siempre la misma aguada. Entonces vais allí. Pero no tenéis que encontrar vosotros mismos el camino, los conductores más veteranos saben cómo se va y vosotros los seguís con vuestro camión. Y para el camino de vuelta, lo mismo. Os dicen dónde está vuestro puesto y qué número tenéis que pintar en el camión. Si tenéis problemas con los números, no importa. Ya nos ha ocurrido, pero desde entonces cada uno recibe en el móvil una foto con el número, y puede copiarlo.

—¿Y qué más? —recuerda Bandele.

—Ah, sí, claro. Los generadores y los cargadores también son asunto vuestro. El generador ha de estar completamente lleno. Cuando hayáis llegado a vuestro puesto, sacáis los cargadores. Eso es un poco pesado, hasta que se han sacado todos los cables y todos los enchufes.

—¿Es eso una queja? —pregunta Bandele.

—No, no —dice Pelé al momento—, no es una queja, se hace bien, y siempre se puede echar mano de algún niño o así; con dos o tres ayudantes, se hace bien. No se conecta el generador hasta que estén puestos todos los cables.

—¿Red móvil?

—Eso no lo sé. Mi camión sólo tiene agua y corriente, sólo uno de cada cuatro o cinco ha de saber también algo sobre redes móviles y cómo se hace eso.

—¿Y las reglas?

—Claro, las reglas: no sólo llenar el camión, también limpiar el depósito. La corriente eléctrica es tan importante como el agua.

—¿Y el reparto?

—Nadie recibe nada de nosotros; los que van a pie lo reparten todo ellos mismos.

—¿Excepciones?

—No hay excepciones.

Bandele se hace a un lado. Al parecer ya no tiene más preguntas.

—Bueno, lo veis —dice Mojo—, bien hecho. No es gran cosa. Cualquiera idiota puede llevarlo a cabo. —Hace un gesto a Pelé, y éste regresa aliviado junto a los otros—. Cualquiera idiota —repite Mojo—. Pero aquí a nadie se le paga como a un idiota, ¿verdad? —Da un paso hacia ellos, mientras ellos empiezan a dibujar una amplia sonrisa—. Tú, Cazafantasmas, ¿qué ganas tú?

—Doscientos cincuenta dólares a la semana —dice un hombre robusto con una camiseta de los Cazafantasmas.

—¿Y tú?

—Doscientos cincuenta dólares a la semana. —Un muchacho de menos de veinte años, con el torso desnudo.

—Doscientos cincuenta a la semana. ¿Conocéis a alguien que gane eso?

Niegan con la cabeza.

—Doscientos cincuenta a la semana. Por un trabajo de idiotas. Si vosotros ganáis doscientos cincuenta dólares, ¿cuánto creéis que gana el hombre que os paga tanto dinero?

Guardan silencio, pero Mojo no deja que sigan callados.

—¡Venga, un número!

—¿Quinientos?

—¿Mil?

Mojo se echa a reír.

—Pago doscientos cincuenta a la semana. A gente que cree que hago toda esta mierda por mil.

—Al día —dice con timidez el que había calculado mil.

Mojo se ríe con más fuerza aún. Luego se vuelve al chico sin camisa.

—¿Xbox o PlayStation?

—No sé...

—Sé que no tienes, pero sueñas con tener una, ¿verdad? Así que: ¿Xbox o

PlayStation?

—Xbox...

—¿Xbox? Okey. Xbox. 2010. La Xbox 360 vale para Kinect. Eso que graba tus movimientos. Eso que también puede vigilarte. ¿Por qué? Porque detrás de Xbox está Microsoft. Ellos reúnen tus datos, los norteamericanos reúnen tus datos, todo pasa directamente por la red. ¿Tú trabajas en nuestro negocio y quieres una Xbox? Es bueno que no la tengas. Así que, Cazafantasmas: ¿Xbox o PlayStation?

—PlayStation, Mojo.

—¿Crees que los japoneses no te vigilan?

—No sé...

—Reflexiona, atontado. Los japoneses te vigilan lo mismo. A ver, Descamisado, aquí está tu segunda oportunidad: ¿Xbox o PlayStation?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Y por qué?

—Para que nadie me vigile.

—Pero piensa un poco. ¿Quién va a querer vigilar a un tonto del culo como tú? ¿Quién va a interesarse por lo que tú haces? Para ellos, eres un negro en un continente sin ninguna importancia, ¿y quieres renunciar a unos juegos acojonantes porque alguien te hace creer que te vigilan? Venga, venga: ¿PlayStation o Xbox?

—Yo..., yo no sé, Mojo.

—Sí —sonríe Mojo afablemente, dándole palmaditas en la espalda para tranquilizarlo—. Está bien. Sois unos idiotas. No os enteráis de nada y a pesar de ello os pago doscientos cincuenta dólares por semana. ¿Y por qué? Porque yo gano tanto con todo este asunto que me da completamente igual si sois así de tontos. Porque cada día me llueve dinero como en el monzón. Nunca he hecho tanto dinero con tan poco esfuerzo en tan poco tiempo. Me traen putas que ganan en una hora lo que vosotros ganáis en una semana. Las encargo por docenas y la mitad las devuelvo sin haberlas follado. Y así. Día tras día tras día. Hasta que los caminantes estén allí donde quieren ir. ¿Y luego, Pelé?

—No sé...

—Y luego vienen los siguientes caminantes. De ese campo, de algún otro, es igual. Se han enterado de cómo funciona eso, entonces vienen a verme y dicen: organiza otra vez algo así. Y yo lo hago. Y entonces llega otra vez el monzón. No logro cerrar la puerta, hasta tal punto me afluyen los dólares. ¿Y luego?

—Yo...

—Luego os pago trescientos dólares a la semana sólo para que desaparezca el dinero.

Ahora no tiene que animar nadie, la algazara se produce por sí sola.

—¿Y las putas? A éstas tengo que pagarles quinientos dólares. Porque sólo así suelto el número suficiente de billetes para que al menos pueda ver algo cuando mire por la ventana.

Ahora los tiene en un puño.

—Así es el futuro. Y hay una única cosa que se me puede interponer en el camino. ¿Qué era, Bandele, recuerdas?

—Algún hijo de puta —dice Bandele sin inmutarse.

—Exacto, un hijoputa. Un hijoputa que impida que los caminantes lleguen sin percances a la meta. ¿Cómo impediría eso un hijoputa, Bandele?

—Falta de corriente.

—Correcto otra vez. Falta de corriente. Toda la pasta, toda la organización funciona a través de los móviles de los caminantes. Si no hay corriente, no hay pasta. Si no hay pasta, no hay putas. ¿Algo más, Bandele?

—Falta de agua.

—Correcto. Falta de agua. ¿Por qué es tan importante, Cazafantasmas?

—¿Por..., por las putas?

—¡Exactamente! Si los caminantes llegan por la noche y no hay agua, a los caminantes les entra el pánico. Entonces la arman gorda, y cuando los caminantes la arman gorda, eso significa siempre: caminantes muertos. Hoy, cada caminante que se muere me cuesta dinero. Y mañana me costará más dinero aún. Porque cada caminante que llega a su meta se habría encargado de que mañana se me apuntaran diez más. Ahora me pregunto: ¿cómo puede ocurrir que no llegue el agua? Tenemos cien camiones. Y cada día hay dos de reserva. ¿Cómo puede entonces salir algo mal?



Los hombres guardan silencio.

—¿Alguna idea? ¿Propuestas?

Mojo mira a su alrededor.

—¿Qué haría ese hijo de puta? Podría pensar: voy a vender algunos accesorios de mi camión. Los neumáticos de reserva. Bujías. Al fin y al cabo, hay camiones de reserva. ¿Sería posible eso?

Ahora las miradas lo evitan.

—O empieza a hacer pequeños negocios. Los caminantes siempre necesitan algo, no sólo agua, y uno puede procurárselo. Entonces el camión cisterna no se pone en marcha porque alguien está esperando cualquier mercancía. ¿Conoces a alguien así, Pelé?

Es como si Pelé fuera de pronto contagioso. Estaba en medio de la masa y de golpe parece como si repeliera a la masa.

—Mojo, eso fue solamente... ¡No esperé! ¡Ni un solo segundo!

—Putas de quinientos dólares. Sé que aún no habéis tenido ninguna, pero os juro que valen su dinero. Seguramente no os lo imagináis, pero esas putas de quinientos dólares no quieren que se termine pronto. Quien las ha tenido una vez no toma a otra que cueste menos. Y ahora la pregunta del millón para ti, Pelé: ¿qué sensación crees que se tiene cuando ayer tuvo uno su chisme dentro de una puta de quinientos dólares y hoy lo mete en una puta de cinco dólares?

—Mojo, eso es..., no sé...

Increíble la rapidez. Increíble el estruendo. Sólo se ve cómo Mojo mete algo en la trasera del pantalón, pero Pelé está ahora sentado en el suelo. Se agarra el vientre, sale mucha sangre a borbotones.

—Descríbenoslo, Pelé.

Pelé abre la boca con un quejido. Hay miedo en sus ojos.

—Mojo —dice.

Mojo se pone en cuclillas delante de él.

—Descríbenoslo. Me interesa. Me interesa mucho más que saber quién te ayudó. Eso, por ejemplo, no me interesa nada.

Mojo coge la mano de Pelé y la aparta con cuidado. Levanta su camiseta poco a poco para valorar el orificio de la bala. El orificio es tan redondo como negra

la sangre.

—No me interesa porque lo sé.

Es un movimiento untuoso y resbaladizo. Un doble estampido y dos hombres están sentados en el suelo intentando desesperadamente contener la sangre con las manos. Al mismo tiempo parece como si, con esas manos, la exprimieran fuera del vientre. Un tercero se ha separado de la masa y sale corriendo. Mojo hace un gesto relajado, mientras coloca la ensangrentada camiseta brasileña sobre la herida de Pelé. Bandele, sin palabras, ordena a uno de los chicos que le pase un fusil. Apunta rápido y seguro, el fusil tose una vez, luego Bandele se lo devuelve a su dueño, sin echar otra mirada al blanco. Los dos hombres lanzan quejidos, Pelé empieza a aullar.

—Calmaos y prestad atención —dice Mojo—, es importante que ahora me escuchéis. ¡Os necesito vivos! Y tú, el de ahí atrás, acércate ahora mismo. No tengo ganas de dar gritos todo el tiempo.

El rostro de Pelé es verdigrís, bañado en sudor frío. El grupo se vuelve hacia el huido. Se oye un gimoteo que cincuenta metros más allá es sin duda más fuerte, y se ve cómo se dobla y al mismo tiempo se da torpemente la vuelta. Primero trata de avanzar cuerpo a tierra, pero cesa en su empeño tan rápidamente que se pueden adivinar los dolores. Llorando, se apoya en un costado y, de lado, empieza a arrastrarse hacia los otros.

—Estáis aquí en una película del oeste —dice Mojo con voz neutra—. Conocéis esas películas, ¿verdad? ¡John Wayne! Bueno, lo veis. En una película del oeste cuenta siempre sólo una cosa: que la manada llegue a su destino. *Toda* la manada. Yo no puedo sustituir ninguna de las reses. Pero sí a cada uno de los cowboys. Por eso elijo sólo cowboys en los que puedo confiar. ¿Dónde están las llaves de vuestros vehículos?

Pelé mete un dedo tembloroso en el bolsillo de su pantalón. Las gotas de sudor brillan en su rostro verduoso, como rocío de la mañana en una hoja. Necesita varios intentos hasta que saca del pantalón la abultada llave. Se la enseña a Mojo. La sangre gotea sobre la arena pocos milímetros delante de los zapatos de Mojo. Mojo hace un gesto a los nuevos para que se acerquen, señala

las llaves que los heridos están queriendo sacar tan trabajosamente de sus pantalones que casi no puede uno verlo. Luego se pone de pie.

—Pelé dice que no ha pasado nada. Pero yo no espero a que pase algo. Veo fuentes de errores y las elimino. No tengo que adiestrar a nadie, no tengo que educar a nadie. Este trabajo puede hacerlo cualquier idiota.

El grupo se abre por el borde. Un fardo de carne se arrastra al círculo, se derrumba y, agotado, se revuelca de espaldas. Mojo se inclina sobre él y dice con benevolencia:

—La llave, por favor.

Con un ademán señala a uno de los nuevos.

—Cualquier idiota —repite Mojo—. Por eso me da igual que uno me la pegue. Yo, simplemente, le doy su puesto a otro gilipollas. Ése lo hará mejor. De eso se encargarán desde ahora Pelé y sus amigos. ¿No es cierto, Pelé?

Pelé asiente presuroso.

—¿Puedo fiarme de ti? ¿Cumplirás tu misión? ¿Protegerás la manada con tu vida?

Pelé asiente. Intenta incorporarse. Con una mano se aferra a la rueda delantera del camión cuya llave acaba de entregar a uno de los nuevos.

—Quédate así —lo tranquiliza Mojo—. Quédate exactamente así. Todos os quedaréis exactamente así. Os quedaréis aquí hasta que los camiones se hayan marchado. Cuando venga Bandele mañana quiero que os vea. Y si todavía estáis vivos, entonces morirá todo el que os haya ayudado a ello.

Pelé empieza a tambalearse hacia el costado. Mojo se mete la mano en el bolsillo del pantalón.

—Esto es gestión moderna, ¿sabéis? Se da a cada cual la tarea que se sabe que puede cumplir.

Mojo cuenta billetes de banco. Se acerca a Pelé, le da un empujón en el hombro hasta que abre despacio los ojos.

—Este trabajo es importante y por eso está bien pagado. Tres mil dólares para cada uno de vosotros. —Mojo mete los billetes a Pelé entre sus dedos ensangrentados—. Con esto podéis compraros ayuda.

Mojo se inclina y entrega el siguiente fajo de billetes, que al fardo de carne le

resbala de las manos.

—Espero que Bandele os encuentre mañana. Él me dirá que os ha visto tendidos aquí junto con vuestro dinero. Y entonces sabré que todos esos cowboys han aprendido que aquí soy el único que les paga.

El corro guarda silencio. Mojo coge los dos fajos de billetes siguientes y los arroja a los hombres jadeantes, sudorosos, que exhalan leves sonidos guturales.

—¿Todavía hay preguntas?

Les pasa revista uno a uno. Bandele levanta la mano.

—¿Qué pasa con él? —Señala al quinto de los nuevos.

Quizá alguien podría haber captado esta vez el movimiento, pero Mojo utiliza la otra mano. No hay una gran diferencia, aunque casi se diría que es un tanto más rápido con esta mano. Un negro gordo, negro como la pez, se derrumba, sus ojos reflejan desconcierto, incredulidad, sorpresa total; casi se le podría considerar inocente. Si en la vida hubiera algo semejante a la inocencia.

—¿Has revisado a tus compañeros? —pregunta Mojo.

Las comisuras de los labios del negro se estiran a lo ancho, niega con la cabeza de un modo apenas perceptible. Tiene la apariencia de quien empieza a llorar. Mojo le pone la mano sobre la boca. Saca del bolsillo otro fajo de billetes y se lo coloca al gordo en el regazo. Luego señala en círculo a los otros conductores.

—Antes de mañana por la mañana los habrás puesto al corriente.

—*Okey* —dice el secretario de Estado—, hablemos claro, por favor. ¿Puedo saber de una vez por qué no acaba esta pesadilla?

Son las seis de la mañana y sentados alrededor de la mesa hay hombres a los que les gustaría dormir. Schneider, el doctor Berthold, los departamentos de Migración y la Policía Federal y dos señores que son nuevos en el grupo. Uno de ellos es del Ministerio de Exteriores y por su gesto da la impresión de que considera una exigencia desmesurada que tenga que estar él presente, sin duda porque el Ministerio de Exteriores opina —es lo que se oye decir— que el asunto Hackenbusch concierne exclusivamente a Alemania.

—¿Están chalados? ¿Cabe la posibilidad de que el asunto sea *aún* más extranjero?

—Eso no tiene que importarnos —ha dicho Leubl—, usted infórmeme sólo cuando tenga la impresión de que están frenando de modo activo. Es preferible que el asunto esté exclusivamente en nuestras manos a que ellos colaboren de mala gana.

—También es verdad.

—Por supuesto no debe parecer que queremos mantener al margen al Ministerio de Exteriores: usted límitese a mostrarles siempre de mil amores que pueden hacerse cargo de trabajos que son de nuestra competencia en todo momento, entonces lo dejarán todo en nuestras manos.

Por tanto, el gesto del hombre del Ministerio de Exteriores es conforme a lo que se desea. En cambio, el que está a su lado parece estresado y agotado. Por el traje lleno de arrugas, se ve que seguramente lleva ya tiempo fuera de casa. Le tiemblan las manos cuando agarra el termo, y se echa al colete la primera taza de café como otros se trincan en una noche de verano una cerveza Pils recién sacada del barril; incluso pone otra vez la taza sobre su platillo como si se tratara

de un posavasos de cartón. El posavasos se rompe; perplejo, aparta los trozos y busca otro platito. Al no encontrarlo, pone la taza sobre una servilleta y se sirve de nuevo. Aunque está muy cansado y sus movimientos son muy incontrolados, no da impresión de abatimiento: quiere contar por qué ha dormido tan poco. Procede del Servicio Federal de Inteligencia.

—¿Por dónde empiezo? —pregunta restregándose los ojos.

—Diciendo su nombre, si no es secreto —dice el doctor Berthold con impertinencia.

El secretario de Estado echa una dura mirada a Berthold, luego trata de suavizar el ambiente:

—Todos estamos cansados; yo mismo voy a presentar brevemente a los demás. Este caballero, no muy amable, es el doctor Berthold, Seguridad Pública. El señor Gödeke, Policía Federal; el señor Kaspers, Gestión de Crisis; el doctor Kalb, Migración; el señor Gondorff, Asuntos Internacionales. Del Ministerio de Exteriores tenemos al señor...

El secretario de Estado pasa las hojas de una pequeña pila de e-mails impresos, pero no encuentra nada. Sigue hojeando, malhumorado y reflexionando cómo salir del apuro, pero no tiene la tranquilidad necesaria.

—*Sorry*, no lo encuentro, ¿le importa que usted mismo...?

—Zeitz.

—... o sea, el señor Seitz, y...

—¡Z! Zeitz.

—... perdón, Zeitz, del Ministerio de Exteriores. ¿Y usted es el señor...?

—Echler, Servicio Federal de Inteligencia. Análisis y Aprovisionamiento Regionales.

—De acuerdo. Muy bien que hayan venido. Tenemos necesidad, bien lo sabe Dios, de valoración regional. Háganos ver lo que está sucediendo. O sea: ¿por qué siguen en camino?

—Yo tampoco lo entiendo —añade Gondorff innecesariamente—. Si la cosa es tan sencilla, ¿por qué no han llegado siempre todos a pie?

—Hablando en plata: ¿por qué no revientan? —Ése es Berthold. Si el secretario de Estado evaluara si Berthold dice lo que dice tal como lo piensa,

calcularía que en un setenta y cinco por ciento, sí. El secretario de Estado se hace oír dando varios golpes sobre la mesa y, con un gesto, concede la palabra a Echler. Echler se endereza en su asiento, se alisa la corbata y entonces se da cuenta de que no lleva corbata.

—La respuesta es..., o sea, hay varias razones. Pero en su conjunto la explicación es más simple de lo que se cree. Perdonen ustedes, acabo de estar en otra reunión informativa, ha sido una noche realmente larga; por desgracia no puedo hablarles con una presentación bien preparada, así que empiezo simplemente por cualquier sitio...

El secretario de Estado lo anima con un gesto.

—Bueno, no sabemos quién ha maquinado esto. Pero cuando uno lo examina, la pregunta del señor... ¿Gandorf?..., la pregunta no es tan disparatada. A nosotros mismos nos sorprende que nadie lo haya intentado antes. Al fin y al cabo no hay que ser un Einstein para tener esa idea. —Echler enciende el proyector que tiene al lado—. Como he dicho, no tengo una presentación adecuada. Y antes de poner archivos de fotos en un orden equivocado, prefiero hacerlo como antes y colocar las hojas impresas a mano. Bueno, aquí hay dos vistas aéreas de esa marcha. Lo ven: en el fondo es una caravana de longitud interminable. Pero eso es ya el primer paso.

—¿Que marchen en caravana?

—Sí. No es forzoso. Pero el truco propiamente dicho se ve claramente cuando se comparan las dos fotografías. El gusano oscuro, eso lo distinguirán todos ustedes con claridad, es la caravana misma. A la izquierda ven la foto del centro de la caravana, a la derecha hay una foto de la cabecera. ¿Les llama algo la atención?

—Hay grandes lombrices oscuras en la fila.

—Exacto. Son los camiones cisterna con el agua. Ven ustedes...

—... que las distancias son casi idénticas —apremia el secretario de Estado.

—Justo. Eso no es casualidad.

—Porque los camiones avanzan junto a la fila —apunta Zeitz.

—Oh, no, no, eso no pueden verlo ustedes, claro —dice Echler—, pero esos camiones no se mueven. Están parados. La gente pasa junto a ellos. Y ahora

vean ustedes la foto de la cabecera.

El secretario de Estado guiña los ojos. Le gustaría ser el primero en solucionar el enigma, pero está demasiado hecho polvo. Se ve otra vez el gusano oscuro, que contiene a distancias regulares los camiones cisterna. Piensa en judías en su vaina. Sólo que en este caso también hay algunas judías delante de la vaina.

El doctor Kalb concluye:

—Al parecer tienen demasiados camiones.

—Está usted en lo cierto: esos camiones no sólo aprovisionan la caravana, sino que le dan la estructura. Los camiones aparcan por anticipado a distancias regulares. Es decir, que esa gente no puede perderse porque tienen que pasar junto a los camiones como si fueran postes que marcan el camino. ¿Comprenden? Los camiones suministran el agua y al mismo tiempo les permiten orientarse. —Echler parece ahora casi entusiasmado. Habla más deprisa; por lo visto, lo que ha descubierto le inspira respeto—. Es un éxito logístico asombroso. Atender a ciento cincuenta mil personas en un campo de refugiados es relativamente fácil: la gente está en sus secciones, entonces se les pone un retrete, un sitio donde proveerse de agua; se organiza aquello como un camping, y asunto concluido. Pero con ciento cincuenta mil personas en camino, el caos es una amenaza constante. Y ellos han logrado mantenerlo bajo control.

—¿Tienen ayuda? ¿Soldados? ¿Reciben alguna subvención estatal?

—Por lo que sabemos, no. Ahí, simplemente, alguien ha reflexionado a fondo; ha calculado a cuánta gente puede proveer con un camión cisterna, cuánto sitio necesitan, luego ha calculado las distancias entre los camiones. El resultado es el siguiente: un camión abastece a tres mil personas; cada mil metros ha de haber uno esperando.

—¿Y esos cálculos los ha hecho uno de éstos? —se burla el doctor Berthold. El secretario de Estado corrige su evaluación en un ochenta y cinco por ciento.

—¿Por qué no? —replica Echler—, para ello basta con una regla de cálculo. Claro, también han de poseer cierto sentido de la eficiencia, pues necesitan los camiones por duplicado.

—Como reserva —dice Gödeke.



—No, porque ponerse en camino, buscar agua, retroceder: todo eso no puede hacerse en un día. De modo que se alternan siempre dos camiones. Uno está parado, el otro busca agua para el día siguiente. Lo realmente impresionante es que el cambio no es uno por uno. Los camiones de repuesto para los últimos quince kilómetros ya esperan cada día en el tramo que aún hay que recorrer. En la foto son los camiones que aparcan por delante de la caravana. ¡Y ahora presten atención!

Cambia las fotos y pone dos imágenes de primer plano, probablemente hechas por un dron. Se ven los camiones y en ellos hay grandes números: «3» en uno, «16» en el otro.

—¿Han numerado los camiones? ¿Tienen miedo de perder alguno?

—Mejor —dice Echler, triunfante, como si hubiera sido su idea—. Es como una especie de número de casa. Piénsenlo ustedes: vienen de un campo. Están acostumbrados a que los distritos tengan sus números. Y exactamente igual funcionan ahora los camiones: quien ayer pasó la noche junto al camión dieciséis, mañana también pasará la noche junto al camión dieciséis. Esa persona habita siempre, por así decirlo, junto al camión dieciséis.

—¿Y dónde está lo genial?

—En que impiden el caos. Imagínenselo: usted está delante, es por la mañana temprano, quiere ponerse en marcha. Eso podría configurarse de manera que usted no sabe ni adónde debe ir ni cuánta distancia ha de recorrer. Y lo que quiera que decida tendría que comunicárselo a ciento cincuenta mil personas. Pero no: los que están en la cabecera se despiertan junto al camión número uno, y delante de ellos ya hay alineados camiones a cada kilómetro de distancia. Esos camiones tienen números nuevos: quince, catorce, hasta uno. Y caminan pasando junto a ellos hasta que están de nuevo junto al camión número uno, y entonces ha concluido su jornada. Todos saben que, cuando llegan al mismo número junto al que estuvieron la víspera, la etapa del día ha concluido.

El secretario de Estado no está seguro de cómo interpretar esa admiración, pero no parece ser una buena señal, y el resto del grupo parece verlo de un modo similar. Echler no se deja amedrentar.

—Es de una seguridad a prueba de bombas —dice, exultante—, y, al mismo

tiempo, ustedes saben hasta dónde llegará la marcha. No caminan hoy siete kilómetros y mañana veinte. Caminan cada día quince kilómetros, ni uno más y ni uno menos.

—Estoy entusiasmado —dice el secretario de Estado—. Pero hay límites.

—En realidad, no —dice Echler firmemente convencido.

—Los límites que marcan las fronteras entre los países —puntualiza con fastidio el secretario de Estado.

—Perdón, lo había entendido mal. Lo de las fronteras entre países es de lo más simple: soborno. Por lo visto tienen a alguien que sabe cómo hay que sobornar.

—Pero, a pesar de todo —protesta Gödeke—, nadie deja entrar sin más en su país a ciento cincuenta mil personas.

—Bueno, en primer lugar, depende de la suma, evidentemente —explica Echler, relajado—, pero también de la gente. Le doy la razón: nadie dejaría entrar en el país a ciento cincuenta mil soldados o incluso sólo a ciento cincuenta mil hombres armados. Pero ese error no lo cometen ellos. Lo más peligroso que llevan son navajas de bolsillo. Segundo punto: quien se deja sobornar no quiere complicaciones. Por tanto, tiene usted que asegurarle unas cuantas cosas de manera convincente.

—Que usted sólo está de paso... —propone el secretario de Estado con un suspiro.

—Por ejemplo. —Echler le sonríe como un profesor que se alegra porque la clase colabora—. Y que usted no va a morir de hambre en su país, que él no tiene que proveer sus necesidades. Y si todo eso está claro, si esa gente llega y luego se va, si esa gente trae consigo comida, agua y alojamiento, ¿por qué no iba a embolsarse un montón de dinero simplemente por dejarlos pasar de largo?

—¿Tal vez porque está prohibido? —dice Zeitz—. ¿Ha reflexionado usted ya sobre eso?

Desde luego no nos han enviado a una lumbrera, piensa el secretario de Estado.

—Bueno, veamos: ciento cincuenta mil individuos caminan por la zona sin protección alguna. Por regiones llenas de terroristas, de islamistas, de

delincuentes. Justo por las regiones de las que todos ellos se largan. ¿Me equivoco o eso no puede acabar bien? —El doctor Berthold lo apunta como si no hubiera que preocuparse.

—¿Quién dice que no tienen protección? —Echler está radiante, como si hubiera organizado él mismo la marcha.

—Pero usted ha dicho que van desarmados. Que tienen que estar desarmados porque si no nadie los dejaría entrar en el país.

—Pero no desprotegidos. Llevan protección. Pagan a una de las bandas criminales locales. Donde el Estado no es fiable, el crimen organizado es tanto más de fiar. La ventaja salta a la vista: el ejército no tiene que intervenir porque son precisamente los criminales del propio país, contra los que, de todos modos, no se tienen recursos. Por tanto: no es una amenaza mayor de lo habitual.

—Es posible que de momento la cosa vaya bien —dice el doctor Kalb—, pero eso es una instantánea, ¿no? ¿Cuánto tiempo seguirá saliendo bien? ¿Cuatro semanas? Bueno, están llegando a otra frontera, ¿no?

—Si quiere saber mi sincera opinión: mientras encuentren a la gente adecuada para sobornar, no veo cómo ese modelo, con esos estados ruinosos, puede fracasar rápidamente —se congratula Echler—. Probablemente en el siguiente país ya espera ansioso su llegada el funcionario adecuado, para poder extender la mano.

—Y si éstos pueden elegir entre dos países, ¿pueden quizá también decidirse por el más favorable? —Kaspers está indignado.

—¿Y qué más? —se encoleriza Gödeke—. ¡Libre competencia por la ruta más barata!

—Con eso hay que contar —comenta Echler en tono neutral—. Pero no es que dependan de eso.

—Okey, espero que con esto estemos llegando al asunto principal —dice el doctor Berthold—: ¿quién paga toda esta astracanada?

—Ahhh, exacto —dice Echler, ya completamente excitado—, eso les va a gustar. Al menos a los sociatas de entre ustedes... Por cierto, ¿hay todavía algunos?

—Somos un partido para todos los ciudadanos, lo éramos antes y lo somos

ahora —dice el doctor Kalb ligeramente ofendido—. Pese a ello no sé lo que podría gustarme de todo eso.

—Que es como un modelo de cooperativa —dice triunfante Echler.

—¿¿¿Que es QUÉ???

—En eso nos han ayudado algo los compañeros de la NSA. Toda persona que participa en la marcha paga cinco dólares diarios. Se hace a través de los smartphones, no es un programa especial. Y con la confirmación en el smartphone, la gente de los camiones sabe quién ha pagado la cuota diaria; entonces le dan agua y algo de comer. Ahora echen la cuenta: disponen de setecientos cincuenta mil dólares diarios. Por lo menos.

—¿Por lo menos?

—A mí no me extrañaría demasiado que les sacaran más para gastos extraordinarios. Porque piénsenlo bien: a ellos todo eso les sale baratísimo.

—Cinco dólares al día van sumando también.

—Deje que pasen dos años, en ese caso habrían gastado aproximadamente tres mil quinientos dólares. En 2016 hubo una investigación. Ya entonces una huida normal costaba siete mil euros. Y para ello tenían que ahorrar durante años. Ahora incluso pueden pagar a plazos. Si consiguen llegar hasta aquí, les digo que incluso traerán dinero consigo.

—Entonces es sólo cuestión de tiempo —dice el doctor Berthold recostándose aliviado en el asiento—. Si circula tanto dinero por allí, dentro de poco se habrán matado unos a otros.

—¿Es así? —remacha alegre Zeitz.

Echler niega con la cabeza.

—No circula ningún dinero. El dinero se transfiere por el smartphone. No hay un solo billete de banco en movimiento. La cantidad máxima la tiene en el aparato, hacia mediodía, ese señor Lionel. Desde allí van pasando sumas parciales a diferentes cuentas corrientes, seguramente proveedores, cuotas de protección, sobornos.

—Setecientos cincuenta mil dólares —recapacita Kaspers—. Eso es una barbaridad de dinero allá abajo.

—Al día —completa Echler para animar el ambiente.

—Y ese Lionel —insiste el secretario de Estado—, ¿qué clase de individuos es?

—No hay demasiado en su hoja de antecedentes. —Echler saca un papel—. Aún no sabemos su nombre verdadero. Suponemos que ha mentido en su fecha de nacimiento; también puede ser que el expediente del campo esté incompleto, o hubo quizá un registro equivocado. Pero dos fuentes dicen que durante algún tiempo llevó a cabo pequeños trabajos para traficantes.

—¡Así que en efecto! —da por sentado Gödeke—: un traficante.

—No fue nada serio. Era un peón. Y cuando los traficantes se volvieron tan caros que ya nadie podía costárselos, dejaron de necesitarlo. Pero todavía tiene los contactos y, por eso, la organización funciona también durante la marcha. El control de si todos han pagado, la distribución de agua y alimentos: todo eso, evidentemente, no puede organizarlo cualquier persona normal, y con toda esa turba habituada sólo a la vida del campamento. Eso lo hacen compañeros de oficio a los que Lionel conoció en su época de traficante.

—¿Y quién paga todo eso? —se asombra Zeitz.

—Sete-cientos-cincuenta-mil dólares —murmura con fastidio el secretario de Estado.

—Se podría pensar —admite Echler—, pero por lo visto viajan con alojamiento y comida incluidos. No deben olvidar que son sólo refugiados. Ese Lionel, por cierto, paga también sus cinco dólares diarios.

—Se me saltan las lágrimas —dice el secretario de Estado rechinando los dientes—, y a Hackenbusch probablemente también.

—No —replica Echler con sequedad—, ella paga diez.

—O sea que, tal como lo valora el Servicio Federal de Inteligencia, tenemos un modelo digno de admiración.

—No le incumbe al Servicio de Inteligencia dar una valoración —constata Echler. De pronto se le ve gris y agotado, parece exhausto—. Puede que en mis palabras se haya percibido cierto respeto, pero es relativo. El hecho es que esa gente ha aprovechado lo poco que tiene con una eficiencia inesperada. Y lo que a ustedes menos les gusta es que el modelo es sólido y resistente. Sin duda saldrán

una y otra vez a la luz los puntos débiles, en situaciones especiales, pero el modelo es ampliable, tiene reservas y capacidad de adaptación.

El secretario de Estado ha oído bastante. Separa su sillón de la mesa.

—Gracias. Informaré al ministro. ¿Por tanto, su conclusión es que considera improbable un fracaso en breve?

Entretanto, el cansancio ha arrugado a Echler como a una colilla aplastada. Sólo la pregunta lo ha reanimado otra vez.

—¿Quién ha hablado aquí de fracaso? ¡Eso funciona!

# Una mujer con grandeza moral

**Escándalo despiadado en torno a Nadeche Hackenbusch: mientras que el todavía marido de la estrella del *show* enseña su verdadero rostro, ella ayuda a jóvenes emprendedoras a no perder los ánimos.**

***Por Astrid von Roëll***

Es asombroso por qué vericuetos nos lleva a veces la vida a nuestro destino. La vida, al parecer, nunca toma el camino directo y a menudo uno se pregunta por qué. Pero la vida sabe, en lo más hondo de su pecho, que la rapidez no ayuda si lo lleva a uno demasiado pronto a la meta. Y raras veces se reconoce eso con tanta claridad como en estos días, en el sol ardiente de África, al lado de Nadeche Hackenbusch. «Hace veinte años, yo no habría podido con todo esto — dice pensativa mientras el viento del desierto juega con su oscura cabellera como con las cuerdas de un arpa—. En aquel entonces no lo supe apreciar, pero hoy doy gracias por todo lo que he aprendido. Porque ahora redunda en provecho mío. Mío y de ellos.»

«Ellos» son los cientos de miles de personas a las que actualmente Nadeche Hackenbusch, ante la mirada atónita de la opinión mundial, conduce junto con Lionel, su nuevo compañero, a través de los peligros del continente negro. No es casualidad que, justamente ahora, Nadeche Hackenbusch abra su alma, en exclusiva, a *EVANGELINE* como no lo había hecho nunca. Porque ella, todavía asombrosamente joven, no sólo ha de superar estos días la aventura quizá más peligrosa de su vida, sino que está atravesando también la mayor crisis personal que el destino puede depararle a un ser humano. Parece casi inimaginable: una mujer que se ha hecho responsable de cientos de miles de personas, que está

viviendo un joven e impresionante amor, tan clara y agradablemente distinto de lo que hoy día se presenta a menudo como «relación sentimental», justamente esa mujer se encuentra ante una brutalidad despiadada de envergadura inconcebible.

Precisamente Nicolai von Kraken. El hombre con quien este verano pasado renovó sus votos matrimoniales en la playa, blanca como la nieve, de St. Barth, donde el mar color champán brindó por su felicidad. Y qué amargo tiene que ser que justamente ese hombre que ha jurado amarla también en días malos se interponga en el camino de su verdadero amor. Que ese hombre al que ella ha confiado a sus hijos Keel y Mynce le haga llegar ahora a través de un abogado sin corazón la extravagante noticia de que, en caso de separación, reclamaría la mitad de su patrimonio. Con valentía, Nadeche dirige la mirada hacia el exterior, donde la vastedad ilimitada del infinito le aporta sosiego.

«Me conecta con la tierra —dice, sonriendo con coraje—; todo esto me conecta con la tierra. Este país, estas gentes, Lionel. Hay muchas cosas que son más importantes.» Sobre Nicolai ni quiere ni puede hablar ahora, su abogado no se lo permite. «Aunque ahora estén ocurriendo muchas cosas que en un principio parecen injustas, cuando determinadas personas de pronto se comportan como nunca lo haría una mujer, aquí, en esta tierra me doy cuenta día tras día de que nada sucede en vano.»

### **De nuevo son las mujeres quienes más se esfuerzan**

Estamos de camino en una difícil misión que, para Nadeche Hackenbusch, tiene especial relevancia. Porque de nuevo son sobre todo mujeres quienes más se esfuerzan —y al mismo tiempo tienen que superar mayores obstáculos— comparadas con otras personas: jóvenes emprendedoras. Las difícilísimas condiciones de esta marcha de meses de duración las han visto como una oportunidad, se han dado cuenta de que en medio de esta tierra de nadie falta a menudo lo esencial, y ellas ofrecen su ayuda. Y en estas circunstancias se diría que es una ayuda venida del cielo el hecho de que sea precisamente Nadeche Hackenbusch quien esté sobre el terreno, alguien que conoce como nadie los problemas de las jóvenes emprendedoras.



## **«Una mujer no puede fiarse sólo de su apariencia exterior»**

Casi nadie ha tenido que luchar tan duro por esa aceptación que los hombres encuentran sin más, como algo tirado en el suelo. Ya a principios de 1999 hizo sus primeros intentos de caminar por su cuenta porque ya entonces lo sabía: «Una mujer no puede fiarse sólo de su apariencia exterior. Eso vale para toda mujer, también para mí. Pero hoy nadie se imagina cómo tuve que luchar contra viento y marea. ¡Fue prácticamente en los años noventa!». Empezó, causando sensación, con la línea de cosmética Smell d'Elle by Nadeche. Sin embargo, a pesar de contar con un enfoque innovador, a pesar de sus inteligentes ideas, la prometedora línea de productos tuvo que ser retirada del mercado al cabo de sólo cuatro semanas.

La rapidez con la que Nadeche aprende se hizo patente con el éxito del HackenPush-up, que se mantuvo admirablemente en un entorno desfavorable: «Pero entonces, por desgracia, el mercado nos dejó en la estacada; eso, claro, siempre puede pasarte», dice riendo, aunque sabe muy bien que también en ese caso la industria le puso palos en las ruedas, pues justo el año del lanzamiento del HackenPush-up surgió de pronto una tendencia a copas de sujetador más pequeñas. Hablando de manera confidencial, destacados observadores del mercado opinan que no es casualidad. Nadeche Hackenbusch, sin embargo, no se desanima; quien la conoce sabe que ya tiene el siguiente proyecto entre manos, aunque habrá de quedar postergado durante un tiempo. «Aquí la experiencia que ya tengo puede ser tan útil como en casa —dice con decisión—, quizá incluso más. Porque conozco las dificultades.»

Lo que se ve obligada a observar aquí en África es escandaloso: «Se explota a las jóvenes emprendedoras». El oficio de esas chicas consiste en llevar a cabo las diversas labores requeridas a menudo cuando se viaja, sobre todo teniendo en cuenta que hay muchos hombres jóvenes solos que no entienden de muchas de esas cosas. «Esas mujeres se ganan con su trabajo día tras día la continuación del viaje —explica Nadeche Hackenbusch—; el pago diario es también una oportunidad para las personas que aún no han ahorrado lo suficiente.» Pero eso, justamente, es lo que se explota a menudo.

Todo participante en la marcha ha de haber pagado antes de las doce. «Y cuanto más se acerca el límite de las doce, tanto más están muchas mujeres bajo presión.» Lo que observa entonces Nadeche Hackenbusch indigna: «Los clientes regatean, quieren conseguir más por el mismo precio». Lo que irrita sobre todo es que esos clientes son siempre hombres. «Se trata claramente de la formación que se ha recibido —afirma a modo de crítica Nadeche Hackenbusch—; en las labores, las mujeres son más hábiles, han aprendido a hacer esos trabajos, los hombres no. Pero que precisamente los hombres no quieran pagar como es debido esa ayuda, es..., perdón, pero es típico.»

### **Una mujer que fomenta la colaboración**

Sin embargo, no cabe esperar un sentimiento de culpa. Acompañamos a Nadeche Hackenbusch, en exclusiva, cuando va a ver a uno de los clientes morosos y le pide explicaciones. Sin duda, la situación le resulta desagradable al joven negro, pero no quiere asumir la responsabilidad. «No tengo la culpa de no estar casado», dice; y cuando Nadeche insiste enérgicamente y pregunta qué tiene que ver el matrimonio con eso, replica: «Si estuviera casado, mi mujer lo haría gratis». Es asombroso con qué energía interviene entonces aquí la presentadora e icono del espectáculo. Y a continuación obliga al amedrentado cliente a que le muestre cómo transfiere por el smartphone su merecido honorario a la pequeña emprendedora de apenas dieciséis años, que sonríe feliz. Al final se han reconciliado los dos, él se disculpa, ha admitido su falta, y Nadeche Hackenbusch expresa su esperanza: «Con un poco de suerte se convierte en cliente fijo. Las relaciones comerciales duraderas pueden contribuir a superar los roles de género y al entendimiento mutuo».

Una mujer que no insiste en el enfrentamiento, sino que fomenta la colaboración. Que, pese a sus problemas personales, cree en el futuro del hombre y la mujer. Pregunto si eso habría sido posible dos décadas antes: «Hace veinte años yo no habría podido ayudar a esa muchacha —recalca Nadeche Hackenbusch—. Estoy segura de que la vida lo ha organizado para que yo no llegara aquí hasta ahora. No se trata de alcanzar la meta lo antes posible. Tienes que estar presente cuando se te necesita».

Sensenbrink cierra la puerta tras de sí. Rodea la mesa y se sienta despacio en su sillón. Mira sin interés a la pared de enfrente. El póster de *Tú no eres mi madre*, el primer *show* de su exclusiva responsabilidad. Y el de *Extremadamente alemán*, que por desgracia nunca pasó del programa piloto. Era divertido, en el fondo: tres solicitantes de asilo han de adaptarse tanto como les sea posible a Alemania en el espacio de cuatro semanas, y el vencedor gana un matrimonio ficticio. Lo último era el típico chiste malo: en realidad sólo se ganaba dinero, evidentemente. Pero en cualquier caso uno de los tres podía aplazar de verdad su expulsión durante seis meses remitiéndose a los esfuerzos dedicados a la emisión. No es la vida la que escribe las mejores historias, es la televisión.

Sensenbrink se levanta y va a la pequeña nevera. Coge un zumo y quita la chapa con el abrebotellas. Vuelve al escritorio, se sienta y pone la botella junto al teléfono. Hace un año o año y medio la cadena suprimió el zumo para el personal. Y el agua mineral. A cambio insertaron en el tubo de agua corriente un aparato de hacer burbujas y al lado un gran cartel que explicaba por qué es estupenda el agua corriente, y el agua carbonatada con el aparato, tan buena como el agua mineral, o mejor incluso. Desde que *Ángel en la miseria* supera todos los récords de audiencia, Sensenbrink dispone de un frigorífico propio y en él hay otra vez zumo y agua mineral embotellada. Interesante que no fuera necesario explicarle en un cartel por qué el agua embotellada no es tan mala a pesar de todo. La gente es tonta, pero no tan tonta. Sensenbrink contempla su zumo y constata que no tiene ganas de zumo. Si fuera fumador seguramente se fumaría ahora un cigarrillo. Así que, descontento, se recuesta en el sillón y no se siente a gusto.

Se siente vacío.

¿Tal vez ha ido demasiado deprisa?

Sensenbrink no es amigo de disparar rápido. Hay gente que siempre reacciona mejor de manera espontánea y otra a la que, bajo presión y en directo, se le ocurren las ideas más divertidas. Pero eso no le va a Sensenbrink. Se puede ser espontáneo cuando no hay nada en juego; en vacaciones, cuando van otra vez a la casa de veraneo de Mallorca, *okey*, entonces se puede ser espontáneo el día entero, pero... allí él *tampoco* lo es. Porque ser espontáneo fatiga y los resultados suelen ser también una auténtica chapuza, uno acaba en cualquier sitio, y está lloviendo, o uno no lleva bañador ni condones porque no sabía lo espontáneo que iba a ser. Espontáneo, eso es como el sexo en la playa, suena de maravilla, pero en último término es sólo arena en algunas partes del cuerpo, y en un momento uno se ha quemado hasta tal punto que la piel de la espalda se le cae a jirones.

Comoquiera que sea, Sensenbrink es partidario de planificar. Quiere saber lo que hay que hacer llegado el caso y, si no lo sabe, entonces en nueve de cada diez casos consigue aplazar la decisión. Él diría incluso que aplazar es la receta del éxito en la gestión moderna. Las decisiones que realmente hay que tomar sin falta al momento pueden contarse con los dedos de una mano. Pero también para eso hay que prepararse. Y hoy debería haber sido en realidad uno de esos días.

Ha esperado todo lo más que ha podido. Ha elaborado dos planes. Y en la reunión ha recibido incluso una propuesta estupenda: Olav, que, con esa indolente actitud de artista, entró el último y a paso lento en la sala de reuniones con una copia avanzada de *Evangeline*. Que luego se dejó caer en un sillón libre y soltó el ejemplar elegantemente sobre la mesa, girando sobre sí mismo, y siguió dibujando círculos sobre el tablero hasta que se paró justamente en su sitio. Aunque, tratándose de una mesa redonda siempre cae bien para alguien. Y luego, tras esa entrada triunfal, dijo:

—Decidme, ¿tengo algo en los ojos o leo en *Evangeline* que nuestra estrella recaba dinero para fulanas?

Por supuesto, gran revuelo, todos se lanzan hacia la revista. Sensenbrink no, enseguida estuvo clarísimo que eso era cosa de Beate. Y, en efecto, un reportaje de seis páginas sobre el culebrón del divorcio Hackenbusch-Von Kraken. Había que concederle el punto a Olav.

—Yo no sé por qué le damos tantas vueltas aquí a cada historia —dijo Olav—. Me refiero a todas estas discusiones dos veces por semana: ¿qué acogida tiene esta historia, con qué claridad hemos de presentarla? En la fase de primer trazado, en la recepción final, el consultor jurídico revisa todo el follón y pone a todos de los nervios... ¿por qué hablamos aquí sin parar sobre todo eso, si nuestro rayito de sol hace allí abajo lo que le viene en gana? A veces es el ángel en la miseria, otras, la amante del superrefugiado, ¿y qué hacemos hoy? Sorpresa: la madre de la puta migrante.

Menuda agitación había en torno a la mesa, y eso es lo que suele apreciar Sensenbrink. La agitación está bien, sólo hay que actuar con rapidez y asumir a tiempo el papel del que impone silencio antes de que se lo adjudique otro. Y lo bueno de Beate Karstleiter es que, insegura como es, se contagia demasiado como para poder adelantarse a él. Esperó, pues, tranquilamente, hasta que ella dijo que aquello era sin duda el colmo de los colmos y que por supuesto habría que comprobar sin dilación si eso era cierto. Y entonces él pudo explayarse completamente relajado:

—Bueno, calmaos todo el mundo. Hacéis como si no hubiéramos pasado por el 68.

Ahora, a posteriori, Sensenbrink tiene que confesarse a sí mismo que no podría decir con tanta precisión qué fue todo lo que se permitió en el 68. Mucho, en cualquier caso, y después fue posible llevar minifaldas, aunque... en el fondo nunca había habido una ley contra las minifaldas. Menos mal que nadie hizo más preguntas sobre el tema.

—El proxenetismo, que yo sepa, sigue estando prohibido.

Eso vino de Anke, digna de confianza, en el fondo.

—Proxenetismo es cuando se cobra dinero por ello. Como mucho —y al decirlo Sensenbrink se recostó con indiferencia—, como muchísimo se puede decir que Nadeche Hackenbusch practica el proxenetismo de manera desinteresada.

—¿Y proxenetismo de manera desinteresada no es fomento de la prostitución? —Eso lo dijo la tal Hayat. Él siempre había querido que asistiera a

las reuniones, porque parecía bastante espabilada, pero ya no está tan seguro de que haya sido realmente una buena idea.

—No conozco la administración de justicia de otros países.

—*Evangeline* se publica *aquí* —dijo Olav secamente.

—Y es asunto de ellos —esquivó Sensenbrink—. Mucho más importante es: ¿sabíamos que ocurría algo de ese género?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—¿Y por qué no? ¡Eso sí que es una historia! Fulanas follando por el desierto camino de Europa. Y si lo sabemos a tiempo, entonces podemos grabarlo con toda tranquilidad. Luego hacemos que Nadeche lo observe, y después ella solloza o consuela o lleva a cabo sus cosas-de-toque-humano, pero no se mete en la boca del lobo... —Breve pausa, recobrar el impulso, luego—: Si aquí nuestra *superstar* acaba cayendo en un mal ambiente, es porque nosotros no hemos hecho nuestro trabajo. Porque no hemos estado atentos.

Otra pausa. Un silencio embarazoso no está mal, pero también hay que dejarle tiempo. Un silencio embarazoso realmente bueno y efectivo es como la masa de los crepes: cae con un fuerte silbido en el centro y luego se espera pacientemente a que se vaya extendiendo poco a poco.

Ese silencio fue en realidad la plataforma ideal para el próximo punto:

—Bien, entonces podemos pasar enseguida al siguiente tema.

Ya se había extrañado de que nadie lo hubiera mencionado, pero eso sucede a veces: que todos escurren el bulto y entonces se necesita gente auténticamente resuelta que ponga con decisión en el orden del día los temas desagradables; un general no puede dedicarse sólo a repartir ascensos, a veces también ha de enviar soldados al fuego enemigo.

—Hasta ahora hemos tenido la suerte de que nadie lo haya planteado, pero en nuestra posición no debemos dormirnos en los laureles. A mí también me gustaría más poner de relieve sólo los aspectos positivos, pero no es posible. Hemos de defender esa nueva competencia periodística que hemos adquirido. AM no debe degenerar en un hermoso espectáculo carente de tropiezos...

Esos rostros desconcertados. Como si estuviera diciendo una auténtica

mamarrachada. Consideró que eso denotaba hasta qué punto iba por delante de su tropa. Y siempre en ese tono de hombre de Estado. No quiere pensar lo que se les habrá pasado por la cabeza.

—... los días y semanas próximos pueden ser desagradables, pero no debe ocurrir que, con esa historia, algún otro medio nos obligue a cosas que no queremos. Nosotros decidimos los temas, nosotros decidimos el estilo, nosotros decidimos la carrera desde la pole, o sea, desde la posición preferente...

A partir de ahí, más o menos, los primeros empezaron a dejar de hacer gestos de asentimiento.

—... pero sobre todo es importante la base de datos. Tenemos que saber lo que hay y lo que no hay. Sin tapujos. Por supuesto: de esos números, nada sale de esta sala. Sin embargo, no debemos mentirnos a nosotros mismos. Quiero cálculos conservadores, pueden llegar sin más hasta el pesimismo, eso no voy a utilizarlo en perjuicio de nadie. Lo necesitamos a fin de poder crear también un escenario con capacidad de resistencia para el peor de los casos.

¿Dónde estaba el error? Por supuesto, él no había preguntado nunca, pero tampoco se lo había dicho nadie. Sólo sabía que si planteaba ahora la pregunta, ya nadie podría retirarla. A partir de ese momento, las semanas siguientes decidirían sobre su carrera, eso estaba clarísimo, y durante demasiado tiempo no había querido verlo. Sólo podía elegir entre la peste y el cólera, así que desde luego prefería mirar a los ojos, por propia decisión, el final. Sabía que era como un salto de un trampolín de diez metros o de un avión en paracaídas; en cualquier caso, era así como se lo imaginaba: no había experimentado ninguna de las dos cosas, ¡y un cuerno!, ni pensaba probarlas. Se dio cuenta enseguida de que estaba a tope de adrenalina, ahora se jugaba el todo por el todo.

—Así que, por favor, números sobre la mesa: ¿cuántos muertos tenemos?

Nadie despegó los labios.

—Está bien, nos enteraremos: ¿cuántos?

Entonces alguien dijo:

—Ninguno.

—Eso es fuerte. Pero teníamos que haber contado con ello. Lo que ahora necesitamos es una estrategia para afrontar una crisis y...

—Perdón, no sé si me ha entendido. No tenemos *ningún* muerto.

Ese momento da vueltas en la mente de Sensenbrink, como en bucle. Su rostro, cómo interrumpe la frase, cómo necesita un segundo, que siente como si fueran diez, para decir:

—¿Cómo...? ¿Ningún muerto?

—Sí, eso: ninguno.

—Pero caminan ciento cincuenta mil personas por el desierto, ¡por el *desierto!*, y todos teníamos claro que podía haber muertos.

—Podía, sí. Pero haber, no los hay.

El recuerdo le resulta muy desagradable. Él, sentado allí y tartamudeando necesidades:

—Pero tiene que haber algunos. ¿Meten los cadáveres bajo tierra por la noche o qué?

—Tal vez —contestó Karstleiter—, pero es improbable.

—¡Eso contradice radicalmente al sentido común! ¡Es una empresa con mil peligros! ¿Qué pasa, por ejemplo, cuando uno no puede pagar?

—Se lo he estado preguntando a Grande durante bastante tiempo —dijo Anke, digna de confianza en el fondo, pero que habría podido informar un poco antes, en el fondo—. Prácticamente no se da el caso de que alguien no pueda pagar.

—¿Y de dónde sacan el dinero?

—Bueno, es que hay que tener muy claro que esa gente *tiene* dinero.

—¿Y de qué?

—Unos han ahorrado dinero, pero no quieren invertirlo en ningún país en crisis. A otros los financian sus familias. Y ahora, con ese pago diario a plazos, tienen también más tiempo para reunir el dinero.

—Con las mujeres quizá sea distinto —dijo Olav—; en ellas no invierte nadie. Pero ahora sabemos, gracias al *Evangeline*, que esas lagunas en la financiación se pueden franquear sin burocracia.

—¿Y las personas de edad? ¿Los enfermos? —Otra pregunta igual de idiota. Visto en retrospectiva, Sensenbrink siente que ha hecho el ridículo por completo. A decir verdad, cualquiera de los que había en la sala estaba más enterado que él.



—¿Por qué supone usted que hay viejos y enfermos? —se asombró Olav—. A éstos no se los han llevado.

—Yo tampoco sabría decir si he visto a un viejo o a un enfermo en alguna de las escenas que hemos rodado —completó Anke, digna de confianza en el fondo.

A Sensenbrink sigue sin apetecerle el zumo. Con gesto de perplejidad, mueve la botella sobre la mesa de despacho como una solitaria figura de ajedrez. Después de ese comentario, repartió alabanzas y abordó el tema de las putas migrantes y pidió un especial especial, sin Nadeche Hackenbusch; si pueden verse algunas tetas también puede prescindirse alguna vez de la estrella. Él, seguramente, ha superado al final bastante bien la situación, pero ahora... ese vacío.

No se alegró, pero estuvo ante la empresa más osada de su vida. Todo a una carta, todo o nada, Sensenbrink, el hombre que ha superado hábilmente la espinosa historia de los centenares de muertos. Frío, profesional, seguro de sí mismo. Ésa es la madera con la que se esculpen los miembros de las juntas directivas.

Y ahora esto.

Debería estar aliviado. Porque tenía canguelo. Pero todo lo que siente Sensenbrink es un inmenso desengaño. Se siente estafado, privado de una ocasión única. De un grandioso final: nadie sabe si va a ganar, pero se prepara para ello y, de pronto, esa posibilidad se esfuma.

Porque en la puta expedición de Nadeche Hackenbusch no muere nadie.

Leubl se siente viejo. Sabe, evidentemente, que ya es viejo, se mire como se mire. Sabe que es sobre todo su cargo lo que le permite sentirse aún en la flor de la vida, pero, para ser sincero, ya a mitad de la sesentena no le queda a uno ni un poquito de juventud.

Leubl dirige la mirada hacia la nevera, ansioso. Una segunda cerveza le vendría de maravilla ahora. Pero a su mujer no le gusta eso. No le gusta cuando Binchen está con ellos. «Ya es suficiente con que pases de mi cháchara bebiendo en silencio —dijo una vez—, pero con tu nieta no vas a hacer lo mismo. ¡Con ella vas a conversar!» O sea, nada de segunda cerveza. Leubl hace un esfuerzo y mira el televisor, en el que, una vez más, hace estragos Nadeche Hackenbusch. No está en el estudio, pero sí conectada y abrazando a ese gigoló que con una extraña mezcla de osadía y astucia ha jugado esa mala pasada a Alemania y a su televisión. Y a Binchen no se le ocurre otra cosa que decir alborozada:

—Mira, abuelita, qué tío. ¡Es un cieeeelooo! ¡Y tan cariñoso!

—Binchen —advierte Leubl—, sólo porque parezca un cielo no es cariñoso.

—No, ya lo sé, también quiere jod... —Binchen se tapa la boca con la mano y mira con inocencia. Leubl hace como si no hubiera oído nada—. Pero eso está bien. Eso es amor, y si no fuera amor, no existiría ni mamá ni yo tampoco.

—Bueno, en este caso no se trata sólo de amor —dice Leubl con severidad—, ahí también hay otra cosa. Ése también se da cuenta de que con Hackenbusch tiene mejores cartas que sin ella.

—¿Y por eso no puede ser amor?

—Sí. Claro —acude en su ayuda la mujer de Leubl—. Pero lo que dice el abuelo es que con los hombres hay que tener mucho cuidado.

—¿Tuviste tú cuidado con el abuelo?

La mujer de Leubl se echa a reír.

—Seguramente no lo bastante.

Binchen quita el sonido. Pausa para la publicidad.

—¿En qué tendría que haber tenido cuidado la abuela conmigo?

—Por eso, por si no era sólo amor.

—Oh, eso era entonces más fácil de comprobar —cuenta la mujer de Leubl—. En aquel entonces todos los chicos decían a las chicas que tenían que acostarse con ellos porque si no eran unas burguesas.

—¿Y por eso era más fácil? ¿Lo hiciste tú?

Leubl mira a su mujer. ¿Tienen siempre que saberlo todo los niños? Su mujer responde a su mirada como si también tuvieran que decir alguna vez las cosas por su nombre. Se incorpora en el asiento y responde:

—Yo hice algunas cosas. Pero muchas cosas no me parecieron bien.

—¿Por ejemplo?

—Hummm. —Leubl ve cómo su mujer reflexiona sobre lo que ha de sacar del cestito de la costura. Le echa una mirada, pero ella no sabe lo que significa. No es de extrañar, él tampoco lo sabe.

—A mí me parecía estúpido cómo te obligaban a ello. O sea, que tenías que hacerlo también porque, si no, eras la tonta del bote. ¿Quién quiere parecer siempre una rancia y una tontorróna?

—Y... —Binchen se cerciora otra vez con una mirada a Leubl—, ¿y el abuelo?

—¿El abuelo?

—Sí.

—El abuelo era distinto. Yo estaba en el parque, con mis amigas y algunos chicos, fumábamos un poco, y entonces viene el abuelo hacia nosotros. Muy deprisa, como algunas veces van los niños en la piscina a la torre de los trampolines. Porque tienen miedo de no atreverse a saltar si se interpone algo en el camino.

—Lo conozco. ¿Y qué?

—Bueno, dijo cosas muy bonitas. Se veía que no le resultaba fácil...

Leubl suelta una tosecilla de advertencia.

—... porque el abuelo tenía la cara más roja...

—... que el Partido Socialdemócrata, sí, sí, sí, pero eso no es tan difícil.

Bine se ríe.

—¿Y te creíste esas cosas tan bonitas?

—A mí me gustó que las dijera delante de todo el grupo. Eso fue valiente. Esos chicos tan guais con sus pantalones acampanados, todos pasotas, con patillas, y luego llega el abuelo con su traje y su alfiler de la Unión Social Cristiana de Baviera. Y dice sencillamente...

—¡Bueno, ya está bien!

—... que para él yo era la chica más guapa del mundo y que si me iba con él... Leubl se da la vuelta, incómodo.

—... me haría feliz el resto de mi vida. En una época en la que sólo oías decir a los chicos que sería estupendo si dejabas que te follaran.

—¡Follar! —revienta de risa Binchen.

—Exactamente —sonríe la abuela—, así que, lo de hacerme feliz era por una vez un punto de partida completamente nuevo.

—¿Y qué más? ¿Te hizo feliz?

—Bueno —dice la mujer de Leubl con indulgencia—, se esforzó y...

La fascinación del pasado no va tan lejos como para que Binchen no suba otra vez el volumen una vez concluida la publicidad. El joven clon de Oliver Geissen parece que ha atraído a alguien al estudio:

—¡Campino!

—Qué horror! —dice Binchen—, ¿quién es ése?

—Pero ¡bueno! —contesta la abuela—. ¡Campino! ¡A ése lo conocemos hasta nosotros!

—Entonces todo está claro.

—*Oldschool*, sí —dice Leubl levantándose del asiento.

Eso no es bueno, que un buenista como Campino se meta en el asunto. No es bueno, pero nada bueno. En el armario aún debería haber un poco de ese aguardiente de peras. Leubl nota la mirada de su mujer, pero ya le da igual.

—No, abuelo, eso ya no es *oldschool*.

—¿Entonces?

—Jurásico.

Leubl menea con perplejidad la cabeza y se echa un poco de aguardiente color miel en el vaso. Sube un conciliador aroma de peras mientras Campino dice que algo le parece «*tan* fenomenal», «aunque esto lo transmita una porquería de cadena privada».

—¡Uy, uy! —dice el clon de Geissen—, ¡por lo menos ellos pagan mis facturas!

—¡Suerte que has tenido, tío! —Campino le estampa una mano en el hombro—. Con ellos, uno como tú acaba normalmente en «Los 25 mejores casos sociales».

Luego conectan con Nadeche Hackenbusch y ella grita con entusiasmo que cuánto se alegra de que Campino esté allí, y Campino grita a su vez que le parece «*tan* fenomenal» lo que ella está haciendo, «todo cojonudo», y que los Toten Hosen van a dar un concierto benéfico en Berlín a favor de la Nadeche Hackenbusch Foundation for the Humans. Tras lo cual Nadeche estalla en lágrimas y llora y dice que es un supercielo y que es maravilloso lo que hace.

Binchen dice:

—Bah. Colección de canciones antiguas.

—Y en el fondo, ¿por qué estamos viendo eso? —se extraña Leubl cuando retorna a su butaca con su vaso de aguardiente.

—Porque enseguida viene la Schminki.

—¿Quién?

—¡¡¡Schminki Krawall!!!

Leubl no se entera de los planes ulteriores de Campino, porque en lugar de eso Binchen le explica quién es Schminki Krawall: la incontestable sensación de YouTube. Binchen le enseña algunos vídeos en su móvil, pero Leubl no acaba de percibir la magia de Schminki Krawall. Sabe sin duda que hay muchísima gente que crea en YouTube una especie de canal propio, pero siempre había pensado que esa gente hace allí cosas inusitadas que son demasiado atrevidas para la televisión. Pero esa Schminki Krawall se limita a enseñar algunos productos o a engañar a gente que cae en la trampa, que muerde el anzuelo o que se deja engatusar por teléfono. No queda claro en qué consiste la competencia de Schminki Krawall como probadora de productos, pero lo atractivo del vídeo no

es la competencia. Es la increíble profesionalidad con la que esa Schminki aparenta ser la mejor amiga que comparte su vida con sus cinco millones de mejores amigos. Y esa contradicción es tan llamativa que Leubl apenas puede creer que su despierta nietecita caiga en algo tan burdo.

—Pero, abuelo, ¡ya sé que no es mi amiga!

—Entonces lo entiendo aún menos.

—Pregunta a la abuela. Ella lo entiende; la Schminki: ¡ahí está!

Leubl mira a su mujer. La señora Leubl se encoge de hombros, abre los ojos y dice con énfasis:

—La abuela lo entiende todo.

Leubl se toma un buen sorbo de aguardiente y ve a una guapa morenita que echa los brazos al cuello del clon de Geissen como al de un combatiente que vuelve a casa, y a Campino le da la mano como a un señor simpático al que se le ofrece el asiento en el metro. Se sienta junto a Campino y al clon en ese sofá superextravagante destinado a los programas de televisión, que parece una mezcla de tope hidráulico y barras asimétricas. Allí dice que le parece «*tan fenomenal*» lo que hace Nadeche y simplemente cojonudo, y de pronto Leubl está infinitamente agradecido a Campino porque él al menos ha añadido lo de porquería de cadena privada.

—¿Y tú te fuiste allá abajo y nos has traído una película? —se regocija el clon.

—Exacto —responde Schminki, exultante a su vez—, pensé: me voy sin más a hacer una visita a Nadeche.

—¡Y eso lo vamos a ver enseguida después de la publicidad!

Leubl vacía su aguardiente y quita el sonido.

—¿Y sin embargo ves sus vídeos? ¿Aunque sabes que no es amiga tuya?

—¡Claro!

—Pero...

—Claro que no todo es verdad. Pero viéndola se te ocurren mogollón de buenas ideas. Porque su vida es superinteresante. Ella no tiene que ir de vacaciones a Villarrebuzno. Se va a un hotel de Mallorca. Con su pareja.

—O con alguien que hace de pareja.

—¿Eh?

—Oye, tú no tienes ni idea de lo que ocurre cuando se retira la cámara. Ellos te enseñan sólo lo que quieren enseñarte.

—No lo creo. La Schminki también hizo una vez un vídeo cuando se separó y era la tira de triste. Estaba de lo más seria. Eso era auténtico de verdad.

El vídeo que ha filmado está en marcha. Schminki le echa los brazos al cuello a Nadeche Hackenbusch, como antes al clon de Geissen; la hermana mayor de Binchen se encuentra con su propia hermana mayor. Pero más parece ser una especie de visita de cortesía. En algunas escenas se ve a unos niños corriendo alborotados detrás del coche de Schminki masticando caramelos con tal desenfreno que sólo de oírlo salen caries. Luego Schminki va y dice que va a aprovechar la ocasión para conocer y presentar ese hermoso país.

—Esto que viene ahora ya no es verdad, ¿no? —dice la mujer de Leubl.

Se muestra, en efecto, un corte durísimo, visualmente y en cuanto al contenido, y Schminki recorre otra parte del país en la que se encuentra con uno que organiza safaris por el desierto. Tienda, colchones, una agradable cena, un poco como acampar en la playa, pero sin mar. Los obligatorios camellos, compras en algún mercado, Schminki se graba alternativamente a sí misma y frutas exóticas o graciosos animales, porque «a pesar de todo no hay que olvidar que esto es realmente un país precioso... y nada caro». Luego se compra una camiseta por tres dólares y habla por teléfono con Nadeche Hackenbusch para crear de alguna manera un lazo de unión con su vídeo. El giro final, en su falta de escrúpulos, no es tan torpe, opina Leubl, claramente más sutil que lo que mete en sus propios vídeos. Probablemente los redactores de la cadena le escribieron en el guion esa llamada telefónica en la que da las gracias por la estupenda visita y desea que todos esos refugiados lleguen un día sanos y salvos a Alemania, y que en el futuro puedan volver un día de vacaciones a su tierra natal.

—Exacto —dice la mujer de Leubl—, y, lo mejor, con TUI. Se me revuelve el estómago. —Se levanta, va a paso rápido hacia el televisor y lo apaga.

—¡¡¡Abuela!!!

—Binchen, tenemos que hablar.

—¿Qué? ¡Ahora? ¡Enciéndelo otra vez, abuela!

—¡No he visto nunca semejante cinismo!

Leubl ha ido a por otro aguardiente. Ve cómo su mujer entra en la liza y tiene la impresión de que la batalla está perdida. Conoce esa sensación ya de antes, cuando la madre de Bine quería marcharse de todas todas con aquel horrible individuo. George o Paul, el nombre era estilo beatle. Entonces tampoco se pudo hacer nada en contra, era una experiencia por la que tuvo que pasar ella misma, aunque su mujer y él tenían claro desde el primer momento que el tipo era un canalla. Pero, en último término, aquel beatle asqueroso aún era un aficionado. Bine se encuentra ahora en un mundo lleno de canallas a nivel profesional.

Ve cómo su mujer se sienta junto a Binchen y le explica lo que ella y cualquier persona medianamente madura ven con claridad meridiana, y Binchen reniega y dice que lo está entendiendo de modo completamente equivocado y que ella está perfectamente capacitada para discernir todo eso, y que sería realmente estupendo pasar la noche en el desierto y comer fruta. Que ella quiere vivir en un mundo en el que todos puedan ir de vacaciones. La batalla está perdida, piensa Leubl, cansado, no tenemos la mínima probabilidad de éxito frente a esa Schminki, que vive la vida con la que tiene que soñar una niña de catorce años. Sin padres que la importunen, con hoteles elegantes, rodeada de vestidos y de cosméticos y de un novio, de todo lo que confirma el éxito y la vida que hay que vivir. Y tiene talento: la tal Schminki se mueve como si hubiera nacido para la televisión. Está alegremente excitada, pero no nerviosa, parece segura de sí misma pero no arrogante, tiene todo lo que Günther Jauch hubo de ensayar largos años en la radio. Sólo le falta una cosa: talante.

Y mientras que George o Paul, el hijoputa, en aquel entonces se dio por completamente satisfecho con un poquito de sexo, esa Schminki abusará sin descanso de su nieta explotando su inagotable atención.

Habría que hacer algo en contra, piensa Leubl mientras se queda adormilado. A decir verdad, es un trabajo para un ministro del Interior.



Les dijo a todos que allí cada cual caminaba bajo su propia responsabilidad. Que no había garantía de éxito, sólo una mejor perspectiva de éxito. Sí, contestaban, claro. Estupendo que hagas esto.

—No puedo prometeros nada —les dijo a todos—, salvo que no moriréis ahogados en el mar. —Bromazo excelente, siempre tenía una acogida fabulosa, lo soltó por lo menos cien veces, todos se rieron siempre. Luego añadió varias veces «y tampoco necesitaréis un chaleco salvavidas», pero eso ya no les gustó tanto, por eso lo dejó enseguida.

También dijo a sus muchachos: «¡No hagáis promesas!». Y ellos no las hicieron, seguro, ellos no reciben porcentajes, y desde luego ninguno digno de mención comparado con tiempos anteriores. Sólo dijo que era él quien lo organizaba porque alguien tenía que organizarlo. Pero que por eso él no era ni el guía del viaje ni el alcalde ni nada de nada.

Y, sin embargo, ¿por qué lo es ahora?

Nunca quiso ser alcalde. Él es el que tuvo la idea, y también quizá una o dos soluciones que ayudaron, pero eso era todo. Toda la estructura con los camiones, por ejemplo, en eso no tuvo nada que ver, eso se le ocurrió a Mojo. O los contactos con los señores de la guerra regionales: se paga a uno, y ése, a cambio, mantiene alejados a los otros. Sólo hay que saber quién de ellos cumple su palabra, pero con el modelo del pago regular se los mantiene asombrosamente al pie del cañón. Todo viene de Mojo, que a cambio de ello gana sus comisiones, pero así estaba pensado, así exactamente: a veces se le ocurre algo al uno, a veces al otro, y a veces tal vez Malaika puede ayudar, o ACNUR o la televisión. Él no es el responsable, nadie tiene que darle las gracias por ello, no quiere cánticos de alabanza cuando algo funciona bien, pero tampoco deben dirigirse a él con sus quejas. Él es sólo el tipo que encabeza la fila.

En el horizonte ve una nube de polvo. Una camioneta que va de patrulla con una ametralladora adosada a ella. En un par de ocasiones algunos han intentado atacar por sorpresa, puede que tratantes de niñas, tal vez sólo competidores intentando mostrar que los vigilantes oficiales no podían ofrecer protección. Pero sí que podían, cuando por un momento se pusieron a tiro, las camionetas se lanzaron sobre ellos. Y eso había sido todo, al menos hasta el momento. También ayuda seguramente que no haya mucho que robar. Los camiones, la comida, el agua, todo eso no vale realmente la pena. El agua, la comida, la electricidad: todo eso está ya tan bien organizado que sólo hay que hacer alguna mejora aquí o allá. De modo que él podría limitarse a caminar sin más. Quince kilómetros diarios tampoco es tanto. Por la noche se folla de vez en cuando al ángel y sueña con el porvenir.

Pero no se lo permiten.

Ella no se lo permite.

Porque es un ángel, y los ángeles no entienden nada de la vida.

Primero ella le insinuó que debía proteger a las pequeñas fulanas. Por supuesto, no se trataba de protección; en lugar de eso, habría debido ocuparse de que ya no se vieran obligadas a venderse. Como si él o cualquier otro en el mundo pudiera impedirlo. Además, con ese dinero tienen para pagar comida, agua y protección.

—*No! I pay for they.*

Un auténtico ángel. Aunque un poco ajeno a la realidad. Él le ha hecho un cálculo de lo que pasaría entonces. Si se divulga por ahí que el ángel paga por las pequeñas fulanas. Entonces, al cabo de poco tiempo, todos dejarían de pagar, porque esperarían que el ángel acudiera en su ayuda. Él le ha presentado lo que ingresa. En aritmética el ángel no es tan malo. Se dio cuenta de que nunca, en modo alguno, podría llevar a cabo el proyecto ella sola. Y luego él le dijo que primero a ella se le acabaría el dinero y que después la gente habría de acostumbrarse con mucho esfuerzo a pagar otra vez. Lo cual no funcionaría. Ella no ayudaría a las fulanas, sino que conduciría a la muerte a toda la caravana.

—*But we must what make!*

—*No. We must bring them to Germany.*

Luego empezaron a aparecer los primeros enfermos. En realidad no era ninguna novedad, seguramente ella no se había enterado de que en los primeros días los viejos se habían ido quedando atrás. Él, desde el principio, no había querido llevar a ninguno. Escogió sobre todo a gente joven. No tenía dificultades para encontrar candidatos, podía hacer una selección. También había dejado bien claro que su gente sólo aceptaría a personas jóvenes. Que, en realidad, deberían curarse sus achaques ellos solos. Los niños no ofrecían problemas, tampoco las familias jóvenes. Quiso dirigir todo eso controlando a quién se pasaba la aplicación. Pero como, por supuesto, es posible copiarla, primero caminaron con ellos algunas personas mayores. Sin embargo, pronto notaron que no podían seguir. Así que se dieron la vuelta y regresaron al campo. Probablemente: si llegaron de verdad, eso no le interesó. Él no era el guía del viaje, maldita sea.

Él es únicamente el tío que tuvo la idea, ni más ni menos. Sólo el que tuvo la idea.

Y entonces llegó ella con todos los enfermos.

Evidentemente, entre ciento cincuenta mil personas a veces también hay enfermos. ¿Y? Él no garantizó a nadie que mantendrían la buena salud. A veces alguien se pone enfermo y no puede continuar. Entonces ha de encontrar a alguien que lo lleve a costas o lo remolque o lo que sea. Y si no encuentra a nadie, tiene que retirarse. Y eso no significa que entonces lo transporten en un coche cebra rosa, porque entonces, en un abrir y cerrar de ojos, muchísimos se pondrían muy enfermos. Significa que ya no puede seguir. Algunos tienen suerte, van a la cabeza de la caravana y pueden descansar un día y luego incorporarse de nuevo en otro puesto. Pero si la caravana ya ha pasado del todo, asunto concluido. Entonces su esperanza puede ser que aparezca alguien y lo ayude o lo que sea, pero eso puede tardar. Porque la caravana no está siguiendo las rutas principales. Se queda abandonado, pues, a su suerte y nadie sabe lo que será de él. Tiene el agua que lleva consigo, tal vez haya guardado un puñado de comida, pero probablemente no. Quizá muera, quizá no, eso puede ocurrir también, pero él no lo sabe, porque no retrocederá en coche para comprobarlo. En África muere mucha gente, y uno no va siempre a ver qué ha pasado.

Salvo los viejos, lo han conseguido todos hasta ahora, pero llegará el primer

caso en que no sea así. Una fractura ósea. Un apéndice. Las cosas que suelen ocurrir. Entonces habrá muertos en la televisión. Hasta ahora no los ha habido porque en el mar se filma muy mal.

—*No! We need a doctor!*

Así que se han puesto de acuerdo en buscar un médico.

O algo parecido a un médico: Pakka trabajó una vez de enfermero. Malaika ha puesto a su disposición uno de los coches cebrá. Ahora Pakka recorre en coche la fila y ayuda. Los contactos de Malaika le procuran medicamentos. Analgésicos, tiritas, vendajes. No transporta a nadie, procura que puedan seguir andando. Si ya no puede ayudar dice «*sorry*». Eso es todo.

—*That is all? But that goes not!*

Él intentó bromear:

—*Goes not gives not.*

Es lo que ella dice siempre, y lo que quiera que eso signifique. Ella lo dice cuando quiere algo a toda costa. Pero se trata del mecanismo de la caravana, que no debe romperse. Todos han de ver claramente el riesgo, todos tienen que seguir pagando, todos tienen que seguir caminando. La columna no debe detenerse, porque en el momento en que se quede parada, los nativos tendrán miedo de que se quede allí. La ventaja imbatible de la caravana es que se marcha pronto. Una caravana que se para es un campamento y nadie quiere un campamento. Peor aún: si la gente se detiene, ya no se sabe si será posible ponerla de nuevo en movimiento.

Malaika quiere un médico. Para un médico de verdad, dice, basta con el dinero de su fundación. O sea, un médico, otro coche y equipamiento, eso podrá pagarlo seguramente su fundación. *Okey*, dijo él, un médico, pero nada de transporte.

Y luego llegó la primera embarazada.

Eso no hay quien lo pare. Claro que él lo dejó bien claro desde el principio: nada de embarazos. Pero en algunas no se podía ver. Y algunas se quedan embarazadas. Tanta gente joven, varias fulanas. A algunas se les ve ya con bastante claridad. Aguantan la marcha bien, le han dicho, pero en los días en torno al parto resulta difícil. Y los recién nacidos.

—*You know that not! You have no childs! I have!*

Se incorpora sobre la superficie de carga de su camioneta. Es el único lujo que tienen, una superficie de carga para dos, medio metro de chapa para protegerse de las miradas. Él se sienta y la toma en sus brazos.

Lo ha buscado en Google: ciento cincuenta mil personas jóvenes significan entre ciento cincuenta y doscientos niños al año. Es imposible que los saquen adelante a todos. Las madres más resistentes quizá lo logren, pero ¿qué más puede hacer él? ¿Magia?

—*Another truck. I pay. Another truck. And a sister for babys!*

Le da un beso.

Él va entendiendo poco a poco, se habitúa a su extraño inglés. Quiere otro camión que atienda a los recién nacidos. Y cuando esté lleno, que se los vaya devolviendo a las madres, comenzando por los de más edad. Sólo para recién nacidos. No para transportar enfermos.

No suena tan mal. Mejor que niños muertos. Un pequeño autobús lleno de bebés. Buenas fotografías. Los bebés no son malvados, los bebés no son una amenaza. Pero eso no impedirá momentos duros. Quizá muera gente. Quizá mueran niños.

Ella asiente con la cabeza.

Él aprueba la propuesta y es como si le quitaran de los hombros un pesado saco. Hay todavía suficientes sacos sobre sus hombros, pero es uno menos, y Malaika tiene ese optimismo incansable: le abraza y le da la sensación de que no tiene que hacerlo todo, todo, todo solo.

Y eso se debe a que es un ángel, se repite una y otra vez.

—Dígame: ¿puede ser que otra vez haya mierda por el suelo?

—¿Qué?

Sensenbrink se ha levantado de un salto. Está en la sala de montaje 3, actualmente la sala de montaje de toda la casa. Ha estado sentado todo el tiempo, más bien tranquilo, tecleando mensajes en su smartphone, mientras Beate Karstleiter y un técnico examinaban el nuevo material, hasta que de pronto se ha levantado señalando una mancha oscura y redonda en la pantalla.

—¿No lo ven? Detened la imagen, se lo enseño. Retroceded diez segundos... ¡Justo! ¡Ahí y ahí! ¡Y ahí!

—Hummm —dice el técnico—, no sé. También pueden ser piedras...

—¿Piedras? ¿Qué clase de piedras tiene usted en casa?

—La lava es oscura muchas veces...

—Pero ¡no estamos en Lanzarote! ¡Ahí! Otra vez. Retroceded otra vez. ¡Stop! Exacto. ¡Los chismes esos!

—Pueden ser animales dormidos —dice Beate Karstleiter.

—¿Qué animal duerme en forma de salchicha, si pueden decirme? ¿Habéis perdido la chaveta? ¡Eso es mierda! ¡Amplíelo con el zoom!

La salchicha dormida se vuelve más grande, pero no más nítida. Sin embargo, ahora es casi imposible interpretar las imágenes de otra manera. También porque a su lado, no muy lejos, parece haber otro animal durmiente que ha quedado aplastado en el centro de un pisotón.

—¡Ahí está! —dice Sensenbrink—. No hay animales tan blandos. ¿Quién ha hecho el encargo?

Beate Karstleiter mira la hoja de trabajo.

—Korbinian —lee en ella—, eso procede del equipo de Anke.

—Pues que venga. Pero ¡ahora mismo!

Karstleiter llama por teléfono. Sensenbrink manda seguir bobinando los carretes. Diez semanas llevan caminando los refugiados; las historias se vuelven flojas de contenido poco a poco. No es posible tejerlo todo alrededor de la insólita pareja de enamorados con la extraña misión. Como con todo formato exitoso vienen ahora las dificultades de la ramificación. Ha puesto a otros autores a trabajar en la historia, primero a diez, luego a otros diez, y quien era guionista al principio es ahora redactor jefe.

—Siempre lo mismo —suspira Sensenbrink dirigiéndose a Beate Karstleiter—. Esas personas creativas no tienen nunca dotes de mando. Anke es buena, sí, pero sólo con el lápiz. A esa gente, en el fondo, no habría que promoverla. Cuando se les quita el teclado y a cambio ponen en sus manos a otras personas, entonces sólo quieren ser muy amables, y al punto sucede que..., ¿sí?

—¿Qué ocurre? —pregunta Anke, digna de confianza en el fondo.

—Pase, pase. Estamos viendo el material. ¿Ha preparado el guion su departamento? Dígame, por favor, qué título lleva.

—Título provisional, «La retaguardia». —Viene en ayuda Beate Karstleiter.

—«Los rezagados» —corrige Anke—, sí, eso es nuestro.

—Nosotros llevamos ya un rato discutiendo lo que vemos ahí. Él dice que ve animales. Yo digo que es mierda.

—Así es.

Karstleiter y Sensenbrink se miran primero. Luego, como obedeciendo una orden, vuelven la cabeza hacia la joven.

—¿Qué quiere decir con «así es»?

—Que tiene razón. Esos montones son cagadas.

—¿De seres humanos, o qué?

—Bueno, no lo hemos investigado con detalle, pero...

—¡Oiga, oiga, no se me ponga ahora sarcástica!

—... pero, si lo miro bien, sí.

—¿Y qué ha pensado al verlo?

—¿Ya no le gusta el tema?

—¿He encargado yo el tema de las cagadas? ¿Cómo iba a ocurrírseme tal cosa?

—Señor Sensenbrink, todos hemos estado presentes en la reunión. Hemos discutido lo que ahora se plantea como tema, y aparecieron las cosas estándar, el refugiado de más edad, el de menos edad, el más guapo, los que marchan más a la cabeza que nadie, los que van más atrás que nadie, alguien dijo incluso: «Cojonudo, el último de todos; eso tiene que ser amargo de veras»...

—Eso está bien —ayuda Beate Karstleiter—, pero las imágenes, ¿eso es lo que no comprendo! ¿Cómo tienen un desliz así? Yo avanzo quince metros y ruedo allí, por todos los demonios. ¿No tenéis ojos en la cara?

—Claro que sí, y yo dije lo mismo que usted. Pero por las informaciones que tengo, está igual por todas partes. Ya he llamado a Protección Civil y sólo me dijeron riéndose: «¿Cómo cree usted que funcionan las cosas?».

—Pero hasta ahora tampoco nosotros hemos...

—Porque hemos rodado casi todo por delante. En el fondo no es sino una cuestión de cálculo. Se lo explico con mucho gusto, pero va a resultar un poco... asqueroso.

Sensenbrink suspira y se deja caer en el sillón. Su mano derecha, resignada, concede con un ademán la palabra a Anke.

—Ocurre —dice Anke, digna de confianza en el fondo— que quien está muy delante, se busca un sitio apartado para sus necesidades. Eso lo sabe todo aquel que ha hecho senderismo. Pero aunque usted sea senderista, no tiene más ideas que otras personas. Así que se ha buscado su rinconcito y cuando llega a él...

—... está lleno de clínex —dice Beate Karstleiter.

—Exacto. El rinconcito que a usted le ha parecido apropiado, le ha parecido apropiado a otro ya antes que a usted. Y cuanta más gente pasa por allí, tanto más repletos están los sitios adecuados. Entonces se buscan sitios un poco menos adecuados, que están un poco más alejados. O acaban escogiéndose sitios más visibles. Los niños, por ejemplo, usan simplemente en algún momento el borde de la carretera, aunque buscan algún sitio que aún no se haya utilizado. Sin embargo, al llegar la noche, en un tramo del camino por el que han pasado cincuenta mil personas, al borde de la carretera ya no queda apenas un lugar sin utilizar.

—Qué asco —dice Beate Karstleiter.



—¿Y entonces? —pregunta Sensenbrink.

—Entonces acampan allí. El lugar favorito para pasar la noche fue al principio la propia pista. Allí no había plastas. Pero después se produjeron varios atropellos en la oscuridad. Por eso la gente aprendió a dejar libre la parte central de la pista. Y esa parte libre pasó a ser el lugar favorito para ir al retrete...

—¿Y eso por qué?

—Yo también lo haría —dice Karstleiter—. Por la noche uno va primero allí donde es seguro que no va a pisar una plasta. Además, por la noche está oscuro, no le ve nadie a uno, ni siquiera en medio de la carretera.

—Y está cerca —completa Anke, digna de confianza en el fondo—. La alternativa consiste en alejarse de la pista. Y eso no le gusta a nadie: está oscuro, no es seguro, uno quiere quedarse junto al rebaño, tiene miedo de no encontrar el camino de vuelta...

—Bueno, vale —dice Sensenbrink—, pero ¿ha de tener por eso semejante aspecto?

—Sí —dice Anke escuetamente—, ha de tenerlo. Lo que acabamos de comentar era sólo el primer día. La columna tiene cincuenta kilómetros o así. Es decir, la segunda sección, la gente que está quince kilómetros detrás de la cabecera, camina ya de entrada por un tramo que han utilizado antes cincuenta mil personas. Esas segundas cincuenta mil personas tienen que evitar durante todo el día las plastas de los primeros cincuenta mil. Y al día siguiente, los terceros cincuenta mil tienen que...

—¡No quiero saberlo! —Sensenbrink cierra los ojos y aparta el rostro.

—Cada ser humano caga al día trescientos gramos —lee Beate Karstleiter en su smartphone.

—Entonces pueden ustedes echar la cuenta —dice Anke—. Eso quiere decir que los últimos de la columna han de atravesar cada día una zona por la que durante los tres días anteriores se han ido repartiendo unas cuarenta y cinco toneladas de mierda. Según el tamaño, son un cuarto de millón de plastas...

—¡Déjelo de una vez!

—En las imágenes de los drones pueden distinguirse incluso dibujos.

—¿¿¿Qué???

—Sí, una columna, en la que una masa humana siempre del mismo tamaño se agrupa siempre del mismo modo, a saber: en el centro en torno a los camiones cisterna... —Anke, digna de confianza en el fondo, coge de la mesa una hoja de papel y empieza a dibujar círculos y líneas—. Al día siguiente siempre presenta el mismo aspecto. Aquí está el camión cisterna, aquí la pista, y la mierda se reparte más o menos así... —Marca muchos, muchos puntos en el papel.

—¡Basta, basta! —lo rechaza Sensenbrink.

—Cuanto más atrás está usted, con tanta más frecuencia ve gente con cubiertas de plástico. Los llevan para poder dormir medianamente limpios por la noche. Entretanto hay ya especialistas que se ganan un pequeño suplemento doblando la cubierta de manera que no se toquen la cara exterior y la interior.

—¡Santo cielo! Eso no debemos transmitirlo en modo alguno.

—Aunque... ya es casi a su manera una historia interesante.

—¡No! ¡No lo es! Algo así no es para nosotros. Nosotros estamos transmitiendo el mayor drama en directo de la historia de la televisión alemana. De la televisión, a secas. Esto es más grande que el 11 de Septiembre. Tenemos acceso en exclusiva a la protagonista. A los dos protagonistas del drama. Actualmente no hay un programa más importante en toda la cadena. Estamos aquí con nuestra responsabilidad ante la historia, en eso toda la Administración está de acuerdo conmigo, asumimos una responsabilidad frente a la humanidad. Frente al periodismo. ¡Frente a la democracia! Pero no con fotografías de mojones.

—Suenan a cinismo —dice Anke—, pero cuando el suministro no era tan bueno, el problema tampoco era aún tan manifiesto.

—¿Las hormigoneras?

Anke asiente.

Había sido algún espectador. Uno de esos trotamundos. Al mismo tiempo constructor de camiones o ingeniero. Había visto una emisión sobre la pésima calidad del suministro de alimentos, un episodio estupendo, se lloraba sin fin. Hubo donativos para la NHFH, que sumaron más de diez millones. Y ese ingeniero trotamundos llamó después y dijo que todo eso se podía hacer con mucha más eficiencia, precisamente en África, porque, de todos modos, la gente

comía allí, básicamente, puré de cereales. Como es natural, añadió, no todos podían preparar por el camino su puré, pero la elaboración podía centralizarse. Y luego suministrar el puré en hormigoneras. Por el camino se seguiría removiendo, con varias modificaciones llegaría incluso en mejor estado del que tenían al principio, cuando lo echaron dentro. Una operación gigantesca, se donaron dos camiones, otros se compraron; debido a la situación humanitaria de emergencia, empresas normales de la construcción permitieron que se las pusiera atrás del todo en la lista de suministros, cosa absurda, porque los dudosos gánsteres del avituallamiento de allí mismo se apropiaron entusiasmados de la idea y organizaron no sé qué transportadores de cemento húmedo de China, con los que aquello funcionó exactamente igual. Desde entonces resulta de lo más sencillo servir a cada refugiado una ración de puré en un plato de cartón.

Beate Karstleiter mueve el ratón. La pantalla se ilumina otra vez, se ve el problema.

—Todo está relacionado... —dice.

—Pero tiene que terminar —replica Sensenbrink—. Para decirlo con claridad: ya no es un entorno afín a la publicidad.

—Pero es la credibilidad lo que nos distingue —dice confusa Anke, que es digna de confianza—. Lo periodístico. Precisamente que nosotros no embellezcamos las cosas.

—Dígaselo a la gente de Salomon o de Adidas —la frena Sensenbrink.

—Pues sí —remata Beate Karstleiter—, o de Meindl. No se venden botas de montaña de trescientos euros con escenas en las que la gente está hundida en la mierda hasta los tobillos.

—Comprendo que no les guste, pero yo no sé de encantamientos. Todo lo que puedo ofrecerles es que a partir de ahora sólo informemos desde delante del todo.

—Eso no nos sirve. Entonces que informe otro. Es asombroso que hasta ahora nadie se haya hecho con el tema. La mierda tiene que desaparecer.

—Pero ¿cómo va a hacerlo? ¿Prohibiendo cagar a la gente?

—Quizá no tengamos que hacer nada —propone Karstleiter—. Quizá no lo note nadie.

—Cuanto más tiempo dure, tanto más seguro es que algún otro medio se dé cuenta. No podemos correr el riesgo de que eso ocurra.

—¿Por qué no?

—¿Por qué ya no?

—Porque —suspira Sensenbrink—, porque desde hace muy poco estamos negociando la venta.

—¿De la cadena?

—No: de la emisión.

—¿Podemos venderle a alguien los derechos de emisión?

—Podemos vendérselos a más de uno.

Las dos mujeres y el técnico se miran. Tres rostros hacen tres gestos de aprobación: las cejas enarcadas, la cabeza que asiente, la boca fruncida. La boca fruncida pertenece a Anke, digna de confianza en el fondo, que pregunta:

—¿Necesitan derechos de emisión? Es una noticia. Un suceso. No un acto que organicemos nosotros.

—Sobre eso ya hemos discutido también —recuerda Karstleiter—. Se puede afirmar perfectamente que sin nosotros no tendría lugar nada de esto.

—Precisamente. Es una cuestión de seguridad jurídica. Quien transmite por televisión no quiere correr el riesgo de que haya medidas de suspensión provisional. Por eso se compran antes los derechos, porque es más barato que un proceso.

—¿Y quién es?

—De momento eso es confidencial. Los holandeses están a punto de conseguirlo.

—¿Y entonces pondrán en marcha su propia caravana?

—No, no, transmitirán la nuestra, claro. Y no son sólo los holandeses.

—¿Quién más? ¿Los franceses?

—Ésos desde luego. Los italianos también han hecho una solicitud.

—¿No tienen ellos ya suficientes refugiados?

—Bueno, a ellos les atrae, claro, que, por una vez, esos refugiados no quieran irse con ellos. Lo mismo que los ingleses. Para ellos, esto es una emisión de «chinchá, rabia».

—Pero *Ángel en la miseria* es inequívocamente un formato de ayuda. Es decir: en favor de los refugiados.

—Depende de qué titular se le pone encima.

—¡No pueden ponerle un titular muy distinto!

—Si pagan lo suficiente, pueden hacerlo todo —murmura el técnico.

—Entonces no les molestará la mierda.

—A los ingleses, no; a los italianos, tampoco, pero sí a los norteamericanos.

—¿El mercado estadounidense?

—Claro. Primero pensaron en organizar lo mismo con Salma Hayek, luego con Angelina Jolie, y luego lo dejaron.

—¿Porque Nadeche Hackenbusch es mejor que Angelina Jolie? —El técnico suelta una risotada—. ¡Eso no se lo creen ni ellos!

—No. Porque la situación es distinta.

—¿Por qué? Una frontera la tendrían igual. ¿Quién sino ellos?

—Claro, pero allí nadie tiene que caminar una eternidad para llegar a ella. En México basta con un autobús.

Asentimiento general. Eso es convincente.

—Así que necesitan a nuestra Nadeche. ¿Quién lo habría pensado?

—Pero seguro que no, si ella se mueve entre mierda. Ése es el último tabú. Ni siquiera en el campamento de la jungla trabajan con mierda. Esperma: sí. Órganos sexuales: sí. Mierda: no. Pueden ponerte delante testículos de mono cocidos, pero no un culo de mono cocido.

—Bien; entonces la mierda ha de desaparecer.

—Pero ¿cómo?

—¿Bolsitas para perros?

—Muy gracioso.

—¿Y por qué no? —cavila Beate Karstleiter—. Eso sería lo más barato. Sólo habría que centralizar el reparto de las bolsitas.

—Hay también algunas con fundas de cartón. Una vez estuve cuidando de un perro durante una semana, y no era tan desagradable.

—¿Y este titular: MyTV trata a los refugiados como a perros?

—Los tratamos también con hormigoneras.

—Verse tratado como una casita es menos malo que como un perro. En el titular, al menos.

—No, eso es una idea absurda. Miren ustedes a esa gente: ¿tienen la impresión de que son personas que siempre retiran sus excrementos? Incluso en Alemania eso resultaría de una meticulosidad excesiva. Y luego tirar por ahí las bolsitas rojas. Entonces no sólo tendríamos mierda por todas partes, sino mierda empaquetada en rojo chillón.

—Los niños arrojándoselas unos a otros...

—O alguien revendiendo las bolsitas. No, tiene que ser de otro modo.

—Enviamos excavadoras que lo entierren todo.

—Demasiado caro y complicado. Harían falta demasiadas excavadoras, y si eso se reparte realmente así, entonces ya puede usted excavar una franja de tierra de unos cien metros de ancho que atraviese todo el paisaje.

—Cien no es suficiente —recuerda Anke, digna de confianza en el fondo—. Puedo dibujárselo más o menos a ustedes otra vez.

—No, por Dios. Entonces quinientos metros. Pero eso no funcionaría. Para nosotros no se trata de proteger el medioambiente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que primero tenemos que limpiar con una excavadora cuando todos se hayan marchado. Pero ¿para qué íbamos a ir limpiando detrás de la columna? Detrás de la columna no filmamos. Queremos que esté limpio al principio, a la mitad, al final de la columna. No podemos pasar a diario con las excavadoras por en medio de la gente.

—Okey, entonces sólo quedan letrinas móviles —constata Anke, digna de confianza en el fondo—. Como en un concierto de rock.

—¿En una caravana? —porfía Beate Karstleiter.

Sensenbrink le dirige una mirada furiosa. Ahora el escepticismo no ayuda.

—Los retretes no son muy pesados —la anima él—, y son de fácil montaje.

—La mayoría de los lugares en los que la gente caga están en torno a los camiones cisterna —lo ayuda Anke, digna de confianza en el fondo—. Así que los instalamos allí.

—¿Tienen una idea de cuántos se necesitan? —dice el técnico—. ¡Miles!

—Sssí. —Sensenbrink se frota la barbilla—. Claro.

—Pero al menos los utilizarían —continúa Anke, digna de confianza en el fondo—. Se puede cerrar la puerta cuando se está dentro.

—¿Y cada día se los traslada de un sitio a otro?

—Eso significa otra vez un montón de camiones —calcula Beate Karstleiter—. Tengo que decirlo.

Sensenbrink trata de calcular el número de camiones para miles de cabinas sanitarias. De pronto tiene la sensación de estar de nuevo en el colegio ante un complicado problema con heces, cabinas, camiones y refugiados. Lo primero era siempre formular la pregunta. O sea: ¿Cuántos camiones...?

—En realidad no son tantos —dice el técnico—. Tienen que transportar los retretes sólo cada tres días. Los camiones cisterna permanecen tres días en el mismo sitio. Por tanto, también se pueden dejar y seguir utilizando los retretes ese tiempo.

—¡Es verdad! —interviene Anke, digna de confianza en el fondo—. Las únicas cabinas que hay que trasladar siempre adelante son las últimas. Entonces se las vacía y con una excavadora se entierra todo una vez al día detrás del convoy.

—O sea, muchos menos camiones. —Está muy bien que Karstleiter también colabore por una vez—. Pero aún son entre diez y quince camiones articulados con retretes móviles. Conductores. Asesores.

—Eso ya lo tienen. Sólo necesitan un poco más.

—Okey. Así pues, hay solución. Pero ¿quién paga? ¿Los refugiados?

—Sería bueno. —Sensenbrink se frota los ojos—. Parece que conviven bastante bien con las plastas.

—Pero ellos se beneficiarían también. La caravana obtiene más aceptación. Y si los estadounidenses compran los derechos, también se les presta más atención.

—Veamos primero dónde podemos ahorrar: los retretes podría venderlos baratos la empresa. O regalarlos. Es para un buen fin; los mencionaremos en televisión.

—El transporte a África podría patrocinarlo alguna compañía aérea... —ayuda Anke, por lo general digna de confianza—. Sólo queda entonces el

mantenimiento, el funcionamiento diario. No sé cuánto entra por los derechos, pero...

—No, en absoluto. —Sensenbrink niega insistentemente con la cabeza—. La cadena puede ganar algo con ello, pero no puede organizarlo.

—Okey, ¿quién, entonces? ¿La fundación?

—Eso más bien. Son los refugiados quienes deben organizarlo —dice Karstleiter—, de los costes se encarga la fundación. Eso incluso podría gustarle a Nadeche. Por Bill Gates. Él se ocupa de que haya agua limpia; las instalaciones sanitarias vienen a ser algo bastante parecido.

La mirada de Sensenbrink se posa en la pantalla que sigue encendida en silencio. Ve a Lionel, que acaricia a Nadeche Hackenbusch, que examina con los conductores de los camiones la calidad del agua, que cuenta paquetes de cobertores aislantes de color dorado.

—Y ya que estamos —dice Sensenbrink, ahora otra vez plenamente líder manejando el timón—, Lionel necesita unos zapatos nuevos. No se los quita. Eso no parece ya propio de una persona emprendedora, sino de un pobretón. Buscadle un patrocinador: desde este momento se le darán cada cuatro semanas zapatos nuevos.



Veinte minutos. Eso debería bastar. Un poco de besuqueo y, luego, a todo gas. En cualquier caso, el secretario de Estado hoy no tiene valor para pasar a mayores. Esta noche nadie va a follar a fondo, por lo pronto eso está claro, ya puede Tommy poner esa mirada de ansia todo el tiempo que quiera. El secretario de Estado besa a Tommy y nota cómo éste lo arrastra en dirección al dormitorio. Ahora se trata ya de impedirlo a toda prisa. Una vez que estén en el dormitorio primero habrá que regular la iluminación y luego viene la caja de juguetes. No es que el secretario de Estado tenga nada contra los juguetes, pero en los últimos tiempos le parece que todo eso se prolonga demasiado. Sí, antes a él también le gustaba, pero antes era antes y ahora es ahora. Más tarde será de nuevo más tarde, pero de momento es una mala racha, y no se vuelve mejor si se pierden horas en el dormitorio. El secretario de Estado sigue besando incansablemente a Tommy y tratando al mismo tiempo de rechazarlo con las caderas. El puerto de destino es el sofá, sin juguetes, y luego, deprisa y sin burocracias, se llega al final.

—Mmm, tengo algo nuevo que has de ver enseguida. —Tommy le besa en la boca. Sus dedos desabrochan la camisa del secretario de Estado. Además eso: nuevas adquisiciones para la caja de juguetes. No le va a sobrar el tiempo. Diecinueve minutos, más bien dieciocho, probablemente. Es una ayuda que él sea algo más alto y bastante más pesado, así Tommy no puede fijar el rumbo con tanta facilidad. Trata de llevarlo a la práctica juguetonamente, pero la cosa sale al revés, claro.

—¡Ohhh —suspira Tommy—, aquí hay uno que hace remilgos!

Se tienen que bajar los pantalones, ambos, de lo contrario la cosa no funciona; luego tiene que remolcar a Tommy a la posición adecuada, pero eso no debe ser muy rápido porque a Tommy le gusta que lo obliguen un poco, diez minutos al

menos, el tiempo va a ser condenadamente escaso. Y ese cálculo ni siquiera tiene en cuenta la necesidad de conseguir que se le ponga dura y...

—Oye, ¿estás mirando el reloj o qué?

—No, sólo miro...

—¿Tenemos prisa otra vez?

—Qué bobada, ven, yo te quiero, vamos a...

—¿Sobre el sofá rápido?

—¿Cómo?

—Me has entendido bien. No soy tonto. Dormitorio: Emmanuelle en el jardín de las delicias. Sofá: pim, pam, *thank you, madam*. Tú quieres el sofá. Se comprende: ni me acuerdo de cuándo regaste por última vez el jardín de las delicias. No es de extrañar que ya no crezca nada en él.

«Si además ahora nos ponemos a discutir, no nos quedará nada de tiempo.»

Eso no lo dice el secretario de Estado, evidentemente, aunque sería la única frase lógica, cuando sólo quedan dieciséis minutos. Pero la cuenta, para ser exactos, ya no es válida. Incluso con el polvete más rápido, Tommy tiene que descansar después un poco en su brazo; ¿y cuándo es el momento adecuado para encender el televisor? ¿A los cinco minutos? ¿A los diez? Qué estupidez haberse comprometido a esto.

—Tommy, *sorry* —dice el secretario de Estado—, tengo que ver la emisión. Sin falta.

—¡O sea, que es verdad! Estás mirando el reloj.

—Sííí. *Sorry*, de verdad. Imposible no hacerlo.

—¿Y por qué?

—Porque sale Leubl.

—¿Por los malditos refugiados?

El secretario de Estado asiente con un gesto. Tommy respira hondo. Casi puede verse el esfuerzo que hace cuando besa al secretario de Estado.

—Bueno —dice Tommy—, bueno. No voy a ponerme pesado. Eres mi secretario de Estado. Eres la picha de mi vida.

Se da la vuelta y se inclina hacia la estantería de debajo de la encimera. Al final es de Corian, que sin embargo no es tan fácil de cuidar como todos dicen.

—No me pondré a sollozar y no te haré aún más difícil tu tan tan complicada vida.

Saca una botella. Vino tinto, el secretario de Estado no distingue cuál es, pero seguramente barolo, que es fuerte. Tommy coge la botella por el cuello con la mano derecha. Toma impulso con fuerza, apunta a la pared, para la que ya hace dos semanas que querían comprar algo artístico. Luego arroja la botella con sorprendente suavidad sobre un cojín del sofá.

—¡Cógelo!

El sacacorchos vuela detrás, el secretario de Estado justo lo atrapa en el aire.

—No te monto ninguna escena porque soy una persona adulta y madura. Ahora me siento todo obediente en el sofá rápido y le fortalezco mucho mucho la espalda a mi marido. No le digo que no tengo ganas de ver su estúpido y aburrido programa porque estoy por encima de esas cosas. Pero él debería saber que mi aguante tiene un límite. Y que también necesito un pequeño tonificante. Abre el vino, capullo, eres un aburrido.

El secretario de Estado le echa una mirada agradecida a Tommy. Tommy responde sorprendentemente cariñoso y se desabrocha el pantalón.

—Eso tendrías que haberlo hecho tú, sin ir más lejos —dice pesaroso—, fíjate. Lo compré expresamente para ti. En el fondo, una locura. Pero estaba rebajado.

El secretario de Estado hace un gesto de aprobación y echa vino en las copas, mientras Tommy enciende el televisor. Están todavía con la previsión del tiempo. Tommy se encarama en el sofá y se arrebujá a su lado.

—Mierda de refugiados —murmura—. ¿Por qué hay que dedicarles otro programa?

—¿Me escuchas alguna vez cuando cuento algo?

—Siempre. Espera: ¿cómo es? Ah, sí: refugiadorefugiadorefugiado. El señor Leubl. Refugiadorefugiadorefugiado. Hackenbruja. ¿He olvidado algo?

—No —el secretario de Estado forma un círculo con el pulgar y el índice—. ¡Perfecto!

—Dilo de una vez.

—Si de cuando en cuando echaras una mirada a un periódico...

Tommy da un codazo en las costillas al secretario de Estado.

—Yo no refunfuño. Por eso sería muy muy bueno que tú tampoco...

—*Okey*. Los medios se han enterado de que no habrá catástrofes. En cualquier caso no enseguida.

—Bueno ¿y qué?

—Pues eso quiere decir que ciento cincuenta mil personas marchan en dirección a nosotros. Y algunos ya empiezan a preguntarse si a lo mejor lo consiguen.

—¿Y pueden lograrlo?

—¡Psst! —responde el secretario de Estado—; a ver a quién traen al programa.

—¿Por qué psst? ¡Tú lo ves!

«¡Cállate de una vez!»

Eso tampoco lo dice el secretario de Estado, evidentemente. Deja hablar a Tommy con la esperanza de que en algún momento deje por sí solo de dar la murga. Leubl aparece en la pantalla. Tiene su cara de Lino Ventura: padre preocupado, severo, pero, en el fondo, bondadoso. Esa cara le ha hecho ganar las últimas ocho elecciones, o las últimas seis; en los últimos decenios la ha perfeccionado, cuando poco a poco las arrugas de la frente se han vuelto más profundas. Nadie, en el mundo de la política, hace tan buen uso de las arrugas de la frente. Pero también tiene esa frente alta tan adecuada. Lamentablemente en toda la familia del secretario de Estado nadie tiene ni un asomo de calvicie. Quizá debería empezar a llevar gafas, eso también podría funcionar.

—*Okey*, Hackenbusch, con ella había que contar —comenta el secretario de Estado.

—Vaya, vaya ¿era eso? —Tommy le hace cosquillas con una mano en las costillas, y el secretario de Estado intenta apartar los dedos con un movimiento que aún podría calificarse de cariñoso.

—Bueno, alguna marisabidilla de los derechos humanos tienen que traer. Oh, oh, Schwägerle. Espero que le pongan subtítulos. —Schwägerle no es peligroso. Escribe una vez por semana un comentario bastante aceptable, pero en la televisión no es ni la mitad de convincente: eso se debe a su espantoso acento

suabo. Cuando el secretario de Estado era todavía secretario general del partido, lo primero que hizo fue prohibir entrevistar a los suabos, es decir: en la radio y la televisión. A excepción de sus canales regionales; allí no molesta a nadie ese deje pegajoso y plañidero. Pero no en todo el territorio federal. Los dialectos en la política son como la tracción a cuatro ruedas; tienen que poder conectarse y desconectarse, de lo contrario son más los inconvenientes que las ventajas. Que la Unión Demócrata Cristiana haya sobrevivido con Schäuble durante varias décadas, hoy él mismo sigue considerándolo milagroso—. Y ahora necesitan también uno de la derecha —añade el secretario de Estado.

—Una vez tuve algo con un fan del Hamburgo S.V. —dice Tommy—; cuando presentaban antes del partido la alineación del equipo, hablaba exactamente igual que tú ahora.

—Ya lo decía yo: Blechdecker.

—Y naturalmente otra vez a Van der Vaart de centrocampista —lo imita Tommy con ternura—. ¿No puede alguien quitar a ése de en medio y mandarlo con sus rubias oxigenadas?

—Si no contaran con Blechdecker tendrían que inventarlo: se necesita a un nazi para el programa, pero no puedes invitar a ninguno. Muy bien que los sociatas tengan uno.

—Deja de hablar de rojos y échame más vino.

El secretario de Estado escancia generosamente vino tinto en la copa de Tommy y luego, sorprendido, un buen chorro fuera del vaso: junto a Blechdecker hay una pantalla en la que aparece Nadeche Hackenbusch, con la que han establecido conexión. Y luego viene el vídeo para ambientar, que lo agrava todo hábilmente: el inicio de la marcha, luego las primeras entrevistas en las que los refugiados hablan con alegría de la meta de su viaje, Alemania. Naturalmente, otra vez esa niña tan graciosa, que con el tiempo se ha convertido en un exitazo completamente personal en YouTube, con dos vídeos. En uno baila, y en otro presenta botellas vacías a la gente y dice: «*Fant bitte!*»,<sup>1</sup> Luego cambia el punto de vista y se ve cuál es la verdadera razón de todo el revuelo: que Pegida<sup>2</sup> tiene mayor popularidad. Y justo cuando el moderador pregunta a Nadeche Hackenbusch cómo marcha todo, dice Tommy:

—¡Uy! Nadeche se ha puesto morena. Le queda bien. Pero en mi opinión, debería...

Ver la televisión con Tommy es horrible. El secretario de Estado se inclina y besa a Tommy en la boca. Así hay por lo menos un descanso.

—... estaremos con vosotros —cacarea la señora Hackenbusch—. Claro, todavía falta un poco. Pero si colaboramos todos, lo conseguiremos. ¡Estoy tan orgullosa de Alemania!

La lengua de Tommy se desliza ahora en la boca del secretario de Estado, muy bien, el moderador pregunta cómo transcurre la empresa y cómo lo dirige ella todo, y se la oye responder que ella no dirige nada, sino que sólo presta ayuda humanitaria. O es muy lista o cuenta con un abogado.

—¿Viene ahora por fin tu jefe, para que esto se acabe de una vez?

—No, a él no le corresponde salir aún. Antes tiene que decir algún periodista que esos pueden llegar hasta nuestro país.

Cierto. Schwägerle toma ahora cartas en el asunto, como si, prácticamente, estuviera en África caminando con todos. Sin embargo, Schwägerle no ha hecho ningún reportaje de verdad desde hace por lo menos quince años. Con mucho esfuerzo, el secretario de Estado se mete la mano en la bragueta y saca la de Tommy. Intenta de alguna manera llevarla en otra dirección, pero por desgracia Tommy tiene dos manos. Con el capitán Garfio algunas cosas serían más fáciles.

Ahora Schwägerle está explicando el gráfico informativo que ha aparecido hace poco en *Focus*: la disposición y la estructura de la caravana y que tiene que haber una organización muy estudiada en su pantalón.

—Por favor, Tommy, sólo un momento.

—Pero ahí dentro hay algo que requiere más que un momento...

—¡Por favor! Tengo que concentrarme.

Es detrás de la caravana donde está la estudiada organización, detrás de la caravana. Pero eso se vuelve muy peligroso, dice Blechdecker, y previene contra no sé qué del Estado Islámico. Ese hombre ha hecho una de las más asombrosas carreras de los últimos tiempos. Empezó como cabaretero común y corriente, se le pudo ver en *Die Anstalt*, también con Nuhr, en la cadena WDR, se metió con la Unión Demócrata Cristiana y la Unión Social Cristiana de Baviera y contra el

Partido Socialdemócrata, como todos los otros vocingleros. Pero en algún momento llamó la atención que jamás, en ninguno de sus números, se distanciaba de Alternativa para Alemania. Luego escribió un libro más bien malo que se vendió como rosquillas, y desde entonces el Partido Socialdemócrata intenta en vano quitárselo de encima. Blechdecker dice ahora algo sobre minoría en el propio país y sobre terrorismo y que los alemanes son ciegos de un ojo, el de los refugiados.

—¿Qué es el ojo de los refugiados? —pregunta Tommy con asombrosa atención.

Leubl está poniendo gesto de consternación. Ahora es su turno, y al secretario de Estado le gustaría fundar ya después de las primeras palabras un club de fans para él. Leubl da las gracias a Nadeche Hackenbusch por su esfuerzo y compromiso. Dice que admira su trabajo, pero que le aconseja tener mucho cuidado para no hacerse culpable de tráfico de refugiados. En la televisión no se ha oído nunca una advertencia más cortés, más amable, más cautivadora. Y luego dice que, en principio, la población no tiene que preocuparse. Eso es bastante universal y por eso también bastante atrevido, porque no se sabe qué es lo que le preocupa al espectador: que vengan los refugiados o que no vengan, o que Nadeche Hackenbusch encuentre con Lionel una bonita vivienda. Ésa era, en cualquier caso, la última historia de *Evangeline*: «Nadeche & Lionel: ¿piso de ensueño en Múnich?». Pero Leubl se los gana a todos remitiendo a una serie de convenios de buen funcionamiento, a la situación jurídica, que es inequívoca, a los acuerdos vinculantes de la Unión Europea. Remite a Frontex, la Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas, y a la protección, inmensamente perfeccionada, de las fronteras exteriores. Y que, desde el punto de vista puramente técnico, hay que superar algunos obstáculos, que son un poquito más complicados de vencer que una frontera de África.

—Admiro su optimismo, señora Hackenbusch —dice Leubl—; rarísimas veces veo yo a Alemania tan enérgica y llena de optimismo como usted. No me entienda mal; comprendo muy bien a la gente con la que usted está caminando, comprendo su impaciencia y sus esperanzas. Puedo entender perfectamente que en esa situación no se piense en el marco de las leyes vigentes. En una situación

así hay que mirar dónde se detiene uno. Pero usted está marchando hacia una catástrofe si continúa como hasta ahora. Dudo, de todos modos, que llegue tan lejos, pero a más tardar en el canal de Suez o en el Bósforo no se puede seguir caminando sin más. Son como cuellos de botella y ningún gobierno soberano del mundo la dejará pasar sin más.

No es el derecho, no es el gobierno, no son los alemanes: son el canal de Suez y el Bósforo. A un canal y a un estrecho nadie puede reprocharles nada. El secretario de Estado se deja caer, lleno de admiración, en el sofá. Comprueba que en su entrepierna ya no hay una mano de Tommy, pero en cambio sí su boca. Trata de apartarlo, pero entonces Tommy hace algo como chasqueante, y eso está muy... bieeen.

Hackenbusch está igual de sorprendida. O sea: de Leubl. Estaba preparada para lanzarse al ataque contra el gobierno federal, contra la Unión Socialcristiana, contra la Unión Europea, pero no contra el Bósforo. Eso la sorprende tanto que sólo puede reprochar a Leubl que ahora también le esté acariciando los huevos. No, eso es Tommy, que él..., es decir, que Leubl no proteja aún más a los refugiados ahora que ya no tiene puesto el pantalón. Y eso, claro, es para Leubl muy fácil porque sólo tiene que decir que no puede ser tarea del gobierno federal bajar al agua con refugiados, y esa agua está tan caliente y tan húmeda...

A Dios gracias, ahora habla Schwägerle, y si hay algo que a un hombre normal le imposibilita por completo tener una erección, eso es el acento suabo, ese anticonceptivo hecho lenguaje. Con un derroche de energía, Schwägerle cuenta que para juzgar correctamente la situación hay que conocer la historia de África, y ahí uno puede tranquilamente dejar de escuchar porque la historia de África no le ayuda a uno a pasar ni por el canal de Suez ni por el Bósforo. Leubl ha puesto sobre la mesa ambos puntos y ante los ojos de los espectadores hay ahora cientos de miles de refugiados a orillas del canal de Suez y no pueden nadar hasta la otra orilla. Blechdecker puede divagar y remontarse muy atrás, pero la imagen tranquilizadora de esos cien mil a los que el canal de Suez separa de la tierra prometida como las aguas profundísimas a los dos hijos de reyes<sup>3</sup> ha quedado grabada en las mentes. Leubl, ya bien relajado, puede dirigirse otra vez



a Nadeche Hackenbusch, alabarla tanto que uno casi percibe cómo los votantes de los Verdes se pasan a la Unión Social Cristiana de Baviera cuando Lino Ventura propaga una sensación de calidez y objetividad, tanto, que uno también siente calor y bienestar y humedad y se dilata y crece y aparta enseguida las manos de la cabeza de Tommy, porque él nunca podrá moverla con la perfección con la que la mueve Tommy; a uno ya sólo le queda ocuparse de ese escasísimo slip, si no le diera vueltas la cabeza.

Y cuando Schwägerle aparece de nuevo, amenazador, en la pantalla, el secretario de Estado se apodera con la rapidez del rayo del mando a distancia y apaga el televisor. Se levanta despacio, para no interrumpir a Tommy, de pronto ansía el dormitorio y la caja de juguetes, y entonces el teléfono móvil suena tres veces.

Tommy levanta un momento la vista hacia él.

Pero que suene tres veces significa que es Leubl.

Tommy se traga al secretario de Estado como una aspiradora.

El secretario de Estado siente como debilidad, calor y mareo, lanza un gemido con palabras completamente ininteligibles y con una extraña mescolanza de grito de victoria y de pinchazo en el neumático de la bicicleta y se derrumba sobre el sofá. Es como si tuviera que reunir las fuerzas de toda una vida para agarrar ese móvil. Y en el mismo instante en que lee el mensaje de Leubl, oye que la flamante puerta del salón se cierra con tal portazo que el flamante picaporte cae al suelo.

«A las nueve —pone en el SMS—. Erzberger.»

No es un placer ver al viejo Erzberger.

Leubl está sentado en su mesa del Café Theresia y espera un café y un cruasán. La mesa está detrás del guardarropa, tapada por los abrigos, allí donde antes las camareras fumaban deprisa un pitillo cuando todavía se podía fumar en los sitios públicos. Hoy esa mesa, en realidad, sigue siendo inaccesible para clientes; las camareras siguen tomando allí su café propio y de vez en cuando una copita de coñac o un bítter. Pero al ministro del Interior se le hace siempre una excepción, por vieja solidaridad. Cuando Leubl pidió por primera vez un té en el Theresia, aún daban conciertos los Beatles. La desventaja es que en esa mesa a veces se echa una mirada entre bastidores más a fondo de lo que uno quisiera.

Leubl abre el periódico. De las secciones nacional e internacional lo conoce ya casi todo, pero a veces le gusta leer la sección local. Las columnas del viejo Rebach, aunque cada vez se vuelven más horribles. Pero cuando se es tan viejo como Leubl, entonces se está agradecido a cualquier persona que, por pasado, no sólo entienda los últimos veinticinco años. Un café, poco a poco, no vendría mal. Un café y un cruasán. Pero las perspectivas no son buenas, porque oye cómo el viejo Erzberger, conteniéndose cuanto puede, dice:

—¡Esto es un desbarajuste increíble!

Leubl deja caer el periódico. En los últimos tiempos hay días en los que el viejo Erzberger sólo pasa un rato por el café a echar una mirada. Pero hoy no. Hoy el viejo Erzberger está detrás del mostrador y se lleva una nota de pedido a la cara. Se ha levantado las gafas hasta el principesco cabello gris, asombrosamente espeso, y trata de descifrar la nota, lo que le resulta difícil porque la luz está regulada para que luzcan bien las tartas, no para facilitar la lectura a ciudadanos de edad avanzada.

—¿Cómo es que hay en el plato tarta de manzana? ¡Tenía que ser tarta de avellana!

—Se lo ruego, señor Erzberger —dice la joven camarera, y echa una mirada rápida por encima del hombro a la hoja—. Déjeme hacer mi trabajo. Ahí no pone tarta de avellana, pone tarta de manzana.

—¡No tenemos tarta de avellana!

—¿Lo ve?

—¿Qué significa «lo ve»? ¿Quién ha atendido al cliente?

—¡Nadie! ¡Todo está perfectamente! Ahora tengo que atender, de verdad, mi trabajo...

—¿Para que estropee aún más las cosas? —El viejo Erzberger se pone en pie, un metro noventa escaso de frustración, todavía—. Ahora tendré que comprobar yo mismo todos los pedidos. Tráigame ahora mismo todas las notas de pedido.

La camarera es joven y guapa, y está desesperada. Leubl no querría verse en su pellejo. Rapidez, servicio sin contratiempos, eso siempre fue importantísimo para el Café Theresia. Para muchos, el Theresia es el mejor establecimiento de la ciudad.

Leubl observa cómo se forma atasco de camareras delante del mostrador, porque detrás del mostrador el viejo Erzberger controla las hojas de los pedidos. Y algunas cosas que él toma por notas de pedidos como por ejemplo bolsitas de azúcar y servilletas de papel.

—¿Quién ha escrito esto? ¡Es imposible leerlo! ¡Y aquí hay que añadir una cerveza Pilsen! —inrepa el viejo Erzberger—. ¡Y una ensalada de patatas! ¿De dónde saca usted, por todos los demonios, lo de tarta de queso?

Puede ser cosa de la coordinación. El viejo Erzberger tiene ya una docena larga de papeles en la mano, como una colección de naipes lacios. Resulta dudoso que esté comparando un solo papel con el correspondiente pedido correcto. Pero la joven camarera no puede contradecir al viejo Erzberger, sólo se esfuerza por mantenerlo a un volumen soportable cuando se pregunta desde cuándo los vasos de Pilsen no están en el estante superior. Él no ha ordenado ese cambio, dice encolerizado el viejo Erzberger, y exige enseguida que se corrija la inadecuada colocación de los vasos de Pilsen, y además al momento. Antes

estaban siempre en el estante superior, comenta indignado, y allí al menos los habría encontrado enseguida. Ahora esos vasos estaban a saber dónde y no era de extrañar que la gente pidiera así tan poca cerveza Pilsen, si no sabía dónde estaban los vasos.

Leubl empieza a temer seriamente que no le sirvan el café. Una pena. Dentro de un cuarto de hora llegará el secretario de Estado, y para entonces le gustaría haberse tomado el cruasán y sacudido las migajas. A Leubl no le gusta mucho que lo miren mientras come. Y que a lo mejor digan: «Eso tiene muy buena pinta». Leubl ha aprendido a aceptar muchas cosas en la vida, pero no que la gente haga comentarios bobos mientras él come.

Y que al final encima quieran probarlo.

Leubl mira el reloj y empieza a irritarse. Por otra parte, comprende muy bien al viejo Erzberger. ¿Qué edad tendrá ahora? ¿Noventa años? Más bien noventa y tantos. ¿Y de cuántos mundos se ha tenido que despedir ya el viejo Erzberger? Leubl lo recuerda muy bien: a los cuarenta y dos o cuarenta y tres años fue cuando tuvo por primera vez la sensación de que este mundo ya no tenía nada que ver con el mundo en el que él se había criado. Fue en los ochenta, y cuando Binchen duerme en casa de ellos, le llama sobre todo la atención que también el mundo al que entonces se resignó a duras penas hoy ya no exista. Que a él sólo le quede husmear un poco en el mundo de hoy porque Binchen es su nieta. El viejo Erzberger, entretanto, seguro que ha visto llegar y marcharse otro mundo más, si no dos; ¿es entonces de extrañar que alguien así se aferre desesperado a todo lo que aún le resulta relativamente familiar? No volvió a casarse después de morir su mujer, probablemente porque no quería habituarse a otra, en ese desconcertante mundo de las tartas de avellana y los desaparecidos vasos de Pilsen.

En uno de los espejos, Leubl ve que el secretario de Estado se acerca a su mesa. Se sienta junto a él mientras Anna pone sobre la mesa el café y el cruasán.

—Puntual como un reloj —dice Leubl con cierto pesar.

—Pero yo pensaba...

—No, no, todo está bien. —Leubl aparta a un lado el cruasán.

—¿No va a comérselo? Pues parece delicioso.

Leubl respira hondo.

—Les diré que me lo pongan para llevar.

El secretario de Estado hace un gesto discreto y da a entender a Anna que quiere pedir lo mismo. Leubl ve que ella lo confirma con un gesto de la cabeza.

—Estuvo muy bien ayer.

—¿Usted cree?

—Muy convincente.

—¿Ha visto las cuotas?

—No, ¿por qué?

—He pedido que me las manden. Sesenta y cinco por ciento más de lo habitual.

El secretario de Estado silba entre dientes.

—Bueno, y ahora sumemos a eso los números de Pegida, y no sólo los de esos descerebrados de Dresde. Es así por toda Alemania. Vuelve. ¡A lo grande!

—Sí, pero como dijo usted, no puede salir bien.

—No se trata de eso, por desgracia.

—¿De qué, si no?

—¿Vio usted en su día *Tiburón*?

—¿Spielberg? Sí, pero hace ya mucho tiempo.

—Tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun —tararea Leubl—, ¿recuerda la música?

—Creo que sí. Vagamente.

—Antes de que el espectador vea el tiburón, antes de que vea la aleta, oye las cuerdas: Tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun. Primero muy bajo, luego cada vez más fuerte, según se va acercando el tiburón. ¿Por qué hace eso el director?

—Bueno, porque es espeluznante.

—Exacto. Porque es espeluznante que algo se acerque lenta e inconteniblemente.

El secretario de Estado reflexiona un momento. «Ciento cincuenta mil refugiados cada día, en horario de máxima audiencia.»

—Tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun-tun... —entona Leubl mientras imita la aleta de un tiburón serpenteando con el canto de una mano. El canto de la mano

serpentea de vuelta hacia Leubl, delante de él golpea de manera confirmatoria el dorso de su otra mano, que descansa ante él sobre la mesa—. Seguro a prueba de bombas. Funciona siempre.

—Pero ¿cuántos consideran eso una amenaza? Al fin y al cabo, los refugiados tienen también un montón de fans.

—Ésos son igual de problemáticos. Se enganchan a ellos estrellas del pop, esa vendedora de internet. Y cuanto más grande se haga todo esto, tanto más aumentará el número de personas que tienen miedo. Se incrementará incluso a un ritmo mayor.

—Un momento. Lo que a mí me pareció tan grandioso en la emisión fue el asunto del Bósforo. El canal de Suez.

—Pero no nos ayuda.

—¿Cómo dice? ¿Con todos ellos detenidos ante el canal de Suez? ¿Qué puede ser más evidente que eso? Convince enseguida. La empresa no tiene ninguna probabilidad de éxito.

—Sí, pero para el canal de Suez falta por lo menos un año. ¿Y cómo cree que estará este país si usted les pone cada día a los alemanes durante un año la música de *Tiburón*?

El secretario de Estado se lo imagina un momento. Asiente con la cabeza y masajea la mitad inferior de su rostro.

—Y no se limitarán a la música, claro. Tampoco son tontos.

—Claro que no. —Leubl vuelve a llenar su taza.

Llega Anna, que coloca sobre la mesa lo que ha pedido el secretario de Estado.

—Bueno, vale. Necesitamos una solución rápida —dice—. Pero no podemos conducir a ciento cincuenta mil personas al canal de Suez para que todo el mundo vea ya mañana cómo va a terminar.

—A Dios gracias, eso tampoco lo querríamos nosotros —advierde Leubl—. No es una buena foto: cientos de miles ante el canal de Suez. Cientos de miles ante cualquier paso de montaña. Son fotos que agravan la situación. No queremos agravamientos. Los agravamientos exigen decisiones. Y en las decisiones no ganamos nada. Lo que necesitamos es aburrimiento bien llevado.

Mientras escuchaba, el secretario de Estado se ha cepillado el cruasán. Lo ha mojado en el café y lo ha despachado sin la menor mancha. Ni siquiera flotan migajas en el café. Leubl se pregunta si esos gais no dispondrán quizá de facultades especiales.

—¿A partir de aquí no empieza a ser un poco asunto del Ministerio de Exteriores? —propone el secretario de Estado—. Es inadmisibile que esa gente se pasee sin más por todos esos países.

Leubl se encoge de hombros.

—¿Qué clavija quiere usted mover? Esos países cuentan con el factor tiempo. Nos entretienen hasta que la caravana ha atravesado su país. No tienen interés en que haya soluciones rápidas.

—Pero entonces, poco a poco hemos pasado revista a todas las posibilidades que nos quedan.

Leubl guarda silencio.

—¿O he pasado algo por alto?

Leubl no dice nada y toma un trago de café.

—Okey, planteémoslo al revés: ¿qué necesitamos? Necesitamos una solución rápida y aburrída. Por ejemplo: esos refugiados retornan todos uno tras otro... No, tan imbéciles no son. Pero... se pierden en el desierto...

Leubl coge su labio inferior entre el pulgar y el índice y escucha.

—... se dispersan —sigue pensando en voz alta el secretario de Estado—. De acuerdo, a mí me suena realmente aburrído. Se dispersan porque... porque ya no funciona nada.

—¿Y por qué no?

—Mala suerte. Fatalidad.

Leubl hace una mueca de disgusto.

—Eso sería trágico.

—Okey, claro —cavila el secretario de Estado—, tragedias no queremos. Ni mala suerte ni fatalidad, sino...

—... su propia estupidez —postula Leubl.

—Su propia estupidez —repite el secretario de Estado, pensativo—. Exacto. Ellos tienen la culpa. Ellos lo echan a perder. Suena bien. —Con la yema del

dedo índice recoge una laminita de masa de su plato y se la mete entre los labios—. Veamos..., perderse no pueden. Y, en general, la mayoría de ellos no puede hacer nada equivocado. Si hay algo susceptible de fallo es tal vez la organización.

Leubl mira al viejo Erzberger, que está clasificando sus cartas de modo completamente distinto. Más como de pasada dice:

—Sólo hay que ver de qué gente se han rodeado.

—Sí, claro, son delincuentes..., traficantes..., mafiosos...

—De ellos reciben alimentos, guía... —dice Leubl como quien no quiere la cosa. Se inclina hacia delante, coge la taza y se bebe el café que le queda—. Y agua.

—Y agua. —El secretario de Estado deja que obre su efecto un momento esa idea—. Pero eso también se agravaría enseguida. Llevan siempre las cámaras con ellos... Gente muriendo de sed en el desierto es una imagen como poco tan efectiva como el tiburón...

—Depende. Mi película preferida es así: en alguna parte, relativamente próxima a un poblado bastante grande, se acaba el agua.

—Se quedan en el poblado, tienen que quedarse, claro, sin agua... —sigue elucubrando el secretario de Estado— una semana, dos semanas, tres...

—Y no avanzan y no avanzan —añade Leubl—. ¿Qué dice la gente que vive allí?

—La población se impacienta, el gobierno tiene que ocuparse de ello...

Leubl lo mira por encima de las gafas.

—El gobierno tiene que... ocuparse de ello —repite el secretario de Estado, y luego le sale con fluidez—. De pronto, lo quiera o no, tiene que ocuparse de ello.

Leubl le hace señal a Anna de que quiere pagar.

—... y una travesía sin dificultades, en la que se gana dinero, se convierte en un problema que no se puede resolver...

Llega Anna. Leubl echa una mirada a la cuenta. Es increíble lo que se puede llegar a cobrar por dos cruasanes y dos cafés. Lo pagará él, sin recibo. Simplemente es incapaz de hacerle pagar al contribuyente los precios del viejo Erzberger.



—Y si es así, ¿volvería a dejar entrar en el país a esa gente? —pregunta al secretario de Estado mientras distribuye en su monedero el dinero de vuelta.

—Me encargaría de que quien ha dejado entrar a esa gente en el país no vuelva a ser feliz —dice el secretario de Estado al tiempo que se levanta—. Sobre todo le confiscaría el dinero que le han dado por ello. Y todo lo que tenga. Eso no lo hace otra vez.

—Eso esperamos —dice Leubl mientras se pone el abrigo.

Aguardan a que Anna traiga a la mesa el cruasán metido en una bolsita de papel, listo para llevárselo. Leubl lo coge, ahora, sí, con cierto disfrute anticipado. Se lo tomará en el despacho, en la mesita del sofá. Solo. Echa otra mirada detrás del mostrador. El viejo Erzberger ha desaparecido. La joven camarera está perpleja delante de la pila de papeles y aparta las bolsitas de azúcar. Leubl mira pensativo al secretario de Estado, que descuelga su abrigo del respaldo de la silla. Con un poco de suerte entregará el ministerio en mejor estado que el viejo Erzberger el Café Theresia.

Nadeche Hackenbusch no podría decir exactamente cuándo le vino ese pensamiento. En la primera semana, seguro que no. En la segunda, probablemente tampoco. Pero tampoco ahora, hace quince minutos. El pensamiento es el siguiente: eso está lejísimos.

Ha de admitir que no lo tenía tan claro. Bueno, que está lejos, claro que sí. De eso ya se dio cuenta en el vuelo de ida. Hay vuelos en los que se pueden ver dos películas una después de otra, o tres películas y además un capítulo de *The Big Bang Theory*. Incluso hay algunos en los que en algún momento ya no se tienen ganas de ver más películas, en los que una piensa entonces: «Bufff, un libro tampoco estaría nada mal». Pero lamentablemente el libro está en la maleta. Y luego hay vuelos en los que, después de retirar la cena, le dan a una un pijama y un antifaz para dormir, y cuando ocurre eso, también le queda claro a Nadeche Hackenbusch que se está lejísimos de casa, tanto que, si se tomara el tren para ese recorrido, sin duda alguna habría que cambiar de tren. O incluso pernoctar varias veces. Eso también significa que está lejos.

Pero no tanto como ahora.

Se despierta, gatea fuera del vehículo, Lionel ya se ha marchado, y lo primero que ve es que esta mañana, maldita sea, no se diferencia en nada de la de ayer. Es como si no hubieran avanzado. Los días se distinguen esencialmente en que el coche del reportaje está tres metros más a la izquierda o cuatro metros más por delante. El cielo es siempre igual de azul; aquí no hay nubes, de todos modos. Y lo mejor que puede decirse es que aún no hace tanto calor como hará pronto. Todo esto no puede decírselo a casi nadie; si se insinúa esto en un e-mail, responden enseguida: «Ahí hace siempre mucho calor». Pues no, este país es de lo más ocurrente: en este país puede hacer un frío de narices por las noches. «Este país» es la expresión correcta, porque, aun así, no se sabe si todavía se está

en uno o ya en otro; porque no es como en Europa, donde en un país puedes comprar una *baguette* y en el otro no. Claro, puede ser que aquí tengan también esa clase de diferencias, o sea, a lo africano, pero para eso habría que ir de vez en cuando a una ciudad. Una ciudad de verdad, no sólo algo en torno a un hoyo con agua.

Una ciudad. Qué no daría ella por una ciudad. Con una sola tienda. De zapatos.

No, de bolsos de mano. Una ciudad con una tienda en la que sólo haya bolsos.

Nadeche busca las botas y las sacude. No es que haya encontrado nunca un escorpión dentro. De todas maneras, es probablemente una leyenda eso de que los escorpiones están acechándote dentro de los zapatos. Una leyenda de esos exploradores de los trópicos, porque aquí la gente no lleva nunca botas. Ya las zapatillas deportivas de Lionel son exóticas. Esa mentalidad de las chanclas es también algo que ella sigue sin comprender. Pero eso quizá tenga que ver con la tierra de donde es uno: el suelo africano nunca le será tan familiar como un prado alemán.

Nadeche Hackenbusch hace un esfuerzo y sale del coche. Los dos primeros pasos suelen ser todavía algo torpes, pero en conjunto está sorprendida de lo fácil que le resulta, al menos en lo puramente físico, esa vida tan sobria. El coche de la televisión está enfrente, con rayas de cebra de color rosa. Se ha formado entretanto una bonita flotilla, si se añade el coche del médico y el de la comadrona que llegará pronto para los recién nacidos. Eso desde luego la llena a una de orgullo. Una empresa propia la tienen muchos, pero eso de ahí..., eso es más. Es como la Cruz Roja, un poco como el papa, pero ese papa nuevo, tan sensato, que también quiere a los gais. El HackenPush-up ya fue algo propio, algo de lo que podía estar orgullosa, pero no era lo mismo, allí faltaba ese algo..., ese algo más sublime. Eso de ahí es algo de lo que sólo ella es capaz, sólo Nadeche Hackenbusch, nadie más. En todo el mundo.

Una tienda de bolsos y un Iced Kakao Cappuccino.

Se mete un puñado de avellanas en la boca, como pequeño desayuno. Se puede hacer mucho con avellanas, no lo habría pensado. El muesli de Bimsheim ha pasado a ser uno de los principales patrocinadores, los bloques publicitarios

remiten siempre al «muesli más rico en avellanas de Alemania». Y Nutella se ha adherido con grandes pretensiones, aunque ahí ya hay que ampliar mucho el concepto de avellanas. Preguntaron si podían proveer a Nadeche, pero aunque Nadeche no tiene nada en contra de Nutella, el mensaje sería estúpido. El refugiado normal supera el día mascando avellanas, y la señora Hackenbusch se unta rebanadas de Nutella que saca cada mañana de su frigorífico. Porque con aquellas temperaturas, sin nevera eso se convierte en chocolate líquido. Es mejor entonces quedarse con las avellanas estándar. Una se acostumbra a ellas. Pero es una ayuda que nunca haya dado demasiada importancia a la comida. De entre ellos dos, Nicolai fue siempre el gourmet: la albahaca provenía de allí y el bistec de allá, y luego hacía como si notara la diferencia. Siempre se dan una importancia enorme esos sibaritas, encontrando y alabando diferencias. Pero en realidad ocurre más bien que se les dice de dónde procede y ellos comentan: «¡Oh, por supuesto, se nota en el sabor!». Una vez dijo a Nicolai: «Eso es una memez. Si el pan procediera de otro sitio, te gustaría igual». Y él tuvo que darle al momento la razón.

Está de verdad condenadamente lejos. No sólo por el vuelo y todo. Lo sabe por la conversación telefónica con Nicolai, cuando ella le preguntó por qué los niños no estaban aún en la cama, él le contestó:

—¿Ya? ¿Por qué tan pronto?

—¿Tan pronto? ¡Ahí tiene que ser ya mucho más tarde!

—¿Eh? ¿Qué hora tenéis ahí?

—Las cuatro y media.

—Aquí también.

Y entonces ella cayó en la cuenta de lo lejos que estaba realmente de casa: tan lejos que ella está exactamente veinticuatro horas más lejos. Y todo eso a pie. Demencial. Y vacaciones no puede haber.

«No es posible» sí existe, se ha dado cuenta ahora. Habló de ello con Lionel, antes de aquella discusión televisada. Si ella abandona la caravana, si se va a casa, no es seguro que la dejen salir otra vez de Alemania. Probablemente no pueden prohibirlo. Pero pondrán dificultades, luego dejarán pasar el tiempo, entretanto la televisión se queda sin escenas con Hackenbusch, hay deserción de

espectadores. Y de pronto ciento cincuenta mil refugiados son simplemente ciento cincuenta mil don nadies en la nada. No tiene que ser forzosamente así, pero ella no puede correr ese riesgo. No puede marcharse de allí.

Aunque el vuelo le habría gustado. Una cama. Café. Champán.

Tan frío que la copa se empañe por fuera.

No. No es posible. El riesgo es demasiado alto. Por eso sólo queda la conexión en directo. Técnicamente no presenta problemas. Pero si quieren tener a Nadeche Hackenbusch *in natura*, que vayan a África. Para esas entrevistas de verano con políticos hacen todo tipo de tonterías.

Y sin embargo no está segura de si, pese a todo, no intentaría de vez en cuando quitarse de en medio. Quiere a Lionel, eso está fuera de toda discusión. Y esas gentes son importantes, pues claro. Cada vez más importantes, podría decirse incluso, porque son cada vez más. Ya se han añadido cuatro o cinco estaciones de camiones, también por eso Lionel está en marcha ya por la mañana. La mayor parte de los casos puede resolverlos su gente, pero muchos son críticos. Al principio, Lionel quiso desentenderse de eso, pero se dio cuenta de que así puede evitar casos problemáticos. Sigue diciendo, sin duda, que en África es inevitable que haya víctimas, pero ha comprendido que puede impedir por anticipado las imágenes desagradables si él, personalmente, se asegura de que sólo participan los más adecuados. Pues, aunque el suministro de medicamentos funciona bien, hay solamente un coche rosa con médico, y eso ha de seguir así. Ella viajó en él durante un día para una emisión. No hay tanto que hacer, sólo mucho que decidir: si el enfermo se ha recuperado al cabo de dos días, se le puede seguir atendiendo. Si la cosa va más rápida, necesita pastillas, y se acabó. Y contraer una enfermedad más seria no está permitido, ni más ni menos. Así es. Estaba contentísima porque ese día no hubo ningún enfermo de gravedad. Gracias a Dios casi no los hay. Porque Lionel escoge a la gente adecuada.

Por tanto, ella podría ir tranquilamente de compras un día o dos.

Pero hay una razón por la que ella nunca, nunca correría el riesgo de que fracasara esa empresa. Y esa razón está llamando con los nudillos en la chapa del coche.

—Buenos días, Nadeche.

Prácticamente sin acento, es asombroso. Ya sabe muchísimo. La ayuda y se da una maña enorme. Puede trabajar con toda seriedad horas y horas y, pese a ello, siempre rebosa alegría. Tiene una inteligencia tan viva que apenas se la puede seguir. Es casi inconcebible: hace cuatro semanas sólo sabía dos palabras.

Una era *Fant*. La otra era *Ottobafés*.

¿Qué ocurre ahora con el aire acondicionado? ¿Se nos ha de congelar a todos el culo o qué?

Astrid von Roëll está en la autocaravana que *EVANGELINE* ha alquilado por fin, y sube tiritando la cremallera de su anorak. Está concentrada en comparar minuciosamente apartamentos de Airbnb en París. Está un poco conmocionada al ver cómo amuebla la gente sus pisos en una capital. En una gran urbe de fama internacional y emporio de la cultura.

—¡Mira bien esto! ¡Mira-bien-esto!

—No puedo en este momento —dice Kay desde algún sitio.

—¡Si al menos hubiera un salón cómodo! —Astrid von Roëll está fuera de sí—. Digo que ellos pueden vivir en un tugurio, si quieren. Pero ¡yo no doy algo así en alquiler! —Mueve un poco el ratón—. ¡Y encima en las afueras! ¡Por eso no pago yo ciento diecisiete euros la noche!

—¿Puedes desconectar y volver a conectarlo? —grita Kay desde algún sitio.

—¿Qué?

—¡El aire acondicionado! Quitarlo y ponerlo otra vez.

—¿Y cómo se hace?

Se oye un ruido sordo, como si alguien que no aguanta más arrojara una herramienta pesada contra algo. Luego la puerta se abre de golpe. Entra Kay y, pisando exageradamente fuerte, va a los conmutadores del aire acondicionado, que se encuentran junto a la puerta:

—Aquí: apagado. Aquí: encendido. Oh, milagro. ¡Es el mismo botón!

—*Sorry!* —Astrid von Roëll pone su sonrisa medianamente agradable—. La próxima vez lo sabré.

—¿Qué quieres hacer en París, si puede saberse? Pensaba que tenías que escribir.

- Me han pedido una entrevista.  
—¿Quién? ¿France Télévisions?  
—Lo he olvidado. Algo con *Tee Vee*. O *Tö Vö*.  
—¿Sabes francés?  
—*Mäh hui!*  
—*Hui lalá!*  
—Lo importante es que ellos saben inglés.  
—¿Y qué quieren de ti?  
—Vaya pregunta tonta. Necesitan una experta.  
—El *summum* del periodismo serio: periodistas preguntan a otros periodistas.

Kay sale y cierra de un portazo. Astrid von Roëll le enseña el dedo corazón a la espalda de la chica. Que no se dé importancia ésa sólo porque sabe cómo se maneja un destornillador o cualquier otro trasto. El aire acondicionado no estará roto por toda la eternidad, y entonces ella volverá a ser la muchachita de la cámara y nada más.

Tan estupendas, por cierto, no son sus fotografías. Las ha visto mejores, en Arte, cuando dan documentales de animales, por ejemplo. Aunque la idea del dron fue buena, desde luego, en eso Kay fue la primera. Volar prácticamente a lo largo de toda la caravana, y la gente pensando que se trata de una cámara normal, de mano, y luego alejarse despacio y después hacia arriba abarcando la perspectiva completa. O esa imagen de toda la caravana. De un tirón, unos cincuenta kilómetros sin recortes ni montajes. Todavía hoy se preguntan todos en internet cómo lo consiguió, porque ni siquiera los drones caros preparados para llevar cámaras pueden volar tan lejos. Y porque uno ha de quedarse siempre en el radio de alcance del dron, para que se registre la señal. A pesar de su larga duración, ese vídeo es el más visto de la página web permanentemente. En vista de ello, el vicepapanatas le ofreció un puesto fijo a Kay; de manera excepcional, en ese caso reaccionó con rapidez. Pero eso no es arte en modo alguno. Eso es algo de tipo ingeniería, eso puede aprenderlo cualquiera él solo, si tiene tiempo o ganas. En cambio, Kay no sabe hacer otras cosas. Astrid von Roëll observó una vez cómo intentaba pintarse las uñas de los pies, y fue algo penoso.

- ¿Que esto es una cocina? ¿Dónde tienen ésos el microondas?



Kay lo filmaría todo, ser humano o cobaya. Y ésa es la verdadera diferencia con Astrid von Roëll: Kay no ha comprendido en absoluto que allí forma parte de algo muy importante, de algo excepcional. Eso es historia universal. Eso es política, probablemente política exterior. Y política interior. Y el vicepapanatas puede considerarse dichoso de que Astrid von Roëll entienda algo de eso. Pues en su contrato no pone nada al respecto. Lo verdaderamente interesante es por qué hicieron precisamente Fake News Director a Lou Grant.

—*Creative News Director* —corrigió el vicepapanatas.

—O algo así. ¡Si aquí alguien hace *news*, ésa soy yo!

—Sí, pero...

—¡Incluso *creative News*! Se lo digo ya: a ése no le mando ningún texto.

—No, no...

—¡A ése que le mande reportajes quien quiera!

—No, usted sigue informando, como es natural, al redactor jefe.

—Directamente. Yo informo *directamente* al redactor jefe.

—Sí, claro. Pero mire, alguien tiene que hacer aquí también el trabajo. Es usted un poco parcial. No hay que sentir afecto por todos los compañeros, pero aunque usted no aprecie como es debido al señor Grant, él también es bueno.

—Si usted quiere conformarse con un «bueno»...

—Señora Von Roëll, ¿no cree usted que debería dejar a mi cargo asegurar la calidad?

*Creative News Director*. Un puesto que no existía hasta entonces. Si a alguien le corresponde, es a ella en realidad. Porque periodistas políticos los hay en Alemania por docenas y más baratos. Eso sabe hacerlo cualquiera. Qué engreídos son ese *Süddeutsche* y ese *Frankfurter Allgemeine*, pero en el fondo se limitan a imprimir algunas noticias. Y si se tienen los números de teléfono correctos de esos presidentes y de esos portavoces, entonces no tiene ningún mérito; lo mismo hace Astrid von Roëll, sólo que con otras personas. Pero, y ahí va: esos periodistas políticos son muy limitados. No entienden nada del lado humano. Sobre todo los hombres. En lo único que piensan siempre es en la política.

—Quiero decir —tomó impulso Astrid von Roëll— que en medio de todo

esto no debemos olvidar al ser humano.

—Sí, ¿y qué?

—Y que también deberíamos asegurar eso.

—¿En lo personal o cómo?

—Exacto. Personal o como sea. En los créditos.

Ella oyó con claridad cómo miraba en ese momento el vicepapanatas.

—¿Y qué es lo que tiene usted *in mente*?

—*Creative News Director*.

—Sí, es lo que yo había supuesto de alguna manera.

—*At large*.

—Tengo que hablarlo con el jefe, pero lo más que puedo ofrecerle es repartir el puesto entre dos. Es decir, si acaso, usted lo hará en el futuro *junto con* el colega Grant.

¿No era eso una desfachatez? Un hombre ni siquiera se plantearía la pregunta. Habló una vez de eso con Nadeche Hackenbusch, y Nadeche le dio ánimos y le dijo lo importantísimo que era que ella, Astrid von Roëll, no retrocediera ni un milímetro. Que no debía quedarse por detrás de Lou Grant. Visto desde fuera siempre da la impresión de que se trata de poder y de cargos y de quién aparece, y a qué tamaño, en la página de créditos. «Pero por detrás —la previno otra vez Nadeche—, por detrás se trata siempre de los hombres.»

Ésa es Nadeche, pues: lista a su modo, no cabe duda, pero sin estudios. No se refirió a los hombres, claro, sino a las mujeres. Y por eso Astrid von Roëll ha de aparecer en la página de créditos al menos en igualdad de condiciones que Lou Grant, para que los temas femeninos hallen también la importancia correspondiente.

—Y el sueldo correspondiente —subrayó Nadeche.

—Bueno, el sueldo ya me lo han subido.

—Pues tienen que subírtelo más. —Para Nadeche Hackenbusch eso estaba clarísimo—: Cada euro que no recibes tú, se lo dan a un tío. Cuanto más cara seas tú, tanto más normal es que también sean más caras otras mujeres. Sólo así funcionan las cosas.

No lo veía así Astrid von Roëll hasta ahora, pero es cierto, claro.

—¿Y qué sabe hacer un Lou Grant que tú no sepas hacer también?

—Nada. Al contrario: yo aprendo aquí cada día algo más.

—Justamente. Y él se vuelve cada día *aún* más tonto.

Las dos se rieron con tantas ganas que Astrid von Roëll se dio cuenta de repente de que raras veces habían pasado un rato juntas en los últimos tiempos. Pero eso se debía también a que los meses en África las habían cambiado mucho a las dos. A Nadeche, que nunca fue muy dada a la reflexión, desde luego, pero también a ella, a Astrid von Roëll. También en lo humano, aunque su punto fuerte fue siempre precisamente lo humano y sensible, pero eso ha dado ahora un auténtico salto hacia delante. Las cosas que ha vivido allí... Es sencillamente imposible vivir todo eso y no madurar al mismo tiempo. Allí se comprende lo frágil que es la vida, lo fuertes que pueden ser las personas. Que también en la más extrema pobreza imperan sentimientos elevados. La salud, la comida, el agua: ésas son las cosas verdaderamente importantes en la vida. Eso lo reflejan también sus textos.

Astrid von Roëll ha leído hace poco otra vez sus escritos de las últimas semanas, y realmente es algo muy diferente. Hay profundidad en ellos, reflexión; filosofía no quiere llamarlo, por más que... ¿por qué no, en el fondo? A otros también les llama la atención. A Christine y a Uschi y a la mujer del teniente de alcalde, y a Regine; todas han enviado e-mails, también porque querían saber si ella podría ir a la Oktoberfest, pero este año por desgracia no será posible. Y todas han dicho, o considerado, que les ha llamado la atención que sus textos tienen ahora un matiz nuevo, más profundo, y que sus artículos elevan a *EVANGELINE* a un nuevo nivel. El *Gala*, por ejemplo, ya ni lo miran. Lo desechan enseguida.

Un nuevo nivel. ¡Todo *EVANGELINE*!

Eso, por tanto, tiene que reflejarse en el sueldo.

—¿Está mejor ahora? —La fontanera del aire acondicionado que sabe manejar la cámara. Esos toques irónicos le salen últimamente por sí solos, sin el menor esfuerzo. ¿Cuándo le vino a la mente por última vez una idea nueva a Lou Grant? A lo sumo se le viene encima una pared de su horrible chalet adosado.

—¡Nooo!

—¿De verdad? Enciende y apaga otra vez.

—Oye, en serio, Kay: estoy en medio de una frase. *Sorry*, de verdad. ¡De máxima importancia!

Se oye de nuevo ese ruido sordo.

Se abre de golpe la puerta. Kay entra pisando fuerte y se dirige al interruptor, mientras que cuatro de diez dedos teclean cuidadosamente:

«Por Astrid von Roëll

*(Creative News Director At Large)*».

# Una pareja ideal que busca seguridad y protección

**Nadeche Hackenbusch y su Lionel: en circunstancias adversas, la superestrella alemana crea un modesto hogar para su amor. El hombre de su vida le da las gracias... en el lenguaje de su tierra.**

***Por Astrid von Roëll***

Uno recuerda sin proponérselo *Guerra y paz*, la novela maravillosamente profunda de Lev N. Tolstói: una joven aristócrata, interpretada por la inolvidable Audrey Hepburn, encuentra el gran amor, y eso en Rusia, en medio de la necesidad y la miseria. Pero cuando en estos días se le habla a Nadeche Hackenbusch de esa comparación que salta a la vista, cuando se le dice que en los últimos meses y semanas se ha convertido en una verdadera Audrey Hepburn de los corazones, ríe modestamente y coge la mano de Lionel, su tan apuesto como misterioso nuevo Bolkonski. Se miran a los ojos, luego dice Nadeche: «No debe olvidarse en medio de todo esto que nosotros somos unos privilegiados. En el poco tiempo libre que nos queda podemos retirarnos un poco». Porque hay un lugar en el que ellos dos, que tanto hacen por cientos de miles de personas, pueden estar un poco a solas. En exclusiva para *EVANGELINE*, han abierto un resquicio de la puerta de entrada a ese paraíso.

Cuando les hacemos una visita a la caída de la tarde, parecen un poco confusos, como una joven pareja en su primera casa propia. Aparecen detrás del coche color rosa, cogidos de la mano, absortos y —no se puede decir de otra

manera— enamorados. «Hemos lavado el coche especialmente para vosotros — dice Nadeche Hackenbusch riendo—, es decir, en realidad lo he lavado yo.»

¿Percibimos ahí tal vez un primer asomo de disputa en la reciente dicha amorosa? Pero Nadeche besa cariñosamente a su Lionel, y nuestras dudas se disipan como una bandada multicolor de alegres mariposas: «Sí, él estaba en contra —admite entre risas—, a causa del agua, y tiene toda la razón. Los hombres son a menudo más sensatos. Pero ¡una mujer sigue siendo una mujer!».

Es difícil no dar la razón a Nadeche Hackenbusch. Esa cordialidad, esa inimitable naturalidad, esa profunda humanidad. ¿Quién no comprendería a esa mujer extraordinaria, justamente ahora, en estos días, semanas, meses? De Alemania siguen lloviendo reproches incomprensibles de su amargado y próximo exmarido, Nicolai von Kraken. Le pregunto si entretanto ha llegado a comprender por qué al productor, con poco éxito en los últimos tiempos, le resulta tan indiferente el bienestar de sus hijos. Pero ella sólo desvía un momento la mirada y se enjuga una lágrima en los ojos. Todavía tiene muy presente cómo Von Kraken obligó a los dos chicos, Keel y Mynce, a aparecer ante las cámaras. Aquella deplorable escena, en un programa de televisión de máxima audiencia, en la que suplicaban a su madre que volviera a casa. Numerosos expertos han reaccionado durante este tiempo con rechazo, últimamente el más célebre abogado de familia alemán, Karl-Theoderich zu Boten-Fürstett, que afirmó de manera clara e inequívoca: «Eso es abusar de dos niños inocentes». Pero una madre se queda impotente cuando el Estado de derecho no tiene sentimientos.

Nadeche Hackenbusch cambia de tema; ¿quién va a tomárselo a mal? Nos lleva a dar una vuelta en torno al vehículo, un ISUZU D-MAX Single Cab (a partir de 22.500 euros). Sobre la superficie de carga hay colocado un armazón, en el que se sujeta un toldo que cubre la parte posterior del vehículo como en un camión de verdad. «Es un toldo resistente a la intemperie», dice Nadeche con ternura. Un modesto revestimiento de tela: ¿Es ésta aún la Nadeche Hackenbusch de antes? «Por supuesto —ríe guiñando los ojos—, mira, la han teñido especialmente para nosotros, para que haga juego con el resto del vehículo. Porque se ha de cuidar la imagen: una no puede dejar de ser la que es.»

## **«Ahora, cada noche antes de dormirme puedo pensar en mis dos hijos»**

Con todo, la célebre presentadora no ha olvidado el sentido de lo práctico. El toldo puede enrollarse hacia arriba por los tres lados. «Habríamos podido tener también una capota dura haciendo juego —dice Nadeche (de venta en todos los colores del coche, precio bajo demanda)—. Pero la gente que marcha con nosotros tampoco la tiene.»

Es asombroso en lo que pueden convertir las manos hábiles de una mujer una sencilla superficie de carga de  $2.305 \times 1.570$  mm: han conseguido para ambos dos cojines color rosa (Morphea, funda: Katinka Svensson), la superficie del suelo la ha transformado con dos exclusivas colchonetas aislantes (EnForcer DreamHill, a través de [www.Summitz.com](http://www.Summitz.com)) en un confortable sueño cargado de estilo. Un lugar de retiro que invita a quedarse. Ha puesto fotos de sus hijos en su lado de la pared de carga: «Lo ha hecho Lionel para mí, yo no soy muy buena atornillando —dice—. Ahora, cada noche antes de dormirme puedo pensar en mis dos hijos».

Dos linternas led sobresalen en el espacio de carga, una a cada lado, sujetas de forma cómica en dos portabebidas. Las linternas (LightUp, p. ej., en [www.HandWerk.de](http://www.HandWerk.de)) hacen juego con el color del vehículo: no, esto ya no tiene la apariencia de un camping de los años setenta. No es casualidad, porque Nadeche Hackenbusch también ha vivido los periodos tenebrosos del pasado: «Tiempos de estrecheces, llevando una camiseta sudorosa: por eso ya no tengo que pasar hoy, de verdad —sonríe con picardía—, eso ya no es necesario con la ropa moderna y funcional. Y hoy en día, esa ropa ya no tiene el toque de los antiguos chándales de Adidas». Hay que darle la razón: aunque Nadeche Hackenbusch no parece haberse ataviado precisamente para los festivales de Salzburgo, para la oficina es perfectamente apropiada su sencilla camiseta en merino de Mufflon.

### **¿La primera disputa en la reciente dicha amorosa?**

No obstante, permítaseme preguntar: en medio de indecible sufrimiento, de

lucha constante, ¿no les está vedado poseer esa isla de paz? «Lionel dice siempre que ya podremos dormir cuando estemos en Alemania —cuenta Nadeche—, pero yo le replico: “Si no descansas lo suficiente, llegarás allí muerto”.» Hay además otra razón que habla a favor de que esa pareja ideal se retire de vez en cuando: como Nadeche Hackenbusch revela en exclusiva a *EVANGELINE*, él ya está aprendiendo alemán con ella. Para los medios alemanes, pero también para el futuro en la República Federal, con la que él sueña. «No quiero ser un holgazán —dice él con sorprendente soltura—, me gustaría trabajar como director gerente.»

Eso suena, no cabe duda, asombrosamente ambicioso, pero ya hoy da muestras día tras día de sorprendentes cualidades de dirección. «Lionel cae en cosas en las que yo nunca pensaría —se asombra Nadeche Hackenbusch—. Mientras que yo prefiero considerar la situación día tras día, en su caso tengo a menudo la impresión de que ya está en Uruguay o donde quiera que sea.» Nadeche Hackenbusch sirve el puré habitual en esta tierra, y además algunas avellanas. «En Alemania lo primero que haré será beber un prosecco —dice—. Tan frío que se me caigan los dientes. Lionel aún no conoce el prosecco, pero yo se lo enseñaré. —Luego ríe a carcajadas y dice—: Eso lo conseguiré antes de que seas director gerente.» Dudas no tiene: «He vivido tiempo de sobra con un hombre que se califica de productor sin haber producido jamás nada digno de mención. Lionel produce aquí cada día más y arriesga su vida por la de cientos de miles de seres humanos que necesitan ayuda».

El sol se pone en el horizonte infinito de África. Nos despedimos de los dos, que se recogen en su pequeño nido (1.225 kilos de carga máxima). Mientras nos alejamos, vemos brillar de pronto las lamparitas en las traseras del ISUZU D-MAX. Es una luz de esperanza, en un país que puede tornarse más oscuro que ningún otro lugar del mundo.



—Reunión con los empleados —dice Mojo suspirando—, ¿sabe qué es eso?

Se pone el sol, las temperaturas van siendo poco a poco soportables, incluso aquí, donde no hay nada. Para ser exactos, menos que nada: la caravana ya ha pasado, y detrás de la caravana todo el recorrido está no sólo yermo y vacío, sino yermo, vacío y aplanado.

Echler asiente. Mira a su alrededor y valora si ir a buscar los prismáticos al Humvee.

—Aquí no hay nadie —lo tranquiliza Mojo—. Quien pretende trabajar aquí con un micrófono direccional necesita un radio de acción de cincuenta kilómetros, Mr. Jones.

Echler le dirige una mirada interrogante, supuestamente. Detrás de las gafas de sol no se le distinguen los ojos, pero las comisuras de los labios se estiran ligeramente hacia fuera. Mojo señala el sombrero de ala ancha de Echler. La cabeza de Echler asiente comprensivamente, las comisuras de la boca se arquean un poco más hacia arriba. Está mirando al cielo.

—¿Drones? Usted viaja sin número de matrícula, de modo que aunque nos estén observando, nadie puede probar que es usted. Como mucho, saben que alguien se ha reunido conmigo. —Mojo abre los brazos y sonrío ampliamente hacia arriba—. Y yo me reúno con cantidad de gente.

—Bueno, entonces... —Echler hace una señal a su chófer. El Humvee arranca y se marcha. Echler mira por encima del hombro a Mojo. Éste sonrío, luego hace un gesto hacia su coche y le manda desaparecer con un movimiento de cabeza. El coche runrunea y se aleja también.

—¿Y qué pasa con éste?

—¿Bandeles? Bandeles no está aquí. No le preste atención. Bandeles es aire. ¿No es cierto, Bandeles?

Bandle no reacciona.

—Qué tonto he sido. —Mojo sacude la cabeza—. He hablado con el aire. Venga, andemos un poco.

Los coches han dejado huellas de neumáticos en el polvo rojipardo. Echler ve debajo huellas más antiguas, probablemente de los camiones. También hay neumáticos de mayor tamaño, podrían ser de un tractor. Echler camina junto a Mojo, siente el calor del suelo a través de las botas. A su lado, Mojo huele ligeramente a agua de colonia. Echler olfatea y pregunta:

—¿Calvin Klein?

—Nada mal —ríe Mojo aprobatoriamente—, ¡Calvin Klein! ¿Lo has oído, Bandle-Aire? Es un auténtico sabueso. Calvin Klein. Un regalo de mis hijos. ¿Tiene usted hijos?

Echler niega con la cabeza.

—Hijos —dice Mojo—. Una bendición y un tormento. Tan jóvenes, tan ignorantes de todo. ¿Sabe usted lo que más les gusta a mis hijos? Barney, el dinosaurio.

Echler vuelve hacia él la cabeza, sin entender.

—No tiene hijos, en efecto —afirma Mojo—. Un programa televisivo horrible. Un saurio de tela color lila que canta constantemente canciones horribles. —Mojo empieza a cantar con una voz chillona algo que se aproxima mucho al *Yankee Doodle*—. Y así interminablemente. Ya habían acabado la temporada, pero enseguida la han retomado. Es horrible. Todo hombre con buena salud que vea eso tiene al punto el irrefrenable deseo de matar al saurio.

—¿En un programa para niños?

Mojo niega con la cabeza.

—No en el programa: cada uno en su cabeza. Yo quiero matar a Barney. Usted también querría matar a Barney. Claro, no lo hacemos. Claro, no lo hago. Mis hijos aman a Barney. Pero... —Mojo levanta la mano monitoriamente— tienen que verlo en su pequeño televisor. Barney no entra en la pantalla. Si Barney apareciese una sola vez en mi televisor, el televisor estaría contaminado. Y tendría que destruirlo.

Echler mira a Mojo con aire dubitativo. Con un guiño de complicidad, Mojo

le da unos golpecitos en la espalda.

—Estoy hablando en broma. —Ríe—. El televisor de mis hijos no es pequeño.

—Bueno, entonces...

—Pero ese programa es horroroso. Y no sólo horroroso. ¡También peligroso!

—¿Lo es de verdad?

—Claro que sí. Los científicos también lo dicen.

—¿Porque los hombres empiezan todos a matar saurios?

—No bromeo. Es en serio. Realmente peligroso. ¡Para los niños!

—Ajá.

A Echler le gustaría ir entrando en materia. Tal vez el tiempo haya refrescado un poco, pero un tiempo más fresco allí significa, sobre todo, menos tórrido. Además tiene una piedra en el zapato. Pero la amabilidad y la charla intrascendente forman parte del ritual. Sería una falta de cortesía entrar enseguida en el tema.

—Barney cuenta a los niños un mundo de embustes —recalca Mojo con gravedad.

—Bueno, en el día a día no se suele cantar mucho...

—No sólo en lo que canta. Sino que en este mundo todo es hermoso y bueno. Y todo es agradable.

—La cosa no es tan grave —comenta Echler—. El resto lo aprenderán bien pronto.

—Pues no es así —suspira Mojo—. Ellos crecen y tienen la cabeza llena de Barney. Y después yo tengo que reunirme con los empleados.

Echler se encoge de hombros.

—Así son las cosas. Qué se le va a hacer.

—Yo necesitaría a gente como usted —se lamenta Mojo—, usted no ha visto a Barney. Usted sabe cómo es la vida. Pero entre mis hombres hay muchos negros estúpidos.

Echler no muestra reacción alguna.

—Acuden a mí para quejarse. Siempre quejándose. Ahora precisamente por las cabinas.

—¿Las cabinas?

—Usted lo sabe: las cabinas de plástico. Vienen de Alemania. Cabinas para defecar.

—¿Eso también lo hace usted?

—Yo soy comerciante. Si se necesita a alguien que transporte pequeñas letrinas, muy bien, yo le procuro a alguien que transporta pequeñas letrinas. Por supuesto, también puedo negarme a transportar esas cabinas. Pero ¿entonces qué? Entonces lo hace otro. Y si otro transporta letrinas durante algún tiempo, quién sabe si después no se le ocurren ideas tontas.

—Que también podría transportar agua.

Mojo golpea suavemente con el puño el brazo de Echler.

—Es usted un hombre inteligente. ¿Has oído, Bandele? No sólo tiene un buen instinto, tiene también una buena cabeza. —Se da golpecitos en la nariz con la punta del dedo índice, cosa que a Echler le resulta familiar aunque no sabe de qué.

—Pero esos negros estúpidos acuden a mí diciendo: «Yo no transporto letrinas». Yo les respondo: «Ganarás un montón de dinero. Un montón. ¿No te parece bien?». Ellos dicen: «Sí, sí. Pero no habías dicho que tuviera que transportar letrinas». Yo contesto: «Es igual lo que transportes. Puré. Agua. Da lo mismo». Ellos: «Pero no letrinas». Yo digo: «En la vida a veces hay que transportar letrinas». Y ellos: «Pero no yo».

—Por lo de Barney —dice Echler para no seguir callado todo el tiempo.

—Por lo de Barney —confirma Mojo—. Porque en el mundo de Barney no hay letrinas. Por eso creen que para ellos tampoco hay letrinas. —Se detiene, el zapato se le ha quedado enganchado. Algo sale del suelo. Mojo se inclina y tira hacia arriba. Es una cuerda o un tubo. Mojo tira con fuerza. El tubo parece que es largo. Del suelo salen dos o tres metros. Mojo lo enrolla como la abuela de Echler enrollaba antes lo que quedaba de un cordón de empaquetar. Luego le arroja el ovillo a Bandele, que lo mete en su pantalón cargo.

—Yo digo: «¿Qué tienen de malo las letrinas?». Ellos: «Las letrinas huelen mal». Lo dicen como niños. Y yo: «Son letrinas alemanas. No tienen fugas. En ellas no huele». Ellos: «Sí huele». Yo: «No». —Mojo pone los ojos en blanco.

Luego ve en el suelo otro cable. Lo coge y empieza a tirar. Echler piensa otra vez en su abuela, esta vez arrancando malas hierbas. Dos, tres metros. Mojo lo enrolla.

Echler mira su reloj. Tiene tiempo, pero no indefinidamente.

—¿Y entonces?

—¿Qué voy a hacer? Envío a otros hombres con el transporte y trato de convencer a los antiguos. Es un —mueve las manos una en torno a la otra—, un proceso. Creo que vamos por el buen camino.

—Bien —dice Echler—. Eso nos lleva a otro proceso. Teníamos un trato.

—Ya imaginaba que preguntaría por eso.

—¿Creía usted que le pagábamos y asunto concluido?

—Yo veo el conjunto más bien como una medida para fomentar la confianza.

—¿Como qué?

—Ahora sé que usted es un hombre de palabra. Si dice que paga algo, lo paga.

Echler le clava la vista, pero a través de las gafas de sol la mirada no resulta tan furiosa como debería.

—Eso está bien —lo anima Mojo—, yo no me fío de mucha gente. Pero de usted, sí. No sé para quién trabaja, pero puede ir a decirle: «Mojo se fía de mí». —Se inclina de nuevo y saca otro tubo del suelo—. Ayúdeme —dice señalando otro tubo.

—¿Qué es? —pregunta Echler.

—Es malo para el medio ambiente. Plástico. Ablandadores.

Echler se inclina y tira con cuidado de un tubo.

—Claro, aquí —dice Mojo— no hay cultivos, no hay agricultura, pero aun así. De una manera u otra, todo va a parar a los delfines. Eso no debe ser.

Echler tira.

—Le hemos hecho llegar una suma de siete cifras. ¿Por qué no han suministrado?

—He suministrado —dice Mojo. Vuelve a enrollar un tubo y se lo lanza a Bandele.

—Sabe lo que quiero decir. ¿Por qué ha seguido suministrando? Habíamos

acordado que a partir de ese asqueroso rincón de mala muerte ya no llegaría agua.

—Resulta más difícil de lo que parece, ¿verdad? —Mojo señala con la cabeza el tubo que Echler trata de arrancar—. Ese plástico es un horror.

Echler afirma con la cabeza. Se diría que esos chismes echan raíces.

—Su dinero..., quiero hablar abiertamente: pensé que era sólo una entrada. —Mojo examina el suelo por si se le ha escapado algún tubo—. Uno se convierte en copropietario de un negocio adquiriendo acciones.

—¿Acciones?

—En sentido figurado, claro —completa Mojo con jovialidad—. Usted, por supuesto, no tiene acciones reales.

—Le hemos hecho llegar una suma de siete cifras...

—Sí, eso lo he entendido. Pero usted no habrá creído que con eso podía comprar mi salida del negocio. Aquí hay otro. —Mojo se agacha y tira para arriba de otro tubo—. A su lado también, junto a su pie.

—¡De siete cifras!

Mojo arranca enérgicamente el tubo del suelo. Luego se incorpora.

—Lo sé, está decepcionado. Eso ocurre en los negocios. Pero dígame sinceramente: ¿pensó usted que esa pequeña suma de dinero bastaba? Usted es amable e inteligente, y yo le aprecio. Pero ¿sabe lo que gano? Tengo a mi cargo aquí un montón de empleos. Y este modelo puede continuar por un tiempo condenadamente largo. Para expresarlo con claridad: si queremos llegar a un acuerdo, usted ha de reintegrar esos gastos. Tire con fuerza, así lo conseguirá.

Echler lo arranca con más fuerza, luego se incorpora también.

—De acuerdo. ¿Cuánto?

—No puedo concretarle ahora a cuánto asciende mi cálculo, eso lo comprenderá. Pero para mí trabajan mil conductores. Y tal como se presentan las cosas, podré darles trabajo durante diez años como mínimo. Esa suma de siete cifras tiene que llegar cada semana.

—¿Está mal de la cabeza?

—Oiga, aquí siempre con buenas palabras. Usted quería saber lo que cuesta y yo se lo he dicho.

—¿Quiere estar en nómina?

—Hasta cierto punto, sí.

—¿Por no hacer nada?

—Paradójico, ¿verdad? Pero ¿cómo podría ser de otro modo? Los socios que he tenido hasta ahora han sido de una extraordinaria capacidad financiera.

—Pero ¡nosotros no podemos hacer eso! ¡Es imposible que yo pueda reunir millones una semana tras otra!

—También puede pagar de una vez, pero eso sale más caro. Porque hay que compensar la inflación. Y entonces son sumas que su gobierno probablemente ya no podrá transferir sin que nadie lo advierta.

Echler se apoya las manos en las caderas. Está considerando si exigir a Mojo que le devuelva el dinero ya pagado. La idea no le parece muy buena.

—Puedo preguntar otra vez —dice mientras arranca su tubo del suelo. Durante un momento tiene la impresión de que hay un olor penetrante. Examina las suelas de sus zapatos.

—¿Huele usted algo?

—En realidad, no —responde Echler—, sólo me lo ha parecido un momento.

—Si huele, es el tubo.

—Echler examina la punta del tubo. En efecto. Despide un olor penetrante.

—Pero aparte de eso no se huele nada, ¿verdad? —Mojo olfatea—. Es el procedimiento estándar. Detrás de la caravana cavamos cada día una fosa. Se vacían las cabinas en la fosa y las llevamos otra vez hacia delante. La excavadora recubre la fosa. Seis pies de arena, y ya no huele. La excavadora es estupenda. Empresa alemana: ¿Liber? ¿Liebehr?

—Liebherr.

—Exacto. Toda esa caravana está más limpia que cualquier campo de refugiados.

—¿Y los tubos? ¿Son para los gases?

—¿Los gases?

—Ni idea, no soy especialista en aguas residuales. Nosotros acumulamos lodo de clarificación en digestores anaeróbicos. Probablemente es el mismo principio.

—De eso no entiendo nada. Pero la gente tiene que respirar, evidentemente.

—¿Qué gente?

—La gente que ha visto demasiado Barney. Negros estúpidos. Le pregunto ahora otra vez, y por favor respóndame con toda honradez. Puede ser francamente descortés: ¿huele usted algo? ¿Huele a mierda?

Echler respira hondo por la nariz. Luego niega con la cabeza.

Mojo se agacha. Ha descubierto otro tubo. Se pone en cuclillas y se lleva el tubo a la boca:

—Como he dicho —vocifera por la pequeña abertura—, no se huele absolutamente *nada*. Espero que hayáis comprendido esto por fin. —Se levanta—. Creo que lo hemos hablado todo. Diríjase a mí si quiere meterse de verdad. Bandle, llama al coche. Y gracias por su ayuda.

Mojo tira con fuerza del último tubo, que primero se tensa, luego se alarga mucho como si alguien lo sujetara.

Luego se suelta de golpe.



## ¡Seguimos en antena!

*Der Spiegel* **dialoga con** Joachim Sensenbrink, jefe de la sección de entretenimiento de MyTV, sobre el éxito de *Ángel en la miseria*, sobre la responsabilidad social y el hecho de ganar dinero con los refugiados.

**Spiegel:** ¡Enhorabuena, señor Sensenbrink!

**Sensenbrink:** ¿Por qué exactamente?

**SPIEGEL:** ¿Por qué le gustaría a usted? Actualmente, puede elegir: las cifras de audiencia de MyTV suben en vertical, asimismo los ingresos en publicidad de *Ángel en la miseria*. Y, según lo que se oye por ahí, próximamente estará usted en la junta directiva.

**Sensenbrink:** Los dos primeros puntos puedo confirmarlos, el último no. Eso lo decide el Consejo de Administración y nadie más.

**SPIEGEL:** ¿El Consejo de Administración puede pasar por alto al hombre que está detrás de ese auge?

**Sensenbrink:** Dígamelo usted. Por lo que sé, el Consejo de Administración puede hacerlo todo.

**SPIEGEL:** Salvo si ese hombre es la persona a quien se debe ese incremento. A este respecto hemos oído contar una historia divertida: dicen que el formato actual de *Ángel en la miseria* no proviene de usted, sino que es una decisión espontánea de su estrella.

**Sensenbrink:** Sí, también ha llegado a mis oídos. Pero puedo asegurarle una cosa: en MyTV, la cadena sigue determinando lo que se transmite.

Evidentemente, también lo comentamos con nuestros presentadores, pero la decisión final la tomamos nosotros.

**SPIEGEL:** Entonces, en cualquier caso, estamos hablando con la persona correcta: ¿cómo es eso de ganar una fortuna con los refugiados?

**Sensenbrink:** Ganar dinero siempre es agradable, pero supone equivocadamente que lo hacemos sin justificación. Yo lo veo de otra manera. Estoy dispuesto, con mucho gusto, a discutir con *DER SPIEGEL*, si nos dice usted dónde hacemos algo mal.

**SPIEGEL:** Digámoslo así: cada emisión de *Ángel en la miseria* tiene bastante más de sesenta minutos de publicidad.

**Sensenbrink:** Entonces ¿cuánto tiempo debemos dedicar a la publicidad?

**SPIEGEL:** Ésa no es la cuestión.

**«Los refugiados no son tan ingenuos como a usted le gustaría»**

**Sensenbrink:** Si le estoy entendiendo bien, cada céntimo que cobramos por publicidad es inmoral.

**SPIEGEL:** ¿No es así?

**Sensenbrink:** No debería ser así. Estamos en la televisión privada. Que se nos pida que sólo informemos sobre refugiados si no hay ingresos de por medio equivale a que no se informe en absoluto.

**SPIEGEL:** O lo ponen ustedes, como hacen otras cadenas, en sus informativos, que son perfectamente ampliables.

**Sensenbrink:** Nosotros, desde luego, no estamos para recibir órdenes sobre la importancia que hemos de dar a nuestros temas. Lo han intentado ya otros y hemos contestado: seguimos en antena.

**SPIEGEL:** Desde hace mucho tiempo, dicen algunos críticos, ya no se trata de dar o no importancia a los temas. Según ellos, si su cadena no estuviera detrás del tema, éste no sería de esa magnitud.

**Sensenbrink:** Desde 2015, el tema de los refugiados está sobre el tapete. Ni siquiera Donald Trump ha podido desbancarlo.

**SPIEGEL:** Era un tema actual, pero no de esa manera. Sin Nadeche Hackenbusch, sin su estrella y sin sus cámaras, la caravana nunca habría partido.

Y su programa habría dejado de existir.

**Sensenbrink:** Con eso no estoy de acuerdo.

**SPIEGEL:** Ustedes no han inventado el tema, pero sí lo han intensificado.

**Sensenbrink:** Eso según se mire. Pongamos un terremoto en Sudamérica. Usted escribe una noticia al respecto. Emite una noticia por radio. Hace un reportaje para la televisión. Hace una contribución a *Brennpunkt* de la primera cadena pública. Pero en último término siempre es el mismo terremoto. Las cámaras, las fotografías, no suelen hacer más grande el tema: sólo más visible.

**SPIEGEL:** Sin embargo, ustedes le conceden una relevancia social.

**«Sobre la relevancia decide la sociedad con el mando a distancia»**

**Sensenbrink:** Sobre la relevancia sigue decidiendo hasta hoy la sociedad con el mando a distancia. Nosotros sólo hacemos la oferta. Y también nos hemos equivocado a fondo. Con un programa como *El castillo*, no hay que dar una entrevista al *SPIEGEL*. Pero una cadena como MyTV no puede vivir de eso.

**SPIEGEL:** Ahora la cadena está en pleno auge. Y en paralelo, está en pleno auge Alternativa para Alemania, que ya se acerca a un histórico veinte por ciento, que en algunos lugares ya lo ha sobrepasado. Y Pegida, que actualmente reúne otra vez sin el menor problema masas humanas por decenas de miles. Sólo el mal tiempo impidió el fin de semana pasado que en Berlín se congregaran cien mil personas.

**Sensenbrink:** No existe una relación directa. Cuando informamos sobre la llegada del invierno, la gente compra jerséis. Pero nosotros no hemos inventado el invierno.

**SPIEGEL:** A veces informan dos veces al día. Lo convierten en algo más de lo que es.

**Sensenbrink:** 150.000 personas marchan hacia Europa, y la presentadora alemana por excelencia está entre ellas: yo no sé cómo puede presentarse eso de un modo exagerado.

**SPIEGEL:** ¿Y las repercusiones sociales le dan igual?

**Sensenbrink:** Suena como si nosotros estuviéramos dando alas a la derecha.

**SPIEGEL:** ¿De modo que no es así?

**Sensenbrink:** Vamos a poner algo en claro: Nadeche Hackenbusch no es de derechas.

**SPIEGEL:** Tampoco hemos dicho eso.

**Sensenbrink:** Nadeche Hackenbusch presta una ayuda inmensa a los refugiados. El programa está..., no voy a decir a favor de los refugiados, pero sí a favor de los hombres. Puedo imaginarme muy bien que eso no le cuadre a la derecha. Pero por eso no suprimo la información.

**SPIEGEL:** Lo que ustedes hacen ya no es información.

**Sensenbrink:** Quizá no en la forma tradicional con la que nos cubre de caspa SPIEGEL TV, pero es información.

**SPIEGEL:** ¿Es cierto que las horas de marcha han sido adaptadas a las horas de emisión? En cualquier película sobre el desierto se aprende que lo razonable es caminar a la caída de la tarde y por la noche.

**Sensenbrink:** Para los aficionados al fútbol, el partido empieza también en las mejores horas. La pregunta es: ¿quiere el club que se transmita el partido?

**SPIEGEL:** ¿Está comparando una marcha de supervivencia con un partido de fútbol?

**Sensenbrink:** Sólo digo que la mayoría de los refugiados también han visto alguna vez la retransmisión de un partido. No son tan ingenuos como a usted le gustaría. Saben también que en el mundo hay algo así como interrupciones para publicidad.

**SPIEGEL:** Para cabinas sanitarias.

**Sensenbrink:** Hasta ahora no he tenido quejas. El producto está sometido en la hora de máxima audiencia a una permanente prueba de resistencia y ha demostrado su eficacia. El cliente está contento, los refugiados también.

**SPIEGEL:** Y ya están ustedes proyectando una segunda parte.

**Sensenbrink:** ¿Y eso qué tiene de malo? Usted hace como si la temática de los refugiados hubiera recibido antes un trato impecable. Pero no es así.

**SPIEGEL:** El Mediterráneo, en cualquier caso, estaba tan lleno que hasta la Unión Social Cristiana de Baviera ha dejado de rezongar de momento. Y junto a

Alternativa para Alemania encontró sitio de pronto el Partido Democrático Libre.

**Sensenbrink:** De modo transitorio. Nosotros proporcionamos al tema de los refugiados el espacio adecuado que merece de verdad.

**SPIEGEL:** O el horario de emisión que ustedes necesitan.

**Sensenbrink:** Si 150.000 personas se ponen en marcha porque estamos nosotros allí con la cámara, puede dar por seguro que esa gente también se habría puesto en marcha en algún momento sin cámara alguna. Quizá habrían esperado a ser 300.000, pero en cualquier caso se habrían puesto en marcha.

**SPIEGEL:** Ahora está usted especulando.

**Sensenbrink:** Pero en MyTV. El canal de las peliculitas ligeras y el atontamiento del pueblo. Ahora discutimos aquí la problemática de los refugiados, por cierto a nivel internacional. Casi todos los estados de la Unión Europea tienen los derechos, además de Estados Unidos. Eso ni siquiera a *DER SPIEGEL* puede parecerle mal.

**SPIEGEL:** En Hungría y en Polonia también lo ven con cierta malicia.

**Sensenbrink:** El estudio de mercado lo ve de otro modo. La actitud hacia los refugiados se ha vuelto positiva entre quienes ven la emisión con regularidad.

**SPIEGEL:** Entre los defensores de los refugiados. Entre los adversarios aumenta el rechazo.

**Sensenbrink:** En cualquier caso, fomenta la discusión. Eso se llama democracia.

**SPIEGEL:** ¿Cómo va a continuar la emisión?

**Sensenbrink:** No lo sé. Tampoco quiero ocultar que podría tener un fin trágico.

**«El programa fomenta la discusión. Eso es democracia»**

**SPIEGEL:** ¿Y ustedes transmitirán entonces la gran catástrofe como final de sábado noche?

**Sensenbrink:** Nosotros informaremos en cualquier caso adecuadamente. Pero dada la importancia del acontecimiento, el resto de las televisiones harán lo mismo. ¿O cree usted de verdad que la primera y la segunda cadena no tendrán a

nadie sobre el terreno? Si los refugiados logran llegar a Europa y fracasan, entonces las televisiones públicas informarán igual que nosotros.

**SPIEGEL:** El formato será seguramente un poco distinto.

**Sensenbrink:** Por supuesto. En la nuestra usted no oirá, se lo garantizo, uno de los aburridos comentarios de Sigmund Gottlieb. Eso es privilegio exclusivo de los que pagan el canon televisivo.

Lo que realmente se puede aprender bien de Malaika es cómo se trabaja con los periodistas. Que se puede trabajar con ellos. Antes él siempre pensaba que lo mejor que hay es un artículo en el periódico. O un documental en la televisión. Pero Malaika saca mucho más. Malaika tiene siempre un negocio en perspectiva, como una verdadera mujer de negocios. En eso es como Mojo o, en el fondo, mejor aún. Si un periodista dice que quiere escribir sobre esto o aquello, entonces Malaika le propone que escriba sobre otra cosa, por ejemplo, sobre la escasez de medicamentos. Y para ello se pone los pantalones más cortos. O logra que también él, Lionel, salga en la foto. Hay ahora otro vehículo de cuidados para los recién nacidos. Una empresa regala aditamentos saludables para el agua potable que se echa en los camiones cisterna.

A pesar de todo es trabajoso, especialmente desde que el programa se emite en otros países. Desde entonces podrían estar dando entrevistas todo el día. Lo más asombroso es, sin embargo, que esas docenas de periodistas tienen todas las mismas tres preguntas.

¿Cómo se le ocurrió la idea?

¿Adónde quieren ir?

¿Lo conseguirán?

Podrían mirar en entrevistas anteriores lo que respondieron Malaika y él, pero no lo hacen. Y les daría también igual. A veces hay dos al mismo tiempo, que se dan cuenta de que cada uno tiene la misma pregunta que el otro. Y, aun así, no formulan una nueva. Tampoco se enfadan porque la respuesta sea siempre la misma, pero quieren que se la repitamos a cada uno en particular.

Con el tiempo, puede contar dormido cómo tuvo la idea en el bar de Miki. Ese recuerdo siempre le ha gustado, pero en los últimos tiempos resulta como una fruta sobada por mucha gente que la ha vuelto a colocar en su sitio. A

Malaika parece que no le importa. Cuando llegan reporteros, revive, repite animadamente todas sus frases, y a veces casi tiene la impresión de que ella piensa que da una respuesta nueva cada vez. Pero ¿es posible? A él todo eso le va pareciendo más y más artificial: Lionel, por favor, diga eso otra vez. Más breve, Lionel, por favor. Un poco más despacio, Lionel, por favor; ¿y podría mirar a la llanura al hablar y mantener la mirada diez segundos?

Entretanto, él está ya casi convencido de que se llama efectivamente Lionel.

Suena su móvil. A decir verdad, no tiene ganas de responder. Tal vez tendría que nombrar a Mahmoud almirante de prensa. Pero entonces ese imbécil sacaría otra vez su estúpida gorra de capitán y se la pondría. Es mejor que lo haga él. Respira hondo y va hacia el móvil.

—*Hallooo!* ¿Cómo está mi caminante preferido?

—¿Cuánto has visto de *Los vigilantes de la playa*?

Lionel suena tan aliviado como realmente lo está.

—¿Y a quién le interesa *Los vigilantes de la playa*, capullo? ¿Conoces *Friends*?

—No muy bien.

—Míratelo. La tienes tiesa nada más empezar. Es la mejor jodienda televisiva del mundo. Se trata de que un montón de tíos son demasiado necios para follarse a Jennifer Aniston. Mírale el culo. Las tetas. Luego se revuelcan en esa fuente. Ella en ese jersey apretado, que se mojará para todos nosotros, aaahhh. Esa cara. ¡Y nadie se la folla! ¡Ninguno! Al menos ninguno que cuente.

—¿A lo mejor la serie no va de eso?

—¡Pues claro que sí! Hay además dos zorras a las que tampoco se follan de verdad. Una rubia flaca y una morenita aburrida. Te digo, tío, que es con intención. A eso lo llaman dramaturgia. A Jennifer Aniston no se la follan porque siempre anda con esas dos lechuzas aburridas. La serie entera pide a gritos: ¡Mojo, ven a América y salva a Jennifer Aniston de esa mierda de vida!

—¿Y qué? ¿Lo haces?

—¡Absolutamente! No puedo entrar en más detalles, si no, me estalla el pantalón. Hay cosas más importantes. He oído por ahí un par de historias raras. Historias sobre ti.



—Aquí no hay historias raras.

—¿Así que te vas a Marruecos?

—No.

—¿A Libia?

—No.

—¿A Túnez, a Argelia?

—Que no.

Mojoazona desagradablemente la conversación con un silencio. Lionel no sabe exactamente lo que espera de él. Así que guarda silencio también. Él gana.

—Entonces, ¿es cierto!

—¿Qué es cierto? No he dicho nunca que quiera ir a Libia o a Marruecos.

—Tampoco has dicho que no quieras.

—Pero eso es igual. Es bueno para ti. A ti te pagamos por días.

—Aquí no se trata de los días. Tú eres una inversión en el futuro. Tienes que ir al país de las lagartas, sólo así llueven los rublos. Yo no saco nada de que tú camines durante años por la arena.

—En eso estamos de acuerdo.

—No, no lo estamos. Tú vas ahora tranquilamente a Marruecos o a Libia y te buscas un bote como toda persona normal.

—No puedo hacer eso.

—¿Estás tratando otra vez de darme instrucciones?

—No puedo contarle a la gente que lleva caminando meses por tierra de nadie que al final van a ahogarse en el mar exactamente igual que miles de personas antes que ellos.

—Ellos consiguen su oportunidad. Más no quieren.

—Pero no quieren una oportunidad cualquiera.

—¡Marruecos es una superoportunidad!

—No. Los botes son una porquería.

—¿Qué pegase les pueden poner a los botes? Botes los hay desde hace miles de años. Nadie se ha quejado.

—No puedes controlar el mar. No puedes controlar la calidad de los botes.

—El desierto tampoco.

—Más seco que el desierto no hay nada. Y nuestra fuerza está en el número. Los traficantes quieren mucho dinero, nos dividen en grupos de cien y dejan que nos ahogemos uno tras otro.

—Algunos quizá.

—Y los que consiguen llegar, allí no son sino un grupo de cien o doscientos negros. Y a un montón de negros los devuelven tranquilamente o hacen cualquier otra cosa. La televisión no está presente; en medio del mar estamos en sus manos.

—Pero el supernegro tiene un plan mejor.

—En cualquier caso, un plan que no depende de otros. Sólo de nosotros. De nuestros pies. De nuestro dinero.

Mojo escucha en silencio.

—Eso es también en la dirección que tú quieres: más éxito, más dinero, más vehículos, más Jennifer Aniston.

—¿Y hasta dónde quieres llegar? ¿Hasta Egipto?

—Más lejos.

—¿Más lejos?

—Si ahora esto se convierte sólo en un paseo hasta el mar, todo habrá sido en vano. No vamos al mar. Hacemos a pie todo el recorrido.

—¿A través de Egipto?

—A través de Egipto.

Mojo guarda silencio.

—Eso es nuestra...

—Calla la boca. Estoy reflexionando.

Lionel calla la boca.

—Ahora escúchame bien, tontainas. Bien, *okey*?

—Te escucho.

—Estoy teniendo mucha paciencia, tontainas. Normalmente no soy tan paciente, pero hoy sí. Hasta ahora me has contado un montón de majaderías, pero han sido majaderías de verdad. Me prometiste mucho dinero y he recibido mucho dinero. Te respeto. Eres un hermano. Un hermano chiflado, pero un hermano. Y te aprecio, a ti y a tus majaderías. ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Estoy incluso dispuesto a darte la razón en alguna que otra cosa. Los botes son inseguros, el mar es una putada. Los traficantes se embolsan tu dinero y dejan que te hundas. Es una idea muy sensata que pagues por días. Yo prefiero tener por anticipado el dinero, pero veo que para ti es mejor así. A veces no estás tan chiflado, hermano chiflado. Pero el modelo tiene sus límites. No puedo ir contigo más allá de Egipto.

—Seguirás cobrando tu tanto por ciento.

—Eso espero, pero no se trata aquí de tantos por ciento.

—Entonces ¿de qué?

—¿Has echado alguna vez una ojeada a un mapa, capullo?

—Claro.

—No voy a hablar ahora de Siria o de Jordania. Ni decir que puede haber gente que te dejaría pasar, pero por cada uno de los que te dejarían pasar hay por lo menos otros tres que, con toda seguridad, no te dejarán. Claro. Los turcos sobre los que nadie sabe lo que quieren, aparte de respeto. De todo habrá. Por mí, también puedes superar pequeños obstáculos como el canal de Suez. Todo es imaginable, hasta cierto punto. Pero una cosa es absolutamente imaginable.

—Israel.

—Israel.

—Son diez kilómetros de línea directa. Y catorce kilómetros por carretera. Irrisorio.

—No, irrisorio no es, precisamente. Diez kilómetros por el territorio de un país de gran fuerza militar, paranoico y que hace uso de sus armas contra todo lo que no le cuadra o le parece sospechoso. Los judíos primero disparan y luego preguntan. Quizá dejen pasar a uno o dos de vosotros, si están de buen humor o borrachos. A tres no, garantizado. Y a mis camiones en modo alguno. Allí termina entonces el suministro de agua y de víveres. Allí termina también el paraíso de los cagaderos.

—¿Y qué pasa con Jordania?

Mojo respira hondo. Luego vocifera:

—¡Jordania!, ¡¿qué va a pasar con Jordania?! ¡¿Qué te pasa con Jordania?!

Okey, allí quizá pueda arreglarse algo con dinero. Pero ¡tú no *llegas* a tu Jordania!

—Diez kilómetros en línea recta —dice Lionel con tozudez.

—En línea de tiro, querrás decir. Los judíos harán volar de un disparo tu bonita y negra cabeza. Y ése es el final garantizado. Por lo que se oye, para vivir se necesita una cabeza. ¡Incluso en el país de las putas!

—Ya encontraremos un camino —asegura Lionel—. Y tus camiones vendrán con nosotros. Si fracasamos, al menos habrás ganado con nosotros seis meses más. Tengo que dejarte. Me esperan para una entrevista.

Aprieta la tecla roja y deja el teléfono. Sabía, por supuesto, lo de Israel. En el fondo había esperado que a Mojo se le ocurriera algo. Mojo, el sobre sorpresa. Un súbito desánimo se apodera de él. Le gustaría retirarse entre sus fieles amigos y asesores. Pero le llama la atención que ese círculo contiene mucha lealtad y algo semejante a la amistad, pero poco discernimiento. En el asunto de Israel, Malaika puede ayudarle tan poco como el almirante de comida y bebida. Tiene tiempo aún, sí, primero ha de llegar hasta allí, pero en el caso de los israelíes se le ocurren aún menos ideas que en el de las otras fronteras.

Suena su móvil. Un prefijo estadounidense. Está ya a punto de responder cuando llega un SMS. Lo lee. Es de Mojo.

Ten mucho cuidado,  
hermano chiflado.

Es de noche. La mayor parte de los despachos están ya vacíos, más vacíos que durante el fin de semana. A lo largo del pasillo muchas puertas de despachos están cerradas con llave. A veces, a la luz de una sola lámpara, se ven las otras mesas, limpias y despejadas. La silla está corrida hasta el mismo escritorio, pulcramente colocada, como si la mesa fuera un pequeño garaje. Es curioso, pero es posible distinguir si las mesas de despacho están despejadas para el fin de semana o para las vacaciones de Navidad. Las mesas para el fin de semana están ordenadas. Las mesas para vacaciones parecen indicar que sus dueños no volverán nunca. A Leubl le gusta eso. Su mesa tiene ese aspecto.

Echa el abrigo sobre la barandilla y se inclina por encima. Abajo, en la zona de entrada, han colocado un árbol de Navidad. Sin regalos. En eso se diferencian los árboles de Navidad de los grandes almacenes y los de la Administración. Los de los grandes almacenes tienen regalos debajo. La señora Krassnitzer, de recepción, lo ve desde abajo y lo saluda con la mano. Está recogiendo sus cosas. Leubl la saluda a su vez y pronuncia sin voz, pero de modo claramente visible: «Feliz Navidad». Ella le envía besos con la mano. Leubl siente que su estado de ánimo se va tornando agradablemente apacible.

Leubl coge otra vez su abrigo y sigue su camino. Continúa por el pasillo hasta el final y luego va al despacho que hace esquina. La puerta está abierta, llama con los nudillos.

—¿Se puede?

—¿Quién sino usted?

El secretario de Estado aún está sentado ante la mesa escritorio.

—¡Termine! Incluso para un secretario de Estado es imposible pretender mejorar el mundo el 23 de diciembre por la tarde. —Leubl cuelga su abrigo en el perchero.

—No es asunto oficial —dice el secretario de Estado.

—Bueno ¿y qué es lo que tenemos?

—Como siempre, puede usted elegir. —El secretario de Estado se inclina y pone una botella sobre la mesa—. Por un lado: vino caliente, de Baviera. He puesto especial atención en que así sea.

Leubl mira la botella con escepticismo.

—Franconia no es Baviera, créame. Lo hemos intentado mucho tiempo.

—¿Así que no?

—Más bien no. No.

—He traído incluso un hornillito de gas, especialmente para eso. Para que no tengamos que calentarlo en la tan poco romántica cocina eléctrica.

—Además de esto. ¿Qué más tiene?

—Un Cuvée. De Apulia.

—Comprado.

El secretario de Estado sonríe.

—Como de milagro, ya está decantado.

Leubl lo mira como si no esperara otra cosa del secretario de Estado y se dirige al tresillo, a la vela pequeña, gruesa, sencilla, que ya está encendida. Su llama se refleja en los cristales oscuros de la ventana. A Leubl le gusta la vista de la ciudad que se tiene desde allí. Por eso han traspasado a ese despacho el brindis prenavideño. Antes estaban siempre en su propio despacho hasta que el secretario de Estado le insinuó una vez que las vistas eran mejores en el suyo. Lo cual es cierto.

Con el rabillo del ojo ve que el secretario de Estado tapa su monitor para evitar la luz azul electrónica. Se acerca con dos copas y el decantador. Luego se sienta frente a Leubl y empieza a mover las copas con unas gotas de vino dentro para prepararlas.

—¿Está usted seguro de que eso sirve de algo?

—Con la cerveza blanca, no.

Luego llena las copas y, respetuosamente, ofrece una a Leubl. Éste la coge y huele en ella. Cierra los ojos; el secretario de Estado ha elegido bien, como

siempre. Levanta la copa, con un ligero tintineo chocan las dos. El vino le penetra en la boca y se amolda al paladar de Leubl como un gato en una manta.

—Ahora —dice Leubl recostándose en la butaca—, ahora empieza la Navidad.

El secretario de Estado pone su copa en la mesa y se recuesta también. Ambos miran la ciudad iluminada.

—¿Y qué tal? ¿Qué le regala a su Tommy?

—El Prince of Namibia, veintidós por cinco centímetros, con venas, con ventosa y bolsa testicular.

—Eso lo sabe hacer usted mejor —dice Leubl sin inmutarse—, con eso no provoca ni a Seehofer.

—A él le regalan arte; yo pruebo con algo nuevo. ¿Y su mujer?

—Lo mismo que en 1969.

—Suenan a duradero.

—No nos regalamos nada.

—¿Desde 1969?

—Desde 1969.

—Pues qué pronto empezó usted. Con la renuncia al consumo y todo eso. El Partido Socialdemócrata no estaba entonces tan avanzado.

—Pues sí. Dos mil años antes de que la izquierda empezara a reflexionar sobre la economía planificada, un tal Jesús ya echó del templo a los mercaderes.

El secretario de Estado bebe un sorbo de vino.

—¿Hace usted todo lo que dice ese Jesús?

—¿Y quién sabe lo que dice Jesús?

—Algunos dicen que lo saben.

—Pero todos tienen ese saber en exclusiva.

—¿Y eso habla en contra de ellos?

Leubl contempla placenteramente la copa que tiene en la mano.

—Créame, cuando Dios quiere decir algo, lo dice de manera que todos se enteren. Y si alguien afirma que lo sabe mejor que nadie, entonces puede estar usted convencido de una cosa: ése, con toda seguridad, no tiene ni idea.

El secretario de Estado bebe un sorbito.

—Eso me gusta.

—Mi hija nos odiaba por eso.

—¿Por lo de Dios?

—No, por los regalos suprimidos. Con sus hijos, ella lo hizo desde el principio de otra manera. Y he aquí que diez años después era de la misma opinión.

Guardan silencio. A Leubl le gustaría que empezara a nevar, pero no es así.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta el secretario de Estado.

—Esperar.

—¿Simplemente?

—Ha valido la pena intentarlo. Pero estaba claro que sólo iba a salir bien si teníamos ante nosotros a alguien que no entendiera mucho de aritmética. Alguien que prefiriera el millón de hoy a los diez millones de mañana.

—¿Y ahora?

—Nada de ahora. ¿Qué ha pensado usted?

—Que recurramos a más trucos.

Leubl lo mira por encima de su copa.

—Para lo que acostumbramos, hemos estado ya hundidos hasta el cuello en la caja de los trucos.

—Pero...

—Si tiene usted más propuestas...

—No sé...

—¡Venga, adelante!

El secretario de Estado vacila un momento. Luego dice:

—Los estadounidenses harían más. O los ingleses.

—¿A saber?

—Sin entrar en detalles: podrían estar peor.

—Entre sin más en los detalles. Pero nuestra televisión no podemos prohibirla. No somos los rusos.

—No, pero...

—¿Qué trabajo sucio podemos hacer todavía? ¿Bombardeamos los camiones?

—Bombardear, precisamente, no...



—Vale. La GSG 9 <sup>1</sup> recorre la caravana y les revienta los neumáticos.

—Tal como lo dice, suena disparatado, claro...

—Entonces, dígamelo de otra manera. Si surte efecto, la República Federal de Alemania hace un intento activo de matar de sed a ciento cincuenta mil personas desamparadas. Y si no surte efecto, tres días más tarde tienen todos otra vez neumáticos nuevos.

—Tal vez habría que... al cerebro del asunto...

—¿... envenenarlo con plutonio?

El secretario de Estado pone cara de asombro.

—La empresa no depende de ese Lionel. No es una organización tan complicada que no pueda encargarse de ella otra persona. Y además, tienen un santo en ese caso. Lo embalsaman y lo llevan delante de la caravana como acusación ambulante. ¿Mejora algo con eso?

—Así que ¿no podemos hacer nada?

—Nada —dice Leubl—, aparte de beber este vino tan bueno.

Leubl toma un trago. Nota la mirada del secretario de Estado y responde a ella.

—¿Qué pasa? ¿Qué esperaba usted?

—No sé. Tengo una sensación extraña. Incómoda.

—Porque hoy ya no es habitual.

—¿Qué?

—Esa sensación de que algo va desastrosamente mal.

—¿Quiere decir con eso que usted cree que ellos realmente...?

—Quiero decir que tenemos malas cartas. Y que no estamos jugando al póker. No podemos coger tres cartas nuevas. Tampoco funciona eso en el Skat. Tenemos malas cartas y hemos de arreglárnoslas con ellas.

—¿Qué significa eso?

—No juega usted mucho a las cartas, ¿verdad? Se pierde y luego se paga.

—Bueno, bueno: ¿quién ha dicho que nosotros estamos implicados en ese juego?

—Nosotros. Porque no dejamos de hacerlo cuando las cartas parecían mejores.

El secretario de Estado se inclina hacia delante; con los codos apoyados en las rodillas, sostiene pensativo la copa en la mano y le da vueltas.

—A mucha gente no va a gustarle —dice.

—Los políticos no pueden dar siempre sólo buenas noticias.

—Pero entonces no los votan.

—Puede ser, pero el votante ha de aceptar que unas veces vive en el milagro económico, y otras veces, en la crisis del petróleo. No hay en la historia un solo Estado al que hasta hoy le siga yendo cada vez mejor y mejor. Pero tampoco ha habido apenas Estados a los que de golpe se les apagaron las luces. Por lo general va oscureciendo muy poco a poco.

El secretario de Estado vuelve a llenar las copas.

—Quedan alternativas, claro. Los otros Estados nos dan el ejemplo.

—Y usted sabe mi opinión al respecto —advierte Leubl.

—Pero ¡algo tenemos que hacer!

—¿Sólo porque somos alemanes?

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Que nosotros siempre necesitamos un plan para todo. Hay un montón de países que lo ven de otra manera. Y se dicen: «Vamos a ver si las cosas se desarrollan realmente así».

—Pero ¿no acabamos de...?

—Hemos comprobado que nuestras cartas son rematadamente malas. Pero eso no significa que los otros no cometan errores. Piensan demasiado o demasiado poco, o juegan por error la carta equivocada. O llegan otros jugadores con los que no contábamos. No está todo perdido de inmediato, sólo porque de momento no se pueda matar a tiros a nadie.

Leubl levanta animadamente la copa. El secretario de Estado sigue indeciso su ejemplo.

—Es Navidad. Y ahora no se puede hacer nada. Yo me voy con mi mujer y no le regalo nada. Y usted se va con el Príncipe de Namibia a ver a su Tommy.

Las copas tintinean suavemente. Leubl mira por la ventana. Empieza a nevar. Se lleva la copa a los labios y ese fabuloso vino le regala de nuevo el paladar.

Oye cómo suspira el secretario de Estado. Por eso, para levantarle el ánimo, le da unos golpecitos en la espalda.

—A lo mejor tenemos suerte y nos atacan los rusos. Entonces volvemos a ser la RDA. Y entonces vamos a ver cuántos refugiados quieren venir a nuestro país.



Siempre que puede, Lionel coge un coche de Malaika. No va muy lejos con él, sólo a la colina o al monte más cercanos; tantos no hay en el norte de Iraq, las verdaderas montañas empiezan más o menos en la frontera. Lionel va en coche lo más alto que puede y se apea.

Coge unos prismáticos y contempla la caravana. Intenta acostumbrarse. No le gusta hacerlo, tampoco le disgusta, pero lo hace por sentimiento del deber. Así valora también sus progresos: sin entusiasmo, pero como alguien que quiere infundirse valor. Y eso exactamente es lo que se repite de nuevo a sí mismo, que, al menos, verlo ya no le causa miedo. Aunque la caravana es ya casi el doble de larga.

Apenas quiere uno creer que reconoce la diferencia entre cincuenta y cien kilómetros. Sirve de ayuda el haberse acostumbrado durante un año a cincuenta kilómetros. Y finalmente eso acaba en la simple pregunta de si todavía se distingue a veces el final o no. O dicho de otro modo: qué altura habría de tener la colina para poder avistar el final. En esa parte del país, en cualquier caso, no son lo bastante altas.

No habría creído que llegaría a verlo así, pero antes de Jordania todo era como más relajado. Más sencillo. Nadie creía que llegarían tan lejos. Por eso la afluencia siguió siendo la misma aunque el norte de África está lleno de gente que quiere ir a Europa. Es simplemente una competencia del género absurdo: muchos tratan de llegar solos a través del desierto; en comparación con ellos, la idea de la caravana parece menos demente. Pero tampoco tenía tanto crédito como el número de toda la vida de dar-el-salto-de-algún-modo-en-patera-desde-el-norte-de-África. Por tanto, la caravana era medianamente atractiva para la gente que quería arriesgarse un poco más: había que contar con un aluvión humano.

Así, cada cuatro o seis semanas, le decía a Mojo que añadiera un camión más. En algún momento, el esfuerzo se estabilizó para Lionel: la gente ya no esperaba milagros y estaba contenta con lo que habían recibido la víspera. Y hasta quienes refunfuñaban por sistema no pudieron negar que al final de cada día habían avanzado quince kilómetros. Desde Jordania todo cambió. Lo único que quedó igual fue la maravillosa función del dinero.

Mojo había creado el contacto, y, por supuesto, sigue recibiendo su tanto por ciento, porque el dinero circula a través de él. Así, Lionel supo por Mojo que Jordania no sólo estaba llena de jordanos, sino también de palestinos. Y que esos palestinos están bastante bien organizados y les gusta ganar dinero tanto como a otras personas. Ya por el hecho de que, en ese desagradable Israel, ellos aún tienen proyectos de cierta envergadura.

Entonces los palestinos establecieron la misma infraestructura que antes habían establecido los contactos de Mojo. Reaparecieron incluso las letrinas; Malaika las reorganizó con su fundación, y siempre a través de Mojo. Eso era en el fondo lo más divertido de todo el asunto, porque Malaika y la gente de la televisión siempre hacían como si el dinero de la fundación fuera un dinero de singular belleza y limpieza que había que gastar con un cuidado especial y hasta cierto punto con más moderación que otro dinero. Él no se metía en eso, pero, a diferencia de él, Malaika habría podido entablar negociaciones directamente con los palestinos. Y sin embargo seguían dirigiéndose a Mojo, como si éste fuera la única persona en el mundo que sabía cómo se encuentran conductores para cabinas sanitarias. Mojo recibía puntualmente el dinero y, con todo, enviaba más de tres cuartas partes a Palestina o adonde quiera que fuere. Su trabajo para esa comisión del veinticinco por ciento: quince segundos. O más bien cinco: tenía, sin duda alguna, a los palestinos en la lista de números abreviados.

La vista es excelente. A distancias regulares, los camiones cisterna y las hormigoneras avanzan flotando en el mar de sol, piedras y polvo. De vez en cuando un vehículo ajeno penetra despacio entre la apática muchedumbre, que sólo muy lentamente deja libre el camino y vuelve a cerrar el hueco detrás del coche. A quienes van en el automóvil debe de parecerles que viajan a través de aceite pesado.

Una vez que ha pasado el coche, la gente da la impresión de nuevo de estar parada, tal es la uniformidad con que se mueve. Tardaron un poco en lograrlo. Fue lo más difícil que se les pidió: marchar de manera que no se produjeran atascos. El truco consiste en que todos los que se reúnen en torno a un camión deben haberse marchado a más tardar en el momento en que llega la gente del camión siguiente. Eso no es tan fácil, y cuando se añaden nuevos camiones no se debe esperar a que los nuevos lo aprendan por sí solos, sino que hay que entremezclar al menos un diez por ciento de personas con experiencia, mejor aún, una tercera parte.

La caravana avanza por la pista y se pierde, palideciendo poco a poco, en la lejanía de la llanura. Los vehículos de Malaika no se ven, ella está filmando hoy muy en la retaguardia. Pero en una caravana de esa longitud nadie se extraña de que, a menudo durante días enteros, él no pueda ver los coches cebrá color rosa. Eso no compromete el prestigio de Malaika: sobre todo entre los niños, se vuelve incluso más popular. Suena el móvil, pero Lionel no lo coge. No hay que coger siempre el teléfono. A veces incluso no hay que cogerlo *en absoluto*, para no volverse loco.

Es una cantidad inmensa de gente.

Apenas llevaban caminando cinco días por Jordania cuando el almirante Mahmoud le comunicó la gran afluencia de nuevos. Eran personas que habían visto en la televisión o en sus móviles las escenas que daban la vuelta al mundo. La gran cantidad de botes neumáticos, el permanente tráfico de balsas. Quince kilómetros de nada por el diminuto mar Rojo, liso como un espejo, una travesía tan inofensiva que hasta los niños más pequeños se alegraban de poder hacerla. Dejaron Israel a la izquierda. En la playa ya estaban esperando los coches color rosa; éstos y las ambulancias, además de la estación-bebé, fueron los únicos vehículos que tuvieron que pasar —y a los que se les permitió pasar— por Israel. Malaika lo había conseguido con la editora, muy filosemita, de una revista y jefa máxima de Astrid, la que escribe. Cuando los de a pie salieron de los botes neumáticos y siguieron caminando ya estaban en posición los camiones. Todo se desarrolló sin contratiempos, pero la oleada de gente fue tan grande que a los

cinco días hubo que insertar los primeros camiones adicionales. Estaba extrañadísimo ya cuando los encargó al teléfono, y Mojo casi no se tenía de risa.

—¿Qué pensaste cuando todo marchó así, sin problemas?

—Bueno, que pagamos por ello.

—Tan bien tampoco pagáis. Echa cuentas: los militares. La guardia costera. Tú mismo sabes lo que sueltas. ¿No te pareció barato?

—No. Es más caro que Egipto.

—Sí, pero no mucho. Y eso que en Jordania no hay guerra civil, sino un Estado medianamente intacto.

—¡Ah! ¿Y eso qué significa?

—¿Sabes siquiera lo que ocurre ahí?

—No tienen guerra, todo lo demás no nos concierne.

—Guerra no tienen. Pero tienen refugiados. Cientos de miles.

—¿Y qué?

Mojo lanzó un suspiro, como si hablara con un anciano demente.

—Vale, bien. Tenemos un país lleno de refugiados. Millones de refugiados. Están allí porque no pueden ir a ningún otro sitio, pero, en definitiva, a nadie le gustan. ¿Te suena eso?

—Oye, no soy tonto.

—Y a ese país llega ahora el superrefugiado que ha logrado llevarse a ciento cincuenta mil de esos grandes inútiles a diez mil kilómetros de distancia. A tanta distancia que ya no regresan. ¿Me sigues ahora?

Él no había dicho nada; no había podido decir nada porque la cabeza, el estómago, todo empezó a darle vueltas de pronto.

—Seguirán guiándote. Siempre bien lejos de sus ciudades. Y pasando lo más cerca posible de sus campos de refugiados. Y cuantos más de ellos te lleves contigo, tanto menos te retendrán.

—¡Mojo! ¿Cómo voy a organizar yo eso?

—No te pongas así ahora. Lo conseguirás. Piensa siempre que ése es tu billete para poder viajar. No sólo a través de Jordania; eso también nos simplifica el paso por Iraq. Así que no lloriquees e incluye en el séquito a los de la toalla en la cabeza.



Desde entonces, Lionel y su gente meten a los de la toalla en la cabeza. Ochenta mil se han añadido hasta ahora sólo en Jordania. Todavía pensó a tiempo en sacar algunas ventajas más. Los camiones adicionales no fueron nunca un problema en Jordania y, en cualquier caso, les ofrecieron el agua sin coste alguno. Cuando por fin atravesaron la frontera y los Peschmerga recibieron de los palestinos el transporte y los camiones y el negocio del abastecimiento, eran doscientas treinta mil personas. Casi ochenta estaciones de camiones. Ochenta kilómetros.

Entremezclaron a los nuevos con el resto de la caravana y mantuvieron las riendas en la mano. Por mucho que le asuste, una y otra vez, la gigantesca empresa, siempre tiene la confortable sensación de que son los africanos quienes marcan la pauta. Sorprendentemente hay poca pelea, porque está claro que son los africanos quienes lo han puesto todo en marcha. Los sirios, los tunecinos, los egipcios, los libaneses, los afganos, los palestinos e iraquíes pueden estar contentos de que alguien los lleve con ellos. Es la primera vez que Lionel o quienquiera que sea percibe con esa claridad que en una gran empresa son hombres negros quienes llevan el timón. Sin la menor discusión, pues es evidente para todos que los otros nunca han llevado a cabo nada semejante.

Ahora son ya tres estaciones para bebés las que forman parte de la caravana. Junto a los camiones no sólo hay agua y comida. Hay también cierto acopio de mantas, donadas por la fundación de Malaika. Pero las temperaturas son ahora, también por la noche, muy soportables. No es casualidad que MyTV les haya calculado laboriosamente cuándo sería el mejor momento para llegar a la meta: antes de las vacaciones de verano, después de finalizar la temporada de fútbol. El que la marcha tenga lugar en un año sin campeonatos de Europa ni mundiales ha hecho descorchar botellas de champán a la gente de la televisión.

En Iraq se han unido a ellos otros setenta mil. Lionel baja los prismáticos y echa otra ojeada a la inacabable lombriz humana. La cabecera acaba de pasar junto a su punto de observación, se dirige al camión número 7, faltan seis kilómetros; el camión número 5 serían cuatro, ya no tiene que contar con los dedos para comprobar si es así. En algún momento podrían llegar a ser trescientos cincuenta mil. Lionel respira hondo, aún le provoca cierto trastorno,

pero ha sentido más pánico que ahora. Trescientos cincuenta mil: a veces, hasta suena bien.

Dos semanas más.

Entonces estarán en la frontera de Turquía.

El secretario de Estado se abre paso por la Marienplatz. Podría tomar un servicio de chófer: el partido, el gobierno, el ministerio, alguien lo organizaría y lo pagaría, pero el secretario de Estado está de acuerdo con Leubl: un político ha de aprovechar cualquier oportunidad para saber lo que ocurre en la calle. Y ocurren tantas cosas que el secretario de Estado duda que hubiera avanzado más con un chófer. La Marienplatz está llena como un mercado de Navidad, llena como todos los lunes. No ha sido siempre así.

Se acuerda muy bien del grupito de chiflados de antes: Pegida en Múnich. Cada lunes con su campaña contra musulmanes o contra cantos del muecín; eran un puñado de imbéciles, o sea, un puñado de verdad; si eran seis ya eran muchos. Hoy la cosa es muy distinta; detrás del Viktualienmarkt se apilan ya los coches ocupados por destacamentos de la policía.

El secretario de Estado se abre paso entre las masas humanas; por encima de los hombros y las cabezas ve las gigantescas pantallas digitales. Los organizadores han alquilado tres. La primera muestra en un bucle infinito un vídeo de la caravana grabado con dron; el legendario vídeo grabado con dron sin cortes, cuarenta y cinco minutos de masa humana ininterrumpida. La segunda pantalla muestra detalladamente, asimismo en un bucle infinito, el recorrido de la caravana, día tras día, de la misma manera que antes, en la guerra, se dibujaba el avance del frente. Entre las escenas más amenazantes: la columna inacabable caminando por el túnel del canal de Suez. Los botes neumáticos rojos con su provocador aroma de invasión. Al lado, los números de los kilómetros van descendiendo: en cuenta atrás, el trayecto que falta para la frontera de Alemania. Un sistema de mucho efecto porque los más de doce mil kilómetros del principio resultan muy tranquilizadores y porque, al final del vídeo, sólo quedan tres mil escasos. Por supuesto, el secretario de Estado sabe contar también, y sin

embargo sólo cuando estuvo un lunes en Múnich se dio cuenta con horrible claridad de que la caravana ya había recorrido tres cuartas partes de su camino.

La tercera pantalla muestra el aumento de la caravana, un simple gráfico que permanece mucho tiempo en un número igual de unos ciento cincuenta mil, para después, en un impresionante final, aumentar de golpe y sumar más del doble. El secretario de Estado se queda bloqueado en medio de un grupo de ciudadanos preocupados que discuten animadamente con un hombre calvo y grueso sobre algunas propuestas de desintegración, provenientes de mediados del siglo pasado, que se ha tatuado en los brazos. Dicen que, si bien serían medidas enérgicas y sin duda alguna muy efectivas, hoy no es posible aplicarlas plenamente de esa manera, pues al fin y al cabo viven en el siglo XXI. El voluminoso calvo escucha con benevolencia sus argumentos, expresa su comprensión y luego dice que es perfectamente posible, que sería algo sólo transitorio, y que cuando el problema estuviera definitivamente resuelto, entonces podría dejar de aplicarse la medida. Uno de los ciudadanos dice que si es sólo transitoria se puede reflexionar al respecto, lógicamente.

El secretario de Estado no puede moverse. Con mucho esfuerzo se abre paso hacia atrás en dirección al Viktualienmarkt y se dirige al metro para atravesar por el pasillo subterráneo la Marienplatz. Los compañeros de partido que trabajan en el ayuntamiento le han descrito intensamente varias veces ya lo desesperado que está el gobierno de la ciudad. Ese Múnich tan liberal, la ciudad de sentimientos izquierdistas, en la que un grueso de electores sociatas y verdes aprovecha y consume las ventajas y el dinero de una región de la Unión Social Cristiana de Baviera, ahora está tan radicalizada como Dresde. Cada semana se reúne allí una muchedumbre de varias decenas de miles de personas, y si no pasa de esas cifras es porque cada dos semanas hay una segunda manifestación en la Odeonsplatz. Por razones históricas, la ciudad ha tratado de prohibirlo, pero ha fracasado ante los tribunales. Ahora el número de manifestantes supera sistemáticamente los cien mil. Y si todo sigue siendo pacífico es sólo porque la policía, en un enorme despliegue, desvía las manifestaciones opuestas hacia diferentes barrios de la ciudad.

Cuando el secretario de Estado reaparece al otro extremo de la plaza, vuelve a

oírlo. «Queremos recuperar nuestro país.» Ya casi se ha acostumbrado uno a ello. La moderación hace mucho tiempo que dejó de existir. Por eso se ha impuesto también ese otro eslogan, completamente inadmisibles, que ahora todos repiten. Tiene su origen en las regiones del este, claro, nadie aparte de ellos habría podido legitimar tales palabras. Y lo repiten tan incansablemente como en Múnich se repite el brindis «¡Viva la cordialidad!»: <sup>1</sup>

«¡En lugar de donativos y harina para hacer pan: a construir un muro y a dar orden de disparar!».

El secretario de Estado recibe un codazo en las costillas. No se defiende. Se masca la violencia y puede darse por seguro que si no circulan las armas es gracias a los controles de la policía. El gentío se vuelve ahora algo menos angustioso. Va a meterse en una pequeña oleada de transeúntes que camina en dirección contraria a la de la mayoría, y se deja llevar hasta el Marienhof. Pese a ello, llega al hotel con un cuarto de hora de retraso. Sube la escalera y entra en el bar. Lohm ya se ha acomodado confortablemente en un rincón y le hace señas.

—La capital del Movimiento —dice cuando el secretario de Estado se sienta a su lado—. ¿Es que ya no tenéis nada bajo control? —Suenan a sarcasmo, todavía, pero entretanto ni siquiera Lohm puede ocultar que desea que retorne la antigua Unión Social Cristiana de Baviera, la de las mayorías de antes.

—No preguntes —suspira el secretario de Estado—, ayer recibimos un nuevo estudio.

—¿Y qué tal? ¿Tan malo como las encuestas?

—Peor. Han investigado el entorno social de nuestros votantes. Y el resultado es el siguiente: no hay tal entorno. Y por lo visto, no lo ha habido nunca.

Lohm lo mira:

—¿En números?

—Aún estamos escasamente por encima del veintitrés por ciento. —El secretario de Estado se esfuerza para que no se le note el desánimo.

—¡Qué putada! —dice Lohm volviéndose hacia el camarero—. Tomaré otro medio litro de vuestra cerveza blanca.

El secretario de Estado pide un *gin-tonic* con una de las ginebras más caras.

El camarero trae las bebidas. El secretario de Estado toma el primer trago. En

realidad, desearía más ginebra.

—Ya no hay quien te vea. Y cuando uno lo consigue, no vale la pena. Estás hecho una verdadera miseria.

—Muchísimas gracias.

—Deberías tomarte una semana de baja por enfermedad y que Tommy te cuide con mucho amor. —Lohm abulta con la lengua rítmicamente las mejillas—. Si ya te ha preparado un dormitorio adecuado.

—Tommy se ha marchado de casa —dice con aire ausente el secretario de Estado.

—¿En serio? —Lohm pone bruscamente la jarra de cerveza blanca en la mesa—. Es... una pena.

—Es mejor así. —El secretario de Estado se echa la bebida al colete sin dilación y llama al camarero. Indica con los dedos que necesita otro gin, sólo gin: tónica queda mucha en la botellita. Delante del hotel hay cada vez más ruido. Está llegando otro grupo de manifestantes, se los oye a través de las ventanas insonorizadas. Un berreante altavoz de la policía, la amenaza de dar orden de disparar, pero también un lema que el secretario de Estado oye por primera vez: «Ponerse el casco y disparar: la policía desea libertad».

Mira a Lohm. Lohm enarca las cejas y abre los brazos con expresión de asombro.

—¿Habías oído eso antes? —le pregunta el secretario de Estado.

—Una vez, en Berlín y... sí, en Erfurt. Todavía no sé qué significa.

—Que vaya colando poco a poco. Lo que nunca han comprendido los del marxismo autónomo.

—No... Quiero decir: ¿Es un juego de palabras? Para mí los polis tienen ya libertad de sobra.

—Quién sabe —opina el secretario de Estado—. Entre ellos, los juegos de palabras no están muy extendidos. Probablemente son las dos cosas.

—¿Y qué hace el Ministerio del Interior?

—Si de verdad quieres saberlo: muy poco. —El secretario de Estado hace tintinear desgadamente en la copa los cubitos de hielo.

—¿Eso que oigo al final es algo así como una crítica de san Leubl?

—Mira a esa chusma de ahí fuera. No puedes dejar que las cosas continúen así. Tienes que calmar la situación.

—Y tú sabrías también cómo hacerlo.

—Oh, sí. Ooohhh, sí.

—Te escucho.

—No es magia. Lo primero es levantar barreras. Cada kilómetro de barrera son cien manifestantes menos.

—Un cálculo interesante.

—Ciento cincuenta, si la valla es buena. Alambre de la OTAN. Torres de vigilancia. Reflectores.

—¿Dispositivos de disparo automático? —propone Lohm.

—Si están dirigidos hacia fuera, te lo digo: doscientos manifestantes menos. Por disparo.

—¿Y Leubl no quiere eso? Qué raro.

El secretario de Estado no percibe el sarcasmo, en parte porque no quiere percibirlo.

—Le he presentado un montón de propuestas, pero no las hace tuyas. No las rechaza, pero no las lleva a cabo.

—¿Tal vez porque no son legales?

—Tenemos un límite superior. Eso es ley suficiente.

—Ese límite era ya de entrada flojísimo.

—Oh, no. Es flojísimo sólo si tú no tienes agallas. Claro que es un párrafo de goma, flexible. Pero si endureces estrictamente la goma, es ni más ni menos que una ley de plenos poderes. Hay que tener el valor. De acuerdo, la cancillería, el Ministerio de Defensa: nadie quiere exponerse, pero de ellos tampoco me extraña.

—De Leubl sí te extraña.

—Porque él no tiene miedo, sino convicciones. Porque sabe qué es esencial en la Unión Social Cristiana de Baviera, no sólo cómo se la presenta mejor al público. Y precisamente por eso no acabo de comprenderle. Si ni siquiera ahora quiere hacer nada, ¿cuándo, entonces? Trescientos kilómetros más y están en Turquía.

—Los turcos son ya otra categoría de peso, ¿no te parece a ti también?

—Exactamente. Eso nos daría justo el tiempo de hacer algo. Si empezamos *ahora*.

El secretario de Estado pide que le traigan otro *gin*.

—Quizá esté todavía sopesándolo —supone Lohm entregando al camarero la copa de cerveza medio llena—. Necesito una grappa.

—Una cosa sé con seguridad —dice sombríamente el secretario de Estado—. Leubl sabe desde hace tiempo lo que quiere hacer.

—¡Pues pregunta sin más!

—Entre nosotros las cosas no funcionan como entre vosotros. No tenemos una discusión animada en grupo y después todos hablan de sus sentimientos. El Ministerio del Interior es un ministerio para hombres como Dios manda.

—Y el resto vamos por ahí como los Village People.

—Ja, ja.

—¿Dónde está el problema? Tu jefe sabe la solución: recuéstate en el asiento y disfruta del viaje. Bueno, todos los demás seguramente no lo ven así. Si voy contando esto, me dirán que el viejo Leubl está senil y les entrará el pánico. Pero tú al menos aún confías en él.

—No está senil. Es sólo que no tiene sentido esa actitud. Esperar no lleva a ninguna parte. Esperar únicamente lo empeora todo aún más. No existen medidas en contra que den mejor resultado cuanto más tarde las apliques.

—Vamos a comer algo antes de que acabe borracho como una cuba — propone Lohm—. Aunque también podemos dejarlo estar y pegarnos un tiro enseguida. No sabía que la situación fuese tan desesperada. Pensaba que teníais un as en la manga.

El secretario de Estado se levanta.

—Uno nos queda aún.

Pero no transmite ningún optimismo.

—Suenan más a siete de diamantes que a sota de tréboles.

—¿Eso es del Schafkopf?

—Eso es Skat, bávaro atontolinado. ¿Tenéis una buena carta o sólo morralla?

Con la mano derecha, el secretario de Estado hace un movimiento ondulante,



que al final evoluciona con bastante energía hacia arriba. El camarero llega con el datáfono. El secretario de Estado se levanta, firma y recoge su abrigo.

—Mañana sabremos si es la adecuada. A más tardar, pasado mañana.

—¿Y si no?

—Entonces me dirá el jefe que yo tenía razón y que empiece sin más demora.

—Y tú le respondes: «¿Por qué no hoy mismo?».

—Exacto —asiente el secretario de Estado bajando pensativo la escalera junto a Lohm.

¿Por qué no hoy mismo?

¿Por qué?

«Refugiadosrefugiadosrefugiados», teclea Astrid von Roëll en su portátil. Luego teclea cuidadosamente en mayúsculas: ¡¡¡DE VÓMITO!!! Con tres signos de admiración. A continuación lo marca todo y aumenta el tamaño de letra a ciento treinta y dos puntos. Primero intenta encontrar un tipo de caracteres especialmente duros y después pasa a uno lindísimo, primero Gigi, luego Palace Script.

¡Qué basura de puto oficio!

Hay que admitir que hace seis meses ya se sentía así, y hace tres semanas se encontró en un estado de ánimo parecido, pero ahora ha llegado realmente el momento. El momento en el que ella lo ha escrito todo, pero, de verdad, absolutamente todo sobre los refugiados. De acuerdo, o sea, todo lo que es interesante en relación con Nadeche Hackenbusch, aunque con ella tiene que ver prácticamente todo allí. Incluido lo que esa gente hizo antes. Es más, eso se leía muy bien, porque muchos de esos refugiados antes no eran en absoluto refugiados, algo que no se tenía muy claro al principio. Algunos tenían incluso un trabajo auténtico, no sólo eran eso a lo que ellos llaman campesinos y que en último término significa que tienen una cabra. No, no, trabajos de verdad; uno reparaba coches, otro era profesor, y, es más, una mujer tenía un trabajo interesantísimo: una boutique de zapatos y camisetas o algo semejante.

Astrid von Roëll mira su teclado con aire de reproche. Levanta las manos como un pianista en un concierto y luego las deja caer con fuerza, y llenas de odio aporrear las teclas.

—Lalalá —dice en voz alta—, mierdamierdamierda.

Las descripciones de oficios también se agotan. La vida de un ser humano se puede describir en algún momento, pero la vida de cien seres humanos... Ya basta, por favor. Sobre todo si se tiene en cuenta que para la lectora la vida real

continúa. Continúa *sobre todo* para la lectora y para todas las gentes normales que *no* están varadas en ese extraño mundo de refugiados. Porque, con el tiempo, a una quizá le pueda parecer que todo es normal ahí, pero no, no lo es. Al final, hay que ver las cosas como son: quieras que no, la mayor parte de los seres humanos poseen algo más que un par de zapatos. Y también una segunda y, líbreme Dios, una tercera camiseta. Si ahí la gente no tiene esa suerte, si ahí muchísima gente duerme por la noche envuelta en su dorado cobertor de plástico, eso no quiere decir en absoluto que ocurra exactamente lo mismo en todas partes. ¡A Dios gracias!

Ese putito cobertor dorado también le pone de los nervios.

Cuando por la noche se da un solo paso fuera de la autocaravana, empiezan a oírse crujidos por todas partes. Alguien le dijo una vez que no hay en el mundo un espectáculo más hermoso que el del cielo del desierto, pero ese alguien no ha visto, seguro, ese cielo mientras a su alrededor el suelo está lleno de larvas de laca crujiente. Que tosen. Y roncan.

Cielo estrellado.

Sí, eso también: ¡Oh, el cielo estrellado!

Ahí nadie lo mira. Con razón. Si se ha visto una vez, se ha visto para siempre. Y eso tiene que admitirlo hasta el último chiflado del medioambiente: con un anuncio luminoso no se tiene ese problema. ¿Habría alguno en ese Silopi?

Lo ha mirado en Google: cuando estén en Turquía, la primera zona más poblada es algo llamado Silopi. Una ciudad, podría decirse, de cien mil habitantes. Entonces viajará hasta allí. En el Cairo renunció a ello; no quería correr el riesgo de separarse de la caravana. En Jordania y en Iraq los han llevado por los páramos más remotos y siempre pasando sólo junto a campos de refugiados. Pero Turquía es ya un auténtico país. Ha estado allí dos veces de vacaciones, una en Antalya, y otra, en Estambul, durante un puente de fin de semana. ¡Fue estupendo! ¡Allí hay tranvías! Es curioso que los europeos occidentales casi de manera automática añadamos mentalmente un «hasta»: «hasta hay tranvías»; pero Turquía, bueno, por favor, con ella Alemania comparte algo, no la Unión Europea, sino lo otro, la ONU. Astrid va a dejar a Kay sola un día y se agenciará el coche y viajará a ese Silopi. Al fin y al cabo,

cien mil habitantes tendrán que comprarse algo de vez en cuando. Allí hay bares y tiendas y boutiques y restaurantes, e irá de compras como si no hubiera un mañana. Faltaría más, vaya que sí.

Dios mío, cómo lo echa de menos. Y lo más estúpido de todo es que ahí no se pueden ir tachando días, porque nadie sabe cuánto tiempo falta aún. Probablemente ni medio año, es de suponer que hasta bastante menos, pero eso es demasiado vago para ponerse a contar. A veces sueña que el gobierno federal dice de pronto: «Venga, se acabó, entrad sin más y ya se arreglará». Y por qué no, en cualquier caso, así al menos estaría resuelto el asunto. Y ella iría con toda indolencia a la redacción, como si nada, y entraría y entonces, para empezar Sybille le echaría los brazos al cuello y luego Sonja. Un poquito como cuando esas madres jóvenes llegan a la oficina y presentan a sus bebés, todos siempre perfectamente idénticos, pero de manera un poco más efusiva. Y mucho más interesante porque ella, realmente, tiene algo que contar. Luego entrará el vicepapanatas. «¡Oh, oh, ¿qué tropel de gente es éste, ¿es el cumpleaños de alguien?», y probablemente dirá Sybille entonces: «¡Mire quién está aquí!», y el vicepapanatas contestará emocionadísimo: «Señora Von Roëll, créame, no digo algo así a menudo, pero me alegro muchísimo de volver a verla sana y salva. Ha prestado un servicio increíble a esta casa». Y eso, en efecto, no lo dice a menudo; ella sólo ha presenciado algo así una vez: en la despedida de la gran Birgit Schetzing-Franckh, que, por cierto, al final era todo menos grande. Pero ella sólo responderá: «Señor Vicepapanatas, me he limitado a hacer lo que hubiera hecho cualquier mujer en mi lugar».

O quizá más bien un simple «Gracias, gracias, tome usted una copa de cava».

Entonces dice el vicetontainas: «¿Cava? No, no, en un caso como éste, la editorial invita a... ¡champán!». Y todos aplauden, y Sonja dice: «Cuenta algo», pero no por educación, como cuando una regresa de las aburridas vacaciones en las Maldivas, sino que todos están ansiosos de verdad, y se reúnen en torno a ella, como los niños perdidos en torno a Wendy, y ella toma un sorbito de champán y cuenta de momento sólo una pequeña historia que a ella le parece completamente normal, pero los otros no salen de su asombro, y sólo entonces se da cuenta de que Lou Grant está todo el tiempo en la puerta, lleno de rabia, sí,

eso. Y como no quiere ser descortés, sintiéndolo mucho, mucho, no puede marcharse y tiene que presenciar todo el tiempo cómo todos la admiran y la aprecian, y rechina los dientes de rabia porque durante todo el tiempo nadie le hace caso a él. Ella se imagina muy bien ese rechinar; por las comisuras de los labios le salen virutas de dientes, pero ella no puede ocuparse de algo así, evidentemente, porque el editor acaba de entrar y: «¡Hola!», y «Señora Von Roëll» y «Llámeme Hartmut» y «Hemos de hablar los dos, tengo grandes proyectos para usted». Y al oír «grandes proyectos», Lou Grant se arruga como una pasa, porque Hartmut no tiene proyectos para él, todo lo más proyectos sociales, ¡ja! Y por eso tampoco oye, lamentablemente, cómo ella le dice a Hartmut: «Es realmente muy amable de su parte...», y él: «De tu parte, insisto en ello», y ella, «... de tu parte, pero... a finales de año me voy a Nueva York, cambio a *Vogue*, como *Creative Premium Executive Director at Large*», y todos aplauden con entusiasmo, y Sonja y Sybille lanzan gritos de júbilo, de lo mucho que se alegran. Porque piensan que ellas alguna vez, en un tiempo no muy lejano, también trabajarán en Nueva York, pero si es así, desde luego no en *Vogue*.

*You bet!*

Pero también es posible que ella se muestre magnánima y se acerque un momento a Lou Grant, para demostrarle que no siempre hay que portarse como un cerdo, y quizá le diga que de algún modo ella también lo echará de menos. Y le sonreirá cariñosamente y le dirá que podrían tomar un día un café juntos si llega a ocurrir que él trabaje también alguna vez en Nueva York.

¡Para que veas!

Pero hasta entonces, tiene que seguir fabricando, más y más de esas cosas de ahí. Como si fuera fácil. Para otros tal vez, ellos imprimen sin más su basura, pero ella tiene un nombre que mantener. Una Astrid von Roëll no entrega simplemente basura, y ése es el problema. Porque tanto periodismo de calidad como quieren éstos no existe en el mundo entero. Y ella lo ha intentado todo, y eso significa verdaderamente todo, porque ella además ha aprendido el oficio. Y se dio cuenta bastante pronto de que allí faltaba personal, no sólo ayudantes para ella, sino personal activo. Gente famosa.

«Si no tiene famosos, entonces créelos usted», dijo una vez su antiguo redactor jefe y, dicho y hecho, enseguida hubo un carnicero famoso, y un panadero famoso, y un peluquero famoso. Como en la televisión: allí alguien es importante sólo porque aparece a menudo en la pantalla. Pero inténtalo ahí. Esa gente no tiene trabajos ni nada. Sólo son pobres, nada más. Pasa a menudo con Nadeche junto a cantidad de esos individuos, por fuerza, y ellos se empeñan, sí, pero, sinceramente: hasta hoy no ha encontrado entre toda esa gente a nadie a quien habría que hacer una segunda visita. Ni menos aún, fotografiar. Ni siquiera los modelos de la primera sesión han logrado nada. Al contrario. Al menos dos de ellas —no puede jurarlo, pero tendría que estar muy equivocada—, al menos dos de ellas son ahora una especie de putillas. No es que condene algo así, pero no se encaja precisamente en *EVANGELINE* cuando una se revuelca con camioneros.

Jugadores del equipo nacional, eso estaría bien.

El único que les ha quedado es ese adlátere de Lionel, el almirante, pero a ése se le puede permitir que mire a una cámara todo lo más para una foto, porque no merece su propia historia. Aunque Astrid von Roëll, por pura escasez de temas, hizo en las semanas prenavideñas un artículo sobre él, alma triste detrás de rostro alegre, qué estupidez. Lo más triste que le ha ocurrido a ése ha sido la historia del perrito, y tuvo que ponérsela ella prácticamente en la boca, palabra por palabra, para que la cosa tuviera al menos un poquitín de gracia.

—Usted tuvo seguro de niño alguna vez un perro, ¿verdad?

—¿Qué?

—Un perro. No tuvo que ser directamente suyo. El perrito de un vecino.

—¿Perrito de un vecino?

—Guau, guau. Perro. Lo tuvo, ¿no? ¿No ahora, antes? Cuando usted era pequeño había perros, ¿verdad?

—¿Perros? Claro, los hay por todas partes.

—¿Lo ve? Muchos perros. Y estaba allí aquel perro y se murió, ¿verdad? El pobre perro. Y usted se puso muy triste.

—No sé, a mí no me importan tanto los perros. Los perros andan sueltos por todas partes, los perros se mueren...

Ese alcornoque. ¿Cómo va a entregar una periodismo de calidad con semejante tontorrón? Y ése es el más interesante de todos. Eso no se lo cree nadie. El vicepapanatas tampoco.

—Señora Von Roëll, está exagerando. Son centenares de miles de personas, tiene que haber ahí algo que también atraiga a la lectora de *EVANGELINE*.

—¿Y cómo se imagina usted esto, en el fondo? Estas gentes, santo Dios, se levantan por la mañana, luego caminan, después se acuestan. Y al día siguiente, otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Es como una fábrica en la que no se hace otra cosa que ir de un lado para otro. Lo único que cambia ahí es el tiempo atmosférico. ¡Hasta comen cada día lo mismo!

Tales discusiones son, claro, parte del oficio. Para que ellos allí, en sus cómodos despachos, noten alguna vez lo duro que es lo que ella está haciendo ahí, y qué suerte tienen de que *ella* se encargue de eso y no una de esas lumbreras que van y vienen por los pasillos de la revista.

¡Alumbrado público!

No unos faros cualesquiera de camión. Luz que viene de arriba, como entre la gente normal. ¡Y semáforos!

Astrid von Roëll echa una mirada al reloj. Y dentro de los veinte minutos siguientes, treinta a lo sumo, necesita una idea. Una idea que lo mejor sería poder seguir rodándola al día siguiente para un vídeo. Antes era más fácil, algo se le ocurría siempre junto con Nadeche, pero entonces pasaban más tiempo juntas. En cierto modo tiene la impresión de que Nadeche no está tan hastiada como ella. Claro, puede calcular ya el pingüe contrato que recibirá por el libro. La última vez que Nadeche se tomó realmente tiempo para estar con ella, simplemente como amigas, fue hace más de una semana. Ya no recuerda de qué hablaron. Probablemente de Nicolai von Kraken y de lo pagado que está de sí mismo, eso siempre es posible, pero ya ha agotado durante la semana todo lo que daba de sí aquella conversación. El puto blog literalmente le chupa a una la sangre. No puede escribir, lo ha prometido, que ese niño, Keel, ha empezado ahora con pegamento, y el proyecto de la moda de refugiados no lo quiere nadie. Claro, nadie dice que no y todos fingen tener mucho interés, pero saben también quiénes son sus clientes. Nadie quiere tener aspecto de refugiado, y menos que

nadie los propios refugiados; cuando estén por fin en Alemania, se comprarán enseguida algo decente.

Astrid von Roëll cierra los ojos y trata de recordar todo lo que le ha dicho en su vida Nadeche Hackenbusch. Se concentra, se imagina a Nadeche sentada en el asiento del coche rosa, las gafas para el desierto subidas por encima de la frente, y con una mano tamborileando en el volante y la otra manoseando los cabellos...

Y entonces lo tiene.



Nunca ha visto a Lionel tan furioso. Realmente nunca, si no, lo recordaría. Porque Lionel no se enfurece con frecuencia. Para él es agotador y todo eso, qué duda cabe, pero aun así. Se contenta con muy poco. Durante los primeros meses casi se habría podido pensar que con ella y con la camioneta cebra color rosa para dormir ya era feliz. A lo mejor hasta era así, pues esto, de todos modos, es mejor que la vida en el campo de refugiados. Además, Lionel sigue teniendo un trabajo en la televisión: aún recibe de la cadena un sueldo por su colaboración en *Ángel en la miseria*. Ella contribuyó un poco a ello, al fin y al cabo, él conduce toda la caravana, y en un momento dado resultó bien claro que a la larga no podían despacharlo con los cuatro cuartos que le pagaban al principio. Mucho no le pagan tampoco ahora, claro, aunque ella les dijo que no fueran roñosos. Cinco mil euros al mes: de risa. Por otra parte: libre de impuestos, de momento al menos.

Tampoco es que Nadeche Hackenbusch no pueda comprender la rabia de Lionel. Porque él esperaba algo más cuando pasó a verlos ese Echler, que llevaba semanas pidiendo que se reunieran sin decir para qué. Que fuera sin más, le respondieron ellos; pero él: que tenía que ser a solas, ellos dos y él. Completamente confidencial. Sin cámaras. Por tanto tuvieron que acordar un punto de encuentro. Echler propuso algo, pero a Lionel le entró el superpánico: «Ésos te raptan, te secuestran y jamás te dejarán volver». Al principio a ella ese miedo constante le parecía desquiciado: al fin y al cabo, estamos hablando de Alemania, no de la Alemania nazi, sino de la República Federal de Alemania. Pero hable con quien hable ella, a todos los demás no les parece tan absurda esa idea, y entretanto ella misma no la considera ya tan descabellada. Así que ellos mismos determinaron y exploraron bien el punto de encuentro, y se lo comunicaron a Echler con muy poco margen. Luego se dirigieron a él.

Una cabaña parcialmente derruida en medio de un polvoriento terreno de nadie. Tan difícil de responder era la pregunta de a santo de qué construye nadie allí una cabaña como la de por qué, si la construyen, no la mantienen en buen estado. Todos éstos como que no construyen casas alemanas: si alguien vive dentro, pues todavía pasa, pero en cuanto esos chismes se quedan vacíos se desmigajan como bizcochos secos. Aún estaba en pie una pared, a cuya sombra se sentaron. Ella insistió en extender una manta, para que aquello pareciera más confortable y oficial. Se acomodaron y esperaron.

—Ya verás: vienen y os llevan a todos a Alemania.

—*Deutschland is good. Pero so good isses not.* —Su alemán va mejorando, pero sigue siendo gracioso. Lo entiende prácticamente todo, pero cuando hay una palabra inglesa parecida, es como si le resultara imposible emplear la palabra alemana. Como si el lugar estuviese ya ocupado en su cabeza.

—¿Qué van a querer, si no?

—Lo veremos enseguida.

En el horizonte había surgido una nube de polvo. Lionel se levantó y fue hacia el coche. Metió la llave en el contacto y puso el motor en marcha. Para que, en caso de necesidad, pudieran marcharse al momento. Pero sólo era, efectivamente, un vehículo, una camioneta blanca Toyota llena de abolladuras. Con los prismáticos no se distinguía a nadie en la superficie de carga; había dos personas dentro del vehículo, que se detuvo a una distancia todavía relativamente grande. Se apeó un hombre, que dijo algo al conductor y luego cerró de un portazo. La camioneta se marchó despacio. El hombre llevaba puesta una camiseta polo, un pantalón cargo color beige, botas de senderismo. Si no había escondido muy bien su arma, no llevaba ninguna. Se puso unas gafas de sol y caminó en dirección a ellos. Saludó con la mano.

Lionel apagó entonces el motor, pero sin sacar la llave. Rodeó el coche y devolvió el saludo. Luego se situó al lado de Nadeche y esperó a que llegara hasta ellos el forastero, que se quitó las gafas de sol y tendió su vigorosa mano primero a Nadeche.

—Hola. Qué bien que hayan venido. Me llamo Echler.

Se sentaron a la sombra y ofrecieron agua a Echler, pero él sacó su propia

botella del bolsillo de la pernera.

—¿Viene usted de parte del gobierno? —Nadeche tenía demasiada curiosidad para formular la pregunta de manera más sutil.

—Como es natural, no puedo decirles quién me envía —contestó Echler amablemente—. Pero tengo amplias atribuciones. Y en virtud de esas atribuciones...

—¿Qué significa... *atribuciones*?

—Ah, vale. Significa que puedo negociar mucho con ustedes..., ¿entiende? Bien, y si ustedes tienen claro sobre qué puedo hablar con ustedes, entonces no queda mucha gente que pueda haberme enviado.

—¿Le envía el gobierno federal?

Echler, aquí, abrió y extendió las manos disculpándose. Su rostro permaneció tan impertérrito que cualquier cambio percibido debía de ser fruto de la imaginación.

—*Okey*. ¿*What* quiere hablar?

—Usted va directamente al grano: en Alemania lo tendrá fácil.

Hasta entonces la conversación había marchado muy bien, Nadeche estaba eufórica:

—Se lo he enseñado yo.

—Pero ¿*over what* quiere hablar?

—Bueno, primero déjeme felicitarle. Lo que usted está haciendo tiene un mérito extraordinario, completamente extraordinario. Se lo digo con franqueza: impone respeto.

—No lo habría creído usted, ¿no? —le tomó el pelo Nadeche.

—Usted está en la televisión, y sabe que su aportación es única. Es decir, ahora no sólo en el sentido del espectáculo, sino como una aportación encomiable. Pero lo vemos también con cierta preocupación.

Ahí Lionel todavía se rio, no de un modo artificial; se rio de verdad, así que aún había buen ambiente.

—¿Le preocupa? No tiene que preocuparse. Vamos avanzando bien.

—Sí, pero ahora comienza un juego muy distinto.

—Eso *is right*. Eso es *simplyer*.

En ese punto, Echler puso una cara de auténtica preocupación y se inclinó hacia delante.

—Admito que ninguno de nosotros tiene demasiada experiencia con una empresa como la suya. Tampoco quiero discutir que usted aprovecha sus posibilidades de manera creativa. Ninguno de nosotros habría pensado que conseguiría llegar hasta Jordania. Que en Iraq se avanza mejor que en Siria. Sin embargo, todo ha sido bastante simple: Egipto, Jordania, Iraq, son países caóticos, allí siempre se consigue algo con dinero.

—El dinero *goes* siempre.

—Pero ahora llega a la civilización. Llega a Turquía, y ahí empiezan los países que tienen una auténtica estructura. Nadie se zafa del presidente turco a base de sobornos. Son territorios en crisis, muy bien vigilados. Ahí hay muchos soldados, no sólo un centinela al que ponerle un billete de cien en la mano. Ellos tienen carros blindados.

—*Then* les damos dos billetes de cien —dijo tranquilamente Lionel—. Sabemos adónde vamos. Sabemos *what we do*. *We* vivimos siempre con miedo, *Turkey make us not more* miedo. Sólo que un miedo distinto.

—En realidad, incluso menos miedo —apuntó Nadeche para subrayar la posición de él y mejorarla—. Si usted supiera cuánto miedo tiene esa gente de los botes hinchables, esto nuestro no es nada.

—Pues no lo parecía en el mar Rojo —observa Echler.

—Quince kilómetros por un mar tranquilo como una balsa —replica Nadeche—. Pudimos controlar el recorrido, desde el principio hasta el final. Y la gente a la que habíamos pagado lo tenía claro: si se ahogaba un solo refugiado, los otros no embarcaban, y entonces adiós negocio. Tuvieron tanto cuidado como si fueran de la ITV. Más difícil fue desde luego conseguir que todos pasaran por debajo del canal de Suez.

—Con todo: Turquía es de otro calibre. Y ustedes lo saben.

—¿*Come you* por eso? ¿Para decirnos *dat we* pronto estamos en *Turkey*?

Echler se recostó de nuevo:

—Tal vez me expreso con torpeza: en último término son ustedes quienes pueden calibrar mejor su situación. También saben ustedes mejor que nadie

cuáles son sus aptitudes. Yo no. Por eso sólo puedo imaginarme que la situación es difícil o que podría tornarse difícil. Y quisiera asegurarles, ¡a ambos!, que no están solos en estos momentos. Que hay entidades que les tienden la mano para ayudarles, si ustedes lo desean. Que... hay alternativas.

Echler los miró y como ninguno de los dos decía nada, por lo visto tuvo la impresión de que no había sido lo bastante claro:

—Quiero —dijo— que sepan ambos que tienen ustedes alternativas.

Eso, por otra parte, tampoco fue muy claro. En el fondo fue la misma frase de antes. Y mientras ella valoraba si no estaba captando la diferencia sólo debido a su inexperiencia, o si detrás de todo aquello había algún truco, Lionel preguntó:

—¿*What* significa *that*?

—¿Se llevan a la gente a Alemania?

—Señora Hackenbusch —dijo Echler un poco impaciente, como si la pregunta hubiera sido extremadamente absurda—, por favor: ¿cómo iba a ser posible eso? Es imposible, a doscientas mil personas no podemos...

—A trescientas mil.

—... o, por mí, a trescientas mil personas no podemos llevarlas a Alemania; ya desde el punto de vista puramente legal es imposible. ¿Cómo cree usted que vamos a poder hacer eso?

—¿Qué ha querido decir, entonces?

Puede que su voz sonara un poco estridente, porque a continuación Echler hizo unos movimientos apaciguadores con las manos.

—Vamos a discutir esto tranquilamente. Si no les gusta, no tienen que aceptar nada. Y también les digo aquí, con total franqueza, que lo que voy a ofrecerles no son limosnas, sino que exige desde luego cierta cooperación; no quiero ocultarlo en absoluto. Déjenme decir sin más lo que tienen en mente las personas que me han enviado.

—*And what is that?*

—Lo dicho: desde su perspectiva ellos ven que ustedes están metiéndose en un callejón sin salida. Por desgracia. Ellos lo ven y no pueden impedirlo. Pero esas personas se dan cuenta también de con qué entusiasmo, con qué ardor se han puesto en camino hacia Europa, hacia Alemania. Se sigue con mucha

atención cómo se prepara usted para ese país, cómo, por ejemplo, aprende el idioma. Muestra usted iniciativa, decisión, riqueza de ideas, perseverancia, y éstas son cualidades, esto se lo puede confirmar, seguro, la señora Hackenbusch, son cualidades de las que estamos muy necesitados en Alemania. No quiero recurrir aquí a lugares comunes, pero se puede decir que si hay algo así como cualidades alemanas, éstas serían exactamente las cualidades que usted demuestra tener día tras día. Lo que usted hace no es sino una defensa increíblemente apasionada de Alemania. Y en reconocimiento de ese potencial, y también, evidentemente, dada su trascendencia humana, es posible que se le ayude más de lo que quizá usted espere. —Echler hizo una pausa y luego añadió—: Dentro de un espacio de tiempo razonable, evidentemente.

—No va a llevarse a esta gente a Alemania, ¿o sí?

—*Not* entiendo. *What* dice usted?

—Es difícil porque nada de lo que les estoy ofreciendo es oficial. Si alguien me pregunta, no sé nada. Si algo de esto llega a la prensa, asunto terminado.

—¿*What* asunto?

—Sí, ¿¿¿qué asunto???

—Bajo determinadas condiciones, puedo hacer posible que usted, señor Lionel, que usted pueda entrar en la República Federal.

—¿Entrar?

—Y permanecer. Se le concedería la nacionalidad alemana. Bajo determinadas condiciones.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Enseguida?

—No me comprometa a una fecha determinada, pero no estamos hablando de semanas ni de meses. Antes de que finalice la semana próxima. Sin burocracias. La señora Hackenbusch podrá explicarle seguramente cuán extraordinaria es esta posibilidad, tratándose de un Estado de derecho como Alemania.

—¿Y los otros?

Echler suspiró con gran pesar.

—Como he dicho, nadie puede llevar a trescientas mil personas a Alemania, eso es imposible. Pero en este caso, por su especial dificultad y porque ese

trabajo y ese servicio no lo lleva a cabo usted solo, en este caso se le promete que esta oferta vale también para... treinta de sus colaboradores.

—¿Para qué treinta colaboradores?

—Los puede elegir usted con total libertad. Evidentemente, tendrán que superar un chequeo de los cuerpos de seguridad, pero eso es todo. Usted puede hacer que treinta colaboradores de su elección sean alemanes.

Lionel tampoco perdió entonces los nervios. Al contrario, lo que Nadeche realmente admiró mucho en ese momento fue la tranquilidad de Lionel.

—¿*Can you that* escribir? ¿En papel?

—Sólo si está de acuerdo. Como he dicho, sólo una o dos personas saben que estoy aquí. Si dice usted que no, es como si nuestro encuentro no hubiera tenido lugar. Pero si está de acuerdo, le entrego una confirmación dentro de veinticuatro horas.

—¿De quién?

—De la más alta autoridad. No puedo decirle el nombre, pero será una garantía que también lo tranquilizará a usted. Serán recogidos y trasladados por helicópteros del Ejército Federal. Le aseguro una cosa: comprendemos su situación, comprendemos que necesita garantías. Y recibirá esas garantías.

—*When we cooperate?*

—Sí. Pero no vamos a pedirle nada exagerado; no le exigimos un gran servicio.

—Entonces, *what?*

—Nada especial. Entendemos que la señora Hackenbusch, evidentemente, se irá con usted a Alemania y que, por tanto, ya no habrá necesidad de que los equipos de televisión permanezcan aquí. Eso sería asimismo una condición irrenunciable, pero no es gran cosa. No sé qué nombre le dan ustedes a esto en los medios, pero nosotros damos por concluida esta historia. El relato ha llegado a su fin.

—¿Y por qué *do you that?*

—Porque ellos quieren poner fin al proyecto —concluyó Nadeche Hackenbusch.

—Oh, no, no, me está malinterpretando. Desde su perspectiva puede ser

cierto eso, pero las personas a las que represento parten del supuesto de que esto fracasará, independientemente de lo que ustedes decidan aquí. No, tal como yo lo he entendido, esta oferta tiene su origen en cierto interés personal. Se ha reconocido su potencial, y no se quiere que ese potencial se pierda en, lo voy a decir por una vez sin más rodeos, acciones suicidas.

—¿Y qué interés hay en su... potencial?

—No se trata aquí únicamente de una naturalización. Se trata de que, debido a esas cualidades especiales tuyas que hemos percibido, se le quiere dar un trabajo. Esto es, en el fondo, una oferta de empleo. Usted domina varios idiomas, es un magnífico organizador, usted, señor Lionel, es definitivamente un ejecutivo cien por cien. Esto no es, tal como yo lo veo, un acto de clemencia. Lo han descubierto a usted, por decirlo así. Se le desea para la ayuda alemana a los refugiados. Para la dirección.

—¿Como director?

—Sí, así lo he entendido yo.

Y lo que ocurrió entonces, Nadeche nunca habría logrado llevarlo a cabo. Lionel sonrió, se dirigió sin el menor sarcasmo evidente a ese tal Echler y dijo radiante:

—Cien colaboradores.

—¿Qué?

—Necesito cien colaboradores.

Y entonces fue testigo de cómo ese tal Echler buscaba evasivas, cómo dijo de entrada que todo eso era difícilísimo, y cómo pasó después a cincuenta, a setenta, como si pudiera manejarse a seres humanos como en una subasta; era increíble, era insoportable, y Lionel siguió negociando todo el tiempo, para arrancar la máscara del rostro a ese Estado sin conciencia, a ese traficante sin conciencia de seres humanos, para ponerlos a todos en evidencia en su mezquindad, al desenmascarse ellos mismos en su mendacidad; fue una pena que no hubiera allí ninguna cámara. Eso le hizo admirar a Lionel, la elegancia con que actuó, con qué serenidad; Nadeche jamás habría podido hacerlo, ya era bastante agotador verlo allí, temblando de ira. Entonces ella puso fin a la farsa.

Se levantó de un salto y le dijo al tal Echler que eso no entraba en cuestión.



Que Lionel no era la persona que él presentaba allí. Que Lionel, al contrario que Echler, seguía siendo una persona decente, con un corazón, con una conciencia, y que Lionel jamás, en modo alguno, dejaría atrás a las personas que se habían puesto en sus manos. Y ella tampoco, ella y sus cámaras se quedarían allí, con aquella gente, el tiempo necesario hasta haber encontrado el camino a Alemania. Y que él se metiera donde le cupieran sus pequeños y fútiles métodos de soborno, porque eso era exactamente, un soborno miserable: quería corromper a treinta o a cien personas con un pasaporte alemán y con su apestoso dinero y con cualquier jodido puesto de director.

Claro que vio ella la mirada en los ojos de Lionel. Le hizo polvo la gran escena; él había querido quedar de lo más *cool*, dejar plantado elegantemente a ese tipo asqueroso con todas sus estúpidas ofertas, como hacen los grandes políticos, probablemente quería negociar fríamente hasta llegar a los mil colaboradores y luego, sonriente, dejarle con un palmo de narices, para que su miseria le calara hasta los huesos, para que comprendiera la lección con su mezquino cerebro pequeñoburgués. Pero a veces no queda tiempo, ya no hay lugar para la pedagogía. Y ellos, en cualquier caso, dejaron muy clara su posición. Y sin embargo, Lionel estaba furioso cuando Echler se retiró con el rabo entre piernas. Durante un breve instante pareció incluso que lloraba de rabia, incluso le dijo que se fuera de allí porque sentía vergüenza, y ella lo quiso justamente por esas lágrimas.

Pero lo más raro es que, si no lo conociera bien, casi habría creído que Lionel estaba furioso con *ella*.

Pese a sus esfuerzos, Leubl no logra retener mentalmente la fisonomía del hombre. Leubl ya se ha desabrochado el chaleco, el hombre le prenderá enseguida el micrófono, Leubl se abrochará de nuevo el chaleco y esconderá debajo el cable que lleva la petaca. Leubl colocará la petaca donde menos le moleste. En el bolsillo interior de la chaqueta, por ejemplo.

—La petaca puede usted meterla donde menos le moleste —dice el hombre—. En el bolsillo interior de su chaqueta, por ejemplo.

Leubl trata de observar minuciosamente al hombre mientras éste le sujeta el pequeño micrófono en la solapa del chaleco. Es por educación, opina Leubl. Es cierto que no se puede recordar a cada persona cuando uno viaja mucho y está con frecuencia en los medios, pero aun así Leubl lo intenta. No quiere que el hombre del micrófono sólo sea cualquier hombre del micrófono, y eso vale no sólo para hombres del micrófono. En el caso de los hoteles, dos días después de abandonarlos recuerda todavía medianamente cómo era la señora de la limpieza, la empleada que en el desayuno le preguntaba por el número de habitación y si quería café o té. No sólo conoce a los periodistas, conoce también de modo fidedigno a los diversos fotógrafos, incluso de pequeños periódicos regionales. Pero con los de la televisión no hay forma de que eso funcione.

El hombre del micrófono dice algo que Leubl ya ha oído decir mil veces y que olvida al momento. Leubl no echará de menos los estudios de la televisión. Hoy, eso es seguro, hoy da comienzo la despedida.

¿Cuánto tiempo lleva metido en política? ¿Cincuenta y un años? ¿Cincuenta y tres? Depende de cuándo empiece a contar. Lo único seguro es que para él no se trató de política al principio. En los comienzos sólo había hartazgo. La aversión a lo que se denominaba movimiento estudiantil y que cada vez absorbía a más gentes que no eran estudiantes. Sus amigos aprendices y operarios; los del club

de ajedrez, por supuesto, incluso los del club de fútbol. Leubl se enfurece todavía hoy cuando piensa en ello. Es como si los del 68 le hubieran robado la juventud.

Todavía recuerda lo consternado que estaba por el éxito de aquella moda. Porque hay que decirlo por fin con toda claridad: aquello no fue sino una puta moda. Pero ése era justamente su secreto: que hacían como si ellos fuesen más que eso, como si tuviesen un derecho de mucho más peso que el mero deseo de hacer las cosas de manera distinta a sus padres. Leubl respira hondo.

—¿Hay algún problema? —pregunta el hombre sin atributos.

Leubl hace unos movimientos de prueba; el cable del micrófono no se tensa, no molesta. Mira al hombre, ambos convienen en que el trabajo está hecho y se separan sin que Leubl pueda dar posteriormente una descripción idónea de sus características personales. Retorna a su camerino y espera a entrar en escena.

Sobre la mesa hay algunas revistas. También *Evangeline*. Hay allí una pequeña historia sobre Uschi Glas. Uschi Glas.<sup>1</sup> Una de las pocas que no permitieron que la sacaran por completo de sus casillas. Y eso que la presión fue fuerte. Inimaginable. Hoy todos hacen como si hubieran sido sólo gente inofensiva que les ponían un tulipán en los cañones de los fusiles a los soldados. ¿Y qué había de malo en aquello? ¿No son flores lo mejor que puede salir del cañón de un fusil?

Pero no eran unos soñadores, tampoco eran idealistas cargados de buenas intenciones, al menos la mayor parte de ellos. Eran simplemente los charlatanes más enervantes de todos los que vieron en aquel entonces su oportunidad. Aquella arrogancia con la que tachaban a las personas normales de pequeñoburguesas y se erigían a sí mismos en flamantes revolucionarios. Y sobre todo aquella dictadura del comportamiento. Sustituyeron el olor a moho que salía de los talares por el propio moho:<sup>2</sup> interminables discusiones, espantosas melenas, aquella terrible palabrería, en la que había que tener cuidado de no mencionar determinadas cosas y, en cambio, decir tanto como fuera posible «relaciones de producción» o «crítico» o «contrarrevolucionario». Y la única razón por la que funcionaba esa rancia religión libresca era que entretanto se había descubierto la píldora, y aquellos revolucionarios baratos se habían

reservado las chicas más solicitadas. Por lo cual, a la larga, todo chico espabilado acababa uniéndose a ellos. Y después también las chicas no tan solicitadas. Y los chicos no tan espabilados. Todo ese juego era bien visible y, sin embargo, a todos les daba igual. Menos a él. Él no tenía ganas de recitar frases sobre el proletariado y sobre la colaboración en igualdad de derechos de todas las fuerzas de producción, sólo para poder adorar con Elisabeth Förtsch a Rudi Dutschke.<sup>3</sup>

Así que se fue a la Unión Social Cristiana de Baviera.

Y así terminó lo de Elisabeth. ¿Y para qué? Tres años después estaba tan embarazada como cualquier otra chica de pueblo, con la única diferencia de que el padre revolucionario no pagaba ni un céntimo por el niño. Y de que ella lo aceptaba y encima lo consideraba emancipación. Leubl coge el cuaderno y lo hojea con aire ausente. Un viaje perfecto a través del tiempo. No todos envejecen con tanta elegancia como Senta Berger. O como, otra vez, Uschi Glas, que entretanto se ha convertido en una madre de la nación, una suerte de Inge Meysel pero todavía la mar de guapa.

Llaman a la puerta. Se abre, una joven cabeza femenina emerge y dice:

—Diez minutos aún, señor ministro.

—De acuerdo —responde Leubl.

Hacer superficialmente una cosa y al mismo tiempo trasladar otra cosa muy distinta. Como Strauß. Pasó algún tiempo hasta que él, Leubl, lo comprendió. Pero desde entonces no sólo votó a Strauß, sino que también lo admiró. Habría sido un buen canciller federal. Helmut Schmidt fue bueno, lo admitía, pero Strauß también habría podido con ello. ¡Qué elecciones eran aquéllas, con dos candidatos de esa talla! La política era un gustazo antes. Ésa es otra razón por la que iniciará hoy la despedida.

—¿Viene usted, señor Leubl?

La ayudante de antes está en la puerta. Las mujeres al menos no se ponen chalecos negros. Él, sin embargo, pocas veces se queda con algo más que con el color del pelo. Ya el nombre de pila resulta difícil. Su nieta la fotografiaría con el smartphone, pero eso sólo se lo pueden permitir los muy jóvenes. En la gente mayor parece senil. Leubl se levanta y sigue a la ayudante.

—¿Ya está usted al corriente de cómo funciona esto?

Él asiente.

—He estado ya dos veces con Klobinger.

Pero sabe que, a pesar de todo, se lo explicarán otra vez.

—De acuerdo, a pesar de todo, para más seguridad y porque tenemos un nuevo jefe de producción, quiero pedirle que se siente un momento, para que podamos iluminarle bien. Podríamos tomar a cualquier otro para probar la iluminación, pero, como le he dicho, tenemos un nuevo jefe de producción que no cree mucho en dobles de luz.

—El mundo entero está lleno de cuestiones de fe —dice Leubl con indulgencia.

La mira otra vez: los cabellos de la asistente son castaños. Habría apostado que eran negros o rojizos.

Lleva a Leubl al estudio y a su asiento. Por el camino, él estrecha la mano a todos los cámaras, iluminadores, empleados, en parte por cordialidad, en parte por una vieja costumbre: los cámaras son también votantes. Robert Klobinger no ha llegado aún. Leubl se sienta, se acomoda en su silla, se deja caer, se sumerge en el ambiente de la emisión. Antes aún se ponía nervioso, pero hay que tener en cuenta que sus primeras intervenciones en televisión, sus primeras entrevistas, tuvieron lugar en una época en la que sólo había tres canales y cada aparición en la pequeña pantalla tenía tantos espectadores como un partido internacional. Hoy sabe que la mayor parte de los errores se olvidan enseguida, a pesar de YouTube. Llega Klobinger, se dan la mano, hay un breve aviso por la megafonía del estudio. Leubl se levanta, se mete entre bastidores, donde se queda de pie entre dos paredes de prespán como el cliente de una carpintería de muebles. Un asistente se acerca a la mesa de Klobinger, se aprieta una mano contra la oreja, donde está el auricular, luego levanta una mano, cuenta hacia atrás con los dedos: cinco, cuatro, tres, dos, uno. El último dedo señala a Klobinger, y el asistente se hunde hacia abajo con un elegante movimiento, como un mago que, después de sus dedos, también se hace desaparecer a sí mismo.

Klobinger saluda a su público. Dan paso a un breve vídeo de introducción que presenta a Nadeche Hackenbusch y a ese imbécil y genial Lionel, su marcha con

centenares de miles de personas, marcha sencilla y llamativa al mismo tiempo, como la de los Diez Mil de Jenofonte, como la Larga Marcha de Mao, la Marcha de la Sal de Gandhi, la Marcha de Mussolini sobre Roma y otros cientos de marchas de la historia. No hay que inventar nada nuevo, piensa Leubl, en el fondo siguen siendo siempre las antiguallas de toda la vida.

La película presenta los duros primeros días, el camino por el desierto, por el canal de Suez, todo con agradable objetividad, en RTL habrían embadurnado las escenas, ya fuertes de por sí, con música agridulce. Y muestra las crecientes manifestaciones de masas, los resultados de las elecciones, los resultados de las encuestas. Presenta la inseguridad y a los que se lucran con ella.

Termina el vídeo. Klobinger saluda a su invitado de hoy y Leubl avanza hacia su sitio. Avanza bien, ya ha recorrido varios caminos de Santiago enteros en cientos de colaboraciones en los informativos. Leubl en el pasillo del edificio del Parlamento. Leubl bajando una escalera. No mirar a la cámara, caminar tranquilamente pasando junto a la cámara. Siempre es lo mismo.

—... el ministro del Interior Joseph Leubl, Unión Social Cristiana de Baviera. Nos alegramos de tenerle con nosotros. Usted también ha visto el vídeo. Y ha insistido repetidas veces en los obstáculos que aguardaban a esa caravana. ¿Le ha sorprendido cuánto han avanzado los refugiados?

Leubl niega con la cabeza.

—No mucho. Sorprendente es más bien que nadie haya tenido antes esa misma idea. Porque era sólo cuestión de tiempo. Sólo se puede perder la vida una vez. Si esa gente la arriesga en una peligrosa travesía marítima, también es posible hacerlo en una peligrosa marcha.

Klobinger lo mira extrañado. Leubl disfruta el instante. Lleva años y años diciendo ante los micrófonos las fórmulas habituales. Sabe también lo que va a pasar. La debilidad de que da muestras es demasiado atractiva, Klobinger *tiene que* dejar a un lado ahora su catálogo de preguntas. Leubl ve cómo Klobinger da vueltas distraídamente entre las manos a sus tarjetitas. Luego plantea obedientemente la pregunta, como si Leubl se la hubiera indicado.

—¿Por qué entonces Alemania no está mejor preparada? ¿Ha fallado usted?

—Pienso que sabe tan bien como yo a quién incumbe la responsabilidad. El

votante no quería ver más refugiados, por tanto la política le ha levantado una valla visual. Hemos cerrado las fronteras de África y retenido a los refugiados como en una presa. Todo el mundo sabe lo que ocurre cuando las cosas quedan estancadas sin que puedan fluir. El dique se desborda o se rompe.

—No sé si el concepto del agua que se desborda es aquí la comparación adecuada...

—Puede usted darle el nombre que quiera.

—... pero para continuar con su imagen: quizá no sirvan de nada sus diques.

—Puede hacerme los reproches que quiera, pero todo el mundo sabía lo que hacíamos. Firmamos convenios con Marruecos, con Egipto, Turquía, Túnez, y éstos son aún los países más estables. En ellos no compraría usted un coche de segunda mano, yo tampoco y el votante tampoco. Y si se hacina a millones de personas que no pueden pagar los precios actuales que exigen los traficantes, pero sí los que exigían en 2015, entonces reúnen el suficiente dinero para llegar a pie a cualquier sitio, si lo organizan bien.

—Pero los tratados...

—Se puede retener a diez refugiados, a cincuenta, a cien, pero no a un cuarto de millón, y menos aún si la televisión marcha con ellos. Y si esa gente le explica a usted de manera convincente que no quiere quedarse en su país, entonces sucede exactamente lo que ha ocurrido: los soldados no los retienen, sino que los acompañan y ayudan a atravesar el país. Como mucho están alerta para que nadie haga una barbaridad.

Salta a la vista que a Klobinger lo han desviado de su ruta. Deja a un lado la pila de cartulinas porque la siguiente pregunta se plantea por sí sola.

—¿Significa eso que seguirán avanzando?

—Sí, claro.

—¿Y quién los detendrá?

—No lo sé —dice Leubl—. Quizá habría podido hacerlo el Estado Islámico.

—¿Lo dice en serio?

—Puede mirar los mapas como cualquier otra persona: ahora están con los turcos. ¿Los detendrán? Con violencia, no.

—¿Y de dónde saca usted eso?

—Porque he hablado por teléfono con mis colegas turcos.

—Pero ¿los turcos no tienen que...?

—Les digo lo que va a ocurrir: los refugiados llegarán a la frontera turca. Y entonces se pondrán a caminar. Muy despacio. Se aprietan contra la valla que les han puesto o contra lo que quiera que pretenda detenerlos. Y entonces usted, en su condición de guardia fronterizo turco, puede elegir entre organizar un baño de sangre con gente indefensa, ante las cámaras del mundo y en hora de máxima audiencia, o contemplar primero cómo esas personas se aplastan hasta la muerte y luego cómo su maravillosa valla ha quedado hecha trizas en medio de los muertos.

—¿Eso es una conjetura de usted?

—No, le digo lo que ese Lionel les ha dicho a los contactos turcos.

—¿Que marchan hacia la muerte?

—No, arriesgan la vida como antes. Pero, eso sí, de un modo más eficiente que en la lotería de los botes hinchables.

—¿Y los turcos?

—Bueno, ¿qué van a hacer los turcos? Si los refugiados llevan a cabo su plan, entonces abrirán sus puertas. ¿Por qué van a masacrar los turcos a esa gente para hacernos el favor?

—Porque... porque posiblemente se les queden allí los refugiados.

—Usted sabe tan bien como yo que esa gente no tiene a Turquía por su meta soñada. Quieren llegar a Alemania. Y ahora, adivine lo que ha dicho ese Lionel que hará en la frontera siguiente. No necesita una idea nueva cada vez. Con una basta.

—¿Significa eso que, en opinión de usted, llegarán hasta la frontera de la Unión Europea?

—No.

—Pero ¿quién va a contenerlos?

—Me ha entendido mal, señor Klobinger —dice Leubl con calma—. No llegarán hasta la frontera de la Unión Europea. Llegarán hasta nuestra frontera.

—Pero los húngaros, los austriacos...

—Hemos conocido de sobra la solidaridad de nuestros socios del Este. No



cuento con su ayuda. No nos aliviarán del trabajo. Dejarán pasar a los refugiados exactamente igual que la última vez.

—Sí, pero... ¿eso significaría que tienen que prepararse... a defender las fronteras alemanas por la fuerza de las armas?

Leubl lanza un suspiro. Pocas veces ha estado tan relajado como en ese momento. Se inclina sólo ligeramente, no quiere dar demasiado peso a su respuesta.

—¿Contra los refugiados? No.

Klobinger había contado con una respuesta más larga. Con una respuesta elusiva. Con otra respuesta. Es evidente cuando primero echa mano irritado de su pila de papeles y luego la aparta con decisión.

—¿Le he entendido bien?

—Creo que sí.

—¿Y usted no daría las órdenes correspondientes?

—No lo haré.

—¿Ha sido... acordado esto... con el gobierno federal?

—Esto lo he acordado yo conmigo mismo.

—Ehhh... yo ahora... pero eso formaría parte de sus funciones. Como... como ministro del Interior.

—Correcto.

—Entonces, perdone que lo diga así, pero entonces es de suponer que usted deja de ser ministro del Interior.

—Posiblemente. El gobierno federal puede buscar a alguien que lo vea de otra manera. Pero dudo que encuentre a alguien que falte a su juramento.

—¿Cómo que falte? El juramento exige precisamente la protección de la frontera.

—El juramento exige acrecentar el beneficio del pueblo y apartar los daños de él.

—¿No es lo mismo?

—Sólo si se tiene a los refugiados por un daño.

Klobinger da por un instante la impresión de una persona que preferiría trabajar en una cadena privada, porque entonces podría pedir en ese momento

una pausa para publicidad.

—¿Lo ve usted de otro modo?

—Visto objetivamente, los refugiados son un indicio seguro de que la calidad de vida en nuestro país es mejor, digamos, que en Rusia.

—Déjeme resumir: el ministro del Interior dice en la televisión alemana que se niega a impedir cientos de miles de pasos de frontera ilegales. Porque opina que un número tan elevado de refugiados es una especie de sello de calidad para Alemania.

—Usted puede resumir, pero hágalo correctamente: me niego porque miles de refugiados muertos serían un daño mayor —dice Leubl. Y luego añade—: Actualmente.

Lo hace para asegurarse de que Klobinger pregunte también:

—¿Actualmente?

Leubl se recuesta en el asiento, su voz suena tranquila y serena:

—Usted conoce esa metáfora tan popular del bote de salvamento. Cuando el bote está lleno, más salvamentos ponen en peligro a la gente que está en el bote. Entonces tiene que disparar para salvar vidas humanas. Pero todos saben también cómo estaban los botes de salvamento del *Titanic*: medio vacíos. Quien dispara en ese caso es un asesino.

—¿Está diciendo que el bote está medio vacío?

—Está incluso cada vez más vacío mientras hablamos aquí: porque es un bote especial. Ese bote no es de madera: consta de una economía que funciona excelentemente. Y cuantas más personas trabajen en ese sistema económico, tanto más sitio hay en ese bote. Por tanto, si usted lo hace bien, ese bote crece mientras está sentado dentro.

—Es decir: ¿hemos de acoger refugiados para poder acoger a más refugiados aún?

Leubl asiente.

—¿Y cuándo empiezan a disminuir? —pregunta Klobinger con suficiencia, tomando un trago de agua.

—No disminuyen.

Klobinger se atraganta. Leubl le alarga un pañuelo.

—Pero así salvaguardamos al menos algo de nuestro bienestar.

—Desde un punto de vista puramente técnico —dice Klobinger tosiendo y golpeándose el pecho con el puño—, desde un punto de vista puramente técnico, ese bienestar puede salvaguardarse también navegando tranquilamente en un bote semivacío, ¿no?

Leubl niega con la cabeza.

—En el bote medio vacío hay gente que ha matado a otra gente sólo para estar más cómodos. Son asesinos y su acto les pedirá cuentas. Primero tratarán de quitar importancia al asesinato. Luego intentarán encontrar una disculpa. Pero no lo conseguirán porque todo el mundo lo ve: el bote está medio vacío. Así que tratarán de hacer callar a los críticos. ¿Comprende?

—Así pues, ¿es algo inevitable?

—Por supuesto. Cuando en 2013 flotaban los cadáveres por el Mediterráneo, ya incurrimos en la culpa de no prestar socorro. Pero ¿quién admite eso? Personas que nunca habían visto a un refugiado empezaron a hacerse las víctimas. Ese primer viraje hacia la derecha fue nuestra primera reacción a unos muertos que aún estaban a dos mil kilómetros de distancia. ¿Qué viraje hacia la derecha cree usted que vamos a dar cuando se trate de un asesinato masivo ante la puerta de nuestra casa?

Klobinger reflexiona.

—¿Está usted previniendo contra el final de la democracia?

—No: contra el final del bienestar. Muchos creen que el bienestar no necesita de la democracia. Pero la realidad es ésta: smartphones, Coca-Cola, internet, Porsche; desarrollar estas cosas determina si usted es un país de la Liga de Campeones o de segunda división. Pero esas ideas y esos productos no surgen en Rusia, en Turquía o en China. Por eso los refugiados quieren llegar a nuestro país, no a esos otros.

—Los nazis inventaron algunas cosas muy avanzadas —ironiza Klobinger—, por ejemplo el V2.

—El nazismo no es el padre de todas las cosas; lo es la guerra —replica Leubl—. Pero tiene usted razón: una sociedad de asesinos necesita enemigos para seguir matando. Y ésa es la razón por la que no daré orden de disparar.

Klobinger guarda silencio.

—¿Qué hará entonces?

—Haremos lo que ya habríamos tenido que hacer tiempo atrás: nos prepararemos, nosotros y la población, para su llegada.

—¿Para su llegada? ¿O también para su permanencia?

—Sobre todo para su permanencia.

—¿Y cómo va a preparar a la población?

—Le explicamos lo que se aproxima. Que llegarán varios cientos de miles de personas. Que la mayor parte de esas personas se quedarán aquí. Llegarán más, y...

—Pero...

—... llegarán más y como lo sabemos y lo aceptamos, tendremos que encauzarlo por caminos practicables. En el futuro tendremos que formar a esas personas ya en sus países de origen. A quien más se esfuerce lo necesitaremos antes. Construiremos centros de formación, en África y en el este de Alemania, para que allí empiecen a florecer realmente los paisajes.<sup>4</sup> Gastaremos miles de millones, y más bien cincuenta mil que cinco mil. Año tras año. Con ellos nos aseguramos de que la gente que venga a nosotros también esté bien preparada para nosotros. Y quien, entre los murmuradores de aquí, abra más la boca, ése será el primero al que pondremos por su honor y por su voluntad a colaborar por su país...

—Perdone...

—... y entonces quiero ver a esos quejicas rechazando un puesto de trabajo bien pagado, sólo para poder seguir siendo nazis.

Leubl golpea la mesa con la palma de la mano y se recuesta en su asiento. No agotado, sino más bien como un boxeador que, tras un fuerte ataque, deja que el contrincante se acerque.

—Perdone —toma la palabra Klobinger—, señor Leubl; ¿estaba acordado con el gobierno algo de todo esto?

Leubl dice con tono neutral:

—No.

—Pero entonces..., entonces yo veo aquí sólo a un ministro que da rienda

suelta a su rabia. Comprensible, humano, pero sin consecuencias prácticas.

—Se equivoca usted —dice Leubl despacio—. A veces en la vida no se trata de derecho, de ley o de autoridad y atribuciones de un cargo, sino simplemente de realidad. Mire, no hay nadie que ansíe esa tarea. Nadie quiere abatir a tiros a gente indefensa. A mí me ha tocado comerme el marrón. No oirá usted ninguna declaración de la cancillería que diga: «Leubl no tiene razón, nosotros abriremos fuego en su lugar». Si alguien quiere resolver el problema de otra manera, una hora después de este programa habré perdido mi trabajo. Mañana por la mañana usted comprobará, delo por seguro, que sigo en mi puesto. Pero hay también una buena noticia.

—¿Que es...? —Ahora Klobinger parece superado.

—Primero: tenemos una buena posibilidad de mantener en el futuro nuestro bienestar. Segundo: recibiremos inmigrantes mejor formados que cualquier otro país de la tierra, puesto que podremos formarlos con arreglo a nuestras necesidades. Esto es un negocio recíproco: nosotros ofrecemos protección y sueldo a cambio de colaboración. Tercero: con un poco de suerte las otras naciones ricas copiarán nuestro modelo.

Klobinger no dice nada. Leubl le sonríe.

—Beba un trago.

Klobinger obedece, confuso. Luego dice:

—Y esto de un miembro de la Unión Social Cristiana de Baviera...

Leubl se encoge de hombros. Coge la jarra de agua y se sirve también.

—Mire, en la Unión Social Cristiana de Baviera a veces hay que adoptar puntos de vista muy contundentes, para que la gente no se vaya disparada a los partidos nazis. Porque la misión de la Unión Social Cristiana de Baviera es desleír contenidos nazis en posiciones conservadoras hasta una medida democráticamente soportable. Pero en cierto momento vi con claridad que en lugar de eso estábamos, al revés, a punto de ahogar nuestra esencia cristiana en estiércol nazi. A eso se habría negado también Strauß. Strauß no habría votado a Alternativa para Alemania, él habría escupido ante ella.

—Esto..., éstas son unas hermosas palabras finales —dice Klobinger, consternado, mirando a cámara—. Nos alegramos de que haya estado con

nosotros, la próxima vez trataremos de...

Solícito, Leubl coge la pila de tarjetitas y se la entrega a Klobinger. Éste pasa presurosamente las últimas cartulinas, hasta que encuentra lo que busca.

—... sí, justo, de...

Klobinger se interrumpe. Luego dice soltando una ronca carcajada:

—No, ni con la mejor voluntad puedo ya imaginarme esto.

¡Ese gilipollas!

Sensenbrink está sentado en una butaca y aprieta el puño. No sabe bien qué hacer con el puño. Podría lanzarlo contra el brazo de la butaca, pero eso no sería suficiente. El tablero de la mesa tampoco basta. Así pues, el puño sigue en el aire y se cierra cada vez más convulsivamente, como un erizo cuando se le da un golpecito.

—Ahora se le ocurre esto. ¡Ahora!

Beate Karstleiter pone un rostro compungido. En el grupo reina un silencio mortal. Sensenbrink está sentado haciendo gestos de consternación y pálido de furia. Su otra mano aleja de sí asqueada una gruesa pila de papeles, luego la mano sale disparada, agarra los papeles y, con un alarido de furia, los hace volar por la habitación.

—¡Todo por un imbécil!

—Bueno, despacio —dice Karstleiter con prudencia—, quizá aún no haya que tirarlo todo por la borda...

—¿Ah, no? —se burla Sensenbrink—. ¿Cuando el ministro del Interior de la República Federal de Alemania, en televisión y a la hora de máxima audiencia, dice cómo terminará tu programa?

—Cómo terminará *probablemente*. —Karstleiter levanta las palmas de las manos en un movimiento sutil entre aplacar y humillarse—. Probablemente. Quizá.

—¿Quizá? Una pregunta sencilla: ¿Crees que la televisión pública, la primera cadena, emitirá el domingo por la tarde un *Brennpunkt*<sup>1</sup> antes del *Tatort*? Vamos a hacer una pequeña encuesta; puede participar el resto del grupo: ¿quién cree que, dentro de dos semanas, el domingo veremos a la hora en punto el *Tatort*? ¡Manos arriba!

Sensenbrink no espera a saber el resultado. No lo dice, pero todos saben a lo que se refiere. Ha conseguido que en la cadena le dejen libre todo el día, más o menos. Ha mandado a hacer gárgaras la Fórmula 1, hasta le mantienen libre el domingo por la tarde. Las ocho y cuarto, la hora en que normalmente aparecen los taquillazos de Hollywood para hacer la competencia al *Tatort* de la primera cadena. Para la retransmisión de la cuenta atrás. Retransmisión en directo: cientos de miles de refugiados se dirigen a la frontera turca y nadie sabe cómo reaccionarán los guardias de frontera. Los refugiados más atractivos delante, mujeres, niños, y no se sabe en ningún momento si seguirán con vida al final de la tarde. El programa informativo de interés más palpitante desde la caída del Muro, y en el centro, una de las mujeres más bellas de Alemania. Unas docenas de equipos de drones, fotografías desde todos los ángulos, cien refugiados conectados con cámaras y emisoras, fotografías, junto a la valla, de quienes van delante del todo, aunque haya disparos.

—Imagínense —dijo Sensenbrink arriba del todo en círculo íntimo—, los turcos disparan, nosotros captamos las imágenes en la sala de dirección, y ustedes lo presencian todo, el temblor, el miedo, el pánico, y esa gente valerosa no puede marcharse y no quiere marcharse, nosotros lo vemos, oímos el sonido original, y luego, de pronto, la cámara cincuenta y dos que se tambalea, y la realización lo percibe y se conecta con ella, pero la cámara cincuenta y dos se derrumba, dos disparos más y todavía se mueve un poco. Y luego... —Sensenbrink hizo una pequeña pausa—, luego ya no se mueve. Y nosotros vemos desde abajo, desde el suelo, la imagen inmóvil. Un poco torcida, un último movimiento..., luego... se queda así.

Nadie había abierto la boca. Quince, veinte segundos de silencio, hasta que Kärner dijo medio en broma:

—A lo mejor se ha caído simplemente al suelo.

Y él, Sensenbrink, muy tranquilo, respondió:

—Sí. A lo mejor.

En aquel momento tenía asegurado el domingo. Cinco horas. En directo. Y *open end*.

Y ahora lo freirán a preguntas. ¿Y qué retransmitimos entonces el domingo,



señor Sensenbrink? ¿A la misma gente de siempre, pero esta vez con cámaras en el ojal? Se acabó, señor Sensenbrink. Muchas gracias por nada.

—Quizá no lo hagan... —hace un intento Anke, digna de confianza en el fondo.

—¿No hagan qué?

—Bueno, quizá se lo vuelvan a pensar...

—¿Y nadie nos pone al corriente? —Sensenbrink parece resignado—. No, una cosa está clara: si hubiera alguna información de que los turcos van a tener la amabilidad de servirnos de parachoques, lo habría dicho alguien.

—Los otros tampoco quieren tirar por tierra su relato —opina Karstleiter—. Si los turcos nos ayudan, Alternativa para Alemania y todos los que se lucran con el pánico tratarán de quitarle importancia; a las redes sociales les parece estupendo el pánico...

—Pero el gobierno lo diría. Y los turcos darían una rueda de prensa sobre la inviolabilidad de sus fronteras, la soberanía nacional, el monopolio de la fuerza y bla-bla-bla...

—A pesar de todo: con los turcos nunca se sabe lo que les viene en gana. Puede ser que aún estén de negociaciones —afirma Olav sosegadamente.

—Es política, y en la política todo sigue siendo una cuestión de precio —asegura Karstleiter.

—Bueno, vale, listillos que sois. Ha costado tres mil millones que hayan vigilado un poco sus costas. ¿Qué costará ahora que abran fuego contra personas indefensas ante las cámaras del mundo entero y a la hora de mayor audiencia? Sacad del bolsillo las calculadoras: si es menos de cincuenta millones os lo pago con los ingresos por publicidad.

—¿Cincuenta mil millones? —conjetura uno.

—¡No hace falta que calculéis nada! —vocifera Sensenbrink—. No lo harán ni por todo el oro del mundo.

—Ahora vamos a hablar con toda objetividad. —Beate Karstleiter adopta el papel de directora de albergue juvenil—. ¿Qué ha cambiado? Los turcos no van a disparar, vale. Pero por las informaciones que tenemos, antes tampoco habrían disparado, ¿no? Así que, al fin y al cabo, todo queda como estaba.

—Nuestro problema no es que haya un cambio en la película —suspira Sensenbrink—, el problema es que ese chalado ha revelado a todo el mundo cómo termina.

—Y que ahora los otros tienen una historia mejor, eso es cierto —dice Anke, digna de confianza en el fondo—. Las bases de la Unión Social Cristiana de Baviera han puesto el grito en el cielo, todos discuten si Leubl tiene razón, la derecha aumenta en millones de personas...

—En la manifestación espontánea de Berlín, directamente después de la emisión, la policía contabilizó cien mil participantes en plena noche.

—Si los polis dicen cien mil, fueron doscientos mil.

—Y esta noche otra vez.

—... y todo eso son historias para informativos. Las reciben la primera y la segunda cadena. ¿Y qué hacemos nosotros? Reflexionamos clavados en la silla. El numerito de los-refugiados-se-preparan-para-la-frontera podemos tacharlo entero. Dos semanas de reportajes previos, al cubo de la basura.

—¿Y si adelantásemos la boda? —pregunta Karstleiter.

Es la única desventaja de Karstleiter, piensa Sensenbrink: no es guionista. Al menos puede confiar en que Olav se encargue de darle clase. O también Anke, digna de confianza en el fondo, porque Olav mira su móvil, que acaba de iluminarse, y se dispone, con un «tengo que atenderlo», a salir de la sala.

—¿No habíamos dicho que nada de móviles? —pregunta Sensenbrink en tono cáustico.

—Sí —dice Olav desde la puerta—, pero sólo si no es importante.

Sensenbrink lanza resignado un lápiz por la sala.

—¿Qué pasa entonces con la boda? —insiste Karstleiter—. Eso sería algo potente.

—Lo de la boda podríamos hacerlo, pero sólo si el señor Sensenbrink lo desea expresamente —afirma Anke, digna de confianza en el fondo—. Nosotros no lo recomendaríamos. Al contrario.

—¿Quién es nosotros?

—Bueno, el equipo de guionistas.

—¿Y por qué? ¡Una boda es algo estupendo!

—Pero sólo si encaja con el resto de la historia —dice Anke, digna de confianza en el fondo. Suspira porque ahí tiene que explicar algo que en realidad saben todos los presentes, excepto Karstleiter y tal vez esa Hayat—: Nadeche y Lionel se casan tras una feliz llegada, una hermosísima historia. Nadeche y Lionel se casan porque no saben si estarán vivos al día siguiente, más hermosa aún.

—Como Hitler y Eva Braun —explica Sensenbrink generosamente.

—Pero Nadeche y Lionel se casan porque aparte de eso no ocurre nada —Anke, digna de confianza en el fondo, cierra los puños y luego extiende los dedos violentamente, como si explotaran—, eso no dará resultado. Es como los Geissens, que por pura necesidad renuevan su promesa matrimonial.

—Okey, okey, era sólo una propuesta.

—Sin contar con que la buena señora ni siquiera está divorciada aún —añade Sensenbrink—. Para preguntar algo más sencillo: ¿Está eso en marcha ya? ¿Ha dado ya su consentimiento el tal Von Kraken, o qué? ¿Quién se ocupa de eso?

Una mano de la segunda fila se eleva en el aire, una señora de edad dice:

—Nosotros estamos en ello. Junto con *Evangeline*. Parece que sólo es cuestión de dinero.

—¿A saber?

—Que Nicolai von Kraken quiere dinero de Nadeche. Debe de ser un tipo muy desagradable, realmente repulsivo...

—¿Qué pinta aquí eso de repulsivo? —Sensenbrink pierde la paciencia—. ¿Le corresponde ese dinero, o no?

—Puede verse de una o de otra manera...

Sensenbrink tensa su mandíbula inferior.

—... pero ateniéndose puramente a la ley parece que sí.

—¿Y moralmente no, o qué?

—Bueno, hay dificultades.

—¿Y cuáles son?

—Seguramente de dinero no andará escasa Nadeche —ironiza Karstleiter.

—Escasa no anda, pero por lo que sé, el problema es que entre los amigos de la señora Hackenbusch ya ha habido muchos divorcios. Y que la señora

Hackenbusch no ha visto nunca, al parecer, que en un divorcio la mujer pague dinero al marido.

—Porque en el caso de las otras comadres lo habitual es que sea el tío quien lleva el dinero a casa —dice un Viejo de los Alpes.

Sensenbrink asiente mirando en su dirección.

—Justo: ¿De dónde le va a venir dinero a ése? Sólo hay que mirar lo que el autoproclamado productor ha producido en los últimos años. Sólo había dos categorías: fracaso y nada entre dos platos.

—Sí, pero a pesar de todo, la señora Hackenbusch opina sin duda que un divorcio en el que paga la mujer sólo puede darse mediante maniobras fraudulentas. Es decir, ella acudirá a los tribunales y en ese caso podemos descartar un divorcio rápido.

—Nooo —dice Sensenbrink—, en caso de necesidad pagamos sin más a ese cretino. A ésa la ley le da igual mientras no tenga que apoquinar. Eso lo arreglamos. Y entonces pueden casarse pasado mañana. Pero una cosa es cierta: así, sin más, sin motivo alguno, la boda es una gilipollez. ¿Tiene alguien una idea mejor?

—Podríamos querellarnos y reclamar al gobierno federal que haga algo... —propone Hayat.

—Exacto. Querido Tribunal Constitucional, salva por favor mi programa —se burla Sensenbrink.

—Podríamos incluir el bando contrario —sugiere Karstleiter.

—¿Cómo que... incluir?

—Pues eso, después de cada emisión AM hay quince minutos sobre Pegida.

—¿Como ese extraño apéndice después de *Germany's Next Topmodel*? ¿Ese programa después del programa?

—Algo parecido, sí.

—Claro, y después el programa de después del programa de después del programa, y el jefe superior de la policía puede exponer sus objeciones y también el cuñado del portero... Que no, que no, eso es demasiado falta de ingenio. Además, nosotros hacemos un *show* sobre ángeles y héroes y no sobre nazis.

—No son todos nazis ahí...

La risa general no sirve de ayuda, pero relaja. Karstleiter está tratando de pedir silencio cuando se abre la puerta y reaparece Olav.

—Ha vuelto —dice Sensenbrink con tono recusatorio, pero el reproche no hace mella en Olav, que esta vez no tiene el aire de autosuficiencia de siempre.

Olav está tenso a más no poder. Sin separarse del móvil se inclina hacia Sensenbrink y Karstleiter, tras lo cual Karstleiter proclama con bastante apresuramiento:

—Okey, lo dejamos aquí y nos reunimos otra vez a las cinco. Para entonces, que cada cual haya pensado un plan de urgencia.

Ceños fruncidos y arrastre de sillas. El equipo se dispersa hacia los despachos, y sólo Anke, digna de confianza en el fondo, oye al salir cómo Olav le dice a Sensenbrink:

—Si eso es cierto, el domingo no retrasan el *Tatort*. ¡Lo suprimen sin más!

Así que el asado habrá que congelarlo probablemente. O incluso con toda seguridad. En cualquier caso, para ella sola el asado es demasiado, aunque Binchen coma un trocito. En los últimos tiempos lo hace a veces, cuando es un asado ecológico.

Si Joseph no vuelve hoy a casa, el asado es demasiado. Y entonces habrá que congelarlo.

Es posible.

Al fin y al cabo es muy sencillo.

Se levanta. Se sienta otra vez.

No sabe de nadie a quien le guste tanto el asado. De todo tipo. Incluso el «asado agrio», de carne de buey adobada en vinagre: pero sólo si ella lo prepara. «En los restaurantes he sufrido demasiados desengaños —dice siempre—. Un filete en la sartén, eso les sale bien a casi todos, pero un asado, o sea, un asado decente, si cabe incluso un asado como Dios manda..., oh, no. Y no hablemos de los albondigones de patata.»

Los albondigones de ella le gustan. Pero, claro, si él no viene, tampoco va a tomarse el trabajo de hacer la masa. Porque la masa no se conserva tanto tiempo. Así que ahora no hay que poner a hervir patatas.

Se levanta.

Ah, sí, claro: *no* hay que hervir patatas.

Se sienta otra vez.

Pero no es nada nuevo. Poco antes del acto llamó y dijo que tenía que quedarse en Berlín el fin de semana.

—¿Tienes otra? —preguntó ella.

Y él dijo:

—No estaría mal.

Entonces se echaron a reír. Al fin y al cabo, desde que estuvo con Klobinger, ella, igual que cualquier otra persona, se entera de lo que ocurre. Eso fue, en efecto, algo completamente nuevo, una dimensión muy distinta en escándalos mediáticos y en periódicos echando pestes. Trescientas mil personas en Dresde, ciento cincuenta mil en Dortmund.

«Leubl extermina a los alemanes.»

«El este alemán no es tu vertedero de refugiados.»

«Nuestro odio, nuestros gobernantes. ¡Limpia tú mismo el culo de tus solicitantes de asilo!»

Las compras de acaparamiento, incluso allí en el pueblo.

Por cierto: debería hacer la compra antes de que cierren las tiendas. Se pone de pie.

Se sienta.

La situación tal vez habría podido calmarse un poco si el gobierno federal hubiera desmentido las declaraciones de Leubl. Entonces, él habría ofrecido su dimisión, y tendría que haberse ocupado otro del asunto. Y él tomaría mañana el asado. Su asado de ternera. Pero no desmintieron nada. Tampoco le respaldaron diciendo: «El ministro tiene razón. Reuniremos cincuenta mil millones para ello». En ese caso los manifestantes no lo habrían tenido tan fácil. Pero ni siquiera su propio partido se atrevió a salir a la palestra.

El presidente del grupo parlamentario dijo: «Son puntos que están en la discusión».

El secretario general: «El señor Leubl es un hombre con experiencia, pero cincuenta mil millones de euros son desde luego pura fantasía».

La presidencia del gobierno: «No disponemos de tales informaciones sobre Turquía. Es posible que se trate de opiniones individuales».

Por eso, desde aquella emisión, ha estado en acción las veinticuatro horas del día. Ha visitado lugares apropiados para sus planes. Ha preparado alojamientos provisionales como si los refugiados ya estuviesen aquí. Y a quien ha dudado de su palabra, quienquiera que fuere, le ha dicho: «Un ministro del Interior que cuenta camelos sin consultarlo con nadie ya no está en funciones al día siguiente.

Por tanto, no hace falta que me crean. Sólo tienen que ver si sigo siendo ministro del Interior». Y en efecto: ha seguido siendo ministro del Interior.

«¿Puede ser que esté arrastrando con usted a todo el gobierno federal?», le preguntó Klobinger en una entrevista telefónica. Joseph respondió con lealtad, pero Klobinger estaba en lo cierto: lo que ha hecho Joseph, piensa ella, competía en el fondo a un canciller.

Veamos: si mañana Joseph no está, ¿qué va a guisar? A lo mejor puede consultarlo con Binchen, ahora cuando llegue. Que Binchen proponga algo y entonces ella lo preparará. Y pasado mañana también y quizá pasado pasado mañana. Pues una cosa está clara: Joseph no habrá vuelto ni pasado mañana ni pasado pasado mañana.

Podrá con ello, ya ha estado muchas veces ausente por algún tiempo.

Joseph dice siempre que hay que ver las cosas con objetividad y, visto objetivamente, la única diferencia es que él siempre ha podido decir antes con exactitud cuánto tiempo estaría ausente. Siempre ha dicho lo que les esperaba a ambos y cuándo y dónde iba a estar, y por la noche siempre ha llamado otra vez. Incluso hace mucho tiempo, cuando llamar por teléfono era difícil aún, o en el bloque oriental, donde siempre estaban los espías a la escucha. La única diferencia es, pues, que esta vez no lo ha anticipado.

Se levanta y va a la pila de fregar. Abre el grifo y mira perpleja cómo corre el agua y se escurre por el desagüe. Mete la mano en el chorro, el agua está fría. Trata de recordar si quería agua fría o caliente, hasta que cae en la cuenta de que no necesita agua. Ni albondigones, ni patatas, ni agua. Qué tonta. Con un gesto de desconcierto cierra el grifo. Luego va otra vez al sofá y se sienta.

¿Qué va a cocinar ahora?

A lo mejor se le ocurre una idea en el supermercado, que tiene un surtido asombrosamente bueno; allí a veces improvisa algo. Por otra parte, los últimos días no han sido tan agradables. Esas miradas cuando escogía la fruta, donde la gente puede observar siempre por encima del puesto. Hasta le han gritado varias veces. Por supuesto que ha habido otros que han sido amables, algunos vecinos no dudaron en ayudarla cuando aquel loco le volcó el carrito de la compra. ¡En el aparcamiento, en pleno día!



—¡Que tu marido no se deje ver más por aquí, esa maricona de extranjeros! Menuda estupidez. ¿Qué puede significar eso de maricona de extranjeros?

Quizá no debería ir al supermercado. Se levanta y coge el mando a distancia. Está en el suelo de baldosas, se ha abierto, las pilas se han salido, sólo encuentra una y se sienta otra vez. La otra habrá rodado por debajo del sofá. Coloca el mando a distancia sobre la mesa del tresillo. Ojalá funcione aún. Reflexiona si probarlo, mira el televisor y deja el telemando en la mesa.

Toma asiento de nuevo.

Lo del asado es una buena solución, el congelador es una buena solución. No se sabe bien qué hacer y, entonces, de momento se congela el problema. Habría que congelar mucho más. ¿Por qué no hay un aparato con el que pueda congelarse todo? Claro, congelar no es siempre una solución; con el televisor, por ejemplo, no sirve lo de congelar, eso puede apreciarlo incluso ella misma.

No entiende mucho de televisores, pero evidentemente un televisor necesita una pantalla y una caja que no esté rota, eso está claro. Son cosas que a Joseph le encanta comprar, a él le gustan las tiendas de electrónica, pero Joseph no está ahí ahora. Ni ahora ni mañana ni pasado mañana, así que tampoco podrá ir a la tienda de electrónica. Pero no se está tan mal sin televisión. En la televisión muy pocas veces dan cosas buenas, y muchas veces, incluso dan cosas horribles.

¿Es que hay que mostrar todo eso?

Cómo abuchearon a Joseph. Sin un mínimo de decencia. Ese odio, esos semblantes. Los policías que apenas podían mantenerle despejada la tarima. Y no se entendía ni una palabra, sólo ese gentío que no dejaba de vociferar, con tanta fuerza que se oía incluso a través del televisor. Que no quieren nada de eso y que todo ha de permanecer como está. No tardaron ni un segundo en darse cuenta de que allí, en esa comarca completamente venida a menos, tienen una cuota de desempleo que no puede ser mejor. Luego volaron huevos por los aires. Cuando tiraron huevos contra Helmut Kohl, siempre que en alguna parte volaban otra vez huevos por el aire, Joseph decía encogiéndose de hombros: «El huevo es el argumento clásico con el que defiende su opinión el proletario». Esta vez también, sin duda.

No obstante, él se esforzó por hablar con ellos. Los guardaespaldas

empezaron después otra vez a abrir los estúpidos paraguas. Sin embargo, los huevos caían sin cesar.

Y luego el tomate.

Ella pensó aún: unos cuantos huevos y una ensalada de tomate, algo ligero, veraniego, quizá aún podría preparar algo.

Rojo vivo en la camisa blanca, supermaduro, rojo intenso, y él hace aún un comentario chistoso y se tambalea, como siempre cuando ella lo empuja sin querer, como si el tomate pesara un quintal. Le gusta eso en él, que siempre acude al humor. Pero en ese momento le llamó la atención que ya no ponía su gesto divertido. Que abría y cerraba la boca. Como alguien que dice una palabra con «a», o más bien con dos «aes»: asado.

Y luego la mitad derecha de su rostro explotó.

Ella no quería verlo, pero ya se había caído y se había roto el mando a distancia, y qué va a hacer una cuando el hombre con el que se ha sido feliz cuarenta y nueve años explota en antena y cuando en ese condenado televisor una no encuentra el botón y vuelven siempre las escenas, el tomate, él diciendo «asado», la cabeza.

El tomate, «asado», la cabeza.

Con total objetividad.

Con total objetividad.

Dijo que no volvería el fin de semana. Eso ocurre a menudo, es muy normal. No vendrá el fin de semana. Se pone de pie.

Se sienta.

El tomate.

Asado de ternera.

No vendrá.

JOSEPH

En realidad no es distinto. Es la misma ciudad, la misma casa, la misma sala, es incluso la misma gente. Gödeke, Kaspers, Kalb, están todos, y esta vez incluso todos parecen igual de cansados, no sólo Echler. Son las siete de la mañana. Einsteiger, el nuevo secretario de Estado, los convocó de urgencia a todos ayer noche, ninguno de ellos se enteró de la cita antes de las veintitrés horas. El hombre que antes era secretario de Estado y, desde no hace ni diez horas, ministro del Interior, fijó la reunión él mismo poco antes de las once. Él tampoco ha dormido esa noche. Desde que juró el cargo no ha dejado de interpretar fotografías aéreas, de comparar mapas. Ha hablado por teléfono con varios antiguos compañeros del servicio militar. Luego se duchó, se puso una camisa limpia, cogió cualquier cosa de la nevera y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, no pensó en lo agradablemente lleno que estaba el frigorífico cuando Tommy vivía en casa.

Tommy.

Tiene la impresión de que han pasado muchos años desde entonces.

El nuevo ministro del Interior cuelga el abrigo junto a los otros abrigos y se dirige a la mesa de las bebidas. Es el último, sin duda, pero sólo son cinco minutos de retraso y, sin embargo, eso ha bastado para no encontrar un poco de café hasta el tercer termo. Toma el teléfono interno y pide en su despacho más café. Luego vuelve a su sitio con la taza semillena.

—Perdón, sin duda no es el mejor comienzo —dice—, pero he tenido que atender una llamada telefónica. Como seguramente tenemos a montones todos los que estamos aquí. A propósito...

Coge su smartphone y lo desconecta. Gondorff sigue su ejemplo.

El ministro del Interior mira un momento, como ausente, al centro de la mesa de conferencias. Luego se incorpora y respira hondo, como si tomara impulso

mentalmente.

—No hay palabras adecuadas para una situación así. Pero por amargo que sea el momento, hemos de dejar por lo pronto la elaboración del duelo a cargo de otros. La muerte del señor Leubl no cambia en nada el hecho de que el tiempo se nos escapa. Al contrario, con ella, el problema es aún más apremiante.

El ministro del Interior mira a los allí reunidos. Los rostros son casi inexpresivos, no puede ver en ellos ni crítica ni aprobación. Se imaginan lo que viene, pero no pueden aliviarle de la obligación de expresarlo con palabras. No sabe lo que opinarán sobre ellas. Pero conjetura que la mayoría estará de acuerdo; los cargos públicos suelen ser más bien conservadores.

—No es un secreto que yo no estaba del todo de acuerdo con la estrategia del doctor Leubl. No quiero tampoco criticarla aquí y ahora. Primero, porque él ya no puede defenderla. Y segundo porque para mí, al mismo tiempo, siempre ha estado claro lo siguiente: si alguien hubiera podido conseguir eso en Alemania, si alguien hubiera podido infundir a los alemanes, y también a mí, la confianza de que la idea de una «industria de la integración» puede funcionar, ése era Joseph Leubl.

El ministro del Interior cosecha gestos de asentimiento.

—Pero eso significa también: aquí y ahora he de constatar que ya no tengo esa confianza. Estoy incluso convencido de que ese camino comporta un altísimo riesgo y de que, sin una personalidad tan respetable y con tanta capacidad de consenso como el doctor Leubl, ha de llevar a la catástrofe.

—Vaya, por fin lo dice alguien —murmura satisfecho el doctor Berthold.

El ministro del Interior reflexiona un momento sobre si deja pasar eso. Entonces, Kalb le alivia del trabajo:

—Oiga, por favor.

—Sólo digo las cosas como son.

—Comoquiera que sea —retoma el hilo el ministro del Interior—, yo no soy Joseph Leubl. Pero soy el ministro del Interior. Y mi convicción es que toda inmigración que sobrepase el límite máximo, incluida la de quienes buscan asilo, no puede ser asimilada por la República Federal. Asimismo, una inmigración impuesta por la fuerza, una solicitud de asilo impuesta por la fuerza, no es ni

admisible ni aceptable para los ciudadanos alemanes. Por eso es nuestra misión poner freno a esa afluencia con todos los medios de que disponemos. La situación jurídica es inequívoca y nos da todas las alternativas.

—A excepción del Ejército Federal —dice secamente el doctor Berthold.

—Eso aún no está claro —opina Kaspers.

—Ya lo creo que lo está. Consúltelo usted. El supuesto de defensa requiere un ataque armado. Y por lo que he visto en televisión, esa gente no lleva ni una mala carabina.

—¿Y qué pasa con los bastones? ¿Con las navajas de bolsillo? —propone Gödeke.

—¿De bastones para caminar y de navajas de bolsillo deduce usted un ataque armado a la República Federal? Pues le deseo que se divierta mucho ante los tribunales —se burla Berthold.

—Sólo necesita usted un juez con un poco de imaginación —dice Gödeke encogiéndose de hombros—. En Hamburgo ya hemos reconducido cosas muy distintas.

—Gracias, señores —dice el ministro del Interior—, voy a apoyar expresamente tales ideas. Los refugiados son creativos, por tanto nosotros hemos de serlo también, aunque supongo que no nos harán el favor de agitar los bastones y asaltar la frontera. Caso de que lleguen hasta ella.

—La posibilidad existe —subraya Gondorff—. El escenario del doctor Leubl es bastante concluyente.

—Pero también se vuelve cada vez más concluyente si, ya por anticipado, se da a entender que nadie se opondrá a ese proceso —dice el ministro del Interior—. Por lo que concierne a la solidaridad de los socios europeos... —de varias narices sale un resoplido de desprecio—, no debemos hacernos ilusiones, eso es evidente. Pero eso no quiere decir que esté todo perdido, ni mucho menos. Tenemos sobre todo dos aliados: primero, la inequívoca situación jurídica, el Convenio de Dublín sigue vigente. Y, segundo, el miedo de los otros a que los refugiados se queden en su país, una vez que estén allí. Bulgaria, Serbia, Hungría, es igual, ese miedo lo tienen todos y ese miedo tenemos que

aprovecharlo. Esto vale, por cierto, también y sobre todo, para los turcos. No considero en modo alguno que la frontera turca esté ya superada.

—¿Adónde apuntan sus reflexiones? —pregunta Kalb.

—Creo que cuanto más herméticamente cerremos nuestras fronteras, tanto más herméticamente las cerrarán los otros. Si cerramos nuestra frontera de manera fehaciente, los austriacos harán lo mismo con su frontera, y entonces cerrarán asimismo los anteriores a ellos. Es como dominó al revés: las fichas no se derriban mutuamente, sino que se levantan mutuamente.

—En último término, sin embargo, no es sino un farol —opina Kalb. No es seguro si lo ha dicho como pregunta o como afirmación, pero en la mesa se hace el silencio.

—Yo no me marco faroles —responde con frialdad el ministro del Interior—, y quien lleve esto adelante sin convencimiento puede solicitar su traslado. Lo digo ahora con total claridad: estoy decidido a defender las fronteras alemanas con la fuerza de las armas. Por eso salgo al paso de la objeción del señor Kalb: el peligro consiste en que otros Estados pongan en duda la firmeza de nuestra resolución. Por tanto, nuestras medidas tienen que ser tales que excluyan toda duda. Y no sólo entre los refugiados, sino más aún entre los austriacos o quienquiera que fuere. ¿Entendido?

Nadie dice una palabra. El ministro del Interior se vuelve hacia Echler.

—Solicito un breve resumen de la situación.

Se recuesta y coge la taza. El café no está muy fuerte, pero sí muy frío.

—De acuerdo —dice Echler—. Tenemos seis días, siete a lo sumo, para que los refugiados estén en la frontera turca.

—¿Cómo se desarrollará eso?

—No puedo decírselo con exactitud, pero la composición de la caravana permite algunas suposiciones relativamente seguras. —Enciende el proyector y se dibuja un gráfico en la pared—. En el ritmo de la marcha no se puede influir a voluntad, pero si la caravana recorre quince kilómetros diarios, eso significa que llegarán a la frontera cada día quince de esos camiones. Cada camión abastece a tres mil personas, eso suma cuarenta y cinco mil refugiados. El problema es el siguiente: si se quedaran parados, si acamparan, eso destruiría la composición de

la caravana. Entonces tendrían un campamento desorganizado de cuarenta y cinco mil personas el primer día, de noventa mil el segundo. Controlar eso es prácticamente imposible.

—En el ejército es posible —dice Gödeke.

—Sí, pero ellos no son soldados, y tampoco tienen generales. Sólo que ese asunto de los camiones parece más organizado de lo que está en realidad.

—De acuerdo —opina el ministro del Interior—, por tanto su meta no puede ser reunir trescientas mil personas ahí.

—Si son capaces de pensar medianamente, no. Así ya no se las puede aprovisionar, no se las puede dirigir; a eso no se atreverán. Esperarán, pues, hasta reunir una masa crítica de, no sé, de veinte mil, treinta mil personas. Y entonces se dirigirán a la frontera.

—¿Y los turcos? ¿Cómo de segura es la hipótesis de Leubl?

—No sabría decirlo —opina Echler—. Desde luego, el señor Leubl sabía bien de lo que estaba hablando.

—Pero sus informaciones se ajustaban muy bien a sus convicciones políticas —relativiza el ministro del Interior—. Otra vez: ¿hasta qué punto son fiables sus hipótesis?

—Lo que habla contra sus previsiones es que nuestras relaciones con Turquía han empeorado y con ello también la seguridad de nuestros cálculos. Por eso existe la posibilidad de que haya cálculos a nuestro favor que no conocemos. Por otra parte, podrían seguir el ejemplo de Jordania.

—Por qué precisamente Jordan..., ¡hostias! —se le escapa a Kalb.

—Exacto. Jordania, en la dinámica de la caravana, se ha deshecho de unos ochenta mil refugiados. Iraq casi de la misma cantidad. Y refugiados también tienen desde luego los turcos para dar y tomar. Más que de sobra. Entonces, hacer lo mismo sería perfectamente una opción.

—Tanto más claro ha de ser nuestro aviso. Hay que hacer ver a los turcos que no soltarán a cien mil refugiados, sino que van a quedarse con trescientos mil más. Dicho sin ambages: necesitamos un muro. No hace falta que sea bonito ni compatible con el medioambiente; tiene que ser alto y sólido. Me da igual que se parezca al de Berlín o al de Israel. Y también ha de quedar claro que no quiero



nada nuevo. Tomemos cosas que ya funcionan en otros sitios. Estamos hablando de un muro que nadie escale, que nadie derribe tampoco, que aguante un asalto en masa. Por lo menos cien kilómetros por cada lado.

—Pero ¿dónde? Tenemos unos cuatro mil kilómetros de fronteras.

—¿He de hacerles las cuentas? —pregunta el ministro con acritud—. Los franceses, los daneses, a esos podemos pasarlos por alto. Se trata de todas las fronteras que entran en consideración para una ruta...

—¿Cuentan entonces los polacos, o no?

El ministro tiene un momento de desconcierto. De entrada, la pregunta parece tonta, pero es perfectamente posible. Polonia y la República Checa constituyen más de una tercera parte de las fronteras de Alemania. Y para quien camina diez mil kilómetros no significa nada un pequeño rodeo.

—Puede que no.

Kaspers levanta un momento la mano.

—Quince kilómetros al día no es ir tan rapidísimo. Además, sabemos lo que quieren; no buscan la entrada más sencilla. Quieren llegar a nuestra frontera y allí consumir su sacrificio. Por tanto, podemos esperar a ver por qué ruta se deciden y luego rearmar la frontera correspondiente de la manera que decidamos.

El ministro asiente.

—Con todo, hay que enviar la señal a Turquía lo antes posible. Así pues, elegimos una de las posibles fronteras y mostramos lo que pensamos hacer cuando sea evidente el curso real.

—La Policía Federal confeccionará y entrenará inmediatamente escenarios en la frontera —promete Gödeke—. Incluido el uso de las armas de fuego. Y acompañada de la prensa. Los medios recibirán un tratamiento preferente, como raras veces lo han tenido. ¿Y tal vez pueda ayudarnos el ejército, no con personas, pero sí con equipamiento pesado? ¿También con armas pesadas? ¿Quién revisa eso?

—Yo me encargo de eso —dice el doctor Berthold espontáneamente.

—Gracias —dice el ministro—, yo me encargo por lo pronto de que recibamos los fondos necesarios.

—Sólo quedaría el plan B. —Kaspers se inclina hacia delante.

—¿Qué plan B? —pregunta el ministro.

—En realidad, plan A. Las cosas que puso en marcha el señor Leubl. Serían sin duda, según el estado actual, nuestro plan B, caso de que...

—No hay plan B —dice el ministro—. Eso se cancela inmediatamente. Ha de quedar claro que no tenemos plan B. Los austriacos han de tener muy claro que los refugiados nos ponen en una situación de absoluta catástrofe. Que no podemos permitirnos una apertura de fronteras.

—¿Así que eso también lo cubrirá la prensa? —pregunta Kaspers.

—En cantidad —responde el ministro—. Cuanto más, mejor.

# Gran preocupación por Nadeche Hackenbusch

**Justo en las semanas más difíciles de su vida, la presentadora estrella corre peligro de derrumbarse, según los expertos. Amargo: mientras que ella ayuda a miles de personas, su exmarido la abandona.**

***Por Astrid von Roëll***

Se asemeja a la tarea más irrealizable que jamás le pusieran a una mujer en un cuento: hilar paja y convertirla en oro. Pero esta vez parece que ocurre lo increíble, se tiene la impresión de que la presentadora top alemana, la superestrella Nadeche Hackenbusch, realiza el milagro. Un milagro, sin embargo, con el triste acompañamiento de unos ojos llorosos: esa paja no es paja, y el oro es plata que se derrama ensortijada desde el cielo como un pequeño y serpenteante arroyo del tiempo.

Nadeche Hackenbusch, elegida en mayo mujer del año por el famoso grupo mediático PRINTERNET (entre otros, *Grandeza*, *EVANGELINE*, *Hengst*), contempla ensimismada ese reguero que le cae de la coronilla como espuma sobre la cerveza (negra) de su larguísima melena oscura. «Mis primeros cabellos grises», dice envolviendo cuidadosamente el mechón en torno a su fino dedo índice. Lo dice a la ligera, pero ¿es tan fácil de aceptar como sus ojos, inconfundiblemente optimistas, quieren hacernos creer? ¿Fácil precisamente para esta mujer?

Hace más de un año que Nadeche Hackenbusch decidió cargar con las sin

duda mayores fatigas de todos los tiempos. Y aunque se dice con tanta frecuencia que el amor cura todas las heridas, los pocos cabellos de indiscutible blancura plateada cuentan una historia distinta. Hablan de un dolor que Nadeche Hackenbusch nunca dejaría que se le notara.

### **En el pasado de este Moisés hay un matrimonio desgraciado**

En todo ese tiempo sólo ha sido posible que sus hijos Keel y Mynce viajaran en avión para estar con su madre (*EVANGELINE* informó en exclusiva). Nadeche Hackenbusch no oculta que es mejor así: «Esto no es región para niños», dice la mujer cuya Nadeche Hackenbusch Foundation for the Humans hace día tras día posible, con tres autobuses para bebés ya célebres en todo el mundo, que mujeres jóvenes tengan la dicha de ser madres. Pero cada día en esa caravana que emociona a la humanidad priva también a los dos hijos, Keel y Mynce, de la única persona que puede procurar un sostén en la vida a un joven. Cuya proximidad, cuyo cálido contacto no se pueden sustituir con llamadas telefónicas ni correos electrónicos. Lo más amargo: la mujer que ayuda a tantos se ve abandonada donde menos puede defenderse.

Nadeche Hackenbusch, evidentemente, no ataca de palabra a Nicolai von Kraken. El coqueteo de Keel con el alcohol, los presuntos planes de cambio de sexo de Mynce; nunca se le ocurriría a esta mujer superior culpar de esas crisis de sus hijos a la falta de atención de Nicolai von Kraken. Pero también está cansada de defender continuamente al poco agradecido excompañero. Incluso soporta generosamente su extraña aventura con la estrellita de internet, veintitrés años más joven, Schminki Krawall, que en los círculos sociales sólo encuentra absoluta falta de comprensión, hastío y rechazo. Pero amigos preocupados comprueban una y otra vez que ahora con frecuencia guarda silencio cuando la conversación recae sobre la familia, que ya lleva tanto tiempo sin la ayuda, que necesita con urgencia, de Nadeche. Cuando el padre adoptivo de sus propios hijos, mediante un ejército de abogados estrella carentes de escrúpulos, exige día tras día mayores y más absurdas cantidades de dinero. Por no hablar del derecho de guarda: «Sí, claro —dice Nadeche Hackenbusch con indulgencia—, Keel y

Mynce están con su padre en buenas manos, de momento. Sin embargo, no cabe la menor duda: a largo plazo las mujeres son mejores madres».

Todas estas cargas aumentan sin cesar mientras que día tras día la mayor empresa de salvamento llevada a cabo por una mujer no se permite cejar en el esfuerzo. La proximidad de Turquía es un flaco consuelo: «Claro, me alegraría mucho si llegásemos hasta allí —dice con optimismo la exitosa presentadora—. Las calles tienen farolas, el país entero está ya en otro estado. Eso se ve en lugares como Antalya, por ejemplo. Allí circulan tranvías».

Pero justamente la cercanía de la meta confiere a esa marcha de la esperanza su despiadado dramatismo: mientras que cientos de miles de seres humanos están a punto de empezar una vida más feliz gracias a la entrega abnegada de Nadeche Hackenbusch, los pocos buenos amigos que pueden mirar entre bastidores se preguntan: ¿Cuánto tiempo seguirá soportando esta mujer la despiadada carga? ¿Cuánto tiempo puede aliviar el amor, regalo del destino, del joven Lionel los dolores inhumanos que le impone una vida fuera de lo común?

**¿Cuánto tiempo seguirá soportando esta mujer la despiadada carga?**

«Las mujeres modernas como Nadeche Hackenbusch corren peligro de un modo especial», advierte también el profesor Gabriel Schaufhausen. El profesor de Psicología Estética observa desde los comienzos, desde el famoso Heribert-Sinsheimer-Institut, la inquietante marcha de los acontecimientos. «Esas mujeres rinden más y se exigen permanentemente más que la mayoría de los hombres y que incluso altos ejecutivos —afirma el experto—. Los síntomas pueden ser múltiples y confusos, pero la formación aislada de cabellos canos no deja de ser típica y probablemente es también una inquietante señal de alarma. Si la carga continúa, puede ser inminente que acabe quemándose.» ¿O hasta cosas mucho peores? «No está totalmente descartado», dice con honda preocupación el anciano de setenta y siete años.

Pero a Nadeche Hackenbusch no le queda tiempo de reaccionar ante el peligro. Ella es la esperanza de miles de personas, sobre todo también de miles de mujeres; esperanza, ejemplo a seguir, guía en una época de desorientación en los sentimientos. Y esas personas se saben felices por poder confiar en estos días en una mujer como Nadeche Hackenbusch. Esta historia es la historia de un Moisés femenino moderno, pero ese Moisés no sólo tiene en su pasado una larga marcha por el desierto. En el pasado de este Moisés hay también un matrimonio desgraciado, que fracasó justamente en el amor.

El ministro del Interior no se siente a gusto. No es la primera vez que lleva un chaleco antibalas, pero tampoco es la décima ocasión. Ya en la mili se sentía siempre pesado y torpe con él.

—¿Dónde está su puto chaleco? —le gritaba el suboficial—. ¿Sabe lo que le espera si no lleva chaleco?

—Nada —era su respuesta estándar—, mientras yo dispare el primero.

Y el suboficial:

—¿Se encuentra bien?

Siente un suave golpe en el costado.

—He preguntado si está usted bien.

A su lado está Cilic, el mentor y oficial de enlace que los turcos han puesto a su disposición. El ministro del Interior se incorpora asustado. Hace un gesto de asentimiento y se coloca el chaleco de manera que sigue mal ajustado, pero de un modo distinto. Están en el centro de vigilancia del paso de frontera del Habur. Una sala de medianas dimensiones, como sólo la consiguen esos orientales: un cajón de hormigón con cuatro paredes pintadas de un color indefinible, ligeras grietas en el revoque, el suelo de baldosas y, a pesar del equipamiento técnico, todos los monitores todavía como desnudos, como si pronto fueran a derribar el edificio. En la pared cuelga —es de suponer— un retrato solitario de Atatürk. Ante las mesas y las pantallas hay hombres sentados, a veces entra alguien un momento, pero con poca frecuencia, como si la realidad exterior pudiera alterar las imágenes de los monitores. Tres de ellos muestran las cámaras de vigilancia del paso de frontera, otros dos muestran imágenes de CNN y —probablemente como concesión al invitado europeo— las de MyTV. Hay otra pantalla de reserva y en las dos restantes se ven imágenes en vivo, ligeramente oscilantes, tomadas desde los helicópteros: algunos de ellos se encuentran, por lo visto, de

modo ilegal desde el punto de vista del derecho internacional, en el espacio aéreo más allá de la frontera; están filmando muy dentro de Iraq. Las imágenes no inspiran mucho optimismo al ministro.

Normalmente, cada día se tramita allí el paso de seis mil vehículos de transporte. Pero hoy hay retenidos cientos, miles de camiones en la carretera que lleva a la frontera. Los iraquíes la han cerrado para camiones, también para limusinas. Mantienen libre el camino para el convoy que avanza junto a los camiones retenidos. Una caravana interminable de personas, con pequeños huecos, pero aun así interminable. Los camioneros saludan con la mano, otros dan furiosos bocinazos porque no pueden seguir adelante debido a la caravana. Muy detrás, las cámaras filman los camiones cisterna de los refugiados; han quedado atrás, probablemente para que los refugiados puedan desplegar mejor su masa. El ministro del Interior suspira y mira el feo reloj digital de la pared.

Las dos de la tarde. En casa es una hora más tarde. El almuerzo ha terminado. Las familias se aburren, los jóvenes se aburren. Todos se aburren, tanto que hasta la Fórmula 1 merece atención. Pero no hoy. Hoy todos ven ese río de gente que está superando en esos momentos la etapa más importante de su viaje eterno. Y todos quieren ver si Leubl habría tenido realmente razón. Por el lado iraquí parece que sí. El ministro del Interior se encoge de hombros.

—Era de esperar. —Por lo visto, Ciliz ha adivinado sus pensamientos.

—Pues claro —responde irritado el ministro del Interior.

Le habría gustado ser menos transparente. Por lo que se irrita de nuevo, ya que sin duda le habrán notado la irritación en la voz. La irritación también es una estupidez, porque ¿quién iba a pensar que en Iraq alguien frenaría a los refugiados? Era infantil, piensa para sí el ministro, como antes, cuando de camino al colegio, hasta llegar a la última esquina, mantenía la esperanza de que ese día quizá estuviera ardiendo la escuela. Pero por otra parte: posible sí era. Hasta ahora.

Los camioneros, que hace tiempo que se han apeado, ponen té a hervir, comen, conversan. Una mala señal son los automovilistas: muchos dan la vuelta y se marchan, como si la frontera no fuese franqueable durante un tiempo



previsible. Varios días es de suponer que, con bastante exactitud, sea el tiempo necesario para dejar pasar a varios cientos de miles de refugiados.

—¿De qué le habría servido a usted? —dice Cilic, enlazando con los pensamientos del ministro del Interior.

El ministro cierra los ojos, para que no se vea que los pone en blanco. Lo que más le gustaría ahora sería salir y fumarse un pitillo. Lamentablemente, no fuma.

—¿Hago que le traigan un té?

—Sí, muy amable.

Cilic hace una señal y alguien sale de la habitación. En la pantalla se ve a los primeros refugiados saliendo de Iraq, van a esa extraña tierra de nadie entre dos pasos de frontera, que naturalmente nunca es de nadie. Caminan sin prisa, ordenadamente. Podrían ir a campo traviesa, acortar, en el fondo es lo más natural, en lugar de eso siguen por la carretera que forma un estrecho recodo. Casi se diría que quieren seguir de manera estricta y reglamentaria el trazado de la carretera. De las dos carreteras, toman la occidental, y marchan de modo perfectamente oficial en dirección a la frontera turca. Aún no se ven sus camiones, se podría pensar que tienen demasiado ímpetu, demasiado acero, que no son suficientemente vulnerables y parecen demasiado agresivos. Como si eso no fuese una acción agresiva. «Coacción —piensa el ministro—, en último término esto no es sino coacción.» Reflexiona sobre si el derecho turco conoce algo como la coacción.

O algo como el derecho.

Contempla el mapa que cuelga de la pared, lo compara de nuevo con Google Maps, que se puede ampliar. Seguramente pasarán en los próximos minutos el Habur, que forma allí la frontera con Iraq. Ahora caminan más despacio, aprovechan el puente para compactar la columna. Mujeres, niños. En la pantalla se ve muy bien a Nadeche Hackenbusch, una Juana de Arco alegre y radiante. Lleva de la mano a esa niña, que hasta al ministro del Interior le parece graciosa en algunos momentos.

El ministro mira pensativo hacia el exterior a través de las persianas que oscurecen la habitación.

—Las cosas como son —opina Cilic—, si yo fuera usted habría bombardeado

o hecho saltar el puente. —Coge uno de los vasos de té caliente de la bandeja de cobre que acaba de traer un niño, y se la pasa al ministro del Interior.

—Gracias. La República Federal de Alemania no vuela los puentes de otros países.

—Antes no eran ustedes tan... ¿escrusos?, ¿escuposos?

—Escrupulosos. Antes tampoco éramos la República Federal.

El niño del té definitivamente no es miembro del ejército. Así que ¿cómo puede entrar allí sin más? También podría llevar encima medio kilo de TNT. ¿Para qué entonces el chaleco antibalas?

—Disculpe, no he querido ser descortés —dice Cilic—, pero sin puente no lo tendrían tan fácil. En asuntos como éste, yo sigo siendo un militar, después de todo. Pero, por supuesto, esto no ha sido una invitación a que lo hagan. Al fin y al cabo es nuestro puente.

—Eso tranquiliza al militar que lleva usted dentro. Lo habríamos considerado si esto fuera un río como el Rin o el Danubio. Incluso habríamos pagado la demolición y la reconstrucción. Pero el Habur..., creo que en días buenos es posible cruzarlo con los pantalones remangados.

—En primavera el Habur presenta otro aspecto.

—Dígaselo a ellos. Tal vez lo aplacen.

Luego el ministro pone bruscamente el vaso de té en la mesa. Si mira por la ventana los distingue, los primeros refugiados que no ve por televisión. Se acercan por el puente, es una columna compacta, una compacta e interminable columna. Y parece mayor aún que en la televisión. Mira alternativamente por la ventana y a las pantallas, ve cómo MyTV muestra al tal Lionel en primer plano, desmontando su móvil: extrae la batería de un modo elocuente; está cortando la comunicación, ya no es posible hablar.

El ministro sale al exterior. Está de pie sobre la reja de acero del último descansillo de la escalera y se inclina un poco hacia delante. La columna no avanza con rapidez, es un poco como lava humana, y no se puede ver un final. Y tendría que vislumbrarse, porque la vista alcanza hasta muy lejos. La realidad de esa muchedumbre en movimiento lo pilla de sorpresa. Ha visto, por supuesto, las escenas de la televisión, como todo el mundo, pero ahora tiene de pronto la

sensación de haber infravalorado la empresa. Recapitula deprisa los últimos días, realmente no puede reprocharse nada; ha puesto en marcha todo lo que había que poner en marcha, ha movido todos los resortes. Hace cuatro días que han empezado a construir la valla. Han elegido Passau, porque allí, gracias al Danubio y al Eno, se pueden lograr efectos visibles deprisa y a bajo coste. Ya sólo los puentes de la frontera causan auténtica impresión. Vallas de ocho metros de hormigón, coronadas con alambrada de la OTAN, lo que en el fondo es una estupidez, pero que al fin y al cabo no sale más caro que sin alambrada de la OTAN, mientras que, eso sí, resulta mucho más disuasivo. Claro, no se prolonga hasta el infinito, muy buenos nadadores no debe de haber entre esos refugiados, pero en cualquier caso se ve la seriedad con la que se toma el asunto la República Federal. Los austriacos, la Unión Europea, han elevado al momento una protesta, ahora vienen con Schengen y tal, pero un ministro del Interior puede delegar eso en los colegas. Y el éxito le da la razón: las manifestaciones no han cesado al momento, pero por lo menos no han aumentado. Su manera de proceder ha sido aplaudida de manera inequívoca, los ciudadanos se han tranquilizado. Y, sin embargo, en ese momento le parece de pronto que no ha hecho los deberes, que no ha aprendido la lección, no lo bastante bien en cualquier caso, ahora, minutos antes de la gran prueba.

Los turcos, en cambio, han terminado de hacer sus deberes.

Se lo prometieron y cumplieron su palabra: no darán a los refugiados ningún signo esperanzador. Los mismos helicópteros que suministran las imágenes están armados. La frontera está bloqueada con pesadas barreras de acero, a lo largo de la misma hay apostados soldados de infantería con fusiles de asalto MPT-76. Hace unos años habría sido todavía el alemán G3, Heckler & Koch, algunos todavía están operativos, pero los turcos han reaccionado a las susceptibilidades alemanas. En las laderas tampoco vigilan el valle carros blindados Leopard; los turcos han enviado sus US-tanks. Están listos para funcionar, cargados con munición y, si llegaran a atacar, nadie podría afirmar que eran armas alemanas. Los turcos también han llevado hasta allí vehículos lanza-agua. Hay que contar con el máximo de posibilidades para no verse obligado enseguida a disparar munición.

Sólo ahora le llama la atención que los altavoces anticuados, viejos, llevan bastante tiempo vociferando sin pausa: en turco y en algo que, con mucha imaginación, puede considerarse como inglés. «Al habla el ejército turco. Están ustedes acercándose de modo ilegal a la frontera turca —le traduce Cilic—. Deténganse y den la vuelta. Vamos a abrir fuego.» Y otra vez y otra vez. No produce efecto alguno. Luego oye el zumbido, y Cilic le golpea en la espalda. Le entrega unas orejeras.

La mirada del ministro sube a las alturas. Se han elevado varios aviones de combate, probablemente F-16, y vuelan en círculo sobre la zona. Dos de ellos se aproximan ahora en vuelo rasante. Se pone las orejeras, sin embargo, el estruendo es cada vez más insoportable. Se ve que los niños empiezan a llorar o a gritar cuando los jets, con un ruido atronador, pasan tan a ras de la caravana que uno cree poder contar los remaches de la cara inferior. Ve cómo las mujeres tratan de cubrir con las manos las cabezas de los niños. Muchos buscan, algunos encuentran algo para meterse en los oídos. Lo que no ve son personas que se detengan. Vuelve la vista atrás, por la puerta abierta, al centro de operaciones. MyTV serpentea entre la muchedumbre, y por en medio siempre Hackenbusch, que avanza en esa extraña y semirreligiosa mezcla de excursión escolar y duelo nacional. Y entonces es a él a quien encuadran. Las mujeres y los niños que lloran y allí en medio, con los oídos bien protegidos, el ministro del Interior. Una escena estúpida.

Alza la cabeza, ve el dron, que planea a menos de diez metros. Mira directamente y con rostro serio a la cámara, levanta ambas manos y se quita los cascos protectores para arrojarlos a la muchedumbre que pasa delante. En directo. Que intenten cortarlo. Hackenbusch no es la única que sabe cómo se generan escenas.

Vuelven los jets. Esta vez vuelan aún más bajo, lentos, apenas más rápidos que un automóvil en tráfico urbano. Sabía que eso era posible, pero nunca había sido testigo de ello. El ruido es doloroso, abre la boca y grita para hacer contrapresión en los tímpanos. Podría jurar que se siente el calor de los propulsores; allá abajo entre la muchedumbre, con toda seguridad. Algunas personas aprietan los puños, sobre todo las mujeres levantan suplicantes las

manos; MyTV muestra a Hackenbusch con los cabellos alborotados en todas direcciones, como una zarza encrespada en llamas, lanzando miradas incriminatorias, como si los pilotos pudieran verla, aunque en el fondo tendrían que poder. Tal vez sea casualidad, pero cuando se alejan las máquinas, parece como si Nadeche Hackenbusch las hubiera ahuyentado personalmente con sus furiosas miradas.

Los vehículos lanza-agua empiezan a funcionar. Algunos chorros salen disparados por encima de la muchedumbre, algo que resulta curiosamente improductivo, ya que con aquel calor probablemente sea hasta agradable. Está claro enseguida que no sirven para nada, sobre todo si no se apunta directamente contra la gente. El ministro del Interior pregunta con los ojos a Cilic. Cilic, con un gesto de indecisión, señala a la gente: es obvio que los turcos no van a disparar con una presión de 20 bar contra bebés y niños pequeños. A cambio mojan generosamente al gentío. ¿Qué pretenden conseguir? El problema es evidente: es imposible que los refugiados retrocedan. Sería ya difícil que se detuvieran. Tal vez tendrían que haber construido toda la frontera de otra manera, piensa fugazmente el ministro. Aquí la gente se concentra, prácticamente como a través de un embudo, en los pasos de frontera. Al revés, el paso tendría que meterse como una cuña entre la gente, así la presión se desviaría hacia la izquierda y hacia la derecha. Lo anota apresuradamente.

Los refugiados de delante alcanzan las barreras de acero y se detienen. Son mujeres, y llevan en brazos a sus hijos. La gente se apelotona, hay poco sitio y entonces se abren las barreras de acero. Estalla el júbilo.

El ministro del Interior mira consternado a Cilic.

—¿Y ahora? ¡No han lanzado ni un disparo! Ni siquiera uno de aviso.

—¿Avisar a quién? ¿Y adónde se va a ir la gente?

—¡Casi están invitándolos a entrar! —Pero el ministro dice eso sólo porque no está seguro de si lo capta en ese momento un dron.

—Lo sabe usted igual que yo: si esperamos para abrir las puertas a que todo esté obstruido por la masa de gente, morirán docenas de personas. Entonces lo mismo podemos disparar contra la muchedumbre. Y no dispararemos contra la muchedumbre. Y menos aún por una República Federal que no tiene reparos en

lanzar enseguida acusaciones de genocidio. ¿Vamos a sacarles a ustedes las castañas del fuego sólo para que después digan: ¡Otra vez! ¡Lo hacen como con los armenios!?

—Es su decisión —dice el ministro. Leubl lo sabía, también se veía venir, pero es pese a ello una mala sensación—. Así se lo digo, piensen bien esto: bloquearán sus carreteras durante meses. Que se diviertan con ellos.

—No creo que dure tanto tiempo —replica Cilic.

El ministro se apoya desencantado en la baranda y contempla desde arriba cómo retroceden los soldados. Forman una especie de doble fila, si pueden, ya que a muchos los besan las mujeres, los abrazan agradecidos los hombres. Los jets de combate ya no se oyen. Ve soldados que señalan en una dirección. Como si los refugiados no encontrasen por sí solos la carretera. Y lo único que tienen que hacer es seguir la corriente del río. Le recuerda a las escenas fotografiadas en la Bornholmer Straße, en Berlín, en 1989. ¿Habría ayudado a la RDA una frontera en forma de cuña?

Cilic se ha retirado. Quizá esté ofendido, pero ¿qué le importa eso al ministro del Interior? Él ha estado sobre el terreno, ha asumido su responsabilidad y aprovechado la última oportunidad de, tal vez, evitar aún a tiempo el conflicto. No ha sido posible, pero tampoco podía preverlo nadie. Ahora les quedan tres meses, quizá cuatro, para prepararse. No es mucho tiempo; en el fondo, poco, pero eso ya no puede cambiarse.

Los soldados saludan y siguen mostrando el camino. Deben de sentirse como colaboradores que dan información. En esa función a uno le preguntan una y otra vez las cosas más absurdas. El ministro del Interior conoce eso; de adolescente se ganó así un dinerillo en una feria. ¿Dónde están los vestuarios? ¿Dónde están los aseos? Y no es que los vestuarios o los aseos no estuvieran bien señalizados. Enormes letreros por todas partes; para indicar aseos y vestuarios los arquitectos alemanes son por una vez muy buenos. Y, sin embargo, siempre las mismas preguntas. Ahora esos pobres soldados turcos están ahí diciendo probablemente sin parar: «A Alemania por ahí. A Alemania por ahí».

«No creo que dure tanto tiempo.»

Ha sonado raro. Quizá por el acento.

El ministro del Interior se incorpora. Hará el vuelo de vuelta en helicóptero. Echa una última mirada al centro de operaciones, a las pantallas, a las fotos desde los helicópteros, al programa repetido de CNN, siempre las mismas escenas una y otra vez, como si las nuevas grabaciones fueran muy caras. Y a la pantalla de MyTV. Contiene la respiración. Luego sale disparado por la puerta.

No lo ve, pero se imagina dónde es. Allí donde señalan los soldados.

—¿Adónde va? —grita Cilic—, usted no puede ir solo...

El ministro se lanza escaleras abajo. Se mete entre varios soldados, sigue, por detrás del cordón, el curso de los refugiados. Cilic corre fatigosamente detrás de él. El ministro del Interior pasa corriendo junto a los carros lanza-agua, junto a los vehículos militares. Han montado un sector para ametralladoras, menudo chiste. Se ven tres carros de combate y arriba dos pesados M-60. Nada de eso era para los refugiados, todo para él, para el papanatas alemán.

—¡Señor ministro! —grita Cilic—, usted solo no puede...

—Al contrario —replica el ministro—, por lo visto sólo puedo si no me acompaña nadie.

Corre, nota que le molesta el chaleco antibalas, arranca los cierres y lo tira a un lado. Sigue por la carretera, podría ser un kilómetro escaso, se mete por el endeble cordón de soldados que siguen saludando a los refugiados, sobre el asfalto va más deprisa, y entonces lo ve. Mucho mayor de lo que parecía en la pantalla, un gigantesco aparcamiento, al parecer ampliado hacía poco a toda prisa con material pesado. Ve a los refugiados que a su alrededor se dirigen hacia allí. Ve cómo suben en un autobús. Y cómo, detrás de ese autobús, está el siguiente.

«No creo que dure tanto tiempo.» Ese cabrón, ese embustero.

Tienen que ser docenas de autobuses. Cientos. De todos los años de fabricación, de todos los tamaños, de todas las marcas, hay incluso autobuses de empresas municipales. El ministro siente cómo le late el corazón en la garganta, ya casi en la boca, y no se debe al corto esprint.

El ministro se da la vuelta. Cilic lo alcanza agotado.

—Señor ministro...

—¡¿Qué es eso?! —vocifera el ministro—. ¿Qué está usted haciendo ahí?

—Tiene usted que comprender —jadea Cilic.

—¿Qué tengo que comprender? ¿Qué es eso? ¿QUÉ ESTÁ HACIENDO AHÍ?

—¡Usted habría hecho exactamente lo mismo!

—¿Qué se supone que habría hecho?

—¿De verdad creía que íbamos a dejar pasar a medio millón de personas a pie por un país densamente poblado? ¡Esto no es un Estado cualquiera de negros! ¡Esto es la República de Turquía! ¡Tenemos que mantener bajo control de algún modo a esa gente! ¡Y si tienen que pasar por aquí, que sea al menos deprisa!

El ministro mira consternado el aparcamiento. Cilic tiene razón, claro. Es evidente. Quien está metido en un autobús, por lo pronto se queda en la carretera. Tiene un alojamiento provisorio en el que aguanta durante cierto tiempo. Quizá no durante medio año, quizá tampoco dos meses, pero sí el tiempo que se necesita para el resto del trayecto. Ha de ser algo rápido para los turcos. Tal vez, piensa el ministro, la valla que él ha mandado construir lo haya acelerado todo.

El tiempo para el resto del trayecto.

El ministro hace cálculos apresurados. Las carreteras turcas no están muy bien construidas, no podrán mantener libres durante días los tramos más amplios de dos carriles para los autobuses. Por eso tendrán que desviar los autobuses por carreteras secundarias. Pero tan pronto lleguen a las proximidades de una autopista de cuatro carriles, avanzarán con rapidez. Y entonces está claro que a él no le quedan ya cuatro meses. Dos mil kilómetros escasos de Turquía son, en autobús, diez días como máximo.

Con un poco de suerte le quedan dos semanas.



Están volando.

Lionel va de pie en la parte delantera del autobús, junto a Mahmoud, que lo conduce. Se sujeta en el asiento de Mahmoud y en una barra. Mira hacia delante por el parabrisas, ve cómo el autobús va absorbiendo por debajo la pista polvorienta. Mira la aguja del velocímetro. La aguja no funciona. Pero podrían ser cuarenta kilómetros. Por hora.

Están volando.

El vehículo es sin duda alguna el autobús más feo que Lionel ha visto en su vida. También podría ser el más antiguo, pero eso no se puede comprobar fácilmente porque ese autobús es tan feo que se sustrae a cualquier género de clasificación. Tiene un parabrisas partido en dos por el medio, o sea, tiene que ser bastante antiguo, de los sesenta, quizá incluso de los cincuenta. Por debajo, justo por encima del parachoques, hay una amplia rejilla del radiador, pero no a todo lo ancho, sino extrañamente pequeña y tan estrecha que los redondos faros delanteros podrían formar con toda exactitud las comisuras bucales. Esa reja tan pequeña confiere al autobús los rasgos faciales de una oruga malhumorada.

Un golpazo sacude todo el autobús. La suspensión que poseyera en su momento hace tiempo que ha dejado de funcionar. Inmediatamente después del golpe sigue un breve y siniestro chirrido cuando parte del suelo del vehículo cepilla la calzada, luego se oye cómo brama el motor cuando Mahmoud cambia de marcha para tomar de nuevo velocidad. Mahmoud se coloca bien la gorra de capitán, y el autobús también hace un esfuerzo y acelera la marcha.

—Lamento lo de tu trabajo —le dice Lionel a Mahmoud.

—¿Cómo?

El autobús es viejo, pero no tan viejo como ruidoso.

—¡He dicho que lamento lo de tu trabajo! —grita Lionel.

—¿Y por qué?! —vocifera Mahmoud a su vez.

—Bueno, antes eras almirante.

—¿Sigo siendo almirante! —chilla Mahmoud, señalando con entusiasmo su gorra. El autobús da un salto y la gorra le cae sobre el rostro.

Lionel mira por las ventanillas laterales. Son pequeñas, como si el cristal fuera más caro que la chapa. Casi podría utilizarse el autobús para transportar prisioneros. Por fuera pasa de largo el paisaje turco. En realidad no parece distinto de los otros paisajes, es cálido y extenso, rocoso y polvoriento. Aparecen edificios con bastante frecuencia. Y las carreteras son mejores, sólo parecen malas cuando se viaja en un trozo de chatarra como ése.

Pero viajan en autobús. Avanzan volando. ¿Quién lo habría pensado?

Fue idea de los turcos. Le llamaron por teléfono y le preguntaron si él era el tipo ese de la televisión. Y él respondió que sí, que era el tipo de la televisión.

—¿Es cierto lo que dicen? —Era una voz ni joven ni vieja, tranquila, resuelta, enérgica. Un hombre. Hablaba un inglés que Lionel conocía por los británicos.

—¿Y qué dicen?

—Dicen que usted quiere entrar en Turquía con cantidad de gente.

—Atravesar Turquía.

—¿Cómo?

—Queremos pasar por Turquía. Eso es cierto.

—Entonces tengo que advertirle que nosotros, lamentablemente, no podemos permitirselo.

—Lo sé.

—¿Usted lo sabe?

—Lo sé.

—¿Eso significa...?

—Que sé que usted no puede permitirnoslo.

—¿Y eso quiere decir?

—Ahí no tengo experiencia. Pero llevamos caminando mucho tiempo. Hemos atravesado muchos países. Y nunca nos ha permitido nadie esa travesía. Pero tampoco ha molestado a nadie de verdad. Esta vez podría ocurrir lo mismo.

—No lo creo.

—*Sorry*, quizá no me haya expresado bien. Ocurre, naturalmente, que nosotros sabemos que estamos satisfaciendo un gran deseo propio y que, por eso, es justo y razonable que también nosotros satisfagamos algún que otro deseo a otras personas. Por eso díganos, por favor, lo que podemos hacer por usted... y por quién podemos hacer todavía algo...

—Lo está entendiendo mal. Somos la República de Turquía. Lo que insinúa usted quizá es realizable en una licencia de obras. Pero no si se trata de cientos de miles de personas. Para decirlo con claridad: si ustedes intentan cruzar la frontera, dondequiera que lo intenten, nosotros se lo impediremos. Los detendremos. Con todos los medios de que dispone un Estado soberano.

—Sí —había dicho él—, entonces sin duda tendrán que hacerlo. —Aún recuerda cómo le martilleaba el pulso en las sienes. Porque sabía que ése era el momento que tenía que llegar alguna vez. El momento en el que ya no servía de ayuda el dinero. El momento de la palabra—. Entonces arriesgaremos nuestras vidas.

—¿Cómo he de interpretar eso?

—Continuaremos nuestra marcha. Mire, para nosotros no hay ninguna diferencia. Es prácticamente la misma circunstancia que cuando se sube uno a un diminuto bote hinchable. Se juega uno la vida. Su país es para nosotros como el mar. Tampoco esperamos del mar que nos permita cruzarlo. Nos limitamos a seguir navegando y a ver si morimos. —Respiró hondo, aunque no necesitaba cobrar aliento, pero quería subrayarlo—: Tendrán que matarnos.

—Entonces los mataremos. ¿Entiende usted esto?

—Entonces nos matarán. Eso lo entiendo.

Durante un momento hubo silencio.

—Entonces nos matarán, como nos mata el mar. Lo digo otra vez: para nosotros no hay diferencia, quizá sea incluso más rápido. En cualquier caso, es más barato, porque no necesitamos chalecos salvavidas. Usted es el único para el que existe una diferencia.

—¿Qué quiere decir?

—Nadie hace responsable al mar de sus actos. El mar es el mar. Lo de ustedes es distinto. Ustedes son la República de Turquía. Ustedes tienen una opción.

—Ustedes también. Podrían detenerse.

—¿Y envejecer y morir delante de su frontera? No haremos eso. Proseguiremos la marcha y les forzaremos a tomar una decisión. Tendrán que decidir sobre nuestras vidas.

Al otro extremo de la línea no se oía nada. Lionel decidió jugarse el todo por el todo:

—Y para que no haya malentendidos. Les pondremos lo más difícil posible la decisión. Tendremos con nosotros las cámaras de televisión del mundo. Y lo primero que tendrán que matar será a nuestras mujeres y a nuestros niños.

Entonces la voz dijo al otro extremo de la línea:

—Voy a transmitir esto. Volveré a llamarle.

—¡Eh! —Un griterío recorre el autobús, también una risa. Lionel se agarra a la barra divisoria del parabrisas. Algunos niños se han golpeado en la cabeza y lloran. Mahmoud se vuelve sonriente hacia atrás y grita:

—Frena bien, ¿no?

Mete la primera marcha como si fuera una palanca y vuelve a tomar velocidad.

No tardaron ni una semana en llamar otra vez.

—Suponiendo que no le maten a tiros al cruzar la frontera —preguntó el hombre sin edad—, ¿qué hará entonces?

—¿Sólo si no me matan a mí... o a todos?

—Sólo a usted.

Lionel ya se había acostumbrado a la idea de que Malaika, esa alma de Dios, con la bondad de la oveja o del camello, nunca lo dejaría marcharse solo a Alemania.

—Bueno, me quedaría con los otros hasta que también me mataran a mí o algo así. —Frunció el gesto al teléfono, luego añadió—: Por desgracia, no puedo dejar esto.

No estaba claro lo que era más duro de aceptar, su convicción de estar unido a esa caravana para bien y para mal, o la constatación ecuánime del otro lado:

—Ya lo habíamos imaginado. No, ¿qué plan tienen ustedes, ustedes todos, si no mueren a tiros?

—Seguro que habrá visto en televisión lo que solemos hacer. Pues seguir caminando.

—¿Y cómo tenemos nosotros, tienen ustedes, la seguridad de que, una vez atraviesen Turquía, van a dejarlos entrar en el próximo país? Digamos... ¿en Bulgaria?

—Pues bueno, pienso que de entrada ya caminamos por Turquía. Y pensamos que luego, en la próxima frontera, haremos lo mismo. Entonces averiguaremos si Bulgaria nos mata a tiros.

—¿Y usted cree que eso va a volver a funcionar?

—Mejor, incluso.

—¿Y en qué se basa para decir eso?

—Pues porque podremos decir a los búlgaros que ni siquiera los turcos nos han matado a tiros.

Al otro extremo oyó una breve risa.

—Sé que no está muy en boga dejar entrar a extranjeros en el país. Pero ustedes no arriesgan mucho. No son responsables de los búlgaros. En el peor de los casos yacerán por tierra en torno a su frontera un montón de refugiados muertos. Pero nosotros les pondremos fácil el entierro. Traemos nuestras propias excavadoras.

—Menudo asunto ése también, sus excavadoras. Y en general toda su organización. Actualmente avanzan ustedes a un ritmo de quince kilómetros al día. Así eso dura una eternidad. Turquía no puede dejar que vagabundeen durante meses por el país, y sin vigilancia, cientos de miles de personas.

—Lo siento mucho, pero ésa es la estructura de nuestra caravana. Es nuestra agua, es nuestro alimento. Y quince kilómetros diarios es mucho.

Entonces dijo la voz:

—¿Estarían dispuestos a montarse en autobuses?

Y Lionel respondió que era él quien esta vez volvería a llamar dos días más tarde.

Hay un hombre al borde de la calzada cuidando una vaca. Lionel se asombra de que no guarde una segunda vaca o al menos una cabra. Ya ha visto a varios de esos hombres, cada uno de ellos guardando una vaca. Se pregunta por qué a ese

país le va mucho mejor que a su tierra natal, pero probablemente ellos podrían también guardar entre dos una sola vaca y vivir de ello, si no tuvieran continuamente una guerra civil o un golpe militar o una hambruna. Mahmoud toca la bocina para saludar. El hombre saluda jovialmente con la mano, con poco interés también. Por un momento parece que la vaca está guardando al hombre.

Se reunieron Mahmoud, él y algunos más, reflexionaron sobre cómo repartirían los camiones cisterna hasta que el turco dijo que en Turquía hay agua suficiente, es decir, partiendo de que se está viajando por ese país. Todas las negociaciones se llevaron a cabo, siempre, en ese lenguaje-de-si-y-quizá. Que enviarían autobuses con soldados, y Lionel dijo que ellos no se montarían si no conducían ellos mismos, y el turco respondió que entonces bloquearían la ruta con soldados, a lo que Lionel contestó que en principio estaba de acuerdo, pero que ellos comprobarían en los teléfonos móviles si el camino llevaba realmente a Bulgaria, a lo que el turco apuntó que podía ser también a Grecia, y Lionel dijo que sí, que también a Grecia.

El turco dijo que, en caso de necesidad, sí sería posible que los refugiados pusieran a los conductores, pero que entonces tal vez habría que pasar junto a algunas zonas donde ya había otros refugiados, y Lionel dijo que eso no era una novedad, pero que ahora ya resultaba difícil mantener activo el sistema de pago, y el turco opinó que eso quizá no fuera tan necesario, porque a lo mejor se podía facilitar el agua y los alimentos y el carburante y la electricidad; podía darse el caso si a cambio ellos pasaban por algunos campos de refugiados. Lionel hizo sus cálculos y comprobó que entonces harían falta más autobuses y mecánicos para las reparaciones si se quería estar seguro de avanzar deprisa, y el turco hizo sus cálculos también y dijo que eso, posiblemente, era cierto y que, de todos modos, era oportuno, porque después querían, naturalmente, que los autobuses hicieran el camino de vuelta. Lionel no sabe por qué, pero entonces él dijo de pronto, sin darle más vueltas:

—A no ser que los búlgaros también los necesiten.

Lo había dicho sin más, pero en el momento en que lo expresó pensaba exactamente lo mismo que se le estaba pasando por la cabeza al turco. Que también los búlgaros y todo el mundo en general prefería que recorriera su país

alguien que no hace quince kilómetros al día, sino cuarenta o cincuenta por hora. Que también los búlgaros se sentirían más a gusto si se les suministraban paquetes compactos de refugiados metidos en autobuses que una interminable caravana, imposible de abarcar con la vista. Y si no tenían que organizarlo todo de nuevo, sino que simplemente lo traspasaban todo tal como se lo habían suministrado a ellos.

—O los griegos —dijo el turco.

—O los griegos —repitió Lionel.

Y eso fue todo. Hasta la frontera, Lionel no supo lo que le esperaba y planeó la marcha como si nunca hubieran telefoneado, pero al otro lado, en efecto, había autobuses esperando. Cuando ya habían partido los primeros, llamó al número del turco para darle las gracias. Ese número ya no existía.

Mahmoud modera la velocidad. El autobús que le precede frena; tiene que dejar cruzar la carretera a un hombre y una vaca. El autobús es igual de feo, se trata del mismo modelo. Del cuerpo del autobús sale por detrás un bloque con el motor, destaca por detrás como un enorme trasero, pero al mismo tiempo como un trasero de extrema fealdad al que alguien ha cortado en vertical. Quien diseñó ese autobús, sea quien fuere, perdió por completo las ganas en ese punto y decidió: «Pues aquí se acaba el autobús». Luego pegó encima el nombre del autobús y se marchó a casa.

Mahmoud detiene su autobús detrás del otro.

—Déjame salir aquí —le pide Lionel.

Va a montarse en el de detrás. Es seguramente mejor que no sepa siempre todo el mundo en qué autobús viaja él. Mahmoud abre la puerta y le dice adiós con la mano.

Lionel se apea. Va hacia atrás, y cuando Mahmoud arranca, puede ver lo que está escrito en el trasero partido del autobús: «Ikarus».

«Claro», piensa.

El nombre de un niño que vuela.

El ministro del Interior no puede dormir. Tiene sueño, tiene un sueño increíble, pero tan pronto como cierra los ojos, le viene a la mente un problema que aún no ha resuelto. Desde hace tres días no ha pegado ojo. Partió de Turquía como alma que lleva el diablo; ya de camino al helicóptero informó a la cancillería de que tenían que conseguir el apoyo de toda la Unión Europea, de que sobre todo tenían que comprometer a Bulgaria y a Grecia. Rumanía no sería necesario, probablemente; los refugiados no querían embarcarse, querían la ruta por tierra. Entonces sólo quedaban Bulgaria y Grecia como países de tránsito. Si éstos no dejaban pasar a nadie, sería posible controlar el problema; entonces sólo habría que pagar a los turcos por los refugiados. Y la suma tendría que ser más elevada que la que ahorran si añadían a la caravana decenas de miles de sus propios refugiados.

Dinero puede conseguirse siempre. Una población que acepte refugiados, no.

El ministro del Interior se remueve en el sofá. Se lo han traído de su despacho, el tresillo en el que estuvo sentado con Leubl antes de Navidad.

Leubl.

¿Cómo se mantienen bajo control las fronteras de los búlgaros y de los griegos? Porque una cosa está clara: el mismo despliegue que hubo en la frontera turca con Iraq hará que allí todo se malogre exactamente igual. Los turcos no nos han aliviado del trabajo, piensa, los griegos y búlgaros tampoco lo harán. Tendría que hacerlo alguien. Alguien que represente nuestros intereses. ¿El Ejército Federal? ¿El GSG 9? Eso no lo permiten ni los búlgaros ni los griegos, las fronteras son asuntos intraestatales, en eso se muestran todos puntillosos. La cancillería ha de presionar. Y entonces se puede enviar a Frontex. La protección de las fronteras exteriores de la Unión Europea concierne a Frontex. Se podrían enviar soldados alemanes con uniforme de Frontex. Una especie de fraude de



uniformes, como Putin en Crimea. ¿A quién habría que llamar para eso? El ministro del Interior se incorpora y enciende la luz.

El reloj marca las dos y media. Se frota los ojos secos. No tendría que haber encendido la lámpara. A veces, semidormido, uno tiene ideas sutiles que, a la luz, resultan ser una memez. Ya se imagina cómo reaccionarán a su propuesta el Ministerio de Exteriores y la cancillería. Soldados alemanes bajo bandera de Frontex. Para cuando empiecen a simpatizar con esa idea, los refugiados ya han atravesado Núremberg. Su móvil parpadea. Tres mensajes. Los dos primeros son de la Oficina Federal de Protección de la Constitución. Han formado otra milicia urbana, esta vez en Baviera. Treinta miembros, número asombrosamente elevado de mujeres. Armas pesadas, granadas de mano, lanzallamas. Ni seis meses de existencia, pero ya totalmente radicalizada. No cabe duda de que harán uso de las armas: cuando fueron detenidos hirieron a ocho miembros de la Oficina Federal para la Protección de la Constitución. Y mataron a cinco. La tercera noticia dice que han encontrado un banco de datos. Hay informaciones sobre una red federal, pero en clave. Hay referencias a docenas de otros grupos, es posible incluso que ya se esté realizando una marcha en dirección sur.

El ministro del Interior se siente como sepultado bajo una ola gigantesca. Respira hondo, se imagina que se tiende del todo, como en arenas movedizas, como con una mochila antiavalanchas, no puede uno dejarse enterrar, hay que tumbarse, hay que repartir el peso, quedar siempre en la superficie.

Hay que surfear la ola.

No, qué estupidez. Entonces habría que colocar en la frontera a esos guerrilleros. El Estado ha de mantener el control, no entregarlo. Anota: «Actuar con máxima dureza. ¡Raabe!». Detener y encarcelar a diestro y siniestro. Que demanden ante los tribunales, ahora es cuestión de reaccionar con dureza. Al ministro de Justicia lo atraerá a su bando, él frenará durante unas semanas el ritmo de trabajo de sus jueces, hasta que el asunto de los refugiados esté superado; necesita que lo dejen en paz. Después que se cobren tranquilamente cada una de las resoluciones que él haya tomado.

Escribe al lado: «¡Dar una batida!». En todo el territorio federal. No puede tener a las derechas detrás, aunque para ello haya que encerrarlos a todos. Ya se

recobrarán cuando él haya resuelto el problema de los refugiados. Quizá hasta lo conviertan en su héroe, los de derechas están realmente así de chiflados. Si uno les calla la boca a golpes con aires de mando, ellos se lo toman, y esto es completamente en serio, por algo así como un argumento.

Así que a las siete, lo primero llamar a Raabe. Le envía enseguida un mensaje: «¡Llámeme! Urgente. A las siete».

Apaga la luz y vuelve a acostarse. Tiene un comienzo de dolor de estómago, una contracción, de la misma manera que está acostado completamente contraído, que respira completamente contraído y que trata de dormirse completamente contraído. *Evangeline* ha afirmado que en los últimos días se ha convertido en un Hombre-de-Estado, así, con guiones. Y eso es, sin embargo, una estupidez como pocas. Imprimieron fotos suyas de antes y de después, como secretario de Estado cuando juró el cargo y luego, dos días después de su regreso de Turquía. Les gusta su barba de tres días y dicen que da una sensación de dinamismo como Gerard Butler en *300*. Qué comparación. Trescientos hombres contra cien mil invasores equipados con armas pesadas: no sabe si se refieren a esa imagen dudosa, o si lo que quieren es crear un ambiente de agitación, o si les gusta, simplemente, ver a hombres con barba y semidesnudos.

El ministro del Interior se revuelve en la cama. Las tres y media. Bien, liquidado lo de los nazis. Ahora otra vez a los refugiados.

¿Qué habría hecho Leubl?

Ah, sí, eso está claro. No, ¿qué habría hecho el excanciller Helmut Schmidt? Esto es también una especie de inundación,<sup>1</sup> ¿no? Los búlgaros. Los griegos. ¿Cómo se consigue cerrar el flanco? Tienen que llegar a la convicción de que cada uno de ellos se quedará con los refugiados en su país. Tienen que llegar a esa convicción. Ni más ni menos.

Pero no parece que vaya a ser así.

Echler le ha comunicado que no pocos, en ambientes gubernamentales griegos y búlgaros, apoyan la idea de dejar pasar sin más los autobuses. Hay conversaciones extraoficiales con las etapas siguientes de la ruta a Alemania. Él ha preguntado a Echler cuán probable le parece que los búlgaros se atengan a las

reglas de juego comunitarias. A tenor del convenio de Dublín, serán los refugiados de todos ellos, eso debe de darles miedo.

Echler no dijo nada.

—¿Mitad y mitad? ¿Cuarenta a sesenta? ¡Venga, haga una estimación!

—Según el actual estado de cosas: si nuestras perspectivas llegan al diez por ciento, es mucho.

Al ministro del Interior le duele la nuca. Está acostado, con la cabeza sobre el brazo del sofá. Einsteiger ha tenido el detalle de dejarle una almohada de un hotel vecino, pero, como tantas almohadas de hotel, es un saco fofo y esponjoso, en el que la cabeza se hunde como una piedra. Así y todo se puede acolchar con él el brazo del sofá, pero el ángulo es, de todos modos, demasiado recto para la nuca. El ministro intenta de nuevo tumbarse boca arriba.

El alfa y el omega de todo es la frontera alemana. Si el resto de los países entienden que es impenetrable, las otras también lo serán. Él, ciertamente, ha reflexionado sobre dispositivos de disparo automático. Si con ellos no se encierra al propio pueblo, sino que se protegen las fronteras, vale la pena pensarlo. Y nadie está obligado a venir a la frontera; si se le dice que no debe acercarse y aun así se acerca, esa persona tiene la culpa en cierto modo, ¿no? Hasta ha rebuscado todo eso en Google, pero luego lo rechazó. No hay dispositivos de disparo automático que mantengan alejadas durante horas a cientos de miles de personas; en la RDA eran más o menos trampas explosivas que saltaban cuando alguien rozaba una alambrada o algo así. Pafff, y después quedaban vacías. No, habría que conectar sensores de movimiento a ametralladoras, pero dado que eso no se ha hecho nunca, en el mejor de los casos sería tan de fiar como si se hubiera confeccionado con accesorios de un mercadillo de electrónica. La ventaja es que ese trabajo de zapatero remendón es tan perfectamente absurdo que ni siquiera hay que reflexionar sobre el problema jurídico.

No hay ruidos en el edificio. Ni un crujido en la calefacción ni un sifón de retrete. No se oye si alguien ha abierto un grifo. Ni un pájaro dando saltitos por un canalón. Pero tampoco automóviles. Cuando era pequeño siempre veía por la noche los faros, sus rayos barrían el techo de la habitación. Nunca se estaba

completamente solo, la ciudad vivía incluso en la desesperada negrura de la noche. En su cuarto del moderno edificio del Ministerio del Interior no ve ningún faro. Nadie toca una bocina, ningún tranvía pasa por delante.

Un muro. Un foso para protegerse de vehículos; eso lo tenían en la franja de la muerte para que nadie pasara tranquilamente arreando con un camión. Campo abierto para disparar. Reflectores. Vallas por las que no se puede trepar hasta el final, porque sobresalen hacia delante, del mismo modo que se protegen los setos contra babosas y caracoles. Obstáculos de acero delante del muro. O detrás. Una especie de antepecho interior, como en un castillo. Una y otra vez, su cabeza ordena automáticamente las piezas de construcción, siempre se añaden otras nuevas, torres, cada vez se vuelve todo más incomprensible, pero la solución está en ordenarlo correctamente, porque sólo si él une perfectamente unas piezas con otras, todo resultará bien; la alambrada se interpone siempre en medio de todo, lo está haciendo mal, la alambrada es lo último. Primero el foso, la muralla, las puertas, lo mantiene todo en la mano como gigantescas piezas de puzle, pero siempre que coloca una pieza, es demasiado grande o se queda pegada a otras, y entonces deshace la muralla y ha de comenzar otra vez desde cero. La alambrada se enreda, empieza de nuevo, se propone concentrarse profundamente, muy despacio, primero levanta el muro, pero la alambrada está ahora enganchada en su jersey, su brazo cuelga de los pinchos, ya no tiene tiempo, ha de ordenar otra vez las piezas para que no se mezclen siempre unas con otras, los rollos de alambre, las piezas del muro, las torres, los faros, pero siempre está todo lleno de alambres, el muro se le cae de las manos, los rollos de alambre son tozudos y continuamente se separan...

El ministro del Interior sufre un sobresalto.

En alguna parte del edificio se oye una aspiradora.

Se incorpora. Siente los ojos hinchados, secos y pegados. Se levanta y va hacia el hervidor eléctrico. Quiere tomarse un té.

En lo jurídico, su margen de maniobra es mayor. No en la teoría, pero sí en la práctica. Quien quiera obrar conforme a derecho, ha perdido ya en ese juego. Todos actúan conforme al principio: quien tenga con él a los refugiados que vea cómo se los quita de encima. Dublín fue, evidentemente, una estupidez: quien

encuentre a los refugiados tiene que quedarse con ellos. Quien tiene fronteras exteriores es el tonto. Eso no fue nunca una solución, eso funcionó al principio sólo mientras no llegó ningún refugiado o muy pocos. Si son demasiados, la injusticia de esa norma es tan innegable que los Estados con fronteras exteriores se permiten enviar sin más a los refugiados al país siguiente.

Pero entonces Alemania puede permitirse también no dejarlos entrar. Ni más ni menos. El ministro del Interior se frota la nuca y saca una bolsita de té.

Teóricamente se tiene derecho vinculante, seguro, pero en la práctica allí se negocia todo de nuevo y por completo. Así hay que verlo: esto es una nueva negociación sin previo aviso y bajo condiciones realmente estafalarias. Como la carrera de los cobardes en aquella película de James Dean. En la que dirigen el coche hacia un precipicio y gana quien salta el último del coche antes de la caída al abismo. ¿Quién puede contemplar más tiempo el sufrimiento de los refugiados? Con la población alemana, evidentemente, uno tiene malas cartas.

Hierve el agua. El ministro del Interior la vierte sobre el té. No se debe hacer así. No se debe echar agua hirviendo en el té.

Lo más fácil sería prohibir las imágenes. Si nadie ve el sufrimiento, se gana claramente libertad de acción. Pero no habrá posibilidad de impedir esas escenas. Entonces se necesita un método con el que se cause el menor sufrimiento posible. Un muro. Pero todos los muros necesitan una puerta, o sea, se necesitan puertas como las de los búnkeres atómicos para el gobierno de Estados Unidos. Puertas de acero. Bueno, digamos que lo más sólido que se consiga en pocas semanas. Y si todo funciona como en Turquía, Alemania será simplemente el país que no abra la puerta. Que no se deja chantajear. No será necesario disparar; tiene que bastar con limitarse a no abrir.

Y una valla así, a lo largo de la frontera con Austria, por lo menos, o incluso también con la República Checa.

Impagable. Y completamente infactible en el tiempo que queda.

Por tanto, se necesitarán vallados más sencillos, y éstos habrá que defenderlos después. Todo gira de continuo en torno a lo mismo. Literalmente: al ministro todo le da vueltas y tiene que sujetarse. Parece que hay colegas que en una situación así tiran de cocaína. Pero él ni siquiera fuma. Su pulso se dispara.

Intenta hacerse muy ligero, tendido del todo, como en arenas movedizas. Está sudando. Fuera, los pájaros empiezan a piar. El ministro del Interior está muy cansado, horriblemente cansado. Su móvil parpadea. Un mensaje. Lo lee.

«Sales en *Evangeline*. No tienes buen aspecto. Cuídate.»

Tommy.

Se siente un poquito mejor al darse cuenta de que Tommy aún piensa en él. Agarra su taza y vuelve al sofá. Coge la manta y se la pone como un poncho en torno a los hombros antes de sentarse y recostarse. Cierra los ojos. Intenta imaginarse cosas agradables. Cosas tranquilizantes. Su habitación de niño. Los ruidos. El trinar de los pájaros. El chirrido del tranvía en las curvas. Siempre le gustaron los tranvías, mucho más que los autobuses. Cómo subía el conductor los troles que luego se deslizaban por el tendido aéreo, prácticamente sin ruido; lo más ruidoso del tranvía fueron siempre las ruedas en los carriles.

Los cables aéreos.

Las chispas en los cables aéreos.

Abre de golpe los ojos.

Ni siquiera puede uno alegrarse de verdad.

Sin embargo, habría por fin un motivo para ello. Sensenbrink cierra la puerta al salir y dice en voz muy baja:

—*Yes!* —Suena un poco como si por la mañana, en el baño, se montara en el patito de goma de su hija: «sssh».

Le pone nervioso, de verdad. Nada de «sssh».

Sino «*YES!*».

Y eso, indiscutiblemente, gracias a él. De acuerdo, se puede decir que Olav fue quien trajo la información. Pero quien la aplicó correctamente fue él.

Sensenbrink se deja caer en su tresillo, mete la mano en la bandeja para documentos que hay encima de él, en la estantería, compartimento inferior; le resulta un poco desagradable haberlo guardado. Pero tiene una pinta demasiado estupenda: las cuotas de pantalla del día de la frontera turca. Tira de la hoja, con fuerza, no se arruga ni se dobla, la ha plastificado cuidadosamente. A última hora de la tarde, cuando ya se había marchado la secretaria. Eso sin duda es ya bastante embarazoso, pero a tomar por culo. ¿Cuándo se han obtenido antes esas cifras?

El comienzo fue un poco frustrante, un poco por debajo de la media, los números a primera hora de la tarde también. Sensacionales, desde luego comparados con la enésima repetición de *The Big Bang Theory*, pero para AM, poco. Si se es el Bayern no se da uno por satisfecho con ser campeón de liga, se busca ganar también la copa. Luego, eso se ve ya en la línea del tiempo, muy clara la subida en el momento del paso de frontera. También en los otros. Estaban todos allí, n-tv, N24, la primera y la segunda cadena: otra vez la televisión pública por partida doble, en algún momento habrá que eliminar por

fin el canon televisivo, si los otros compran todos los eventos futbolísticos y se los quitan a uno.

Pero entonces, más allá de la frontera, de pronto todo tomó un giro muy distinto.

Sensenbrink tantea otra vez por detrás de su cabeza, con dos movimientos de mano tiene el otro gráfico que no cubre toda la jornada, que sólo analiza segundo por segundo la hora en torno al paso de frontera. Ahhh. Primero, algunos conectan de nuevo con el canal originario. Pero luego se divulga por el boca a boca: resulta que el viaje continúa. No es pasar-la-frontera-y-luego-sanseacabó, sino que es ahora cuando empieza de verdad. Es pasar-la-frontera-y-luego-autobús. Y las otras cadenas no han filmado nada. No tienen nada. Han concluido el trabajo, han pensado que era el final. Ni siquiera notaron esos grandes señores de la información lo que estaba organizándose con los autobuses. Dos días antes, se había encontrado en el centro de la ciudad a Klüpfel, ese idiota que fanfarroneaba con su saber interno sobre los planes de MyTV.

—¿Catorce drones? ¿Ocho equipos de operadores? Claro, la emisión es asunto vuestro: me quito el sombrero y todo eso, pero ¿qué más queréis filmar?

Precisamente el tal Klüpfel. Siempre fue uno de esos a los que no había que llamar a la oficina a partir de las cinco. Y ahora es un aburrido vicealgo o yo qué sé qué en la cadena WDR. Pero toda esa maravillosa red de corresponsales y de expertos en Oriente Próximo no le ayuda a uno ni de coña si el experto capta melodías en la frontera mientras que la auténtica música se toca dos kilómetros más allá. Sensenbrink sonríe. El cambio a los autobuses lo tuvieron dos horas en exclusiva. Y dos equipos de operadores viajaron incluso con ellos. Y aún siguen viajando cada día en otro autobús.

En exclusiva en MyTV.

Ahí no sirven de nada ni los lamentos ni el *Brennpunkt*.

Sí, y entonces está hecho, claro. Una vez que los espectadores han mordido el anzuelo, tienes la ventaja. Sí, por supuesto, de vez en cuando consultan la primera cadena para ver si está sucediendo de verdad lo que estás transmitiendo. Pero si la primera cadena no tiene imágenes, ¿qué hace el espectador?



Pues eso.

Al cabo de media hora accedieron, así y todo, a poner un rótulo en la parte inferior de la pantalla, y eso dio un segundo y auténtico empujón al éxito. La primera cadena dice que es cierto, pero que si quieres verlo, pon MyTV.

Una amplia sonrisa se extiende en el rostro de Sensenbrink. Han sido cuotas similares a las de Durbridge, en los sesenta. Nadie habría pensado que eso es posible hoy en día. Al final de la jornada, Kärner ya no podía sino ir por la casa, tambaleándose y pálido como un muerto, diciendo: «Con esto ya no bastan las opciones. Con esto tienen que hacernos participar en el *holding*».

Oh, sí.

De acuerdo, al ministro del Interior no lograron ponerlo ante las cámaras. Pero tampoco lo logró la primera cadena.

17 a 0 a favor de Sensenbrink. «*YEssss!*»

A partir de entonces no ha dejado que los espectadores suelten el anzuelo. Ahora emiten continuamente en directo, arriba a la izquierda, incluso durante el largometraje. Cuentan hacia atrás los kilómetros que faltan para la frontera de Alemania. Y con la velocidad de un autobús vale realmente la pena contar. En tiempo real. MyTV está puesto incluso de modo permanente en la mayoría de las oficinas. Es como el 11 de Septiembre, pero durante un mínimo de diez días.

Por eso no debe uno alegrarse. Excepto por los ingresos.

Ya habían vendido para Turquía espacios de publicidad. Y ahora resulta que, gracias a los autobuses, ya no se dispone de tanto espacio publicitario como se necesita para la publicidad vendida. Antes eran tres meses de marcha a pie, y ahora sólo quedan diez días. Diez días en los que la gente está pendiente del logo de MyTV, como los drogadictos de la aguja. Un mercado de ensueño: todos quieren entrar, pero está lleno.

Olav dijo: Vendemos el sitio al sol a precios de luna.

Y la cadena también puede elegir con quién se queda, porque todos pagarían. Incluso a las tres de la mañana el precio del minuto es demasiado elevado para las fulanas habituales de internet. MyTV tiene toda la noche clientes publicitarios de primerísimo orden.

Kärner le ha regalado hoy una caja de habanos, a cuarenta euros la pieza.

Enviados a casa con total discreción. Ayer una caja de champán. De Kärner personalmente; no puede ir como regalo oficial de la empresa. Sensenbrink ya espera con impaciencia lo que llegará mañana. Todo eso sería cojonudo si la condición no fuera callar la boca.

De lo contrario, lo más probable es que salga realmente caro.

Sin duda puede ocurrir que las retransmisiones en directo tomen un giro distinto del que se ha planificado. Que de pronto se suprima la hora de emisión. O que la hora de emisión se retrase. Y todo eso significa, no cabe duda, que también, por sorpresa, todo pueda tomar un desarrollo distinto.

Pero lo importante es, se quiera o no, por *sorpresa*.

Y la sorpresa ya podría ponerse discretamente en duda si se sospecha que MyTV en ese momento, por azar, está despegando con catorce drones y ocho equipos de operadores. Eso es normal, por supuesto, para el programa más importante de la cadena. Pero ¿dónde quedaría su credibilidad si se llega a saber que se han vendido durante semanas espacios de emisión para tres meses en Turquía aunque se sabía ya que los autobuses acortarían radicalmente ese espacio de tiempo? ¿Si se comprobara que se ha vendido al cliente publicitario un producto que ya se sabía que nunca tendría lugar?

No suena nada bien. Sí, claro, es discutible si algo así se puede demostrar y reclamar judicialmente, pero a la gente no le gusta mucho que le tomen el pelo. Esa gente con presupuestos de decenas o centenares de millones. Así que, desde días atrás, Sensenbrink tiene que ir de un lado a otro haciéndose completamente el sorprendido. Así pues, la historia oficial no puede decir: «¿Qué hacer con tanto dinero?». Sino: «Santo cielo, ¿cómo consigo los espacios publicitarios? Ay de mí, ¿qué les digo a los clientes?».

Y si alguien pregunta, siempre responder conforme a la misma norma: «Sólo hemos tenido suerte. Suerte y buenos colaboradores». Por supuesto que eso no se lo cree ni el que asó la manteca. Pero con todo.

En algún momento, dentro de veinte años, cuando no haya bicho viviente que vuelva los ojos hacia Nadeche Hackenbusch, contará a todos y a sus nietos que fue él quien manejó fantásticamente el asunto. Todos se pondrán a bostezar: «¡Otra vez hablando de la guerra el abuelo Sensenbrink!».

¿Y qué queda al final?

Champán, que sólo habrá que beber sin llamar la atención.

Puros, que sólo pueden fumarse en casa.

Dos gráficos, plastificados a escondidas y guardados pudorosamente como fotos de desnudos.

Sensenbrink coge los gráficos y se los pone delante. ¡Ya sólo con ver cómo la primera cadena se hunde bajo mínimos! Sonríe.

Cojonudo.

—¿Lo dice en serio? —Kaspers mira incrédulo al ministro del Interior—. Dígame, ¿ha dormido esta noche?

—No —responde el ministro—, pero una cosa no tiene que ver con la otra. Es la única solución factible.

El grupo es más reducido que la última vez. Están presentes Berthold, Kaspers y Gödeke. Migración, Asuntos Internacionales y Servicio de Inteligencia no están. Habrá suficientes protestas, y no es cuestión de reunir a más gente que ponga pegas.

—¿Ustedes saben que esto se ha hecho ya dos veces en la historia de Alemania? —Kaspers abre el fuego—. En la RDA y con los nazis. Y, sin duda, nadie de los que están en esta mesa tendrá a ninguno de los dos como modelo.

—En la RDA, con los nazis y en la cría de ganado. —Los padres de Gödeke son labradores en la Baja Sajonia.

El ministro del Interior levanta ambos índices:

—Antes de que nos quedemos atascados: el objetivo determina las posibles soluciones. Si yo proyecto con seis meses de antelación una procesión de antorchas, puedo darles mil vueltas a todos los puntos en común que tiene con los nazis. Pero nuestra misión es otra: tenemos quizá un poco más de cuarenta y ocho horas para enviar un mensaje inequívoco a Bulgaria y a los Estados en torno a la ruta de los Balcanes, antes de que ellos decidan lo que hacen con esos refugiados. ¿Estamos todos de acuerdo?

El trío administrativo asiente. Kaspers hace primero un gesto de apaciguamiento mostrando las palmas de las manos y luego las vuelve hacia arriba: «Vale, enseñe entonces lo que ha traído», dicen sus manos.

—Bien. Mensaje inequívoco, rápido —resume el ministro—. Yo veo tres variantes. Número uno: construimos un muro enorme de hormigón. No merece

mucho crédito, todo el mundo sabe que en diez días no pasamos de unos doscientos metros. Número dos: construimos una valla de acero o alambre, y detrás hay miembros de la policía de fronteras con ametralladoras y orden de disparar. Pero, en serio: ¿quién va a creer que ametrallaremos a cientos de miles de personas como en Verdún?

—Bueno, bueno —dice Gödeke—, no tienen por qué ser ametralladoras...

—Oh, sí, tienen que serlo. Si usted envía el mismo mensaje con gases lacrimógenos y vehículos lanza-agua, mejor es dejarlo estar. He visto las caras de los refugiados en la frontera de Turquía. Por un poquito de gases lacrimógenos no se detienen. Y tampoco se dan la vuelta, porque saben que los de detrás presionan de manera que a los de delante sólo les queda una dirección.

—Habría que esperar... —opina Berthold.

—Eso precisamente, no. Si queremos que los otros cierren su frontera tan herméticamente como nosotros la nuestra, entonces no deben pensar «vamos a esperar». Han de pensar: «Dios mío, esto va en serio».

—Pero corriente de alta intensidad... —Kaspers sacude la cabeza.

—No está prohibido pensar —recalca el ministro—. Quien tenga una idea mejor, que lo diga. —Luego se levanta apoyando las dos manos en el tablero de la mesa y grita—: ¡Y además podría haberlo dicho hace ya tiempo! —Se sienta de nuevo y toma un sorbo de agua en medio del silencio—. Les ruego que disculpen el tono.

Luego se incorpora en su sillón. Lanza un quejido porque poco a poco se le están entumeciendo la espalda y la nuca.

—Volviendo al tema: varias razones hablan en favor de acudir a la corriente de alta intensidad. Primero: es fácil de aplicar. Una alambrada se levanta enseguida, pero es sólo una alambrada, incluso si es de espino. Una alambrada con corriente de alta intensidad se levanta igual de deprisa, pero todos saben que es mortal. Por tanto, es realmente aplicable y por eso digna de confianza. Segundo: funciona automática e ilimitadamente. Si alguien mete la mano en la alambrada, el cuerpo transmite la corriente. Eso significa que no hay que recargar y sobre todo que no hay componentes humanos. No tenemos que pedir a nuestros policías de fronteras que maten en masa a seres humanos. Tercero: todo

ello es éticamente justificable. Al fin y al cabo, es nuestra frontera. Nadie obliga a los refugiados a que las toquen. Si ellos quieren ir a la muerte, que vayan. Pero entonces, es su decisión.

—Exacto —dice Kaspers—. Como con esa gente de los campos de concentración.

El ministro del Interior le dirige una mirada adusta.

—Yo... —empieza, y luego se interrumpe. Le cuesta el último resto de autocontrol, ya apenas existente, emplear un tono objetivo—. Quiero oír aquí aportaciones constructivas, no objeciones que no llevan a ninguna parte. —Mira a los tres, uno tras otro, a los ojos—. Pero con todo quiero decir una cosa, de una vez para siempre, antes de seguir discutiendo. Porque hemos de defender nuestra decisión, y quiero darles también argumentos para ello. Así pues, no debemos olvidar esto: si esa gente acaba próximamente delante de nuestra valla, ya no es porque huyan de la muerte o de la tortura. ¡Si aparecen ante nuestra valla, están huyendo de Austria!

Eso calma el ambiente de la mesa. Asienten vacilantes y sus ojos dicen que, en efecto, se puede ver así. Luego Gödeke pide la palabra.

—Pero usted sabrá que eso no es en absoluto tan fácil de aplicar.

—¿Por qué?

Gödeke intenta evitar la siguiente reprimenda:

—Si lo he comprendido bien, estamos aquí repasándolo todo, y sin prohibición de pensar, ¿no? No tengo ganas de que por eso alguien se me eche encima después.

—Sí, vale, vale —suspira el ministro—, empiece de una vez. Lo que aquí se dice se queda en esta sala.

—Bien. Digo de entrada que no soy en modo alguno físico ni ingeniero electrotécnico. Pero creo que tengo algunos conocimientos básicos y, por lo que sé, lo de la corriente no funciona como un imán del que se pueden colgar todas las piezas metálicas que se quiera, que después quedan también imantadas.

—¿Y eso significa?

—Significa que el cuerpo humano tiene cierta resistencia. Que absorbe energía, si ésta fluye por él. Y que si quedan pegadas a la valla cincuenta, cien,

yo qué sé cuántas personas...

—... cosa que todos nosotros, bien entendido, esperamos que no ocurra... — dice presuroso el ministro, también por Kaspers.

—... cosa que todos nosotros esperamos que no ocurra, sí —continúa Gödeke —, entonces en algún momento, para los siguientes que gatean por ella, no es más mortal que la pila de su linterna de bolsillo.

—Sobre todo porque cincuenta, cien, yo qué sé cuántas personas tienen también cierto peso —se suma a él Berthold—. Y en cuanto se interrumpe la corriente, ya no hay más. Entonces nuestra valla es una valla como todas las demás.

El ministro se encoge casi convulsamente de hombros y pone un gesto de dolor.

—Un ingeniero alemán lo puede lograr todo —dice.

—¿Cómo?

—La cuestión no es sólo qué es posible y cómo —recuerda a sus colaboradores—. La cuestión mucho más importante es la siguiente: ¿creen que vamos a ametrallar a miles de personas o que vamos a conseguir una instalación eléctrica como es debido?

—Y eso quiere decir...

El ministro se frota la nuca fatigado.

—Quiere decir que no sólo usted no es electricista, sino que yo tampoco lo soy. Pero los búlgaros tampoco lo son. Para decirlo con claridad: ha de funcionar técnicamente; no es una solución bonita, y estamos en un absoluto estado de emergencia. Pero lo más importante es que tengamos un relato que aguante la presión entre dos días y dos semanas. Tan importante al menos como el funcionamiento de una valla con corriente de alta tensión; no, más importante aún es que los otros miembros de la Unión Europea crean que funciona. No olviden lo siguiente: si los búlgaros retienen a los refugiados en la frontera exterior, si la marcha no sigue adelante y se detiene en sus fronteras, nosotros no tenemos que probar nuestra valla. Entonces los turcos habrán perdido y de pronto tendrán que construir otro campo de refugiados; mala suerte.

—Una cortina de humo —dice Kaspers.

—No es usual —dice Berthold en tono de aprobación—. Una valla Potemkin.

—No, no —interviene el ministro—, que no haya malentendidos: la valla tiene que funcionar. <sup>1</sup>

—La reacción pública será catastrófica —dice Kaspers sin necesidad. Pero, a pesar de su cansancio, el ministro percibe el tono aprobatorio. Que a Kaspers no le alegrará esa reacción, pero que lo considera el precio adecuado que en este caso hay que pagar.

—Tal vez no sólo eso —opina Gödeke—. La solución es tan poco habitual y tan drástica que podríamos conseguir con ella la aprobación de toda la derecha conservadora.

—Si con eso Pegida disminuyera un diez por ciento ya sería algo —calcula Berthold.

—Aportará más —eleva Gödeke los ánimos—: veinte por ciento, quizá veinticinco por ciento. Un gobierno que percibe la confianza de la población...

—Del sector reaccionario de la población —recuerda Kaspers.

—Puede ser —dice el ministro del Interior—. Pero eso no nos convierte aún en un gobierno reaccionario. —Saca su móvil y lo conecta otra vez, como señal de que la reunión ha terminado. Luego dice enfáticamente a Kaspers—: ¿Pondría, por favor, la televisión? ¿MyTV?

Kaspers enciende el televisor. El ministro echa rápidamente una mirada a la pantalla, luego sale disparado en dirección a su despacho.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Berthold.

Kaspers se inclina hacia el televisor y golpea con los nudillos en el número de los kilómetros, como si la pantalla estuviera rota.

Berthold lanza un silbido de incredulidad.

—Los muy hijos de puta no se han tomado el menor descanso. Viajan sin escalas. Así no falta mucho ya para la frontera búlgara.

Y Gödeke dice:

—Coño, mirad los caracteres de los letreros. ¡Son ya cirílicos!



Saba no dice nada.

Nadeche tampoco. Le gustaría tener algo que hacer. El equipo de televisión se ha bajado del autobús hace una hora; han transmitido treinta y seis horas sin interrupción y ahora tratan de montar un documental y enviarlo a la cadena desde la unidad móvil. También es probable que se hayan dormido enseguida. Está sentada junto a una mujer que ronca como dos hombres y que tiene a un niño en el regazo. Nadeche se arrepiente de haberle ofrecido el sitio. Dos asientos, qué lujo sería eso ahora. Habían dejado libre el doble asiento para Malaika, pero Nadeche no quería ese trato de preferencia e insistió en que se sentara la mujer. No podía reaccionar de otra manera con lo abarrotados que van los autobuses. Por cierto, eso no fue culpa de los turcos, fueron los propios refugiados, en la euforia por los inesperados autobuses.

—Si no tenemos que caminar, no importa estar algo más apretados.

En cada asiento, un adulto, sobre casi todos los adultos, un niño. Y en las filas de en medio, todos de pie. Seguramente el olor es horrible. Nadeche ya no lo percibe, pero en realidad su piel está bastante asquerosa al tocarla, y en ese autobús todo y todos están pegajosos. Hasta Saba huele un poco mal, sentada como va en su regazo, y Saba nunca huele mal. Pero su olor no es tan horrible, ni mucho menos, como su silencio.

Nadeche pasa la mano pegajosa por sus pegajosos cabellos. No sabe qué hacer. Cuando viajaban en el coche propio, podía conducir un poco, para cambiar, pero lo del coche ha sido suprimido de momento. Por Lionel.

Bueno, también por sensatez. Y porque, si no, habría tenido que renunciar a Saba. Hasta entonces ella había acordado con Lionel que Saba podía ayudarla y que, por eso, tenía que viajar en el coche. Pero ahora que todos van en autobuses, no puede ayudar mucho. Repartir agua, repartir aspirinas: todo eso lo

hacen ahora en las gasolineras. Los soldados. Y ningún autobús puede permitirse parar para que ella, con su coche cebra de color rosa, entregue un ibuprofeno. Desde ahora Saba ya no es su auxiliar, es una niña refugiada como tantas otras. Así que Saba ha de meterse en el autobús para no dar la impresión de que están creando para ellos una linda princesita refugiada. También lo ha dicho, claro, Anke, y ésa es de entre todos los guionistas de la emisión la más fiable.

Sobre todo cuando se trata de los sentimientos.

Nadeche saca un trapo sucio del pantalón sucio. Coge la botella, humedece el trapo con prudencia porque ya no queda mucha agua, y se lo pasa por la frente a Saba. Luego le hace con el trapo una cinta con la que rodearle la frente, a lo hippie. Uno se da cuenta de por qué la gente pensaba antes que los hippies parecían vagabundos, pero con todo mantiene tibia la frente.

Saba se deja hacer, inmóvil. Mira por la ventanilla sin ver nada. Luego dice:

—Tú tampoco lo sabías, ¿verdad?

—No —responde Nadeche.

Saba vuelve la cabeza hacia ella y la mira.

—¿Y él?

—Tampoco.

—Pero ¡él tenía que saberlo! ¡Y entonces tú también!

—Él no me lo dice todo. Sabía sin duda más que yo, pero eso no lo sabía.

Saba mira otra vez por la ventanilla.

—Eso él no *podía* saberlo, cariño. Nadie lo sabía. Los turcos tampoco. Todo estaba planificado de manera muy distinta.

La pequeña hippie no reacciona. Es difícil decir si Saba no lo cree o si Nadeche no puede llegar a ella. Aprieta desesperada a Saba contra sí.

—Eso me lo ha dicho él mismo. En realidad, lo que habían pensado era muy distinto.

Estaba planeado que la caravana se montara en los autobuses tal como hasta entonces habían caminado. Cada día se monta una sección de quince kilómetros. Poco a poco. Y los autobuses esperarían hasta que hubiese un gran convoy. Y los turcos lo han desbaratado. Le explicaron a Lionel que eso sólo formaría un atasco gigantesco. Un convoy, una vez formado, necesita una eternidad para

ponerse en marcha. Porque, en efecto, no pueden arrancar todos al mismo tiempo, como los vagones de un tren. Primero ha de arrancar el que va delante de todos, y después el segundo, después el tercero. Con diez autobuses, la duración, si todo marcha sin incidentes, es de cuatro minutos. Con cien, son cuarenta. Con mil son ya más de seis horas. Por tanto, si la cosa ha de ir deprisa, cada autobús ha de arrancar al momento y seguir adelante, siempre adelante. Cada autobús, dos conductores, paradas fijas para repostar, paradas fijas para el retrete, paradas fijas para proveerse de agua, y entre medias, nada. Pero también pensaron los turcos que se cambiarían a otro autobús poco a poco, por partes. Pensaron que en las horas que quedaban podrían cruzar la carretera y atraer a los otros autobuses.

Pero los refugiados no lo vieron así.

La pequeña hippie tiembla. Nadeche nota que el hombro se le está poniendo húmedo.

La actitud de los refugiados es comprensible. Quien al cabo de año y medio ve que la gente de delante se mete en un autobús, no se tumba a los quince kilómetros y se queda ahí, alegremente, pensando que al día siguiente él también se montará en su autobús. Ése sigue andando un kilómetro más, y así ese día son dieciséis, que tampoco es una cosa del otro mundo. Y los de detrás notan que los de delante no se han parado como otras veces. Entonces también siguen avanzando, porque son sólo dos kilómetros más, que es una birria al cabo de tantos kilómetros. Y eso se va transmitiendo porque oyen decir que están ahí los autobuses. Cosa que todos traducen automáticamente así: si ahora nos tumbamos y dormimos, mañana quizá ya no haya autobuses. Entonces empiezan a ir más deprisa. Y no sólo eso: cuanto más atrás se está, tantos más kilómetros hay que añadir a la jornada normal.

Nadeche ha visto las fotos en el smartphone. Todos han visto las fotos en el smartphone. Las fotos no eran de MyTV, eran de n-tv y de la primera cadena: gente que recorre pistas a toda prisa marcando el paso. Personas que empiezan a adelantarse unas a otras, algo que hasta ahora no se había visto jamás en la caravana. Cómo pasan unos al lado de otros. Y cómo entre los adelantados cunde el pánico al ver que los adelantan. Cómo los padres empiezan a cargar con los

hijos en brazos. Cómo pasan junto a los camiones a toda prisa para coger alimento, agua, y seguir corriendo como en un maratón. Figuras de miseria que desde hace ocho horas, doce horas, desde hace veinte horas corren sin interrupción, desde hace veinticuatro horas, impulsados por un miedo que nadie ha previsto. Padres que vociferan a sus hijos agotados, que los hacen avanzar a palos. Y el espanto en sus ojos, cuanto más se retrasan.

Gentes que de pronto corren como si en ello les fuera la vida.

—Si él lo hubiera sabido, lo habría hecho de manera muy distinta —le susurra Nadeche a Saba en el oído, aunque no sabe si es cierto.

Lionel le ha contado que los turcos le llamaron por teléfono. El número de teléfono que de pronto ya no existía reapareció de pronto y alguien le gritó:

—¿Se detiene su gente por fin en algún momento o qué? ¡Por hoy hemos terminado!

Lionel llamó al punto a sus colaboradores y se dio cuenta enseguida de que ya no controlaba la situación. Aunque hubieran gritado a la gente más veces aún que había suficientes autobuses, que podían descansar tranquilamente al menos dos horas, nadie les habría creído. Nadie da crédito a noticias tranquilizadoras cuando miles de esos terribles, insomnes, aterrados fantasmas pasan ininterrumpidamente a tu lado y sólo quieren seguir y seguir. Se les ve en las caras ese miedo a quedarse atrás, porque de hacerlo todo habrá sido en vano.

Entonces, por lo visto, los turcos comprendieron con suficiente celeridad que se produciría una catástrofe si trataban de interrumpir el embarque. Enseguida todos trabajaban sin pausa para hacer llegar por las carreteras abarrotadas suficientes autobuses. Sin duda prepararon a ese fin una nueva pista. Hay algunas fotos del pequeño aparcamiento tomadas por drones: parecía una gigantesca picadora de carne en la que estaban mezclados y revueltos seres humanos y autobuses. Porque si las personas empiezan a acelerar la marcha, ya no llegan al mismo tiempo. Pero en la frontera no hubo catástrofe. No la hubo sobre todo porque ya se había producido antes en la pista.

Nadeche recuerda las fotos que hay de Pakka, cómo está de pie junto a su coche ambulancia, rendido, resignado, llorando en algún sitio al borde de la pista. Continuamente se ve allí gente tendida en el suelo, a lo largo de todo el

camino al paso de frontera; la caravana ha dejado atrás a miles de personas. Gente que se ha derrumbado y no puede continuar. Algunos sólo tienen calambres, otros están inconscientes. Colapso. Muchos están heridos. Fracturas de huesos por caminar sin cautela, por el trajín, por las patadas de otros también.

Algunos están muertos.

La mamá de Saba envió una foto al móvil.

Intentó dejar atrás dignamente al papá de Saba. No pudo enterrarlo, evidentemente, con la prisa: no sabía que en teoría tenía tiempo suficiente. Si lo hubieran sabido, él no habría acabado muriendo de agotamiento. Dignamente es, desde luego, relativo. En este caso quiere decir que lo arrastró fuera del centro de la pista. Lo apoyó, sentado, contra un declive del terreno. La apariencia es, en efecto, algo más digna, tal vez sólo parezca menos pasivo que si hubiera quedado tendido sin más en el suelo. No está muy claro si la mamá de Saba lo ha colocado con la mirada puesta en el paisaje de Iraq o con la mirada en el pavoroso esprint final a la frontera. La mamá de Saba, finalmente, le colocó, apretado en el brazo, un juguete de cada uno de los tres hijos.

Luego siguió corriendo. Al autobús.

Nadeche nota que la humedad le va calando el sujetador. Pero las sacudidas han cesado. Mira con el rabillo del ojo, haciendo un esfuerzo, la sucia cabecita. Saba se ha dormido.

Ya es algo.

—Tengo una buena y una mala noticia —dice al teléfono la presidenta de la Comisión Europea.

—Bueno, algo es algo —contesta el ministro del Interior. Ha puesto el manos libres porque ya no puede estar sentado, prácticamente. Sus hombros son puro alambre, la nuca es una prensa de carpintero, la espalda está bloqueada y sólo se calma cuando el ministro está de pie—. Primero la mala —dice.

—Vale: no tenemos nuevo acuerdo.

El ministro no dice nada. Tampoco le sorprende mucho. Suena como alguien que toma nota de algo desagradable que esperaba.

—¿Qué han dicho?

—No mucho. Pero los franceses aceptarían ahora a cinco mil.

—En lugar de tres mil.

—Me imaginaba que esto no nos llevaría realmente a ningún sitio. Aunque dos mil más son dos mil más.

—¿Y qué más?

—Nada más. Pienso que los franceses aún se moverían algo si los otros insinuaran que colaboran de algún modo. Pero los otros no lo hacen. Los italianos, españoles, portugueses y griegos dicen que ya han hecho bastante. Y nuestros amigos del Este que...

—Lo sé. Sólo puedo insistir en lo mismo: somos *nosotros* quienes les estamos haciendo el favor a ellos.

—Ellos lo ven de otra manera.

—¿Los búlgaros? ¡No me diga!

—Justamente los búlgaros.

No es más que un juego. El juego de pasarse la carta de la patata caliente. Un niño celebra su cumpleaños. Está invitado un niño al que nadie quiere. Y todos

los niños se ríen y hablan de lo divertido que sería que justamente ese estúpido niño rico se quede con la patata caliente. Primero se hacen señales sobre quién tiene ahora la patata caliente y quién ha de dar una carta determinada para que la patata acabe en las manos del niño imbécil. Las señales son cada vez más claras. En algún momento les resulta demasiado fatigoso, cogen la patata caliente y se la pasan al estúpido niño rico, le meten la patata caliente en su abanico de cartas, boca arriba, sin más secretos, sin jugar ya. Le dicen: «¡Chincha y rabia!». Y cuando el niño se pone a llorar, están aún más contentos.

—No me gusta decirlo —insiste—, pero los búlgaros tendrán que arreglárselas solos con los refugiados. —Alemania es tal vez estúpida y rica, pero sabe defenderse.

—Es lo que yo también les he hecho saber —se suma la presidenta a su opinión—. Pero dígame con sinceridad: ¿lo cree usted?

—Yo sólo lo digo a tiempo: quien abre las fronteras ha de cargar con las consecuencias. Si los búlgaros creen que los serbios les aliviarán del problema, si los serbios piensan que lo harán los húngaros, si los húngaros ponen su esperanza en los austriacos: eso es problema de todos ellos. Pero nosotros no lo haremos. Nosotros ya hemos llegado al máximo. Alemania ha alcanzado su límite.

—Y, sin embargo, ofrece usted una repartición.

—Algo ha entendido usted mal ahí. Nosotros no ofrecemos absolutamente nada. No podemos ofrecer nada de nada. Pero si se nos pide apoyo en una situación desesperada, siempre estamos dispuestos a ayudar. No haremos menos que Francia.

—¿Cinco mil refugiados?

—Tenemos un límite máximo fijado por la ley. Y la misión de defender nuestro país. Por otra parte, rige todavía el principio de la proporcionalidad. Si se trata de un número relativamente reducido, podemos prescindir de actuar con dureza. Eso lo sabe usted igual que yo.

—Sí. Lo sabe usted, lo sé yo, lo saben todos. Pero los Estados de la ruta balcánica parecen dispuestos a correr el riesgo.

—¿No ha dicho usted algo de una buena noticia?

—Creo que necesitamos más tiempo. No es bueno decidirlo todo estando acalorados.

—No somos nosotros los que aceleramos, son los refugiados y (no puedo probarlo pero es así según las apariencias) los Estados de tránsito.

—Vale, preste atención: la cuenta es bien simple. Si las fronteras ya no funcionan, Alemania corre el peligro de dejar de ser un miembro activo de la Unión Europea. Si Alemania cae, cae la Unión Europea. Hasta ahí estamos de acuerdo, ¿no?

—Ese punto ya lo hemos superado. Las fronteras de los otros ya no funcionan.

—Pero esa impresión podemos repararla.

—¿Y cómo?

—Dejamos que dé la impresión de que las fronteras funcionan. Si Alemania se hace cargo voluntariamente de los refugiados, podemos seguir afirmando durante algún tiempo que la frontera funciona. La Unión Europea, agradecida, constata por unanimidad que Alemania sólo en ese caso ha hecho, una vez más, una excepción especial.

—Por unanimidad —dice sarcásticamente el ministro.

—Por unanimidad, eso lo consigo. Usted puede creer que no logramos nada, pero eso lo consigo, le doy mi palabra.

—¿Y de qué nos sirve ese tiempo extra?

—La Unión Europea puede acordar una política de refugiados que sea de verdad consecuente.

—¿Y eso se lo cree usted? —pregunta él a su vez.

—Sé con seguridad una cosa: si la frontera de la Unión Europea cae de modo que todos lo perciban, ya nadie verá la necesidad de llegar a un acuerdo.

—Para la frontera alemana vale lo mismo. No, sólo funciona así: si los búlgaros se han quedado con el primer cuarto de millón de refugiados, se pensarán si quieren un segundo.

—¿Instalarán ustedes de verdad esas vallas electrificadas?

—Sin comentarios.

Ha aparecido ya en varios periódicos, el *Bild* le llama ya «Mr. 100.000



voltios». Él mismo lo ha filtrado, para que el plan se conozca lo antes posible. Para ello no necesita respaldo político. Oficialmente, la Cancillería Federal no sabe nada y al parecer tiene que examinar el asunto. Le han dicho claramente que es él quien tiene que responder de todo: si la cosa sale mal, si recibe críticas, si hay un escándalo; en el fondo, siempre. Hay expertos que consideran completamente irrealizable el plan; otros, en cambio, dicen que es perfectamente factible. Que se traslada con mayor facilidad corriente eléctrica que tropas. Lo que le ayuda es la opinión generalizada de que los alemanes no tienen fama de hacer falsos envites.

—Me temo que entonces no puedo ayudarle —dice desconsolada la presidenta—. Sabe que seguiré intentándolo, pero no puedo venirles con que Alemania se queda con cinco mil refugiados.

—Y usted sabe que no sé regatear. Puedo decir siete mil, puedo decir ocho mil, pero nunca llegaré a la magnitud con la que usted puede hacer algo. Yo ni siquiera podría hacer que mi población aceptara a la mitad de los refugiados.

La línea permanece silenciosa.

—No se me ocurre nada más —dice la presidenta. De pronto también su voz suena increíblemente cansada y horriblemente vieja—. Ya no sé siquiera dónde encontrar otro punto de partida. Por lo que parece, tenemos que correr el riesgo y esperar.

El ministro del Interior se despide. De pie, en su despacho, comprueba que él tampoco sabe ya por dónde empezar. Lo que quiere decir que ahora podría también recuperar todo el sueño que necesita.

En el autobús se ha hecho el silencio. No sólo un silencio mayor que en Serbia o en Hungría. Entonces el ambiente todavía era alegre, como en una excursión a una gigantesca boda de pueblo. Ahora todos se han vuelto poco a poco silenciosos, hasta los niños pequeños, que por lo general no paran de pelearse o de gritar. No es fácil decir cuándo empezó. Quizá cuando los montes empezaron a alzarse cada vez más junto a la calzada. Probablemente cuando en la calzada contraria se veían cada vez menos coches, en pleno día. Entretanto, ya no viaja nadie más.

Los alemanes han cerrado su lado de la frontera, ahora los refugiados, al ver desierta la calzada opuesta, se sienten extrañamente solos. Como en las películas del oeste, cuando el tiroteo es inminente y todos los no implicados abandonan a toda prisa el *saloon*.

Por las ventanillas miran esa Austria asombrosamente húmeda. Las nubes están muy bajas. La abundante lluvia ha fertilizado la tierra, al menos allí donde no hay casas ni carreteras. Es un país repleto, por todas partes hay algo, no hay vacíos en ninguna parte. Él se ha dado cuenta enseguida de que tenía razón: no hay cabras por ninguna parte. Llama la atención porque allí aparecen por doquier penachos de hierba. Qué extraño que a esos europeos no se les ocurran ideas más sencillas. A lo mejor son tan modernos y ricos que han perdido de vista las numerosas ventajas de las cabras. Eso es doblemente bueno: así, él no les hará la competencia. Tienen miedo de que les quiten trabajo, pero allí nadie se ocupa de las cabras. Ochenta millones de alemanes y prácticamente ninguna cabra: con que sólo diez alemanes se repartan una cabra, es un mercado gigantesco, que más vale atacar con decisión.

—Conduce más despacio —dice a Mahmoud—. Colócate delante de los tipos que van detrás de nosotros.

Observa que el vehículo militar austriaco que va delante toma velocidad y luego, a unos cientos de metros, modera asimismo la marcha.

—Más al centro —indica a Mahmoud—, que no nos adelanten.

—Más al centro —repite Mahmoud como un contramaestre.

Lionel indica a los que van detrás que den a entender además el cambio de velocidad al autobús siguiente. Ahora van por encima de un pequeño río asombrosamente recto. Primero tomó el surco de agua por un canal, pero Google Maps lo denomina «Salzach».

—¿Me detengo? —pregunta Mahmoud.

Lionel señala los rótulos de aparcamiento para la siguiente salida.

—Espera a estar ahí.

Le pone delante su smartphone; Google Maps muestra una pequeña área de descanso.

—Te sales, pasas el aparcamiento y luego estás enseguida otra vez en la autopista y allí te pones de través, pero de modo muy claro. A partir de ahí marchamos otra vez a pie.

—Entonces ahora la cosa se pone seria, ¿no?

Mahmoud se dirige al aparcamiento. Habría sido posible seguir un poco más, directamente hasta la frontera, pero Lionel no quiere estropear la imagen.

—Cuando nos hayamos parado y también los de detrás, busca unos cuantos conductores y con los autobuses bloqueáis por completo la vía. No quiero que algunos listillos hagan trampa y se adelanten.

Ha hablado con algunos miembros de la televisión de Malaika, que dicen que la foto de mejor efecto en televisión es la que muestra a gente desamparada con niños de la mano y, desde luego, a pie. Porque esa misma gente con los mismos niños parecen en la televisión menos desamparados si van en autobús. Porque, además, en el autobús no ve nadie si llevas a un niño de la mano o no.

La autopista describe en ese punto una prolongada curva hacia la izquierda; las cámaras de la frontera pueden ver bien desde lejos cómo se acerca la gente con los niños. Para ello, los han ido recolocando durante los últimos días delante. En el fracaso de la frontera turca, los hombres jóvenes resultaron ser los más fuertes. Eso embrolló el orden, por eso los han puesto ahora más atrás. Todos

saben que en la caravana hay muchos hombres jóvenes, pero no hay que ponerlo de relieve. Una novia se pone guapa, no fea, para la boda.

Mahmoud lleva el autobús por el área de descanso. Modera la marcha en la franja de acceso que desemboca en la autopista y luego se coloca muy lentamente de través. Abre las puertas y apaga el motor, la primera vez después de una semana.

El silencio, la falta de vibración del motor diésel confiere algo definitivo a ese momento.

Alguien lanza un grito de alegría. De pronto estalla el júbilo, como si ya estuvieran en la meta. Lionel se apea. El aparcamiento está rodeado de arbustos. A través de los arbustos se ven luces intermitentes giratorias; la policía austriaca acordona los caminos para que, en el último instante, a nadie se le ocurra la simple idea de quedarse allí. Organizaciones de ayuda humanitaria han instalado estaciones de reparto de agua y de comida. Asimismo, hay soldados guardando los caminos que salen del aparcamiento; algo innecesario porque esos caminos están abarrotados de vehículos que llevan pintados los logos de las organizaciones de ayuda humanitaria. El aparcamiento sólo puede atender a una pequeña parte de la gente. Personas que hasta ahora estaban esperando sentadas junto a sus coches se ponen en pie. Empiezan a tirar cigarrillos y a vaciar vasos de cartón para dirigirse a sus vehículos con los que quieren atender a los sectores de la caravana más alejados.

En las alambradas que separan el aparcamiento hay gente mirando. Muchos llevan en la mano algo de apariencia informe que, visto más de cerca, resulta ser un animal de peluche. Él ya lo ha oído decir: los refugiados atraen a turistas con animales de peluche como un pez muerto a los gatos. Porque los europeos suponen, por lo visto, que el refugiado no necesita nada con más urgencia que animales de peluche. Excepto los húngaros, muchísimos de los cuales les han arrojado piedras. En realidad —ésa es su valoración tras una breve mirada al interior del autobús—, parece más bien que a la mayor parte de ellos les gustaría tener sobre todo jabón.

Lionel descubre en su móvil la señal GPS de los coches para bebés. Están aún a quince o veinte kilómetros, pero se acercan a gran velocidad. Malaika va en un

autobús cinco kilómetros más atrás. Un coche cebra de color rosa pasa junto a los autobuses, frena, un cámara desciende y se abre paso apresuradamente hacia Lionel. Él le hace señas con la mano, tranquilizándole. «Tenemos aún muchísimo tiempo», dicen sus gestos. Ahora ya no queda sino esperar. A los otros autobuses. No a todos, eso sería tan absurdo como empezar a caminar con sólo cien personas.

La cabeza sigue cavilando, pero ahora, realmente, ya no hay nada que hacer, porque todo está hecho. La cabeza hace su estupidez habitual. ¿Ha sido de verdad correcto pasar la frontera por aquí? De pronto le asalta la idea de que la decisión ha sido equivocada. De que el puente sobre el Eno habría sido la mejor solución.

Pero ha tenido que sacudirse ya tantas veces esa idea de la cabeza que poco a poco le resulta más fácil. Sin duda: habría sido máximo efecto en mínimo espacio. El puente tiene sólo treinta o cuarenta metros de largo; los alemanes habrían podido bloquearlo con resolución y ellos habrían corrido contra los alemanes con la misma resolución. Sin temor a la muerte, sin ninguna posibilidad de esquivarla porque, debajo de ellos, fluye a derecha e izquierda el Eno. Entonces los alemanes habrían tenido que decidirse. Un bonito enfrentamiento. Pero ¿quién lo habría visto?

¿Adónde irán las cámaras de televisión? Los alemanes no les pondrían a disposición ningún buen emplazamiento. Probablemente tendrían que colocar a sus operadores en barcas o en balsas ancladas en el Eno. Y desde allí, por debajo del puente, apenas se ven los rostros y sólo se consiguen fotos malas, movidas. Además no estaría descartado que los refugiados saltaran al Eno cuando hubiera peligro. Entonces todos dirían: «Él tuvo la culpa, se ha ahogado». En el paso por Salzburgo no puede pasar eso.

Hay más sitio para dispersarse a la derecha y a la izquierda. No sabe cómo de grande es realmente el deseo de llegar a Alemania y sólo a Alemania. ¿Qué ocurre si la mitad decide que Austria, a decir verdad, ya está muy bien?

¿Si la otra mitad cree que desde allí puede seguir adelante por su propia cuenta?

¿Qué pasa si mañana o pasado mañana él empieza a correr y está solo delante

de la frontera? Al final del día, por trochas y caminos ocultos, todos están en Alemania, todos, con una excepción: él.

Lionel se masajea la frente con las palmas de las manos. No es la primera vez que piensa semejantes estupideces. Y siempre llega a la misma conclusión: ¿Cómo podrían abandonar al hombre que camina con Malaika y con las cámaras? Le seguirán porque es la mejor opción de un buen porvenir.

Los alemanes no dispararán porque son un pueblo bueno. Tampoco conectarán la electricidad. Ellos cuentan esas historias porque los refugiados son fatigosos, eso se comprende, y estarían encantados si los refugiados llegaran a ellos en menor número, algo perfectamente normal. Por eso hacen como si fueran malos. La política es así. Pero en el momento decisivo, los alemanes son gente de bien.

Ha cesado la lluvia. La capa de nubes se ha abierto y el sol hace que el ambiente sea agradable en el aparcamiento. Alguien de la televisión le pone en la mano una botellita de agua y algo de comer. «¿Por qué no?», piensa Lionel.

Se sienta en el suelo, con la espalda apoyada en un neumático calentado por el sol, y contempla los montes. Malaika le ha hablado de ellos. Allí hay leche y chocolate. Él le dijo que quizá se equivoque, que el cacao proviene con seguridad de África. Ella replicó que era posible, claro, pero que en Alemania el chocolate solía provenir de los Alpes. Sólo en invierno lo traía un rey de una aldea llamada Aquisgrán.

Lionel toma un trago de agua e hinca el diente en un trozo de pan grasiento en el que hay una rodaja de color amarillo claro que tiende un poco a mohosa. Mastica valientemente. Que todos vean qué bien se adaptará a Alemania. Eso es todo lo que puede hacer hasta que llegue el domingo.

El ministro del Interior tiene la impresión de estar en un antiguo noticiero semanal. Rommel <sup>1</sup> inspecciona la línea Sigfrido. <sup>2</sup> Tal vez haya sido poco hábil haberse procurado un uniforme de la Policía Federal. El ministro lleva puesto un chaleco antibalas, esta vez su apariencia es sorprendentemente buena, resuelta, cuando saluda a los policías. Las televisiones de Alemania del Norte, de Alemania del Oeste, de Baviera, la segunda cadena, RTL, MyTV, N24, todos están presentes. Tienen acceso casi a todas partes, el ministro quiere mostrar que allí se ha trazado una frontera insuperable. Gödeke lo conduce a las instalaciones; lleva asimismo uniforme, pero con botas y una pistola. El ministro del Interior ha puntualizado que quiere ver gente con armas de fuego.

—Pistola, ametralladora, mejor una y otra. Quiero que hasta con el más mínimo movimiento de cámara de cualquier informativo se vean por lo menos tres armas de fuego. La cosa va en serio. ¡Y francotiradores!

Ha tratado punto por punto el transcurso de la entrevista con Gödeke. Nada de jovialidades, nada de observaciones amables a la prensa: el mensaje ha de ser inequívoco. Han reunido a los medios en una sala en la que se los oye bien, y Gödeke tampoco se vuelve a los periodistas diciendo: «¿Empezamos?», sino que el ministro le concede la palabra antes de decir él:

—Señoras y señores, no tenemos mucho tiempo, así que vengan conmigo, por favor.

Se trata de transmitir firmeza. Además él quería tener sobre el terreno a la unidad GSG 9. Quiere que se vean sus fusiles de asalto y sus escopetas de caza. Ha ordenado que acudan todos los vehículos especiales disponibles, con quitanieves de reja montados adicionalmente, como si se pudiera repeler con ellos a los refugiados. Eso es más bien simbólico. Más en serio hay que tomar a los Mowags, que él, por vías no burocráticas, ha mandado rearmar. Quien

entienda de ello se extrañará por fuerza: la Policía Federal no disponía hasta ahora de Mowags con ametralladoras, y menos aún con ametralladoras pesadas. Y quien se extrañe también podría preguntar por la base legal. Al ministro del Interior le preocupa poco: los periodistas que se interesan por cuestiones jurídicas no suelen conocer ni siquiera la diferencia entre una ametralladora y una metralleta. Por lo general suponen que la policía tiene todo eso a partes iguales en algún sitio del armario.

Acompañan a los periodistas hasta los vehículos de transporte. Tendrán que dar un rodeo para visitar las instalaciones de la frontera por fuera, por el lado austriaco; salir directamente ya no es posible desde hace días. Ahora hay que viajar por Suiza o Italia, o, como hacen los vehículos de transporte, por ciertos caminos sinuosos oficiales. Para que permanezcan secretos, no hay ventanas exteriores. Hay que entregar los móviles para que ningún espabilado siga la ruta por GPS.

Los últimos días pueden haber parecido quizá una serie de reveses, pero para el ministro del Interior eso sólo significa que nadie llevará a cabo en su lugar la desagradable tarea de rechazar a los refugiados. Ni más ni menos. Tampoco es un problema.

Entra el primero con Gödeke, porque la prensa, por razones de ocultamiento, aún ha de dar unas vueltas adicionales. El ministro del Interior se apea y mira a su alrededor. La zona fronteriza, que desde hace una semana está bloqueada permanentemente por camiones aparcados, está vacía y produce la impresión de un campo de batalla preparado. Todas las construcciones dedicadas al servicio de los clientes, las estaciones de servicio, están cerradas con vallas que seguramente no serán suficientes. Por eso, también algunas ventanas de los edificios del área de descanso Walserberg están tapadas y atornilladas con tableros de aglomerado, sobre todo en los pisos superiores. En el piso bajo se ha preferido dejarlas todas tapiadas con obra de mampostería. El gran edificio del Walserberg-Sur aparece silencioso a la luz del sol, como un barco varado.

Como no son del todo improbables los saqueos, se vaciaron las gasolineras hasta la última gota. Hasta donde sabe el Ministerio del Interior, el arrendatario ha demandado a Austria por la pérdida de ganancias. Eso no ha cambiado nada,



los austriacos también prefieren resolver primero el problema y aclarar después las cuestiones jurídicas. El Ejército Federal puede entrar en acción para proteger la seguridad interior. Ellos pueden utilizar auténticos carros blindados. No es que sea muy adecuado para la lucha cuerpo a cuerpo, pero el efecto que causan es más contundente. O podría causar esa impresión.

Llegan los furgones con la prensa. El ministro del Interior espera hasta que han bajado los reporteros y deja que aquel extraño escenario haga su efecto en ellos.

—Como cuando la crisis del petróleo —dice un operador, que sólo puede conocer esa crisis por la televisión.

Gödeke y el ministro van delante. Se suben con los reporteros a un estrado construido expresamente para la prensa, desde el que se tiene una vista general. Por encima de las instalaciones recién levantadas pueden ver Alemania.

—Como antes, con el muro de Berlín —apunta Mr. Crisis del petróleo.

—Lo que aquí vemos son vallas de alta seguridad y del mayor nivel —empieza Gödeke—. Afianzadas varias veces hacia atrás, aguantan cualquier presión. Pocos refuerzos transversales y casi imposibles de escalar. Protegidas por arriba con alambradas de la OTAN. Los soportes están clavados en el suelo a un metro de profundidad y empotrados en hormigón. La valla tiene seis metros de altura desde el suelo, con saliente en la cresta.

—¿Grado de dificultad? —pregunta una joven con impertinencia.

El ministro mira a Gödeke.

—Hemos pedido una evaluación al Club Alpino, y dicen que entre más de ocho y menos de nueve.

La chica impertinente silba entre dientes.

—Por tanto, tienen ustedes que practicarlos unos años, nadie les va a mostrar cómo se escala. Pero nuestro objetivo es que si llegan aquí no intenten siquiera escalar.

—Podría parecer aún más disuasorio —opina un joven reportero—. Los enclaves de África del Norte son más seguros.

El ministro del Interior le da tácitamente la razón.

—La apariencia de la valla se debe sobre todo a la rápida reacción a la que se

ha visto obligada la Administración —explica Gödeke—. No sirve de nada levantar aquí, directamente junto a la autopista, un supermuro que luego sólo tiene doscientos metros de largo, y que a continuación haya sólo una valla de jardín. En ese caso, cualquiera se iría por fuera a un punto cercano que sea más fácil de superar. Por tanto, la decisión tomada no podía corresponder a la variante más segura, sino a la variante lo más segura posible a lo largo de la mayor distancia posible.

—¿Y qué longitud tiene su valla?

—Eso es confidencial. Por otra parte, tenemos la ventaja de que una caravana tan enorme no puede seguir avanzando, sin más y sin que nadie lo note, a lo largo de doscientos kilómetros. Si ellos cambian de posición, nosotros también podremos, y más de prisa.

—¿Dónde estamos ahora? —pregunta un reportero—. Ya es Alemania, ¿no?

—Estamos aún en Austria —responde Gödeke—. Antes nos hemos trasladado formalmente a Austria, conforme al convenio de Schengen. Para impedir que los refugiados aprovechen la oportunidad que puede ofrecerles una estancia en suelo alemán, se ha colocado la valla directamente en la frontera.

—Ésa es la diferencia con las instalaciones fronterizas de Palestina o de México —explica el ministro del Interior—. Allí la gente trata de entrar en el país sin ser vista. Por tanto, nunca harán una demanda conforme al derecho israelí o estadounidense. Allí se pueden instalar dispositivos de defensa a cincuenta metros de la frontera, en el interior del país. Pero nosotros partimos de que esos refugiados quieren solicitar asilo en masa; para ello, en principio, basta con pisar suelo alemán, y por tanto se trata de impedirlo.

—Unas instalaciones fronterizas como éstas no las ha habido nunca.

—¡Claro que sí! —exclama el berlinés de la crisis del petróleo.

—Seguro que no —dice Gödeke—. Hay instalaciones que pretenden impedir la entrada furtiva de personas y grupos de personas: Israel, Estados Unidos. Hay y ha habido instalaciones que pretenden impedir la salida de personas y grupos de personas, como el muro al que usted se refiere. Hay instalaciones con las que se quiere rechazar ataques masivos armados: desde la fortificación de cualquier castillo hasta la Muralla China. Pero hasta ahora no ha habido ninguna

instalación pensada para impedir el asalto de invasores desarmados que, además, pueden a continuación reclamar sus derechos.

—¿Es decir que la instalación discurre exactamente por la frontera real? —pregunta la escaladora.

—Así es —contesta Gödeke—. La construcción electrificada sobresale un poco incluso.

—Pero ¿lo han hecho de verdad? —pregunta un reportero de edad.

—El Estado no puede dejarse chantajear —responde el ministro sin la menor vacilación—. Esa gente está a salvo también en Austria. No tiene que venir a nuestro país.

—¿Cómo es de segura la construcción? —pregunta el reportero de edad—. ¿Lo que se ve es todo o hay más? ¿Qué intensidad de corriente tiene? ¿Para cuántas personas constituye un peligro mortal?

—Los detalles son confidenciales —dice Gödeke—. Pero puedo indicar que no hemos podido utilizar los vallados tradicionales industriales por su escasa intensidad de corriente. Nos referimos a vallados que, con todo, ya se utilizan para proteger las áreas de las centrales eléctricas.

—Les aseguro que todo refugiado que se acerque a ese vallado se verá confrontado con las más desagradables consecuencias de lo que significa «*Made in Germany*» —interviene el ministro del Interior.

—¿Mortales o no? —murmura el reportero de edad—. Porque de eso se trata.

—Es una experiencia única que el interesado no repetirá —replica el ministro.

—¿Porque no querrá? ¿O porque no podrá?

—No podrá. Según lo humanamente previsible.

—O sea, mortal. —El reportero lo anota tan satisfecho como si hubiera encontrado en el bosque una hermosísima seta.

—Tal vez yo debería aclarar aquí algo de lo que se ha hablado poco en los últimos tiempos —intenta explicar el ministro—. Sobre todo el tema de la seguridad.

—Eso suena muy extraño en boca de un miembro de la Unión Social Cristiana de Baviera —comenta el buscador de setas.

—La mayor parte de la gente cree que una valla debería ser tan segura que nadie la salte. Pero eso no es posible. No hay valla alguna que no haya sido superada alguna vez.

—Entonces ¿por qué construye usted una? —pregunta el ratoncito escalador.

—Una valla —explica el ministro en tono doctoral— es una declaración. Dice que allí donde está la valla termina el camino.

—Eso podría hacerlo usted también con cordones rojos —apunta el buscador de setas.

—Cierto. Porque lo decisivo de esa valla no es de qué consta. Decisivo es lo que hará usted si alguien decide hacer caso omiso de esa valla. Si usted podrá defender su vallado o su cordón rojo. Yo les aseguro que la República Federal cuenta con todos los medios y unidades para defender sus fronteras y que estamos decididos a recurrir a esos medios y a esas unidades. La Policía Federal lleva varias semanas entrenándose, estamos preparados para cualquier situación de crisis.

—Si están tan decididos —dice el berlinés de la crisis del petróleo—, ¿con cuántas víctimas mortales cuentan?

—No puedo darles números concretos. —El ministro se yergue—. Pero estuve presente cuando los refugiados pasaron la frontera turca. Y, en un caso semejante, la Policía Federal alemana no se limitará a mirar. Siempre que personas no autorizadas traten de traspasar la frontera, nosotros se lo impediremos.

—¿Y si siguen intentándolo?

—Continuaremos —responde el ministro del Interior, y hace una pausa notoria— hasta que no lo intente nadie más.

—Eso no lo aguantan ustedes —dice la escaladora mirando al ministro con aire provocador—. Cuando la cosa se ponga muy fea, tendrán que ceder. Llegados a ese punto, tendrán que abrir.

—No sé por dónde.

La escaladora se vuelve en dirección a la valla. Y sólo entonces se da cuenta.

—Todo esto va en serio —dice el ministro categóricamente—. No disponemos de alojamientos secretos preparados. Y no abriremos en ningún

momento. Porque, como ustedes ven, aquí no hay la menor abertura.

Nueve de la mañana. Han estado pensando si llegar de madrugada, pero eso recuerda demasiado a un ataque por sorpresa. A las cuatro de la mañana, delante de una puerta sólo hay ladrones que quieren forzarla, o soldados enemigos o la policía secreta. Lionel no quiere sorprender a nadie. Quiere el domingo porque los alemanes tienen libre ese día. La cadena de Malaika hasta ha podido incluirlo en las revistas de la televisión: el día decisivo. La cadena transmitirá en directo todo el día. Los drones ya están en el aire, desde que ellos se han puesto en marcha. Él va junto a Malaika y Saba, como una pequeña familia. La víspera ha retrocedido con Malaika en coche a lo largo de trescientos autobuses, allí han pasado la noche.

—Nuestra última noche —dijo ella.

—La última noche en este vehículo.

Astrid aún estaba allí; con cara de enamorados, miraron para el fotógrafo el cielo nocturno, pero en realidad no al cielo, claro, sino —porque al fotógrafo le gustaba más la luz que había allí— siempre a los focos de vigilancia de una nave de producción cercada con vallado.

—Os dejo ahora solos —dijo Astrid con una expresión como si al momento empezara una maravillosa noche de amor.

Reflexionaron una última vez sobre si Malaika debería quedarse atrás. Pero habría sido una estupidez. Malaika es realmente la única a la que es seguro que los alemanes no permitirán que le pase nada. Y aunque Lionel, evidentemente, quiere defenderla, no es tan machista como para dejar de ver que Malaika, con su fama y sus cámaras, lo protege mucho más a él.

El plan es el siguiente: las mujeres y los niños primero, durante todo el día y luego, con ímpetu, en la hora de máxima audiencia. Pero el comienzo, muy lento.

Malaika y él, con Saba de la mano, se han puesto en marcha a las ocho. De cada autobús junto al que pasaban se llevaban con ellos a la gente. Sin mucha prisa, no es un asalto:

—Alemania es el país en el que todo funciona mejor —ha dicho a la televisión—, y nosotros somos buena gente, que trabaja duro. Pero el trabajo duro no ayuda si arde tu casa. Eso es todo lo que queremos: trabajar en una casa que no esté ardiendo.

Todo está tranquilo, excepto algunos austriacos.

—¡Marchaos! —gritan.

O también:

—¡Largo de aquí!

O también:

—¡Adiós, hasta la vista!

Los de las organizaciones de ayuda humanitaria miran a la gente escandalizados y se acercan provistos de vasos de cartón con café. Ellos han hecho un corto desvío a un puesto de la Cruz Roja; han sido muy amables y les han dado café. Él ha preguntado si también podían darle leche.

—Tomo el café siempre con leche. —Una pequeña mentira de necesidad, a él no le gusta el café. Pero a los alemanes les gusta el café más aún que la cerveza, y él quiere ser un buen alemán. Eso puede verlo tranquilamente la cámara.

—Pues habla usted bien alemán —dice una señora gordita.

—Usted también —responde él, en primer lugar para la televisión. Ella se ríe y saca de debajo de la mesa un cajón de bebidas, del que vierte leche en el vaso de cartón. Lionel se despide de ella y levanta el vaso a la cámara:

—*Prost!*

De hecho, la marcha es un poco superflua. Como mucho, para asegurar que realmente todas las mujeres y todos los niños van delante, pero en realidad, desde Turquía, ellos saben lo que tienen que hacer. Antes de las otras fronteras se han preparado de modo parecido, aunque allí no fue necesario. Pero esa periodista en la que también confía Malaika ha dicho que no hace buen efecto pasar la noche delante de la valla y por la mañana ponerse simplemente de pie allí mismo. Que para la televisión hay que caminar hacia la valla.

Se encuentran con una serie de vehículos militares. Unos cientos de metros detrás hay vallas que cierran el paso, a partir de allí sólo se permite pasar a los «autorizados». Son reporteros, policías, sanitarios, algo así, le ha dicho Malaika: «Gente con una autorización. Con un papel». Lo que a él le irrita también porque está bastante seguro de que, de los cuatrocientos mil que van detrás, ninguno tiene una autorización ni ningún papel. La inseguridad de algunos policías está en consonancia con ello: ¿cómo hay que controlar la falta de papeles de la gente?

Lionel está incluso bastante seguro de que van con ellos algunos que deben de tener papeles. Gente de piel muy clara que graba vídeos con el móvil. Pero ¿quién puede decir eso? Al fin y al cabo la mayoría de la gente hace vídeos con el móvil, hoy es *el día* para ello.

Malaika le tira del hombro; ah, sí: hora del selfi. Ella le abraza, Saba está entre ambos, luego teclea un poco y pone la foto online. Ahora pasan por los coches de los bebés. Una de las puericultoras mira por el coche abierto, junto a ella una compañera le pone a una madre su bebé en los brazos. Los cuatro están llorando. Las enfermeras por el dolor de la despedida, el bebé por costumbre, la madre tal vez por solidaridad.

Llegan a la última barrera. Delante se ve ya la valla. Han examinado bien la zona, esa operadora de Astrid ha ayudado un poco con su dron: es, efectivamente, la misma valla que hay veinte kilómetros a la derecha y a la izquierda. Por eso la elección recayó en el lugar con la mejor óptica para las cámaras. Simplemente en el paso de frontera. Los medios, por otra parte, no dejan nada al azar: han instalado cantidad de focos, para cuando anochezca. Parece que uno llega a un gran escenario.

Lionel se siente mal de pronto. No es nada, se dice a sí mismo. Estás en tierra firme. Tú tienes el control. Eso es mejor que cualquier balsa hinchable. En cualquier caso, ha valido la pena. Pero la sensación que tiene no es tan estupenda. Intenta encontrar más elementos positivos. La valla, por ejemplo.

Ni siquiera parece tan horrible. Cuatro, cinco chicos deportistas y mañosos en equipo: eso podría salir bastante bien en un momento en que nadie los observe. Pero con cuatrocientas mil personas, la variante de la no observación queda descartada, evidentemente. Sobre todo porque los soldados y policías austriacos



se han ocupado muy a fondo de que nadie se les esconda. Tampoco lo han intentado tantos: a todo el que capturan y va solo, lo expulsan enseguida. Es como con las sardinas: sólo ofrece seguridad la bandada.

En la valla, por todas partes, hay señales de aviso.

¿Conectarán la electricidad?

Lionel se detiene. Diez metros delante de la valla. Ve al otro lado cantidad de policías encapuchados y acorazados. Vehículos blindados, unos instrumentos que parecen arados. Les saluda amablemente con la mano. No reaccionan. Ve muchísimas armas de fuego, de todos los calibres, también ametralladoras. Mira a la derecha. Allí está Malaika. Los operadores están grabando a ambos desde abajo; Malaika parece un ángel enviado por Dios con una espada de fuego, pero sin espada de fuego. Ve cómo Saba primero se aferra a la mano de ella, y luego a la de él. Se da media vuelta, hacia las personas que avanzan detrás de ellos. Gente joven, mujeres con niños de la mano, con niños en brazos.

Vuelve de nuevo la cabeza en dirección a la valla y, con decisión, hace un gesto afirmativo. El plan: mujeres y niños primero. Y todos los que están detrás de él lo saben: caminar despacio, pero sin detenerse. Continuar andando siempre. Sólo hay una dirección.

Y cuando ya no se pueda seguir:

*Push!*

—Deme usted la sección C —dice el jefe del operativo.

La gran pantalla muestra ahora uno de los sectores laterales. Allí se ven más hombres jóvenes, demasiados, para pensar en una agrupación casual.

—Creo que éstos serán los primeros que lo intenten. ¿Pueden pincharme otra cámara?

Los juegos estratégicos han mostrado todos lo mismo: enviarán por delante a hombres jóvenes que intenten escalar la valla y debilitarla por el otro lado. O pedir asilo, eso también podría ser, claro. Hay que impedirlo. Como con un globo aerostático: si la cubierta revienta en algún punto, ya no se puede pegar y todo se desinfla: es el primer agujero el que no debe aparecer.

—¡Altavoces! —ordena el jefe del operativo—, y llevad para allá dos vehículos lanza-agua. ¡Mantenedme a distancia a esos chicos!

Pero mucha distancia ya no es posible. La mayoría de los que van delante del todo ya están a poquísima distancia de la inquietante valla electrificada. Nadie ha intentado aún tocarla. En algunos puntos, los de delante, recelosos, retroceden.

—¿Ponemos...? —pregunta Gödeke al ministro del Interior.

Están uno al lado del otro y observan aquel caos organizado, para que él pueda en todo momento autorizar las órdenes.

El ministro niega con la cabeza.

—Nueve mil voltios son suficientes.

Los cables eléctricos han sido instalados, en efecto, y funcionan, pero están en lo alto de la valla, en la cresta. Habían reflexionado sobre si poner toda la valla de alta tensión, pero enseguida se vio que sería contraproducente. Si se lanza contra la instalación una masa humana de ese calibre, habría todo lo más varios centenares de muertos hasta que la instalación se sobrecargara o acabara

dañada. Y con un número tan grande de personas que tampoco pueden retroceder, serían varios centenares de muertos sin más efecto. No sería más que una señal de «lo hemos intentado», y esa señal puede enviarse de modo más efectivo con disparos precisos. Los disparos se oyen bien por todas partes, hay menos víctimas. Y el miedo a la alta tensión permanece. Eso los mantendrá intimidados más tiempo.

—*We are sick to sit and wait, open up the fucking gate!* —cantan ahora.

—No hay ninguna *gate* —murmura el ministro.

Sólo habría una posibilidad de disolver la aglomeración: por detrás, allí donde aún pueden desaparecer todos. Habría que ahuyentar a los de detrás, dispersarlos por Austria, entonces también se podría rechazar a los que están junto a la valla, y esos capullos tendrían que ver cómo reúnen otra vez a la gente, tendrían que entenderse con ellos en lugar de hacerles señas de que sigan hacia Alemania. Pero eso es del todo impensable: lanzar granadas de gases lacrimógenos o algo parecido contra territorio austriaco.

—*Okey* —dice el jefe del operativo—, *showtime!*

Entre el júbilo de los refugiados, uno de los jóvenes se sube a hombros de otro.

—Lanzad agua tan pronto toque la valla —ordena por el auricular—. Y preparaos para la sección A, ahí están seguro los siguientes.

Los vehículos lanza-agua disparan sus chorros, derriban de golpe al primer muchacho de los hombros del otro, pero ya han trepado hacia arriba otros dos, que se abrazan a la valla. Son puntales de acero lisos, que ahora además está mojados, y sin embargo los chicos se pegan a ellos como salamanquesas, con sólo un brazo, el otro lo extienden hacia atrás, por lo visto quieren que les pasen chaquetas, mantas, algo con lo que puedan cubrir el cable de alta tensión y la alambrada de la OTAN de arriba.

—¡Mensajes de advertencia! —ordena el jefe del operativo—. ¡Atención, francotiradores!

Se trata de algo más que de trepar simplemente. Se trata también de que el miedo a la corriente es más efectivo que la corriente misma. Mientras nadie trepe a lo alto de la valla, nadie sabe lo intensa que es la corriente. Por tanto, hay que

mantener a los refugiados en tierra. El jefe del operativo mira un momento al ministro del Interior y a Gödeke, y como no obtiene reacción, dice con firmeza:

—¡Disparos de aviso!

Se oye la descarga de los proyectiles. Las cámaras muestran que la muchedumbre retrocede, por decirlo así. Parece que se contrae, pero apenas queda margen de maniobra. Un metro, probablemente medio metro sólo. El chico de la valla no se suelta.

—A ése le toca ya —advierde el jefe del operativo—, dedos o piernas.

Retumban dos disparos, y el chico, con un grito, cae sobre la muchedumbre. Hay más disparos y después todas las cámaras muestran de nuevo una valla limpia. El ministro coge un vaso de café. Acaba de ver en la televisión cómo el tal Lionel ha hecho lo mismo: echar mano del café. Levanta su vaso y bebe a la salud de su rival ausente.

Las cosas podrían ir peor.

En algún momento sacaron las cámaras de entre la muchedumbre. Al principio a Nadeche le pareció lógico: porque ya no podían mantener la distancia mínima para obtener buenas imágenes. Además había suficientes cámaras digitales de los refugiados entre la multitud. Pero ahora se siente un poco sola y sin ayuda. Puede tener que ver con los disparos.

No ha visto bien lo ocurrido, sólo se han oído las detonaciones. Pero ha corrido la voz de que han disparado contra algunos refugiados. Una oleada de temor ha atravesado la muchedumbre; Saba ha empezado de pronto a gritar de dolor, porque alguien había puesto el pie sobre el suyo. Los disparos han cesado.

—Esto forma parte de la partida de póker —le ha gritado Lionel—; tienen que hacerlo. Sólo están heridos.

Sí, claro.

—Uuuyyy, estamos ya como sardinas en lata —dice excitada en el micrófono que tiene ante la boca—. He estado en algunas discotecas. También me he metido a empujones en chiringuitos de Colonia, durante el carnaval. Pero ¡aquí desde luego ni asomo de poder bailar!

—Justo ahora estás en antena —oye por el botón del auricular—, ¿quieres saludar con la mano? ¿A las diez?

—¿Estáis ya bebiendo champán? ¡Son las doce pasadas!

—Nuestro dron viene por las diez en la esfera del reloj. Desde donde tú estás bastante a la izquierda, pero no del todo a la izquierda: ¡la *otra* izquierda! Donde el reloj... Sí. Exacto. Saluda una vez, por favor.

Nadeche alza el brazo, lo que ya no es tan sencillo, y mueve la mano en dirección al dron. Poco a poco la cosa está dejando de ser divertida, en serio. Está ahora a cinco o seis metros de distancia de la valla, donde la estrechez será mayor, porque la valla cede menos que la gente que hay alrededor. De vez en

cuando algún chico de entre el gentío intenta trepar por la valla, pero todos lo han pagado con las manos atravesadas por un balazo. Lo cierto es que ya nadie se atreve a tocar la valla con las manos. Por abajo, Saba se aferra a sus rodillas para no verse apartada de ella por la muchedumbre. Nadeche se inclina todo lo que puede hacia abajo.

—¿Quieres subirte a los hombros de Lionel? ¿O a los míos?

Eso ya lo hacen algunos: llevar a hombros a los niños con edad suficiente. Se ahorra sitio, y es más seguro para las criaturas.

—A los tuyos.

—Okey —suspira Nadeche—, pero tienes que ayudarme.

Agacharse es casi imposible. Tampoco puede, simplemente, levantar en alto a Saba, la gente está tan apretada que tiene que alzar a Saba en vertical, como un sacacorchos.

—Apriétate mucho a mí —dice—, yo tiro hacia arriba y tú subes pegada a mí como una hormiga. Engancha los pies en los bolsillos de mi pantalón.

—No puedo levantar los pies —jadea Saba.

Nadeche siente unos dedos en las tiras de su sujetador, poco después se han roto las tiras. Los dedos se aferran a la manga de su camiseta. La manga resiste. Buen producto.

—¿Todo bien ahí? —dice el botón del auricular—, ¿os enviamos el helicóptero?

—No —jadea Nadeche mientras levanta la cabeza de Saba por delante de sus pechos—, ahora llega el momento decisivo. Un poquito más y tienen que abrir. ¡Porque ellos también están viendo lo que ocurre aquí!

Los altavoces anuncian entretanto de manera incesante que los refugiados tienen que abandonar la zona fronteriza. Inglés, alemán y algo más. «Ya os gustaría», piensa Nadeche.

—¡He perdido un zapato! —grita Saba.

—Sigue, mi cielo. En Alemania hay muchos zapatos.

Los dedos desnudos del pie se remueven en la cinturilla del pantalón de Nadeche: una niña espabilada. Ha notado que de frente no sube, así que rodea a Nadeche con los muslos como hace un recolector de cocos en el tronco del árbol

y sube apretada a ella. Se da la vuelta hábilmente hasta que, aliviada, ríe sobre los hombros de Nadeche.

—¡Hola, Alemania! —grita saludando con ambas manos.

—Saluda a las diez, mi cielo.

—Sí, muy bien —encomia el botón del auricular.

—¿Tenéis a los bebés en la imagen? —resuella Nadeche. Luego dice—: ¡Buuuff!

—¿Cómo?

—Uahhh, esto está apretadísimo, aquí... me he quedado sin respiración. —Jadea otra vez involuntariamente—. ¿Tenéis a los bebés en la imagen?

Apenas se oye llorar ya a los bebés con volumen normal. En cambio, por todas partes hay lloros en ese tono irritante y furioso con que lloran los bebés cuando realmente no pueden más.

—Muy bien —dice el botón—, lo tenemos, la impresión es apabullante. Los espectadores están ya furibundos. Hay manifestaciones: en Berlín, en todas partes donde hacemos *public viewing*.

—¿Cuántos... espect...? ¡¡¡Ayyy!!!

—Cien mil escasos en Berlín, más de cincuenta y cinco mil en Múnich. Allí, por desgracia, no hemos podido llegar al centro de la ciudad. Lógico: ¿de dónde es el ministro del Interior? Pero ahí, en la frontera también se ha armado la de Dios es Cristo. Han viajado ahí más de diez mil personas. Ya lo ves: tu trabajo ha terminado, en realidad. Puedes echar el cierre.

—Aquí nadie escurre el bulto —suspira Nadeche—. ¡Eso precisamente es lo que quieren ellos!

—Bueno, tú no lo ves, pero por detrás viene muchísima más gente, de verdad, desde aquí arriba el espectáculo es acojonante...

—Por el camino áspero a las estrellas —jadea Nadeche—. Sé lo que digo, mis orígenes son bien humildes. ¡Uuuyyy, vengaaa, aaahora!

—Okey, entonces hacemos una conexión en directo, tiene una pinta sensacional. ¡Metida de pleno, no sólo como acto de presencia! ¡Dentro de dos minutos!

—Okey!

—¿Y no sería mejor que bajaras a Saba?

—No va a ser posible. —Nadeche Hackenbusch intenta hacerse con algo más de espacio, pero no es fácil.

—Es que es muy tonto. Si queremos tener a Saba en la imagen, de ti sólo se verá, muy escasamente, la cabeza. Y si te tenemos a ti, Saba sale partida por la mitad.

—Pero ¡no puedo hacer nada!

—Okey, ya se nos ocurrirá algo. Gran angular o algo así.

Nadeche agarra con entusiasmo las rodillas de Saba. La niña se ríe. Luego Nadeche trata de saludar con la mano a Lionel e indicarle que ella va a estar enseguida otra vez en antena. Lionel levanta el pulgar. El gentío le ha apartado unos metros. Algunas otras cosas tampoco marchan muy bien: que la emisión en directo esté moderada ahora por esa que fue mujer de un jugador es irritante. Bueno, más vale olvidarlo. Cuando regrese, se tomará un largo y hermoso descanso, escribirá con Lionel el libro para el que han firmado el contrato hace una semana. Y cuando el éxito del libro esté en su apogeo, organizará su regreso grandioso a la televisión, a toda marcha en pleno jueves por la noche. De manera que Heidi Klum ruede fuera de la pasarela.

—¡Diez segundos, Nadeche! —dice el botón del auricular—. ¡Y para las diez!

—¡De acuerdo! —Alza la cabeza y añade—: ¡Adelante, mi cielo!



—Poco a poco esto va llegando al límite —dice Anke, digna de confianza en el fondo. Apoya las manos en las caderas, luego, alternativamente, las separa y cierra los puños mientras va y viene. Su mirada está posada en la pantalla central.

—Bueno —dice Olav, que mantiene el contacto con Nadeche Hackenbusch a través de su auricular—. En el fondo, a mediodía la situación ha sido aún más drástica.

—¿Más drástica?

—Que yo sepa, han sido los primeros disparos en directo en la televisión alemana.

—Los tiros han cesado, por lo menos. Ahora mira ahí delante, eso es como en Duisburgo. El Loveparade.

Olav abarca con la vista las diversas pantallas de la sala de realización. Consternado, mira a Beate Karstleiter. Ésta le da golpecitos en la espalda a uno de los dos técnicos. A pesar de la luz suave que reina en la sala, Olav tiene la impresión de que el técnico no estaba tan pálido esa mañana. La cámara encuadra con el zoom la zona de la valla; es cierto, la gente está ahí como sardinas en lata. Sobre todo las mujeres, que mantienen la cabeza en una posición poco natural, con la barbilla hacia arriba para poder respirar entre los hombres más altos. Escenas similares sólo se han visto en el metro en horas punta, y en la valla todo sigue así desde hace por lo menos una hora. Algunas personas están como agotadas y éstas son aún, en definitiva, las que parecen estar mejor.

De vez en cuando hay una especie de movimientos de empuje a través de la muchedumbre, en eso se nota que por detrás un grupo de recién llegados aumenta la presión. Esos movimientos de empuje, esas ondas expansivas, le

cortan a uno la respiración nada más verlos. Es tan brutal como convincente: no es una táctica depurada; esa gente quiere entrar en el país, y para ello están dispuestos a morir. Pero esta vez no lo hacen ante las costas de Sicilia, sino directamente en la autopista de Salzburgo.

—Esa de delante, fíjate en ella —dice Anke, digna de confianza en el fondo, mientras respira hondo—, ésa está fuera de juego. No cae al suelo por el simple hecho de que no hay sitio. No abre los ojos.

—¿Estás segura? No sé, quizá esté sólo descansando.

—Pero ¡mírala bien! No está dormida. Es que ahí abajo deben de tener treinta y cinco o cuarenta grados.

Se abre la puerta, entra Sensenbrink. Ve al momento en los semblantes que el ambiente no es tan sensacional como la cuota.

—¿Qué está haciendo nuestro magnífico ministro del Interior? ¿No ve lo que está ocurriendo? ¿No tiene televisor?

—Es posible —responde Anke, digna de confianza en el fondo—. Tal vez esté en el programa equivocado. En cualquier caso, la radiotelevisión bávara ha suprimido la retransmisión.

—Oh, no —se burla Olav—. En lo de no transmitir siempre han sido muy buenos.

—Sobre todo cuando el canon televisivo aporta suficientes ingresos —añade Karstleiter.

—¿Y a qué se debe? —pregunta Sensenbrink.

Anke señala en silencio y con ambas manos las dos pantallas:

—La televisión bávara se niega a retransmitir eso, sólo transmite imágenes fijas con comentarios en off.

—He estado reunido hasta hace un momento con Kärner. Cuando he echado aquí la última ojeada, la situación era delicada, pero aún no era grave. ¿Qué ha pasado?

Anke da asimismo golpecitos en el hombro al técnico pálido, y éste pone de nuevo la escena en la pantalla.

—¿Ve usted a esa mujer?

—¡Coño! —exclama Olav ahora—, y ahí otra más. ¡Santo cielo!

—Y ahí otra. —Beate Karstleiter se pone de pie—. ¡Y ahí! Ahí también. — Señala la pantalla.

—Pero, Dios mío, que tengan cuidado con sus hijos si se los ponen sobre los hombros —estalla de pronto el técnico—. También están ya medio dormidos.

Se ve, en efecto, a algunos niños que se derrumban de puro cansancio. Algunos se doblan sobre la cabeza de sus padres, mientras otros se inclinan hacia los lados, y se puede distinguir muy bien qué padres tienen fuerzas aún para atenderlos.

—No se acerque tanto —ordena Sensenbrink. Y luego con insistencia—: ¡He dicho que no tan cerca! —Pero, de hecho, el técnico acerca el zoom cada vez más a un niño de tres años que está dormido, como si así pudiera despertarlo.

—¡Ehhh! —vocifera—. ¡Tu crío se cae al suelo!

Y luego el pequeñín ha desaparecido. Se ha derrumbado de lado y después para atrás, con la cabeza por delante, como los buceadores, en la prensada masa humana.

—¡Ay, joder! ¿Adónde ha ido a parar?

—No puede haber desaparecido —dice Olav—, ahí no hay sitio por donde hundirse.

—Rebobina —pide Anke—, y lo vemos en el número cinco.

—Pero en directo mantiene usted la vista general, ¿está claro? —ordena Sensenbrink.

El técnico rebobina la grabación. Luego la pone en marcha otra vez. Se ve cómo el niño cae hacia atrás, y luego su cabeza choca con la de una niña o una joven que hay detrás. La mujer cae al suelo, el niño detrás, y por encima de ellos se cierra la masa humana.

—Maldita sea —dice Sensenbrink—, ¡maldita, maldita sea!

Anke se pone las manos delante de la boca.

—Pero tienen que levantarlos —dice el técnico—. Alguien tiene que levantarlos. ¡Al niño y a la chica, a los dos!

—Ahí no reacciona ni Dios —observa Karstleiter, consternada.

—Ahí no puede reaccionar nadie —dice Olav—. No pueden moverse.

—Esto..., esto se les ha ido de las manos. Antes no era así... —Sensenbrink se

frota el rostro con las manos—. Tiene que haberse agravado en los últimos minutos.

—No, hace ya bastante tiempo que es así —dice Anke.

—Absurdo. Por Dios, no acerques tanto el zoom, eso no quiere verlo ningún anunciante.

—¡Esa niña! —El técnico se inclina hacia la izquierda y vomita en la papelería. Anke, digna de confianza en el fondo, corre a un lado su silla giratoria y toma el control.

—La cuestión es si, aparte de los anunciantes, hay alguien que quiera ver eso. Santo cielo, ahí hay otra. ¡Ahí! Va a derrumbarse de un momento a otro. —Una mujer desaparece silenciosamente en la masa, como polvos de cacao en un vaso de leche.

—Esto nunca ha sido así —se enfurece Sensenbrink—, no podemos transmitir esto. Pasad a las imágenes de las zonas marginales. Haced una pausa publicitaria. Y reducís el recuadro de la escena en directo. ¿Cómo es que no nos envían una alarma preventiva? ¿Qué coño está haciendo todo el tiempo nuestra maravillosa estrella?

—¿Nadeche? —pregunta Olav—, ¿la tenéis vosotros?

—¿En qué cámara está esa necia? —quiere saber Sensenbrink.

—En la dos —dice el técnico moviéndose inseguro.

—¿Nadeche? —insiste Olav.

Y Sensenbrink constata:

—Sólo decís memeces. En la dos no está.

\* \* \*

El ministro del Interior da un volantazo y esquivo un furgón de transporte. La herida de la frente se abre otra vez, nota que algo le escurre por la sien. Están enviando furgones militares de vuelta de la frontera, es una locura, una completa locura. Necesita allí delante a cada hombre. Se inclina hacia la guantera para buscar un pañuelo, pero sólo encuentra cigarrillos, manuales y cargadores de reserva para una pistola.

Pasa a toda velocidad otro furgón militar con luz giratoria, él pone el todoterreno casi en la cuneta. Se da cuenta de que ni siquiera se ha abrochado el cinturón. No tienen que seguir retirando gente, piensa, pero no sabe cómo dar esa orden. No acaba de entender cómo funcionan esos nuevos radiotransmisores, y la red de teléfonos móviles está sobrecargada. Habría que decirlo a algún policía, pero una vez más no están cuando uno los necesita.

Ha estado en la zona prohibida, allí se ha montado un jaleo de mil demonios. No son los campesinos, lógico, eso jamás se les ocurriría a los campesinos, son los televidentes enfurecidos, gente que se ha mudado al campo para que sus hijos vivan mejor o más verdes o para que tengan un césped propio para la barbacoa de cinco mil euros y un parque de juegos propio sin niños ajenos. Y son gente que ha venido expresamente de las ciudades para exigir la apertura de la frontera.

La zona prohibida estaba muy bien asegurada, él lo ha comprobado antes personalmente: era de prever que esos defensores de los derechos humanos y las organizaciones de ayuda humanitaria movilizaran a la gente. Pero nadie podía contar con la violencia de esas escenas. Con Greenpeace o con quienquiera que sea se puede hablar, éstos son profesionales. Pero ¡estos aficionados con sus protestas! Lo peor son esas mujeres consternadas: su excitación, sus diatribas, siempre en tonos altísimos. Y claro: «¡Usted no lo entiende, usted no tiene hijos!».

Lo terrible es que hayan llegado tantos.

—Veinte mil —le ha dicho el joven jefe de policía cuando llevaba allí al ministro del Interior.

—¿Veinte mil? —ha preguntado él a su vez—. ¿Según datos de la policía o de verdad?

El jefe de policía se ha vuelto hacia él y le ha dicho:

—Si quiere saberlo, son el doble. Por lo menos.

Los dobles en número se han dado cuenta enseguida de que sólo había movilizados varios cientos. Las carreteras de acceso habrían tenido que estar cortadas, pero es que hay una diferencia entre cortar el paso a los manifestantes habituales de la cumbre del G20 y hacerlo a personas que creen que han de

salvar a toda prisa vidas humanas. En algún momento se han saltado sin más las barreras de los accesos. Y entonces las milicias urbanas han pensado que había llegado su gran ocasión. Él mismo ha sido testigo, se ha detenido con el jefe de policía en una barrera que no funcionaba para hacerse una idea de la situación. Mentecatos absurdamente uniformados han salido de la maleza y, con asombroso acopio de armas, han intentado confraternizar con la policía. Le han comunicado eso desde al menos cuatro puestos; increíble cuántos de esos descerebrados hay ya entretanto. Algunos policías estaban incluso contentísimos, es inconcebible. Ha hecho transmitir por radio la orden de que pusieran fin al momento a esa camaradería, después ha oído los disparos. No eran disparos de aviso; esos autodenominados policías auxiliares han abierto fuego contra la muchedumbre y han gritado:

—¡Fuera de aquí! ¡Éste es nuestro país!

El ministro del Interior sacude la cabeza como para ahuyentar un pensamiento desagradable. Lo ha observado mientras el joven jefe de policía pedía ayuda con el radiotransmisor del todoterreno. Un hombre regordete, tatuado, con un brazalete de las SS de confección propia y con un Kaláshnikov, le ha disparado dos veces en el vientre al hombre que estaba junto a una mujer enervante en extremo y a ella la ha derribado con la culata del fusil, con profesionalidad, un movimiento breve y brutal: el canto de la culata contra la cabeza, la cabeza se ha inclinado con un chasquido como si el cuello fuera de papel, la mujer ha caído al suelo como un maniquí.

Entonces el joven jefe de policía ha salido de un salto del coche, ha sacado la pistola del cinto y le ha gritado al ministro:

—¡Móntese y vaya inmediatamente al centro de operaciones! ¡Organice refuerzos! ¡Deprisa, deprisa!

Ha disparado al aire y como el hombre del Kaláshnikov no ha reaccionado, le ha disparado dos, tres veces. El hombre del Kaláshnikov ha caído de rodillas, y entonces otros cuatro descerebrados se han dado la vuelta, han apuntado y le han metido al joven policía dos balas en la cabeza. Sin vacilar, en un movimiento deslizante, un giro, levantar el fusil, ¡bang!, como si lo hicieran cada día. Entonces el ministro del Interior ha acelerado furiosamente el motor del

todoterreno. Dos se han centrado de nuevo en los vociferantes miembros de la manifestación, los otros dos le han disparado al coche en marcha. Varias balas han dado contra la chapa. Algo le ha pasado silbando junto a la cabeza. Poco después, está detrás de un cambio de rasante y fuera de alcance.

El ministro del Interior le saca al coche todo lo que aprendió una vez en aquel curso de *rallies*. ¿Qué coño ha hecho en los últimos meses la Oficina Federal de Protección de la Constitución? ¿Cómo puede ser que esos tipos aparezcan en manada? La situación realmente se acerca al estado de excepción; va a necesitar al Ejército Federal. Evita un árbol que crece torcido sobre la calzada, y casi choca con un vehículo militar que debe de haber volcado en una maniobra parecida. Ve a funcionarios que atienden a otros funcionarios, desvía su coche hasta el sembrado vecino, sólo espera que esos todoterrenos sean realmente de fiar, y aprieta el acelerador. El motor lanza un rugido y catapulta al vehículo con un brinco a la calzada. El ministro se echa a un lado para que no le choque la cabeza con el techo, saca el móvil, teclea con una mano.

Tendría que haber hecho ir enseguida al ejército, pero aún no era un estado de emergencia, sólo habría procedido para ayuda humanitaria y él no quería transmitir señales falsas. Que los refugiados no piensan que allí ya estaban colocando las tiendas de campaña para acogerlos. De haberlo hecho, tendría allí ahora compañías, brigadas, todo, cientos de hombres a los que sólo se les habría tenido que poner en la mano un fusil. Se haga como se haga está mal, y la cobertura del móvil tampoco funciona.

Viene de frente otro furgón, el ministro clava el pie en el freno, su peso lo lanza contra el volante, luego cambia de marcha, aprieta de nuevo el acelerador. Ya ve el centro de operaciones. Conduce a toda velocidad casi hasta delante de la misma puerta, y un muro bajo de hormigón se encarga de una gran parte del proceso de frenado; el ministro se sujeta trabajosamente con los brazos en el salpicadero y el techo del coche, la cabeza sale proyectada contra el volante, no nota que sus incisivos se hunden en el labio inferior. Lo que sí nota es que algo ligero le cae sobre la cabeza y resbala luego por la sien ensangrentada. Se deja caer pesadamente en el asiento: el parasol está bajado, algo se ha desprendido de él. Mira aturdido al suelo, encuentra un trozo de papel y lo coge. Una foto del

joven jefe de policía y una chica. Se ve al joven policía con el torso desnudo, lleva torcida sobre la cabeza su gorra de servicio. La chica, en bikini, se aprieta contra él y parece querer agarrar la gorra, pero él sujeta con una mano a la chica y con la otra la gorra. Ella se ríe. Alguien ha escrito encima, con un rotulador.

«Mi luchador por la ley y el orden.»

«Mi» está subrayado.

Y sobre el punto de la i hay dibujado un corazón.

\* \* \*

Nadeche vuelve en sí, en parte porque está tumbada en una posición increíblemente incómoda. Casi no se lo puede llamar estar tumbada. Las piernas no están juntas, sino incrustadas entre otras piernas, completamente torcidas, apenas es posible moverlas. Tiene la cara echada sobre un lado, un pie choca con su nuca y su mejilla araña el asfalto.

Los gritos a coro han disminuido. En su lugar sólo se oyen quejidos, gritos de socorro y voces masculinas que gritan algo que podría tener una intención tranquilizadora. Reconoce algunas palabras: *más allá* y *frontera*.

Tiene que ponerse en pie.

—¿Olav? —dice en el auricular—. ¿Olav?

Olav no contesta.

—Olav —insiste Nadeche en voz muy alta, porque la comunicación seguro que tiene fallos—, ¡envía el helicóptero! ¡Enseguida!

Entonces se da cuenta de que el transmisor tendría que estar bajo su cadera izquierda. Pero no está.

Incorporarse. Ponerse de rodillas y luego de pie. Intenta darse la vuelta, pero allí hacia donde pretende moverse hay piernas ajenas. Intenta golpear las piernas para llamar la atención sobre su persona, pero ni siquiera puede tomar impulso. Seguramente las piernas ajenas no perciben la diferencia entre sus manos y otras piernas.

—¡Lionel! —grita con voz ronca, y luego más alto—: ¡Saba!



\* \* \*

He fallado, piensa el almirante Mahmoud.

Está donde tiene que estar un almirante, a la cabeza de todos. Siempre quiso ser un auténtico almirante que está con la tropa, no uno que se esconde en la retaguardia.

Ha intentado organizar a la gente, pero allí ya no hay nada que organizar.

Ha intentado formar círculos de protección para las mujeres y los niños, pero los círculos enseguida quedaron aplastados e inútiles.

Ha vociferado, ha apelado al honor de su gente, pero entretanto ya no le queda aliento para gritar. Está junto a la valla e intenta desesperado impedir que un brazo o una pierna suya se meta por ésta.

Ha visto lo que les ocurre a esas personas cuando la masa se mueve. Cómo piernas y brazos forman de pronto ángulos imposibles, hasta que uno comprende que ya no cuelgan de los huesos, sino sólo de la piel. Pero lo más fantasmagórico es el silencio. Porque ninguna de esas personas aspira ya el aire que necesita para gritar.

\* \* \*

—Dónde están tus alemanes, ¿eh?

Lionel no puede localizar la voz, es baja pero inteligible y viene de alguna parte adonde él no puede mirar.

—¿Dónde están tus alemanes?

—Nos... abrirán —logra decir Lionel.

—Una... mierda. Nos dejarán... morir... como... chinches.

Lionel quiere dar una respuesta más larga. Algo de este porte: «Ésta es la fase decisiva, tenemos que pasar por ella y resistir, todos sabíamos que iba a ser así». Pero le falta el aliento. Por eso dice:

—No... pueden.

Ya está muriendo gente. Aunque los alemanes obren un milagro, aquí morirá gente. Y Lionel sabe que él no quiere ser uno de esos muertos. Ya no siente las

manos, nota las piernas entumecidas.

Es tan fácil decir: «Arriesgamos la vida de todos modos».

Pero uno la arriesga sólo porque está convencido de que no la perderá.

—¿Dónde están tus alemanes?

—¿Dónde está Malaika?

Lionel no puede responder a ninguna de las dos preguntas. Y comprueba que, entretanto, ambas le dan igual, con tal de que él sobreviva a ese día.

\* \* \*

—No pueden venirnos con eso —oye ya desde fuera bramar a Gödeke—, éste es su puto país.

Un funcionario abre a toda prisa al ministro la puerta del centro de operaciones. Gödeke está en mitad de la sala, vocifera, lanza venablos en medio de un grupo de policías, que con caras de incredulidad tienen la mirada fija en las pantallas. Dos de ellas muestran el programa de MyTV; de reojo, el ministro puede ver los mensajes que se deslizan por los rótulos: «... ckenbusch, desaparecida +++ Varios muertos +++ UE ofrece aceptar 15.000 refugiados +++ Nadeche Hackenbusch, desaparecida +++». Pero las noticias realmente malas no proceden de la televisión. Son las de las cámaras de vigilancia en el lado alemán de la valla, las imágenes verdaderamente en exclusiva.

Son rostros agotados, letárgicos, que la masa oprime contra la valla como contra un gigantesco cortador de huevos. No hay sonido, pero el ministro del Interior nunca ha visto tanto miedo sin que nadie grite. Los brazos sobresalen suplicantes entre la valla, algunos cuelgan sin vida. Ve una cabeza infantil en una posición absurdamente antinatural.

—Eso que hacen es denegación de auxilio —grita Gödeke—. Que nos permitamos eso nosotros...

«Nos lo estamos permitiendo», piensa el ministro.

Observa a los policías que tienen la mirada fija en las pantallas. Ve sus gestos de consternación, ve que es demasiado para ellos. Los de más edad son los primeros que no pueden seguir mirando, los que una y otra vez apartan por un

momento la vista. Jefes de policía, un comisario jefe, gente con experiencia. Su actitud es de desaliento. Y, cada vez con más frecuencia, cuando apartan la vista la dirigen a él. Hasta que poco a poco todos se han vuelto hacia él. El jefe del operativo es el último. No es desobedecer una orden. Le piden ayuda.

El ministro del Interior intenta seguir siendo objetivo. Tiene que haber una solución, por insoportables que sean las imágenes. ¿Qué tiene prioridad? ¿Cuál es su más inmediata tarea? Él debe representar los intereses de un país, de su país, debe obrar en favor de los ciudadanos. Pero ¿lo que está ocurriendo ahí es lo que desean los ciudadanos?

—Señor ministro —dice Gödeke—, ¿qué hacemos?

Leubl afirmó que esos hechos cambiarían a los ciudadanos. Que lo que allí ocurre los convierte en asesinos, en cómplices de asesinato. Él no sabe si es cierto, pero hay algo seguro: si permite que siga muriendo gente, los alemanes serán pronto ciudadanos de otro país.

No le eligieron para que, sin previo aviso, les cambie su país por otro.

Pero si absorben más refugiados, también cambiará el país.

Por tanto, si va a haber otro país sí o sí: ¿qué otro país será entonces? Se mete las manos en los bolsillos del pantalón.

Nota algo, toca una cartulina. La foto.

La joven. El joven jefe de policía.

El ministro del Interior se endereza. Le resulta difícil, su voz suena a una mezcla de enfado, concesión y determinación, y su puño se cierra en torno a la foto.

—Señoras y señores, el objetivo de la operación ha cambiado. Lo que estamos viendo quizá sea la ley, pero no es el orden que queremos.

\* \* \*

Nadeche no tiene la impresión de que alguien reaccione a sus gritos. Oye gritos apagados en algún otro sitio. Una onda expansiva recorre la multitud, un empuje en una dirección, quizá la de las instalaciones fronterizas, y con el empuje sale de golpe entre la masa un quejido colectivo.

—¡Saba!

En el suelo no es útil a nadie, tiene que levantarse, apoyarse en el brazo y arriba. Tira con los dedos de la pernera del pantalón, de pronto un pie está sobre su antebrazo. Nadeche da un grito. El pie se retuerce hasta que sólo los dedos están sobre su extremidad, más espacio no hay para el pie, pero Nadeche ya lo agradece. Su otra mano está mojada de pronto; sólo ahora se da cuenta de que el suelo está mojado en varios sitios, también debajo de su cara; es sangre probablemente.

—¡Estoy aquí abajo! —grita—. ¡Eh!! Aquí abajo! ¡Saba! ¿Dónde estás?

Levanta trabajosamente una rodilla, pero sólo una rodilla no sirve de nada, y además así puede caer de espaldas. Siente instintivamente que yacer boca arriba es la más peligrosa de las opciones.

—Nadeche —oye una voz débil.

—¿Saba? ¿Dónde estás?

—¡... eche! —oye. Es imposible saber de dónde viene—. ¡... deeeche!

—¡Voy a por ti, voy a recogerte! —grita Nadeche, y entonces una nueva oleada recorre la muchedumbre; las personas se desplazan por encima de ella como olas grandes y espesas, la multitud se comprime más aún.

—«Ufff», dicen los hombres, las mujeres gritan como si les prensaran el aire fuera de los pulmones. Nadeche Hackenbusch lanza un alarido porque algo pesado ha enterrado debajo su pie. Con un reflejo intenta liberar la pierna de la carga, la presión se desplaza ahora y un dolor aún más agudo le recorre el tobillo. Siente que la pierna cede bajo el peso, el dolor permanece, no cesa, le zumba y le vibra en los oídos, siente que se asfixia, las piernas dan vueltas en torno a ella, intenta no perder la conciencia, el dolor es infernal. Nota que el objeto pesado se desplaza y sólo le aplasta la pantorrilla; en cambio, un pie se apoya ahora en su hombro y la echa para atrás.

—¡Lionel! —vocifera Nadeche con todo lo que dan de sí sus pulmones.

Llegan cada vez más pies. Tantean el terreno hacia delante, notan en efecto que están apoyándose en algo demasiado blando para ser el suelo, entonces se alzan otra vez, deprisa pero trabajosamente, como si tuvieran que avanzar por algo viscoso; intenta incorporarse de otra manera, pero no hay otra manera, los

pies la tantean como tantean extraterrestres ciegos una forma de vida extraña, y en algún momento el pie tiene que descender, y Nadeche sólo puede intentar ponerse de lado, dejar que los pies resbalen por ella.

—¡Lionel! ¡Estoy aquí!

No está segura de si su voz atraviesa la capa de los traseros humanos. Desesperada, empieza a pellizcar todas las piernas que puede alcanzar, y trata de morder la que pertenece al pie apoyado sobre su hombro. La pierna reacciona, se desplaza a su pecho, le aplasta la clavícula otra pierna que también cede uno o dos centímetros, de manera que Nadeche sigue resbalando hacia atrás.

—¡Lionel! —chilla presa del pánico—, ¡estoy aquí abajo!

Arriba, una voz grita dando órdenes. Las piernas de arriba tratan de coordinarse.

—*Hemp!* —vocifera la voz apagada. Y luego, más inteligible—: *Hand!*

Alza la otra mano, al menos vuelta hacia atrás consigue llevarla a la altura de la rodilla, nota las yemas de unos dedos encallecidos, pero no puede agarrarlas. Las yemas de sus dedos tantean, consigue enganchar las de los dedos de la mano callosa, y entonces otro empujón recorre la muchedumbre, la mano desaparece, y su propio brazo, inmovilizado bajo una rodilla ajena, queda aplastado sobre el asfalto. Nota que la rodilla ajena quiere enderezarse, primero despacio, luego con un esfuerzo desesperado, y después la rodilla se queda asombrosamente flácida.

—N... deche —oye una voz débil—, ... ngo miedo.

Nadeche reprime el pánico. Ha hablado a menudo con Lionel de lo que pasaría si no abren la frontera, y él decía que no había valla en el mundo que resistiera a la larga esa presión. Tal como están ahora las cosas, sólo puede ser cuestión de pocos minutos que toda la valla se vuelque y cese aquella locura. Alguien no muy pesado le pone el pie en la barriga.

—¡Saba, aguanta! —grita Nadeche trabajosamente—, esto acabará enseguida.

Agotada, espera una respuesta. Le duele la nuca, es increíblemente penoso mantener levantada todo el tiempo la cabeza.

—Saba, ¿¿¿me oyes???

Ocurre en una fracción de segundo. Justo cuando Nadeche intenta reflexionar

sobre la situación, le sobreviene una certeza, clara como la luz del día y más allá de toda duda: si no se levanta durante los siguientes minutos, nunca volverá a oír a Saba. Nota cómo empieza a dar chillidos estridentes, sin palabras, sólo grita lo más alto y agudo que puede, más alto de lo que nunca ha gritado en su vida, todos tienen que comprender que eso es el final, que no se trata de unos rasguños, que se trata de la vida de Saba. Nadeche siente que recupera unas fuerzas de cuya existencia nunca sospechó siquiera. El dolor insoportable en la pierna de pronto le parece ridículo, Nadeche tira y sacude y se abre camino hacia arriba.

Pero sólo llega casi a la altura de las rodillas.

Una dura rótula le golpea la nariz, nota cómo sangra, pero ni siquiera puede llevarse la mano a la nariz para limpiarla. Grita, intenta gritar más alto, pero la voz le falla, ya no es tan penetrante como antes, y de pronto oye a una mujer que grita exactamente de la misma manera, pero más alto, en otro lugar.

—¡Saba! —chilla Nadeche.

Tal vez sólo piensa que está gritando, es difícil de discernir porque ahora vuelve también el dolor del pie, más punzante que antes. Una pierna le arranca de la cabeza el metálico *headset*, una varilla puntiaguda se le clava en la oreja, un pie le sube sobre la cabeza y le resbala por el rostro pasando por la nariz dolorida. Siente una forma de cansancio, una especie de cansancio preparatorio porque tiene claro que va a necesitar mucha fuerza, será muy fatigoso, más fatigoso aún que antes, ha de reunir fuerzas. Sería bueno descansar otra vez un momento, es muy enervante y estéril apartar siempre esas piernas; se separa una, pero viene otra. Ahora otra persona está de pie sobre su muslo, se da la vuelta, pero deja el pie donde está, es soportable, descansar es en ese momento más importante, tiene que proteger la caja torácica, hacerse un ovillo, otra onda expansiva atraviesa la masa humana, y dos pies la aplastan contra el suelo, su nuca choca con el asfalto; Nadeche la levanta, más bien por un reflejo, pero el suelo parece de pronto tentador y acogedor, con tal de que su pierna no...

\* \* \*

Esperanza que gira en color azul. Son camiones de bomberos, de todos los bomberos que han podido conseguir en la frontera. Trabajan en la valla, trabajan febrilmente, y echan pestes porque esa puta valla es de una puta clase de puto acero que no pueden cortar ni con las más potentes tijeras hidráulicas de rescate. Al principio intentaron cortar usando las puntas, pero la presión que ejercen no es lo bastante grande. Hay que colocar la tijera lo más cerca posible del punto de unión de las dos hojas, pero así sobresale y penetra en la masa humana que está pegada a la valla. Vacilaron. Demanda de información a los jefes del operativo. Hasta que llegó corriendo del centro de operaciones el ministro del Interior, que le arrancó de la mano la poco manejable herramienta al primer bombero que vio.

Al ministro del Interior, entretanto, parece que lo hubieran bañado en sangre. Se alterna con un bombero, ya han separado tres barras, para ello ha tenido que meter la tijera en un pie muerto y en otro vivo. A su alrededor, los bomberos dirigen dos excavadoras que han de impedir que la valla ceda de pronto y entierre debajo a los salvadores. Pero no tienen bastante gente, bastantes excavadoras, no cuentan con bastante de nada. A la mayor parte de los policías de la brigada móvil los necesitan entretanto detrás, en la zona fronteriza. Tienen que garantizar que los bomberos y el personal auxiliar se abran camino, si no están ya en plena lucha con los radicales de derechas. Auténticos combates, no algunos cócteles molotov, no, ataques de grupos paramilitares, semiprofesionales al menos, que quieren llegar a la frontera para administrar el derecho por su propia mano. Han entrado en acción helicópteros. Eso al menos lo han permitido los austriacos. Su misión es sacar de la cola del atasco a los refugiados y llevarlos a Alemania. Pero los refugiados de detrás no se fían de los pilotos. Quieren pasar a pie la frontera porque sólo entonces podrán estar seguros de que llegan de verdad.

En increíble cómo se inclina la valla. Claro, todo se dobla en algún momento, todo acero puede abollarse, pero quien haya visto antes la valla no lo creerá. Han desconectado la corriente. Han discutido a toda prisa si deben pedir a los refugiados que escalen la valla, pero eso sólo llevaría a que los más fuertes salten por encima de los más débiles. En el peor de los casos, la valla estaría de pronto llena de personas que cuelgan, como puentes con candados de amor, y tal

vez cedería en la dirección equivocada. Tienen que disminuir la presión de manera controlada. Y sólo es posible abriendo la valla.

Él ya no oye los gritos de *Help*, tampoco son ya tan enérgicos, la gente los balbucea fatigosamente, de manera mecánica, como un disco rayado. De la súbita ayuda concluyen algunos que quizá la valla esté abierta, pero los de delante están demasiado extenuados para ponerse en pie o han quedado inmovilizados en medio de la masa. El ministro piensa que habría que quitar la alambrada de la OTAN. Se lo dice a voces a los bomberos que empiezan a discutir durante el trabajo. Normalmente nadie piensa cuando construyen una valla cuál es el modo más sencillo de retirar la alambrada de espino.

Alguien lleva una potente sierra de cuchilla circular, una herramienta similar a una cortadora de pan gigantesco. El ministro oye que alguien dice «qué coño importa» y «¡si no, aquí se nos mueren todos como chinches!». Ponen en marcha la máquina que hace un ruido horrible.

Abajo en el suelo está tendido un niño, justo al lado de la valla. El niño mira al ministro directamente a los ojos. Él estaría algo más relajado si no lo mirase continuamente. Ya ha intentado poner de otra manera la tijera hidráulica, de modo que no esté siempre en el campo visual del niño, pero ése es el único ángulo correcto. Cuando lo ha visto por primera vez, ha tratado de darle ánimos. El niño no ha reaccionado. Entretanto, el ministro se ha deshecho de su chaqueta. Ha intentado mejorar con diversas variantes el rendimiento de la tijera de rescate, y al hacerlo le ha llamado la atención la mirada crítica del niño, como si se asombrara de lo torpe que se puede ser en el trabajo. Después, de pronto, ha cambiado la expresión de su rostro.

El ministro oye un estallido sordo, probablemente una explosión fallida, alza la cabeza para ver si todo funciona correctamente con las herramientas, pero nadie reacciona. Aprieta los dientes y, con toda su fuerza, oprime las tijeras contra el metal. La valla cruje enojada como si echara a alguien de menos. En otro sitio han quitado al parecer una parte importante, se ve cómo la excavadora se tambalea. El conductor de ésta acelera el motor para empujar con más fuerza la valla. El ministro hace un último esfuerzo, se deja caer hacia atrás, y el bombero entra de nuevo en funciones.



El niño podría tener ocho o nueve años, difícil saberlo porque sólo puede verle la cabeza, y esa cabeza, entretanto, ha perdido en gran parte su forma. Alguien está de pie encima, alguien sobre quien al parecer está de pie otra persona. Al niño ya no le importa. El ministro trata de mirar a otra parte, pero le parece una traición. Como si el niño le dijera que él tampoco puede mirar a otra parte.

Con un quejido estira la espalda, y luego lo oye otra vez. Un estallido sordo, seguido de otro.

Viene del otro lado.

Astrid von Roëll ha apagado la pantalla. No puede ver algo así, es propensa a la agorafobia. De todos modos, no puede influir en los acontecimientos. Kay está por ahí con el dron, las novedades del día las suministra la agencia. Es lo mismo que ocurre con los compañeros del deporte, que hay que esperar el resultado. Tan interesante no va a ser, ¿por qué van a desarrollarse los acontecimientos de manera distinta a como ha sido en las otras fronteras? Alemania es uno de los países más ricos del mundo, abrirán la puerta en algún momento.

En los días pasados ha reflexionado a menudo sobre si debería redactar previamente una necrológica de Nadeche, por si se diera el caso. Pues se sabe que las grandes agencias de noticias, los grandes periódicos, a partir de una edad determinada tienen en el cajón un artículo necrológico de personajes célebres para ser los primeros cuando llegue el momento. Eso no se puede planear siempre.

Se ha visto obligada a reflexionar, a decir verdad, porque últimamente el vicepapanatas ha insinuado algo en esa dirección:

—Es, desde luego, un tema desagradable, señora Von Roëll, pero por otra parte tenemos que trabajar con profesionalidad...

Primero, ella no es una agencia de noticias; segundo, tiene, de todos modos, trabajo de sobra; tercero, ella es un ser humano, no una máquina, y cuarto, podría ser muy bien que Nadeche no muriera, y en ese caso todo habría sido en vano. Y eso no lo dice con cinismo. Es, de hecho, completamente inimaginable que muera Nadeche. Algo que no cambia pese a las noticias que aparecen en los rótulos durante los informativos.

Así se lo ha dicho ella al vicepapanatas:

—¿Cómo se le ocurre a usted tal cosa? ¡Es Nadeche Hackenbusch! Si ella muere, ya lo tienen escrito de antemano.

Y eso, evidentemente, vale para «desaparecida» por lo menos en doble medida.

Pero él no lo comprendió hasta entonces. Además, un artículo necrológico así también lo puede redactar la becaria. Todo lo más, Astrid se encargaría del toque personal: «Las últimas horas de Nadeche Hackenbusch: cómo las he vivido».

Va hacia delante y se acomoda en el asiento del copiloto. Pone los pies en alto. Delante de ella hay un autobús, desde el que miran, en la parte de atrás, tres hombres jóvenes. Se ríen y ponen caras de querer ligar. Ella niega con la cabeza y con aire de reproche, pero íntimamente halagada. Seguramente echará de menos la autocaravana. Un poquito al menos. ¿Cuántas noches pasará todavía allí? ¿Una? ¿Dos?

¿Se interesará por el coche algún museo? En esa autocaravana se ha creado, al fin y al cabo, uno de los reportajes más largos de Alemania. Probablemente el reportaje más largo. Y al mismo tiempo, uno de los mejores, eso habría que decirlo enseguida también, si le otorgan el premio Nannen. O ese otro, el Theodor Fulánez. El Pulitzer también sería imaginable, pero lamentablemente en Nueva York no la conoce todavía nadie.

Siente un golpe sordo, por abajo. Como si la autopista se hubiese tirado un pedo.

Los muchachos que van delante de ella, en el autobús, también lo han sentido, o eso parece. Astrid pone una cara sorprendida, divertida, inocente, y levanta las manos. No ha sido ella, indica a los jóvenes. Pero los jóvenes no le prestan atención. Los jóvenes miran por encima de su autocaravana y señalan algo. Luego la tierra ventosea de nuevo. Astrid frunce el ceño. Quita los pies del salpicadero y se apea.

Su mirada sigue la cola de autobuses. Apenas se ve gente, todos están dentro de los vehículos, porque cuando hace sol, allí dentro se ven mejor las pantallas de los móviles. Para ellos es muy importante lo que ocurre en la frontera. Muy muy detrás ve Astrid dos columnas de humo. Se da la vuelta.

Por el camino vecinal paralelo a la autopista pasa un coche de la policía. Circula muy rápido, ve al hombre que va en el asiento del copiloto y que gesticula con violencia. El coche da marcha atrás y se desvía del camino.

Retrocede a un sembrado, luego las ruedas giran vertiginosamente sin ningún control. El motor lanza un rugido, el policía gesticulante abre de golpe la puerta del copiloto y se marcha corriendo a campo traviesa. Da unos saltos grandes y torpes, y cada vez que lo hace se hunde en la tierra hasta los tobillos. Astrid tiene que reírse.

La autopista tiembla y aúlla, esta vez por delante. Astrid se da la vuelta y ve una bola de fuego en la caravana. Otra bola de fuego, otra más, otra más, como una cadena de bolas, como una mecha gigantesca. Mira el autobús de delante, el estruendo es increíble, el ruido la engulle como la gigantesca boca de un dragón, luego es sólo un campanilleo en los oídos.

El autobús no tiene ya ventanas por detrás, tampoco a los lados, el autobús ya no tiene ventanas, y eso está bien, porque así los niños que están ardiendo pueden trepar al exterior. Gritan, aunque probablemente ya están roncos, porque Astrid no oye absolutamente nada, y si oye algo, sólo es el grito de uno de ellos, los otros dos ya no trepan, han caído con medio cuerpo fuera de la ventana, como edredones que se cuelgan fuera para airearlos, cobertores que sin duda olerán después a humo.

*Beds are burning*, piensa Astrid.

Ve cómo se esfuerza una mujer por abrir la puerta trasera del autobús, pero al parecer no cede, por lo visto dentro hay algo, delante de la puerta. Se da la vuelta para gritar a otra persona que está en el autobús, se inclina llorando para coger ese algo. Luego reaparece su rostro, la boca está muy abierta; según parece la mujer ha desistido de abrir la puerta y ahora intenta salir a gatas por la pequeña ventana rota: mete la cabeza por ella y un hombro, un brazo, siempre con esa boca desmesuradamente abierta; Astrid no ha visto nunca a nadie capaz de abrir tanto los ojos. Entonces los cabellos de la mujer empiezan a arder, y una gran llama se extiende por todo el autobús.

*The time has come*.

El aire tórrido azota a Astrid en la cara, pero ese aire es mucho más duro que aire, como si Astrid hubiera chocado con una pared ardiendo. Huele a pelo quemado, el sudor le chorrea y se le mete en los ojos, se lo enjuga de la cara con la manga, duele, el sudor es rojo oscuro, se palpa la frente y se quita un trozo de

vidrio, que está metido a medias en la piel, como en un pequeño y práctico estuche.

Astrid decide salir corriendo detrás del policía que huye dando saltos, pero se cae al suelo. Le falta la pernera derecha, eso no es grave, ella pretendía de todos modos tirar ese pantalón, pero por la rodilla sobresale un trozo de autobús, la pierna parece no funcionar como antes, y también falta piel, se puede ver cómo encajan unas con otras las partes de la rodilla, el aspecto es un poco como el de un pollo. Tal vez no se trate sólo de la rodilla, en el muslo tiene otro trozo de autobús. El pantalón está chorreando, eso es bueno, seguro: si hay fuego por todas partes, entonces no arde tan deprisa. Pero está bien que no duela, que no duela en absoluto, en eso ha tenido suerte.

Se vuelve hacia el autobús que va detrás de la autocaravana y que aún está intacto. Se abre la puerta, sale un hombre, empujado por una docena de manos, mira a Astrid, Astrid no se siente halagada esta vez, tal es el espanto con el que la mira el hombre; ella sacude irritada la cabeza y frunce el entrecejo. Le parece estar viendo un cigarro flotando en el aire. Algo se desprende del cigarro, dos pequeños cigarros, uno de ellos se dirige a ella, entonces otra vez se le llenan los ojos de sangre. Una vez que se la ha limpiado, ve que el hombre arde inesperadamente y, con él, el autobús. Algo que arde gatea por el suelo, luego, agotado, se tiende boca arriba y sigue ardiendo sin moverse.

La autocaravana de Astrid explota sin hacer ningún ruido.

De niña, Astrid se fue una vez en bicicleta con su mejor amiga en plena granizada, en verano, fue divertido y doloroso al mismo tiempo. Por doquier rebotaba el granizo, le caía en la piel, en la cara, empezó a dar chillidos y Biggi, la gordita Biggi, también chilló. Astrid está tendida ahora en el suelo, trata de gritar bajo el granizo, pero sólo logra un penoso gorgoteo; tiene que descansar, le falta el aliento. Permanece tumbada en el suelo, está mareada, tendida se siente mejor, entonces la sangre de los ojos le escurre por los lados; levanta con cuidado la cabeza, la pesada, pesada cabeza, ve que le sale del pecho una parte del estuche de los cubiertos, también hay dos cuchillos, tenedores, no está mal, después no habrá que buscarlos; algo le cuelga del hombro, una astilla del estuche de los cubiertos. Astrid se atraganta, tose, tiene algo en la garganta, en

los pulmones, encima eso, se atraganta, tose, la boca le sabe como huele a veces en el taller, no donde trabajan con aceite, sino donde siempre vuelan las virutas metálicas. Una vez tuvo algo con un joven mecánico de automóviles, no podía ver la sangre, a ése no le gustaría nada su camiseta, por húmeda que esté.

De pronto tiene un frío terrible. Qué raro, piensa Astrid von Roëll, pues la autocaravana está envuelta en llamas. Eso no le hará mucha gracia al museo.

El ministro del Interior podría jurar que ocurrió en el mismo momento en que los bomberos le sacaron de un tirón. De pronto ese quejido recorrió la muchedumbre aprisionada, el trozo de valla le saltó de golpe a la cara, y el bombero con el que se turnaba le agarró por el cuello de la camisa y lo sacó de la zona de peligro. Vieron que la valla volcaba en un ancho de diez o quince metros, como si tuviera la blandura de la cera. Vieron cómo la masa reventaba y salía fuera del encajonamiento; una papilla humana, que gritaba horriblemente, donde caían presa del pánico unos sobre otros, donde saltaban unos sobre otros. Y vio que salvarlos también costaría vidas humanas; rezó para que fueran pocos. «Que sean menos de cincuenta —pidió—, o menos de cien, Señor, que sean pocos, porque mueren por mi culpa, castígame, pero sálvalos a ellos. Querían llegar a la Tierra Prometida, como tu pueblo, y lo que yo he hecho al más pequeño de ellos, lo he hecho mil veces.»

Rezó para que el resto de la estructura se derrumbase lo antes posible, para que no tuvieran que embutirse todos a través de esa ridícula abertura y recuerda que vio cómo, al otro extremo, la valla también se tambaleaba y se derrumbaba. Esa sensación de dicha, completamente irracional, ese alivio increíble, como si aquello fuera pese a todo un *happy end*, aunque no será, claro, un *happy end*, porque ya se puede prever que será horrible lo que encontrarán al otro lado de la valla, no sólo por el niño de los ojos muertos.

Entonces recuerda cómo del valle subían una serie de bolas de fuego, perlas candentes, entre rojas y amarillas, formando una cadena, una después de otra con un orden perfecto, como si las hubiera colocado un dios extremadamente meticuloso. Cómo llegaban a él y cómo la masa humana explotaba en diez o veinte de esas perlas de fuego. El ministro recuerda que una persona voló hasta él, describiendo círculos como un bailarín, con los brazos extendidos, pero sin

piernas y sin cabeza, aunque sí con un extraño sombrero ardiente en la mano, una especie de gorra de capitán. A partir de ese momento el ministro del Interior no recuerda nada, aparentemente; forzosamente ha de ser un vacío en la memoria, porque el momento actual no encaja con el hombre volador.

El ministro del Interior camina por la autopista. Pasa junto a los autobuses, son centenares, seguramente miles de autobuses, no se vislumbra el final, y cada uno de esos autobuses está envuelto en llamas. El humo sale en espesos nubarrones por las ventanillas sin cristales, grasiento como gigantescos gusanos que se alzan, negros como la pez. Los asientos, el revestimiento interior de los autobuses, arden como antorchas de aceite sucio. Muchas de las barras metálicas se doblan con el calor; son enormes jaulas carbonizadas. En los asientos en llamas se ve a la gente, se ven sus cabezas negras, a menudo caídas hacia delante, pero casi siempre hacia atrás, oscuras siluetas ante el fondo en llamas. Las bocas se abren en las cabezas como muescas gigantescas en troncos de árboles, a veces se ven los claros dientes. En su postura, algunos parecen amargados, pero es como si muchos estuvieran pensando en las penalidades y privaciones y en el resultado, y como si rieran a carcajadas y con amargura.

A veces, junto a las cabezas se distinguen otras más pequeñas y brazos negros en torno a cuellos negros, y por doquier esos ojos abiertos, más abiertos aún que las bocas, esos espantosos ojos abiertos que nunca se cerrarán.

Junto a algunos de los autobuses hay gente de pie, que contempla el infierno. Algunas figuras abrasadas intentan una y otra vez regresar a alguno de los autobuses, levantan desesperadas las manos, quieren ponerse en marcha, hasta que comprenden que la empresa no tiene la menor probabilidad de éxito, sólo para volver a intentarlo poco después. El ministro del Interior ve a un hombre que está grabando con su móvil, y a una mujer, su mujer quizá, que llorando le pone la mano en el brazo hasta que él deja caer el dispositivo y la abraza llorando.

Hay un olor penetrante a diésel, a materia plástica quemada, a goma y a carne carbonizada. A veces, al girar el viento, el ministro queda envuelto en delgados velos del humo narcotizante; a veces, de los velos de humo le salen personas al encuentro, como procedentes del infierno. A muchos les falta la piel, en muchos



no puede discernirse dónde termina la ropa y empieza el cuerpo. No sabe qué hacer por ellos, sin recursos, sin medicamentos, sin agua, con un solo brazo que aún puede mover. Debería darse la vuelta, pero se siente obligado a seguir adelante, quiere saber si ese Dios terrible ha transformado cada autobús, con perfecta exhaustividad, en un ataúd envuelto en llamas.

Entonces, el ministro del Interior ve a la mujer y a la niña.

Camina despacio, como muertos vivientes, pero camina. La niña apenas tiene ocho o nueve años, pero es la niña la que lleva de la mano a la mujer. La niña tiene el rostro lleno de hollín, como la mujer, que tal vez sea su madre; mira con seriedad hacia delante, anda vacilante, como si allí, en la autopista, tuviera que decidir a cada paso si todavía vale la pena el esfuerzo. En un autobús por detrás de ellas se incendia el depósito, la niña apenas reacciona, se detiene un momento, como una oscura silueta ante el infierno blanco y amarillo, luego sigue caminando.

El ministro del Interior se detiene. La niña anda a pasitos, tira de la mujer detrás de ella, con decisión pero no con fuerza, como si fuera un juguete. La niña se para junto al ministro del Interior. Vuelve hacia él la cabeza, levanta la vista hacia él. En sus ojos no hay nada, ni ruego, ni rabia, ni reproche, ni queja.

El ministro tiende a la niña la mano que todavía puede mover. Ella vacila, pero pone la mano libre en la suya. El ministro la coge con fuerza y se da la vuelta. Luego camina con las dos en dirección a la frontera.

# Especulaciones sobre la catástrofe del Tauern

**Los expertos calculan que hay al menos 300.000 muertos.  
Prosigue la búsqueda de los responsables**

Berlín. Diez días después del inconcebible ataque en la frontera alemana a cientos de miles de refugiados desarmados, el gobierno federal ha condenado de nuevo enérgicamente lo ocurrido y exigido resultados rápidos en la búsqueda de los responsables. «La matanza, precisa y despiadada, de más de 300.000 personas no es sino la mayor carnicería ocurrida desde la Segunda Guerra Mundial —dijo el canciller federal en la ceremonia fúnebre ante familiares de los policías, bomberos y sanitarios que perdieron la vida—. Es nuestro deber, en nombre de la civilización y de la humanidad, imponer a los asesinos su merecido castigo.»

Mientras que los organismos oficiales alemanes continúan manteniéndose a cubierto, la policía sigue buscando indicios. «La logística necesaria restringe el círculo de sospechosos —dice un alto funcionario gubernamental ruso a este periódico—. Un ataque militar coordinado con drones invisibles que pueden abarcar varios centenares de objetivos al mismo tiempo exige, junto a un considerable potencial militar, la correspondiente tecnología. No es un secreto que actualmente, a escala mundial, sólo dos Estados disponen de ambas cosas. Y Rusia no es ninguno de ellos.»

Medios competentes y expertos militares ven en esas palabras una alusión dirigida a Estados Unidos e Israel, pero califican ambas opciones de «difícilmente imaginables». De hecho, en la asamblea plenaria de las Naciones

Unidas, tanto Estados Unidos como Israel han condenado lo ocurrido, inequívocamente y sin reservas. Pero el escepticismo internacional aumenta. El secretario de Estado de los Verdes, Volker Lohm: «Cuando en el bosque aparece un corzo muerto a tiros, resulta difícil no pensar en la única persona del pueblo que tiene una escopeta. Sobre todo, si es el cazador».

### **La logística necesaria restringe el círculo de sospechosos**

Con esa alusión, Lohm hace suyas diversas conjeturas en circulación que sobre todo atribuyen a Israel un interés en impedir que Alemania se deslice hacia la extrema derecha. Posiblemente se trataría de mantener a la República Federal como aliado seguro. Pero los expertos señalan que de ello se deduciría el consentimiento implícito de la operación por parte de los Estados sobrevolados. En círculos críticos con la Unión Europea ofrecen la explicación de que se trataba ante todo de mantener a Alemania, como miembro económicamente poderoso, en la Unión Europea. Pero esas elucubraciones también van muy lejos para Lohm: «Eso es muy rebuscado. Y antes de lanzarse a las más absurdas teorías conspirativas, estaría bien presentar una prueba al menos para una parte de esas ideas. Si no ha salido un disparo de la escopeta del cazador, los indicios no sirven de nada».

Entretanto sigue siendo difícil determinar el número exacto de víctimas, aunque fuentes fidedignas rechazan radicalmente toda cifra inferior a 300.000. Aún se siguen encontrando heridos y muertos, pero también personas dispersas, traumatizadas. Por otra parte, los organismos oficiales responsables de la investigación ven como principal obstáculo en el establecimiento de números precisos la creciente disposición de la ciudadanía a acoger víctimas y a esconderlas de las autoridades. *(AP/DPA/Reuters)*

**NADECHE HACKENBUSCH:  
EN LA MUERTE SIGUE VELANDO POR SU HIJO**

**El exproductor Nicolai von Kraken y el  
delicioso Mynce: mano a mano, padre e hijo  
completan ahora la obra de la estrella y gran  
mujer**

→ ¡ No en el  
subtítulo !

Es como la película sobre el *Titanic*. Una catástrofe incomparablemente amarga lleva a que, de las profundidades más tenebrosas, salga a la luz el mayor tesoro que posee el hombre: el corazón. Cinco años después de la estremecedora tragedia acontecida en la autopista del Tauern, en el antiguo paso de frontera y actual cementerio, Nicolai von Kraken, director de la Nadeche Hackenbusch Foundation for the Humans, inaugurará el nuevo Centro de Visitantes diseñado por el arquitecto estrella Daniel Libeskind y que ha costado 150 millones de euros. Y aunque para el viudo del inolvidable Ángel en la miseria el motivo sigue siendo triste, no puede menos que decir: «El futuro es hoy mejor de lo que podía imaginarse, y el mundo le debe eso a Nadeche».

---

La historia es todavía apenas concebible, casi sobrehumana: en una operación relámpago, bombas lanzadas por drones invisibles matan en el espacio de pocos minutos a más de 300.000 personas, y entre ellas se encuentra Nadeche Hackenbusch, el abnegado Ángel en la miseria, una mujer encantadora, cuya apariencia e incondicional entrega a los más pobres entre los pobres la convirtieron en una Lady Diana de nuestra época, aunque Nicolai von Kraken lo declina con modestia: «Eso no le habría gustado a Nadeche. Son cosas que no deberían ponerse al mismo nivel. Nadeche fue a la muerte por cientos de miles de personas; la otra se puso en alguna ocasión un pequeño casco contra minas terrestres. Realmente no es comparable».

Esta frase es demasiado larga

Nicolai von Kraken se endereza, se percibe el dolor que le remueve el pecho como revuelve un perro solitario el macizo de flores. Para muchos observadores fue sin duda una sorpresa cuando, sólo pocos días después de su muerte, hizo público que en el último momento el divorcio había quedado revocado. Que él y la madre de sus hijos habían vuelto a enamorarse. Pero quien le ve cuando acaricia suavemente con los dedos índice y corazón el broche de la fundación que lleva en la solapa, allí donde el rostro alegre y sonriente, aun desde el más allá, le infunde incansablemente nueva esperanza, sabe que sólo puede ser el amor lo que llevó a ese hombre a renunciar a su exitosa carrera de productor para dedicarse plenamente a la gran obra de su mujer, muerta a tan temprana edad.

¡Párrafo potente, bien!

Más de 15.000 colaboradores trabajan ya en la fundación. Repartidos sobre todo en los ocho

---

campos en el extranjero que, como consecuencia de la catástrofe, ha construido el gobierno federal en África y Asia. Clases de alemán, formación en consonancia con los planes de estudio alemanes y con la economía alemana ofrecen allí cada año a más personas la posibilidad de una inmigración legal. Este año, con 450.000 plazas, tienen por primera vez la posibilidad de venir a Alemania un número de personas mayor que el número de solicitantes: porque quienes se han formado en esos campos son ya también mano de obra muy solicitada en la propia región. Sobre todo, los buenos resultados de esa experiencia han dado lugar a dos campos de formación franceses y dos británicos, y pronto a uno polaco.

Sin embargo, como ya dijo Goethe en internet: «Toda gran obra tiene enemigos de miras estrechas». No todos están entusiasmados; en especial los Verdes y numerosos grupos de defensa de los derechos humanos censuran el modelo cultural dominante que se proporciona y se exige en los campos. Sin embargo, esos detalles criticados, por ejemplo los villancicos alemanes y la explotación forestal como materia obligatoria de examen, son a los que Nicolai von Kraken atribuye el éxito de los programas incluso en Alemania. «Esos cuatro senegaleses que participaron en el nuevo ¿Qué apostamos? no fueron casualidad. No hubo truco, fueron elegidos a ciegas entre cuatrocientos posibles participantes. Y si hubieran tomado a cuatro distintos, habrían dejado en cueros, en ortografía y en clasificación de basuras, al presidente de Alternativa para Alemania. Creo que sólo entonces vieron realmente grandes sectores de la población hasta qué punto es

Incluir las citas que tenemos o redactar con palabras propias el texto de su folleto

"En Internet = no es un dato preciso

¿Qué es esto de Goethe?  
¡No lo he encontrado en ningún sitio!



---

alemana la gente que sale de nuestros campos. No en vano el vídeo tiene 20 millones de visualizaciones».

En ese momento, Nicolai von Kraken tiene que interrumpir la entrevista porque su hijo Mynce entra en la sala con algunos documentos. Es un momento envuelto de un irreal brillo dorado: cuando ese joven, que cada año se parece más a su madre, que en los ojos y en torno a los labios tiene tanto del aura de Nadeche Hackenbusch, trabaja mano a mano con su padre, entonces uno casi cree oír cómo respira benévolamente en la habitación el espíritu de esa extraordinaria mujer. En ambientes mediáticos se murmura que el año próximo él continuará la tarea de su madre; sin embargo, remitiendo a su inmensa carga de trabajo, no hay respuesta esta vez, lamentablemente.

} ¡Bien observado,  
pero un espíritu  
no respira!

Sin duda queda mucho por hacer. Quien hoy habla con Kevin Kruse, el antiguo ministro del Interior y actual comisario federal para la Industria de la Integración, ve a un hombre que tiene aún mucho trabajo por delante. «No hay que engañarse. La actual aceptación en el este no ha sido una cuestión de corazón. De momento, con los numerosos puestos de trabajo, la hemos, hay que llamar las cosas por su nombre, “comprado” —dice Kruse, cuando logramos contactar con él por teléfono durante la luna de miel con su flamante esposo Thomas Glass—. Pero también hay que tener en cuenta que quien sólo tolera a los inmigrantes porque le resultan provechosos, en un determinado momento ya no quiere renunciar a ese provecho. En Brandeburgo o Mecklemburgo-Pomerania hoy nadie quiere volver a las cifras de desempleo de antes. Esa gente nota también que

---

ahora llegan médicos, negocios, que las administraciones y los políticos no tienen problemas para justificar la existencia de nuevas oficinas de correos, delegaciones, clínicas. Pregunten a la gente en Peenemünde.»

De nuevo en Alemania, Nicolai von Kraken lleva a cabo algunas correcciones de su discurso: «Hay que explicar a la gente que Nadeche también era una persona muy sencilla —dice con dulzura—, por eso también nos hemos encargado de que desaparezcan del mercado esas muñecas ilegales que la representan como la Virgen María. Dicha comercialización no es ni deseada ni razonable, tampoco hace justicia a su memoria. Además, en nuestra tienda online tendremos al comenzar el Adviento la “santa Nadeche”». No es un secreto, desde luego, que la primera colección de juguetes con fines caritativos de Alemania se ampliará para esos días de fiesta: ya desde octubre habrá un coche cebra de color rosa, con 12 lindos bebés de color chocolate, la sección de lactantes hará latir febrilmente el corazón de las niñas, y, ¡la sorpresa especial!, la santa Nadeche tendrá por fin a su lado a su mejor amiga, la pequeña y encantadora Saba. ¿Vendrá a añadirse pronto un Nicolai de juguete? El exproductor sonríe expresivamente...

*¡Un poco más de objetividad! Tacha "lindos", por ejemplo.*

Mucho menos seguro sigue siendo hasta ahora, en cambio, quién es el responsable de lo ocurrido en la frontera. La sospecha de que intervino el Estado de Israel, en interés de la estabilidad de Europa y para evitar una Alemania nuevamente nacionalsocialista, no se ha confirmado hasta la fecha. Por otra parte, la lista de países que disponen en número suficiente de los drones

---

invisibles de máxima potencia necesarios no es larga.

Pero así ocurre con los icebergs: la mitad está - Más de la  
bajo el agua. Y a menudo, ésa es la mitad mayor. mitad

¡Si lo hubiera sabido el Titanic!

Edith von Maischenberg  
Tercer semestre

- Un barco no puede saber nada. Mejor: "el capitán del Titanic..." o algo semejante.

Querida señora Maischenberg,

En conjunto, un artículo muy ambicioso, pero aún muy mejorable. Por logradías y sugestivas que sean sus observaciones, se pueden perfeccionar los aspectos que conciernen a la investigación y comprobación de los hechos (¡Goethe!). Lo que, definitivamente, se echa de menos dada su insistencia en el lado humano de Nadeche Hackenbusch, es una referencia a Limonel (sic), que en aquel entonces fue durante algún tiempo su acompañante o, en cualquier caso, su asistente. Habría que mencionar como mínimo que se supone a ese hombre entre las víctimas; precisamente por mi experiencia en EVANGELINE hago hincapié en que, en la información periodística para la people, se puede añadir también otra nota trágica. Por favor, téngalo siempre presente: ¡el lector también quiere llorar!

En su conjunto: notable bajo.



---

# Notas



1. En septiembre de 2015, Angela Merkel permitió la entrada masiva de refugiados en Alemania, lo que dio origen a la crisis migratoria, con la llegada de más de un millón de refugiados y los incidentes de la noche de Año Viejo en Colonia, cuando refugiados sirios y africanos acosaron sexualmente a cientos de mujeres alemanas. Mediante un muy discutido «pacto migratorio» con Turquía, la UE intentó frenar la afluencia de solicitantes de asilo.

1. El más celebrado periodista y moderador de la televisión privada alemana, sus programas (*¿Quién quiere ser millonario?*) batieron todos los récords de audiencia.

1. Los Juntos son la organización juvenil del Partido Socialdemócrata (SPD).

2. El Partido Democrático Libre (FDP), es el partido liberal clásico de Alemania. Durante décadas ha sido el partido bisagra que gobernaba en coalición con el SPD o la Unión Demócrata Cristiana. Su presidente (muerto en 2016), Guido Westerwelle, era homosexual.

3. La Unión Social Cristiana de Baviera (CSU) es un partido de ideología democristiana y conservadora. Sólo en el *land* de Baviera tiene actividad como partido independiente. A las elecciones federales se presenta junto con la Unión Demócrata Cristiana (CDU).

4. El Schafkopf («cabeza de oveja») es el juego de cartas favorito de los bávaros, tiene varios siglos de antigüedad y el estatus de bien cultural bávaro.

5. Cantautora alemana (de etnia gitana, su padre sobrevivió al genocidio nazi), célebre sobre todo en las décadas de 1970 y 1980.

6. Die Linke, partido fundado en 2007. Resultó de la fusión del antiguo partido comunista de la RDA y el grupo disidente del SPD, liderado por Oskar Lafontaine.



1. Alternativa para Alemania (AfD): partido de extrema derecha fundado en 2013.

1. *Tatort* («Lugar del crimen») es la serie policiaca de más larga duración (desde 1970) y de más éxito de las televisiones alemana, austriaca y suiza. Tiene lugar cada vez en una ciudad diferente. La entrega rodada en Münster es una de las favoritas del público.

1. Lorient (Vico von Bülow, 1923-2011) es, sin duda, el más polifacético (literato, dibujante, cine, teatro, televisión) y más celebrado humorista alemán del siglo XX .

2. «Humanos para humanos», fundación de Karl Heinz Böhm (célebre por su papel como emperador Francisco José en la trilogía de Sissi) para la ayuda a Etiopía.

3. *Flucht* significa «huida». Juego de palabras con *Flüchtling*: «refugiado».

1. Alusión a la célebre frase de Lutero: «Si yo supiera que mañana se acaba el mundo, aún plantaría hoy mi manzanito».

1. «Fianza, por favor.» El término correcto alemán es *Pfand*. Es la expresión fija para pedir la devolución del dinero que se paga por los envases retornables.

2. Pegida: organización de extrema derecha: islamofóbica, racista, nacionalista, antiinmigración. Ha llevado a cabo varios atentados contra albergues de refugiados.



3. Referencia a la balada y *lied* alemán *Es waren zwei Königskinder*, que se remonta al siglo XV y tiene su origen en el mito griego de los desgraciados amantes Hero y Leandro.

1. Unidad de élite antiterrorista de la Policía Federal alemana.

1. *Ein prosit der Gemütlichkeit*, la canción más frecuente en el Oktoberfest, que se entona al brindar con las jarras de cerveza.

1. La actriz Uschi Glas, icono del 68 sobre todo por la celeberrima escena del estriptis en la comisaría en la película *Zur Sache, Schätzchen* («Al grano, cariño»), cambió de ideología ya en los años setenta y pasó a ser partidaria de Franz Josef Strauß y de la CSU.

2. En noviembre de 1967, en un solemne desfile académico en el paraninfo de la Universidad de Hamburgo, dos estudiantes marcharon delante con una gran pancarta con la rima «*Unter den Talaren, Muff von 1.000 Jahren*» («Bajo los talaras, 1.000 años de moho»). Fue el comienzo en Alemania del movimiento estudiantil de los años sesenta.

3. Sociólogo marxista, el más conocido representante del movimiento estudiantil en Alemania Occidental. Sufrió un atentado en 1968, a consecuencia del cual murió en 1979.

4. Alusión a la célebre imagen empleada por Helmut Kohl en 1990, cuando afirmó que las empobrecidas regiones de la Alemania del Este pasarían a ser «paisajes florecientes» después de la reunificación con la República Federal. Fue una frase huera, dada la desindustrialización hasta hoy de esas regiones y su desequilibrio económico frente a las del oeste.

1. *Brennpunkt* (lit. «foco»), programa de la primera cadena de la televisión alemana que, a intervalos irregulares, analiza en profundidad, después del informativo de la tarde, acontecimientos políticos de gran actualidad.



1. En una resolución de abril de 2016, el Parlamento alemán calificó de genocidio la matanza de armenios (alrededor de un millón) llevada a cabo entre 1915 y 1917 por el Imperio otomano. Turquía sigue negándose a día de hoy a reconocerlo.

1. En la inundación de la costa del mar del Norte (sobre todo de Hamburgo), en febrero de 1962, el todavía senador Helmut Schmidt dirigió con gran rapidez y sin burocracia los trabajos de salvamento. Eso le granjeó para siempre la gratitud y el afecto de los alemanes de aquella zona.

1. En 1787, con ocasión de un viaje de Catalina II a la península de Crimea, el gobernador G. Potemkin mandó embellecer pueblos y pintar fachadas de casas inexistentes (destruidas por la guerra ruso-turca) en el trayecto que iba a recorrer la zarina. La expresión «aldeas de Potemkin» es muy frecuente en alemán para aludir a maniobras políticas que pretenden disfrazar la realidad.

1. El mariscal Erwin Rommel (1891-1944) fue el más célebre estratega militar alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Implicado en el fracasado complot del 20 de julio de 1944, fue obligado por Hitler a suicidarse.

2. La Línea Sigfrido (en alemán Westwall, «Muro del Oeste») fue un sistema de defensa alemán, de 630 kilómetros, desde el sur de Bélgica hasta la frontera con Suiza.

*Los hambrientos y los saciados*  
Timur Vermes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: Die Hungrigen und die Satten

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la ilustración de la portada, Klaus Pitter

© Timur Vermes, 2018

Publicado originalmente en Alemania por la editorial Eichborn. Una división de Bastei Lübbe AG. © Bastei Lübbe AG, Colonia, 2018

© de la traducción, Carmen Gauger, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-322-3568-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

